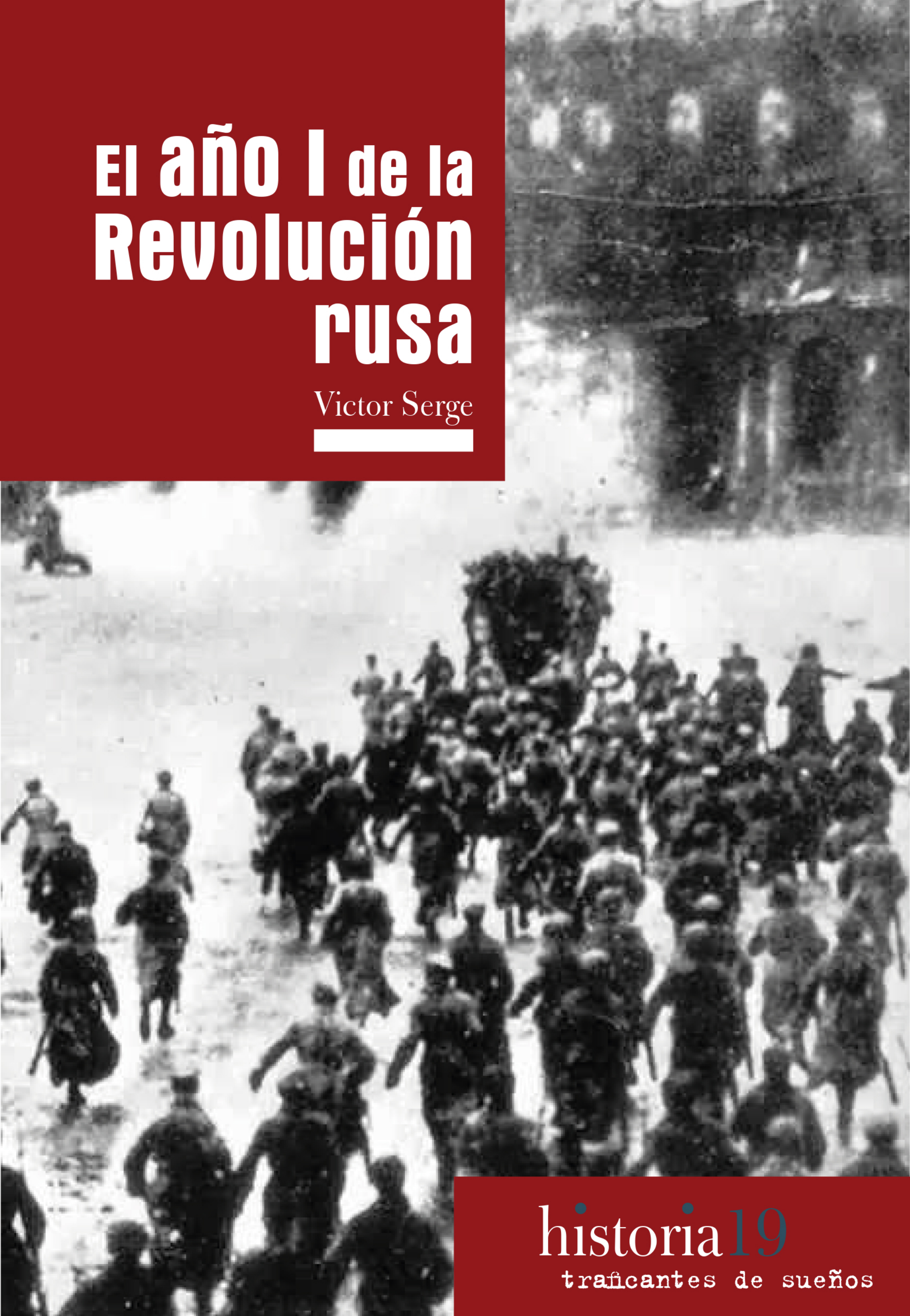


El año I de la Revolución rusa

Victor Serge

historia 19

traficantes de sueños



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail



> Asalto al Palacio de Invierno, Petersburgo, octubre de 1917



> Guardia roja de la fábrica Vulkan, Petersburgo, 1917.

El año I de la Revolución rusa

Victor Serge

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

Primera edición: *L'an I de la révolution russe***,** París, Librairie ou travail, 1930.

Primera edición de Traficantes de Sueños:
1000 ejemplares
Junio de 2017

Título:
El año I de la Revolución rusa
Autor:
Victor Serge

Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba 13
28012 Madrid
Tlf: 915320928
editorial@traficantes.net
Impresión:
Cofás SA
Calle de Juan de la Cierva, 58, 28936 Móstoles, Madrid

ISBN: 978-84-945978-9-3
Depósito legal:

El año I de la Revolución rusa

Victor Serge

historia

traficantes de sueños



> Lenin y Trotski en el aniversario de la revolución,
Moscú, 1918.

ÍNDICE



> Participantes del asalto al Palacio de Invierno, Petersburgo, octubre de 1917.





> Las primeras Guardias rojas, 1917.

Prólogo

He procurado presentar en este libro un cuadro verídico, vivo y razonado de las primeras luchas de la revolución socialista rusa. Siendo mi principal deseo poner de relieve ante los ojos de los proletarios las enseñanzas de una de las épocas más grandes y decisivas de la lucha de clases en los tiempos modernos, no me era posible hacer otra cosa que exponer el punto de vista de los revolucionarios proletarios. Esta actitud mía tendrá para el lector ajeno a las doctrinas comunistas la ventaja de darle a conocer cómo comprendían y cómo comprenden la revolución quienes la hicieron.

La pretendida imparcialidad de los historiadores no pasa de ser una leyenda, destinada a consolidar ciertas convicciones útiles. Bastarían para destruir esta leyenda, si ello fuese necesario, las obras que se han publicado acerca de la Gran Guerra. El historiador pertenece siempre «a su tiempo», es decir, a su clase social, a su país, a su medio político. Sólo la no disimulada parcialidad del historiador proletario es hoy compatible con la mayor preocupación por la verdad. Porque únicamente la clase obrera obtendría toda clase de ventajas, en toda clase de circunstancias, del conocimiento de la verdad. Nada tiene que ocultar, en la historia por lo menos. Las mentiras sociales siempre han servido, y sirven todavía, para engañarla. Ella las refuta para vencer, y vence refutándolas. No han faltado, sin duda, algunos historiadores proletarios que han acomodado la historia a ciertas preocupaciones de actualidad política. Al hacerlo se han plegado a tradiciones que no son las suyas y han sacrificado los intereses superiores y permanentes de su clase a ciertos intereses parciales y pasajeros. Me he guardado mucho de imitarlos. Si acaso he llegado a deformar la verdad en algunos puntos, lo que es probable, ha sido sin darme cuenta, por no disponer de datos suficientes o por error.

Tal cual es, este libro resultará, sin duda alguna, muy imperfecto. Absorto en otros trabajos, entregado a la vida de militante en una época bastante accidentada, no he dispuesto nunca del ocio tranquilo que es necesario para el estudio de la historia. Por idénticas razones, no suelen, los que hacen la historia, tener la oportunidad de escribirla. Por otra parte, tampoco la materia se encuentra a punto. Los hechos son demasiado recientes, demasiado palpitantes; las cenizas del brasero están todavía calientes, queman si se acerca a ellas la mano... Existe en Rusia, acerca de la Revolución de octubre, una literatura más abundante que rica. Memorias, relatos, notas, documentos y estudios parciales salen profusamente a la luz pública. Pero es necesario confesar que no hay nada más difícil que sacar partido de esta inmensa documentación, demasiado subordinada a propósitos de agitación, y en la que faltan casi por completo las obras sistemáticas, de conjunto. La historia de los partidos, de la guerra civil, del Ejército rojo, del terror, de las organizaciones obreras, no ha llegado siquiera a esbozarse. No se ha publicado en la URSS —y no hay por qué sorprenderse de ello— una historia a fondo de la revolución, aparte de algunas obras que sólo son un compendio de la misma. Los únicos que han abordado a fondo algunos de los problemas que a ellos les afectan son los escritores militares. En estas condiciones, las memorias, a las que es indispensable recurrir, presentan grandes fallas. Los revolucionarios no pasan de ser, en el mejor de los casos, unos medianos cronistas; además, casi siempre han tomado la pluma con un fin preconcebido, a saber: conmemorar algún aniversario, rendir homenajes, polemizar y aun deformar la historia de acuerdo con las conveniencias de determinados intereses del momento. Los trabajos parciales, como, por ejemplo, las monografías locales, presentan pocas garantías científicas.

Me he esforzado, pues, por buscar el rasgo característico aprovechando la mayor parte de esta documentación. Para dar al lector elementos muy concretos de apreciación he reproducido profusamente detalles y citas. Me he limitado a indicar mis fuentes de información cuando he aprovechado ciertos trabajos anteriores que ofrecen un valor real, y cuando he creído útil subrayar la autoridad de un testimonio y, finalmente, con el propósito de facilitar al lector el trabajo de investigación.

He de proseguir estos trabajos en cuanto me sea posible. Quedaré muy reconocido a los lectores que reclamen mi atención sobre los puntos incompletos de esta obra, así como sobre aquellos temas que crean conveniente esclarecer. Conviene que fijemos aquí lo que representa el año I en la historia de la revolución.

El año I de la revolución proletaria —o sea, de la República de los Soviets— empieza el 7 de noviembre de 1917 (el 25 de octubre, según el antiguo-calendario) y se cierra, como es natural, el 7 de noviembre de 1918, en el momento en que estalla la esperada revolución alemana.

Existe una coincidencia casi perfecta entre el calendario y la primera fase del drama histórico, que se inicia con la insurrección victoriosa y termina con la extensión de la revolución por Europa central. Vemos entonces plantearse, por primera vez, todos los problemas que está llamada a resolver la dictadura del proletariado: organización de los abastecimientos, organización de la producción, defensa interior y exterior, actitud hacia las clases medias, los intelectuales, los campesinos, y vida del partido y de los Soviets. Propondríamos que se llamase a esta primera fase «las conquistas del proletariado», a saber, toma del poder, conquista del territorio, conquista de la producción, creación del Estado y del ejército, conquista del derecho a la vida...

La Revolución alemana abre la fase siguiente, la de la lucha internacional (o más concretamente, la de la defensa armada —defensa agresiva en ciertos momentos— del hogar de la revolución internacional. En 1919 se forma la primera coalición contra la República de los Soviets. Pareciendo a los aliados insuficiente el bloqueo, fomentan la formación de Estados contrarrevolucionarios en Siberia, en Arjangelsk, en el Mediodía, en el Cáucaso. Durante el mes de octubre de 1919, al finalizar el año II, la República, asaltada por ejércitos blancos, parece estar a punto de sucumbir. Kolchak avanza sobre el río Volga; Denikin, después de invadir Ucrania, avanza sobre Moscú; Yudénich avanza sobre Petrogrado, apoyándose en una escuadra inglesa. Un milagro de energía da la victoria a la revolución. Continúan reinando el hambre, las agresiones, el terror, el régimen heroico, implacable y ascético del «comunismo de guerra». Al año siguiente, en el momento en el que acaba de decretarse el fin del terror, la coalición europea lanza a Polonia contra los Soviets. El Ejército rojo llega al pie de las murallas de Varsovia, en el momento mismo en que la Internacional Comunista celebra en Moscú su segundo congreso y alza sobre Europa la amenaza de una nueva crisis revolucionaria. Termina este periodo en los meses de noviembre-diciembre de 1920 con la derrota de Wrangel en Crimea y con la paz con Polonia. Parece haber terminado la guerra civil, pero el levantamiento de los campesinos y la insurrección de Kronstadt ponen brutalmente de manifiesto el grave conflicto entre el régimen socialista y las masas del campo.

En 1921 se abre una tercera fase, que podríamos llamar la de «reconstrucción económica», que se inicia con la nueva política económica (llamada, en abreviatura, la NEP) y que acaba en 1925-1926 con la vuelta de la producción al nivel de antes de la guerra (aunque con una cifra de población superior). Recordemos en breves palabras en qué consistía la NEP. Después de las derrotas sufridas por las clases obreras de Europa, la dictadura del proletariado se vio forzada a realizar determinadas concesiones económicas a la pequeña burguesía rural. Estas concesiones fueron la abolición del monopolio del trigo, la libertad de comercio y la tolerancia, dentro de ciertos límites, del capital privado. El Estado socialista conservó todas las posiciones dominantes en el campo económico y no hizo concesión alguna en el terreno de la política. Esta importante «retirada» —la palabra es de Lenin—, cuya finalidad fue la de preparar el avance ulterior hacia el socialismo, pacificó el país e hizo más fácil su reconstrucción.

A partir de 1925-1926 la historia de la revolución proletaria de Rusia entra en una cuarta fase. Ha llegado a buen término la reconstrucción económica, lo que constituye un triunfo admirable cuando apenas han pasado cinco años desde la terminación de la guerra civil, en un país duramente castigado y abandonado a sus propias fuerzas. De allí en adelante se hace necesario ampliar la producción, se impone alcanzar el nivel de la producción de los grandes países capitalistas. Todos los problemas aparecen planteados a la luz de un nuevo día. Estamos en la fase de «la industrialización». Se reanuda, cada día con mayor aspereza, la lucha de clases. Se agravan los males de una revolución proletaria contenida dentro de las fronteras nacionales y rodeada de países capitalistas. Pero ese es el presente, la vida, la lucha. Nada mejor para facilitar su comprensión que el conocimiento de los comienzos heroicos de la revolución, en el curso de los cuales se templaron los hombres, se concretaron las ideas y se crearon las instituciones.

Doce años han transcurrido desde que tuvieron lugar los acontecimientos que estudiamos en este libro. La República proletaria fundada por la insurrección del 7 de noviembre de 1917 vive aún. La clase obrera ha demostrado en Rusia que es capaz de ejercer el poder, de organizar la producción, de resistir victoriosamente a los enemigos del exterior y del interior, y que posee la perseverancia necesaria para el cumplimiento de su misión histórica —que no es otra que la de construir una sociedad nueva—, y esto en las condiciones más ingratas. Los tanteos y errores de los hombres, las disensiones y las luchas políticas, lejos de

esfumar ante nuestra mirada esta gran realidad, deben servir para resaltarla todavía más. La revolución proletaria sigue adelante. Este hecho impone un doble deber a quienes no tienen intereses de clase opuestos a ella: en el interior —es decir, dentro de la URSS y del movimiento obrero revolucionario internacional—, el de poner sus fuerzas al servicio de la revolución, combatiendo los males que padece, aprendiendo a defenderla contra sus propias faltas, esforzándose por contribuir a la elaboración y a la aplicación incesante de una política inspirada en los intereses superiores del proletariado mundial; en el exterior, el de defender a la primera República de los Trabajadores, el de velar por su seguridad, seguir sus trabajos y sus luchas para extraer de ahí las enseñanzas que han de iluminar mañana a otros pueblos los caminos que conducen a la transformación del mundo.

Habiendo escrito la mayor parte de este libro en la URSS, lamento no haber podido consultar las muchas obras importantes aparecidas recientemente en el extranjero. Me fue completamente imposible tenerlas a mano.

Enero de 1930



> Barricadas en Petersburgo durante la revolución de 1905.

CAPÍTULO I

De la servidumbre a la revolución proletaria

1861. La emancipación de los siervos

Tan rigurosamente se encadenan los acontecimientos en la historia del mundo, que se hace necesario remontar mucho para formarse una idea, que no sea demasiado arbitraria, acerca de las causas que han determinado un hecho, especialmente si se trata de un hecho tan grandioso como la Revolución rusa.

La historia de Europa occidental se hallaba marcada, a finales del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX, por una de las transformaciones sociales más dolorosas, si bien también radical y de una fecundidad incalculable: la revolución burguesa.

Los antiguos regímenes monárquicos, herederos del feudalismo —que ellos habían vencido a su vez mediante luchas cruentas, apoyadas por el pueblo de los municipios, el elemento revolucionario de su tiempo—, se basaban en la gran propiedad rural (nobiliaria o feudal), en el absolutismo burocrático de las dinastías reales, en la jerarquía de las corporaciones del Estado, siendo privilegiados nobleza y clero frente a la burguesía. Entre estas clases sociales había unas, las antiguas clases dominantes, que se hallaban en decadencia; la otra, la burguesía comerciante, industrial, financiera y parlamentaria, enraizada profundamente en el propio pueblo de los artesanos, nutrida de tradiciones de trabajo, economía, honradez, dignidad y libertad política —las clases sometidas a tutela sueñan con la libertad política—, y cada vez más poderosa, cada vez más consciente de sus necesidades, es decir, de la necesidad de hacer a un lado los obstáculos que se oponían a su desarrollo, se encaminaba hacia el poder. La Revolución francesa de 1789-1793 abrió la serie de las revoluciones burguesas. «¿Qué es el Tercer Estado? (burguesía)», se preguntaba en 1789 el abate Sieyès, uno de los hombres

de Termidor y Brumario, «Nada. ¿Qué debe ser? Todo». La revolución burguesa no termina en Europa hasta casi el año 1850. Los ejércitos de Napoleón la llevan desde Madrid y Lisboa hasta Viena y Berlín. Las revoluciones de 1830 y de 1848 constituyen sus últimas convulsiones políticas. Pero entre tanto ha tenido lugar la revolución industrial, una revolución tal vez más profunda que la primera (la máquina de vapor original, la de Watt, data de 1769; Fulton inventa en 1807 el barco de vapor, y Stephenson, en 1830, la locomotora; los telares de Jacquart son de 1802). La gran industria mecánica, ayudada por los ferrocarriles, concentra en las ciudades del trabajo y la miseria una nueva fuerza transformadora: el proletariado. Y vemos cómo, apenas acabada la revolución burguesa, caracterizada por la abolición de los privilegios feudales, de la monarquía nobiliaria y de las castas, por la conquista de las libertades necesarias para el desarrollo industrial, por la hegemonía social de la burguesía y el poder absoluto del dinero, se entablan nuevas luchas en el nuevo campo abierto por ella: aun antes de darse cuenta de su misión de libertador de la humanidad, reclama el proletariado sus derechos a una existencia humana.

En el transcurso de toda la primera mitad del siglo XIX, Rusia permanece apartada de las convulsiones revolucionarias de Occidente. Tiene allí solidez el *Ancien régime* (servidumbre, privilegios de la nobleza y de la Iglesia, autocracia de los zares); no consigue quebrantar esa solidez la conspiración militar llamada de los «decembristas», que tuvo lugar en 1825. Sin embargo, a partir de 1840 se deja sentir en Rusia la necesidad de grandes reformas: la producción agrícola es pobre, la exportación de cereales, insuficiente; el desarrollo de las manufacturas por la falta de mano de obra, lento; la autocracia y la servidumbre traban el desarrollo capitalista. Situación peligrosa. El acta «libertadora» del 19 de febrero de 1861 que abolía la servidumbre, le pone remedio con bastante inteligencia. El labrador «emancipado», pero que se encuentra con la obligación de pagar ínfimos pedazos de tierra hábilmente delimitados, pasa de una servidumbre feudal a la servidumbre económica: en adelante tendrá que trabajar más; la industria manufacturera encontrará en los campos la mano de obra «libre» que le hace falta. Rusia, que en aquella época se hallaba poblada por 67 millones de habitantes, contaba con 23 millones de siervos, propiedad de 103.000 propietarios. Las tierras laborables, que los cultivadores «emancipados» tuvieron que arrendar o comprar, fueron valoradas en casi el doble de su precio real (342 millones de rublos en vez de 180), de manera que los antiguos siervos se encontraron al mismo tiempo emancipados y terriblemente endeudados.

La situación de los campesinos rusos no cesó de empeorar, a partir de la gran reforma del «zar libertador», Alejandro II, hasta la revolución de 1905. La reforma de 1861 les había asignado cerca de cinco hectáreas de tierra por cabeza (sólo se consideraba a los hombres); el rápido crecimiento de la población haría que en el año 1900 corresponda a cada mujik menos de tres hectáreas; el 70 % de los labradores tendrán menos tierra, inferior de la que necesitan para alimentar a sus familias. Pero quince años después de la reforma, hacia 1876, habrá aumentado en un 140 % la exportación de cereales rusos al mercado europeo, determinando así una sensible bajada en el precio mundial de los cereales. En el periodo 1857-1859, Rusia sólo exporta 8.750.000 quarters[1] de cereales; en 1871-1872 exporta ya 21.080.000. La liberación de los siervos constituyó un buen negocio para el comercio, la industria, la propiedad rural y la burocracia reinante. Los campesinos no hicieron sino cambiar de servidumbre, y fueron presa de hambres periódicas.

La abolición de la servidumbre en Rusia coincide con la Guerra de Secesión y la abolición de la esclavitud en Estados Unidos (1861-1863). El desarrollo del capitalismo exigía en ambos mundos que el trabajador libre —libre de vender su sudor— sustituyese al esclavo y al siervo: trabaja mejor, más y con mayor conciencia. La gran industria mecánica no es compatible con los sistemas primitivos de coerción; crea la coerción económica —la del hambre—, una coerción disimulada, pero mucho más eficaz que la violencia descarada.

1881. La «voluntad del pueblo»

En el momento mismo en que se llevaba a cabo la gran reforma, reprimía el zar libertador la insurrección polaca de 1863, ahogándola en sangre de patriotas (1.468 ejecuciones).

Si bien es verdad que la reforma de 1861 abría en Rusia los caminos para el desarrollo capitalista, no le permitió caminar por ellos sin trabas. No existía la igualdad civil. Un régimen severo de burocracia y de policía entorpecía toda iniciativa. Subsistían dentro del Estado los cuerpos privilegiados; la burguesía, a la que se mantuvo alejada del poder, veía postergados constantemente sus intereses —que llamaba con toda sinceridad intereses del progreso— por el espíritu reaccionario; sus intereses eran sacrificados a los intereses de la corte, de la nobleza y de los grandes propietarios rurales.

---

1 Un quarter equivale a 290 litros o algo más de un cuarto de tonelada. [N. de E.]

En el campo eran constantes los desórdenes. En el seno de la pequeña burguesía, desposeída de derechos, privada de porvenir, tan maltratada por el Antiguo Régimen como por el naciente capitalismo, la juventud intelectual, enamorada de las ideas avanzadas de Occidente, ofrecía un terreno favorable a los gérmenes revolucionarios. Las reformas, tales como la judicial, el estatuto de las administraciones locales, la abolición de los castigos corporales (1863-1865), eran simultáneas con rigurosas medidas de tanta severidad como la deportación a Siberia del pensador Chernyshévski, que vivió allí durante veinte años. La debilidad de la burguesía rusa propiamente dicha, que se mostraba propicia a transigir con la reacción, la inexistencia de todo movimiento liberal, la situación desesperada de la gente del campo, de la clase humilde del pueblo y de los intelectuales sin bienes de fortuna, despreciados por las castas privilegiadas, los rigores de la represión, la influencia del socialismo occidental impregnado de las tradiciones revolucionarias de 1848, dan vida al primer movimiento revolucionario ruso de gran envergadura, el de los *naródniki* (de *narod*, pueblo: populistas). Los naródniki aspiran a una revolución popular; creen ver en la antigua comuna rural rusa, el *mir*, la base posible de un socialismo campesino. Reconocen que las minorías ilustradas tienen obligaciones imperiosas para con el pueblo, tienen fe en la élite intelectual y en la personalidad, en el «juicio crítico», en el idealismo. Piotr Lavroff[2] y Mijailovski dan a este movimiento una filosofía. El indomable Bakunin le enseña la rebelión.

Es la época de la «marcha hacia el pueblo». Millares de hombres y mujeres jóvenes, de la aristocracia, de la burguesía, de la pequeña burguesía, van al encuentro del pueblo; renuncian a sus carreras, a sus comodidades, para trabajar con sus manos, para conocer el sufrimiento y el hambre, el trabajo y las cárceles, Siberia y Ginebra... Empiezan por formar círculos de «rebeldes», y se ganan la simpatía de los medios ilustrados. Se les persigue. De sus restos nace en 1878 la sociedad secreta «Tierra y Libertad», que, a su vez, se divide muy pronto en dos partidos, el de la «Herencia negra», partidario de la propaganda entre los campesinos, y el de la «Voluntad del Pueblo» (*Naródnaia volia*), que preconiza el terrorismo. «La historia camina con demasiada lentitud —dice uno de sus jefes, Yeliabov—; hay que atropellarla: de lo contrario, la nación habrá degenerado antes de que los liberales reaccionen y se pongan manos a la tarea». El programa de este partido es bastante

2 Piotr Lavroff (1823, París – 1900). Cartas históricas, ensayo sobre la historia del pensamiento, estudios sobre el Estado, la Comuna de París.

confuso: la tierra para el pueblo, las fábricas para los obreros, asamblea constituyente; república; constitución. Algunos de los naródniki se habrían contentado con la monarquía constitucional. Ponían sobre todo su atención en lo que había que demoler; se preocupaban mucho menos de lo que habría que edificar luego. Los hombres de la «Voluntad del Pueblo», que no disponían de ningún otro medio de acción, recurrían a los atentados individuales. «Nuestro partido no puede hacer otra cosa», escribía uno de ellos pocos días antes de subir al cadalso. «El asesinato político es una de las más eficaces armas que tenemos en la lucha contra el despotismo ruso», proclamó el órgano del partido «Tierra y Libertad». Este partido no llegaba a contar con medio centenar de hombres; pero eran abnegados hasta la muerte, enérgicos, intrépidos, inteligentes, admirables.

El primer atentado ruidoso fue el de la estudiante Vera Zasúlich, que disparó contra el general Trépov (1878). Había terminado en aquel entonces un proceso monstruoso: habían comparecido ante los jueces de Petersburgo 193 personas acusadas de manejos revolucionarios. De los 770 detenidos, 70 fallecieron en la cárcel, en el transcurso de una instrucción que duró varios años. El proceso, que resultó escandaloso, terminó con la absolución de 94 acusados, 36 condenas a deportación y una condena a diez años de trabajos forzados. En el ínterin, el jefe de la policía de Petersburgo, Trépov, hizo azotar a uno de los estudiantes encarcelados. «El castigo es legal —dijo más tarde a manera de explicación—; el estudiante B., el condenado, no pertenecía a la nobleza». Vera Zasúlich fue absuelta. De todo lo dicho, se puede ver en qué atmósfera sobrecalentada nacía el terrorismo ruso.

A partir de aquel momento se sucedieron los atentados. El terrible Comité Ejecutivo del Partido de la Voluntad del Pueblo pronunciaba en la sombra sentencias de muerte, debidamente fundadas, y estas sentencias eran comunicadas a los interesados: el zar recibió la suya. Después actuaron los ajusticiadores. El jefe de la policía, Mezentsev, fue apuñalado en las calles de Petersburgo por unos desconocidos;[3] el gobernador de Járkov, un príncipe de la familia Kropotkin, fue ejecutado. El zar contestó al asesinato de sus lacayos entregando todos los delitos políticos a la jurisdicción de los consejos de guerra y levantando la horca al azar de los odios policiales. La nación asistía muda a este duelo entre el despotismo y un puñado de revolucionarios. En total, desde

3 El escritor Stepniak (Kravchinski), autor de *Rusia subterránea*, fue el ejecutor de Mezentsev.

1872 a 1882, hubo seis atentados (tres de ellos mortales) contra altos funcionarios, cuatro atentados contra jefes de la policía, cuatro atentados contra Alejandro II, nueve ejecuciones de confidentes, veinticuatro casos de resistencia armada a la policía, siendo ahorcados o fusilados treinta y un revolucionarios.

La «Voluntad del Pueblo» apuntaba sobre todo a la cabeza del régimen, a la «fiera coronada». El 14 de abril de 1879, el estudiante Soloviev disparaba cinco tiros de revólver contra Alejandro II. El 1 de diciembre del mismo año, una explosión provocaba, cerca de Moscú, el descarrilamiento del tren imperial. El 17 de febrero de 1880 volaba el comedor del Palacio de Invierno, unos momentos antes de que entrase en él la familia imperial. El 1 de marzo de 1881, en Petersburgo, caía, al fin, Alejandro II destrozado por las bombas. Sus cinco ajusticiadores, Sófia Peróvskaia, Yeliabov, Kibálchich, Mikailov, Rysakov, fueron ahorcados. El partido perdió con estos hombres sus mejores jefes; algunos de ellos pueden ser contados entre los más hermosos ejemplares de revolucionarios de la historia. El partido había quedado decapitado. Otras fuerzas sociales entran, desapercibidas, en la pelea.

1885. Nacimiento del movimiento obrero

En el curso de los diez años siguientes (1881-1890), se ensaña la reacción con perseverancia, restableciendo más que a medias la servidumbre. El nuevo zar Alejandro III proclama, desde su advenimiento, que la autocracia es «indestructible»; a continuación (1881) se crea la Ojrana (la Defensiva), policía política armada de poderes y de recursos muy extensos. Una ley de prensa instituye la censura previa para los periódicos mal vistos por las autoridades (1882); pueden incluso ser suprimidos. La creación de jefes de las comunas rurales (*Zemski nachalnik*) elegidos entre la nobleza, a propuesta de los propietarios rurales, y provistos de extensos poderes, consagra la servidumbre legal del campesino (1889). Aumentan los derechos de la nobleza, la enseñanza superior queda reservada por ley a las clases directivas. Los estudiantes, obligados a vestir de uniforme, quedan sometidos a una estrecha vigilancia policial. Son creados el Banco de Crédito Rural de los Nobles y el Banco de Crédito Rural de los Campesinos, destinado el uno a prestar ayuda a los señores y a los grandes terratenientes, y el otro a secundar el progreso de los campesinos de buena posición. Se prosigue con mano dura la rusificación de Polonia, Finlandia, las provincias bálticas y el Cáucaso; se obliga a los judíos, víctimas ya de recientes pogromos (1881-1882), a residir de allí en adelante en los gobiernos del sudeste y en Polonia;

se les prohíbe residir en las capitales: millón y medio de judíos, aproximadamente, regresan a sus localidades de origen (1888). De esta legislación, que no será abolida hasta el año 1917, se deriva una superpoblación y una espantosa miseria en las aglomeraciones israelitas. Queda limitado el número de puestos destinados a los judíos en las universidades (el 10 % en el territorio calificado de «judío», el 2 % en las capitales). El señor Rambaud hace observar que, bajo el reinado de Alejandro III, «la situación de los judíos se asemejaba a la situación en que dejó a los hugonotes franceses la revocación del edicto de Nantes».[4]

Las causas que produjeron esta reacción fueron puramente económicas, según lo ha demostrado M. N. Pokróvski.[5] Hemos hecho notar la expansión de la exportación de los cereales rusos —es decir, el desarrollo del capital comercial—, gracias a la liberación de los siervos. Durante esta época subieron los precios mundiales del trigo; a partir de 1870, fueron bajando. El precio del trigo ruso en el extranjero descendió de 1,54 rublos el pud (el pud equivale a 16.800 kg) a 74 kopek, quedando reducido a menos de la mitad. Ahora bien, la exportación de cereales desempeñaba en la economía rusa un papel enorme. La autocracia recurrió al proteccionismo y exigió el pago en oro de los derechos de aduana. El campesino tuvo que pagar más caros todos los artículos manufacturados; como al producirse la reforma «libertadora» de 1861, se le quitaron las mejores tierras, tuvo que hacer mayores esfuerzos para vivir, viéndose obligado a arrendar tierras —con frecuencia las mismas que le habían sido arrebatadas— a precios muy elevados (el arrendamiento de tierras se decuplicó en el gobierno de Sarátov, entre los años 1860 y 1880); por eso mismo se produjo rápidamente el empobrecimiento de los labradores. El ganado de los campesinos de la provincia de Orel disminuyó en una quinta parte en el transcurso de once años. En 1884, 2,5 millones de familias de campesinos, sobre un total de nueve millones, carecía de caballos (M. N. Pokróvski). Las medidas legales tomadas para impedir la proletarización del campesino, al que se hubiera querido ver, en las altas esferas, uncido a la gleba, resultaron impotentes en presencia de los factores económicos.

Este es el momento en que toma vuelo la industria rusa. La miseria que reina en los campos pone a su disposición 10 millones de proletarios hambrientos. El trabajo intensivo de los campesinos los hace

4 A. Rambaud, *Histoire de Russie*, Hachette, p. 770.

5 M. N. Pokróvski, *Historia de Rusia.*

renunciar cada vez más a producir por sí mismos los tejidos y herramientas que necesitan, para concentrar todos sus esfuerzos en el cultivo de cereales, y asegurando un vasto mercado interior. Afluyen los capitales extranjeros; la producción industrial global de Rusia, evaluada para el año 1877 en 541 millones de rublos, pasa en 1897 a 1.816 millones; los capitales extranjeros invertidos en esta industria se elevan a 1.500 millones de rublos. El proletariado metalúrgico pasa en diez años (1887-1897) de 103.000 a 153.000, y el proletariado textil de 309.000 a 642.000 hombres.

Este proletariado vivía en una situación miserable. Los tejedores de la región de Moscú vivían casi siempre en la misma fábrica y dormían en los talleres. Era raro que incluso los obreros mejor pagados dispusiesen de una habitación completa para toda la familia; en una misma habitación se hacinaban varias familias. En las ciudades, toda una población paupérrima se alojaba en sótanos. La mortalidad infantil era espantosa. La jornada de trabajo no tenía límites, era frecuente la jornada de catorce horas. Los tejedores de Petersburgo, que habían trabajado hasta entonces catorce horas al día, obtuvieron en 1899, gracias a una huelga, la jornada legal de 11,5 horas. Los salarios se pagaban de una manera muy irregular. En 1883, existían en Moscú 181 fábricas ¡y en 110 de ellas el pago de salarios dependía únicamente del capricho patronal! Las multas menudeaban por cualquier motivo. Las industrias realizaban negocios de oro.

Las huelgas se multiplicaron a partir de 1850. Hacia el año 1875 milita entre los obreros de Petersburgo el pequeño grupo de Chaikovski,[6] del que forma parte Piotr Kropotkin. El tejedor Piotr Alexeiev, en 1877, durante el proceso contra unos obreros, pronuncia palabras memorables. «La mano musculosa del obrero pulverizará algún día el despotismo». El día 6 de diciembre de 1876 tiene lugar en Petersburgo, en la plaza de la catedral de Kazan, la primera manifestación socialista obrera; el estudiante G. V. Plejánov, líder futuro de la socialdemocracia rusa, despliega allí, por vez primera en Rusia, la bandera roja.

El ebanista Stepán Jalturin, amigo y compañero de luchas de Zheliábov, funda en 1878-1879 la Sociedad de los Obreros del Norte. Jalturin fracasa en su proyecto de crear una organización obrera, se consagra

---

6 Chaikovski, liberal, estaba destinado a acabar de una manera muy triste. Durante largo tiempo se consagró al movimiento cooperativo ruso. Durante la intervención de los aliados en Rusia presidió el gobierno blanco de Arjangelsk (1919). Murió en la emigración en el año 1926.

después al terrorismo y muere en la horca en el año 1882. La primera huelga victoriosa de los obreros rusos —victoriosa en realidad, aunque la intervención de la tropa y el encarcelamiento de 600 obreros hubiese dado en principio una ventaja formal al patrón— es la que tuvo lugar en las hilanderías de Morózov, en Oréjovo-Zúyevo, el año 1885. Al año siguiente se promulgaba una ley que daba satisfacción a los huelguistas.

El primer grupo revolucionario ruso de tendencia marxista fue fundado en Suiza por G. V. Plejánov en el año 1883, un año antes de la disolución del Comité ejecutivo de la «Voluntad del Pueblo». Fue el grupo de la «Emancipación del Trabajo». No logró reunir más que a cinco emigrados. Hasta diez años más tarde no nacerán en Rusia las primeras organizaciones socialdemócratas.

En 1892 empezaron a constituirse en Petersburgo y en Moscú las «Uniones de Combate para la Emancipación de la Clase Obrera», que no logran cristalizar hasta el año 1895. La de Petersburgo tiene dos hombres que le dan vida: V. I. Lenin e I. O. Mártov.[7] Forma parte de esa unión la institutriz N. C. Krúpskaya. Vladímir Ilich Uliánov —que más adelante firmará sus escritos N. Ilin y después N. Lenin— tiene entonces veinticinco años. Hijo de un director de escuela de Simbirsk, es de origen pequeñoburgués, como la mayor parte de los intelectuales revolucionarios y de los fundadores del movimiento socialista ruso. Su hermano Alexandr, implicado en uno de los últimos complots de la «Voluntad del Pueblo», había sido ahorcado el año 1887. El adolescente Lenin maduró a la sombra de aquel patíbulo levantado para su hermano mayor. Sus ideas subversivas son causa de que sea excluido de la Universidad de Kazán, en la cual seguía los cursos de Derecho.

1895-1903. El partido del proletariado

La historia de Rusia sigue, a partir de esta época, dos caminos convergentes, pero distintos. Los historiadores han concentrado toda su atención en uno solo, y éste es el único sobre el que se ha arrojado luz. Han estudiado los actos y gestas de los emperadores, los hechos diplomáticos, las conquistas, los cambios de gobierno, las reformas. Se fijan en las hambrunas nacionales (la gran hambre del año 1891) y a veces

[7] Iuli Ósipovich Mártov (Zederbaum), teórico y polemista de gran talento, iba a ser durante toda su vida el adversario de Lenin y el líder del menchevismo. Internacionalista durante la guerra, intentó durante algún tiempo (1919-1921) adoptar frente a los bolcheviques una actitud de oposición leal. Falleció en la emigración en el año 1923.

en los disturbios. Todos estos acontecimientos tienen su indudable importancia, que no trataremos de disminuir, pero el observador que se halla animado por el deseo de comprender la historia de Rusia —y la del mundo— tiene hoy necesidad de prestar la mayor atención a otra clase de acontecimientos: a los desórdenes agrarios, a las huelgas, a la formación de los partidos revolucionarios y a las necesidades económicas que se enlazan con ellos por medio de lazos de causalidad directa.

La época que examinamos aquí es la del nacimiento del partido proletario. Está marcada por el acercamiento —que luego se convirtió en alianza— de Francia y Rusia (1891-1894); por los avances de los rusos en Asia Central (Turquestán, Pamir), donde chocan con los ingleses, y en el Extremo Oriente, donde contribuyen a que pierda Japón los frutos de su victoria sobre China en 1895; por las masacres de armenios en Turquía; por las intrigas de la diplomacia rusa en los Balcanes, en donde se hizo asesinar al hombre de Estado búlgaro Stambolov (1894); por la primera Conferencia de la Paz, celebrada en La Haya y reunida a iniciativa de Nicolás II; por la guerra del Transvaal, la guerra hispanoamericana, la guerra de China, la alianza anglo-japonesa; el comienzo del cerco de Alemania... La expansión colonial de las potencias europeas —en otros términos, el reparto del globo entre los grupos capitalistas nacionales— llega a su término. Es suficiente la recapitulación sumaria de estas fechas para entrever las fuerzas profundas que desde aquel momento empujaban a la sociedad capitalista hacia la curva de su carrera: la gran guerra imperialista. También se preparaban las fuerzas de la revolución, engendradas por los mismos factores del desarrollo capitalista, si bien estas fuerzas crecían ignoradas, a la sombra.

En 1889 renace la Internacional obrera en el Congreso de París (Segunda Internacional). Plejánov, que representa a los primeros grupos socialdemócratas rusos dijo en este Congreso que «la revolución rusa triunfará como revolución de la clase obrera, o no triunfará».

En Rusia, los socialistas, populistas (naródniki) y marxistas continuaban sosteniendo vivas polémicas. Los primeros creen que la evolución capitalista de la Rusia agrícola no es necesaria, ni siquiera probable y ven el embrión de un socialismo agrícola, específicamente ruso, en las antiguas comunidades rurales; el proletariado les parece un factor importante, pero secundario, para la revolución; esta misma revolución la conciben como un paso de la autocracia al régimen democrático fundado sobre los derechos del pueblo... Plejánov y Lenin les contradicen, demostrándoles el desarrollo inevitable del capitalismo en Rusia y formulando la doctrina de la hegemonía del proletariado que no está

llamado a ser un servidor de la revolución de las otras clases, sino que tiene que realizar la suya: en una palabra, que está llamado a desempeñar un papel decisivo en los destinos del país.

Las «Uniones de Lucha para la Liberación del Proletariado» existen en varias localidades: en la de Petersburgo milita el estudiante Krasin, y forman parte de la de Odesa, Ryazanov, Steklov y Ziperovich, y en la de Tula figura Jinchuk. Un poco más tarde (1896), el estudiante Bronstein, el futuro Trotski, contribuye en Nikoláyev a la fundación de la Sociedad Obrera del Sur de Rusia.

El primer congreso de la socialdemocracia rusa se reúne en Minsk (Rusia Blanca) en el año 1894. Asisten a él nueve delegados, y Piotr Struve[8] redacta el manifiesto del partido. En este manifiesto encontramos esta idea muy exacta: «Conforme avanzamos hacia el oriente de Europa nos encontramos con una burguesía más débil, cobarde y vil, la tarea cultural y política que incumbe al proletariado es más vasta».

La propaganda socialista penetra en el seno del movimiento obrero ruso, no sin deformarse bajo la influencia de los elementos avanzados de la burguesía liberal que han ingresado en las organizaciones socialdemócratas, tales como Prokopóvich y la señora Kuskova.[9] Se ha dado el nombre de «economicismo» a la tendencia oportunista de este momento; afirma que los obreros no tienen por qué interesarse sino en las cuestiones económicas, ¡poco les importa la política! Se esfuerza por orientar al movimiento proletario hacia un sindicalismo apolítico. De acuerdo en esto con Bernstein, que en la socialdemocracia alemana trabaja para «revisar a Marx», condena la idea de una revolución violenta y cree en la evolución del capitalismo. Por otra parte, se implanta en Rusia el «marxismo legal»; la burguesía liberal ve en él un arma excelente. Plejánov y Lenin combaten estas ideologías que, de imponerse al movimiento obrero, acabarían corrompiéndolo y desviándolo. Produce admiración la clarividencia, la nitidez de visión, la intransigencia proletaria de que dan pruebas. Plejánov cambiará con el tiempo, flaqueará y traicionará; pero Lenin continuará durante toda su vida inquebrantable, con una clarividencia genial, fiel a la clase a cuyo servicio se ha consagrado.

---

8 Merece subrayarse la evolución de Piotr Struve: convertido al reformismo, pasó de este al liberalismo, y se convirtió más adelante en un adulador de Stolypin. Struve, que es hoy uno de los líderes de la emigración monárquica, ha desempeñado un papel de primer orden entre los consejeros de Denikin y de Wrangel.

9 Ambos se encuentran hoy entre los emigrados liberales. Prokopóvich sucedió en octubre de 1917 a Kérenski a la cabeza del ministerio clandestino que dirigió el sabotaje.

Lenin escribió su folleto sobre las huelgas en la cárcel (1896). Se hallaba desterrado en Siberia (1897) cuando definió en un pequeño libro-programa las tareas de la socialdemocracia rusa. De vuelta del destierro, emigrado a Múnich, publica en esta ciudad, en el año 1900, los primeros números de la primera *Iskra* (La chispa),[10] que se propuso una doble tarea: defender el pensamiento proletario contra toda desviación, contra las mutilaciones y las deformaciones; y agrupar alrededor del proletariado las simpatías de todos los elementos de oposición revolucionaria. *Iskra* combatió todas las variedades del oportunismo ruso, emparentadas con el bernsteinismo y el millerandismo francés;[11] entabló combate con las primeras organizaciones «socialistas revolucionarias rusas»; se esforzó por atraer al proletariado a los estudiantes y a los intelectuales. Hacia 1894-1903 vemos a los estudiantes en la vanguardia del movimiento revolucionario; las clases medias toman partido cada vez más resueltamente contra la autocracia. «Lenin –escribe V. Nevski[12]— y los restantes miembros de la redacción de *Iskra* salieron varias veces en defensa de los intelectuales revolucionarios contra las propagandas demagógicas de los que gritaban: ¡Abajo los intelectuales!». Finalmente, *Iskra* condenó, en nombre de la acción de masas, el terrorismo individual de los socialistas-revolucionarios.

En 1902 apareció *¿Qué hacer?*, que constituye una de las obras decisivas de Lenin. Éste insiste en ella sobre la necesidad de formar ya una organización revolucionaria capaz de una actuación segura y continuada; la clase obrera debe articularse con un armazón de «revolucionarios profesionales», consagrados por completo al movimiento; sólo así será posible resistir a la formidable máquina de la autocracia y sólo así se podrá llegar a quebrantarla. De allí en adelante trabajará Lenin incansablemente para formar esta organización.

El segundo congreso de la socialdemocracia rusa se reunió en Bruselas en el año 1903 y tuvo que trasladarse a Londres a causa de enredos policiales. Participan en dicho congreso 60 militantes. Asistían, entre

---

10 Como futuros mencheviques dirigían con Lenin este primer órgano de la socialdemocracia rusa: Plejánov, Mártov, Axelrod, Potrésov, Vera Zasúlich.

11 El socialista Millerand entró el año 1899 a formar parte de un ministerio de «defensa republicana», del que también formaba parte el fusilador de la Comuna, Califfet.

12 V. Nevski, *Historia del PCR,* p. 170. Aspiraba Lenin a que la organización revolucionaria supiese «unir la ciencia socialista y la experiencia revolucionaria, adquirida durante décadas por la inteligencia revolucionaria, al conocimiento de los medios obreros, a las dotes de agitación entre las masas y a la dirección de las mismas, propias de los obreros avanzados».

otros: Trotski, que había regresado de Siberia, Noe Zhordania[13] y N. Bauman (muerto en 1905). Los congresistas se dividen en mayoritarios (*bolcheviki*) y minoritarios (*mencheviki*), a propósito de diversas cuestiones definidas por Plejánov y Lenin, ambos bolcheviques. Plejánov exige que se adopte frente a los liberales una actitud exenta de compromisos; defiende la pena de muerte para los propietarios rurales y para los miembros de la dinastía, y se alza contra el fetichismo parlamentario. Lenin, en el curso de un debate memorable acerca del artículo primero de los estatutos del partido, exige que la afiliación al mismo imponga la obligación de militar en una organización ilegal, obligación esta que se guardaba mucho de imponer la fórmula presentada por los mencheviques, y con la cual buscaban abrir el partido a los intelectuales simpatizantes. Este congreso dio cuerpo a la escisión entre bolcheviques y mencheviques.

El partido «socialista-revolucionario»

El partido socialista-revolucionario[14] nace en la misma época a partir de una multitud de grupos que conservan las tradiciones de los naródniki, combatidas por Plejánov y por Lenin. Este partido, a diferencia de la socialdemocracia, partido del proletariado, quiere ser al mismo tiempo el partido del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales avanzados. Al igual que sucedió en las primeras organizaciones marxistas, los intelectuales son en este el elemento más numeroso; pero mientras que la socialdemocracia les exige que se pongan al servicio del proletariado y no les concede la palabra, sino en la medida en que llegan a ser los portavoces del proletariado, los intelectuales, como tales, tienen un papel preponderante en el partido socialista-revolucionario.

En efecto, la doctrina de los naródniki proclama que las individualidades conscientes «dotadas de juicio crítico» y que forman minorías selectas ejercen en los destinos de la sociedad una influencia de primer orden. Este concepto, propio de los intelectuales avanzados, que reconoce al «juicio crítico» y al valor moral del individuo una importancia muy exagerada, demuestra una grave incomprensión de los factores económicos, del papel de las masas y de la lucha de clases.

---

13 Noe Zhordania fue, entre 1920 y 1922, presidente de la república menchevique de Georgia.

14 Cf. A. I. Spiridóvich, *El partido socialista-revolucionario* (en ruso), obra redactada por un policía a partir de los documentos del Ojrana.

Por lo demás, pretender realizar en el seno de un partido único el bloque de obreros, campesinos e intelectuales, es decir, de la pequeña burguesía educada de las ciudades, contra la autocracia, equivalía a desconocer la lucha de clases. Los obreros, mantenidos fatalmente bajo tutela dentro de semejante partido, no podían aspirar a realizar su propia política y debían, a fin de cuentas, servir a la política de las clases medias. Los socialistas-revolucionarios, haciendo suyas las divisas de los antiguos naródniki, veían en las comunas campesinas la base del futuro socialismo ruso. Sus actividades apuntaron sobre todo a la juventud intelectual y a los campesinos. Al contrario de los socialdemócratas, que los condenaban en nombre de la acción de las masas (sin negar, por lo demás, que ciertos actos de legítima defensa o de represalia contra los gobernantes fuesen perfectamente naturales), los socialistas-revolucionarios establecieron el terrorismo individual como táctica. Exigían como condición en sus decisiones que el ejercicio de este terrorismo se armonizase con la acción de las masas o fuese encaminado a estimularla, siempre bajo el control riguroso del partido. Un partido de intelectuales que se apoyaba en los campesinos y que no podía recurrir a la acción de las masas obreras, cuyas formas más sencillas son la huelga y las manifestaciones callejeras, no tenía otro remedio que recurrir a los atentados terroristas. De lo dicho, se verá cuán grande es el abismo que separaba a los socialistas-revolucionarios de los marxistas-revolucionarios. En realidad —Lenin lo dijo por escrito hace ya tiempo y la historia lo ha probado en exceso—, los líderes socialistas-revolucionarios con frecuencia sólo eran liberales armados con bombas y revólveres. Hasta 1917 —o sea, hasta su fracaso político después de la revolución de marzo—, dio sin embargo pruebas de grandes cualidades revolucionarias. La pequeña burguesía pelea bien. Sobre todo las masas de este partido fueron admirables. Los socialistas-revolucionarios, con los socialdemócratas (y los anarquistas, ardiente minoría), poblaron las cárceles, los presidios y los rincones más apartados de Siberia; eran extraordinarios revolucionarios profesionales; dieron por centenares héroes y mártires a la causa de la revolución. Su hundimiento, en marzo y octubre de 1917, es desolador; revela la incapacidad de las clases medias para dirigir en nuestros días una revolución y al mismo tiempo el inmenso peligro de las ideologías confusas.

Las diferentes organizaciones socialistas-revolucionarias se fusionaron en 1901 para formar un partido único. Los primeros jefes del partido fueron: Ekaterina Brechko-Brechkovskaia, anciana militante muy valerosa (encarcelada la primera vez en 1874), que había estado en presidio en dos ocasiones, había conocido el destierro y vivido fuera de

la ley; Gregori Guerchuni, fundador de la «Organización de Combate» del partido revolucionario, militante de una inteligencia despierta y de un espíritu de sacrificio que no tenía límites; Mijail Gotz, combatiente curtido de la «Voluntad del Pueblo»; el político Víktor Chernov;[15] el ingeniero Yevno Azef —agente secreto de la Ojrana—, que iba a ser llamado a dirigir la «Organización de Combate» del partido...

Guerchuni formó esta organización en el año 1902; su primer acto, aquel mismo año, fue la ejecución del ministro de Instrucción Pública, Sipiaguin, realizada por el estudiante Balmachev (que fue ahorcado). Al día siguiente del atentado el partido socialista-revolucionario publicó un documento en que justificaba aquella ejecución. Al año siguiente caía ajusticiado de la misma manera el gobernador de Ufá Bogdanóvich. Al ser encarcelado Guerchuni, vendido por Azef, quedó este último a la cabeza de la organización terrorista. A las órdenes del agente provocador estuvo un terrorista de vocación y de un valor a toda prueba: Borís Sávinkov. En 1904 caía despedazado por la bomba de Egor Sazonov el presidente del Consejo, Plehve. El organizador de este acto había sido Sávinkov, que trabajaba a las órdenes de Azef. Llególe luego el turno al sátrapa de Moscú, el gran duque Sergei Alexándrovich, ejecutado por Iván Kaliayev. Los terroristas Sazónov y Kaliayev merecen ser contados entre las más formidables figuras de la revolución rusa. Los atentados se fueron sucediendo cada vez en mayor número. Durante la revolución de 1905, después de la publicación del rescripto imperial del 17 de octubre, el partido socialista-revolucionario, completamente desorientado, decretó el fin de la acción terrorista; nada más se produjo la reacción, volvió a poner en marcha su organización de combate. Los atentados cometidos por el partido socialista-revolucionario durante el año 1905 fueron 58, 93 durante el año 1906 y 74 durante el año 1907.[16]

El partido socialista-revolucionario, que estaba integrado por elementos heterogéneos, vio con frecuencia apartarse de él a elementos de la derecha y de la izquierda. Hacia 1906 se desgajó del mismo una

---

15 M. Gotz falleció en el año 1906. Guerchuni murió en París en 1920, después de largos años de luchas enconadas, acerca de las cuales ha dejado unas memorias notables (traducidas al francés). Brechko-Brechkovskaia, afiliada desde 1917 a la burguesía liberal, se ha convertido en uno de los personajes dirigentes de la emigración blanca. V. Chernov, hoy en la emigración, ministro en el gabinete de Kérenski, presidente después de la Asamblea Constituyente, ha conducido a su partido de abjuración en abjuración y de desastre en desastre.

16 Cifras tomadas del Museo de la Revolución, de Leningrado. No se toman en cuenta los atentados de importancia puramente local (que ascendieron a muchos centenares).

izquierda anarquizante, que iba a formar la Unión de los Maximalistas, cuyos pequeños grupos destacaron por algunos atentados de una audacia extraordinaria.

1905. La primera revolución rusa. Las causas

Se ha dicho que la revolución de 1905[17] fue un «ensayo general» de la de 1917. Toda la historia anterior de Rusia no había hecho otra cosa que preparar aquel ensayo general.

En vísperas de 1905, diez millones de familias campesinas poseen 73 millones de deciatinas de tierra;[18] 27.000 terratenientes, 18.000 de los cuales pertenecen a la nobleza, tienen en sus manos 62 millones de deciatinas; un tercio aproximadamente de estas inmensas posesiones pertenece a 699 grandes señores, que constituyen el más seguro puntal de la autocracia. Como es natural, las tierras de los campesinos no son las mejores. Los minifundios de estos últimos habían sido divididos, en 1861, de manera que los antiguos siervos seguían dependiendo lo más posible de sus antiguos señores, a los que se veían obligados a tomar en arriendo, en condiciones ruinosas, ciertos lotes de terreno, sin los cuales les era imposible vivir; los campesinos pagan multas o «derechos» por atravesar una tierra inculta, por la que zigzaguea el camino que va hasta el pueblo, así como por los pastos para el ganado y por mil pretextos más. El precio de los cereales sufre un alza en el mercado mundial a partir de 1900; los propietarios rurales, después de beneficiarse con el alza, aumentan el precio de las tierras y de los arrendamientos, en ocasiones hasta el doble. Ahora bien, la población del campo ha ido aumentando; en 1861 los campesinos poseían, por término medio, unas cinco deciatinas de tierra por cada varón; en 1900 dicho promedio cae hasta quedar con frecuencia por debajo de 2,5. Los estadísticos calculan que hay en el campo unos diez millones de brazos superfluos. Los años 1895-1896, 1897 y 1901 son años de hambre (durante los cuales se siguen exportando los cereales).

Las clases poseedoras tienen en la miseria del campesino y del proletariado una fuente de riqueza. En 1893-1896, las exportaciones rusas alcanzan, por término medio, la cifra de 661 millones de rublos anuales;

---

17 N. Pokróvski, *Resumen de la historia de Rusia*, tercera parte; L. Trotski, 1905 (traducción francesa, editada por la librería de L'Humanité.); N. Reikov, *Historia de Rusia*, tomos XI y XII.

18 La deciatina equivale a poco más de una hectárea (10.925 m^2).

de 1905 a 1908, a pesar de la crisis industrial, de la guerra ruso-japonesa y de la revolución, el promedio anual de las exportaciones se eleva a 1.055 millones de rublos. La acumulación anual de riquezas sube, en el mismo lapso, de 104 a 339 millones. Los capitales extranjeros afluyen a este país, en el que la mano de obra se paga a vil precio y en el que las fortunas se acumulan rápidamente. De 1894 a 1900 se invierten en la industria rusa capitales franceses por valor de cerca de 500 millones de rublos oro (el rublo vale en aquella época 2,66 francos).

La industria rusa, de muy reciente creación, se desarrolla con gran vigor en condiciones muy especiales. Sus recursos en mano de obra son ilimitados, pero la mano de obra cualificada es muy escasa; no existe la aristocracia obrera privilegiada. La técnica de esta industria, en un país tan agrícola, es con frecuencia rudimentaria; resulta demasiado fácil realizar buenos negocios. Por el contrario, bajo la influencia de los capitales extranjeros, su concentración llega a un grado más elevado que el de la misma industria alemana. Este capitalismo, de estructura moderna, se encuentra trabado por instituciones políticas que se hallan, con respecto a él, retrasadas en más de un siglo.

No existe apenas legislación obrera, no existen sindicatos, ni existe el derecho de asociación, de reunión, de huelga, de palabra. Para decirlo de una vez, los obreros carecen de derechos. La jornada de trabajo varía entre diez y catorce horas. El salario que se paga en las fábricas metalúrgicas de Briansk, en el sur (en 1898), es de 70 kopek por jornada de doce horas. Los obreros de las fábricas textiles ganan de 14 a 18 rublos por mes, y son abrumados a multas. La jornada de trabajo es mayor que en todo el resto de Europa y los salarios son más bajos. Ahora bien, este proletariado de fábricas y de manufacturas está concentrado en algunos grandes centros, formando una masa compacta de 1.691.000 hombres (1904).

La propia industria sufre las consecuencias de semejante estado de cosas. La clase patronal de la industria textil —que en el campo arruinado no encontraba más que un mercado miserable— simpatizó, al principio, con la revolución de 1905; los patronos metalúrgicos, cuyo cliente era el Estado, se dejaron convencer, a su vez, después de los desastres de Manchuria.

El descontento era muy grande en el seno de la pequeña burguesía. Los campesinos acomodados veían que los grandes propietarios rurales les cerraban el paso. Los comerciantes, los artesanos, la clase modesta y más aún los intelectuales, se sentían profundamente lesionados en sus

intereses y ofendidos en su dignidad por el régimen de castas y por la arbitrariedad burocrática. Todas las clases de la sociedad experimentaban urgencia de grandes cambios, con excepción de los grandes propietarios rurales, de la nobleza rica, de la Corte y de una fracción de la alta burguesía, ligada a la autocracia.

El año 1902 se señaló por desórdenes agrarios. Se fusiló y se hizo azotar a los habitantes de aldeas enteras. La imponente huelga de masas de las fábricas de Rostov, sobre el Don, constituyó una revelación de la fuerza obrera. Al año siguiente se produjo una huelga casi general que abarcó todo el sur. Los pogromos antisemitas de Kishinev, organizados por la policía de Plehve, fueron la respuesta a estos movimientos populares; algunos centenares de judíos perecieron degollados. Por la misma época los policías del zar concibieron la idea de encuadrar y organizar ellos mismos el movimiento obrero. El agente de policía Zubátov fomentó, en Moscú primero y luego en Petersburgo, la fundación de asociaciones obreras colocadas bajo el triple patronato de la policía, de los propietarios y del clero. Pero este «socialismo policial», se vio empujado, por la fuerza de las cosas, a sostener huelgas; en enero de 1905, al estallar en las fábricas de Putílov un conflicto entre los obreros y la dirección, que acababa de despedir a cuatro miembros de la sociedad obrera patrocinada por las autoridades y dirigida por el pope Gapón, el «sindicato negro» se encontró bruscamente a la cabeza de todo un proletariado cuya paciencia se había agotado.

Gapón es una figura extraña. Parece haber creído en la posibilidad de conciliar los verdaderos intereses de los obreros con las buenas intenciones de las autoridades. El hecho es que fue Gapón quien organizó el movimiento de petición al zar que acabó en la masacre del 9 (22) de enero de 1905. La petición que los obreros de Petersburgo dirigieron a Nicolás II, redactada por Gapón y aprobada por millares de obreros, venía a ser, a la vez, una súplica dolorosa y una reivindicación audaz. ¿Qué pedían en ella? La jornada de ocho horas, el reconocimiento de los derechos de los obreros, una Constitución (responsabilidad de los ministros ante la nación, separación de la Iglesia y el Estado, libertades democráticas). Desde todos los puntos de la capital, los peticionarios se pusieron en marcha enarbolando iconos y cantando himnos religiosos, en una mañana nevada de enero, dirigiéndose hacia donde estaba su «padrecito el zar». Se les habían tendido celadas en todas las esquinas. La tropa los ametralló, los cosacos cargaron sobre ellos. «Tratadlos como a sublevados», había dicho el emperador. La fusilería fue

especialmente nutrida bajo las ventanas del Palacio de Invierno. El balance de la jornada arrojó varios centenares de muertos y un número no menor de heridos.[19] Esta represión absurda y criminal desató la primera Revolución rusa. Constituyó también —a doce años de plazo— el suicidio de la autocracia.

1905. La batalla

La matanza de proletarios hizo correr una ráfaga de revolución por todo un país en el que la guerra ruso-japonesa venía a agravar todos los descontentos. La huelga, casi general, se extendió a 122 ciudades o poblaciones industriales y a diez líneas del sistema de ferrocarriles. En Varsovia revistió el carácter de una insurrección, como lo atestiguan los 90 muertos, 176 heridos y 733 encarcelados.

La guerra ruso-japonesa no era desde hacía un año otra cosa que una sucesión de reveses. Múltiples eran las causas de la guerra: el Antiguo Régimen, prosiguiendo su política de engrandecimientos territoriales, había echado la vista a Manchuria, zona excelente de colonización; el dominio de Port Arthur debía abrir al comercio ruso las puertas de China; los capitales franceses, interesados en la terminación del Transiberiano, ambicionaban el Extremo Oriente; el zar, que se hallaba a la cabeza de una familia cada vez más numerosa y difícil de dotar, soñaba con aumentar en Corea la fortuna de los Románov; en definitiva, a los hombres de gobierno de Rusia no era ajeno ciertamente el deseo de afianzar la autocracia en el interior con una victoria militar. Por su parte, Japón, que se había visto despojado por Rusia de los frutos de su victoria de 1894 sobre China, resuelto a la conquista de Corea, y, por consiguiente, a decidir por las armas su litigio con Rusia, recibía alientos del imperialismo inglés, deseoso de aminorar la influencia rusa en Asia. La guerra estalló en el mes de febrero de 1904 y concluyó con la paz de Portsmouth el 5 de septiembre de 1905. Los rusos, batidos en todos los encuentros, en el Yalú, en Liao-Yang, en Mukden, en Port Arthur, donde capitularon, perdieron toda su flota en la batalla naval de Tsushima (mayo de 1905). Cada uno de estos reveses, que ponía al descubierto la flaqueza militar de la autocracia —¡que no había dudado un instante en que obtendría una fácil victoria!—, tuvo repercusiones

---

19 Gapón consiguió escapar, vivió algún tiempo en el extranjero, reanudó sus contactos con la policía imperial, prestándose a sus maniobras, y fue ejecutado el año 1906, como agente provocador, por un socialista-revolucionario que obró por mandato de Azef.

más graves en el interior, que en el propio teatro de las operaciones. Derrotas tan deshonrosas eran debidas a la incuria administrativa, a la incapacidad de las clases dirigentes, a la situación revuelta del país, en el que había habido necesidad de dejar a los mejores hombres. La guerra costó 1.300 millones de rublos. Nicolás encontró casi toda esta suma en el extranjero (1.200 millones de rublos), en la Bolsa de París principalmente.

No intentaremos dar en pocas páginas un resumen de las peripecias de la revolución de 1905. Nos limitaremos a indicar las fechas y los rasgos más sobresalientes. Los desórdenes agrarios dieron comienzo en febrero. El gran duque Sergei fue ejecutado en Moscú el 4 de dicho mes por los socialistas-revolucionarios. El 17 de abril un rescripto (*ukase*) imperial promulgaba la libertad de conciencia... sin perjuicio de los derechos de la Iglesia ortodoxa, Iglesia de Estado. En el mes de mayo, se iniciaba el congreso bolchevique de Londres (tercer congreso de la socialdemocracia rusa).

Desde el año 1903, la fracción bolchevique de la socialdemocracia rusa atravesaba tiempos difíciles. El líder del partido, Plejánov, se había unido a los mencheviques poco después del segundo congreso. «Fue aquel un periodo de derrota, de indecisiones, de disolución», dice Lenin. Es verdad que el partido bolchevique nacía de estas dolorosas luchas intestinas. Fue el único que, en vísperas de la revolución, se encontró listo y armado por un pensamiento claro. Los mencheviques detentaban el poder de los órganos dirigentes del partido; a pesar de la gravedad del momento, se negaron a reunir un congreso en el que se habrían encontrado en minoría. Los bolcheviques celebraron su congreso en Londres, los mencheviques reunieron una conferencia en Ginebra.

Nada puede explicar mejor la victoria de los bolcheviques en 1917 que su actitud de 1905. Los mencheviques proclamaban que la revolución sería burguesa, que elevaría al poder a la burguesía y la aseguraría en él, abriendo para Rusia una era de amplio desarrollo capitalista. En su opinión, el proletariado debía guardarse de representar un papel directivo en los acontecimientos, pasando a constituir en el seno de la democracia burguesa un fuerte partido de oposición. Una insurrección obrera sería una verdadera locura. Los bolcheviques echaban en cara a sus adversarios que se colocaran a remolque de las clases poseedoras; el proletariado —decían ellos— debe colocarse a la cabeza de la sublevación popular; no había modo de llevar verdaderamente a cabo la revolución burguesa si no era «por la dictadura democrática de los obreros y campesinos», cuyas

conquistas permitirían al proletariado emprender luego el camino hacia el socialismo. La idea madre de Lenin era que no podía darse una revolución puramente burguesa frente a un proletariado numeroso, fuerte y consciente. Trotski y Parvus constituían en aquel momento otra tercera tendencia dentro del socialismo ruso; ajenos al oportunismo de los mencheviques, enlazaban estrechamente, dentro de su teoría de la revolución permanente, los destinos del movimiento obrero europeo.

Lenin y Krasin hicieron aceptar en el congreso de Londres la participación del partido en un gobierno revolucionario que no se asustase ante la acusación de jacobinismo y la necesidad de recurrir al terror. «Es una estupidez y un crimen, en un periodo revolucionario, el temor a participar en el poder». El congreso señaló al partido la tarea de preparar la insurrección (informantes, Lunacharski y Bogdánov).

La primera fase de la revolución fue de movilización. Constituíanse los partidos y los grupos (reaccionarios, liberales, zemstvos, uniones diversas de la pequeña burguesía, congreso campesino, sindicatos obreros). Inmediatamente después del domingo rojo empezaron a brotar en todas partes los sindicatos, ilegales o tolerados, forzados con frecuencia a celebrar sus reuniones en los bosques. Luego se precipitaron los acontecimientos. El 15 de junio se amotinó el acorazado Knaz-Potemkin.[20] En el campamento de Novaia-Alexandria estalló otro motín militar, organizado por el oficial Antónov-Ovséyenko.[21] Se combatía en las calles de Lodz (Polonia). Quinientos muertos. La autocracia vio la necesidad de aligerar lastre. Un rescripto imperial creaba el 6 de agosto la Duma del Imperio, de acuerdo con el proyecto de la constitución Buliguin. Aquella asamblea, puramente consultiva, debía elegirse por sufragio censitario, por parroquias, mediante un sistema de una gran complejidad. Todos los grandes propietarios rurales eran electores pero diez pequeños propietarios elegían... un solo elector de su parroquia. En las ciudades se concedía el derecho del voto sólo a la burguesía, quedando excluidos del mismo los obreros. De los intelectuales votaban únicamente los ricos (1.300 rublos anuales de alquiler). San Petersburgo, con una población de 1.500.000 habitantes, reunió 9.500 electores. La burguesía hizo como que se conformaba con aquel simulacro de parlamento.

---

20 Enarboló durante once días la bandera roja. El resto de la flota no se atrevió a presentarle batalla. La dotación del buque acabó por refugiarse en Rumanía, una vez que se le agotaron los víveres.

21 Volveremos a encontrarnos con Antónov-Ovséyenko durante la revolución de octubre.

La huelga general surgía a principios de octubre, provocada en apariencia por un conflicto muy secundario. Los tipógrafos de Moscú recurrían a la huelga para exigir que les fuesen pagados los signos de puntuación como letras. De gremio en gremio, por solidaridad, fue extendiéndose a todas las industrias moscovitas, y al entrar en ella los ferroviarios se extendió a todo el país. Huelga formidable, absoluta; cerraron hasta los comercios. El día 13 se constituía el Soviet (Consejo) de los obreros de Petersburgo, compuesto por un diputado por cada 500 obreros. Simultáneamente se extendía por casi toda Rusia la sublevación de los campesinos. Por centenares fueron quemados los «nidos de los señores». Dos mil casas de propietarios fueron reducidas a cenizas. La autocracia vaciló entre una dictadura militar y una capitulación. La huelga de los ferroviarios y el estado de ánimo de las tropas la decidieron a adoptar el proyecto de capitulación relativa del conde Witte: el manifiesto imperial del 12 de octubre elevó la Duma a la categoría de asamblea legislativa y concedió el derecho de sufragio (en dos y tres grados) a la pequeña burguesía de las ciudades y a los obreros. Pero esto fue sólo un síntoma, de hecho, se conquistaron todas las libertades democráticas y surgió una prensa revolucionaria, que las autoridades no tuvieron más remedio que tolerar, impotentes.

Las siguientes jornadas vieron salir a la palestra a los pogromos[22] antisemitas, decretar la amnistía de los delitos políticos, restablecer la autonomía de Finlandia. La sublevación militar de Kronstadt señaló el fin de octubre; estalló luego la sublevación de la flota del Mar Negro, cuyo jefe, el teniente Schmidt, bravo, pero falto de decisión, no supo hacer otra cosa que morir dignamente. Todos estos acontecimientos se hallan dominados por un hecho decisivo: el ejército, a pesar estas ruidosas desafecciones, permaneció, en general, sumiso.

El Soviet de Petersburgo fue dirigido al principio por un abogado popular, Jrustalev-Nosar, que fue encarcelado muy pronto y remplazado por Trotski. Dirigido por este e inspirado por los bolcheviques, el Soviet sostuvo una lucha tanto más difícil cuanto que el cansancio del proletariado de Petersburgo se dejaba sentir cada día más. Hizo una tentativa para conquistar la jornada de ocho horas por medio de la

---

22 La iniciativa de los pogromos estuvo reservada a la policía y a la «Unión de los verdaderos rusos» (los llamados «Cien Negros»), formada por ultrarreaccionarios y patrocinada por las autoridades. Fueron asesinados cerca de 4.000 judíos, y heridos otros 10.000 en 110 ciudades y aldeas; sólo en Odesa hubo 500 muertos.

huelga, pero fracasó. Los obreros de la capital estaban agotados por un año de luchas; el encarcelamiento del Soviet no logró provocar sino una pequeña huelga parcial.

Por el contrario, la efervescencia alcanzó todo su apogeo en Moscú, ciudad en la que el proletariado se había manifestado menos activo en el transcurso de los meses anteriores. Los revolucionarios de visión más clara pusieron inútilmente de relieve la probabilidad de un fracaso. La huelga general dio comienzo el día 7 de diciembre, con la aprobación de los socialistas-revolucionarios y de los bolcheviques. Inmediatamente se convirtió en insurrección: los pequeños grupos de combate de las organizaciones obreras llenaron la ciudad de barricadas con objeto de oponerse al desplazamiento de las tropas. No eran lo bastante numerosos y estaban muy mal armados; el movimiento se producía demasiado tarde: poco tiempo antes había sido desarmado un regimiento que simpatizaba con los revolucionarios; la prisión casual de casi todos los miembros del comité revolucionario vino a decapitar la insurrección. El barrio obrero de Krasnaia Presnia, que estaba, sin embargo, bastante retrasado, se defendió magníficamente. Hubo que recurrir a la artillería para dominarlo. Los sublevados lograron batirse en retirada en la mayoría de los casos. A pesar de esto, el almirante Dubásov hizo fusilar a más de 250 personas a capricho de los delatores.

La revolución había conseguido grandes éxitos en el sur y verdaderas victorias en el Cáucaso. El mes de enero de 1906 fue un mes de fusilamientos. Las expediciones punitivas restablecieron por todas partes el orden con un furor frío. Sembraron terribles rencores en las provincias bálticas, en Siberia y en el Cáucaso.

La primera revolución rusa costó al pueblo ruso cerca de 15.000 muertos, más de 18.000 heridos y 79.000 encarcelados.

La aristocracia salvó el año 1905 gracias a las vacilaciones y al espíritu reaccionario de la burguesía liberal, a los titubeos de las clases medias revolucionarias y a la falta de organización del proletariado (no bastaron para compensarla ni el espíritu de sacrificio ni la solidaridad), a la debilidad del partido proletario,[23] al carácter rudimentario del movimiento de los campesinos, a la fidelidad relativa de las tropas y a la intervención del dinero francés.

---

23 El partido bolchevique tenía en 1905 de doce a trece mil miembros, y aunque contaba con numerosos intelectuales, ejercía su influencia sobre los medios puramente proletarios; los mencheviques

1905. Los resultados

El fracaso de la primera Revolución rusa distó mucho de ser absoluto. Las masas de obreros y de campesinos perdieron en ella el respeto que tenían a la autocracia, aprendieron a medirse con sus opresores. Modificación psicológica de una importancia inapreciable. Los obreros vieron, al fin, claro en el complicado mosaico de los partidos; de allí en adelante se agruparon cada vez más en torno a su partido de clase. El núcleo del partido bolchevique se templó para las luchas futuras y levantó el balance de una experiencia, ya formidable, durante la crisis moral que vino luego —los años de reacción fueron dolorosos para el movimiento revolucionario, como lo son siempre los días que siguen a la derrota: el individualismo, el escepticismo, el desaliento y el apartamiento de los débiles se manifestaron bajo diversas formas—. El proletariado no tiene otra escuela que la de la lucha. Clase explotada, clase oprimida, clase por definición de vencidos es en los reveses donde aprende a vencer; solo el hecho de alzarse y de actuar es ya, en cierto sentido, una victoria, y sus más sensacionales derrotas equivalen a veces, en la historia, a fecundas victorias. Así ocurrió en 1905.

Por el contrario, su revolución democrática de 1905 constituyó para la burguesía rusa un fracaso bien característico. El papel del proletariado había sido singularmente inquietante. A la burguesía le faltó unidad. Las clases medias habían seguido en muchos momentos a la clase obrera, en medio del ardor de la batalla. Asustadas por la creciente marea del socialismo, la alta burguesía, las finanzas y los patronos metalúrgicos se habían mostrado en todo momento inclinados a pactar con los grandes propietarios rurales y con la autocracia. La división de la sociedad rusa en castas, los privilegios de la nobleza, de la propiedad rural, de la Iglesia y de la corona, la desigualdad civil y la autocracia sobrevivieron a la crisis de 1905; el capitalismo ruso, al que se le presentaban amplias posibilidades de desarrollo con la afluencia de capitales extranjeros, siguió trabado en todos sus movimientos. La corrupción, la incuria y la burocracia del Antiguo Régimen prosiguieron su labor de zapa. No fue desterrada ni suprimida ninguna de las causas de la revolución.

---

contaban con alrededor de quince mil miembros. Su influencia se dejaba sentir sobre todo entre la pequeña burguesía, los artesanos y a veces (en Georgia, por ejemplo) sobre los campesinos. El proletariado ruso alcanzaba entonces la cifra de tres millones de hombres. Por lo tanto, entre las dos fracciones de la socialdemocracia habían organizado sólo a la centésima parte. (V. Nevski, *Historia del PCR*, cap. XI.)

El gobierno reaccionario de Stolypin, que sucedió al gobierno Witte, cuyas maniobras constitucionales habían rendido estupendos servicios al zarismo —así es cómo se complementan, al servicio de la contrarrevolución, liberales y conservadores—, comprendió a las claras que no se había hecho sino retrasar el ajuste de cuentas. Emprendió con bastante cordura la tarea de hacer frente a esa amenaza mediante la reforma agraria de 1906-1910, reforma que facilitó entre los campesinos el desarrollo de la propiedad privada y el enriquecimiento de los agricultores de la clase acomodada. El Banco Campesino entregó a los labradores una extensión de tierras, por lo demás insuficiente. Se invitó a los campesinos pobres a colonizar Siberia, Asia central, Extremo Oriente. Esta política se encaminaba a dar vida a una clase campesina rica, numerosa, afecta al régimen y privilegiada. El instinto de la propiedad habría hecho de ella una aliada de la nobleza y de la alta burguesía reaccionaria. En opinión de Stolypin, la creación de una clase de campesinos ricos conjuraría el peligro revolucionario a veinte años de plazo. Pero el despertar del movimiento obrero se manifestó a partir de 1912. Después, sobrevino la guerra imperialista.

Mientras los mencheviques comentaban «el error histórico de la insurrección de Moscú» («¡No se debieron tomar las armas!», decía Plejánov), Lenin y los bolcheviques analizaban las lecciones de 1905. Es necesario conocer la obra de Lenin de los años 1905-1906. Constituye un modelo de dialéctica revolucionaria y algo más todavía: es una introducción a la historia de la revolución de octubre. Lenin subrayó la importancia de los Soviets, órganos de la lucha directa de las masas, «órganos de insurrección», y por consiguiente su incompatibilidad con el Antiguo Régimen: los acontecimientos de Moscú le sirvieron para demostrar la necesidad de la organización revolucionaria; recomendó la guerra de guerrillas, a la cual recurrieron los bolcheviques en diversas regiones (por ejemplo, en Letonia) para resistir a la reacción y preparar una acción ulterior; desarrolló su teoría del frente único, «acuerdo de combate realizado por el partido del proletariado con los partidos de la democracia revolucionaria»; estudió la técnica de la insurrección. Los hechos habían confirmado sus pronósticos acerca del papel de la burguesía liberal y del oportunismo socialista. Su criterio vivo de marxista revolucionario se opuso constantemente a la doctrina rígida teorizadora y erudita de los mencheviques. El 30 de septiembre de 1906 escribía, contestando a todos aquellos que le trataban de «blanquista», «anarquista» y «bakuninista»:

> El marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento revolucionario a ninguna forma determinada de lucha. Admite los métodos más diversos de actuación, sin por ello «inventarlos»; se limita a generalizar, a organizar, a dar sentido consciente a los métodos de acción de las clases revolucionarias que surgen espontáneamente en el transcurso del movimiento revolucionario. Enemigo resuelto de todas las fórmulas abstractas, de todas las recetas de los doctrinarios, exige el marxismo una actitud atenta hacia la lucha de las masas, lucha que suscita sin cesar nuevos métodos de ataque y de defensa, conforme se desarrollan los acontecimientos y la conciencia de las masas, y conforme se agravan las crisis económicas y políticas. El marxismo no rechaza ninguna forma de lucha... El marxismo no se contenta en todo caso con las formas de lucha existentes o posibles en un momento dado, reconociendo que son imprescindibles nuevos métodos de acción, desconocidos aún por los militantes actuales, así que se haya modificado la coyuntura. Puede afirmarse a este respecto que, lejos de abrigar la pretensión de enseñar a las masas métodos de acción ideados por los diseñadores de sistemas, producto de gabinete, el marxismo es una escuela permanente de la práctica de las masas. El marxismo exige de una manera incondicional el estudio histórico del problema de las formas de lucha. Plantear este problema con independencia de una situación histórica concreta equivale a desconocer el abecé del materialismo dialéctico. A distintos momentos de la evolución económica corresponden diferentes formas de lucha condicionadas por las situaciones políticas, nacionales y culturales, así como por las costumbres que modifican a su vez las formas secundarias, auxiliares, de la acción.[24]

A partir de aquel momento quedaba completada su teoría de la guerra civil, que le veremos aplicar en octubre de 1917. ¿No es cierto que las líneas que transcribimos a continuación, y que están sacadas de un artículo fechado el 29 de agosto de 1906, parecen estar escritas en 1917?

> Tengamos presente que se acerca la gran lucha de masas. Esta lucha equivale a la insurrección armada. Dentro de lo posible, deberá ser simultánea en todo el país. Las masas deben saber que marchan a una lucha armada, sangrienta, desesperada. Deben insuflarse de desprecio a la muerte, que es el que ha de asegurarles la victoria. Hay que llevar adelante la ofensiva con la mayor energía; el santo y seña de las masas ha de ser la agresión y no la defensa; el exterminio implacable del enemigo ha de constituir su objetivo; la organización de la lucha será flexible y de gran movilidad; se arrastrará a la acción a los elementos vacilantes del ejército. El partido del proletariado consciente debe cumplir su deber en esta gran lucha.

---

24 Sobre la guerra de guerrillas (30 de septiembre de 1906).

1907-1914. La reacción y el imperialismo franco-ruso

La preparación de la guerra imperialista llena los primeros catorce años del siglo XX. El reparto del mundo entre las grandes potencias, gobernadas económica y políticamente por las «altas finanzas», ha terminado; Alemania, privada de buenas colonias, amenaza el dominio inglés de los mares y hace la competencia, en el mundo entero, al comercio británico, a esto ya no es posible poner otro remedio que los cañones. Las industrias metalúrgicas de Alemania y Francia se miran desafiantes desde ambos lados del Rin. El Imperio germánico ambiciona las colonias francesas y sueña con asegurar su influencia sobre Turquía. Sus intereses y los del Imperio de Austria chocan aquí con los de Rusia, cuyas intrigas dominan desde hace más de treinta años la política de los pequeños Estados balcánicos y que tiene puestos los ojos sobre Constantinopla, necesaria para la exportación de sus cereales. La fabricación de armamento avanza febrilmente. «A partir de los últimos años del siglo XIX —escribe M. N. Pokróvski— existe un imperialismo franco-ruso».[25] En 1900 los capitales invertidos en la industria rusa ascendían (en millones de rublos oro) a 447,2 millones (21 %) de capitales rusos; 762,4 (35,9 %) de capitales extranjeros; 915,6 (43,1 %) capitales conseguidos mediante la colocación en el extranjero de valores rusos. En total ¡el 79 % de los capitales invertidos en la industria rusa eran de procedencia extranjera! Agréguense los 9.349 millones de francos prestados por la República francesa a Nicolás II y se formará una idea de la influencia ejercida por las finanzas francesas en los destinos del Imperio ruso. En 1914 los capitalistas franceses tenían en sus manos el 60,7 % de la producción rusa de fundición y el 50,9 % de la de carbón. Los bancos de Petrogrado disponían, en vísperas de la revolución, de un capital de 8.500 millones de rublos, que pertenecían a los bancos franceses en una proporción del 55 por ciento.

No haremos aquí hincapié en la preparación militar de la guerra, que venía realizándose desde el año 1907, tal vez desde antes, por los Estados Mayores ruso y francés en unión con el Almirantazgo inglés. Poco antes de ser fusilado (en 1920), el almirante Kolchak manifestó, en una de las declaraciones que hizo a los Tribunales en Irkutsk, que el Estado Mayor y el Almirantazgo ruso habían fijado desde el año 1907 la fecha de la conflagración europea para 1915. Se sabe ya que el Estado

25 M. N. Pokróvski, «Los orígenes de la guerra imperialista», *Revolución Proletaria,* agosto de 1924.

Mayor ruso, hábilmente instigado por Poincaré, violentó la marcha de los acontecimientos y el estallido de la guerra, valiéndose de la provocación de Sarajevo.[26]

Cuando estalló la guerra, acababan de desarrollarse grandes huelgas en San Petersburgo, que eran una prueba de la potencia obrera. El partido bolchevique había conseguido publicar en Rusia algunos periódicos y revistas (*Pravda, Zvezdâ*), que eran continuamente eliminados, al tiempo que renacían inmediatamente, y que habían llegado a penetrar en todos los medios obreros y a participar en todos los movimientos de las masas proletarias. A partir del año 1910, el proletariado ruso entró en una fase de resurgimiento y de actividad; conseguía ver aumentados sus salarios y disminuida la jornada de trabajo; una demostración de este despertar fueron las protestas que siguieron a la matanza de Lena. Los obreros de los yacimientos de oro del río Lena (gobierno de Irkutsk, Siberia), explotados de una manera odiosa, alojados en barracas inmundas, pagados en bonos de la Compañía (de capital inglés), se declararon en huelga hacia finales del mes de mayo de 1912. Exigían la jornada de ocho horas (en vez de la de diez), un aumento del 30 % en los salarios y el despido de varios miembros del personal. La compañía hizo disparar sobre aquella muchedumbre desarmada; resultaron 270 muertos. A este crimen patronal contestaron los obreros con grandes huelgas en Moscú y en Petersburgo.

Entre 1906 y 1914, en el seno de la socialdemocracia rusa, se hizo más profunda la escisión de bolcheviques y mencheviques, que se reunieron por un momento en el congreso unitario de Estocolmo. Los bolcheviques combatieron en todo momento las tendencias «liquidacionistas», nacidas de la derrota de una revolución (se trataba de la liquidación del movimiento ilegal y de la actividad revolucionaria).

La guerra ahondó todavía más aquel foso. Mientras los socialistas-revolucionarios se convertían al patriotismo, mientras los liquidadores mencheviques contestaban a un telegrama de Vandervelde que ellos «no se oponían a la guerra», el comité central del partido bolchevique, fundándose en el recuerdo de la Comuna de París y en las resoluciones de los congresos socialistas internacionales, adoptaba el santo y seña formulado por Lenin, esto es, «la transformación de la guerra imperialista en guerra civil». En el mes de noviembre de 1914 son encarcelados

26 El atentado de Sarajevo fue cometido por instigación del Estado Mayor ruso. Véase Víctor Serge, «La verité sur l'attentat de Sarajevo», *Clarité,* núm. 74, 1 de mayo de 1924.

los cinco diputados bolcheviques de la Duma, lo mismo que Kámenev y se les deporta a Siberia. En aquel momento, los bolcheviques formaban en Petersburgo una docena de grupos que sumarían en total ciento veinte miembros.

Sin perder tiempo trabajan para reconstituir la Internacional, que se había hundido los días 2 y 4 de agosto de 1914. Concurren a Zimmerwald y a Kienthal. Trotski, ajeno entonces a las dos fracciones principales de la socialdemocracia rusa, adoptaba una actitud un poco distinta a la de aquella.[27]

1917

La burguesía rusa acogió la guerra con entusiasmo, todo lo contrario de la camarilla reinante de propietarios rurales, nobles y burócratas. ¿No venía la guerra a realizar sus anhelos, a obligar a la autocracia a una abdicación constitucional o, por lo menos, a poner en vigor grandes reformas? Por lo demás, esa burguesía, que mantenía estrechas relaciones con las burguesías de la Europa occidental, era imperialista.

Se vio entonces a ejércitos enteros ir al combate sin municiones, reducidos en plena batalla al empleo de armas blancas, la traición de los proveedores de material de guerra en los Estados mayores y tal vez en la corte misma; se vio la realización de súbitas fortunas; el cohecho, la obra de la incuria; se vio a un *starets* disoluto,[28] Rasputín, consejero del zar, nombrar y revocar, entre dos orgías, a los ministros; se vio al país rodar claramente hacia el abismo. La guerra ponía de manifiesto la gangrena del régimen.

En enero de 1917, el alza de los precios era sensiblemente superior al alza de los salarios (proporción de 130 a 163). La producción decaía. El inmenso esfuerzo que los aliados exigían a Rusia llegó a su apogeo en 1916. El país quedó extenuado. Inflación. Desgaste de los ferrocarriles. Crisis de aprovisionamientos. La capital se hallaba en peligro de carecer de pan y combustible. El gobierno, desbordado por la especulación, hacía vanos esfuerzos por imponer tasas a los artículos alimenticios y por regular la vida económica. La burguesía, sometida a la influencia de los aliados, hubiera querido acercarse a la autocracia; la corte y la casta de los grandes terratenientes, agrupados alrededor del zar, veían más bien

27 V. Nevski, *Historia del P.C.R.*, cit. p. 386.

28 *Starets*, «guía espiritual ortodoxo».

la salvación en una paz por separado con Alemania. Esta tendencia inquietante y los reveses terribles sufridos por los ejércitos rusos, incitaron a los aliados a fomentar en el seno de la burguesía las veleidades de un golpe de Estado. Hacia el año 1917, casi todos los políticos rusos y los generales del ejército, así como bastantes grandes duques, soñaban con evitar la revolución de la calle por medio de una revolución palaciega. Pero nadie osó hacerla. Las conspiraciones de salón dieron solamente como fruto el asesinato de Rasputín por el líder de la extrema derecha, Purishkévich y por el príncipe Yusúpov.

La revolución surgió en la calle, en una corriente de millares de obreros huelguistas que venía de las fábricas, al grito de: «¡Queremos pan! ¡Queremos pan!». Las autoridades la vieron llegar impotentes: no estaba en sus manos el remedio de la crisis. Cuando las tropas en las calles de Petrogrado fraternizaron con los manifestantes obreros se consumó la caída de la autocracia (25-27 de febrero de 1917). La rapidez de los acontecimientos sorprendió a las organizaciones revolucionarias que, sin embargo, trabajaban en su preparación.

Se formaron inmediatamente dos gobiernos: el comité provisional de la Duma improvisó un gobierno de la burguesía, a cuyo frente se encontraban los reaccionarios más redomados, que después de la abdicación del zar no soñaban más que con redactar una constitución, salvar la dinastía y reducir la canalla a la obediencia; el Soviet de los obreros y de los soldados fue el gobierno formado por el proletariado. Ambos poderes rivales deliberaron, uno al lado del otro, en el Palacio de Táuride, observándose mutuamente y evitando choques. El Soviet se hallaba dirigido por los mencheviques y los socialistas-revolucionarios; pero la masa les empujaba, los vigilaba, les daba ánimo. El primer gobierno provisional, el del príncipe Lvov, inspirado en realidad por Miliukov, líder del partido constitucional demócrata, llamado partido «cadete» —que era el partido de la gran burguesía liberal—, confiaba en establecer una monarquía constitucional bajo la regencia de Mijail Románov, en espera de que el zarévich Alexis llegase a la mayoría de edad. Pero el Soviet actuaba. Su Ordenanza (*prikaz*) número 1, del primero de marzo, abolía los títulos en el ejército, prescribía la elección de comités en todas las unidades de tropa, ponía en realidad a esta a disposición del Soviet. Este provocó la detención del emperador y de la familia imperial e impidió la marcha del zar a Inglaterra. El Soviet proclamó su voluntad de hacer la paz; el gobierno burgués proclamó su fidelidad a los aliados. La dualidad de poderes era, en realidad, un conflicto de poderes.

En los primeros días de mayo se forma un ministerio de coalición (burgueses liberales –«cadetes»—, mencheviques, socialistas-revolucionarios) presidido por Kérenski. Su programa se resume en dos palabras: democracia, asamblea constituyente. Se manifiesta impotente para combatir la crisis económica; haría falta tomar medidas enérgicas, pero no es posible hacerlo sin lastimar a la burguesía. Cede a la presión de los aliados y desata la ofensiva del primero de junio, carnicería inútil, y que tenía forzosamente que ser inútil. Niega la autonomía nacional a Finlandia y se divide acerca del problema de la autonomía ucraniana, que trae como consecuencia la dimisión de los ministros burgueses. Sigue a este un gabinete presidido también por Kérenski, en el cual es más poderosa todavía la influencia de los «cadetes», decididos a sabotear la revolución... Este reajuste ministerial se realiza durante las algaradas de julio, que son el prólogo de la insurrección de octubre. El proletariado y la guarnición están hartos de las comedias ministeriales. «Todo el poder debe pasar a los Soviets». El partido bolchevique opina que aquella ofensiva es prematura: las provincias no secundarían el movimiento. Y, sin embargo, aprueba la acción de las masas, aprobación que le vale, al día siguiente de las algaradas, ser colocado fuera de la ley. Trotski es encarcelado. La policía persigue a Lenin y a Zinóviev. La prensa denuncia a los bolcheviques como agentes a sueldo de Alemania.

Rusia se encuentra entre dos dictaduras. O la del proletariado, o la de la burguesía. La conferencia democrática de Moscú agasaja al general Kornílov, el dictador de mañana, que quiere restablecer la disciplina en el ejército —por medio de la pena la muerte—, el orden interior y un gobierno fuerte. Este general, de concierto con Kérenski y con el antiguo terrorista socialista-revolucionario, Sávinkov, intenta un golpe de fuerza (9 de septiembre). Fracasa, al ser abandonado por Kérenski. Pero esta aventura ha movilizado a las masas, ha devuelto la calle al proletariado. Ofrecemos a continuación algunos textos poco conocidos, que indican los propósitos de la burguesía en vísperas del golpe de fuerza de Kornílov. El día 13 de agosto exponía Prokopóvich en la conferencia gubernamental de Moscú el programa de la burguesía: «Garantía de los derechos de los propietarios, control del Estado en la producción, precio máximo que regule los beneficios, obligación de trabajo (y tarea mínima) para los obreros».

Riabuchinski, uno de los grandes capitalistas rusos, hablando algunos días más tarde en el congreso de la industria y del comercio, exigía que «empezase el gobierno a pensar y a actuar como gobierno burgués».

«Tal vez —agregaba— hará falta que la mano descarnada del hambre apriete la garganta de los falsos amigos del pueblo». «Que el capitalista renuncie a los beneficios excesivos —decía Prokopóvich— y el obrero a los ocios superfluos». El partido socialista-revolucionario, el verdadero partido gobernante en aquel momento, retrasa las elecciones de la asamblea constituyente, cede a las exigencias de la burguesía, obedece a los aliados. El hambre se acerca a grandes pasos. Los alemanes se apoderan de Riga y amenazan Petrogrado, que parecía abandonada a sus deseos de tomarla. ¿No iría Ludendorf a desembarazar al gobierno, aun a tan elevado precio, de la grave preocupación de contener al proletariado de la capital? En los campos comienza la rebelión campesina.

Hay tres grandes problemas cuya solución no admite demora y que se pueden resumir en tres palabras: ¡paz, tierra, pan! La paz, que anhelan millones de campesinos y de proletarios que se hallan sirviendo en el ejército, no puede proporcionársela la burguesía, porque está haciendo su guerra. La tierra, que reclaman cien millones de campesinos, no quiere darla la burguesía, porque se solidariza con los terratenientes y porque se niega a cuanto signifique un atentado contra la propiedad privada, base en la que se apoya su dominio. El pan, que pide el proletariado de las ciudades, no puede proporcionárselo la burguesía, porque la penuria es el resultado de su guerra y de su política. La caída de la autocracia no ha resuelto ningún problema. Hace falta otra revolución.

Las masas tienen conciencia de ello y marchan hacia la revolución. El partido del proletariado lo sabe y se prepara.

CAPÍTULO II

La insurrección del 25 de octubre de 1917

Las masas

Trotski acababa de explicar en la tribuna del Preparlamento las razones que movían a los bolcheviques a retirarse de la asamblea. Su voz metálica había lanzado a la más elevada autoridad de la República el desafío de los proletarios y de los campesinos. Al salir, pasó por delante de los marinos que hacían guardia, velando por la seguridad de la asamblea. Las bayonetas se estremecieron. Rostros de expresión dura se volvieron hacia el tribuno. En aquellos ojos ardía una llama. Algunas voces le preguntaron, mostrando con un gesto las bayonetas: «¿Cuándo va a llegar el momento de hacer uso de ellas?»

Era el día 6 de octubre. A mediados de septiembre se había abierto en Moscú la conferencia democrática, especie de sucedáneo de un parlamento revolucionario, organizada por los socialistas-revolucionarios y los mencheviques. La expulsaron de allí a fuerza de huelgas, porque los mozos de hotel y de restaurante se negaban a servir a sus miembros. Entonces se trasladó a Petrogrado, donde deliberaba, protegida por marinos que habían sido elegidos entre los más fiables. Y he aquí que las bayonetas de aquellos guardianes se estremecían al paso de un tribuno bolchevique: «¿Cuándo va a llegar el momento de que hagamos uso de ellas?».[1]

---

[1] N. Bujarin, «Recuerdos», *Revolución Proletaria,* núm. 10, 1922. Bujarin, después de haber referido este incidente, saca la conclusión siguiente: «Desde aquel momento podíamos adueñarnos del poder en Petrogrado... Resolvimos no hacer nada, porque no contábamos con un gran éxito en provincia».

Este estado de espíritu era general en la marina. Quince días antes del 25 de octubre, los marinos de la escuadra del Báltico, que se hallaba entonces anclada en la rada de Helsinki, exigían que no se perdiese ya más tiempo y que la insurrección viniese «a santificar la destrucción, que nos parece inevitable, de la marina por los alemanes».[2] Consentían en perecer; pero querían perecer por la revolución. El Soviet de Kronstadt se negaba a reconocer el gobierno provisional desde el 15 de mayo. Después de los acontecimientos de julio, los comisarios a quienes había dado Kérenski el encargo de proceder al arresto de los «agitadores bolcheviques» a bordo de los barcos, habían escuchado esta única respuesta lacónica: «¿Agitadores? ¡Si lo somos todos!». Y era verdad. En aquel entonces pululaban entre las masas los agitadores.

Llegaban al Soviet de Petrogrado delegados que venían de las trincheras y que empleaban un lenguaje conminatorio: «¿Hasta cuándo va a durar esta situación insostenible? Los soldados nos han designado a nosotros para que os anunciemos que: «Si de aquí al primero de noviembre no se toman medidas enérgicas, quedarán vacías las trincheras y todo el ejército regresará a sus hogares. ¡Os olvidáis de nosotros! Si no encontráis una salida a esta situación vendremos nosotros mismos a echar de aquí a nuestros enemigos, y lo haremos a bayonetazos. ¡Pero os echaremos a vosotros con ellos!» Ésta era, según relata Trotski, la voz que llegaba del frente.[3]

A principios de octubre surgía la insurrección por todas partes, espontáneamente; los disturbios agrarios se extendían por todo el país. «Las provincias de Tula, Tambov, Riazan, Kaluga, se han sublevado. Los campesinos, que esperaban que la revolución les trajese la paz y la tierra, están decepcionados, se rebelan, se apoderan de las cosechas de los propietarios rurales, incendian las residencias de estos. El gobierno de Kérenski reprime allí donde tiene fuerza. Por suerte, su fuerza es muy limitada. "Aplastar la insurrección de los campesinos —le advierte Lenin— sería matar la revolución"».[4] Los bolcheviques, que antes se encontraban en minoría dentro de los Soviets de las ciudades y de los ejércitos, alcanzan ahora la mayoría. En las elecciones de las Dumas (municipalidades) de Moscú obtienen 199.337 sufragios sobre un total de 387.262 votantes. De los 710 elegidos, 350 son bolcheviques,

---

2 B. Flerovski, «Kronstadt durante la revolución», *Revolución Proletaria,* núm. 10, 1922.

3 L. Trotski, *La revolución de octubre,* folleto, 1918.

4 Victor Serge, *Lénine 1917,* p. 55.

184 cadetes, 104 socialistas-revolucionarios, 21 mencheviques y 41 de diversos partidos. En estas vísperas de la guerra civil, los partidos moderados, los del centro, se hunden, mientras crecen los partidos extremos. En tanto que los mencheviques pierden toda influencia real y que el partido socialista-revolucionario, partido gubernamental, que parecía poco tiempo antes disponer de una influencia inmensa, pasa al tercer lugar, los constitucionales demócratas, o sea los cadetes, partido de la burguesía, vienen a alinearse, muy reforzados, frente a los revolucionarios. Socialistas-revolucionarios y mencheviques, que habían obtenido en las elecciones precedentes, celebradas en el mes de junio, el 70 % de los votos emitidos, caen ahora al 18 %. De un total de 17.000 soldados que han sido consultados, 14.000 votan por los bolcheviques.

Los Soviets se transforman. Ciudadelas hasta entonces de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios, se bolchevizan. Se forman en ellos nuevas mayorías. El día 31 de agosto en Petrogrado y el día 6 de septiembre en Moscú obtienen mayoría, por primera vez, las mociones que presentan los bolcheviques en los Soviets. El 8 de septiembre presentan su dimisión los consejos directivos mencheviques y socialistas-revolucionarios de aquellos dos Soviets. Trotski es elegido presidente del Soviet de Petrogrado el día 25 de septiembre. Noguín sube a la presidencia del Soviet de Moscú. El 20 de septiembre se hace cargo oficialmente del poder el Soviet de Tachkent. Las tropas del gobierno provisional se lo arrebatan.[5] El 27 de septiembre, el Soviet de Reval resuelve en principio la trasmisión de todos los poderes a los Soviets. Pocos días antes de la revolución de octubre, la artillería democrática de Kérenski hace fuego contra el Soviet de Kaluga, que se había insurreccionado.

Hagamos resaltar aquí un hecho poco conocido. La insurrección de octubre triunfó en Kazán aún antes de haber estallado en Petrogrado. Uno de los que actuaron en los acontecimientos de Kazán ha relatado este diálogo entre dos militantes:

> —¿Y qué hubieran hecho ustedes si los Soviets no llegan a adueñarse del poder en Petrogrado?
>
> — Nos era de todo punto imposible renunciar al poder; la guarnición no lo hubiera tolerado.
>
> — Pero ¡Moscú os hubiera aplastado!

---

5 Ibídem, p. 44.

> — De ninguna manera. Está usted equivocado si cree tal cosa. Moscú no habría podido dominar a los 40.000 soldados que había en Kazán.[6]

Por todo aquel país inmenso, las masas de las clases trabajadoras, labradores, obreros y soldados, van a la revolución. Es una crecida elemental, irresistible, de una potencia comparable a la del océano.

El partido del proletariado

Las masas tienen millones de caras; no son homogéneas; están dominadas por los intereses de clases, variados y contradictorios; no llegan a alcanzar la verdadera conciencia —sin la cual no es posible ninguna acción fecunda— sino mediante la organización. Las masas sublevadas de la Rusia de 1917 se elevan hasta alcanzar la conciencia neta y clarividente de la acción que se impone, de los medios a emplear y de los objetivos a conseguir, sirviéndose del partido bolchevique como de un órgano. No se trata de una teoría; es simplemente el enunciado de un hecho. Las relaciones entre el partido, la clase obrera, las masas laboriosas, se nos presentan aquí con un relieve admirable. El partido expresa en términos claros —y lo realiza— todo aquello que anhelan confusamente los marinos de Kronstadt, los soldados de Kazán, los obreros de Petrogrado, de Ivanovo-Voznesensk, de Moscú y de todas partes, los campesinos que saquean las residencias señoriales; en definitiva, lo que quieren todos, sin que puedan expresar con claridad sus aspiraciones, confrontarlas con las posibilidades económicas y políticas, señalar los fines más razonables, elegir los medios más apropiados para alcanzarlos, señalar el momento más favorable para la acción, ponerse de acuerdo de un lado a otro del país, informarse los unos a los otros, disciplinarse, coordinar sus esfuerzos innumerables, constituir, en una palabra, una fuerza única e inteligente, instruida, voluntaria, prodigiosa. El partido les revela lo que ellos piensan. El partido es el lazo que los une entre ellos, de un extremo a otro del país. El partido es su conciencia, su inteligencia, su organización.

Cuando los artilleros de los acorazados del mar Báltico, llenos de ansiedad por los peligros que amenazan a la revolución, buscan un camino, allí está el agitador bolchevique para indicárselo. Y no hay otro camino que aquel; eso es la evidencia misma. Cuando algunos soldados que se encuentran en las trincheras quieren dar expresión a su voluntad de acabar con aquella matanza, eligen a los candidatos

---

6 C. Grassis, «Octubre en Kazán», *Revolución Proletaria,* núm. 6, 33, 1924.

del partido bolchevique para formar el comité del batallón. Cuando los campesinos, hartos ya de las dilaciones de «su partido» socialista-revolucionario, se preguntan si no ha llegado ya la hora de actuar ellos mismos, llega hasta ellos la voz de Lenin: «¡Campesino, toma tú mismo la tierra!» Cuando los obreros sienten que la intriga contrarrevolucionaria ronda por todas partes a su alrededor, el diario *Pravda* les suministra el santo y seña que presentían ya, y que es lo que imponen las necesidades de la revolución. La gente que pasa por la calle, en estado lastimoso, como un rebaño, se detiene frente a los cartelones pegados por los bolcheviques, y exclama: «¡Justo! ¡Eso mismo!». Eso mismo. Aquella voz es la suya propia.

De ahí que la marcha de las masas hacia la revolución se traduzca en un gran hecho político: los bolcheviques, que eran el mes de marzo una pequeña minoría revolucionaria, pasan a ser durante los meses de septiembre-octubre el partido de la mayoría. Es ya imposible distinguir entre las masas y el partido. Se trata de una sola marca. Hay también, sin duda, entre la muchedumbre, otros revolucionarios dispersos, socialistas-revolucionarios de izquierda —los más numerosos—, anarquistas, maximalistas, que también quieren la revolución: puñados de hombres arrastrados por los acontecimientos. Agitadores empujados por la agitación general. Tendremos ocasión de ver en algunos detalle cuán confusa era su conciencia de la realidad. Los bolcheviques, por el contrario, merced a su exacta comprensión teórica del dinamismo de los acontecimientos, se identifican a la vez con las masas de trabajadores y con la necesidad histórica. «Los comunistas no tienen otros intereses que los del proletariado en su conjunto», dice el *Manifiesto* de Marx y Engels. ¡Qué exacta nos parece ahora esta frase, que se escribió el año 1847!

A partir de las algaradas de julio, el partido, que acababa de salir de un periodo de ilegalidad y de persecución, solo es tolerado. Se forma en columna de asalto. Pide a sus miembros abnegación, fervor y disciplina: como compensación no les proporciona otra cosa que la satisfacción de servir al proletariado. Véase, sin embargo, cómo crecen sus efectivos. En abril contaba con 72 organizaciones, que alcanzaban un total de 80.000 miembros. A fines de julio sus efectivos alcanzaban la cifra de 200.000 afiliados, distribuidos en 162 organizaciones.

En el camino de la insurrección

A decir verdad, a partir de la caída de la autocracia, el partido bolchevique camina hacia el poder con una firmeza, una lucidez y una habilidad sorprendentes. Para convencerse de ello basta leer las *Cartas de lejos,* que escribió Lenin antes de salir de Zúrich, en el mes de marzo de 1917. Pero esta afirmación de un hecho histórico es algo estrecha, como todas las que aspiran a ser precisas. El partido camina hacia el poder desde el día en que su Comité Central de emigrados, casi desconocido (Lenin y Zinóviev), afirmaba que «es necesario transformar la guerra imperialista en guerra civil» (1914); desde el día, más lejano aún, en que se formaba para la guerra civil (congreso de Londres de 1903). Lenin, que llegó a Petrogrado el 3 de abril de 1917, después de haber rectificado la posición política del órgano central del partido, concreta inmediatamente los objetivos del proletariado y recomienda incansable a los militantes la conquista de las masas obreras por medio de la persuasión. En los primeros días de julio, cuando la furiosa marea popular revienta por primera vez alrededor del ministerio Kérenski, los bolcheviques rehúsan seguir el movimiento. Sus agitadores —en el verdadero sentido de la palabra— no son gente que va empujada. No quieren una insurrección prematura; la provincia no está preparada, la situación no ha madurado. Sirven de freno, resisten a la corriente, desafían a la impopularidad. La conciencia del proletariado, encarnada por el partido, entra un momento en pugna con la impaciencia revolucionaria de las masas. ¡Peligroso conflicto! Si el enemigo fuese más viril, más inteligente, se aprovecharía de la impaciencia de las masas para obtener una fácil victoria. «Ahora —decía Lenin a sus amigos después de las algaradas de julio— van a fusilarnos a todos». Teóricamente, la apreciación de Lenin era exacta: constituía para la burguesía tal vez la única probabilidad de infligir al proletariado una gran sangría preventiva, decisiva, que dejase sentir sus efectos durante meses, si no años. Por fortuna, la burguesía tuvo una visión menos clara que Lenin de su propio juego. No se atrevió (con seguridad no le faltaron ganas). Sus elementos más enérgicos se preocuparon por corregir aquella debilidad después de julio. Anhelaban un poder fuerte. Nos encontramos entre dos dictaduras: el régimen de Kérenski no es más que un interregno. El golpe de Estado fallido de Kornílov (con Kérenski y Sávinkov entre bastidores) trae como consecuencia una nueva movilización del proletariado. De ahí en adelante se hace más áspera la situación y amenaza con llegar a ser desastrosa para el proletariado, que veía crecer cada vez más sus privaciones y que se hallaba convencido, con mucha razón, de que, si no vencía, recibiría

un duro escarmiento; se agrava también la situación para los campesinos, que ven cómo se retrasa sin cesar la revolución agraria, prometida por los socialistas-revolucionarios, que se encuentran en el poder, mientras llega la hora de que esa revolución les sea escamoteada brutalmente por algún Bonaparte derrotista; se agrava también para el ejército y la marina, obligados a continuar una guerra desesperada que sólo beneficia a las clases enemigas; se agrava para la burguesía, comprometida cada día más por el desastre de los transportes, el desgaste del utillaje industrial, los reveses sufridos en los frentes, la crisis de la producción, el hambre, la imposibilidad de contener a las masas, la falta de autoridad del nuevo régimen y la debilidad de su organismo coercitivo.

Lenin escribe a V. Bonch-Bruyévich: «La insurrección es absolutamente inevitable. Dentro de algún tiempo se convertirá en obligatoria. No puede no ser así». A partir de mediados de septiembre empieza el partido a orientarse resueltamente para la batalla. La conferencia democrática, que va a constituir el Preparlamento, delibera desde el 14 hasta el 22 de septiembre. Lenin, que vive entonces fuera de la ley, exige impetuosamente que la fracción bolchevique se retire de la conferencia. En esta había cierto número de camaradas que podían mostrar una tendencia a aceptar el papel de oposición parlamentaria, aunque fuese de una oposición resuelta. Se impone la opinión de Lenin, compartida por la mayoría del partido. Los bolcheviques se retiran dando un portazo. Trotski lee en la conferencia su declaración: «La palabra inflamada de L. D. Trotski, que acababa de apreciar las dulzuras de la prisión bajo el régimen de la burguesía y de los mencheviques, corta de un tajo todas las tramas urdidas por los diversos oradores del centro. En términos claros y contundentes dice que no nos es posible ya retroceder; que los obreros no están dispuestos a ello, que no ven otro camino que el de una nueva revolución. Se hace un silencio completo; por los escaños y por los palcos en que estaban sentados los jefes de la burguesía pasa un estremecimiento... En las tribunas y en la sala truenan los aplausos... Aquí se afirmó definitivamente la voluntad de insurrección, y fue necesario todo el tacto, toda la autoridad del Comité Central para que el deseo general, claramente expresado, no se tradujese en acción directa, porque era todavía demasiado pronto y hubieran podido repetirse las jornadas de julio, con mayor derramamiento de sangre.»[7]

---

7 Vladímir Bonch-Bruyévich, «De julio a octubre», *Revolución Proletaria*, núm. 10, 1922. El autor de este artículo fue uno de los más allegados a Lenin.

El Comité Central del partido bolchevique —Lenin, Trotski, Stalin, Sverdlov, Iákovleva, Oppókov, Zinóviev, Kámenev— se reunió en Petrogrado, en los últimos días de septiembre o en los primeros días de octubre, en el domicilio del menchevique Suhkanov. Se discute el principio mismo de la insurrección. Kámenev y Zinóviev (Noguín y Rikov, que eran poco más o menos de la misma opinión, no asistían a dicha reunión) opinaban que era posible que la insurrección saliese victoriosa, pero que luego sería casi imposible conservar el poder, a causa de las dificultades económicas y de la crisis de los abastecimientos. La mayoría se pronunció por la insurrección y se llegó incluso a fijar la fecha para el día 15 de octubre.[8] Insistimos a este respecto en un punto. Esta manera de ver las cosas que tenían algunos hombres que habían hecho su aprendizaje durante muchos años de lucha y que más adelante, en el transcurso de toda la guerra civil, habían de mostrarse ajenos a todo desfallecimiento, no denotaba seguramente una tendencia al oportunismo ni a la debilidad menchevique. En aquellos decididos revolucionarios equivalía a una especie de apreciación excesiva de la fuerza del adversario, a cierta falta de confianza en las del proletariado. La insurrección no es un juego. El deber de los revolucionarios consiste en escudriñar por adelantado todas las probabilidades y todas las posibilidades. Cuando barruntan la derrota de la revolución, su inquietud no tiene nada de común con el miedo a la revolución de los oportunistas, cuyo mayor temor es la victoria del proletariado. Se deduce, sin embargo, que cuando estos legítimos temores se fundan en una apreciación equivocada de las realidades, constituyen para la política general del partido un enorme peligro; pueden desviarla de una manera irreparable. Los acontecimientos que trabajan en favor de la revolución en determinadas épocas, pueden laborar contra ella una vez pasado el momento; una acción que se retrasa puede ser muy bien un combate que se pierde. El proletariado de Italia ha pagado muy caro su desfallecimiento del año 1920; la ocasión que se ofreció al proletariado alemán del año 1923 puede, sin duda, volver a presentarse; pero, ¿cuándo? El error de los adversarios de la insurrección era, por consiguiente, grande, grave, y ellos mismos lo han comprendido posteriormente.[9]

---

8 Relato estos hechos de acuerdo con «Los recuerdos de los combatientes de octubre», publicados por *Revolución Proletaria,* el año 1922, y de un librito publicado en 1919, que se titula *Moscú en octubre 1917*. La argumentación de los camaradas que se oponían a la insurrección está expuesta en este libro, así como la magistral refutación de Lenin en su *Carta a los camaradas*, de fecha 16-17 de octubre de 1917. *Sur la route de l'insurrection*, edición de la librería de *L'Humanité*, p. 171.

9 Parece desprenderse de numerosos documentos publicados recientemente en el tomo XXI de las *Obras completas,* de Lenin (nueva edición), que se hallaba en vías de cristalizar dentro del partido

El Comité Central del partido bolchevique (se hallaban presentes: Lenin, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Trotski, Sverdlov, Uritski, Dzerjinski, Kolontai, Búbnov, Sokólnikov, Lómov) aprobaba el día 10 de octubre por diez votos contra dos, la preparación inmediata de la insurrección. Esta preparación había sido encomendada a una Comisión Política compuesta por Lenin, Trotski, Zinóviev, Stalin, Kámenev, Sokólnikov y Búbnov.

Los jefes del proletariado

En el seno del partido, entre el conjunto de los militantes y sus jefes, existe una relación comparable a la que hemos observado entre el partido y las masas obreras.

El partido es el sistema nervioso —y el cerebro— de la clase obrera. Los jefes y los cuadros del partido representan en este sentido el papel del cerebro y del sistema nervioso dentro del organismo. No vaya a tomarse al pie de la letra esta comparación figurada: la diferenciación de funciones en un organismo viviente es muy distinta de la diferenciación de funciones en una sociedad. Por muy conscientes que sean, no es posible que los militantes de un partido conozcan la situación en conjunto. Carecen inevitablemente, a pesar de todo su mérito personal, de los informes, de los enlaces, de la instrucción, de la preparación teórica y profesional del revolucionario, a menos de pertenecer a los cuadros del partido, de haber sido seleccionados al cabo de años de lucha y de trabajo, de ser secundados por las buenas voluntades de todos los que toman parte en el movimiento, de manejar todo el mecanismo del partido y de estar acostumbrados al pensamiento y a la acción colectivos. De la misma manera que el soldado que se encuentra en una trinchera no ve más que una ínfima parte del campo de batalla y no puede, cualesquiera que sean sus capacidades, darse cuenta de la batalla que se está librando; al igual que el mecánico que se encuentra atento a su máquina no puede abarcar de un vistazo el funcionamiento de toda la fábrica, tampoco puede el militante, entregado a sus propios medios, guiarse más que por ideas generales, por intuiciones, por el conocimiento de ciertos hechos parciales. Los verdaderos jefes proletarios son al mismo tiempo guías, pilotos, capitanes y directores de empresas: se

---

una verdadera tendencia de derecha, cuya aspiración consistía en hacer que el partido desempeñase el papel de una poderosa oposición proletaria dentro de una democracia parlamentaria. Esto era desconocer que en aquel momento no se planteaba el problema de la democracia (se estaba entre dos dictaduras) y equivalía a caer bajo el dominio de las más peligrosas ilusiones.

trata, en efecto, de una formidable empresa de demolición y de edificación social. Tócales a ellos descubrir, mediante el análisis científico de los procesos históricos, las líneas de fuerza de los acontecimientos, sus tendencias, las posibilidades que en ellos se encierran; correspóndeles la tarea de idear lo que el proletariado «puede y debe hacer, no a impulso de su voluntad y de sus aspiraciones del momento, sino empujado por la necesidad histórica»;[10] en una palabra, el jefe proletario debe conocer la realidad, entrever las posibilidades, concebir la acción que ha de constituir el puente entre lo real y lo posible; al hacer esto, se coloca indefectiblemente en el punto de vista único de los intereses superiores del proletariado; de manera que su pensamiento es el mismo del proletariado, pero armado de una disciplina científica. De esta manera alcanza la conciencia de clase del proletariado su más elevada expresión en los jefes de la vanguardia organizada de la clase obrera. La grandeza de su personalidad está en relación con la medida en que encarnan a las masas. En este sentido, es la suya una personalidad de gigante, aunque anónima. Son los jefes del proletariado una manifestación del sentimiento de todos y tienen una virtualidad que es también, para el proletariado, una necesidad: ¡la terrible impersonalidad! Sin duda alguna. Pero su mérito —el genio de un Lenin— proviene de que el desarrollo de la conciencia de clase no tiene nada de fatal; el sentimiento de todos puede muy bien permanecer en un momento dado latente, sin manifestarse; es posible que no sean percibidas las posibilidades que encierra una situación determinada; cabe que nadie conciba la acción a desarrollar para la salvación o para la victoria del proletariado. La historia reciente del proletariado de la Europa occidental nos ofrece sobrados ejemplos de acontecimientos que se han abortado como consecuencia de los desfallecimientos de la conciencia de clase. Acabemos de definir al jefe proletario, hombre de los nuevos tiempos, en contraste con los jefes de las clases directivas de otras épocas y de las clases posesoras contemporáneas. Estos últimos son los instrumentos ciegos de la necesidad histórica; el revolucionario es su instrumento consciente.[11]

---

10 «No se trata de lo que representa como finalidad, en un momento dado, tal o cual proletario, o el proletariado entero. Se trata de lo que es el proletariado en sí, y de lo que por su misma condición intrínseca, tendrá que hacer, por fuerza, en el curso de la historia.» Karl Marx, *La sagrada familia*.

11 Compárense las previsiones espontáneas de Lenin en 1914-1915 *(Contra la corriente)* y las que hizo en septiembre de 1917 acerca de la Revolución rusa *(Cartas de lejos),* con las profecías del presidente Wilson en 1918-1919. Las ilusiones del wilsonismo contribuyeron poderosamente a la victoria de los aliados, sirviendo de esta manera a una finalidad diametralmente opuesta a la de su

La revolución de octubre nos ofrece el ejemplo de un partido proletario que pudiéramos calificar de ideal. Poco nutrido relativamente, es cierto; sus militantes viven con las masas, en el seno de las masas; largos años de dificultades —una revolución, el estar fuera de la ley, el destierro, la prisión, las incesantes luchas de ideas— han contribuido a la formación de cuadros admirables, de jefes auténticos, que han cimentado en la acción común la unidad de su pensamiento. La iniciativa de todos y el relieve de algunos hombres de fuerte personalidad se armonizan dentro del partido con una centralización inteligente, una disciplina voluntaria y el respeto hacia aquellos que han sido reconocidos como guías. Este partido, provisto de un excelente mecanismo de organización, no tiene la más pequeña deformación burocrática; no se observa en él fetichismo alguno por lo puramente formal; no está sometido a tradiciones malsanas, ni siquiera equívocas; su tradición dominante es la guerra a los oportunismos; es revolucionario hasta la médula de sus huesos. Por eso mismo es todavía más notable el que se dejasen sentir en su seno, en vísperas de la acción, ciertas vacilaciones profundas y tenaces, y que algunos de sus más influyentes militantes se pronunciasen enérgicamente contra la toma de posesión del poder.

Lenin

Hemos dicho ya en otro lugar qué poder de unidad tuvo Lenin, hombre de un solo bloque, entregado en cuerpo y alma, en todos los momentos de su vida, a una obra única. El partido y Lenin eran una sola cosa, y, por el partido, se identificaba Lenin con el proletariado; en ciertas horas decisivas formó un solo ser con todo el pueblo trabajador de Rusia y, por encima de las fronteras cubiertas de sangre, con los proletarios y oprimidos de todos los países. Por esto surge en octubre de 1917 como el jefe por excelencia, el jefe único de la revolución proletaria. Ya conocemos cuál es el espíritu de las masas en los meses de septiembre y octubre. A mediados de septiembre, en una carta muy apremiante, conjura

---

protagonista. Compárese la clarividencia y la victoria de Lenin con la ceguera y las derrotas sufridas por los hombres de Estado de la moderna burguesía: la de los jefes del imperialismo alemán y el desastre de Alemania; Clemenceau y la paz de Versalles; Poincaré-Cuhno y la guerra del Ruhr.

Es preciso distinguir evidentemente entre las intenciones del presidente Wilson promotor del derecho de las nacionalidades, de la libertad de los mares y de la Sociedad de Naciones y el papel social del wilsonismo, última ideología de la guerra de los aliados; personalmente no parece que Wilson haya querido servir a la causa de una coalición imperialista contra otra, que fue lo que en realidad hizo.

Lenin al Comité Central del partido a que se haga cargo del poder sin más tardanza. Sigue casi inmediatamente otra carta que trata *Del marxismo y de la insurrección.* Todavía no ha sido conquistado el poder y ya Lenin, sabiendo que en ocasiones es más difícil guardarlo que tomarlo, y que lo esencial es revelar a los portadores de la revolución su propia fuerza, escribe su folleto titulado: *¿Conservarán los bolcheviques el poder?* (finales de septiembre). El 7 de octubre publica un nuevo artículo, un nuevo llamamiento: *La crisis está madura.* Desde aquel momento lo posee una impaciencia sacra. Se suceden sus epístolas al Comité Central, al partido, a los militantes: persuasivas, autoritarias, apremiantes, hostigadoras. Por encima del Comité Central se dirige a los comités de Moscú y de Petrogrado: *¡Contemporizar es un crimen!* (principios de octubre). El 8 de octubre aparecen sus *Consejos de un espectador,* acerca de la insurrección. Los días 16 y 17 de octubre, una larga carta, que se ha hecho memorable: *A los camaradas,* en la que refuta con energía las objeciones de los adversarios del levantamiento. Quedan vencidas las últimas objeciones. Lenin, el jefe, formado en veintitrés años de lucha (desde 1895), actuando al unísono con los campesinos, los obreros, los soldados, los marinos, el inmenso pueblo trabajador, ha señalado la hora y ha dado la señal de la actuación decisiva.

Fue necesaria toda su energía —y la de algunos otros— para sobreponerse a ciertas vacilaciones que amenazaban ser funestas.

Sus escritos de esta época han sido reunidos en un volumen bajo un título muy apropiado: *En el camino de la insurrección.* Forman un libro palpitante, cuya importancia es difícil medir. Modelo de dialéctica revolucionaria, tratado de teoría y de práctica insurreccional, manual del arte de vencer en la guerra de clases, representa, en nuestra opinión, al igual que el *Manifiesto comunista,* al que aporta un complemento necesario, una fecha histórica en el umbral mismo de la era del proletariado.[12]

La doctrina de Lenin acerca de la insurrección puede resumirse en estas pocas líneas: «Para que la insurrección se vea coronada por el éxito, ha de apoyarse, no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada. Esto en primer término. La insurrección debe apoyarse en el ímpetu revolucionario del pueblo. Esto en segundo lugar. La insurrección debe hacer palanca en un recodo de la historia de la revolución

---

12 La librería de *L'Humanité* ha publicado una traducción francesa bastante buena, pero a la que le faltan, por desgracia, una introducción histórica y notas explicativas. En mi libro *Lénine 1917* (Librairie du Travail), he hecho un análisis detallado de estos escritos de Lenin.

creciente, en el momento en que la actividad de las masas populares alcanza su más alto nivel, y que coincide con el instante en que también alcanzan el suyo las vacilaciones de las filas enemigas y las de los amigos débiles de la revolución, equívocos e indecisos. Esto en tercer lugar. El marxismo se diferencia del blanquismo por esta manera de plantear las tres condiciones de la insurrección» *(Marxismo e insurrección).*

Y en este precepto de Marx: «No jugar jamás a la insurrección; pero, una vez iniciada ésta, saber avanzar, con resolución hasta el final».

¿Por qué es Lenin el jefe único en aquel momento, aunque haya a su lado tantos hombres de valía que quieren, al igual que él, la revolución proletaria, y entre los cuales hay algunos que ven el camino con tanta claridad como él mismo? Son muchos los militantes responsables que, en Moscú y en Petrogrado —por no hablar más que de las capitales y de los círculos dirigentes del partido, lo que no deja de ser una molesta restricción—, caminan deliberadamente hacia la insurrección. Trotski, presidente del Soviet, no ha tenido, desde su llegada a Rusia, la menor vacilación acerca del camino a seguir; si exceptuamos ciertos detalles de ejecución, su identidad de miras con Lenin es absoluta.[13] En el Comité Central del partido la mayoría de los militantes vota por la acción. Pero no hay ninguno, entre aquellos revolucionarios, que goce de un ascendiente que se pueda comparar con el de Lenin. La mayoría de ellos, discípulos suyos, lo reconocen como su maestro. Trotski, cuyas condiciones de organizador de la victoria se revelan esplendorosas en aquel momento, ha sido durante mucho tiempo, dentro de la socialdemocracia rusa, un solitario, que se ha mantenido equidistante de los bolcheviques y de los mencheviques; a decir verdad, nunca pareció tener talla de jefe de partido. Son muchos los bolcheviques que se acuerdan de él como de un adversario. Ingresó en el Comité Central a fines de julio (durante el VI congreso del PCR), pocos días después de haberse

---

[13] Trotski, que en el momento de llegar Lenin a Rusia se encontraba internado en un campo de concentración, en Amhurst (Canadá), no llegó a Petrogrado hasta los primeros días del mes de mayo. Los artículos que publicó en América, acerca de la Revolución rusa, dan una nota idéntica a la que se observa en los artículos que publicaba Lenin por la misma época. Ya en los días 5-6 de mayo se concierta con la redacción de *Pravda* y con el Comité Central bolchevique, con vistas a una acción común. Por aquel entonces pertenecía a la organización social-demócrata llamada de los *unionistas,* a la que también estaban afiliados Volodarski, Lunacharski, Manuilski, Karaján, Iofe, Uritski, y que se fusionó con el partido bolchevique en julio de 1917.

Trotski tomó por primera vez la palabra en el Soviet de Petrogrado el 5 (18) de mayo, al día siguiente de su llegada de América. Exhortó al Soviet: «1) A desconfiar de la burguesía; 2) A controlar a sus propios jefes; 3) A sólo confiar en su propia fuerza revolucionaria. Creo —concluía— que nuestra próxima acción trasmitirá el poder a los Soviets.»

inscrito en el partido, y en aquel Comité es un gran recién venido. Ahora bien, quien hace a los jefes es precisamente el partido; sin partido, no hay jefe: primera verdad. Y, precisamente por haber sido el creador del partido del proletariado, Lenin se convierte en el jefe de la revolución.

La guardia roja

Los acontecimientos se desarrollan en las dos capitales de una manera muy diferente, pero con un paralelismo notable.

La iniciativa de la formación de las guardias rojas corresponde, en Petrogrado, a los obreros de las fábricas, que la tomaron instintivamente desde el momento de la caída del zarismo. Empezaron a armarse desarmando a los elementos del antiguo régimen. En el mes de abril, Chliapnikov[14] y Eremeev, dos militantes bolcheviques, tomaron a su cargo la tarea de sistematizar la organización espontánea de las guardias rojas. Las primeras formaciones regulares, si queremos calificarlas de tales, de aquella milicia obrera, se constituyeron en los barrios proletarios y, principalmente, en el de Víborg. Al principio intentaron oponerse a este movimiento los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. En el mes de junio, durante una sesión del Soviet en la que eran en aquel momento mayoría, sesión que se celebró a puerta cerrada, el socialdemócrata Tsereteli exigió el desarme de los obreros. Demasiado tarde. Los estados mayores de distrito habían sido creados ya; un estado mayor principal aseguraba su coordinación general. Formados por fábricas, sobre la base del voluntariado colectivo —y no individual, es decir, el conjunto de obreros de una fábrica resolvía formar un contingente o enrolarse en su totalidad—, las primeras guardias rojas se hicieron cargo de la protección de las grandes manifestaciones obreras. Durante las algaradas de julio, las guardias rojas del barrio de Víborg mantuvieron tranquilamente a raya a las tropas de Kérenski. Petrogrado contaba en aquel momento con cerca de 10.000 guardias rojos. El golpe de Estado de Korníkov (25-30 de septiembre), el avance de una división cosaca contra la capital y la inminencia de la contrarrevolución obligaron al Soviet menchevique y a los socialistas-revolucionarios a armar precipitadamente a los trabajadores.

14 Obrero metalúrgico, bolchevique emigrado, Chliapnikov militó ilegalmente en Petrogrado durante los últimos meses del antiguo régimen, siendo autor de unas memorias, en las que nos proporciona detalles interesantes acerca de los mismos *(En vísperas de 1917).* Fue uno de los que organizaron el sindicato de los metalúrgicos rusos y, más tarde, comisario del pueblo en el Trabajo (octubre de 1917); en el año 1921 fue uno de los líderes de la «oposición obrera» del PCR.

Esto no se realizó sin roces; habiendo enviado los obreros de las fábricas de municiones de Schlüsselburg una gabarra cargada de granadas a Petrogrado, el Soviet se negó a hacerse cargo de ellas; las recibió directamente la misma guardia roja. La iniciativa de los obreros respondía de todo, haciendo frente a la mala voluntad de los socialistas partidarios de la paz social. La movilización del proletariado contra Kornílov nos demuestra que una contrarrevolución fallida puede resultar tan desastrosa para la burguesía como una insurrección fracasada para el proletariado.

Durante el mes de septiembre se enseñaba en 79 fábricas y manufacturas de Petrogrado el manejo de armas. Eran muchas las fábricas en las que todos los obreros iban armados. La organización militar del partido bolchevique no bastaba para proporcionar a estas masas un número suficiente de instructores. Los efectivos de la guardia roja ascendían, en vísperas de la revolución de octubre, a 20.000 hombres, formados en batallones de 400 a 600, cada uno de los cuales estaba dividido en tres compañías, una sección de ametralladoras, una sección de enlace —una sección de camilleros y, en algunos casos, hasta un carro blindado—. A la cabeza de los batallones y de las compartías había suboficiales (obreros). El servicio se hacía por relevos. Dos terceras partes de los obreros trabajaban en las fábricas, la otra tercera parte estaba «de guardia», y se les pagaba las horas de servicio como horas de trabajo. En los estatutos de la guardia roja se especifica que para ser admitido en ella era necesario presentarse avalado por un partido socialista, por un comité de fábrica o por un sindicato. Bastaban tres ausencias no motivadas para ser excluido. Un jurado, compuesto por camaradas, juzga las infracciones a la disciplina. Se considera como un crimen el empleo de las armas sin autorización. Las órdenes deben ser ejecutadas sin discusión. Todo guardia rojo va provisto de una tarjeta numerada. Los cuadros se forman por elección; en la práctica era frecuente que los cuadros fuesen designados por los comités de las fábricas o de otras organizaciones obreras, y la designación de los jefes se sometía siempre a la aprobación de los Soviets del distrito. Los jefes tenían la obligación, cuando no poseían instrucción militar, de seguir ciertos cursos especiales.[15]

A propósito de esta gran iniciativa del proletariado de Petrogrado, conviene recordar que venía a realizar el deseo y el consejo imperativo —aunque ignorado— de Lenin. En una de sus *Cartas de lejos*, fechada en Zúrich, el 11 (24) de marzo de 1917, que no debía hacerse pública hasta más adelante, en calidad de documento histórico, y refiriéndose a

15 G. Gueorguievski, *Ensayo de una historia de la guardia roja,* Moscú, 1919.

la «milicia proletaria», suplicaba Lenin a los obreros «que no permitiesen que fuese restablecida la policía. ¡Que no soltasen las riendas a los organismos locales!», y que constituyesen, sin más tardanza, una milicia en cuyas filas figurasen las mujeres y los jóvenes. «Es necesario — terminaba— realizar prodigios de organización».

La formación de las guardias rojas fue más difícil en Moscú. Las autoridades —a la cabeza de las cuales se encontraban los socialistas-revolucionarios y los mencheviques— lograron casi llegar al desarme de los obreros y de una parte de la guarnición. Fue preciso fabricar en secreto granadas y conseguir explosivos en las provincias. La organización del mando y del servicio de enlaces se hizo con un retraso deplorable. Estas insuficiencias y estos retrasos iban a costarle al proletariado de Moscú una sangrienta batalla callejera que duró seis días.

La organización militar del partido comprendía más de cien mil soldados y cierto número de oficiales. Esta organización iba a constituir por todas partes los comités militares revolucionarios, órganos dirigentes de la insurrección.

Velando las armas

El conflicto entre los dos poderes —el gobierno provisional presidido por Kérenski y el Soviet— entra en Petrogrado en una fase aguda a partir del 16 de octubre, momento en que se constituye el Comité Revolucionario Militar —Antónov-Ovséyenko, Podvoiski, Chudnovski—, adscrito al Soviet. La guarnición de Petrogrado había sido ganada para el bolchevismo. El gobierno pretendió alejar a los regimientos más revolucionarios, alegando la eventualidad de una ofensiva alemana. El CRM, dotado de servicios de enlace, de informaciones, de armamento, empezó por designar comisarios adjuntos en todas las unidades de tropa; la burguesía, por su parte, se armaba también; el nombramiento de comisarios adjuntos en los depósitos de armas le impidió continuar armándose; los delegados del CRM fueron bien acogidos por los soldados, que no ignoraban que el Comité se hallaba resuelto a impedir que fuesen enviados al frente. En efecto, el CRM se negó a poner el visto bueno en las órdenes de marcha de los regimientos rojos; tuvieron la habilidad de fundar esta negativa en el deseo de informarse de las necesidades de la defensa... El CRM asumió, con relación a la guardia roja, las funciones de un cuartel general. Ordenó, finalmente, a las tropas que no obedeciesen

orden alguna que no procediese del mando local. Desde aquel momento la insurrección estaba ya latente, puesto que había dos poderes que se desafiaban y dos autoridades militares — una de ellas insurreccional— que anulaban deliberadamente sus respectivas órdenes.

El segundo Congreso Panruso de los Soviets debía reunirse en Petrogrado el 15 de octubre. Los mencheviques consiguieron retrasar su apertura hasta el día 25 (7 de noviembre del nuevo calendario), consiguiendo así un aplazamiento de diez días para el gobierno provisional de la burguesía. Todos estaban seguros de que el congreso, en el que los bolcheviques tendrían la mayoría, había de pronunciarse por la toma del poder. «¡Lo que hacéis es señalar la fecha de la revolución!», decían los mencheviques a los bolcheviques. Para que aquella decisión —que era segura— del congreso no fuese simplemente platónica, había que apoyarla en la fuerza de las armas. Dos opiniones contrarias se manifestaron en lo relativo a la fecha de la insurrección: Trotski se manifestó inclinado a coordinar la acción con la celebración del congreso de los Soviets, opinando que si el partido tomaba la iniciativa de la insurrección tendría menos probabilidades de arrastrar a las masas; Lenin juzgó «criminal» el contemporizar hasta el momento de celebrarse el congreso de los Soviets, temiendo que el gobierno provisional se adelantase a la sublevación por medio de una vigorosa ofensiva. No justificaron los acontecimientos este temor, que era, sin embargo, legítimo; el enemigo demostró ser muy inferior a todas las previsiones. En nuestra opinión chocaban dos conceptos, igualmente exactos, pero situados en planos distintos: uno era «estratégico» y se inspiraba en la necesidad de coordinar la acción del partido con las reivindicaciones más inteligibles a las grandes masas («todo el poder para los Soviets»), lo cual constituye una de las condiciones del éxito; el otro concepto, el de política general, se encaminaba a hacer desaparecer todas las ilusiones que pudieran forjarse sobre la formación de un verdadero poder proletario *antes* de la insurrección. Una vez admitida esta posibilidad teórica, ¿por qué no se habría de llegar a pensar en conseguirla sin insurrección? Esta pendiente podía conducir demasiado lejos. Desde el año 1906 venía Lenin denostando la inclinación a «disimular o apartar el santo y seña de insurrección trocándolo por el de organización del poder revolucionario»... Su doctrina realista podría concretarse de esta manera: *lo primero es vencer.* Lenin quería que la insurrección ganase la mano al congreso; planteado el congreso ante el hecho consumado, no tendría que hacer más que sancionarlo. Lenin concretó este criterio durante una

conferencia personal que celebró con los organizadores de la acción.[16] Tomaba un interés apasionado en todos los detalles de la preparación, no consintiendo a ningún precio en que se retrasase la ofensiva. Por mucho que Nevski y Podvoiski le replicasen que una sobrepreparación de algunos días no haría sino acrecentar las probabilidades de éxito, les contestaba obstinadamente: «¡También el enemigo se aprovechará!» Antónov-Ovséyenko nos ha hecho un relato vivaz de una entrevista con Vladímir Ilich, que tuvo lugar pocos días antes de la batalla, en una casa del barrio obrero de Víborg. Lenin, perseguido por la policía de Kérenski; Lenin, cuya vida habría sido cortada por una bala perdida, en el caso de haber sido capturado, se presentó completamente disfrazado. «Nos encontramos frente a un viejito de pelo gris, con lentes, bastante bien conservado, de aspecto bonachón; se le hubiera tomado por un músico, un preceptor o un vendedor de libros de ocasión. Se quitó la peluca, reconocimos entonces aquella mirada en la que brillaba su habitual llama de buen humor. "¿Qué hay de nuevo?" Estaba completamente tranquilo. Se informó de si sería posible hacer venir los barcos de guerra a Petrogrado. Al objetarle que esto equivaldría a desguarnecer el frente marítimo, nos replicó de una manera categórica: "¡Pero veamos! Que comprendan los marinos que la revolución corre mayor peligro en Petrogrado que sobre el Báltico"».

La fortaleza de Pedro y Pablo, situada en el centro de la ciudad, sobre un islote del Neva, constituía para el CRM un tema de gran inquietud. Su artillería amenazaba al Palacio de Invierno. Su arsenal encerraba 100.000 fusiles. Su guarnición parecía fiel al gobierno provisional. Trotski propuso apoderarse de aquella ciudadela desde el interior... por medio de un mitin. Y lo consiguió (con la ayuda de Lachevich).

La jornada del 22 de octubre fue la del Soviet de Petrogrado; constituyó, en una palabra, el grandioso plebiscito de la insurrección. La causa inmediata, como suele ocurrir con frecuencia cuando se realizan acontecimientos de un alcance inmenso, parece tener poca importancia;

---

16 La acción vino a conciliar ambas tesis. Tuvo lugar la sublevación el día en que iba a reunirse el Congreso de los Soviets, pero empezó muy de madrugada, mientras que el Congreso de los Soviets no dio comienzo a sus deliberaciones hasta el atardecer, entre el ruido de las descargas. Por lo demás, Lenin estaba equivocado acerca de este punto. En los primeros días de octubre escribía al Comité Central: «En Moscú tenemos asegurada la victoria. Nadie nos opondrá resistencia. En Petrogrado podemos esperar. No es preciso empezar por Petrogrado.» La realidad, era que la victoria estaba asegurada en Petrogrado donde la insurrección triunfó sin dificultades, mientras que en Moscú tropezó con una resistencia encarnizada.

porque, en el encadenamiento de las causas, no es en realidad sino el último eslabón, con frecuencia muy frágil. El Comité Ejecutivo Central de los Soviets, en el que dominaban todavía los socialistas partidarios de la paz social, tenía en su poder los fondos del Soviet de Petrogrado. Este tenía necesidad de un diario. Se tomó la resolución de organizar el día 22 una serie de grandes mítines destinados a reunir los fondos necesarios para crear un órgano. La prensa burguesa, asustada por esta movilización de las masas, anunció la sublevación. Kérenski empleó un lenguaje que parecía enérgico, pero que no era otra cosa que una fanfarronada. «¡Toda Rusia está con nosotros! ¡Nada tenemos que temer!» Amenazó «a los elementos, grupos y partidos que se atrevan a atentar contra la libertad del pueblo ruso, con peligro de que ceda el frente ante Alemania, con liquidarlos de una manera decisiva y completa». ¡Un Galiffet! ¡Un Cavaignac! Vanas amenazas. Era ya demasiado tarde. La jornada del día 22 constituyó una movilización formidable. Todas las salas públicas estaban atestadas. En la Casa del Pueblo *(Narodni Dom)* millares de hombres llenaron los pasillos, las galerías y las salas; verdaderos racimos humanos colgaban, vibrantes de emoción, de la armadura metálica del edificio, en el gran salón... John Reed se encontraba allí; merecen ser trascritas las notas que ha dejado acerca de esta asamblea, en la cual la voz de Trotski levantó en vilo a la muchedumbre.[17] «A mi alrededor, la gente parecía caer en éxtasis. Tuve la impresión de que aquella multitud iba a entonar de pronto, espontáneamente, sin ponerse de acuerdo y sin que nadie les diese la señal, un himno religioso. Trotski leyó una resolución cuyo sentido general venía a significar, poco más o menos, que estaban dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre por la causa de los obreros y de los campesinos.“ ¿Quién vota a favor?” Aquella multitud innumerable alzó las manos como un solo hombre. Yo veía aquellas manos levantadas y la llama que ardía en los ojos de los hombres, de las mujeres, de los adolescentes, de los obreros, de los soldados, de los mujiks... Trotski continuaba hablando. Las manos, incontables, permanecían levantadas. Trotski recalcaba sus palabras: “¡Que sea éste vuestro juramento! ¿Vosotros juráis consagrar todas vuestras fuerzas, no retroceder ante ningún sacrificio para sostener al Soviet que ha tomado en sus manos la tarea de coronar la victoria de la revolución y de daros la tierra, el pan, la paz?” Las manos incontables seguían en alto. La multitud asentía. La multitud juraba... Y eso mismo ocurría en todo Petrogrado. Por todas partes se llevaban a cabo los

---

17 John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo.*

últimos preparativos; en todas partes se hacían los últimos juramentos. Millares, decenas de millares, centenas de millares de hombres. Aquello era ya la insurrección.»

Kronstadt y la flota

El día 25 por la mañana recibieron las fuerzas revolucionarias de Kronstadt la orden de prepararse a defender el Congreso de los Soviets (porque toda aquella ofensiva se desenvolvía como un simple aparato defensivo). Detengámonos un momento para describir la preparación de Kronstadt, de la cual nos ha dejado un excelente relato uno de los que participaron en ella (B. Flerovski).[18] Vemos en ella con relieve el elemento racional, concertado, la organización perfecta de la insurrección, concebida como una operación militar que debe conducirse de acuerdo con las reglas del arte de la guerra, y el contraste con los movimientos espontáneos o mal organizados, que tanto abundan en la historia del proletariado, surge asombroso. «La preparación para intervenir en Petrogrado se llevó a cabo exclusivamente durante la noche [...] El Club Naval se hallaba rebosante de soldados, marinos y obreros, todos con su equipo de combate, preparados [...] El estado mayor revolucionario señalaba con precisión el plan de operaciones, designaba las unidades y las tripulaciones, calculaba el consumo de víveres y de municiones, procedía al nombramiento de los jefes. La noche transcurrió en medio de un trabajo intenso. Fueron designados para participar en la operación los siguientes navíos: el torpedero lanzaminas *Amor*, el viejo acorazado *Aurora de la Libertad* (el antiguo *Alejandro III),* y el aviso *Buitre.* El *Amor* y el *Buitre* tenían la misión de realizar un desembarco de tropas en Petrogrado. El acorazado debía colocarse a la entrada del canal marítimo para tener bajo el tiro de sus cañones al ferrocarril costero. En las calles se desarrollaba una actividad intensa, pero silenciosa. Los destacamentos del ejército y las tripulaciones de la marina se dirigían hacia el puerto. A la luz de las antorchas se distinguían únicamente los rostros serios, reconcentrados, de las primeras filas. Ni risas, ni voces. Sólo el taconeo de hombres que avanzan, voces de mando breves, el retumbo de los camiones que pasan, rompían el silencio. En el puerto se procedía apresuradamente a la carga de los barcos. Los destacamentos alineados a lo largo del muelle esperaban pacientemente la hora de ser embarcados. ¿Es posible —me decía yo, a pesar mío— que sean así los

---

18 B. Flerovski. «Kronstadt en octubre 1917», *Revolución Proletaria*, núm 10, 1922.

últimos minutos que preceden al estallido de la revolución más grande que haya existido?» Se realiza todo con tal sencillez y con tal orden, que podría uno creerse en vísperas de una operación militar cualquiera. Esto se parece muy poco a las escenas de la revolución tal cual nos las cuenta la historia. «Esta revolución —me dice mi compañero de camino— se realizará como es debido».

Esta revolución la realizaba el proletariado como era debido, a su manera: con organización. Por eso triunfó en Petrogrado con tanta facilidad y de una manera tan completa.

Entresaquemos de estas memorias otra escena edificante. Tiene lugar en uno de los navíos que avanzan hacia la insurrección. El delegado del estado mayor revolucionario se presenta en el salón de la oficialidad. «Aquí reina un humor muy distinto. Están inquietos, preocupados, desorientados. Al entrar y saludar, los oficiales se ponen de pie y escuchan mis breves explicaciones... y mis órdenes: Marchamos a echar abajo, con las armas en la mano, al gobierno provisional. Los Soviets toman en sus manos el poder. No hemos contado con vuestra simpatía; no la necesitamos de ninguna manera. Pero sí exigimos que permanezcáis en vuestros puestos, cumpliendo puntualmente vuestros deberes y obedeciendo nuestras órdenes. Os ahorraremos toda molestia inútil. Nada más. "¡Entendido!", contesta el capitán. E inmediatamente se dirigieron los oficiales a sus puestos. El capitán subió a la toldilla.»

La marina acudió muy nutrida en ayuda del proletariado y de la guarnición. Los cruceros *Aurora, Oleg, Novik*, *Zabiaka, Samson,* dos torpederos y otros navíos más remontaron el río Neva.

La toma del Palacio de Invierno

Tres camaradas, Podvoiski, Antónov-Ovséyenko y Lachevich,[19] tenían a su cargo la organización de la toma del Palacio de Invierno. Colaboraba con ellos Chunovski, destacado militante de las primeras épocas, que

---

19 Podvoiski fue miembro del partido bolchevique durante muchos años y uno de los creadores de la organización militar del partido. Más tarde fue comisario de guerra de la RSFSR, y después ocupó el mismo cargo en la Ucrania soviética. Finalmente, se ha consagrado a la preparación militar de la juventud y a la cultura física.

Antónov-Ovséyenko, antiguo oficial del ejército, publicista, emigrado, redactó durante la guerra, en París, las publicaciones internacionalistas *Goloss, Naché Slovo, Nachalo.* Se adhirió al partido bolchevique en 1917 y se convirtió en uno de los jefes del ejército rojo durante la guerra civil. En 1923 desempeñaba el cargo de jefe de la dirección política del ejército, y con posteriori-

había de perecer muy pronto en Ucrania. La antigua residencia imperial se halla situada en el centro de la ciudad, al borde del río Neva; a seiscientos metros de distancia, en la margen de enfrente, forma pareja con ella la fortaleza de Pedro y Pablo. Al sur, la fachada del Palacio da sobre una espaciosa plaza pavimentada, en la cual se alza la columna de Alejandro I. Lugar histórico. Al fondo, formando semicírculo, se levantan los enormes edificios regulares del antiguo gran estado mayor y del antiguo ministerio de Asuntos Exteriores. En esta plaza resonaron en 1879 los disparos del revólver del estudiante Soloviv, ante el cual se vio huir corriendo en zigzag, lívido y con la cabeza agachada, al autócrata Alejandro II. En 1881 temblaban estos edificios siniestros, sacudidos por la dinamita del ebanista Jalturin, que estallaba debajo de los departamentos imperiales. El 22 de enero de 1905, debajo de aquellas mismas ventanas la tropa abría fuego sobre la muchedumbre de suplicantes obreros, portadores de iconos, que acudían al zar, al padrecito del pueblo, entonando himnos religiosos. Hubo aquí mismo cincuenta muertos y un millar de víctimas en total, y la autocracia quedó herida de muerte por sus propias balas.

El día 25 de octubre, desde las primeras horas de la mañana, los regimientos, que estaban de acuerdo con los bolcheviques y las guardias rojas, empezaron a cercar el Palacio de Invierno, sede del ministerio Kérenski. La hora señalada para el asalto eran las nueve de la noche, aunque Lenin se impacientaba, exigiendo que se acabase aquello más de prisa. Mientras se iba cerrando lentamente el círculo de hierro alrededor del Palacio, se reunía el Congreso de los Soviets en Smolny, en un antiguo Instituto de Jóvenes Nobles. Lenin, que vivía aún fuera de la ley, disfrazado todavía, cuando solo le faltaban unas horas para ser la encarnación de la dictadura del proletariado, iba y venía con paso nervioso dentro de una pequeña habitación del Instituto. Y preguntaba a todos los que llegaban: «¿Y el Palacio? ¿No ha sido tomado todavía?» Y poco a poco iba montando en cólera contra los vacilantes, los contemporizadores, los indecisos. Se desataba en amenazas contra Podvoiski: «¡Hay que fusilarlo, hay que fusilarlo!» Los soldados, formando grupos alrededor de los braseros en las calles cercanas al Palacio, daban pruebas de la misma impaciencia. Y se les oía murmurar que «también los

---

dad el de representante de los Soviets en Checoslovaquia.

Lachevich, antiguo militante bolchevique, fue más adelante miembro de los comités revolucionarios de guerra en Petrogrado (1919-1920); más tarde del de Siberia, después de la caída de Kolchak, y suplente del comisario popular de guerra el año 1916. Falleció en 1928.

bolcheviques se andaban ya con diplomacias». El sentimiento de Lenin coincidía una vez más con el de la masa, aun en un punto de detalle. Podvoiski, seguro de su triunfo, retrasaba el asalto. La agitación desmoralizaba a un enemigo condenado de antemano. Cada gota de sangre revolucionaria que se economizaba en semejantes condiciones, y ello era cosa fácil, resultaba inestimable.

A las seis de la tarde se dirige a los ministros una primera intimación para que se rindan; a las ocho, un ultimátum; el parlamentario bolchevique arenga a los defensores del Palacio; los soldados de un batallón especial se rinden a los sublevados; estos los acogen en la plaza, que se ha convertido en campo de batalla, con un hurra formidable. Algunos momentos más tarde se rinde el batallón de mujeres. Los ministros, aterrorizados, reunidos en un gran salón que tiene las luces apagadas, y defendidos por un puñado de jóvenes cadetes, vacilaban todavía en capitular. Kérenski los ha abandonado, prometiendo regresar muy pronto a la cabeza de tropas fieles. Temen ser acuchillados por aquella muchedumbre furiosa. Los cañones del *Aurora* —que solo tira pólvora— acaban de desmoralizar a los defensores. El asalto de los rojos sólo tropieza con una floja resistencia. Estallan algunas granadas en la gran escalinata de mármol, y en los pasillos del Palacio se producen algunos cuerpo a cuerpo. En la penumbra de una inmensa antecámara, una fila de cadetes de rostro lívido cruzan sus bayonetas delante de una puerta artesonada.

Es la última trinchera del último gobierno burgués de Rusia. Antónov-Ovséyenko, Chudnovski, Podvoiski, apartan aquellas bayonetas inertes. Un joven les dice cuchicheando: «¡Estoy con vosotros!» Allí está el gobierno provisional: trece señores temblorosos, lamentables; trece rostros descompuestos, sumidos en la oscuridad. Cuando salen del Palacio, enmarcados por las filas de guardias rojos, se alza un clamor de muerte. Los soldados y los marinos sienten veleidades de hacer una masacre. Los contiene la guardia obrera: «¡No manchéis con excesos la victoria del proletariado!»

Los ministros de Kérenski marchan a la fortaleza de Pedro y Pablo, vieja bastilla por donde pasaron todos los héroes de la libertad rusa, para reunirse con los ministros del último zar. Se acabó.

Ni por un momento se había interrumpido en los barrios cercanos la normalidad de la circulación. En los muelles contemplan tranquilamente la escena algunos desocupados. Un detalle acerca de la

organización de la ofensiva: los jefes militares de la insurrección tenían preparados dos cuarteles generales de reserva, para que los posibles éxitos momentáneos del enemigo no consiguiesen interrumpir su obra.

El Congreso de los Soviets

Mientras los rojos cercaban el Palacio de Invierno, se reunía el Soviet de Petrogrado. Lenin sale de la sombra. Lenin y Trotski anuncian la toma del poder. Los Soviets van a ofrecer una paz justa a todos los países; se harán públicos los textos de los tratados secretos. Las primeras palabras de Lenin subrayan la importancia que tiene la unión de los obreros y de los campesinos, unión que no se ha sellado todavía.

> En el interior de Rusia la inmensa mayoría de los campesinos ha dicho: «¡Basta de hacer el juego de los capitalistas, unámonos en su avance a los obreros!» Un decreto único, aboliendo la propiedad rústica, nos atraerá la confianza de los campesinos. Ellos comprenderán que sólo pueden salvarse mediante su unión con los obreros. Instituiremos el control obrero de la producción...

El Congreso Panruso de los Soviets no se abre hasta la noche, en el gran salón de actos de Smolny, cuya total blancura resplandece con los raudales de luz que brotan de las enormes arañas. Se hallan presentes quinientos sesenta y dos delegados: trescientos ochenta y dos son socialdemócratas bolcheviques, treinta y uno independientes, pero simpatizantes con los bolcheviques; setenta socialistas-revolucionarios de izquierda, treinta y seis socialistas-revolucionarios de centro, diez y seis socialistas-revolucionarios de derecha, tres socialistas-revolucionarios nacionales, quince socialdemócratas internacionalistas unidos, veintiún socialdemócratas mencheviques partidarios de la defensa nacional, siete delegados socialdemócratas de las organizaciones nacionales y cinco anarquistas. Sala rebosante, febril. El menchevique Dan abre el congreso en nombre del anterior Comité Ejecutivo Panruso; mientras se procede a elegir la mesa truena el cañón sobre el Neva. La resistencia del Palacio de Invierno está en los últimos estertores. Kámenev, «alegre y como endomingado»,[20] sustituye a Dan en la presidencia. Presenta un orden del día dividido en tres puntos: «1) Organización del poder; 2) La guerra y la paz; 3) Asamblea constituyente». En los comienzos de la sesión actúan los partidos de la oposición menchevique

---

20 Mstislavski, *Cinco jornadas.*

y socialistas-revolucionarios. Habla Mártov en nombre de los primeros, el líder más honrado y de mayores capacidades, cuya extremada debilidad física parecía denotar, no obstante toda su energía, el debilitamiento de la idea a cuyo servicio se había consagrado. «Mártov, con la mano apoyada en la cadera, postura habitual en él, una mano temblorosa, exangüe, con su silueta retorcida y extravagante, moviendo de un lado a otro su cabeza desgreñada, exige que se dé al conflicto una solución pacífica...» ¡A buena hora! Mstislavski toma la palabra en nombre de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Su partido sentía desprecio por el gobierno provisional, estaba a favor de que los Soviets se hiciesen cargo del poder, pero había rehusado intervenir en el golpe de fuerza. Todo su discurso está lleno de matices. Que los Soviets asuman todo el poder, ¡desde luego!, tanto más que se trata de un hecho consumado. Pero que cesen en el acto las operaciones militares. ¿Cómo van a deliberar entre el estampido de los cañones? A lo cual replica Trotski con vivacidad: «Pero ¿hay alguien a quien le moleste el ruido del cañón? ¡Todo lo contrario, se trabaja mejor!»

Los cañonazos hacen temblar los cristales. Y he aquí que cuando mencheviques y socialistas-revolucionarios de derecha denuncian «el crimen que se está cometiendo contra la Patria y la Revolución», aparece en la tribuna, para contestarles, un marino del *Aurora:* «Figura de bronce —relata Mstislavski—, además sobrio, agresivo, sin titubeos, palabra que corta el aire como un cuchillo, de los que no se paran en barras, así era aquel hombre.» Apenas se irguió en la tribuna, ágil y macizo, con el pecho velludo encuadrado bajo un cuello marinero que ondulaba con gracia alrededor de su cabeza crespa, cuando toda la sala estalló en aclamaciones. «Se acabó el Palacio de Invierno —dijo—. El *Aurora* hace fuego casi a bocajarro.» «¡Oh!» —gimió a sus pies el menchevique Abramóvich, con la mirada extraviada y retorciéndose las manos. Y el hombre del *Aurora,* contestando a aquella lamentación, con gesto magnánimo, pero de una inimitable desenvoltura, le tranquilizó con voz confidencial que vibraba con una risa interior: «Tiran solo con pólvora. No se necesita más para asustar a los ministros y a las mujeres del batallón escogido.» Se produce un tumulto. Los mencheviques de la defensa nacional y los socialistas-revolucionarios de derecha marchan a «morir con el gobierno provisional». Pero no fueron muy lejos. Su pequeña comitiva encontró las calles cortadas por los guardias rojos y se fue disgregando por sí misma.

Era ya noche avanzada cuando los socialistas-revolucionarios de izquierda se resolvieron a «seguir» a los bolcheviques y a permanecer en el congreso.

Lenin no subió a la tribuna hasta la sesión del día 26, en que se votaron los grandes decretos acerca de las tierras, la paz y el control obrero de la producción. No bien apareció, lo envolvió una aclamación inmensa. Esperó tranquilo a que terminase, paseando la mirada por aquella multitud victoriosa. Y luego, apoyando ambas manos en el pupitre, sus anchos hombros ligeramente inclinados hacia el auditorio, con sencillez, sin un ademán, dijo: «Damos comienzo a la tarea de construir la sociedad socialista».

En Moscú: crisis económica y sublevación

En Moscú se dejó sentir de una manera más directa la necesidad económica de la revolución.

La ciudad era administrada por una Duma (municipalidad) compuesta de elementos burgueses, pequeño-burgueses e intelectuales, entre los cuales disponían los socialistas-revolucionarios y los cadetes de una mayoría bastante sólida, a la que con frecuencia se sumaban los mencheviques. Era una asamblea impopular. El público de las tribunas se entregaba en ellas a manifestaciones ruidosas —como en la Convención— aplaudiendo a la oposición bolchevique. La reelección de las Dumas de distrito, el 24 de septiembre, dio ocasión a los bolcheviques para tantear la disposición de las masas. El resultado fue que estas dieron la mayoría a los bolcheviques en catorce de los diez y siete distritos. También salieron reforzados de ellas los cadetes. Los partidos de la conciliación social, en cambio, salieron deshechos.

Los bolcheviques obtuvieron esta victoria por su comprensión de las necesidades de la masa obrera. La miseria era aguda, se estaban agotando las últimas reservas de trigo; se acercaba el día en que la ciudad se encontraría sin pan. La ración de este alimento asignada por habitante y por día se había visto reducida a 100 gramos.[21] El mal funcionamiento del sistema de transportes impedía mejorar los abastecimientos. Se imponía la necesidad de implantar medidas de salvación pública de una extrema energía, tales como la centralización de los servicios de abastos,

---

21 A. Schlichter, *Las jornadas memorables de Moscú.* Borís Volin, «El Soviet de Moscú antes de octubre», *Revolución Proletaria,* 1922.

la municipalización de la elaboración del pan; en otros términos, la expropiación de las panaderías, la requisa de locales y la inscripción obligatoria de todos los habitantes en un censo único de avituallamiento. Eran los bolcheviques los que exigían estas medidas. Pero ello implicaba la necesidad de tomar otras. Esta crisis de los abastecimientos entraba en los cálculos de guerra social que abrigaba la clase pudiente. Venía a ser el complemento del sabotaje de la producción que estaban realizando los patronos. Imponíase, pues, si se quería remediar de veras la penuria, hacerse cargo de toda la producción.

Los bolcheviques exigieron:

1. La desmovilización inmediata de todas aquellas empresas industriales que antes de la guerra se hallaban dedicadas a producir artículos de primera necesidad. «La prolongación de la guerra acarreaba la pérdida de la capacidad de acción revolucionaria del proletariado y del ejército, es decir, el fracaso de la revolución» (A. Schlichter).

2. La requisa de las fábricas, medida destinada a acabar con el sabotaje de la producción por los industriales y a facilitar la reanudación rápida de la producción de tiempos de paz. Finalidad: dar al campesino productos industriales a cambio de sus cereales.

3. Hacer obligatorio el trabajo para los empleados de la industria, que tal vez se sintiesen tentados a responder con la huelga a la socialización.

4. La requisa de los productos almacenados con objeto de poner coto a la especulación.

Al terminar la primera semana de octubre entraban los curtidores de Moscú en su décima semana de huelga. ¡Pero la huelga no es fácil con una ración de 100 gramos de pan! Los sindicatos de la madera, de los metales, de la industria textil, de los trabajadores municipales, se preparaban para la huelga. Los patronos, por su parte, organizaban una especie de cadena de huelgas de producción: *lock-outs* parciales, cierre de empresas con múltiples pretextos, restricciones astutas o brutales de la producción, ventas de maquinaria, liquidaciones, medidas todas que justificaban con lo de que «la situación era insostenible». El obrero moscovita se hallaba realmente en una situación de extrema gravedad. El precio de los artículos alimenticios había aumentado seis veces y media desde el principio de la guerra; los artículos manufacturados de

primera necesidad (tejidos, calzado, leña, jabón, etcétera) habían encarecido en la proporción de uno a doce; los salarios, por el contrario, no habían subido, por término medio, sino el cuádruple. Los obreros reclamaban inútilmente que se reconociese a sus comités de fábrica. El gobierno provisional, que simpatizaba con la clase patronal, les oponía una mala voluntad evidente. De un momento a otro podían estallar huelgas violentísimas. La crisis había llegado a su madurez. El 19 de octubre, a propuesta de Bujarin y de Smirnov, en presencia de una eventualidad semejante, la mayoría bolchevique del Soviet de Moscú adoptó una serie de medidas que pueden calificarse de insurreccionales.

El Soviet dictaba decretos para satisfacer, de acuerdo con los sindicatos, a los huelguistas; ordenaba el encarcelamiento de los capitalistas culpables de sabotear la producción, la moratoria de los alquileres, la movilización de las masas para que la democracia revolucionaria se adueñase del poder. Se invitó a los sindicatos a establecer por sí mismos la jornada de ocho horas; los curtidores en huelga recibieron el mandato de volver a poner en marcha ellos mismos las fábricas.

Pocos días más tarde se reunió una conferencia urbana del partido. Semachko, Osinski y Smirnov hablan en ella de la insurrección. «Con números y estadísticas en la mano se puede demostrar que si el proletariado, que es el único que puede poner fin a la guerra, no toma el poder, se arruinará Rusia, faltará el pan y el combustible, dejarán de funcionar las fábricas... Sus discursos tienen un carácter científico, más aún, académico. Nadie hubiera tomado aquello por una asamblea revolucionaria que proyectaba el derrumbe social sino por una sociedad de sabios. El auditorio, cuya mitad pertenecía a las sociedades militares, parecía indiferente. Nadie solicitó la palabra para hablar en contra. Cuando llegó el momento de la votación se alzaron todas las manos; la conferencia votó por unanimidad la insurrección.» Se trataba de algo que todos veían como necesario.[22]

El Soviet de Moscú promulga el día 23 de octubre su *Decreto número 1*, dando a los comités de fábrica el control de la contratación y despido de obreros.

El 24 vota el Soviet la organización de la guardia roja. Cada votación da lugar a luchas tempestuosas con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. Uno y otros defienden palmo a palmo lo que llaman democracia y legalidad.

---

22 N. Norov, *Las jornadas de octubre en Moscú.* Véase también Victor Serge, «La Revolución de octubre en Moscú», *Boletín Comunista,* 1 de septiembre de 1921.

El 25 de octubre, cuando ya en Petrogrado se ha entablado la batalla, constituye el Soviet de Moscú —demasiado tarde— su comité militar revolucionario. Los socialistas-revolucionarios y los mencheviques exhortan al proletariado a reaccionar, a no seguir el ejemplo nefasto de los usurpadores de Petrogrado. La Asamblea Constituyente será la única que tenga poder para decidir sobre los destinos de Rusia. Vencidos en las votaciones, entran, sin embargo, los mencheviques en el CMR para «provocar un desenlace, lo menos doloroso posible, a la tentativa del golpe de Estado de los bolcheviques». Dicho en otros términos, entran en él ¡para sabotear la insurrección! Son admitidos...

Pero la Duma de la ciudad, reunida la víspera en sesión secreta, sin los munícipes bolcheviques, había constituido por su parte un Comité de Salvación Pública. Rúdnev, alcalde socialista-revolucionario, presidía los preparativos para la lucha. El coronel Riabtsev, que era también socialista-revolucionario, armaba precipitadamente a los alumnos de las escuelas militares (*junkers*), a los estudiantes, a los muchachos jóvenes de las escuelas; en una palabra, a toda la juventud de las clases burguesas y medias.

Los comienzos del terror blanco

La batalla callejera duró seis días y fue muy dura. Correspondió al Comité de Salvación Pública la iniciativa de las operaciones. El día 27, mientras las Dumas celebraban una sesión común, intimaban al CMR a disolverse de inmediato. Fue una lucha confusa, enconada y sangrienta, cuyas peripecias no hemos de seguir aquí. Moscú tiene el aspecto topográfico de una ciudad que ha ido creciendo en el transcurso de los siglos, desarrollándose en círculos concéntricos en torno a los palacios y a las iglesias del Kremlin, especie de ciudad interior, fortificada y rodeada de elevadas murallas almenadas y de torres puntiagudas. El Kremlin mismo, a vista de pájaro, tiene el aspecto de un triángulo cuya base se alarga siguiendo la margen izquierda del río Moscova. La ciudad, edificada sobre colinas, un conjunto de callejuelas estrechas cuyas líneas irregulares se entrecruzan, sembrada de innumerables iglesias que se levantan entre jardines, cercada por largos bulevares plantados de árboles, ofrece innumerables posibilidades para el ataque y la defensa. Desde el primer momento se dibujaron las finalidades estratégicas de los dos adversarios. El CMR tenía su sede en el local del Soviet, situado en el centro de la ciudad, en lo alto de la calle Tverskaya, antigua residencia del gobernador. El objetivo de las tropas de orden fue acabar

con aquel cuartel general. Por el contrario, la tarea del CMR estribaba en sostenerse todo el tiempo necesario para dar lugar a que las guardias rojas de los arrabales llegasen en socorro suyo, cogiendo a los blancos de espalda. En estas condiciones, la toma del Kremlin por los blancos fue sólo un episodio, aunque muy significativo.

Los rojos tenían la superioridad del número. «Nuestros enemigos —refiere Murálov— tendrían unos diez mil hombres; dos escuelas militares, seis escuelas de suboficiales..., las secciones militares de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques, la juventud de las escuelas; no contábamos nosotros con menos de 50.000 combatientes seguros... a saber, unos 15.000 hombres de tropas activas, 25.000 hombres de tropas de reserva, 3.000 obreros armados, seis baterías ligeras y algunas piezas de grueso calibre.» De un lado, los elementos burgueses y pequeñoburgueses, sin exceptuar a los intelectuales; del otro, la masa gris de los soldados y de los obreros. Sin embargo, la ausencia de organización y los titubeos de los rojos mantuvieron incierta la lucha.

El 28, a media noche, los *junkers* —alumnos de las escuelas militares— cercan el Kremlin. El Comité de Salvación Pública ha ocupado para entonces las estaciones de ferrocarril, la central eléctrica y la central de teléfonos. El comandante del Kremlin, Berzin, aislado del CMR, entrega la fortaleza, bajo promesa formal de que se respetará la vida de sus hombres y después de habérsele certificado que «había quedado restablecido el orden». Él mismo se adelanta a abrir las puertas. Inmediatamente es sujetado, golpeado, y recibe toda clase de ultrajes de los *junkers.* Un coronel le dice: «¡Hola! ¿Todavía estás vivo? Hay que matarte». Los obreros del arsenal del Kremlin no se enteran de la capitulación hasta el momento de ser arrestado su comité de fábrica. Al amanecer se les ordena alinearse en uno de los grandes patios del Kremlin, cerca del enorme cañón del zar Teodoro I, provistos de sus documentos de identidad. Una vez allí se les apunta bruscamente con tres ametralladoras que se hallaban disimuladas. Recojo el relato de uno de los que se salvaron[23]: «No pueden, sin embargo, imaginarse aquellos hombres que los iban a fusilar de aquella manera, sin juzgarlos, sin motivo alguno, puesto que no habían combatido. Resuena la voz de mando: "¡Alinearse! ¡Firmes!" Los hombres se inmovilizan con las manos en la costura del pantalón. Entonces, y a una señal, estalla el martilleo infernal de tres ametralladoras que abren fuego, y su martilleo se mezcla

23 N. Norov, *Las jornadas de octubre en Moscú.*

con los gritos de espanto, los gemidos de agonía y los sollozos. Todos los que no han caído segados por la primera descarga se precipitan hacia la única salida: una puerta pequeña y estrecha que ha quedado abierta a sus espaldas. Las ametralladoras continúan haciendo fuego. Al cabo de unos minutos se forma delante de aquella puerta un informe montón de hombres que caen al suelo dando alaridos y cubiertos de sangre; sigue la ametralladora hasta acabar con ellos... La metralla salpica de jirones de carne y de sangre los muros de los edificios cercanos.» Aquella degollina no es un hecho aislado. Los blancos detenían y fusilaban gente, al azar, en casi todas partes. En la escuela militar de Alexandrovskoe, un tribunal de guerra daba sus sentencias de muerte en treinta segundos, y esas sentencias eran ejecutadas inmediatamente, en el patio. Tengamos presente estos hechos. Demuestran el propósito decidido de los defensores del gobierno provisional de ahogar en sangre la insurrección obrera. Así comenzaba el terror blanco.

La noticia de la degollina del Kremlin interrumpió las negociaciones de armisticio que habían entablado el CMR y el coronel Riabtsev. Lo que los blancos buscaban era únicamente ganar tiempo con la esperanza de recibir refuerzos. El CMR comprendió que sólo le quedaba el recurso de vencer o morir. Se encontraba casi cercado; pero los guardias rojos y los regimientos sublevados acudían en masa en su auxilio desde todos los barrios de la ciudad, de manera que los sitiadores se encontraron a su vez cercados por un círculo de fuego. El 29 por la tarde, después de una jornada terrible, durante la cual estuvo a punto de sucumbir el estado mayor de la insurrección, se firmó una suspensión de hostilidades por veinticuatro horas; pero la llegada de un batallón de fuerzas de asalto, que se unió a los blancos, rompió muy pronto aquella tregua. Los rojos, por su parte, recibían artillería. Entraron en acción algunas baterías en las plazas. Los blancos se replegaron hacia el Kremlin. Después de largas tergiversaciones, debidas al temor de ocasionar la destrucción de los monumentos históricos, el CMR se decidió a dar órdenes para que el Kremlin fuese bombardeado. Los blancos capitularon el día 2 de noviembre, a las cuatro de la tarde. «Queda disuelto el Comité de Salvación Pública; la guardia blanca entrega sus armas y es licenciada. Los oficiales podrán conservar las armas que corresponden a sus grados; en las escuelas militares se conservarán únicamente las armas necesarias para los ejercicios. El CMR garantiza la libertad y la inviolabilidad de todos.» Tales fueron las cláusulas principales del

tratado firmado entre blancos y rojos. Los combatientes de la contrarrevolución, los autores de los fusilamientos del Kremlin, que, de haber triunfado, no habrían dado cuartel a los rojos —tenemos pruebas de ello—, quedaban libres.

¡Nefasta clemencia! Aquellos junkers, aquellos oficiales, aquellos estudiantes, aquellos socialistas de contrarrevolución iban a dispersarse, por la inmensidad de Rusia para organizar en todas partes la guerra civil. La revolución iba a encontrarlos frente a ella en Yaroslav, en el Don, en Kazán, en Crimea, en Siberia y en todos los complots organizados dentro de Rusia.

Organización y espontaneidad

Las insurrecciones de Petrogrado y de Moscú presentan notables diferencias.

En Petrogrado la sublevación, preparada detenidamente, con minuciosidad, es esencialmente política; se trata de la toma consciente del poder. La revolución, según la frase de Trotski, tiene lugar en una fecha fija. Hay dos factores decisivos que dominan los acontecimientos: el partido, la guarnición. La acción se lleva adelante con una energía reflexiva, sin el menor titubeo. El éxito es rápido y poco costoso. No hay derramamiento de sangre.

La insurrección de Petrogrado nos presenta el modelo de un movimiento de masas perfectamente organizado.

En Moscú la espontaneidad de las masas es superior a su organización. El movimiento insurreccional obedece a un determinismo económico casi directo. La conciencia política de las finalidades y de los medios es aquí menos clara; las vacilaciones, los tanteos, los retrasos, hacen surgir toda clase de obstáculos. Un adversario muy inferior en número, pero bien organizado, resuelto, dotado de una clara conciencia política de la finalidad que persigue —restablecer el orden— y de los medios a emplear —el terror— tiene a raya durante largos días a la insurrección y le inflige pérdidas muy crueles.

Los obreros de los arrabales de Moscú se armaron como pudieron. Con frecuencia avanzaron al combate abandonándose a su propia intuición. Escaseaban las armas. Escaseaban las municiones. Cuando se consiguió tener cañones, faltaron las granadas. Cuando se tuvieron granadas, se pudo ver que faltaban las alzas de las piezas. Los servicios

de enlace eran defectuosos. No existía servicio alguno de información. «Combatíamos muy mal, marchábamos arrastrados por los elementos», dice Murátov, que dirigía a los rojos. No había unidad de mando, la iniciativa estaba siempre en manos de los blancos; su inferioridad numérica estuvo compensada en ciertos momentos con la ocupación de los puntos estratégicos.

El entusiasmo de los combatientes era, sin duda alguna, admirable; unido a una buena organización hubiera hecho maravillas. Entregado en gran parte a sí mismo, no pudo evitar que la batalla fuese larga, insegura y costosa.

El CMR no se constituyó hasta el día 25, demasiado tarde, y vaciló demasiado. Entabló negociaciones inútiles con los socialistas-revolucionarios y con los mencheviques, cometió el error de firmar el día 29 un armisticio, en el momento mismo en que los rojos estaban a punto de apoderarse de la central de teléfonos, dio pruebas de una magnanimidad deplorable para con los contrarrevolucionarios vencidos.

En nuestra opinión, las insurrecciones de Petrogrado y de Moscú son movimientos *de tipos distintos.* La de Moscú hace recordar —*vagamente,* hagámoslo constar— el tipo anticuado de las insurrecciones proletarias, cuyo modelo perfecto nos lo ofrece la revuelta de los obreros parisinos en el mes de junio de 1848, revuelta provocada deliberadamente por la política económica de la burguesía. También en los acontecimientos de Moscú desempeña papel importante la provocación económica; a ella responde la insurrección que, en ocasiones, cae víctima de sus maniobras; el enemigo busca la ocasión de hacer una degollina. Por el contrario, la insurrección de Petrogrado es la primera realización del «nuevo tipo» de sublevación armada del proletariado, que debía diseñarse con mayor relieve que en la insurrección de Hamburgo, el año 1923.[24] En ella se acopla la conjuración de un gran partido con la acción de las masas; la una y la otra se lanzan a la hora convenida, después de una preparación minuciosa; queda reducida al mínimo la parte que se reserva a la casualidad; empleándose con la mayor economía las fuerzas comprometidas. En Hamburgo no acarreó la derrota —que fue más bien una retirada— sino pérdidas muy débiles. Ahora bien, lo corriente es que las derrotas se paguen caras.

24 Véase Larissa Reissner, *La insurrección de Hamburgo* (en ruso y en alemán).

Los acontecimientos de Petrogrado y de Moscú ponen de relieve, por contraste, la inmensa superioridad que tienen las acciones bien organizadas sobre los movimientos en los que predomina la espontaneidad. A la luz de estas experiencias, pueden reducirse las condiciones necesarias para la victoria del proletariado a estas reglas elementales del arte militar: máximo de organización y de energía en la acción; superioridad de fuerzas en el momento y en los puntos decisivos.

CAPÍTULO III

La clase media de las ciudades contra el proletariado

Los grandes decretos: la paz

Una vez que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de derecha se hubieron retirado, el II Congreso Panruso de los Soviets hizo constar, en una breve moción, que «la retirada de los elementos conciliadores fortifica a los Soviets, en lugar de debilitarlos, porque purifica de elementos contrarrevolucionarios el poder de los obreros y campesinos». Ha enmudecido el cañón. La victoria es completa. Entre bastidores se llevan a cabo negociaciones con los partidos vencidos y con el poderoso sindicato de ferroviarios, afiliado al menchevismo. El terreno ha quedado limpio, pero los peligros son inmensos. Pronto tendremos ocasión de medir su alcance. Hay que obrar con gran actividad. El congreso tiene la palabra. Si vacila, si se equivoca, si sus palabras no responden a lo que de él esperan las masas, mañana se habrá perdido todo. Hay que dar con las palabras que subyuguen, hay que votar los textos que harán que el pueblo amargado de las trincheras se una a la revolución, el pueblo exasperado de los campos, el pueblo de las ciudades...

Se empezó por votar el decreto relativo a la paz.

> El gobierno de obreros y de campesinos surgido de la revolución de 24-25 de octubre, apoyándose en los Soviets [...], invita a todas las naciones beligerantes y a sus respectivos gobiernos a abrir sin tardanza negociaciones para una paz justa y democrática.

Los italianos acababan de ser aplastados en Caporetto; Rumanía estaba invadida; la guerra submarina convertía todos los navíos en presas tenazmente perseguidas; los ingenieros alemanes preparaban el bombardeo de París a gran distancia; Francia, Alemania, Italia, Austria, sangradas, despobladas, sometidas a un duro racionamiento, se tambaleaban.

El decreto establece como justa y democrática «una paz inmediata sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios extranjeros, sin uniones obligadas de nacionalidades extranjeras) y sin contribuciones de guerra».

> El Gobierno declara que no considera de ninguna manera estas condiciones de paz como un ultimátum. Consiente en examinar todas las demás condiciones que pudieran serle propuestas, limitándose a insistir en que sean discutidas lo antes posible por cualquiera de los países beligerantes en que se negocie con la más absoluta claridad y en que sean excluidos todos los equívocos y todos los secretos.

El decreto proclamaba la abolición de la diplomacia secreta y la anulación «inmediata e incondicional» de los tratados secretos, «que casi siempre tienden a asegurar a los capitalistas y a los terratenientes de Rusia ciertas ventajas y privilegios», privilegios y ventajas que se extienden también a los gran-rusos. Se invitaba a todos los países beligerantes a realizar en el acto un armisticio de tres meses por lo menos. El documento terminaba con un llamamiento «a los obreros de los tres países más adelantados de la humanidad: Francia, Inglaterra y Alemania». Recordaba los servicios prestados a la causa del progreso y del socialismo por estos proletarios y les exhortaba a consagrarse a la causa de la paz y de la emancipación de los trabajadores.

Al llegar el momento de votar anunció el portavoz de los socialistas-revolucionarios de izquierda que su partido votaría en favor del decreto, aunque no aprobaba los términos en que estaba redactado. Contestó a las críticas Lenin. Juzgaban algunos que el lenguaje de la revolución era excesivamente moderado.

> Se nos ha dicho —replicó Lenin— que no expresarnos en términos de ultimátum equivale a confesar nuestra impotencia. Pero es ya hora de que renunciemos al viejo efectivismo burgués de las frases en que se evoca la potencia del pueblo [...] En opinión de la burguesía, se manifiesta la fuerza cuando las masas marchan ciegamente hacia el matadero [...] Para la burguesía no es fuerte un gobierno sino cuando es capaz de arrojar las masas hacia donde a él le parece, valiéndose de toda la fuerza del mecanismo gubernamental. Nuestro concepto de la fuerza es distinto. En nuestra opinión, la fuerza de un gobierno está en proporción con la conciencia de las masas. Es fuerte cuando estas masas lo saben todo, lo juzgan todo, aceptan todo conscientemente. Queremos la paz general; pero no nos asusta la guerra revolucionaria. Si el pueblo alemán ve que estamos dispuestos a discutir todos los ofrecimientos de paz, desbordará la copa, estallará la revolución alemana. Estamos dispuestos a discutir todos los ofrecimientos; esto no significa que estemos dispuestos a suscribirlos.

Tal fue la argumentación de Lenin. El decreto fue votado por unanimidad. «¡Se acabó la guerra! Todas las caras estaban radiantes...»[1] Estalló el canto de *La Internacional,* y luego el *Adiós a los Muertos*, conmovedor como el pesado sollozo de una muchedumbre.

En el capítulo referente a la paz de Brest-Litovsk volveremos a tratar la política pacificadora de los Soviets. Esta primera iniciativa simbólica de la revolución confería a esta, desde la primera jornada, un carácter internacional. Era un desafío al viejo mundo, un llamamiento lanzado con audacia a los pueblos contra toda la vieja sociedad, un llamamiento destinado a levantar un eco muy lejano en las conciencias. ¡Paz inmediata, sin anexiones ni contribuciones! Recuérdense ahora las finalidades de guerra que perseguían ambas coaliciones imperialistas.[2]

La tierra

Lenin había empleado una parte de la noche en redactar el decreto sobre la tierra. Este decreto solo bastaba para hacer invencible al nuevo poder, asegurándole la simpatía de millones de campesinos. Lenin contaba con ella. «Con tal de que tengamos tiempo —decía durante la mañana del día 26— para promulgar esta ley.... ¡que intenten luego arrancárnosla!» Para redactar este texto decisivo se había inspirado Lenin en los mandatos que traían 242 representantes de los Soviets campesinos, que concordaban con el programa agrario del partido socialista-revolucionario. Así pues, los bolcheviques realizaban aquello de lo que los socialistas-revolucionarios no hacían más que hablar, arrebatando de golpe, al partido que gobernaba hasta ayer mismo, el programa que justificaba su influencia entre los campesinos.

El artículo primero es breve: «1. Queda abolida en el acto, sin indemnizaciones, la propiedad inmueble de las tierras».

---

1 John Reed, *op. cit.*

2 El Tratado de Versalles ha realizado los objetivos de los aliados mediante la desmembración de Austria-Hungría, la anexión de todas las colonias alemanas (2.950.000 kilómetros cuadrados de territorio, poblados por 12.400.000 habitantes), la anexión de 70.000 kilómetros cuadrados de territorio alemán (6.550.000 habitantes), e imponiendo a Alemania, a título de reparación de daños de guerra, el pago de una suma que se fijó al principio en 172.000 millones de francos-oro. Por lo que respecta a los imperios centrales, las principales finalidades de guerra eran: la anexión de las colonias francesas, la de la cuenca hullera de Briey, la anexión —velada o descarada— de Bélgica, Serbia y Salónica, anexiones en el este (Polonia, países bálticos). Los Tratados de Brest-Litovsk y Bucarest nos dan una idea exacta.

Los bienes de los terratenientes, los dominios de los monasterios, de las iglesias, etc., con todo su inventario vivo y muerto, pasan a los Soviets campesinos. Los tribunales revolucionarios castigan todo atentado contra estos bienes, que son en adelante bienes de la nación (este artículo está encaminado a evitar la destrucción del utillaje, de los edificios, etc., por los propietarios desposeídos). Para la aplicación de estas medidas habrá de guiarse por las resoluciones reivindicativas de los campesinos (o sea, por los mandatos dados a sus representantes), en espera de «las decisiones definitivas de la Asamblea Constituyente».

Al expropiar a los terratenientes dueños de las tierras de dominio, no abolía el decreto la propiedad privada del suelo, ni siquiera se ponían en tela de juicio los bienes de los campesinos, aun de los ricos. El terrateniente que descendía de las antiguas familias feudales o el burgués enriquecido eran igualmente odiados por todos los campesinos, que descendían todos ellos de siervos, lo mismo los campesinos acomodados que los de clase media o los pobres. El decreto venía a realizar así, alrededor de los Soviets, el bloque de todos los campesinos. Los doctrinarios —porque también los hubo— juzgaron que Lenin se mostraba timorato, precisamente porque —al igual que su partido— daba pruebas de ser audazmente revolucionario, de ser un realista desembarazado de toda rutina. ¿No era esta la revolución del proletariado? Pues téngase en cuenta que en casi toda Europa la abolición de la propiedad *feudal* había sido fruto de las revoluciones de la burguesía. Así pues, el proletariado victorioso se limitaba a dar cima a las campañas de la revolución «burguesa». Realizaba en favor de los campesinos rusos lo que el Tercer Estado —o sea, la burguesía francesa, encarnada muy pronto por los jacobinos— hizo en 1789-1793 en favor de los campesinos franceses, a los que abrió el acceso a la propiedad, liberándolos de todas las servidumbres. Quedaba coronada la revolución burguesa; y superada por un vigoroso ataque al principio de la propiedad privada. Pero ¿no equivalía esto a una derogación del programa del partido bolchevique, en el que estaba prevista la nacionalización del suelo? Se reprochó a Lenin que pusiera en práctica el programa agrario de los socialistas-revolucionarios y no el suyo propio.

> Eso importa poco —respondió—. Como gobierno democrático que somos, no podemos hacer abstracción de la voluntad de las masas populares, aun cuando estemos en desacuerdo con ellas. La vida dará la razón a quien la tenga [...] Debemos seguir a la vida en la elaboración de las nuevas formas de gobierno; debemos dejar en completa libertad la acción creadora de las masas

> populares. El gobierno anterior ha intentado resolver la cuestión agraria con el concurso de la vieja burocracia inconmovible del zar. Esta burocracia, en lugar de resolver la cuestión, no ha hecho otra cosa que combatir a los campesinos [...] Los campesinos quieren resolver por sí mismos la cuestión de las tierras.
>
> ¡Nada de enmiendas al proyecto! [...] ¿Actuarán los campesinos de acuerdo con el espíritu de nuestro programa o de acuerdo con el de los socialistas-revolucionarios? ¡Eso tiene poca importancia! Lo esencial es que los campesinos tengan la seguridad absoluta de que ya no habrá en los campos grandes terratenientes, que no tienen que hacer ellos otra cosa sino organizar su propia vida.

Por desgracia, no han quedado de estos debates sino los extractos hechos por los que actuaron de secretarios en aquellas sesiones. Los taquígrafos se habían retirado del congreso al mismo tiempo que los adversarios de los bolcheviques. El decreto sobre las tierras fue votado por unanimidad de todos los delegados que se hallaban presentes, habiendo solamente un voto en contra y ocho abstenciones.

¿Qué ventajas aseguraba este decreto a los campesinos? En Ucrania y en las regiones vecinas del mar Negro los grandes terratenientes tenían en sus manos cerca de la quinta parte de las tierras cultivadas. En la Rusia central sólo se elevaba esta proporción al 7,5 % más o menos (2.916 de un total de 39.222 deciatinas, en 36 gobiernos; la deciatina equivale a 1.092 hectáreas). Pero en toda Rusia, los campesinos, cargados de impuestos, de censos y de deudas, obtenían de sus tierras un rendimiento inferior a los ingresos que tenía el obrero. De golpe se encontraban liberados.

El Primer Consejo de Comisarios del Pueblo

En la misma sesión quedó constituido el primer gobierno de los Soviets, no sin debates muy vivos. El congreso designó un nuevo Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets, compuesto por 102 miembros e integrado por 62 bolcheviques, 20 socialistas-revolucionarios de izquierda y algunos representantes de los socialdemócratas internacionalistas y de distintos grupos de menor importancia. El primer Consejo de Comisarios del Pueblo —titulado así a propuesta de Trotski, para no tener que seguir empleando el desacreditado nombre de *ministros*— quedó formado únicamente por bolcheviques: presidencia, N. Lenin; interior, A. I. Rikov; agricultura, V. P Miliutin; trabajo, A. G. Shliápnikov; guerra y marina, un comité de tres: V. A. Antónov-Ovséyenko, N. V. Krilenko, F. M. Dibenko; comercio e industria, N. V. Noguín; instrucción

pública, A. V. Lunacharski; finanzas, I. I. Stepanov-Skvortsov; asuntos extranjeros, L. D. Trotski; justicia, G. I. Opókov (Lómov); abastecimientos, I. A. Teodoróvich; correos y telégrafos, N. B. Glébov-Avílov; nacionalidades, I. V. Dzhugashvili (Stalin). Quedó sin designar un comisario del pueblo para vías y comunicaciones, sin duda teniendo en cuenta la tirantez de relaciones con el Comité Panruso de ferroviarios.

Los socialistas-revolucionarios de izquierda, víctimas de sus constantes vacilaciones, se habían negado a participar en el poder, aunque los bolcheviques les invitaban a ello, porque estaban muy lejos de desear gobernar ellos solos. En efecto, gobernar solos equivalía a cargar con todas las responsabilidades abrumadoras del momento, a dejar a sus rivales, a sus adversarios ocultos, a los indecisos, el ventajoso papel de opositores; situación difícil para un partido al que desde hacía meses venía denunciando con unanimidad la prensa burguesa como un partido de agentes del enemigo, cuyos jefes, acusados de alta traición, habían llegado a Rusia atravesando Alemania en un vagón precintado. Pero los socialistas-revolucionarios de izquierda, que eran además unos aliados inapreciables porque representaban a los campesinos, preconizaban un gobierno de coalición, integrado por todos los partidos de concentración soviética, coalición en la que los girondinos, atraídos ya por la contrarrevolución, hubieran recibido algunas carteras. «No nos quedaba otro remedio —dice Trotski— que dejar que el partido socialista-revolucionario de izquierda trabajase para hacer volver, por medios persuasivos, a sus vecinos de la derecha hacia la revolución. Creímos que era para nosotros un deber el hacernos cargo, en nombre del partido, de todas las responsabilidades, mientras ellos se consagraban a esta tarea sin esperanza.»[3]

El II Congreso Panruso de los Soviets quedó clausurado en la mañana del día 27 de octubre, después de una sesión que había durado toda la noche. Aquel mismo día, al mismo tiempo que dirigía a todos los países beligerantes sus proposiciones de paz, el Consejo de Comisarios del Pueblo abolía, por decreto, la pena de muerte.

Los «junkers» se amotinan

La insurrección había vencido. Pero la situación podía parecer desesperada.

---

3 L. Trotski, *La revolución de octubre* (1918).

Los víveres que había en la ciudad sólo alcanzaban para algunos días. No funcionaba ninguna de las oficinas de administración. El nuevo gobierno no disponía ni de oficinas ni de empleados. Era indudable que a las delegaciones de los ejércitos, de los regimientos, de los Soviets provinciales y de los sindicatos llegaban a cada momento testimonios de la simpatía de las masas; pero también llegaban hasta Smolny como un chaparrón los telegramas amenazadores; los comités de los ejércitos, el Gran Cuartel General, las Dumas municipales, las administraciones provinciales, todos los cuerpos constituidos, en una palabra, todos los estados mayores, anunciaban a los «usurpadores», a los «traidores», a los «bandidos que desencadenaban la guerra civil», el rápido restablecimiento del orden y el castigo. Continuaban apareciendo los diarios de la burguesía, llenos de revelaciones sensacionales acerca de los entretelones tenebrosos de aquel golpe de fuerza, anunciando que se acercaban los regimientos del frente y la presencia de Kérenski, a la cabeza de dos cuerpos de ejército, a unos cuantos kilómetros de la capital. Se había constituido clandestinamente un nuevo gobierno provisional; los socialistas de la contrarrevolución, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios se disponían a tomar las armas. La agencia telegráfica central se negaba a trasmitir los telegramas que procedían de los comisarios del pueblo; el ejecutivo de los ferroviarios, netamente hostil al nuevo poder, saboteaba las comunicaciones. Las noticias que llegaban de Moscú eran confusas: batallas en las calles, negociaciones, toma del Kremlin por los blancos. Entre la burguesía, la clase media, la prensa y las colonias extranjeras, era opinión general que aquel desatino bolchevique duraría poco. Al principio sólo se le dio una duración de algunos días, luego de algunas semanas (más tarde, de algunos meses). La idea de que el proletariado fuese capaz de conservar el poder en sus manos parecía absurda.

En la Avenida Nevski, arteria central de la ciudad, se apretujaba una muchedumbre de gente bien vestida comentando las noticias, no recatándose de hablar del restablecimiento del orden y abucheando a veces a los guardias rojos.[4] Se cometieron algunos asesinatos aislados de obreros y de soldados. Los alumnos de las escuelas militares (*junkers*) acabaron ocupando la central de teléfonos. Los guardias rojos cercaban

---

4 «Renace en los medios aliados y burgueses de Petrogrado la esperanza de un aplastamiento rápido de los sublevados... Todos esperan ardorosamente el triunfo de Kérenski y de Sávinkov. Se espera que la represión que haga este sea implacable.» Carta de Jacques Sadoul a Albert Thomas, 27 de octubre (9 de noviembre de 1917).

el día 29, en el centro de la ciudad, el Palacio de los Ingenieros y la Escuela Militar, en la que se hallaban acuartelados los *junkers*. Algunos coches blindados se apostaron en las proximidades de aquellos edificios. Los cañones de campaña alargaron sus esbeltos perfiles sobre el pavimento. Se les intimó a rendirse en el plazo de diez minutos; pero los *junkers* contestaron con fuego de fusilaría. El primer obús que penetró en la Escuela Militar, abriendo una ancha brecha, bastó para quebrar su resistencia. Hubo algunos que intentaron huir defendiéndose; fueron acuchillados.

¿En favor de quién se batían aquellos hijos de la pequeña burguesía? Uno de los jefes militares del partido socialista-revolucionario escribía en aquel momento al general Krasnov, que avanzaba hacia Petrogrado: «Nuestras fuerzas se componen de doscientos a trescientos *junkers* y de cincuenta militantes provistos de granadas».[5] El partido socialista-revolucionario, que disponía exclusivamente de fuerzas ajenas al proletariado, calculaba facilitar desde el interior de la ciudad la ofensiva militar de Kérenski, de Krasnov y del Gran Cuartel General (la *Stavka)* de Mohilev.

La división cosaca avanza sobre Petrogrado

¿De qué fuerzas disponía en su cuartel de Gachina el jefe del gobierno provisional? ¿Qué fuerzas se le podían oponer? Las tropas de la guarnición, confiadas en el poder de la agitación, se mostraban poco dispuestas a combatir. Eran muchos los oficiales que se ocultaban. Casi todos los oficiales restantes eran hostiles. Lenin y Trotski acudieron a una reunión de oficiales convocada por el gobierno de la revolución, y no hubo al principio en ella nadie dispuesto a aceptar el mando supremo de las tropas rojas. Finalmente, el coronel Muraviev se ofreció insistentemente. Era un hombre de talento, muy activo, muy ambicioso. Siendo miembro del partido socialista-revolucionario había reprimido en algunas ocasiones «los manejos bolcheviques» en el ejército y había acabado por unirse a los socialistas-revolucionarios de izquierda. Se le dio el mando supremo; pero se le nombró un comité adjunto de cinco comisarios, encargado de vigilarlo, de destituirle si fuese necesario y de fusilarlo a la menor veleidad de traición. Dio pruebas de lealtad, de una energía devoradora, y se mostró buen organizador y buen soldado. Compartió con Trotski el mérito de la victoria de Púlkovo. (Al cabo de

5 «Actas del proceso a los socialistas-revolucionarios», Moscú, 1922.

algunos meses había de sobreponerse lo que había en él de aventurero: siendo comandante en jefe del ejército rojo en el frente checoslovaco, intentó pasarse al enemigo; al ser descubierto, se levantó la tapa de los sesos.) Le secundaron otros oficiales, que con frecuencia obraban bajo el impulso de su aversión al régimen de Kérenski; el odio que sentían por la democracia les impulsaba a desarrollar la política del mal mayor. Fueron útiles. Así fue cómo el coronel Walden asumió el mando de la artillería roja en las alturas de Púlkovo, en donde salvó a Petrogrado.

Fue preciso improvisarlo todo. El sabotaje había ganado a todos los servicios del ejército. Se procuraba ocultar la cartuchería, las granadas, las piezas de recambio del armamento; se careció de aparatos telefónicos y de las herramientas de ingeniería. Las guardias rojas obreras y las fábricas suplieron todo; tomaron todas las iniciativas, desde el abastecimiento de municiones para la artillería hasta la preparación de las trincheras.

Podvoiski acababa de relevar en el mando de la ciudad de Petrogrado a Antónov-Ovséyenko, que se encontraba agotado. He aquí cómo refiere la irrupción de Lenin en su despacho: «El Consejo de los Comisarios del Pueblo me ha designado, junto con Stalin y Trotski, para que le ayudemos». La verdad era que Lenin, no fiándose de nadie, quería seguir él *mismo* las operaciones. Se rodeó en seguida de algunos colaboradores, y «sin darse cuenta él mismo», se puso a dictar órdenes. Llegó un momento en que Podvoiski, nervioso, se revolvió contra aquella intromisión en sus asuntos y exigió que se le relevase del cargo. Lenin entonces estalló en toda clase de amenazas: «¿Qué? ¿Cómo es eso? ¡Lo haré juzgar a usted por un tribunal del partido! ¡Lo fusilaremos! Le ordeno a usted que continúe en su trabajo y que no me impida que yo haga el mío.» «Sólo al día siguiente —escribe Podvoiski—, en presencia de los hechos, comprendí todo el valor del trabajo de Lenin... y el secreto de su fuerza: en las horas de peligro, mientras nosotros nos agotábamos en esfuerzos desperdigados, Lenin llegaba al grado más alto de concentración de pensamiento, de fuerzas y de recursos.»[6]

Kérenski se había refugiado entre los cosacos del general Krasnov. Los cosacos representaban, en el antiguo ejército, el elemento reaccionario por excelencia; se procuraba cultivar con cuidado el espíritu de casta entre aquellos campesinos privilegiados de las apartadas regiones

6 Podvoiski, «La organización militar del partido», *Archivos Rojos,* núm. 8.

del sudeste. Krasnov, monárquico ambicioso, llamado a ser en la guerra civil uno de los prestigios de la contrarrevolución afirmó que les costaría poco trabajo darse cuenta de la anarquía que reinaba en Petrogrado. La sublevación preparada por los socialistas-revolucionarios ¿no había de allanarles el camino desde dentro de la propia capital? En estas condiciones, ocuparon Gachina y Tsarkoié-Seló, a menos de veinte kilómetros de Petrogrado. La artillería roja les infligió pérdidas muy severas desde la cumbre de las colinas (de trescientos a quinientos muertos, el 30 de octubre). Los cosacos, sorprendidos por aquella resistencia, desmoralizados por la propaganda de la agitación, rodeados de poblaciones obreras hostiles, retrocedieron en desorden. Los ferroviarios demostraron tan mala voluntad en prepararles un tren en el que debían invertir quince minutos, que tardaron horas enteras; los empleados de teléfonos se negaron a cursar los telegramas de Krasnov.[7] El final de aquella aventura del «jefe del gobierno provisional, comandante supremo de los ejércitos de la República», gran orador y mediano personaje, fue por demás lastimoso. El tribuno de la democracia tuvo, otra vez, justo el tiempo de escapar, en el instante en que Krasnov, subalterno suyo, se preparaba para entregarlo a los bolcheviques, «a fin de ver hasta dónde llegaba su valor».[8] Para terminar, los cosacos entregaron al mismo Krasnov y no opusieron resistencia alguna a la ocupación del palacio de Gachina por los rojos. La revolución cometió el error de mostrarse magnánima con el jefe de la división de cosacos. Debieron haberlo fusilado en el acto.[9] Al cabo de algunos días recobró la libertad, habiendo antes empeñado su palabra de honor de no volver a levantar armas contra la revolución. Pero ¿es que son válidos los compromisos de honor que se contraen con los enemigos de la patria y de la propiedad? Krasnov se dirigió a la región del Don, pasándola a sangre y fuego.

Socialismo de contrarrevolución

Nada más lamentable pudo en aquel momento ocurrir que el derrumbe moral de los dos grandes partidos de la democracia socialista. Los socialistas-revolucionarios, asistidos por el prestigio de su pasado, por

---

7 S. A. Piontkovski, *Crestomatía de la revolución de octubre.*

8 Declaraciones del general Krasnov, en el proceso.

9 De haber resultado vencedor Krasnov, no habría titubeado en fusilar a sus enemigos (o en ahorcarlos). Su llamamiento del 28 de noviembre anunciaba una represión implacable. Ya veremos más adelante cómo se condujo en el Don. En los comienzos de toda revolución suele corresponder la conducta más humanitaria a los más severos rigores. La magnanimidad se paga cara.

su influencia en las regiones agrícolas, entre los intelectuales, entre la clase media ilustrada y, no ha mucho todavía, entre minorías bastante numerosas de obreros, habían dispuesto de cuantas facilidades se pueden pedir para apoderarse del poder sin atentar siquiera contra la legalidad establecida y para gobernar con carácter socialista. El país les habría seguido. En el IV congreso del partido, la mayoría censuró al Comité Central por no haberlo hecho. Los jefes del partido socialista-revolucionario, que se hallaban dominados por el fetichismo de las formas democráticas, que temían más que nada a la anarquía de las masas y al Carnaval popular, que soñaban con una democracia parlamentaria, en la que habrían reinado con su noble elocuencia, habían preferido, antes que seguir este arduo camino, la colaboración con la burguesía liberal. Los socialistas-revolucionarios habían ejercido sobre el gobierno de Kérenski una influencia decisiva. Kérenski mismo pertenecía a su partido, lo mismo que su ministro de agricultura, Víctor Chernov, teorizador verboso del socialismo popular, autor del programa de reforma agraria, cuya aplicación fue demorando él mismo constantemente. Dentro de los Soviets se hallaban en mayoría los socialistas-revolucionarios, apoyados por los mencheviques. Disponían de mayoría en la Duma municipal de Moscú y detentaban casi la mitad de los mandatos en la de Petrogrado. Su líder, Avkséntiev, presidía el consejo legislativo provisional de la república. Parecían disponer también de fuerzas armadas, de hombres de acción. ¿No había hecho temblar su Comité Central en otro tiempo al Antiguo Régimen, desencadenando a voluntad oleadas de atentados terroristas, ofrendando a la revolución centenares de héroes y de mártires?

También los mencheviques, que formaban la minoría del partido obrero socialdemócrata ruso, en pugna desde hacía veinte años con los bolcheviques, con los que sostenía batallas parciales, que no eran, en realidad, otra cosa que las batallas de la intransigencia revolucionaria con el oportunismo socialista, con influencia en los centros industriales, entre los intelectuales, en las cooperativas, en la dirección de los sindicatos, en los medios gubernamentales de ayer, a los que habían dado hombres de Estado tan notables por sus cualidades personales como por sus antecedentes revolucionarios, un Cheidzé, un Tsereteli, teorizadores y agitadores tan notables como el gran fundador de la socialdemocracia rusa, Plejánov, I. Mártov, Dan, Abramóvich, los mencheviques también, con análogos titubeos, se pronunciaban por la

colaboración de las clases sociales, por la democracia y por la Asamblea Constituyente, contra la «anarquía», el «socialismo prematuro», el «histerismo bolchevique» y... «la guerra civil» [*sic*].

Estos dos partidos socialistas tomaban el día 26 de octubre en la Duma municipal de Petrogrado la iniciativa de constituir un Comité de Salvación de la Patria y de la Revolución, en el que admitieron a tres cadetes, como representantes de la alta burguesía (M. Nabokov, la condesa Panina y un desconocido). La organización militar de los socialistas-revolucionarios se encargó de la sublevación de las escuelas militares. Gotz[10] designó como jefe del movimiento a un coronel; Avkséntiev firmó la orden, dirigida a las escuelas militares, de tomar las armas y de actuar. El órgano oficial del partido, el *Dielo Narodna (La Causa del Pueblo*) anunció la presencia del «presidente del Comité Central del partido, presidente honorario del Soviet Panruso de campesinos, V. M. Chernov, al frente de las tropas del general Krasnov». Cuando los *junkers* fueron desarmados, el Comité de Salvación Pública, el Comité Central del partido socialista-revolucionario y los dos firmantes de la orden de combatir, Avkséntiev y un menchevique, «desautorizaron» por unanimidad —por temor a las consecuencias y para tener ocasión de volver a empezar— el golpe de fuerza urdido por ellos y que varios centenares de jóvenes habían pagado con su sangre.[11] La proclama del Comité de Salvación Pública, repartida el día 27 de octubre, decía, sin quitar punto ni coma:

> ¡Resistid con las armas en la mano a la aventura insensata del CMR bolchevique! Hacemos un llamamiento a todas las tropas fieles a la revolución para que se reúnan con las de la Escuela Militar Nicolás y para que se agrupen alrededor del Comité de Salvación Pública.

Ni una sola unidad del Ejército respondió a este llamamiento.

---

10 A. R. Gotz fue uno de los jefes y fundadores del partido socialista-revolucionario; tomó parte el año 1906-1907 en sus actividades terroristas. Fue perseguido bajo el Antiguo Régimen. Desterrado a Siberia. Fue uno de los inspiradores del régimen Kérenski, primero, y luego de la resistencia armada a los Soviets. Condenado a muerte en el proceso de los socialistas-revolucionarios (Moscú, 1922). Avkséntiev, uno de los representantes más destacados del mismo partido, que fue, andando el tiempo, miembro del Directorio siberiano, depuesto por Koltchack. Emigrado.

11 «Me indigné. Aquello equivalía a una odiosa apostasía. Gotz había tomado parte en la preparación de la insurrección. Avkséntiev había firmado...» Declaración de Rakitin-Brown, que se leyó en el proceso de los socialistas-revolucionarios de Moscú en junio de 1922. La requisitoria contra los socialistas-revolucionarios redactada por Krilenko, documento muy divulgado en su tiempo, contiene documentos aplastantes acerca de estos hechos.

Después de esta deshonrosa aventura, la conspiración girondina contra la revolución actuó de una manera permanente. El papel principal correspondió en ella a los socialistas-revolucionarios, gente más activa que los mencheviques y más acostumbrada que éstos a vivir fuera de la ley.

No es que aquellos elementos socialdemócratas tuviesen una mentalidad menos marcadamente contrarrevolucionaria que los socialistas-revolucionarios. Véase cómo se expresaban en el momento mismo en que se estaba librando la batalla: «En estas graves horas por las que atraviesa Petrogrado y el mundo entero, recibe la revolución un golpe terrible, y no es el general Kornílov quien se lo asesta por la espalda, sino que lo recibe en medio del pecho, y quienes se lo dan son Lenin y Trotski». La conclusión era ésta: Obreros: uníos, «para evitar la guerra civil» (!) al Comité de Salvación Pública; es decir, a la reacción. El 3 de noviembre, nueve días después de la revolución, se reunió en Petrogrado una conferencia del partido menchevique. En ella se manifestaron dos puntos de vista contradictorios, que Abramóvich resume de esta manera: «La minoría sostiene que es necesario oponer a la fuerza de los bolcheviques otra fuerza: la de las bayonetas; la mayoría afirma que los bolcheviques cuentan con la simpatía de las masas del proletariado y del ejército, que se trata de una insurrección de los desheredados, y que el reprimirla equivaldría a empujar a los soldados a la más negra reacción y al antisemitismo, desencadenando las fuerzas de la derecha [...] Se impone, pues, que evitemos la guerra civil por medio de la conciliación.» «Durante los primeros días —dice Dan— abrigamos la esperanza de que el complot bolchevique podría ser liquidado por la fuerza de las armas...» (Textual.) *«Como esto no ha sido posible* —termina diciendo Dan—, nos colocamos de aquí en adelante en el punto de vista de la conciliación». ¡Estos fusiladores fracasados del proletariado se oponían a la guerra civil cuando veían que no podían vencer! La política que preconizaba Dan consistía en dividir a los bolcheviques, en llevar a los «bolcheviques razonables» a una amplia conjunción democrática, en aislar a los demás y, como coronamiento, en aplastar «a la soldadesca que se agrupa en torno a Lenin y Trotski». Vale la pena citar el razonamiento de un tal Weinstein como un modelo de la casuística del socialismo puesto al servicio de la reacción: «Si la democracia no reprime el bolchevismo, aunque sea recurriendo a la fuerza de las armas, otros lo harán en su lugar».[12] Al llegar el momento de la votación, triunfó la tendencia irreconciliable, la de la lucha implacable contra el bolchevismo.

12 *Rabochaia Gazeta* (Gaceta Obrera), órgano oficial del Partido Obrero Socialdemócrata ruso del 5 (18) de noviembre de 1917, citado por Ilia Vardin («Los mencheviques después de la revolución

Los hombres que así se expresan no son los que forman la derecha del partido. Los representantes de la derecha de la socialdemocracia son los que propugnan la defensa nacional, que tienen como órgano la publicación *Edinstvo* (La Unidad) y por líder al anciano gran hombre, al Guesde ruso, Gueorgui Valentínovich Plejánov. Este, que se hallaba enfermo en su lecho, recibía el día 17 la visita de Jacques Sadoul y le decía, hablándole de los bolcheviques: «No debemos contentamos con tener a raya a esta gentuza, sino que hay que aplastarla, hay que ahogarla en sangre. Sólo así conseguiremos salvar a Rusia.» Sadoul escribió a Albert Thomas: «Plejánov se halla convencido de la inminencia del conflicto y lo desea ardorosamente hasta el punto de que él, cuyos escrúpulos democráticos ya conoce usted, me ha dado a entender que si el movimiento no se produce espontáneamente, habría que provocarlo». A sus ojos, las «bandas bolcheviques» son «una mezcolanza horrible de idealistas utópicos, de imbéciles, de traidores y de provocadores anarquistas».[13] La caída del viejo Plejánov era profunda. Insondable. Pero, por lo menos, sacaba con una lógica implacable todas las consecuencias de su actitud de socialista de la defensa nacional.

El órgano de Maxim Gorki, *Novaia Zhizn* (Vida Nueva), que adoptaba en aquel entonces una actitud de neutralidad, define en estos términos la política de los «demócratas moderados» (trátase, sobre todo, de la de los socialistas): sus organizaciones «invitan a todos los ciudadanos a negar obediencia a los bolcheviques, a resistir de una manera activa a la sublevación, a echar mano del sabotaje y de la desorganización del avituallamiento. Su santo y seña es: "Todos los medios son buenos contra los bolcheviques"».[14]

El sabotaje

«¡Todos los medios son buenos!»

No era hablar por hablar. La democracia contrarrevolucionaria recurría en gran escala a un arma implacable, contraria además a los usos de la guerra: al sabotaje sistemático de todas las empresas de interés

---

de octubre»), en *Cinco años.* Abrámovich y Dan, ya emigrados, continúan representando a la socialdemocracia rusa en el Ejecutivo de la Internacional Socialista.

13 Jacques Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique,* carta del 18 de octubre, p. 47. No ignoramos que, al cabo de años de silencio, ha desmentido parcialmente la señora Plejánov a Sadoul. Pero las notas de nuestro camarada, además de ofrecer garantías innegables de sinceridad y de veracidad, concuerdan, por desgracia para la memoria de Plejánov, en este punto, con hechos y con textos.

14 *Novaia Zhizn*, número del 28 de octubre de 1917, citado por A. Anichev en su *Ensayo de historia de la guerra civil* (1925).

general (avituallamiento, servicios públicos, etc.). Desde sus comienzos rompía la guerra de clases en los moldes convencionales de las reglas de la guerra.

Cuando los rojos, victoriosos, penetran en los edificios de la Duma municipal de Moscú, no encuentran en ella sino restos destrozados. Los legajos han servido para taponar las ventanas. Los armarios y los cajones están vacíos. Las máquinas de escribir, inutilizadas. Los empleados de la municipalidad —16.000 hombres— se han declarado en huelga. Esta huelga contra la revolución obrera se mantendrá por espacio *de cuatro meses* en una ciudad que, ya en vísperas de la insurrección, se encontraba amenazada por el hambre y las epidemias. «En estas condiciones, la tarea de volver a hacer entrar en funciones las distintas administraciones de la ciudad presentaba dificultades inauditas. Por una parte, la huelga de todos los empleados —sin excepción—, de los médicos, maestros, ingenieros, el boicot de los empleos, el sabotaje practicado por los funcionarios nuevos, y por otra parte, la necesidad de pagar a los obreros sus salarios normales (las administraciones civiles y militares ocupaban, en Moscú, a más de 200.000 obreros), la necesidad de alimentar a decenas de millares de refugiados y de proveer a cualquier precio el mantenimiento de los servicios de aguas, desagües, tranvías, mataderos, gas y electricidad, he aquí el problema frente al cual se encontraron los trabajadores y los militantes del partido, muy poco experimentados en estas materias, sin poder contar para resolverlo más que con sus propios medios.»[15] El papel y la influencia que ejercieron en esta huelga los socialistas de la contrarrevolución quedaron puestos de relieve al participar en la huelga ciertos grupos de obreros cualificados.

Análoga situación había en Petrogrado. Examinemos de cerca las consecuencias del sabotaje en las grandes administraciones del Estado. Todos los funcionarios y empleados, sin excepción, de la sección agrícola del ministerio de abastecimientos se declaran en huelga y... se llevan los expedientes de los asuntos en curso. La sección de avituallamiento del Soviet —compuesta por un puñado de militantes— fue a ocupar un vasto inmueble que estaba desierto. Allí se carecía de todo. «Kalinin y yo encontramos —escribe un camarada— algunos terrones de azúcar en el fondo de un cajón. Preparamos té...» El ministerio de abastecimientos «fue tomado por Schlichter, al que acompañaba una sección de guardias rojos. No había quedado en él casi nadie.»

15 Aniutkin, en *Las jornadas de octubre en Moscú* (ed. 1920).

En el Banco del Estado empezó la huelga más tarde, el 14 de noviembre. Un militante escribe a este respecto: «Me encontré en un inmueble desierto. Obolenski, Piatakov y Smirnov, reunidos en un despacho, se preguntaban cómo se las arreglarían para obtener algún dinero con destino al Consejo de Comisarios del Pueblo, que carecía hasta de papel y tinta; entablaron negociaciones con el personal subalterno. Un solo funcionario había quedado en su puesto...» Los bolcheviques, después de llenar múltiples formalidades, se hicieron entregar cinco millones de rublos: V. D. Bonch-Bruyévich dispuso de aquel tesoro con parsimonia…[16] En ciertos bancos se hallaban los empleados dispuestos a trabajar; pero, temiendo que más adelante les pedirían cuentas por aquella complacencia, pedían que se les obligase a ello, instalando en los locales destacamentos de guardias rojos. Los funcionarios de la tesorería permanecieron en funciones, para velar sobre los fondos que tenían en custodia.

Trotski no encontró a nadie en el ministerio de asuntos extranjeros. Cierto príncipe Tatischeff, al que se arrestó, acabó consintiendo en abrirle los archivos. El comisariado de asuntos extranjeros funcionaba en Smolny, sin ninguna clase de instalaciones ni de personal. Por lo demás, Trotski, que en aquellos momentos se encontraba absorbido por sus obligaciones militares, se hacía de la política extranjera una idea muy sumaria: «Si me he hecho cargo de este trabajo —decía— ha sido con la idea de poder consagrar más tiempo al partido. La misión que tengo es muy limitada: publicar los tratados secretos y clausurar la tienda».[17] Habían desaparecido diversos documentos.

En el ministerio de justicia habían quedado en su puesto 12 ordenanzas y un funcionario.

Abreviemos esta enumeración. El espectáculo era idéntico en todos los ministerios, en todas las administraciones, en todos los bancos; también en todos ellos habían desaparecido los fondos y los legajos más importantes.

Funcionaba un gobierno clandestino, presidido por M. Prokovich, que había asumido oficialmente la sucesión de Kérenski, considerado como «dimitido». Este ministerio clandestino dirigía la huelga de funcionarios, de acuerdo con un comité de huelga. Las grandes firmas

16 Bogdánov, «Recuerdos», *Revolución Proletaria*, número 10, 1922.

17 Ibídem.

industriales, comerciales y bancarias (por ejemplo, el Banco Agrícola de Tula, el Banco Popular de Moscú, el Banco del Cáucaso) continuaban pagando el sueldo a sus funcionarios en huelga. El antiguo Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets (mencheviques y socialistas-revolucionarios) destinaba al mismo objeto sus fondos, hurtados a la clase obrera.

La iniciativa de las masas

«La organización proletaria tiene que hacer prodigios.» Esta frase de Lenin[18] encerraba la salvación. Sólo la iniciativa de masas, numerosa y enérgica, podía luchar con esta resistencia múltiple de clases enteras. La política del partido y del poder durante este periodo consiste en despertar, estimular, guiar, en ocasiones, y más frecuentemente en sancionar la iniciativa de las masas. Un decreto prescribe a los Comisarios del Pueblo que trabajen «en estrecho contacto con las organizaciones de las masas de obreros, obreras, marinos, soldados y empleados». El decreto del 28 de octubre (10 de noviembre) deja a las municipalidades la tarea de proveer el avituallamiento local. Un decreto dictado el mismo día las invita a resolver la crisis de alojamiento por los medios que estén a su alcance, concediéndoles el derecho de requisa, secuestro y confiscación de inmuebles. Este decreto es característico: ordena a los demás la iniciativa y la toma también él mismo, en una materia de la mayor importancia, ya que se trata de un grave ataque a la propiedad privada. El decreto del 14 de noviembre invita a los obreros a que controlen ellos mismos, por el órgano de sus respectivos comités, la producción, los negocios y la situación financiera de las empresas. Sabemos ya que el decreto sobre las tierras reservaba a los Soviets de campesinos la mayor parte de aquella iniciativa.

No existiendo gobierno central, la iniciativa de las masas tenía que suplir todo. El Consejo de Comisarios del Pueblo era una elevadísima autoridad... moral. «Sus primeras sesiones —escribe Shliápnikov— tuvieron lugar en el pequeño despacho de Lenin, situado en el segundo piso del Instituto Smolny. Su personal era al principio muy limitado: un jefe de servicios, V. Bonch-Bruyévich y un par de colaboradores. Creo que ni siquiera se levantó acta de las primeras sesiones.» Estas eran muy largas. Había que dar solución inmediata a un gran número de problemas prácticos. Se discutía acerca de estos con las delegaciones obreras. El Consejo decidió que los comisarios del pueblo recibirían

18 Escrita en marzo de 1917, en un sentido bien concreto.

un sueldo igual al salario medio de un obrero cualificado (500 rublos por mes), además de un suplemento de cien rublos mensuales por cada miembro de sus familias que no estuviese en edad de trabajar. Lenin, a la cabeza de este gobierno revolucionario, se esforzaba por hacer sentir su autoridad, exigiendo el cumplimiento estricto de ciertas formalidades, sujetándose a ellas, inculcando de esta manera a cuantos le rodeaban, la sensación del poder, la confianza y el respeto hacia una autoridad que él creaba con esa misma actitud e irradiándola, por medio de estos, mucho más allá.[19] No estará de más que relatemos aquí algunos ejemplos de la iniciativa de las masas. El sindicato de metalúrgicos, cuyo secretario, Shliápnikov, acababa de ser nombrado Comisario Popular del Trabajo, proveyó a este ministerio de los primeros elementos para formar la plantilla del personal. El Comité Central del sindicato de gentes de mar y de marineros se encargó de organizar la nueva administración de los puertos. Hubo muchas administraciones y empresas en las que el personal subalterno pasó de golpe a dirigirlas, debido a la falta del personal superior. Y aceptó valerosamente.

Los tribunales habían desaparecido, excepto algunos que tuvo que disolver la guardia roja. Un destacamento de soldados procedió a disolver el antiguo «senado gubernamental, formado por juristas eminentes». Los jueces de paz, que gozaban del favor popular, permanecieron en funciones. Continuamente eran conducidos a Smolny individuos que habían sido arrestados, funcionarios, oficiales, desvalijadores, ladrones. Una comisión de investigaciones judiciales, que en resumidas cuentas se reducía a un miembro, militante abrumado de trabajo, ocupaba en uno de los pisos superiores de Smolny una habitación, en la que había almacenadas gran cantidad de pieles de carnero, y que tenía por todo mobiliario una mesa y dos o tres sillas. Esa comisión procedía a realizar interrogatorios muy breves, y resolvía que los acusados fuesen encerrados en los sótanos del antiguo edificio en que se educaban las jóvenes nobles. En los barrios obreros, fueron los mismos trabajadores quienes procedieron a crear sus tribunales. «El primero de estos tribunales fue el que se creó en el barrio de Víborg. El público participaba en las deliberaciones, y se tomaba de entre ese mismo público el acusador y el defensor. La misma concurrencia era la que dictaba el veredicto. Este tribunal, compuesto en mayoría por obreros, funcionó bastante bien...»[20]

---

19 Véase L. Trotski, *Sobre Lenin,* cap. V, «El poder gubernamental».

20 «Recuerdos», de Kozlovski y Bonch Bruyévich, *Revolución proletaria,* 1922.

De la comisión de investigaciones, a la que nos acabamos de referir, nació, en Smolny, un tribunal análogo, que se preocupó sobre todo de combatir el bandolerismo. Los malhechores detenidos eran interrogados y juzgados sin formalidad alguna por las personas que se hallaban presentes en la habitación 75. «Nos trajeron un día —refiere Bonch-Bruyévich— una banda de monederos falsos que se negaba a confesar. Sin embargo, al sentir clavada en ellos la mirada de cuarenta pares de ojos, y al verse acosados a preguntas por los obreros, acabaron aquellos hombres por ceder. Uno de ellos cayó de rodillas, gritando: "¡No puedo más, no tengo más remedio que contar toda la verdad..." No supimos qué hacer con aquellos individuos, porque la fortaleza de Pedro y Pablo estaba abarrotada.» Fue llevado también a este tribunal un loco furioso que había apuñalado a 22 personas en una de las calles centrales de la ciudad... De esta manera se planteaba inmediatamente el problema de la criminalidad, herencia del antiguo régimen. En las cárceles los presos de derecho común celebraban reuniones, redactaban peticiones y demandaban que se les permitiese iniciar una existencia nueva; se dio libertad a casi todos ellos. No pasó mucho tiempo sin que muchos volvieran a la cárcel. Hasta más adelante no se procedió a organizar los tribunales permanentes: estos quedaron formados por delegados del Soviet de Petrogrado, asesorados, cada uno de ellos, por dos obreros entresacados de las listas de los comités de fábrica.

El alcohol

Hubo un momento en que la contrarrevolución pudo creer que había descubierto el arma más mortífera: el alcoholismo. El abominable propósito de ahogar la revolución en vino antes de ahogarla en sangre, de transformarla en una algarada de muchedumbres ebrias, propósito concebido en la sombra, empezó a tener un serio principio de ejecución. Existían en Petrogrado bodegas de vino bien provistas, almacenes preciosos de los más finos licores. Surgió —o para hablar con más exactitud—, fue lanzada entre la multitud la idea de saquearlos. Bandas de hombres, que muy pronto lo fueron de locos furiosos, se precipitaron sobre las bodegas de los palacios, de los restaurantes y de los hoteles. Fue aquel un contagio de locura. Hubo necesidad de formar destacamentos seleccionados de guardias rojos, marinos y revolucionarios para hacer frente por todos los medios al peligro. Las gentes iban a surtirse de vino por los propios respiraderos de las bodegas, inundadas con el contenido de centenares de barriles desfondados; se colocaron ametralladoras

para impedir el acceso. Pero más de una vez, a los encargados de las ametralladoras se les subió el vino a la cabeza. Hubo que proceder apresuradamente al saqueo de las provisiones de vinos añejos, a fin de que el veneno se fuese rápidamente por las alcantarillas. Antónov-Ovséyenko escribe a este propósito: «Donde mayor gravedad adquirió el problema fue en las bodegas del Palacio de Invierno. El regimiento de Preobrajenski, encargado de su custodia, se emborrachó, y no sirvió ya para nada. El regimiento de Pavlovski, que era nuestra base revolucionaria, tampoco resistió. Se enviaron destacamentos de hombres escogidos de diferentes regimientos: se embriagaron. Tampoco resistieron los propios Comités. Se ordenó a los automóviles blindados que dispersasen la muchedumbre; pero muy pronto empezaron también a titubear sus servidores. Al caer la tarde, aquello era una bacanal. "Bebamos lo que queda de los Románov", gritaban alegremente algunos entre la multitud. Se logró finalmente restablecer el orden gracias a los marinos llegados de Helsinki, hombres de carácter férreo, que habían jurado matarse antes que beber. En el barrio de Vasili-Ostrov, el regimiento de Finlandia, dirigido por los elementos anarcosindicalistas, resolvió fusilar en el acto a los saqueadores y volar las bodegas de vino.»[21] Estos libertarios no se paraban en barras. ¡Y ello fue una verdadera suerte!

Estos excesos *habían sido premeditados.* ¡Todos los medios son buenos! Se produjeron de una manera parecida en todo el resto del país, y muchas veces se dejó ver en ellos la mano del enemigo. Por ejemplo, uno de los combatientes de la revolución de octubre en el frente de Rumania, hace el relato siguiente:

> De repente aparecieron en el frente cantidades enormes de alcohol. Llegaban en vagones-tanque que tenían el rótulo de *petróleo o gasolina.* Las tropas, agotadas por las privaciones, lo averiguaban inmediatamente... —¿cómo?; eso es un secreto que se han guardado los expedidores de aquel veneno— y se arrojaban, batallones y regimientos enteros, sobre aquel tesoro; en ocasiones llegaban incluso a defender sus vagones-tanque a bayonetazos y con ametralladoras. Yo lo he visto en Minsk y, mucho más atrás, en Orcha... En esta última localidad recibimos una primera expedición de 17 vagones de alcohol, enviados desde Smolensk —no logramos averiguar quién había sido—, hacia el 15 de noviembre... Algunos días después llegó un segundo envío de 22 vagones que llevaban la etiqueta de *avena, arenques, madera,* y que contenían cascos de vino. Habíamos devuelto al punto de origen la primera expedición, saqueada por los soldados durante el trayecto, no sin que mascullasen ciertas amenazas contra

21 Antónov-Ovséyenko, *Notas acerca de la guerra civil*, t. I.

> nosotros... Hasta hubo algunos miembros del Comité revolucionario que sucumbieron a la tentación de beber... Nosotros formamos un destacamento de siete hombres absolutamente leales, bien armados, que trabajaron sin descanso desde las diez de la noche hasta las once de la mañana, desfondando, en un lugar apartado, los cascos de roble de la segunda expedición.[22]

La crisis del poder

Entre los bolcheviques y los partidos de la «democracia socialista» se llevaban a cabo negociaciones en el mismo momento de la insurrección en Petrogrado, y mientras proseguía la batalla en las calles de Moscú. Los socialistas-revolucionarios de izquierda preconizaban con insistencia la formación de un gobierno de amplia coalición socialista; esta solución, como vamos a verlo, parecía también la mejor a los militantes de mayor influencia en el partido bolchevique. Se abren las negociaciones por iniciativa del *Vikgel* (abreviatura con la que se designaba al Comité Ejecutivo Panruso del sindicato de ferroviarios), en el que tenían mayoría los mencheviques y los socialistas-revolucionarios (de derecha). El *Vikgel* es una potencia, un Estado dentro del Estado. El 26 de octubre, en el momento mismo en que el Consejo de Comisarios del Pueblo no dispone todavía de ningún mecanismo de gobierno, el *Vikgel* es obedecido en toda la red de ferrocarriles. Puede suspender, a voluntad, el transporte de municiones y de tropas; y no lo disimula. «Enemigo resuelto de la guerra civil», se opone, con fingida imparcialidad, lo mismo al transporte de tropas rojas que de tropas blancas. Las negociaciones se llevan adelante en la Duma municipal de Petrogrado, que es también un foco de resistencia del Comité de Salvación Pública. A decir verdad, en ningún momento tomó Lenin en serio las negociaciones (y en esto le acompaña firmemente la mayoría del Comité Central del partido): su finalidad era entretener al adversario.

Al principio, mientras permaneció indeciso el desenlace de la batalla de Moscú, el *Vikgel* —y las organizaciones democráticas que se agrupaban a su alrededor— pusieron condiciones draconianas: 1) que todas las tropas se pusiesen a las órdenes de la Duma municipal; 2) desarme de los obreros y que las fuerzas de Kérenski entrasen en la ciudad; 3) que fuesen puestos en libertad todos los detenidos; 4) disolución del Comité Revolucionario Militar. Esto equivalía a la rendición incondicional. Las victorias de Púlkovo y de Moscú hicieron que el *Vikgel* se

---

22 I. Dimitriev, «Octubre en el frente rumano», *Revolución proletaria,* 1922.

mostrase menos exigente. Riazanov,[23] que era partidario de llegar a un arreglo, expuso al Ejecutivo Panruso de los Soviets (el *Vtsik*) las nuevas condiciones de la democracia socialista. Se formaría un ministerio socialista, en el que se reservaría a los bolcheviques la mitad de las carteras, especialmente las de interior, trabajo y asuntos exteriores (exigíase, por lo demás, que ni Lenin ni Trotski formasen parte del mismo, lo que respondía perfectamente a los propósitos de los mencheviques), y que este ministerio fuese responsable ante un Consejo de la Nación que se constituiría con ciento cincuenta miembros del Ejecutivo Panruso de los Soviets, setenta y cinco delegados de los Soviets de campesinos, ochenta delegados del ejército y la armada, cuarenta delegados de los sindicatos y setenta miembros socialistas de la Duma municipal. Se prometía a los bolcheviques una mayoría de 60 % en el consejo. Acceder a este proyecto habría sido una abdicación velada, por parte de los bolcheviques. Tener una mayoría insuficiente en una asamblea casi parlamentaria se traduciría en una política de indecisiones; la fuerza de la minoría socialista de oposición y su representación en el poder habrían traído como consecuencia el sabotaje de todas las medidas revolucionarias; al sufrir una decepción las masas, los bolcheviques quedarían debilitados, mientras que la burguesía y las clases medias superiores habrían adquirido plena conciencia del peligro. La mayoría del Comité Central del partido bolchevique, fiando fundadamente en el apoyo sin reservas de las masas del partido y del proletariado, rechazó este proyecto.

Se produjo poco después una crisis en el Comité Central del partido y en el Consejo de los Comisarios del Pueblo. Citaremos a este propósito el *Boletín del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso* (bolchevique), número 7, del 5 de noviembre de 1917: «El *Vtsik* adopta por treinta y cuatro votos contra veinticuatro la propuesta de Lenin y Trotski relativa a la prensa. Los comisarios del pueblo Noguín, Rikov, Miliutin, Teodorovich, Riazanov, Derbichev dimiten. Dirigen al *Vtsik* y al Consejo de Comisarios del Pueblo la siguiente declaración: "Creemos en la necesidad de formar un gobierno socialista de todos los partidos soviéticos. Sólo un gobierno así sería capaz de dar estabilidad a los resultados de las luchas heroicas de la clase obrera y del ejército revolucionario durante las jornadas de octubre-noviembre; opinamos que un gobierno exclusivamente bolchevique sólo podría subsistir recurriendo a los métodos políticos del terror. El Consejo de Comisarios

23 El historiador marxista Riazanov, que dirige en la actualidad el Instituto Marx-Engels, en Moscú.

del Pueblo se lanza por ese camino y nosotros no podemos seguirle...” Shliápnikov comparte esta opinión, pero no cree que deba abandonar su puesto. Kámenev, Rikov, Miliutin, Zinóviev y Noguín han dejado de formar parte del Comité Central del partido bolchevique.» Derbichev y Riazanov no pertenecían al Consejo de Comisarios del Pueblo. Cité el documento ruso sin rectificar esta inexactitud.

La actitud de la mayoría del Comité Central se halla concretada en dos documentos. El primero es una comunicación de la mayoría a la minoría, y lleva la fecha del 3 de noviembre. «La política actual de nuestro partido se halla definida por la moción presentada por el camarada Lenin y adoptada ayer, 2 de noviembre, por el Comité Central. Esta moción considera como un acto de traición a la causa del proletariado toda tentativa para conducir a nuestro partido a esquivar el poder que le ha sido confiado, sobre la base de nuestro programa, por el Congreso Panruso de los Soviets, que actuaba en nombre de millares de obreros, soldados y campesinos.» Se pone a la minoría en el dilema de someterse o de salir del partido. «Sería en extremo deplorable una escisión, pero es infinitamente preferible una escisión honrada y a cara descubierta que el sabotaje ejercido desde el interior (del partido), la no aplicación de nuestras propias decisiones, la desorganización y la falta de energía... Ni un minuto hemos dudado de que si sometemos nuestra diferencia a la resolución de las masas, los obreros, soldados y campesinos revolucionarios apoyarán sin reservas, abnegadamente, nuestra política, quedando la oposición de los vacilantes condenada, en breve plazo, al aislamiento y a la impotencia.» Firman este texto N. Lenin, L. Trotski, I. Stalin, I. Sverdlov, M. Uritski, F. Dzerjinski, A. Joffé, A. Búbnov, V. Sukhanov y M. Muranov.

Por grave que fuese la crisis, quedó circunscrita a los dirigentes del partido y fue de corta duración. Sólo incidentalmente aludió a ella Lenin, en el Ejecutivo Panruso de los Soviets, con una frase desdeñosa acerca de «la separación de algunos intelectuales». Y agregó: «El poder quedará en manos de aquellos que tengan fe en el pueblo, de los que se arrojen al crisol de la creación popular viva...»

El *Pravda* del 7 de noviembre publicó un llamamiento a las masas, cuyos pasajes esenciales damos a continuación: «Para sonrojo de los hombres de poca fe, de los vacilantes, de los que dudan, de los que se han dejado intimidar por la burguesía o por los clamores de sus cómplices, directos o no, no hay en las masas ni rastro de titubeos...»

Se aplicaba a los dimitidos el duro calificativo de desertores. El *Pravda* del mismo día o del día siguiente publicaba una «Carta a los camaradas», firmada por G. Zinóviev. Su autor hacía constar en ella que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios habían rechazado las condiciones de los Soviets; ante la nueva situación creada por este hecho, retiraba su dimisión de miembro del Comité Central y exhortaba a sus camaradas de oposición a que le imitasen. «Tenemos el derecho y el deber de prevenir al partido cuando yerra —escribía—. Pero no nos separamos del partido. Preferimos equivocarnos en compañía de millones de obreros y de soldados y morir con ellos, antes que apartarnos de su lado en esta hora decisiva de la historia... No habrá escisión en nuestro partido; no puede haberla.» No conocemos en la historia del movimiento obrero otro caso de una crisis tan grave y que se haya resuelto de una manera tan sencilla y tan lógica. Una vez más se pusieron aquí de manifiesto las grandes cualidades del partido bolchevique, su hábito de pensar colectivamente, su disciplina, su solidez moral, su costumbre de llegar al fondo mismo de las cuestiones, la insignificancia del factor amor propio en los militantes, su profundo apego a la clase obrera y a la organización. El patriotismo británico se manifiesta adecuadamente en la elocuente frase: *Right or wrong my country!* (¡Con razón o sin ella, es mi país!) La mentalidad bolchevique comprende un patriotismo análogo, de clase y de partido, y ello constituye una cualidad inapreciable en la guerra de clases: es preferible equivocarse con el partido del proletariado que tener razón contra él. Hay en ello una profunda sabiduría revolucionaria.

Los protagonistas de la gran coalición socialista temían que el partido bolchevique —al que tenían el hábito de representárselo mentalmente como a una minoría, la más consciente, de la clase obrera— se encontrase, una vez en el poder, aislado de las mismas clases obreras y campesinas. No valoraban en toda su amplitud la influencia inmensa que había adquirido el partido desde las jornadas de julio y la fuerza que era capaz de comunicarle una política conforme a los intereses vitales de todos los trabajadores. Temían que surgiese la guerra civil «en el seno» de la democracia socialista, y no se puede negar que semejante temor era, en ellos, legítimo en aquel momento: todavía no había sido puesto al descubierto el carácter contrarrevolucionario del oportunismo socialista, como andando el tiempo se había de revelar, hasta con exceso, en la misma Rusia y en Alemania. Era de esperar —aunque en esta esperanza entrase un buen porcentaje de ilusión— que los partidos socialistas vacilarían antes de alinearse del lado de la contrarrevolución, antes de mandar hacer fuego «contra el populacho amotinado» proletario, antes

de empuñar las armas contra los verdaderos socialistas. Al concebir esa esperanza, se subestimaba la corrupción democrática de estos partidos, la influencia que sobre ellos había llegado a ejercer la burguesía, el espíritu reaccionario de sus jefes, la mentalidad y los intereses inmediatos de las clases medias inferiores, de los que antes que nada eran sus representantes. Error manifiesto, después de la experiencia edificante proporcionada por el socialismo de defensa nacional, ese socialismo que colaboraba con los estados mayores a uno y otro lado de las líneas de fuego. El socialismo de contrarrevolución, por su parte, familiarizado con el poder, percibía ya desde entonces con claridad su misión: se negó a pactar con los amotinados bolcheviques, porque pensaba, como luego se vio, aplicar una buena sangría como remedio. Su intransigencia supuso para la revolución una gran ayuda: además de servir para abrir rápidamente los ojos de los pocos bolcheviques que estaban todavía obsesionados por la ilusión de la democracia, deslindó inmediatamente los campos y circunscribió a ciertos límites el sabotaje de la revolución. Esta se salvó del sabotaje *desde adentro,* no tuvo enemigos en sus consejos supremos; no pudo albergarse la traición entre sus jefes. El proletariado húngaro vivió durante 1919 la experiencia contraria. El partido comunista húngaro se fusionó, algunos días antes de subir al poder, con el partido socialdemócrata. Los socialistas, fresco todavía su disfraz de comunistas, ocuparon, mientras duró la dictadura del proletariado en Hungría, los cargos más importantes. Ello hizo que toda medida revolucionaria, toda medida que se tomaba para resistir a la contrarrevolución fuera saboteada por la socialdemocracia; la traición, consciente o no, eso no hace al caso, se agazapó en todas partes. Limitémonos a recordar que después de la retirada de Bela-Kun, se formó un ministerio socialdemócrata que se encargó de asegurar la transición entre la dictadura del proletariado y el régimen de Horty. En términos generales, ¿no ha sido la misión de los socialistas de contrarrevolución asegurar la transición al terror blanco? Lo que Plejánov soñaba con hacer en Rusia, lo ha llevado a efecto en Alemania el socialdemócrata Noske. A la luz de estos hechos comprendemos hoy cuán grave fue el error cometido por los que dimitieron el 4 de noviembre; vemos también la clarividencia superior de la que Lenin, y la mayoría del Comité Central y del partido que estuvieron a su lado, dio pruebas en aquellos días. El papel de Lenin fue en aquellos momentos análogo al que había desempeñado en vísperas de la insurrección, y de tanta trascendencia como aquél para el triunfo de la revolución.[24]

---

24 Las *Notes sur la révolution bolchevique,* pp. 74-80, de Jacques Sadoul, nos suministran puntos de vista interesantes acerca de estos hechos.

Realismo proletario y retórica «revolucionaria»

En el Ejecutivo Panruso de los Soviets se habían desarrollado, al mismo tiempo, otras discusiones. Estas fueron con los socialistas-revolucionarios de izquierda, que, imbuidos de un elevado y nebuloso idealismo, adoptaban una actitud de oposición leal en el seno del naciente régimen de los Soviets.

El 4 de noviembre, al mismo tiempo que presentaban su dimisión los bolcheviques de oposición, daban los socialistas-revolucionarios de izquierda, partidarios también de la gran coalición socialista, orden a sus representantes de retirarse de los organismos directivos de los Soviets. Hagamos hincapié en el debate de aquel día, en el cual tuvo Lenin que defender un realismo revolucionario sólido y sin complicaciones.

Se trataba de la libertad de prensa, más especialmente de la del diario *Retch* (La Palabra), órgano de Miliukov y de la alta burguesía liberal. La prensa burguesa continuaba publicándose. Su papel fue muy importante en la primera escaramuza de la guerra civil; excitaron en unos el odio, la belicosidad, el espíritu de reacción; en otros la confusión, el pánico, la calumnia. Se trataba de reducirlos al silencio, cosa que sólo se hizo a la larga.[25] Karelin, orador que hablaba por los socialistas-revolucionarios de izquierda, se erigió en defensor de los grandes principios, afirmó en tono declamatorio que se trataba de «amordazar el pensamiento» y que la guerra civil constituía «una deshonra». A estas lamentables peroratas contestó Lenin:

> Nombremos una comisión que investigue los lazos que unen a los periódicos burgueses con los bancos. ¿Queremos enterarnos de cuál es la libertad en que viven estos periódicos? ¿No es cierto que se trata de la libertad de comprar cantidades de papel y de alquilar los servicios de un montón de escritorzuelos? Apartémonos de esa clase de libertad de imprenta, esclava del capital...

25 La dictadura del proletariado vaciló durante largo tiempo en suprimir la prensa enemiga. Inmediatamente después de la insurrección fueron suprimidos únicamente aquellos periódicos burgueses que preconizaban descaradamente la resistencia armada contra la «usurpación bolchevique», contra «la anarquía sangrienta», contra el «golpe de fuerza de los agentes del Káiser». Los últimos órganos de la burguesía y de la pequeña burguesía no fueron suprimidos hasta el mes de julio de 1918. La prensa legal de los mencheviques no desapareció hasta 1919; la de los anarquistas hostiles al régimen y la de los maximalistas continuó publicándose hasta 1921; la de los socialistas-revolucionarios de izquierda no desapareció aún hasta más adelante.

Lenin propuso que se estableciese el monopolio de la publicidad, a fin de privar a la prensa enemiga de los recursos de anuncio. Tuvo para ello que refutar las objeciones que hacían los tipógrafos que salían en defensa de la publicidad burguesa, porque vivían de ella...

Los socialistas-revolucionarios de izquierda echaron también en cara al Consejo de Comisarios del Pueblo que atentaban (¡ya!) contra la legalidad, al promulgar decretos sin la sanción previa del Ejecutivo Panruso de los Soviets. «¿Con qué derecho? ¡Es una arbitrariedad!», exclaman aquellos hombres que no tenían precio como revolucionarios. Lenin tuvo que explicarles que el nuevo poder no podía andarse en formulismos, que los momentos eran demasiado graves, que no le estaba permitida dilación alguna (¡ni siquiera lo sospechaban!). Lenin terminó diciendo:

> Ningún objeto, ni una sola libra de pan debe escapar al recuento, porque el socialismo es, antes que nada, inventario. El socialismo no se crea por órdenes dadas desde arriba. Es ajeno al automatismo oficial y burocrático; el socialismo vivo es hijo de las mismas masas populares.

Un socialista-revolucionario que se dejó decir: «El Occidente se calla avergonzado», obtuvo esta réplica inmediata: «Las revoluciones —le dijo Lenin— no se hacen por encargo. Alemania se encuentra hoy en el punto en que nosotros nos encontrábamos poco antes de la caída de la autocracia. ¿Que desacreditamos el socialismo? (También habían dicho eso los socialistas-revolucionarios para completar el collar de perlas.) ¡Vamos, hombre...! ¿No ha llamado el poder actual a las masas para crear nuevas formas de vida?... Tendremos una república del trabajo. ¡El que no trabaje no comerá!»

En estas discusiones se afirma el realismo proletario frente a la fraseología «revolucionaria» de los socialistas-revolucionarios de izquierda, revolucionarios excelentes por su sincero deseo de servir a la revolución por su valentía y su probidad, pero esclavos, como toda la pequeña burguesía radical, de la que eran su elemento más avanzado, de las grandes frases a que se reduce la ideología de la democracia burguesa.

El llamamiento de Lenin a la iniciativa de las masas es constante. Ve en la espontaneidad de las masas la condición indispensable para el éxito de la acción organizada del partido. El 5 de noviembre firma un llamamiento a la población, invitándola a combatir el sabotaje. La mayoría del pueblo está con nosotros, nuestra victoria es segura:

«¡Camaradas, trabajadores! Recordad que de aquí en adelante sois *vosotros mismos* los que administráis el Estado. Nadie os ayudará si no os unís por impulso propio y si no cogéis en vuestras manos *todos* los asuntos del Estado. Agrupaos en torno a vuestros Soviets. Dadles solidez. Poneos manos a la obra desde abajo, sin esperar que os den señal alguna. Instaurad el orden revolucionario más severo, reprimid implacablemente los excesos anárquicos de borrachos y gente de mal vivir, de los *junkers* contrarrevolucionarios, de los elementos de Kornílov, etc. Estableced el más riguroso control de la producción y proceded al inventario de los productos. Detened y entregad al tribunal del pueblo revolucionario a cualquiera que se atreva a perjudicar a su causa...» Se invita a los campesinos a «tomar ellos mismos, en el acto, la plenitud del poder».

¡Iniciativa, más iniciativa, siempre iniciativa! Tal es el santo y seña que Lenin lanza a las masas el 5 de noviembre, a los diez días de la insurrección victoriosa.

Las clase medias de las ciudades y la revolución

Las primeras jornadas que suceden a la de la revolución se caracterizan por dos rasgos generales:

1. Las clases medias de las ciudades (el decreto acerca de la tierra sólo deja satisfechas a las clases medias del campo, que no se rebelarán hasta más adelante) se unen por completo a la contrarrevolución. Son ellas las que le suministran sus fuerzas vivas, sus batallones de asalto. Ni en las batallas de las calles de Moscú y de Petrogrado ni en las cuestas de Púlkovo se defendió la burguesía por sí misma; tampoco tuvo a su servicio cuerpos de mercenarios organizados. ¿Quiénes son sus últimos defensores? Los oficiales, los cosacos —ya volveremos a hablar de estos—, los alumnos de las escuelas militares, la juventud de las escuelas superiores, los funcionarios, los empleados superiores, los técnicos, los intelectuales, los socialistas, todos ellos gente de la clase media más o menos explotada, pero con privilegios bien marcados en el seno de la explotación y copartícipes de ella. «La inteligencia técnica organiza simultáneamente la producción y la explotación»[26]; llega de esta manera a identificarse con el sistema mismo y a concebir el método capitalista

---

26 Encontramos esta acertada fórmula en la notable obra de L. Kritzman. *El periodo heroico de la revolución de octubre* (ensayo de análisis sobre el «comunismo de guerra»).

de producción como el único posible. La pequeña burguesía, instruida, acomodada, mantenida bajo tutela por la burguesía, amenazada con frecuencia de verse reducida a la pobreza, lo que la acerca al proletariado —de ahí su tendencia al socialismo—, tiene propensión a las ilusiones más nefastas. Mucho más avanzada que el proletariado, mucho más numerosa y avanzada que la burguesía propiamente dicha, se cree llamada a dirigir la sociedad. Las ilusiones democráticas del siglo pasado, hijas en parte de este estado de espíritu, contribuyeron a su vez a mantenerlo. El socialismo de la pequeña burguesía es un socialismo de «dirigentes», liberal, confuso, timorato, individualista, a veces utópico y a veces reaccionario; la cultura de la pequeña burguesía es una cultura capitalista, orientada, por consiguiente, hacia la defensa del orden antiguo y hacia la educación de las masas, de acuerdo con los intereses de las clases posesoras; la mentalidad pequeñoburguesa tiende a disociar, sobre todo en política, la acción de la palabra, pues ya se sabe que esta está considerada como un derivativo de la actividad o como un sustituto falaz de la acción (recuérdense los «gestos simbólicos» del radicalismo francés). Los mejores talentos de las clases medias rusas, que simpatizaban con la revolución mucho antes de que esta se convirtiese en una realidad, estimaban necesario limitarse a una revolución burguesa que iniciase una era de prudentes reformas. La revolución proletaria se les antojó una invasión de bárbaros, una caída en la anarquía, una profanación de la idea misma de revolución. Maxim Gorki planteó expresivamente este punto de vista en sus «Consideraciones inactuales», publicadas por la *Novaia Jizn* (Vida Nueva). Las clases medias querían que la revolución *burguesa* instaurase una república democrática, en la que ellas habrían sido las clases dirigentes, en la que se habría llevado adelante sin trabas el desarrollo capitalista: los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que eran en aquel momento los más clarividentes ideólogos de la pequeña burguesía, tuvieron una concepción muy clara de esto.

Además, las realidades de la revolución resultaban ofensivas para su utopismo. ¡Qué diferencia entre el idilio romántico con que se había soñado tantas veces y la realidad dura y sangrante! Pero los obreros y los soldados, acostumbrados a vivir entre realidades duras y sangrantes, a padecer crudas necesidades, endurecidos en la escuela de la represión política y de la guerra imperialista, tenían una mentalidad diferente.

Las clases medias ilustradas vieron la revolución de octubre como un golpe de mano llevado a cabo por un puñado de doctrinarios fanáticos y apoyado en un terrible movimiento anárquico de las plebes

incultas. Ya veremos cómo Gorki emplea estos mismos términos. El problema de la guerra y de la paz, que hirió a las clases medias en su patriotismo (el patriotismo es su hecho por excelencia; el proletariado es internacionalista; la burguesía sólo profesa un patriotismo de negocios con un reverso de cosmopolitismo financiero) y lastimaba al propio tiempo a los revolucionarios pequeñoburgueses en su romanticismo, ahondó el foso entre la revolución y lo que se dio en llamar —equivocadamente— «la democracia».

No era posible prever, antes de ponerse a prueba, que la democracia pequeñoburguesa se alinearía como un solo hombre, con la energía de la desesperación, del lado de la contrarrevolución, siguiendo a los generales monárquicos, soñando con un Galiffet, hasta el punto de proceder a ejecuciones en masa de rebeldes. Y esta imposibilidad explica las equivocaciones de algunos bolcheviques: el Comité Revolucionario Militar de Moscú parece haber acariciado, hasta el momento de los fusilamientos del Kremlin, la esperanza de que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques no se emplearían a fondo contra la revolución obrera; el error de la minoría del Comité Central del PCR y del Consejo de Comisarios del Pueblo fue el admitir la posibilidad de una concentración socialista, es decir, de un retorno al proletariado de la pequeña burguesía socializante. En realidad, la actitud contrarrevolucionaria de las clases medias no se hallaba determinada fatalmente por sus intereses de clase; hoy está demostrado que solo habrían sacado ventajas sometiéndose al régimen de los Soviets; su poca importancia numérica, su falta de homogeneidad, la formidable superioridad de organización, de valor moral y de pensamiento del proletariado (el partido, el espíritu de clase, el marxismo), y el hecho de haberse sumado a la revolución la pequeña burguesía rural, las condenaba a una derrota cruel; peor: a un aplastamiento; pero su resistencia traería un amontonamiento de ruinas, la devastación del país. De haber sido un poco más clarividentes en su estimación de las fuerzas en lucha, se habrían ahorrado —y habrían ahorrado al país— muchísimas calamidades. Con seguridad que las clases medias no mantendrán siempre esta actitud ante la revolución proletaria; es probable que la potencia y el espíritu resuelto del proletariado conseguirán en las batallas sociales del porvenir inducirla a la neutralidad, para acabar consiguiendo su adhesión. En definitiva, ellas siguen y seguirán a los más fuertes; cuando caigan en la cuenta de que la clase obrera es la más fuerte, irán tras ella. Las clases medias de Rusia se engañaron en octubre de 1917: les pareció imposible la victoria del proletariado. Durante mucho tiempo no creyeron en ella y esperaron,

de un día para otro, de una semana para la siguiente, el derrumbamiento del bolchevismo. En efecto, «para creer en la victoria de una clase que no había triunfado jamás hasta entonces en la historia», que no tenía ni experiencia de poder, ni preparación, ni riqueza, ni instituciones propias —fuera de algunas formaciones de combate—, hacía falta hallarse tan profundamente penetrado de la misión histórica del proletariado como lo estaban los bolcheviques; en una palabra, había que ser marxistas revolucionarios. Debe considerarse como uno de los mayores resultados históricos de la revolución de octubre el que haya reducido a la nada este móvil psicológico que impulsó a la pequeña burguesía rusa a tomar su actitud contrarrevolucionaria.

Las «leyes de guerra» no se aplican a la guerra civil

2. Otro rasgo característico de estas jornada es la forma que en ellas adopta la guerra civil. Los rojos no saben todavía manejar el arma de la represión, no han aprendido prácticamente la necesidad de la represión, tienen propensión a dejarse engañar por lo que a la democracia socialista se refiere, dan pruebas de una deplorable mansedumbre. Compárese las condiciones impuestas por el Comité Revolucionario Militar victorioso de Moscú al Comité de Salvación Pública, y las condiciones que este comité blanco, que estaba lejos de ser el vencedor, había tratado de imponer al CRM. De un lado, los blancos, haciendo una masacre con los obreros del Arsenal y del Kremlin; del otro, los rojos, poniendo en libertad, bajo su palabra de honor, a su mortal enemigo el general Krasnov. De un lado, los blancos, conspirando para restablecer *implacablemente* el orden; del otro, los rojos, que vacilan en suprimir la prensa reaccionaria. Sin duda alguna, hay que atribuir a la inexperiencia entre otras causas, esta peligrosa mansedumbre de los rojos.

Por el contrario, la contrarrevolución se tiró a fondo inmediatamente, por instinto. Indudablemente, la guerra civil no se encendería sino poco a poco, con la ayuda del extranjero; pero ya desde el 26 de octubre se entabló la lucha con mucha mayor crueldad que las guerras entre Estados. Estas se hallan, por lo general, sometidas a ciertas leyes; existe un derecho de guerra; en la guerra de clases no se reconoce derecho alguno, no hay «convenios de Ginebra», no se admiten los usos caballerescos, ni gente neutral. La burguesía y la pequeña burguesía recurrieron de golpe a la huelga y al sabotaje de todas las empresas de utilidad pública y de todas las instituciones, arma prohibida por los usos de la guerra. En ninguna parte de la Bélgica o de la Francia invadidas se declararon

los técnicos en huelga a la entrada del enemigo. El sabotaje fue una tentativa para acarrear el hambre, es decir, para castigar a toda la población obrera, sin distinguir entre combatientes y no combatientes. No es menos significativo el uso que se hizo del alcohol. Y todas las conspiraciones contrarrevolucionarias fueron una preparación para implantar el terror blanco.

Las guerras entre Estados son generalmente guerras intestinas entre secciones de las clases posesoras, que profesan una sola ética de clase y tienen una sola concepción del derecho, hasta el punto de que en ciertas épocas ha existido una tendencia muy fuerte a hacer del arte de la guerra un juego bastante convencional. El arte moderno de la guerra data de la Revolución francesa. Esta anuló de golpe todos los convencionalismos anticuados y anteriores de la táctica y de la estrategia, al poner una nación burguesa en armas frente a los ejércitos de las antiguas monarquías, ejércitos profesionales, basados en el reclutamiento forzoso y en el mercenariado y mandados por individuos de la nobleza. Los europeos no se apartan de las actuales reglas de la guerra sino cuando se encuentran frente a pueblos a los que consideran como inferiores;[27] de igual manera, en la guerra de clases, como las clases dirigentes se hallan convencidas de que defienden la «civilización» contra la «barbarie» obrera, juzgan que les están permitidos todos los medios. Como están en juego demasiados intereses, quedan abolidos todos los convencionalismos. Al dejar de ejercer la ética su acción moderadora sobre los combatientes —no existe una ética humana, sólo existen éticas de ciertas clases o grupos sociales— la contrarrevolución coloca a las clases explotadas en rebelión «fuera de toda ley humana». Al terminar la primera semana del régimen de los Soviets se podían vislumbrar claramente estas verdades. Veremos más adelante cómo se convierte en regla general la masacre de prisioneros durante la guerra civil; y veremos cómo los Estados capitalistas se conducen, durante años, contra la Rusia comunista como con un país colocado fuera de la ley.

---

27 Durante la conquista de Argelia recurrieron los franceses en ocasiones al procedimiento de ahogar por medio del humo a los cabileños. Recordemos también los métodos de guerra y de dominio que emplean los ingleses en las Indias, el saqueo del Palacio de Invierno de Pekín, realizado por las tropas europeas en 1900; los atropellos cometidos por los italianos en Trípoli, por los franceses en Indochina y en Marruecos, por los ingleses en el Sudán. Pero en ninguna guerra de los tiempos modernos fueron tratados los vencidos con tanta ferocidad como lo fueron los de la Comuna de París, en 1871.

CAPÍTULO IV

Primeras llamaradas de guerra civil. La constituyente

El derecho de las nacionalidades

Los grandes decretos del 26 de octubre afirmaban solo un aspecto de la revolución. No bastaba con anunciar a millones de soldados el comienzo de una acción audazmente revolucionaria en favor de la paz, ni con proclamar a más de cien millones de campesinos que desde aquel momento eran dueños de la tierra. La acción para llegar a la paz equivalía a sacudir el yugo aplastante y sangriento del imperialismo que pesaba sobre millones de soldados. La expropiación de los grandes terratenientes equivalía a sacudir el yugo feudal que desde hacía siglos pesaba sobre los campesinos. Quedaba todavía por asestar al imperialismo, continuador de las tradiciones conquistadoras de la Gran Rusia feudal y comerciante, el golpe de gracia. La verdadera Revolución rusa, como ya lo vislumbraba en 1905 Elisée Reclus,[1] tenía que libertar en el acto a las nacionalidades sometidas al Imperio derrumbado, so pena de comprometer irremediablemente sus destinos. La población del Imperio se descomponía como sigue, desde el punto de vista de las nacionalidades[2]: gran rusos, 56.000.000; ucranianos, 22.300.000; rusos blancos, 6.000.000 aproximadamente; polacos, 8.000.000; lituanos, 3.100.000; judíos, 5.100.000; alemanes, 1.800.000; moldavos, 1.100.000; finlandeses, 2.600.000; pueblos del Cáucaso, 1.100.000; pueblos de origen finlandés (estonianos, karelianos,

---

1 Elisée Reclus, refiriéndose a la Revolución rusa, decía en el año 1905, en un discurso de una clarividencia que nos atreveríamos a llamar profética: «Rusia será removida toda ella hasta la última cabaña; pero además de la cuestión de clases, se agitará forzosamente otra cuestión, la de los pueblos de idiomas diferentes, de conciencias nacionales distintas. Lo que llamamos Rusia es una inmensa posesión, producto de conquistas, en la que se hallan acorraladas una veintena de nacionalidades sometidas...» Conviene repasar esta página notable. *Correspondance,* t. III.

2 Según el censo de 1897. No hay que dudar que, en veinte años, había aumentado sensiblemente la población; sin embargo, en términos generales, no había variado su composición.

etc.), 3.500.000; pueblos turcotártaros, 13.600.000. Lo que caracterizaba al estatuto del Imperio era la hegemonía absoluta que ejercía la nación conquistadora, la Gran Rusia; su idioma era el único oficial, su religión, o sea la religión griega ortodoxa, era la religión del Estado. Sin embargo, los gran rusos no formaban sino una minoría de 56 millones sobre una población total de 129. Desde marzo de 1917 hasta octubre, el gobierno provisional había «continuado» la política nacional del Antiguo Régimen; preocupábale la integridad territorial del antiguo Imperio y más aún las ventajas materiales que representaba para la burguesía rusa la esclavitud de los pueblos conquistados, y no retrocedió ni ante conflictos peligrosos con Ucrania y Finlandia. Ahora bien, la caída de la autocracia supuso el despertar de los movimientos nacionales que se presentaban, en Finlandia y en Ucrania especialmente, como tendencias autonomistas. Agréguese a esto que la cuestión de las nacionalidades iba ligada muy estrechamente entre casi todos los halógenos a la cuestión agraria, porque los pueblos esclavizados eran casi siempre pueblos campesinos.

El 2 de noviembre, mientras se combatía en las calles de Moscú —la artillería roja disparaba ese mismo día contra el Kremlin—, mientras que la población de Petrogrado recibía con regocijo a los combatientes de Púlkovo, promulgaba el Gobierno de los Soviets «la declaración de los derechos de los pueblos de Rusia», que se puede resumir en tres puntos: 1) Igualdad y soberanía de los pueblos; 2) Derecho de los pueblos a disponer de sus propios destinos, hasta el punto de poder separarse para formar Estados independientes; 3) Abolición de todos los privilegios nacionales y religiosos; libre desarrollo de todas las minorías nacionales o etnográficas.

Este documento trascendental no contenía nada que no estuviese en el programa expuesto por Lenin desde abril-mayo. Su complemento es el llamamiento a los obreros musulmanes de Rusia y de Oriente publicado veinte días más tarde (el 22 de noviembre) con la firma de Lenin y del comisario de nacionalidades Dzhugashvili (Stalin). Jamás habían hablado los europeos en un lenguaje como aquel a pueblos oprimidos, esclavizados, conquistados, «protegidos» durante siglos. «Esos tratados secretos que entregaban Constantinopla a Rusia, nosotros los hemos roto en pedazos. ¡El tratado que decidía el reparto de Persia lo hemos roto en pedazos! ¡El tratado de reparto de Turquía lo hemos roto en pedazos! ¡La anexión de Armenia la hemos dejado sin efecto! Hemos declarado libres e inviolables de aquí en adelante vuestras creencias y vuestras costumbres, vuestras instituciones nacionales y culturales.

Organizad libremente, sin trabas, vuestra vida nacional [...] Los dueños de vuestros pueblos sois vosotros mismos [...] Tenéis vuestros destinos en vuestras propias manos.»

La resistencia del GCG. Las tropas contra los generales

El Gran Cuartel General —en ruso, la Stavka, GCG por sus siglas en castalleno— de un país en guerra viene a ser una especie de capital militar no menos importante que la civil. La contrarrevolución, al día siguiente de la insurrección proletaria, puso su última esperanza en la Stavka, esta se contuvo penosamente hasta el 18 de noviembre.[3]

Por suerte, se hallaba situada a una buena distancia de Petrogrado y de Moscú, en Mohilev, pequeña población de la Rusia Blanca (60.000 habitantes) en la que el partido bolchevique y el proletariado eran igualmente débiles. En los comienzos de la revolución se había elegido un Comité de los Ejércitos, que obedecía a la influencia del partido socialista-revolucionario y que venía a ser la más alta autoridad «revolucionaria» agregada a la Stavka. Por lo demás, se llevaba muy bien con el mando superior, condenaba los manejos de los bolcheviques, afirmaba la fidelidad indefectible del ejército a la patria y a los aliados y aseguraba que los soldados «tenían la firme voluntad de llevar adelante la guerra hasta el fin». El 31 de octubre anunció oficialmente su resolución: «Contestar con la fuerza a la fuerza de los bolcheviques». Sus tropas «avanzaban sobre Petrogrado» a fin de restablecer el orden. «No se derramará inútilmente ni una gota de sangre [...] Si la derecha tiene el propósito de sacar partido de los acontecimientos en favor de la contrarrevolución, nos alzaremos contra ella con todo nuestro poder». El generalísimo Dujonin intimaba el mismo día a los bolcheviques la orden de someterse sin condiciones al gobierno provisional. Este lenguaje enérgico era palabrería pura. La masa de los soldados acogía entusiasmada la noticia de la nueva revolución. El Comité de los Ejércitos tuvo que echar pronto agua al vino y hacer el ofrecimiento de que se daría por satisfecho con una gran coalición socialista. Cuando llegaron a la Stavka los jefes del partido socialista-revolucionario, Chernov y Gotz, el Comité desfallecía. También la Rada, Parlamento nacional de Ucrania, se pronunciaba contra los bolcheviques. Los socialistas de contrarrevolución pensaron en aliarse con ella.

---

3 G. Lelevich, *Octubre en la Stavka.*

El Comité de los Ejércitos propuso la creación de un gobierno de orden, a cuyo frente se colocaría a V. M. Chernov. Los representantes de los aliados alentaban estos esfuerzos. Pero mientras se realizaban estas negociaciones, estos conciliábulos, estas intrigas, estas esperanzas, los soldados, la masa, entraban en acción. Los ejércitos del norte y del noroeste se pasaban a los bolcheviques; los batallones escogidos de San Jorge se manifestaban, más que dudosos, hostiles a los generales y a los socialistas-revolucionarios; los soldados, cada vez con más frecuencia, arrestaban a sus oficiales.

El 9 de noviembre, Lenin, Stalin y Krilenko llamaban por teléfono al general Dujonin y le daban orden terminante de iniciar en el acto negociaciones de armisticio con los austro-alemanes. Como no recibieron sino contestaciones evasivas, cerraron aquella conferencia telefónica destituyendo a Dujanin del mando: «Queda nombrado comandante en jefe el subteniente Krilenko». Pero, ¿cómo hacer para desarmar al Estado Mayor? Los Comisarios del Pueblo no disponían aún de ningún organismo gubernamental; desconocían la debilidad de su adversario. Una vez más, confiaban en las masas. Lenin redactó un radiograma en el que se excitaba a la tropa a intervenir:

> Soldados, la causa de la paz se halla en vuestras manos. Vosotros no consentiréis que los generales contrarrevolucionarios saboteen la gran obra de la paz; los colocaréis bajo fuerte guardia con objeto de evitar linchamientos indignos del ejército revolucionado y para que no puedan escapar al tribunal que ha de juzgarlos. Observad el orden militar y revolucionario más estricto. Que los regimientos que se encuentran en el frente elijan en el acto delegados para que entablen negociaciones formales de armisticio con el enemigo. El Consejo de Comisarios del Pueblo os autoriza para ello. Tenednos al corriente por todos los medios del curso de estas negociaciones. El Consejo de Comisarios del Pueblo es el único calificado para firmar el armisticio definitivo.

Este texto suscitó en el Ejecutivo Panruso de los Soviets una discusión (10 de noviembre), en el curso de la cual concretó Lenin su pensamiento: «No podemos vencer a Dujonin sino recurriendo a la iniciativa y al sentimiento de organización de las masas. La paz no se hará desde arriba; tenemos que alcanzarla desde abajo. Los generales alemanes no nos inspiran la menor confianza, pero sí confiamos en el pueblo alemán. Hay que lanzarse a fondo en la lucha entablada contra la Stavka, sin preocuparse de formulismos... Me opongo a las resoluciones a medias.»

Las mismas tropas de la Stavka fueron las que se volvieron contra ella; el 18 de noviembre, en el momento mismo en que se disponía a huir y trasladarse a Ucrania, tropezó el Estado Mayor con sus soldados. «No bien había empezado la Stavka a realizar sus preparativos de viaje —escribe en sus Memorias el emigrado Stankevich, que se encontraba allí—, cuando hicieron su aparición muchedumbres de soldados excitados, manifestando que no permitirían que se marchase el Gran Cuartel General. La Stavka no contaba con un solo soldado que la defendiese... Dujonin decía que estaba vigilado por su propio ordenanza.»[4] Únicamente consiguieron escapar los oficiales aliados, algunos generales y algunas unidades reaccionarias. Al llegar Krilenko y los marinos rojos a la estación de Mohilev, los soldados detuvieron y mataron al generalísimo Dujonin.

No olvidemos que la resistencia de la Stavka marca el comienzo de la intervención de los aliados contra la revolución. El general Lavergne, jefe de la misión militar francesa, y un oficial superior norteamericano habían alentado de una manera oficial la resistencia de Dujonin. Trotski levantó acta de este hecho en una nota amenazadora.

La revolución quedó reducida en todos los frentes a un conflicto entre las masas, de una parte, y el mando y los cuadros de oficialidad, de la otra, y el proceso del conflicto siguió un mismo camino en todas partes.

Kaledin. Derrota de la contrarrevolución cosaca

La resistencia de la contrarrevolución, quebrantada en las capitales, quebrantada en el Gran Cuartel General, se concentró en seguida en el sur. Los vencidos de Petrogrado, de Moscú y de Mohilev habían de encontrar su verdadero asilo al otro lado de la Ucrania nacionalista, hostil a todo lo que podía recordarle el antiguo yugo de los gran rusos, en la región del sudeste, en los países cosacos del Don y del Kuban. La población cosaca, que era una pequeña burguesía rural con fuertes tradiciones militares y que gozaba de privilegios bajo el Antiguo Régimen, pareció a los generales la más indicada para suministrar a la contrarrevolución sus primeras tropas. Se habían constituido en aquellas regiones poderes autónomos. El Donski-Krai (país del Don) era una especie de república cosaca, presidida por un jefe militar elegido (*atamán*), el general Kaledin, partidario de la contrarrevolución. En Iekaterinodar, capital del Kuban, celebraba sus sesiones una rada, especie

---

4 Stankevich, *Memorias.*

de parlamento; estaba compuesta por cosacos y por intelectuales socialistas que representaban de una manera tan ingenua a la parte rica de la población que su «constitución» privaba del derecho del voto a los campesinos pobres (no cosacos) y a los proletarios.

A partir de aquel momento y en el transcurso de años sangrientos, la historia de los cosacos del Don y del Kuban, pequeña burguesía rural típica, es una sucesión indefinida de vacilaciones y desgarramientos. Tentados y atraídos sucesivamente por la revolución y por la contrarrevolución, darán en definitiva pruebas de ser incapaces de decidir por sí mismos. Como demócratas hostiles a las tentativas de restauración del Antiguo Régimen, ajenos al patriotismo nacional de la burguesía gran rusa, ofrecerán siempre una resistencia mayor o menor a los generales blancos; en los consejos de los ejércitos nacionales habrá siempre planteada una interrogación cosaca. Como partidarios resueltos de la propiedad privada, lucharán rabiosamente contra los proletarios comunistas. Su ideal, a partir de la revolución de octubre, era la independencia regional. Hubieran querido aislar sus regiones de la «anarquía bolchevista». Los mediocres políticos del Don y del Kuban demuestran, en esto como en todo, una ceguera característica.

Al mismo tiempo que Krilenko hacía su entrada en la Stavka de Mohilev, Korniłov, el hombre del golpe de mano fallido de septiembre, el hombre que quería restablecer la pena de muerte en el ejército, el dictador con que otrora soñaban la burguesía rusa y la aliada, abandonaba tranquilamente el monasterio de Bijovskoe, donde el gobierno provisional lo había hecho internar. ¿Duplicidad? ¿Debilidad? Las dos cosas: ¡Kérenski había confiado la guardia de su cómplice, prisionero por pura fórmula, a un destacamento de caballería que era completamente adicto al prisionero! Korniłov se puso al frente de su destacamento y se abrió paso hasta el Don, adonde llegó en los primeros días de diciembre, solo, disfrazado de aldeano, no sin haber estado a punto de que los más fieles entre sus mismos soldados lo entregasen a los bolcheviques.[5] Allí se encontraba el viejo general Alexeiev desde el mes de noviembre[6] dedicado a organizar un ejército de voluntarios del

5 «Derrengados, sin idea alguna de los acontecimientos, profundamente turbados, decían los soldados de caballería que habían hecho todo cuanto habían podido, y que continuaban siendo tan leales como siempre al general, pero… «—¡Ah, boyardo! ¿Qué podemos nosotros —preguntaban a sus oficiales— cuando toda Rusia se ha hecho bolchevique?» Denikin, *Notas sobre los grandes desórdenes de Rusia.*

6 Alexeiev había ejercido el mando supremo del ejército ruso durante la guerra imperialista, en calidad de jefe del Estado Mayor del zar, o sea, de generalísimo.

orden. Oficiales y junkers afluían por millares, desde todos los puntos de Rusia, a Novocherkank y a Rostov. El general Denikin se expresa con laudable precisión acerca de estas fuerzas contrarrevolucionarias. Respondieron a la llamada del ejército de voluntarios «los oficiales, los junkers, la juventud de las escuelas y algunos otros elementos en número muy escaso... La nación no se puso en pie. En estas condiciones, la recluta de aquel ejército adoleció, desde su nacimiento, de un profundo defecto orgánico; revistió el carácter de un ejército de clase. No podía ser de otra manera. Era evidente —vuelve a escribir Denikin[7] —que el ejército de voluntarios no podía en estas condiciones cumplir su misión en toda Rusia.»

¿Cuál era entonces la esperanza de aquellos generales? Contener al bolchevismo, que estaba todavía desorganizado, pero cuya potencia de organización desconocían, y ver venir los acontecimientos.

La formación de este ejército fue difícil. La gran masa de los oficiales titubeaba, se ocultaba, se adaptaba; una vez roto el marco de la subordinación militar, aquellos soldados de profesión se sentían completamente desorientados; y para terminar, el rencor vigilante de las masas les cerraba por todas partes el camino. Los que pretendían llegar hasta el Don tenían que afrontar innumerables riesgos antes de llegar allí; todo oficial fugitivo y que se dirigiera al sur era para los soldados un proscrito al que había que matar. Para formar las primeras unidades tuvo que desplegar Alexeiev prodigios de energía. Carecía de dinero. La burguesía de las poblaciones, más que desamparada, hacía donativos demasiado escasos. Pronto llegó el día en que ya no pudo dar nada. «Las embajadas de los países aliados se hallaban aterrorizadas» (Denikin). Los cosacos mismos veían con malos ojos aquella concentración de patriotas en armas que se realizaba en sus territorios. Los generales reaccionarios tuvieron que inscribir la soberanía del pueblo en el llamamiento que lanzaron el 27 de diciembre, ejercida por la Asamblea Constituyente. No obstante, el consejo cosaco del Don resolvió ejercer vigilancia sobre el ejército de voluntarios y «desterrar a todos los elementos contrarrevolucionarios». El tal ejército no alcanza en sus mejores épocas a más de tres o cuatro mil hombres. Pero en cambio había un verdadero hormiguero de oficiales de alta graduación. A su cabeza, dos generalísimos que no se entendían, dicho sea de paso: Alexeiev y Kornílov. Y para formar un triunvirato, Kaledin.

---

7 Denikin, *Notas sobre...*

El tal ejército hizo sus primeras armas reprimiendo una sublevación obrera en Rostov y Taganrog (26 de noviembre, 2 de enero), sublevación contra la cual no se pudo hacer marchar a los cosacos. Pero no tardaron en verse en situación difícil. Tenían la sensación de que el suelo cedía bajo sus pies. Los obreros se mostraban amenazantes en la vecina región de Donetsk; los cosacos se mostraban recelosos y se esquivaban; su patriotismo de campanario los llevaba a no consentir otra cosa que defender su territorio contra las incursiones de los rojos, y en ocasiones nada más que sus respectivas aldeas; las guardias rojas y las unidades del ejército del Cáucaso, que regresaban a sus regiones de origen, cercaron rápidamente el Don y asaltaron el Kuban. El Consejo de Comisarios del Pueblo colocaba fuera de la ley a los jefes de la contrarrevolución cosaca: «Las guarniciones locales deben actuar con la mayor energía contra los enemigos del pueblo; sin esperar órdenes superiores. Queda prohibida toda negociación con ellos. La población o los ferroviarios que colaboren con ellos serán castigados con todo el rigor de las leyes revolucionaria.» (Llamamiento del 28 de octubre). El poder soviético no se contentaba con esta medida. Las guardias rojas obreras de Petrogrado, Moscú, Járkov y de las minas de Donetz, reforzadas con marinos y algunas unidades del ejército, daban comienzo, bajo el mando de Antónov-Ovséyenko, a un amplio movimiento convergente encaminado a cortar el Don de Ucrania, para apoderarse a continuación de Rostov y de Kiev. No será necesario decir que el estado mayor rojo, llamado del frente sur, tenía que limitarse a dar las directivas generales en aquella guerra de guerrillas que se realizaba casi siempre a lo largo de las vías férreas. Antónov tenía bajo sus órdenes a dos jefes notables: un socialista-revolucionario de izquierda, Sablin, que estaba al frente de los contingentes obreros de Petrogrado y de Moscú, y un suboficial bolchevique, Sivers, que había de sucumbir muy pronto a la cabeza de los contingentes del Don. Al principio, los rojos sufrieron reveses, especialmente en Matveev-Kurgan, cerca de Taganrog; la sublevación de los obreros de esta ciudad restableció la situación arrojando de allí a los blancos. Los cosacos andaban indecisos o se dividían en jóvenes y viejos, ricos y pobres, combatientes del frente y gentes de retaguardia; se formaban unidades cosacas rojas, los obreros entraban en acción. Al faltarle todo apoyo exterior y quedar abandonada a sí misma, la contrarrevolución, representada por los oficiales, estaba condenada. La lucha terminó a fines de enero (el 29) con el suicidio del atamán Kaledin y con la difícil retirada de Kornílov hacia el Kuban.

El desastre de esta primera fase de la contrarrevolución se halla puesto admirablemente de relieve en algunas frases del discurso último pronunciado por Kaledin en el consejo cosaco del Don, al mismo tiempo que los rojos entraban en Novocherkask: «Al marchar Kornílov, no nos quedará ya más que un puñado de bayonetas... ¿Qué calificativo aplicar a este desastre deshonroso? Nos ha perdido el egoísmo más vil. En lugar de defender la tierra natal contra el enemigo, sus mejores hijos, los oficiales rusos, huyen vergonzosamente ante un puñado de usurpadores. No existe ya ni el sentimiento del deber, ni el sentimiento del honor, ni el amor a la patria, ni siquiera un rastro de moralidad.» No le quedaba al atamán otra cosa que hacer sino saltarse la tapa de los sesos; en medio de aquel derrumbe de la democracia cosaca, no acertó su sucesor, Nazarov, ni a organizar la resistencia, ni a huir; los rojos lo sorprendieron en plena sesión del consejo de cosacos y lo fusilaron (12 de febrero).

En el Kuban se trababan al mismo tiempo luchas confusas, análogas en el fondo a las del Don, porque ponían frente a frente los mismos elementos sociales, y acabaron hacia el primero de marzo con el triunfo de los rojos. Los Soviets instalaban su poder —aunque por corto plazo— en Ekaterinodar.

También acababa en derrota el levantamiento de los cosacos del Ural, que, dirigidos por el general Dutov (25 de noviembre a 18 de enero), se habían apoderado de Orenburgo. Era aquel un sincronismo significativo.

Ucrania

La vasta región del Dnieper, al sur de la gran llanura rusa, significa para Rusia lo que la Provenza para Francia. Un clima apacible, más soleado, tierras de una fertilidad admirable, más comodidades, más alegría, más libertades en el pasado, una lengua menos modulada pero más sonora —meridional—, son suficientes para diferenciar bastante profundamente a pueblos tan estrechamente emparentados como los de Ucrania y la Gran Rusia. Salta a la vista en seguida que la diferenciación es de índole económica. Antes de la guerra de 1914-1918 las tres cuartas partes de la producción total de carbón procedían de Ucrania, también eran de la misma procedencia las dos terceras partes de los minerales de hierro, las tres cuartas partes del manganeso, los dos tercios de la sal, las cuatro quintas partes del azúcar, las nueve décimas partes de

los trigos exportados por Rusia.[8] Era con mucho el país más rico del Imperio. Los teorizadores, de la clase burguesa como es natural, echaban en cara al Antiguo Régimen que desviaba sistemáticamente hacia la Gran Rusia los capitales y las riquezas de Ucrania; que fomentaba el tráfico de los puertos del Báltico en perjuicio de los del mar Negro; que obstaculizaba el desenvolvimiento de las industrias ucranianas; finalmente, al denunciar las incalificables severidades de la rusificación, representaban un papel fácil. Al caer la autocracia, el despertar del movimiento nacional ucraniano tenía que ser inmediato. Se constituyó inmediatamente una especie de asamblea ucraniana, la *Rada*, que chocó muy pronto con el gobierno provisional del príncipe Lvov. Ucrania exigía una amplia autonomía. Los bolcheviques fueron los únicos que apoyaron sus reivindicaciones. Por eso la *Rada* saludó el advenimiento de la revolución de octubre como una liberación; pero la burguesía y la pequeña burguesía ucraniana, al sacudir la tutela de la burguesía gran rusa, no tenían intención de seguir al proletariado por los caminos de la revolución social. En cambio, los Soviets obreros de Ucrania caminaban de común acuerdo con los de la Gran Rusia. El Soviet de Kiev había formado desde el 22 de octubre un comité revolucionario que debía hacerse cargo del poder. El Soviet y la Rada se aliaron en un momento dado contra los cadetes, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios rusos de la municipalidad de Kiev, que defendían al gobierno provisional de Petrogrado. En cuanto se vio perdida la causa de Kérenski se formó otro bloque: los cadetes (o sea, los demócratas constitucionales «rusos», el partido de la alta burguesía gran rusa) se unieron esta vez a la *Rada* contra el bolchevismo. De allí en adelante el conflicto entre la «República Popular de Ucrania» y el Soviet de Kiev se solucionaría a tiros.

Nuestro camarada G. Safarov ha hecho un curioso análisis de la manera en cómo están repartidas las poblaciones en Ucrania. Los grandes rusos constituyen en el campo minorías que en ciertos sitios son muy débiles (por ejemplo, en el gobierno de Poltava vienen a ser un treintavo de la población; en el de Kiev una décima parte, etc.); por el contrario, en las ciudades, es decir, en los centros industriales y comerciales, el elemento gran ruso es por regla general superior al elemento ucraniano; en las pequeñas poblaciones dominan a veces los judíos. Agreguemos a esto que la población de las ciudades no representaba en total sino una décima parte de la población del país. Las ciudades caían cada vez más

8 G. Safarov. «La cuestión nacional», *Cinco Años* (1922).

bajo la influencia del elemento extranjero. La composición de la sociedad ucraniana respondía al siguiente esquema: en la cúspide, la burocracia rusa, los terratenientes y los capitalistas rusos; luego la pequeña burguesía de comerciantes, industriales y artesanos de las ciudades, de nacionalidad rusa y judía; más abajo la pequeña burguesía rural ucraniana y sus intelectuales; finalmente, en la base, el proletariado ruso y ucraniano de las ciudades y de los campos. La pequeña burguesía rural —campesinos ricos y medios— formaba con los intelectuales la fuerza del movimiento nacional; era al mismo tiempo, igual que en el Don y en el Kuban, demócrata y contrarrevolucionaria. Independencia, república, propiedad: por este ideal, propio de las jóvenes burguesías conquistadoras, estaba pronta a combatir encarnizadamente.

La *Rada* de Kiev constaba de 213 campesinos, 132 representantes de los ejércitos, 100 obreros, empleados, intelectuales, etcétera.

La *Rada* trató de bordear la corriente. Su manifiesto del 7 de noviembre es una curiosa reproducción de las declaraciones del gobierno de los Soviets. Establece la confiscación de las tierras de los latifundistas, de la corona, etc., que serán en adelante propiedad de la nación (de su destino dispondrá una asamblea constituyente ucraniana); decreta la jornada de ocho horas; instituye el control gubernamental de la producción (control gubernamental, no control obrero, aunque los obreros hayan de participar en él...); promete adoptar medidas enérgicas para poner fin a la guerra; suprime la pena de muerte; promulga una amplia amnistía política; anuncia una reforma de los tribunales de acuerdo con «el espíritu del pueblo»; anuncia una amplia autonomía de las instituciones locales (¿de qué instituciones?); señala para el 23 de diciembre las elecciones de la asamblea constituyente ucraniana y para el 9 de enero la reunión de la misma.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas hábiles palabras, la Rada concedía a los oficiales blancos y a las unidades de tropa que se dirigían hacia el Don paso franco por su territorio, negaba ese mismo derecho a las tropas rojas que se encaminaban hacia el sur, desarmaba a las formaciones soviéticas.

El Consejo de Comisarios del Pueblo le dirigió, el 4 de diciembre, un ultimátum que empezaba con estas significativas palabras: «Reconocemos sin reservas ni condiciones los derechos nacionales y la independencia nacional del pueblo ucraniano...»

La *Rada* no tuvo más remedio que dejar caer la careta. Su respuesta involucraba en una misma condena a los elementos de la extrema derecha y a los fratricidas que se había entablado sobre el territorio de los Comisarios del Pueblo. La *Rada* propugnaba una gran coalición socialista y el estatuto federativo de la República. Este documento, firmado por Vinnichenko, Petliura, Mirny, era una declaración de guerra.

Se combatía ya. En Kiev estalló la huelga general. La *Rada* sucumbía bajo los ataques combinados de las guardias rojas de Petrogrado, de Moscú y de Járkov, mandadas por el vencedor de Púlkovo, Muraviev, y de algunas tropas rojas del frente de Rumania. Los rojos entraron en Kiev el 26 de enero. Victoria, por lo demás, incompleta; la guerra de partidas durará en el sur de Rusia hasta el año 1921. Se constituyó en Járkov un gobierno de los Soviets de Ucrania.

Al intervenir Francia en favor de la contrarrevolución no se limitó a reconocer apresuradamente la independencia de Ucrania y a enviar a Kiev una misión militar; desde principios de enero había otorgado Stéphen Pichon a la *Rada* un préstamo de 180 millones de francos. Pero la *Rada*, que había recibido esta ayuda del gobierno francés y que estaba asesorada por agentes franceses —el general Berthelot—, solicitó luego la ayuda de los Imperios centrales contra el bolchevismo.

La tragedia del frente rumano

En el frente de Rumania había un ejército ruso de cerca de un millón de hombres colocados bajo el mando del general Cherbachev, reaccionario empedernido, que desde hacía muchos meses era causa de inquietud para la monarquía rumana, aplastada ya por los Imperios centrales. La corte y el Estado Mayor, refugiados en Jassy desde la toma de Bucarest por los austroalemanes, habían visto con terror cómo los regimientos rusos libertaban el primero de mayo a Rakovski, que los ovacionaba y aclamaba la idea de una república rumana. Durante algunas horas estuvo Jassy en poder de la Revolución rusa; pero esta no había encontrado todavía su camino. La monarquía rumana se salvó.

El alto mando ruso sumó desde los primeros momentos sus esfuerzos a los del gobierno rumano, los representantes aliados y la oficialidad reaccionaria contra la «anarquía bolchevista». Cuando la Rada de Ucrania se proclamó independiente, Cherbachev pactó con ella. Entablóse una lucha confusa y sangrienta, que iba a durar meses enteros, entre la tropa revolucionaria y el mando, la oficialidad, los aliados, el gobierno

rumano, los socialistas gubernamentales (socialistas-revolucionarios y mencheviques, y la Ucrania nacionalista, que se había coaligado contra la segunda revolución).

Un puñado de bolcheviques, a cuyo frente se puso un joven militante de gran valor, Semen Rochal, logró imponerse en un momento dado al Estado Mayor y tomar en sus manos el mando del ejército. A los pocos días fueron detenidos (hacia el 10 de diciembre). Algunos oficiales ucranianos degollaron a Rochal. Sus setenta y tres compañeros de cautividad, maltratados y amenazados todos los días con un castigo análogo, fueron canjeados más adelante, en marzo, por algunos representantes de la burguesía rumana detenidos en Rusia. El ejército rumano, mandado por el general Averesco, se apoderó de las enormes provisiones de material de guerra que el mando ruso le entregó de muy buena gana. Los oficiales rusos acometieron la empresa de formar destacamentos blancos, uno de los cuales, el del general Drosdovski, se unió más tarde al ejército incipiente de Denikin. Algunas unidades rojas del ejército de Rumanía se abrieron paso, combatiendo, a través de Ucrania.

El gobierno rumano, alentado por los aliados, preparaba desde tiempo atrás la anexión de la Besarabia, que los aliados parece que le habían prometido desde el comienzo de la Revolución rusa (aunque los Imperios centrales se les habían adelantado en este ofrecimiento). El «movimiento nacional moldavo» revistió en Besarabia caracteres análogos a los del movimiento nacional ucraniano, salvo en que los servicios secretos del Estado Mayor rumano le sirvieron de base más sólida. Los temores imperiosos del momento se sumaban a las antiguas ambiciones de la burguesía rumana; para poner coto a la revolución se imponía su despojo. La Besarabia era un foco peligroso de contagio revolucionario. La imaginación de los boyardos valacos y moldavos[9] estaba obsesionada por los recuerdos del levantamiento de los campesinos de 1907, levantamiento que fue como el contragolpe de la primera Revolución rusa. Sus agentes constituyeron un pretendido «Consejo Nacional», el Sfatul-Tserii, elegido por supuestas organizaciones que dieron mayoría a los moldavos.[10] Su partido nacional se dedicó a crear un ejército. Pero

---

9 Los boyardos rumanos forman una especie de nobleza de propietarios latifundistas; el año 1907 ahogaron la sublevación de los campesinos con la sangre de 15.000 de estos.

10 Júzguese por las siguientes cifras lo que representaba el Sfatul-Tserii. En el mismo momento de constituirse este falso parlamento nacional se realizaban las elecciones para la Asamblea Constituyente. Participó en ellas la cuarta parte de la población, o sea 600.000 personas; los votos se repartieron de la manera siguiente: lista de los Soviets, 200.000; socialistas-revolucionarios, 229.000;

el espíritu de los soldados era tal que cuando los rumanos intentaron por vez primera, en los primeros días de enero, penetrar en Kichinev, fueron rechazados por los regimientos moldavos que actuaban en concierto con las tropas revolucionarias rusas. Para someterlos hubo necesidad de fusilar a una veintena de soldados revolucionarios.

El Sfatul-Tserii, presidido por un ex comisario del gobierno de Kérenski, socialista-revolucionario además, se reunió el 21 de noviembre para hacer manifestaciones análogas a las de la Rada ucraniana. La oposición de algunos socialistas de buena fe no fue bastante para impedir que se constituyese un directorio adicto a los rumanos. Esta asamblea, en la que los agentes rumanos llegaron incluso a presentarse como bolcheviques (así lo hizo Buzdugan, el mismo que había de leer, el 27 de marzo siguiente, el llamamiento del Sfatul-Tserii al rey de Rumanía), recurrió a todos los medios: intrigas, intimidación, corrupción y demagogia.

Los rumanos, con la colaboración del general Cherbachev, ocupaban entre tanto los puntos estratégicos y cortaban el aprovisionamiento de las tropas revolucionarias. No lograron apoderarse de Kichinev sino después de haber quebrantado, en el curso de una reñida batalla que duró varios días, la resistencia de los campesinos moldavos y de los revolucionarios rusos.

Matanzas oficiales

De esta época y de estos hechos arrancan los comienzos espontáneos del terror rojo. Este fue una consecuencia directa de toda una sucesión de hechos. Los consejos de guerra no conseguían mantener la disciplina en el ejército sino recurriendo a la pena de muerte, es decir, al terror legal ejercido sistemáticamente. En el ejército y en la armada sangraba todavía el recuerdo de las implacables represiones de 1905-1906. Además, en todas partes los oficiales se convertían a ojos vistas en los agentes más activos de la contrarrevolución. Durante meses habían venido reclamando en voz alta el restablecimiento de la pena de muerte en los ejércitos, única garantía real que tenían para mantener la disciplina. Acostumbrados durante la guerra a tratar al rebelde como a una bestia peligrosa que se derriba de un tiro sin proceso alguno, entraba en sus mismos cálculos el terror.

---

minoría judía, 60.000; cadetes, 40.000; «partido nacional moldavo», 14.000. Por consiguiente, el partido que tenía la mayoría en el Sfatul-Tserii solo reunió el 2.3 % de los votos. No consiguió representación en la Asamblea Constituyente.

En todos aquellos lugares en donde la oficialidad lograba dominar en un momento dado, se reproducían episodios análogos al de la matanza de los obreros del arsenal del Kremlin por los junkers durante la batalla de las calles de Moscú. El odio sembrado así, a manos llenas, dio sus frutos en pocas semanas. El general Denisov ofrece una estadística interesante de los oficiales rematados por sus soldados solo en la región del Don, entre el 13 de febrero y el 14 de abril de 1918: catorce generales, veintitrés coroneles, doscientos noventa y dos oficiales de carrera.[11] Algunos hechos episódicos nos ilustrarán sobre esta ola de terror.

Por una calle de una pequeña población de Crimea pasa un oficial. Nadie repara en él. Pero un mendigo, que se arrastra sin piernas por el suelo, se fija en él. Y aquel despojo de hombre se pega a los talones del oficial que pasa: «¡Arránquese las charreteras, camarada, arránqueselas!» El oficial alarga el paso. Entonces el lisiado amotina a la muchedumbre a los gritos de «¡Camaradas! ¡Ahí tenéis la contrarrevolución que pasa!» La escena ha sido relatada por un testigo ocular.[12]

El mismo testigo relata la ejecución de oficiales de marina que tuvo lugar en Sebastopol. Los marinos rojos ocupaban la estación. Todos los oficiales de marina que llegaban eran sometidos a un interrogatorio muy breve. Si ocurría que el oficial interrogado se hallaba en servicio durante los años 1905-1906, época en la que los consejos de guerra se distinguieron por su rigor, lo ponían de espaldas contra la pared. Los oficiales que no se hallaban en este caso pasaban sin ser molestados por entre aquellas sangrientas encrucijadas, bajo la mirada severa de los marinos.

Pero después de los combates de la guerra civil, después de las traiciones del frente rumano, de los complots y de las sublevaciones de Ucrania, del Don, del Kuban, del Ural y de Crimea, el furor de los marinos y de los soldados no estableció ya distinciones entre los oficiales.

Los primeros telegramas del sur que daban cuenta de las ejecuciones en masa de oficiales fueron publicados en Petrogrado durante la segunda quincena de enero. En ellos se describían los acontecimientos de Crimea. Algunos oficiales, puestos al frente de destacamentos tártaros, se habían apoderado de la Península y habían fusilado a sus prisioneros bolcheviques. La llegada de los marinos rojos restableció la situación.

---

11 S. V. Denisov, *Los principios de la guerra civil en el sur.* El autor es un blanco.

12 N. Krichevski, «En Crimea», *Archivos de la Revolución rusa,* Berlín, vol. XIII (publicación de emigrados).

Uno de los telegramas del 20 de enero, en el que se relata el bombardeo de Yalta por dos torpederos rojos, termina con estas líneas: «Han sido pasados por las armas varias decenas de oficiales. Fueron rematados en la orilla del mar; se les ahogó lanzándolos al agua con una piedra al cuello. Sus cadáveres flotan en el puerto; dos grandes comerciantes han sido fusilados.»

Hechos análogos ocurrieron en casi todas las poblaciones de Crimea. El terror rojo brotaba en aquellos paisajes, que son los más hermosos y apacibles de Rusia.

Pero generalmente no pasaban de ser matanzas de oficiales realizadas por sus propios soldados, y esto solo ocurría en aquellas regiones en que se encendía la guerra civil. Por el contrario, en las capitales y en la mayor parte del territorio daba la revolución pruebas de una gran magnanimidad con sus enemigos; esa magnanimidad no iba a desaparecer sino al cabo de muchos meses.

El armisticio

El Consejo de Comisarios del Pueblo daba principio a su difícil lucha en favor de la paz.

Esta iniciativa suponía riesgos enormes. ¿Qué es lo que se sabía a punto fijo acerca de la situación interior de los demás países beligerantes? Si era exacto el cálculo que se hacían los bolcheviques —cálculo fundado en la confianza que tenían en el proletariado revolucionario y en su certidumbre de que los países en lucha estaban descalabrados—, su táctica audaz era la buena táctica, ya que no podía hacer otra cosa que contribuir a que madurasen los acontecimientos. ¿Y si se engañaban? ¿Si se engañaban, aunque solo fuese acerca del grado de madurez a que había llegado la situación? ¿No contestaría el estado mayor de los Imperios centrales a las proposiciones de armisticio por medio de operaciones fulminantes contra un ejército en plena descomposición, en el que no eran obedecidos los oficiales, y cuyos soldados se desmovilizaban por sí mismos, por unidades enteras, para regresar a sus pueblos? Se hubiera dicho que los bolcheviques pegaban fuego a los navíos de la revolución. ¿Podrían ellos, solo ellos, sostener la guerra revolucionaria que aceptaban en principio, en el caso de que Alemania tuviese todavía fuerza para rechazar sus proposiciones?

El éxito que obtuvo la estrategia de Lenin en su lucha en favor de la paz no debe hacemos olvidar las incertidumbres en medio de las cuales tuvo que actuar.

El 18 de noviembre, al mismo tiempo que sucumbía la Stavka, salía para Brest-Litovsk un tren especial conduciendo a la delegación soviética encargada de negociar el armisticio. Estaba formada por nueve personas: A. A. Iofe, antiguo emigrado y colaborador de Trotski en el *Pravda* que se publicaba en Viena; L. B. Kámenev; S. G. Mstislavski, oficial, socialista-revolucionario de izquierda y periodista de talento; G. I. Sukhanov; un ex terrorista (socialista-revolucionario de izquierda también), A. A. Bitzenko; un marino, un soldado, un campesino, un obrero. Iban acompañados de varios oficiales superiores, a título de técnicos. Actuaba de secretario un modesto militante que se llamaba Karajan. A su llegada a las líneas alemanas salió a saludarlos el príncipe Leopoldo de Baviera. Al frente de los plenipotenciarios de los Imperios centrales se encontraba el general Hoffmann.

Estas negociaciones fueron una especie de duelo.[13] Por primera vez en la historia moderna se enfrentaban tranquilamente alrededor de un tapete verde hombres tan distintos, que no representaban a estados sino a clases sociales enemigas, corteses, reservados, observadores, dominados por un odio fríamente consciente. De un lado vistosos uniformes, resplandecientes de condecoraciones, príncipes y generales; frente a ellos la insolencia de una zamarra de marino, de una anguarina de campesino, de un capote de soldado raso, de una blusa de eterno estudiante, ropas oscuras sin insignia alguna, trajes de paisano de gente que acababa de volver del destierro, continente sobrio de insurrectos triunfantes.

De un lado y de otro se sopesaron todas las palabras. Por encima de las cabezas de los generales querían los rusos hablar a las tropas, a las masas; por encima de las cabezas de los austro-alemanes pretendían hablar a todos los beligerantes. Pero sus adversarios perseguían objetivos inmediatos, eminentemente prácticos. Las insolentes declaraciones de principios fueron escuchadas con la misma impasibilidad con que las leyó Kámenev. Cuando llegó el momento de las proposiciones concretas y se invitó a los rusos a que formulasen las suyas, fueron cogidos de sorpresa: ¡Habían tenido que improvisar todo con tal rapidez que no se había podido preparar nada! Hubo que ganar tiempo. Hoffmann no consintió en hablar el

---

13 Mstislavski, *Brest-Litovsk. Las negociaciones del armisticio.*

primero. El que primero habla pone al descubierto sus baterías. Después de reflexionar, propusieron los rusos las siguientes condiciones: armisticio de seis meses; compromiso de los austro-alemanes de no transportar sus tropas del frente oriental al occidental; libertad de propaganda; fraternización de las tropas; evacuación por los Imperios centrales de la fuerte posición estratégica de Moonsund.[14]

Esta última cláusula les supo a ultraje a los representantes de los Imperios centrales, pero la escucharon impasibles. Por su parte, ofrecieron un armisticio de catorce días. La intransigencia de los rusos los desconcertó: se separaron después de acordar una suspensión de hostilidades.

Reanudadas las negociaciones, se firmó un armisticio el día 2 de diciembre, con un plazo de veintiocho días, plazo renovable. Los austro-alemanes se comprometían a no realizar ningún reagrupamiento de fuerzas de un frente a otro, compromiso mucho más aparente que real. El convenio admitía la fraternización de la tropa bajo forma de «contactos organizados». Hoffmann se había negado obstinadamente a admitir este punto. Pero Kámenev logró que cediese. «Pero vamos a ver —le decía el general alemán—, no sea usted intransigente: la prohibición no impedirá que los soldados fraternicen». Era un general que no se engañaba acerca de la realidad.

Manos a la obra

El periodo que va desde los primeros días de noviembre hasta la disolución de la Asamblea Constituyente (el 7 de enero de 1918) comprende, en el interior, la resistencia económica de las antiguas clases dirigentes, la lucha política en torno a la Asamblea Constituyente y la lucha en favor de la paz. Tendremos forzosamente que analizar por separado estos tres órdenes de acontecimientos, que no fueron, en realidad, sino tres aspectos de un único proceso.

Ya conocemos cuál era en aquel momento la situación general. Para comprender cuál fue el trabajo realizado, nos bastará con una somera enumeración de los actos principales llevados a cabo por el poder de los Soviets. Noviembre: el 10, decreto aboliendo la diferencia de castas y la jerarquía civil;[15] el 22, decreto acerca de la requisa de ropas de abrigo para

---

14 Estrecho situado entre las islas de Dago y Oesel y la costa estoniana.

15 La jerarquía del Antiguo Régimen había sido establecida el año 1722 por Pedro el Grande, y comprendía las siguientes clases: civil, eclesiástica, militar, marina, cortesana, de ciencias. Por

proveer al ejército; el 26, revocación hecha por el comisario de asuntos exteriores, Trotski, de veintiocho diplomáticos y agentes consulares de Rusia en el extranjero (todos los embajadores de Rusia cerca de las grandes potencias figuran en esa lista); el primero de diciembre, creación del Consejo Superior de la Economía; el 7, creación de la comisión extraordinaria para luchar contra el sabotaje y la contrarrevolución, llamada, por abreviación, la Vecheca; el 9, apertura de negociaciones de paz en Brest-Litovsk; el 11, decreto estableciendo la jornada de trabajo de ocho horas en la red ferroviaria; creación de una Comisaría de Instrucción Pública (hasta entonces se encontraba la enseñanza en manos de la Iglesia); el 16, decreto estableciendo la elegibilidad de los grados en el ejército; decreto confiscando los bienes de la Sociedad Metalúrgica Rusobelga; el 17, confiscación de bienes de la Sociedad de Electricidad llamada de 1886; prohibición de la compraventa de inmuebles en las ciudades; el 18, decreto instituyendo el matrimonio civil; el 19, decreto instituyendo el divorcio; el 21, decreto acerca de la simplificación de la ortografía; instrucción al Tribunal Revolucionario; el 24, confiscación de los establecimientos industriales Putilov; el 29, resolución en la que se prescribe la cesación del pago de cupones de rentas, dividendos, etc.; el 31, creación de un colegio de protección a la maternidad y a la infancia; el 3 de enero, proclamación de la República Federativa de los Soviets de Rusia; decreto sobre la organización de un ejército rojo socialista...

¡Formidable derribo, formidable trabajo creador! El sabotaje obstaculizaba todo, la contrarrevolución llevaba a cabo por todas partes sus trabajos de zapa. Sus elementos activos son en aquel momento: la alta burguesía, agrupada en torno del partido de los cadetes, los oficiales que son algunas decenas de miles de hombres, el partido socialista-revolucionario. El 6 de noviembre era detenido el antiguo líder de los «verdaderos rusos» ultrarreaccionarios, Purichkevich. Se le encontró encima una carta dirigida al atamán Kaledin, en la que se decía: «No hay otra manera, para salvar la situación, que formar regimientos de oficiales y de junkers... El poder se encuentra en las manos de una plebe criminal a la que no se logrará hacer entrar en razón sino a fuerza de fusilamientos y estrangulamientos públicos.»

---

ejemplo, la jerarquía civil abarcaba 14 dignidades, que empezaban en la de canciller del Estado (dignidad que correspondía al grado de general-mariscal de campo en el ejército) y de «consejero secreto efectivo», hasta la de «registrador de colegio» (título civil que corresponde al grado de subteniente). Las personas recibían en la conversación y en la correspondencia el tratamiento que correspondía a su rango: nobleza, alta nobleza, muy alta nobleza, excelencia, alta excelencia, etc.

Hagamos notar, con fecha 7 de noviembre, en un documento redactado por Trotski y publicado en nombre del Consejo Revolucionario Militar, la primera amenaza de aplicar las medidas que habían de caracterizar más adelante al «comunismo de guerra». El CRM hacía constar que el sabotaje conducía a la ruina del país y advertía a las clases ricas que «estaban jugando con fuego». «Ellas serán las primeras en sufrir las consecuencias de la situación que están creando. Se procederá a privar a las clases ricas y a sus colaboradores del derecho a participar en la distribución de productos. Serán requisadas todas sus provisiones Se confiscarán los bienes de los principales culpables.» Se invitaba a la población trabajadora a que boicotease a los saboteadores.

A principios de diciembre se agravó considerablemente la situación en Petrogrado a consecuencia del saqueo de las bodegas de vino. Las muchedumbres ebrias, furiosas y desmoralizadas amenazaron sumir a la capital en una crisis de anarquía. Fue necesario nombrar, para reprimir una algarada, un comisario extraordinario, provisto de plenos poderes.

Como contestación a los manejos de los contrarrevolucionarios, propuso Lenin (en el discurso que pronunció el primero de diciembre ante el Ejecutivo Panruso de los Soviets) que se declarase enemigos del pueblo a los constitucionales-demócratas (cadetes). Decía: «Cuando una clase revolucionaria está en lucha con las clases posesoras que se le resisten, debe quebrar esas resistencias; y nosotros lo haremos empleando los mismos medios que emplearon ellas contra el proletariado. Hasta ahora no se han inventado otros.»

Lenin se negaba a perseguir a personalidades aisladas, como se lo proponían: «Nuestros golpes deben ir contra el estado mayor de una clase entera». En efecto, no se trataba de conducirse con mayor o menor justicia con las personas. El partido de M. Miliukov encontró defensores inesperados en los socialistas-revolucionarios de izquierda y en Maxim Gorki. También esta vez el gran escritor fue inducido a error por su amor a la cultura. «El partido cadete —escribía— reúne a los hombres más cultos del país» (*Novaia Zizhn*, 7 de diciembre.) ¿No agrupaba también el partido de Thiers y de Galiffet a los hombres más cultos de Francia en 1871? En el fondo la medida era bastante anodina. Como consecuencia de ella se realizaron algunas detenciones.[16]

---

16 Hasta tal punto llegaba la mansedumbre de los Soviets, por aquel entonces, que Purichkevich, uno de los mayores responsables del antisemitismo ruso, recobró luego la libertad y pudo escapar

Pocos días después aceptaban los socialistas-revolucionarios de izquierda la participación en el poder, después de que se hubo pronunciado en favor de la revolución de octubre la mayoría del Congreso Panruso de los Soviets rurales. Seis de sus líderes entraron a formar parte del Consejo de Comisarios del Pueblo (Prochian, Algasov, Trutovski, Steinberg, Mijailov e Ismailovich). Lenin era de la opinión de que el bloque de los bolcheviques y de los socialistas-revolucionarios de izquierda, partido que ejercía una gran influencia en el campo, «podía ser una coalición de buena fe porque no existía desacuerdo fundamental entre los intereses de los obreros y los de los campesinos trabajadores y explotados».

«El socialismo —volvió a escribir— puede satisfacer muy bien a los unos y a los otros. Y solo el socialismo es capaz de hacerlo.» Aunque no estuviesen de acuerdo con los campesinos en ciertas cuestiones de programa, era obligación de los bolcheviques, en opinión de Lenin, sostenerlos en su lucha contra la burguesía.[17] El criterio general que tiene Lenin en aquel momento acerca de la situación se encuentra definido, mejor que en ningún otro documento, en un discurso que pronunció en el Congreso de la Armada.[18] Entresaquemos de él algunas líneas:

> Ya están las masas oprimidas frente a la más ardua de las tareas que les espera: tienen que construir ellas mismas el Estado. Estáis viendo qué capacidad de resistencia tiene la burguesía, cómo se esfuerza por poner un dique a nuestra actividad recurriendo al sabotaje, qué oleadas de mentiras y de calumnias vierte sobre nosotros con cualquier pretexto y aun sin ninguno... Nosotros decimos: es indispensable un poder fuerte, es indispensable recurrir a la compulsión y a la violencia. Pero nos serviremos de ellas contra un puñado de capitalistas, contra la clase burguesa [...] Las clases trabajadoras no deben contar sino con ellas mismas [...] ¡Fiemos en nuestras propias fuerzas! Divididas, las masas son impotentes; unidas, son fuertes.

Las elecciones en la Asamblea Constituyente

Las elecciones para la Asamblea Constituyente, tanto tiempo diferidas por el gobierno provisional bajo la presión de la burguesía, tuvieron lugar a mediados de noviembre.

---

al extranjero. Murió en el destierro. Es conocido su libro *Cómo maté a Rasputín*.

17 Hoja volante del 18 de noviembre.

18 El 22 de noviembre.

Tomaron parte en ella todas las clases, todos los partidos, aunque sus propósitos eran muy diferentes. La burguesía propiamente dicha no fundaba sino muy pocas esperanzas en la futura Asamblea. Existen numerosas pruebas que nos la retratan en aquel momento; se halla desconcertada, sin cabezas, sin jefes, sin programas de acción, sin saber qué camino tomar. Los medios comerciales e industriales solo envían subsidios irrisorios al ejército de voluntarios del general Alexeiev; no se comprende a los jefes militares, y el egoísmo del particular triunfo sobre el espíritu de clase.

La resistencia armada a la revolución es obra de los generales reaccionarios y de la casta militar, que se ha hecho muy numerosa durante la guerra. La aristocracia y la burguesía dominan la oficialidad de carrera; los restantes oficiales, los más numerosos, se reclutan entre los intelectuales y en la pequeña burguesía. Son estos los elementos viriles de la contrarrevolución. Se mofan de la Constituyente. Para ellos el problema está en organizar regimientos leales agrupándolos en torno a un nuevo centro gubernamental, para restablecer el orden del mismo modo que se hace la guerra, sin ahorrar las municiones.

Solo el partido socialista-revolucionario aguardaba la Asamblea Constituyente con una esperanza que rayaba en el misticismo. Este partido, renunciando a sus tradiciones revolucionarias, vivía desde muchos meses atrás en una especie de delirio democrático. El partido socialista-revolucionario, firme con el sufragio de millones de campesinos, de los intelectuales, de las clases medias de las ciudades y hasta de algunos elementos radicales de la burguesía, alentado por el socialismo internacional y por los gobiernos aliados, seguros de obtener una copiosa mayoría en la próxima Asamblea Constituyente —¡a la que seguiría, sin duda, una asamblea legislativa!—, se creía el gran partido parlamentario y gubernamental del mañana. ¿Podía ser de otro modo?

Los bolcheviques se hallaban algo embarazados, previendo el éxito electoral de los socialistas-revolucionarios. Lenin habría querido modificar la ley electoral, concediendo el voto a los jóvenes de dieciocho años, decretando la revocabilidad de los candidatos y de los elegidos, negando el derecho del voto a los cadetes y a los contrarrevolucionarios. Pero los bolcheviques mismos habían exigido durante el gobierno provisional la convocatoria de la Asamblea Constituyente, que en aquel entonces suponía un progreso. Y en las provincias esperaban la Asamblea. «¡Mucho camino habremos andado si la Asamblea se compone de cadetes, mencheviques y socialistas-revolucionarios!» Pero se

le contestaba: «Para cuando se reúna seremos mucho más fuertes que ahora». Lenin se inclinó ante la mayoría, no sin expresar su recelo de que «no fuese a costar aquel error la cabeza a la revolución».[19]

Concretó su criterio sobre la Asamblea Constituyente en las tesis publicadas por *Pravda* a principios de diciembre. Repasémoslas. En el programa de la socialdemocracia ocupaba un lugar legítimo la Asamblea Constituyente, porque venía a realizar la más alta forma de democracia dentro de una república burguesa. Pero los Soviets constituyen una forma de democracia superior, la única que es capaz de asegurar el paso al socialismo con el menor dolor posible. El actual escrutinio está falseado porque se realiza por las listas electorales caducadas, anteriores a las grandes transformaciones que han tenido lugar en el país. El partido que goza de mayor popularidad entre los campesinos, el socialista-revolucionario, se presenta ante los electores con listas únicas, cuando todos sabemos que se encuentra escindido.[20] La mayoría del pueblo no ha tenido todavía tiempo de darse cuenta del alcance de la revolución soviética; los resultados de las reelecciones de los comités del ejército, de los comités de provincias, etc., demuestran en qué forma se están reagrupando los elementos políticos. Por otra parte, los contrarrevolucionarios han dado comienzo a la guerra civil en el sur y en Finlandia, «suprimiendo así toda posibilidad de arreglar por los procedimientos formales de la democracia las cuestiones más urgentes».

Estos conflictos no pueden solucionarse sino mediante la victoria completa de los obreros y de los campesinos, por la «represión implacable del levantamiento de los esclavizadores». Encarar el problema de la Asamblea Constituyente con independencia de la lucha de clases y de la guerra civil es colocarse en el punto de vista de la burguesía. Si la Asamblea Constituyente «se colocase en desacuerdo con el poder de los Soviets, estaría condenada a una muerte política fatal». «Los intereses de la revolución están por encima de los derechos formales de la Asamblea Constituyente». ¿Solución para resolver semejante crisis? Que el pueblo pueda reelegir a los miembros de la Asamblea; que esta se declare en favor de los Soviets y condene la contrarrevolución. De lo contrario «la crisis solo podrá resolverse recurriendo a métodos reaccionarios».

---

19 Véase L. Trotski, *Acerca de Lenin,* cap. IV.

20 Conviene hacer resaltar esta equivocación grave —y característica— que cometieron los socialistas-revolucionarios de izquierda. Separados de los socialistas-revolucionarios de derecha por un foso imposible de colmar, pero ligados por una tradición común, por el viejo nombre del partido, por las viejas ilusiones acerca de las mayorías, presentaron listas comunes con ellos. Los socialistas-revolucionarios de la contrarrevolución se beneficiaron con la popularidad de los de izquierda.

Las elecciones terminaron a finales de noviembre y sus resultados fueron los siguientes: el 30 de diciembre habían sido elegidos 520 diputados, de los cuales 161 eran bolcheviques, 267 socialistas-revolucionarios, 41 socialistas-revolucionarios y mencheviques ucranianos, 15 cadetes, 18 mencheviques, 33 diputados (casi todos socialistas-revolucionarios) de las minorías nacionales o de pequeños partidos.[21] Participaron en el escrutinio 36.262.560 electores, cuyos sufragios se repartieron como sigue:

Partidos burgueses (cadetes, etc.)	4.600.000	13 %
Socialistas-revolucionarios	20.900.000	58 %
Mencheviques	1.700.000	4 %
Bolcheviques	9.023.963	25 %

Por consiguiente, entre socialistas-revolucionarios y mencheviques sumaron 22.600.000 votos, o sea el 62 % del total. Estas cifras, que han sido publicadas por el socialista-revolucionario N. V. Sviatitzki,[22] han sido comentadas por Lenin en un notable estudio que publicó en 1919, titulado *Las elecciones para la Constituyente y la dictadura del proletariado.* Las cifras tienen su elocuencia especial, pero es a condición de que se sepa leerlas. El campo habían votado por los socialistas-revolucionarios; las ciudades industriales por los bolcheviques. Estos habían arrastrado a la inmensa mayoría del proletariado. (No debe inducir a error la cifra relativamente importante obtenida por los mencheviques; hay que descontar de esa cantidad los 800.000 votos no proletarios que obtuvieron en el Cáucaso, su feudo.)

Vemos, pues, que tomando las dos capitales en conjunto el escrutinio arroja los resultados siguientes:

Cadetes	515.000
Socialistas-revolucionarios	218.000
Bolcheviques	837.000
TOTAL	1.570.000

21 En realidad, los elegidos fueron más de 600; pasaron de 150 los que no tuvieron tiempo de trasladarse a Petrogrado.

22 N. Sviatitzki: «Las elecciones para la Constituyente», en *Un año de Revolución rusa (1917—1918),* Moscú, 1918. La estadística del autor comprende Rusia y Siberia, con excepción de algunas regiones (Olonetz, Estonia, Kaluga, Besarabia, Podolia, Oremburgo, país de los Yakutes, Don).

No menos significativo fue el reparto de los votos en el ejército:

Socialistas-revolucionarios	1.885.000
Cadetes	51.000
Minorías nacionales	756.000
Bolcheviques (con la armada)	1.791.000

«Mas sin la mitad del ejército —deduce Lenin—, que había sido conquistado por los bolcheviques, no habríamos vencido». Otro hecho decisivo: los frentes más cercanos a las capitales, es decir, los mejor informados y los más importantes —frente occidental y frente del norte—, daban a los bolcheviques una mayoría formidable: 1.000.000 de votos contra 420.000 socialistas-revolucionarios.

Por consiguiente, aunque los bolcheviques hubiesen reunido solamente una cuarta parte de los sufragios, estaban seguros del triunfo, por efecto de la distribución.

> Reunir en el momento decisivo y en los puntos en que ha de decidirse la batalla una supremacía aplastante de fuerzas, esta ley que proporciona en la guerra los éxitos militares, proporciona también los éxitos políticos, sobre todo durante la enconada guerra de clases que se llama revolución.
>
> Las fuerzas del proletariado son en todos los países capitalistas infinitamente superiores a su fuerza numérica con relación al conjunto de la población. El proletariado ejerce el dominio económico de los centros y de los nervios de todo el sistema capitalista.

Por lo que se refiere a las masas campesinas, solo después de haberse apropiado del poder le será posible al obrero conseguir sus votos:

> El poder político puede y debe ser en manos del proletariado un medio para hacerse con las masas trabajadoras no proletarias, el medio de conquistar esas masas que hoy están con la burguesía y con los partidos pequeñoburgueses.

Lenin tuvo que esperar los acontecimientos del año siguiente para deducir estas enseñanzas. Los bolcheviques, aunque muy seguros de sí mismos, tomaron en vísperas de la reunión de la Asamblea Constituyente todas las medidas necesarias para quebrar la eventual resistencia de la «democracia» socialista-revolucionaria.

«Salta a la vista la equivocación —decía Lenin—. Hemos tomado el poder; ¡pero nos hemos colocado nosotros mismos en una situación tal que nos vemos obligados a reconquistar por la fuerza ese poder!»[23] Recelaba de los regimientos de campesinos.

La defensa de la Asamblea Constituyente

Nada, en efecto, permitía prever una impotencia tan completa de la democracia pequeñoburguesa.

Un militante socialista-revolucionario nos ha dejado un relato detallado de la defensa y de la preparación de los trabajos de la Constituyente. El documento es de lo más interesante.[24]

El autor pone de relieve el hecho de que la idea de la Asamblea Constituyente fue la idea por excelencia del partido socialista-revolucionario, partido de la democracia; el pueblo permanecía más bien reacio a ella, pues prefería los Soviets a la Constituyente, porque los comprendía mejor. «¡Los Soviets son cosa nuestra!», se decía. Los campesinos votaban con gusto al partido socialista-revolucionario; le llamaban «su partido», ellos querían la tierra; no veían claro lo de la Constituyente y se la imaginaban más bien como un medio que como un fin.

Como el choque entre la mayoría socialista-revolucionaria de la Constituyente y los «bolcheviques usurpadores» era fatal, había que pensar en organizar su defensa y en armarse. Se formó un Comité de Defensa de la Constituyente, sin tapujos, desde luego, y en un local muy frecuentado, en el centro mismo de la ciudad. Como lo reconoce el mismo B. Sokolov, fue aquél un comité de intelectuales sin contacto con los obreros y sin contacto con la guarnición.

La Organización Militar del partido socialista-revolucionario era, eso sí, una fuerza mucho más efectiva. Ejercía una influencia preponderante en dos de los regimientos de la guarnición, los de Semenovski y Preobrajenski, en cuyas filas había colocado hasta seiscientos de sus afiliados. Contaba también con la compañía de automóviles blindados. Publicaba un diario antibolchevique, *Capote Gris (Seraia Chinel)*. Se había hecho también que regresaran del frente algunas decenas de

23 Trotski, *Acerca de Lenin.*

24 Borís Sokolov, «La defensa de la Asamblea Constituyente», *Archivos de la Revolución rusa,* t. XIII, Berlín, 1924 (Publicación dirigida por emigrados). El autor de este trabajo continúa fiel a la doctrina de la Constituyente.

soldados socialistas-revolucionarios, y se les había agrupado en una titulada Universidad Popular de Soldados. Existía también la Organización de Combate (terrorista) del partido, dirigida por un tal Onipko, y que contaba con una treintena de hombres audaces.

Estas fuerzas eran bastante considerables. De haber sido bien empleadas habrían dado que hacer a los bolcheviques. Al permanecer en la inacción se desmoralizaron y se perdieron.

Parecía que los políticos socialistas-revolucionarios, dominados por una especie de psicosis parlamentaria, de la que no conocemos otro ejemplo igual, habían perdido todo contacto con la realidad. El relato de Sokolov es más cómico que trágico. La fracción socialista-revolucionaria de la Constituyente, que ocupaba un inmueble situado cerca del palacio de Táuride, se dedicaba a grandes trabajos preparatorios, bajo la inspiración de los oráculos del partido, Chernov y Avkséntiev. Comisiones, subcomisiones, comités, deliberaban todos los días extensamente, preparando proyectos de ley, haciendo estudios acerca de la futura constitución democrática; en una palabra, preparándose para legislar y gobernar, sin prescindir de un bello ceremonial parlamentario al estilo occidental.

Absortos en sus actividades parlamentarias, no querían los diputados constituyentes ni oír hablar de resistir a la posible violencia de los bolcheviques. Su domicilio político se hallaba abierto a todo el mundo. Ni siquiera sospechaban que sus teléfonos estaban intervenidos. Dedicados de lleno a sus trabajos, no ponían el pie en los cuarteles ni en las fábricas, en donde sus colegas bolcheviques no se daban punto de reposo.

La Federación de Funcionarios y Empleados les ofreció apoyar su acción por medio de una huelga general. Declinaron el ofrecimiento. Les hablaban de defenderse. «¿Defendernos? ¿Es que no somos acaso los elegidos del pueblo soberano?» «Se creía que había un poder indefinido que protegía a la Asamblea Constituyente; que el gran pueblo ruso no permitiría que fuese profanada la idea más grande que había nacido de la revolución...» (B. Sokolov.) Se llenaban la boca con estas palabras hueras, que no encerraban idea alguna.

Los jefes del partido socialista-revolucionario, en especial Chernov, participaban de esta psicosis parlamentaria, que tal vez tenía su origen en la conciencia clara de su impotencia. «Los bolcheviques no se atreverán», afirmaban.

Hay indicios de que Gotz tuvo un poco más de clarividencia. Participó muy activamente en los preparativos de la manifestación «pacífica» del 5 de enero, encaminada a buscar para la Asamblea, en el día de su apertura, el apoyo de la calle. ¿Pacífica? El Comité Central socialista-revolucionario decidió a último momento darle este carácter; pero todo estaba listo para transformarla en un golpe de mano. Trece autos blindados tenían la misión de atacar Smolny: los regimientos socialistas-revolucionarios habrían secundado el movimiento. Los diputados constituyentes condenaron, en el último momento, esta acción.

El grupo terrorista socialista-revolucionario de Onipko preparaba el secuestro —o el asesinato— de Lenin y de Trotski. Su gente había conseguido penetrar en Smolny; uno de los del grupo desempeñaba el cargo de chofer de Lenin; otro era portero de una casa a la que Lenin iba frecuentemente de visita. En torno a Trotski se había urdido una trama tan hábil como esta. El Comité Central del partido se negó, a última hora, a autorizar estos atentados. Motivo: la popularidad de los dos jefes de la revolución era muy grande; su desaparición habría provocado represalias terribles; y, también, porque la era del terrorismo había concluido. Se ve en ello una mezcla curiosa de buen sentido político y de pusilanimidad. (A pesar de todo, hubo dos terroristas que intentaron asesinar a Lenin, contra cuyo coche hicieron varios disparos de revólver en el centro de la ciudad, el 2 de enero.)

Los socialistas-revolucionarios que hicieron acto de presencia en las fábricas para predicar la lucha contra los bolcheviques, a cuya influencia estaban sometidos, tuvieron una acogida por demás expresiva. Les preguntaron «si no era mucho mejor ponerse de acuerdo con los bolcheviques, que se habían consagrado a defender la causa del pueblo». Los comités de los regimientos de Semenovski y de Preobrajenski, en los que dejaron sentir su acción los agitadores bolcheviques, acabaron por ceder.

La manifestación del día 5 se vio muy concurrida y fue lamentable.[25] Acudió a ella en gran número la pequeña burguesía de la ciudad. La gente se apiñó en las calles centrales, pero bastaron algunos disparos hechos aquí y allá por los marinos para dispersar a aquella multitud

---

25 Borís Sokolov reconoce que la mayoría de los manifestantes pertenecía a capas burguesas y medias de la población, movidas por el odio al bolchevismo más que por simpatía hacia la Constituyente. Estos elementos reaccionarios se agrupaban, ya por instinto, como había ocurrido durante las primeras actividades importantes de la guerra civil, detrás de los socialistas-revolucionarios y de la Constituyente. Conviene no olvidar esta confesión.

cobarde, desarmada y abandonada por unos jefes vacilantes. «Fue una cosa absurda y ridícula», dice nuestro autor. Opina que los bolcheviques no habrían contado con fuerzas para resistir a una manifestación armada y conducida con energía. Pero en esto se engaña, sin duda, y con mucho. Pero no es menos cierto que la depresión nerviosa que sigue a las grandes acciones de masas hace a veces difícil el reanudar estas en un plazo muy corto. Es posible que la laxitud del proletariado de Petrogrado hubiese sido causa de que la situación fuese comprometida durante el primer día.

La Asamblea, que se reunió en aquella atmósfera de sublevación fallida, tuvo la sensación de que estaba condenada. De sus perdidas ilusiones solo quedaba una mezcla de miedo, de resignación cívica y de «pose». No les quedaba a los diputados constituyentes otra cosa ya que hacer, sino acabar de una manera elegante: adoptar una postura ante la historia, pronunciar palabras memorables. Tal parece haber sido, en efecto, la preocupación dominante en el primer parlamento de la pequeña burguesía rusa, el más lamentable de los parlamentos... «Muchos de nosotros, diputados, nos acercábamos a preguntar a nuestros líderes: "¿Qué haremos si los bolcheviques recurren a la violencia, si nos golpean, si llegan hasta matarnos?" Y se nos contestaba de una manera clara, que define admirablemente la ideología de la fracción: "Recordemos que somos los elegidos del pueblo, y estemos listos al sacrificio de nuestras vidas". Los diputados resolvieron no separarse, en caso de que los acontecimientos tomaran un sesgo trágico. E hicieron provisión de... bocadillos y de velas, en previsión de que los bolcheviques les cortasen la electricidad y los abastecimientos.»

En una palabra, el partido socialista-revolucionario flaqueó, el día de la reunión de la Constituyente, en el momento de empeñar su batalla decisiva frente a la historia. Los sangrientos fracasos de la resistencia de Moscú contra la insurrección obrera, de la ruptura de hostilidades de los junkers y de la resistencia del GCG habían producido su efecto. Los políticos de la contrarrevolución democrática temblaban frente a las masas.

La Asamblea Constituyente. Hundimiento

El presidente del Ejecutivo Panruso de los Soviets, I. M. Sverdlov, abrió la sesión de la Asamblea Constituyente. Alto, ancho de espaldas, con la abundante cabellera echada a ambos lados de la frente, los rasgos finos y definidos, la mirada tranquila y penetrante, con gafas y barba

puntiaguda, Sverdlov, uno de los mejores organizadores con que contaba el partido bolchevique, dominó sin dificultad el tumulto indescriptible de los primeros momentos.[26] El amplio salón del palacio de Táuride, reparado y como nuevo, tenía aspecto de fiesta. Los diputados de la mayoría, endomingados, con sus cintas rojas en la solapa, ocupaban los escaños de la derecha y del centro. La izquierda, menos nutrida, tenía, en cambio, el apoyo, manifestado ruidosamente, de las tribunas públicas, llenas hasta los topes de soldados, marinos y obreros.

Sverdlov invitó a la Asamblea a que se asociase a la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado,* documento categórico redactado por Lenin y promulgado por el Ejecutivo Panruso de los Soviets. En él se proclamaba a Rusia República Federativa de los Soviets, «libre unión de naciones libres». De apoyarse esta proposición, la Asamblea se asociaría sin reservas a la revolución socialista, aprobaría la nacionalización de la tierra, «que sería entregada a los trabajadores, sin rescate, a base de un usufructo igualitario»; aprobaría las leyes soviéticas acerca del control obrero de la producción y la creación del Consejo Superior de Economía, «a fin de asegurar la autoridad de los trabajadores sobre los explotadores y como un primer paso hacia la expropiación completa» de los medios de producción y de transporte; aprobaría la nacionalización de los bancos; decretaría la obligación general del trabajo, la formación de un ejército rojo socialista y el desarme completo de las clases posesoras. En el orden internacional, la Declaración insistía de nuevo en el principio de una paz democrática sin anexiones ni contribuciones, la ruptura con la política colonial de la sociedad burguesa, «la anulación de las deudas contraídas por los gobiernos del zar, por los

---

26 La biografía de Iakov Mijailovich Sverdlov es la de un revolucionario indomable. Pertenecía a una familia de artesanos de Nijni-Novgorod, farmacéutico de carrera, militante bolchevique clandestino desde el año 1903. Detenido cinco veces, condenado la primera a dos años y seis meses de prisión en una fortaleza —condena que cumplió—, luego a cuatro años de destierro en las regiones desiertas y heladas de Narim, fue sometido allí a las más duras condiciones a consecuencia de una manifestación de desterrados; estuvo a punto de morir de hambre y de frío y sobrevivió únicamente por un verdadero milagro de resistencia; intentó cinco veces la fuga, consiguió fugarse dos veces arriesgando la vida, regresó en 1912 a Petrogrado para organizar allí los servicios clandestinos del partido, fue entregado por el provocador Malinovski; desterrado de nuevo, esta vez a la región de Turujansk, en el círculo polar, permaneció allí tres años, hasta la caída del zarismo. Al recibir la noticia de la revolución, salvó en trineo una distancia de más de 2.000 leguas sobre el Yenisei, a riesgo de que lo sorprendiese el deshielo; llevó la influencia bolchevique al Soviet de Krasnoiarsk y regresó, por fin, a Petrogrado, donde llegó a ser uno de los organizadores más apreciados en el partido. Después de la crisis de poder, a principios de noviembre, sustituye a Kámenev en la presidencia del Ejecutivo Panruso de los Soviets. Murió el año 1919, de tuberculosis, a los 34 años de edad.

terratenientes y la burguesía, primero de los golpes que se asestarían al capital bancario y a las finanzas internacionales». Finalmente, con esa aprobación, vendría la Asamblea a decretar que los explotadores no podrían tener asiento en los órganos del poder. Y limitaría su propio trabajo a «la elaboración general de los principios fundamentales de la transformación socialista de la sociedad».

Pero la mayoría no tenía esas intenciones. Una vez que Sverdlov hubo acabado de leer, pasó la mayoría, sin discusión, a la elección de presidente, alegando que «se estaba perdiendo demasiado el tiempo». La izquierda, compuesta por los bolcheviques y los socialistas-revolucionarios de izquierda, presentó la candidatura del líder de estos últimos, Maria Spiridovna, la antigua terrorista, cuya entereza de carácter e intransigente firmeza socialista conocían todos. Pero la mayoría había resuelto previamente elegir a Chernov, el líder oficial del partido socialista-revolucionario, el político más desacreditado de este partido, el que menos respeto merecía a los demás partidos, un personaje que, a decir verdad, detestaban todos. Pero, juzgando que no podía un judío asumir la primera magistratura de su «República popular», no quisieron los socialistas-revolucionarios llevar a la presidencia de la Asamblea Constituyente a Abraham Gotz, el verdadero jefe del partido y, además respetado.

Triunfó, pues, Chernov sobre Maria Spiridovna, por doscientos cuarenta y cuatro votos contra ciento cincuenta y tres. Inmediatamente subió a la tribuna para pronunciar una arenga presidencial, muy larga y muy deshilvanada, que tenía bastante parecido con una declaración ministerial. Fue una obra maestra de dulzonería equívoca. El orador invocó la reunión de Zimmerwald, opuso la paz general de los pueblos a la idea de una paz por separado (disimulando así bajo las flores de la retórica socialista su fidelidad a los aliados), habló del «ejército socialista» que había que crear, esbozó una constitución complicada en la que se preveía que la Constituyente colaborase con los Soviets y con las Asambleas Constituyentes de las nacionalidades, proclamó la liberación definitiva de Ucrania y de los musulmanes rusos, proclamó a Rusia como República Federativa Popular, insistió varias veces sobre la voluntad de la nación que quería el socialismo, diciendo: «La revolución no hace más que empezar... El pueblo quiere actos y no palabras... Socialismo no significa igualdad en la miseria... Queremos construir el edificio socialista de una manera mesurada... Pasaremos del control de la producción a la república del trabajo...» Y terminó aprobando la nacionalización de la tierra sin indemnizaciones. Como cometiese la

torpeza de invocar a los muertos, caídos por la patria, fue interrumpido por los clamores de las tribunas y de la izquierda: «¡Asesinados por Rúdnev, Chernov, Kérenski!»

Esta elocuencia radical-socialista, astuta y huera toda llena de fórmulas vagas, no podía engañar a nadie. Bujarin se encargó de refutar toda aquella «palabrería» con un discurso conciso y tan brutal como gelatinoso el anterior había sido. «¿Es posible —dijo— hablar de voluntad de instaurar el socialismo y ser el asesino de ese socialismo? ¿Se trata de socialismo para dentro de doscientos años? ¿De socialistas colaboradores de la contrarrevolución? ¿Con quién estáis vosotros? ¿Con Kaledin y con la burguesía, o con los obreros, soldados y campesinos? ¿A quién queréis entregar ahora mismo el poder? ¿Queréis una ruin republiquita burguesa parlamentaria? ¡Nosotros le declaramos una guerra a muerte en nombre de la gran república soviética del trabajo!» Y terminó Bujarin su discurso diciendo: «Que las clases dirigentes y sus auxiliares tiemblen ante la revolución comunista. ¡Los proletarios solo pueden perder en ella sus cadenas!»

Tsereteli, único menchevique presente, defendió con una firmeza digna, sin el menor equívoco, la tesis de su partido. «No es socialista quien incita al proletariado a conseguir sus últimos objetivos sin haber antes pasado por la democracia, que le permitirá hacerse poderoso. ¿Habéis tomado en vuestras manos la producción? —preguntó a los bolcheviques—. ¿Habéis conseguido organizarla? Las tierras que tomen los campesinos irán en realidad a manos de los kulaks, campesinos ricos que cuentan con herramientas y maquinaria. Con vuestras negociaciones de paz habéis jugado los destinos del socialismo y de la democracia rusa a la carta arriesgada de la revolución europea. Pisoteáis las libertades de la democracia burguesa, por cuya consecución íbamos a la horca. La revolución corre el peligro de caer aplastada bajo su propio peso. Mi partido —dijo— no tiene miedo a la impopularidad; mantendremos encendida la antorcha de la clase obrera para iluminar el porvenir.» Acabó haciendo un llamamiento a la conciliación en el seno de la Asamblea Constituyente. «¡Nada de dictaduras de una minoría, o iremos a caer en la anarquía, que traerá la reacción. Concretamente: república democrática, sufragio universal, expropiación sin indemnización de las propiedades de los terratenientes, restablecimiento, control y regularización de la producción por el Estado, jornada de ocho horas, seguro social para los trabajadores, restablecimiento de las libertades democráticas, derecho de las nacionalidades, lucha en favor de la paz...»

Los debates, confusos y acalorados, se fueron prolongando sin agregar nada a estas declaraciones esenciales. Finalmente, Raskolnikov[27] dio lectura, entre el aplauso de las tribunas y las injurias de la mayoría, a una declaración de los bolcheviques, que había sido redactada por Lenin: «Deseando no contribuir ni por un solo minuto a ocultar los crímenes de los enemigos del pueblo, declaramos que nos retiramos de la Asamblea Constituyente y que confiamos al poder de los Soviets la decisión definitiva acerca de la actitud que han de adoptar con relación a la parte contrarrevolucionaria de esta Asamblea.»

Después del primer momento de sorpresa, pasó la Asamblea al orden del día. Imperturbable, como clavado en su sillón presidencial, inclinaba V. M. Chernov sobre los papeles su cabello entrecano y su barbilla estilo Segundo Imperio... La noria interminable de los discursos y de las declaraciones se derramaba en el vacío. Desde lo alto de las tribunas, una muchedumbre rencorosa hacía presa con sus miradas en aquella melancólica Asamblea. Los socialistas-revolucionarios de izquierda se habían retirado también, después de una declaración análoga a la de los bolcheviques; a eso de las cuatro de la madrugada, en el momento en que el presidente acababa de dar lectura a los diez artículos del «proyecto de ley fundamental acerca de las tierras», se acercó a la tribuna presidencial un marino de los que estaban encargados del servicio de guardia, el anarquista Jelezniak.

«Se hizo el silencio en las tribunas. El marino, ligeramente inclinado hacia adelante, dijo algo que no se oyó. Chernov, indignado y confuso, se recostó sobre el respaldo de su hermoso sillón. "Sí, pero... también los miembros de la Asamblea Constituyente se encuentran cansados. ¡No se puede alegar fatiga para interrumpir la lectura de la ley agraria que Rusia espera!" Pero esta vez la voz del marino, firme, sin fanfarronería, irónica y tranquila, se oyó desde lejos: "El cuerpo de guardia se halla fatigado. Les ruego que despejen el salón de sesiones"».[28]

Chernov dirigió una mirada escrutadora a la sala aterrada. «Se me propone —dijo— que cierre la sesión, adoptando sin debates el texto esencial de la ley agraria.» Aquello de «se me propone» hizo que

---

27 Raskolnikov, militante clandestino bolchevique, miembro de la organización militar del partido, oficial de marina de la escuadra del Báltico durante la guerra, uno de los jefes del Soviet de Kronstadt en 1917, encarcelado durante el gobierno de Kérenski, después de las jornadas de julio; uno de los combatientes de octubre. Más adelante representó a la URSS en Afganistán, etc.

28 S. Mstislavski, *Cinco jornadas*.

estallase una carcajada en las tribunas. Se realizaron a continuación votaciones precipitadas, se despacharon, con ansia febril, textos solemnes, interrumpidos por un coro amenazador que partía de las tribunas y que martilleaba a compás de un furor siniestro: «¡Basta, basta!»

La fatiga, unida a la exasperación que despertaba aquella comedia, iba haciendo allá arriba que los cerebros se nublasen con sombríos furores. Los de la sala oyeron el chasquido de los gatillos, de los fusiles. La comedia iba a acabar en drama. Y se vio entonces desaparecer la barbilla del presidente. Se había levantado la sesión.

El decreto de disolución de la Asamblea Constituyente no apareció hasta el día siguiente por la noche. «Las masas trabajadoras han tenido ocasión de convencerse de que el viejo parlamentarismo burgués no sobrevive, que es absolutamente incompatible con la realización del socialismo, porque únicamente los organismos de clase y no los que tienen carácter nacionalista son capaces de quebrantar la resistencia de las clases posesoras y de sentar los fundamentos de la sociedad socialista.»[29] Lenin justificó ante el Ejecutivo Panruso de los Soviets aquella medida. Copiaremos solamente algunas frases de su discurso:

> Mientras que los parlamentarios no apoyaron jamás, en ninguna parte, el movimiento revolucionario, los Soviets, atizando el incendio revolucionario, dictan imperiosamente al pueblo: «¡Lucha, tómalo todo en tus manos, organízate!» Para nadie es un misterio que todo movimiento revolucionario va acompañado inevitablemente del caos, de ruinas y de trastornos transitorios... Pero la sociedad burguesa equivale también a la guerra, al matadero.[30]

La disolución de la Asamblea Constituyente causó sensación en el extranjero. En Rusia pasó casi desapercibida.

El control obrero de la producción

El programa económico de los bolcheviques implicaba el control obrero de la producción y la nacionalización de la banca. El decreto que establecía el control obrero de la producción apareció el 14 de noviembre. Con él se legalizaba la injerencia de los obreros en la gestión de las

---

29 «Decreto de disolución», redactado por Lenin.

30 Acerca de la Constituyente, consúltese: «El primer día de la A. C. panrusa», acta taquigráfica, Petrogrado, 1918; S. Mstislavski, *Cinco jornadas;* L. Trotski, *Acerca de Lenin* (cap. IV); N. Lenin, *Obras,* t. XV.

empresas; las resoluciones de los órganos de control eran obligatorias y el secreto comercial quedaba abolido.[31] Los dirigentes de la revolución no tenían intención de ir más allá. La clase obrera habría aprendido a dirigir la industria, gracias al ejercicio del control; gracias a la nacionalización de los instrumentos financieros y al manejo del crédito, habría recuperado en provecho del Estado una parte de los beneficios que el capital se cobraba del trabajo, con los que disminuiría la explotación en esa proporción. De esta manera se encaminaría hacia la expropiación completa de los explotadores (véase la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*). Este avance razonado hacia el socialismo no podía ser visto con buenos ojos por los patronos, que todavía confiaban en sus propias fuerzas y que todavía se hallaban convencidos de la imposibilidad de que el proletariado conservase el poder. Los innumerables conflictos económicos planteados desde antes de octubre iban multiplicándose, adquiriendo mayor gravedad, dado el espíritu combativo que reinaba en uno y otro bando. La iniciativa de las medidas de expropiación partió de las grandes masas del partido y no del poder, y fueron dictadas más por necesidades de la lucha que persiguiendo un plan socialista. Solo al cabo de ocho meses, en junio de 1918, y bajo la presión de las intervenciones extranjeras, adoptó el poder los grandes decretos de nacionalización. Todavía en el mes de abril de 1918 preveía la constitución de sociedades mixtas por acciones, en las que habían de participar el Estado soviético y los capitales rusos y extranjeros.[32]

La desaparición de los órganos políticos de defensa de la explotación capitalista daba ocasión a que surgiese en los obreros una tendencia espontánea a la conquista de los medios de producción. Poder equivale a deber. ¿Por qué abstenerse de apoderarse de la fábrica y del taller, si era posible hacerlo? La consecuencia de la práctica del sabotaje por los patronos era la expropiación a título de represalia. Cuando el patrono

---

31 «Art. 2. Todos los obreros de la empresa ejercen el control, por medio de los organismos elegidos [...] (comités de fábricas, etc.); los empleados y el personal técnico estarán representados en estos organismos. [...] Art. 7. Toda la correspondencia de negocios se halla sometida al control [...] Queda abolido el secreto comercial. Los propietarios están obligados a presentar a los órganos de control todos los libros y estados del año en curso, lo mismo que los de años anteriores. [...] Art. 8. Las resoluciones de los organismos de control obligan a los propietarios y no pueden ser abrogadas sino por las instancias superiores del control obrero. [...] Art. 10. Los patronos y los representantes elegidos por los obreros y empleados son responsables ante el Estado.» Los patronos disponían de un plazo de tres días para recurrir ante las instancias superiores contra las resoluciones de las instancias inferiores de control. Se crearon consejos locales de control obrero, encargados de convocar un congreso panruso; centralizaba su acción un consejo panruso de control obrero.

32 Kritzman, *El período heroico de la Revolución rusa,* y G. Tsiperovich, *Sindicatos y trusts en Rusia.*

suspendía el trabajo, volvían los obreros a poner en marcha ellos mismos el taller, por su cuenta. Más adelante se presentó la necesidad de despojar a la contrarrevolución de su base económica, su riqueza. El Consejo de Comisarios del Pueblo tuvo que decretar la nacionalización de la Sociedad Metalúrgica Ruso-Belga, de los establecimientos industriales Putilov, de las hilanderías Smirnov, de la central eléctrica de la Sociedad de 1886. Relata Shliápnikov que algunos directores de grandes establecimientos industriales —especialmente los de la Fábrica Franco-Rusa, de Petrogrado— pidieron insistentemente que fuesen nacionalizados. Calculaban hurtar de esta manera el hombro a las obligaciones que trae consigo la desmovilización industrial. Ciertos belgas, suecos y franceses realizaban gestiones análogas.

¡Se les contestaba con una negativa categórica! Algunos de estos directores buscaban, ni más ni menos, que lavarse las manos ante sus accionistas y eludir las responsabilidades de una gestión desafortunada.[33]

Una de las consecuencias del estado de guerra había sido el régimen de racionamientos y de requisas. Lo único que tuvo que hacerse fue continuar por este camino, pero inspirándose en el espíritu de clase. Las autoridades soviéticas empezaron, en casi todas partes, a requisar los víveres que tenían almacenados los comerciantes, las ropas de abrigo, el calzado y las ropas de cama de los ricos. Las visitas domiciliarias se sucedieron unas a otras. Nadie pagaba impuestos; las autoridades locales —siempre obrando por iniciativa propia— impusieron contribuciones a las clases acomodadas. Los siguientes ejemplos son característicos de cómo se realizaba la nacionalización: en Ivanovo-Voznesensk los obreros nacionalizaron dos fábricas de tejidos, por haberse entregado los patrones a actos de sabotaje; en el gobierno de Nijni-Novgorod se nacionalizan diferentes empresas, porque los patronos se negaban a dirigir la producción. Por razones análogas pasaron a manos de los obreros, en el gobierno de Kursk, varias refinerías de azúcar, los tranvías, una curtiduría y varios talleres mecánicos. En la cuenca del Donetz se unieron los directores de las minas a los blancos. En vista de esto, los obreros de setenta y dos minas constituyeron un Consejo de Economía que asumió la gestión de las empresas. En Romanovo-Borísoglebsk se nacionalizaron las fábricas de harinas y los molinos de aceite a consecuencia de un *lock-out*.[34]

---

33 Shliápnikov, «Recuerdos», *Revolución Proletaria,* 1922.

34 A. Anichev, *Ensayo de historia de la guerra civil.*

El 5 de diciembre fue creado el Consejo Superior de Economía Nacional, con objeto de coordinar la acción de todos los organismos locales o centrales encargados de la producción, comprendiendo entre ellos las comisarías económicas de industria, de abastecimientos, de agricultura, de finanzas, de transportes (si bien estas comisarías les estaban subordinadas). El Consejo no había de adquirir autoridad sino poco a poco, al cabo de meses de labor. En suma, durante el periodo que venimos estudiando, la única autoridad que cuenta es la autoridad local.

Los sindicatos, que parecían ser los más indicados para desempeñar en circunstancias como aquellas un papel importante, son dejados atrás —muy atrás— por los acontecimientos. Con excesiva frecuencia son sus directores mencheviques, socialistas-revolucionarios y tradeunionistas. Su Consejo Central se encuentra paralizado por la lucha de tendencias. Los elementos dirigentes de los sindicatos de ferroviarios y de correos y telégrafos son antibolcheviques. Es también frecuente el caso de sindicatos que piensan más en «arreglárselas ellos» que en servir a los intereses generales de la clase obrera.

Aquí es donde se manifiesta el retraso de la mentalidad de algunos medios obreros. Tan pronto nos encontramos con sindicatos que fundan almacenes cooperativos y que se dedican de lleno a comerciar, comercio que asume fatalmente aspectos de especulación, dada la escasez que reina, vemos que se producen dolorosos conflictos, promovidos para imponer reivindicaciones inmediatas, que demuestran un egoísmo corporativo completamente falto de razón. ¡Hemos hecho la revolución, dupliquemos, pues, los salarios! Ha sonado para nosotros la hora de la abundancia... De igual manera, los instintos anárquicos se traducen en el campo de las requisas y de la nacionalización en tentativas como la de explotar una fábrica por cuenta de todos los que trabajan en ella, o como la de confiscar el primer tren cargado de víveres que pasa por la estación más próxima.

Los contrarrevolucionarios, que conocen bien la mentalidad atrasada de ciertos obreros, procuran sacar partido de la misma. Los obreros de las fábricas que trabajan por cuenta del Estado se esforzaban, a veces, por provocar de una manera insensata la elevación de los salarios. Con motivo del cierre de fábricas, los mencheviques, que manejaban los sindicatos, exigían el pago de los salarios por adelantado. Los mencheviques del sindicato de industrias químicas de Petrogrado exigieron salarios excepcionalmente elevados, alegando como razón que disponían

de grandes cantidades de explosivos.[35] Moscú estuvo a punto de quedarse sin pan, en plena batalla en las barricadas, porque los cargadores de las fábricas de harina, a los que les importaba un bledo la revolución, se habían declarado en huelga, exigiendo un aumento de salarios.[36]

Una de las iniciativas de mayor trascendencia que se tomaron antes de la reunión de la Asamblea Constituyente fue la nacionalización de la banca; la resistencia que oponían los establecimientos financieros al control, su negativa a colaborar con el gobierno proletario, el papel que desempeñaron en el sabotaje de la vida económica, hicieron indispensable esta medida. El decreto que convirtió a la banca en monopolio del Estado no apareció hasta el 14 de diciembre.

Todos los bancos particulares quedaban fusionados con el Banco del Estado. Quedaban garantizados los intereses de los pequeños depositantes. Un segundo decreto ordenaba, so pena de confiscación, que se inventariase las cajas de caudales pertenecientes a particulares. El oro amonedado y en lingotes sería requisado, y todos los fondos habían de ser colocados en las cuentas corrientes del Banco del Estado. Las guardias rojas ocuparon los bancos; los directores que se mostraron recalcitrantes fueron encarcelados. En algunos sitios, el personal contestó con la huelga a la violencia de los bolcheviques.

El mismo día que se llevó a efecto la nacionalización de la banca, se suscitó con este motivo un debate entre Lenin y Avílov, un menchevique de la fracción internacionalista. Este último (que dijo estar de acuerdo «con el principio») puso de relieve la complejidad y la trascendencia de las cuestiones financieras. «No hay que tocarlas —dijo— sino con circunspección, después de maduras reflexiones y de haberse asegurado el concurso de las personas competentes. La violencia solo nos llevaría a que se derrumbase el rublo.» La contestación de Lenin no es menos típica que esta argumentación timorata:

> Nos habla usted —dijo Lenin— de la complejidad de la cuestión; eso es una cosa evidente que está al alcance de todos. Pero si ese hecho ha de servir únicamente para poner obstáculos a las iniciativas socialistas, el que recurre a tal argumento no es más que un demagogo, y además un demagogo lamentable. Vosotros aceptáis en principio la dictadura del proletariado, pero cuando se llama a esa dictadura por el nombre que tiene en ruso, cuando se habla de un puño de hierro,

35 Shliápnikov, *op. cit.*

36 A. Schlichter, *Recuerdos.*

> entonces recurrís a la fragilidad y a la complejidad de las cosas. Os obstináis en no ver que, al destruir, esa mano crea. Si de hablar de principios pasamos nosotros a ponerlos en práctica, nuestro mérito es indiscutible... Ya sabemos que esa medida que se discute es compleja. El encargado de aplicarla no será uno de nosotros, ni aun de los que entre nosotros se han dedicado al estudio de las cuestiones económicas. Recurriremos a especialistas financieros; cuando tengamos las llaves de la caja, ya veréis cómo sabemos buscar consejo entre los antiguos millonarios. Todo el que quiera trabajar será bien recibido..., a condición de que no intente reducir a letra muerta toda iniciativa revolucionaria.

Los órganos centrales de abastecimiento (cooperativos o no), que se hallaban dirigidos por elementos democráticos, escaparon durante muchos meses al control del gobierno de los Soviets. Eran demasiado importantes para atreverse a meter mano en ellos desde el primer momento.

La burguesía y la pequeña burguesía son derrotadas por separado

De los hechos examinados en este capítulo se desprenden algunas observaciones teóricas.

1. La primera fase de la revolución proletaria y campesina se cierra en enero con la marcha triunfal a través de todo el país. Por todas partes, desde el mar Báltico al océano Pacífico, las masas hacen la revolución, la aclaman, la defienden, la imponen irresistiblemente. Su victoria es completa; pero ya entonces, y al mismo tiempo, choca con las dos coaliciones imperialistas beligerantes: la de los Imperios centrales y la de los aliados. La guerra civil va a continuar, o más exactamente, va a renovarse, atizada por la intervención extranjera. La revolución, victoriosa en el interior, se encuentra frente a frente con el mundo capitalista.

En el interior, su victoria —que se ha repetido en las más diversas circunstancias en Petrogrado, en el Gran Cuartel General, en el Ural, en el Don, en el Kuban, en Ucrania, en Besarabia, en Crimea, en Siberia— ha resultado asombrosa y fácil, a pesar de las resistencias encarnizadas que ha encontrado. Las causas están a la vista; la revolución es obra del elemento más activo, del más enérgico, del mejor armado de la población; en una palabra, de la mayoría del proletariado y de la mayoría del ejército; cuenta con la simpatía de la gran mayoría de la gente del campo. Este concurso extraordinario de circunstancias es debido a que coincide el final de la revolución burguesa —que da satisfacción a las masas rurales al suprimir el feudalismo de la tierra— y el comienzo de la revolución proletaria. El proletariado da fin de una manera

consciente a la tarea comenzada por la burguesía en sus luchas con el Antiguo Régimen para conseguir el libre desarrollo del capitalismo. Al completar esa obra la supera, como es natural, aunque con cierta lentitud. La incompatibilidad del ejercicio del poder político y de no disponer de los medios de producción se deja sentir poco a poco durante la lucha, y es puesta de relieve por la resistencia que ofrece la burguesía. La guerra civil, más bien que el propósito de realizar una rápida transformación socialista, impondrá, al cabo de algunos meses, las grandes medidas de nacionalización. La realidad superará a la teoría, es decir, a la conciencia proletaria, que desearía que la conquista de la producción se llevase de una manera progresiva, más racional, menos apresurada, menos brutal. Durante el periodo que acabamos de estudiar se ve cómo se dibuja netamente esta pugna y su solución.

2. La burguesía rusa, por temor al proletariado, no ha sido capaz de lograr por sí misma su propia revolución (que consistía en satisfacer a las masas campesinas, sacrificando el feudalismo de los terratenientes), y en esto ha de verse una de las causas profundas de su desaparición. Por temor a los campesinos, demoró, bajo Kérenski, la reunión de la Asamblea Constituyente y formó bloque con los terratenientes, que eran el elemento más reaccionario de la antigua sociedad rusa. Desde aquel momento quedaban condenados a la impopularidad los partidos socialistas que se colocaran a remolque. La educación revolucionaria que debían a la autocracia y el poderoso influjo ejercido sobre ellos por el proletariado sustraían demasiado a estos partidos a la influencia directa de la burguesía, y no era posible que se decidiesen a apoyar a esta sin reservas. Víctimas de sus ilusiones democráticas, intentaron muy pronto, desarrollar una política propia y fundar una república democrática calcada casi por completo del modelo francés. La burguesía, más clarividente, más conocedora de la potencia obrera, aspiró a implantar una dictadura de clase (Kornílov); pero le faltó, en el último momento, el apoyo de las clases medias. Entregada a sí misma, numéricamente muy débil —como lo ha sido siempre y en todas partes, por la enorme desproporción entre el número de capitalistas y su fuerza económica—, era fatal que la burguesía rusa sucumbiese. Desde noviembre de 1917 hasta la primavera de 1918 la vemos aplastada, reducida casi por completo a la impotencia. No tiene un jefe, ni un hombre político de valía, ni es un partido serio. Su desconcierto es absoluto. Apenas si algunos millares de hombres, casi todos ellos oficiales, dirigidos por un puñado de generales, salen a la defensa de su causa, solos, a la desesperada. La burguesía aterrada de las ciudades no acierta siquiera a apoyar

eficazmente la empresa descabellada de Kaledin, Alexeiev, Kornílov. Estos, que despiertan los recelos de las clases medias democráticas, son derrotados en todos los encuentros por las guardias rojas. Pongamos de relieve el hecho de que si su derrota es tan fácil, es debido a que la pequeña burguesía «avanzada» les niega su apoyo.

La división de la burguesía y de la pequeña burguesía pone de manifiesto la impotencia de la clase de los capitalistas y de los terratenientes, cuando se ve entregada a sí misma. Aquella clase, una vez vencida, no es capaz de levantarse por sus propios medios.

3. Tan verdad resulta esto, que estamos viendo cómo se realiza ante nuestros ojos un curioso reagrupamiento de fuerzas sociales: la burguesía, incapaz ya de arrastrar a las clases medias, cuyo antagonismo con el proletariado se va agravando, se coloca a remolque de aquellas.

Durante la insurrección, la pequeña burguesía de las ciudades, con los socialistas a la cabeza, se suma resueltamente a la contrarrevolución. Pero la del campo, formada por campesinos de mediana posición y de posición desahogada, a los que satisface la revolución, no sigue aquel impulso. La pequeña burguesía de las ciudades, que se tiene por revolucionaria por el hecho de odiar el Antiguo Régimen y por creer en la democracia, al verse derrotada se aferra a sus ilusiones gubernamentales, pero sin atreverse a recurrir de nuevo a las armas; la experiencia de lo que le ha sucedido a fines de octubre y en los comienzos de noviembre ha sido demasiado elocuente. El derrumbamiento de la Asamblea Constituyente nos demuestra estrepitosamente la absoluta incapacidad política[37] de las clases medias, y nos confirma en nuestra convicción de que las únicas clases que están llamadas a decidir los destinos de las sociedades modernas son el proletariado y la burguesía.

---

37 En el librito *La revolución de octubre,* escrito por Trotski el año 1918, encontramos a este propósito las siguientes reflexiones: «¿Qué base habría tenido un ministerio formado por la mayoría de la Asamblea Constituyente? Se habrían alineado a sus órdenes las capas superiores del campo, los intelectuales y los campesinos; de vez en cuando se habría beneficiado también con el apoyo de la burguesía. Pero semejante gobierno hubiera carecido de todo el mecanismo material del poder. En los centros de la vida política, como Petrogrado, hubiera tropezado con una oposición irreductible. En estas condiciones, si los Soviets, sometiéndose a la lógica formal de las instituciones democráticas, hubiesen entregado al partido de los Chernov y los Kérenski ese poder precario e impotente, solo se habría conseguido con ello perturbar momentáneamente la vida del país, ya que hubiese sido derribado, al cabo de algunas semanas, por una nueva insurrección.»



> Marineros del acorazado Aurora, 1917.

CAPÍTULO V

Brest-Litovsk

Rusia y el imperialismo

La Revolución rusa se desarrolla en un plano internacional. La autocracia se derrumba en el momento en que los representantes aliados —entre los cuales corresponde el papel principal a Buchanan, embajador de la Gran Bretaña en Petrogrado— preparan en conjunto con la alta burguesía rusa y el alto mando una revolución palaciega contra la camarilla que rodea al zar Nicolás y que ha llegado a ser un obstáculo serio para la continuación de la guerra. Los Imperios centrales, por su parte, dan facilidades para que Lenin y los emigrados internacionalistas regresen a Rusia. El gobierno provisional busca su apoyo en los aliados, a los que promete que respetará los tratados. Kérenski desata la ofensiva de julio de 1917, que marca la curva en la marcha de la crisis interior, bajo la presión insistente de los aliados. Pero desde el día siguiente de la insurrección de Petrogrado, el Segundo Congreso de los Soviets rompe de una manera categórica con la política de guerra de los aliados. Las misiones militares aliadas actúan en la Stavka contra el bolchevismo. Mientras se negocia en Brest-Litovsk, los destinos de la república de los Soviets plantean un problema internacional de extrema gravedad para ambas coaliciones imperialistas.

Todos estos hechos son una prueba de que existen causas profundas. La revolución ha surgido de la guerra, y la guerra no es rusa. El alcance internacional de la revolución lo determinan sus orígenes y el carácter del país. Hemos citado en el primer capítulo, y hemos apoyado la cita con números, la frase del historiador marxista M. N. Prokovski: «Desde comienzos del siglo XIX existe un imperialismo franco-ruso». Esta frase necesita ser concretada. El Imperio ruso de antes de la guerra es una de las cinco grandes potencias europeas (Inglaterra, Alemania,

Francia, Rusia, Austria-Hungría), pero es la única entre estas potencias caracterizadas por su *expansión* financiera que no exporta capitales.[1] Hacia 1914 había colocado Inglaterra en sus colonias y en el extranjero cerca de 100.000 millones de francos (oro); Alemania, 44.000 millones; lo que Francia tenía invertido en el extranjero el año 1912 ascendía a 42.000 millones, estando colocados en Rusia de nueve a diez mil millones. La renta anual que, a la alta banca francesa, producían sus capitales colocados en el extranjero se puede evaluar en 2.000 millones y medio de francos oro; los beneficios que por este concepto salían de Rusia para Francia podían oscilar entre 500 y 600 millones de francos oro. El desarrollo de la industria rusa había sido muy intenso entre los años 1891 y 1900. Desde 1910 Rusia ocupaba el cuarto lugar de Europa en el ramo de la producción metalúrgica, con una concentración industrial superior a la de la propia Alemania. Tales fueron los resultados de la importación de capitales franceses, ingleses, alemanes y belgas en el país. Desde el punto de vista de sus obligaciones con las finanzas internacionales, solo la situación de China podía compararse con la de Rusia: era casi la situación de un país *colonizado.*

Desde antes de la alianza franco-rusa la Bolsa de París había acometido la conquista del mercado financiero ruso. Los grandes empréstitos que el Estado ruso realizó en Francia derramaron en Rusia, en paralelo a las inversiones industriales, un verdadero río de oro. Pero el imperialismo francés, al mismo tiempo que los objetivos de especulación y de colonización, perseguía fines estratégicos. La influencia francesa fue tal vez decisiva en el desarrollo alcanzado por la metalurgia rusa; esta se dedicó en primer lugar a abrir al comercio occidental de los mercados del Extremo Oriente, mediante la construcción del Transiberiano (en 1895 funda Witte el Banco Ruso-chino con el concurso de los grandes establecimientos financieros de París); después de esto, se dedicó a convertir a Rusia en una gran potencia militar, con vistas a la guerra próxima. Buena parte de los préstamos otorgados por Francia al zar se dedicaron a la construcción de vías estratégicas.

Hay cifras que revelan con una elocuencia impresionante la dependencia casi colonial en que se hallaba Rusia con respecto al imperialismo extranjero y principalmente al francés. La Banca de Petrogrado disponía, en vísperas de la guerra, de un capital aproximado de 8.000 millones y medio de rublos; la participación extranjera en este capital

---

1 O exporta muy poco, a China por ejemplo.

era la siguiente: banca francesa, 55 %; inglesa, 10 %; alemana, 35 %.[2] Los establecimientos financieros del extranjero controlaban, por medio de los grandes bancos rusos, la metalurgia rusa en proporciones que oscilaban entre el 60 y el 88 %; la fabricación de locomotoras, en la proporción del 100 %; los astilleros, en la del 96 %; la fabricación de máquinas, en un 68 %; la producción carbonífera, en un 75 %, y la petrolífera, en un 60 %. También salta a la vista el carácter casi colonial de la industria rusa por el siguiente hecho: la producción de los medios de producción —máquinas, equipo— ocupaba un lugar secundario.[3] La guerra no hizo sino aumentar la dependencia en que se encontraba Rusia con respecto a los imperialismos aliados, a los que tuvo que pedir prestados, durante las hostilidades, 7.000 millones y medio de rublos oro (más de 20.000 millones de francos).

Situación del problema en enero de 1918

Rusia, parte integrante —la más vulnerable— del sistema imperialista de la Entente, llegaba, en enero de 1918, después de cuarenta meses de guerra, a una situación económica desesperada. Pero con ello no hacía sino llegar al borde del abismo un poco antes que las demás potencias beligerantes. ¿Cuál era en ese momento la situación de Europa? Inglaterra, sometida a severo racionamiento, pero bien defendida por su escuadra, por su riqueza, y bien apoyada por sus colonias, llevaba invertidos en gastos de guerra más de 6.000 millones de libras esterlinas, esto es, casi la tercera parte de su riqueza nacional. No eran menores los gastos de Austria-Hungría; su agotamiento era más completo. Tampoco eran menores los de Alemania (85.000 millones de marcos, de una fortuna total que se calculaba de 300 a 350.000 millones). En total, los gastos de guerra de los países beligerantes se elevaban, a 1 de enero

---

2 V. Nevski, *Historia del P.C.R.* Consultar a este propósito el interesante librito de N. Vanag, *El capital financiero en Rusia, en vísperas de la guerra mundial* (en ruso, Moscú, 1925). Decía Lenin en los comienzos de la revolución de marzo de 1917: «El capitalismo ruso no es más que una sucursal de la firma universal que manipula centenares de miles de millones de rublos y que se llama *Gran Bretaña y Francia*».

3 Por esta y por algunas otras razones, a pesar de un desarrollo económico tan rápido como el de 1890 a 1900 —luego se hizo más lento—, continuó siendo Rusia un país netamente *retrasado.* Esas razones a que nos referimos eran: el atraso de su agricultura, la importancia que esta tenía en relación con la industria, el desarrollo de la población, que era más rápido que el de la producción, y la insuficiencia de su industria para responder a las necesidades de su población (la población ascendía al 10,2 % de la de todo el mundo, antes de la guerra, y la producción de fundición al 6,2 % de la producción mundial).

de 1918, según cálculos del Instituto Carnegie, a 208.000 millones de dólares. ¡Cifras fabulosas! Pero, ¿qué valor dar a las destrucciones, a los muertos —el número de estos ascendía en aquella fecha a 10 millones, siendo el doble el de heridos y mutilados—, al acrecentamiento de la mortalidad entre la población civil, al descenso de la natalidad, al malbaratamiento desatinado del trabajo en regiones enteras? El costo total de la guerra ha sido calculado en 320.000 millones de dólares, esto es, un billón seiscientos mil millones de francos oro.[4] Lo cierto es que la civilización europea se encontraba, durante su cuarto año de guerra, herida en sus fuerzas vivas. Los Imperios centrales —Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria, Turquía— se hallaban reducidos a un «hambre genialmente organizada». En el año 1917, la cosecha en Alemania había sido inferior a la de los años de paz, en un 40 o en un 50 %; de ahí que hubiera necesidad de reducir la ración de pan del combatiente a 200 y hasta a 160 gramos por día. En términos generales, el consumo de víveres se había reducido de un 30 a un 50 % del normal. Gracias a la ayuda de Estados Unidos, la situación de los aliados era mejor. Sin embargo, el invierno de 1917, que se distinguió en Francia y en Inglaterra por un rigurosísimo racionamiento y por la crisis del combustible, fue en extremo penoso. La superficie sembrada bajó en Francia en un 35 % (1917). En todos los países se dejaba sentir la penuria de petróleo, azúcar, trigo, productos químicos y metales. Los estados mayores, afligidos, veían cómo se derretía y se deterioraba el material humano que tenían entre sus manos. En Alemania, Austria y Francia, las reservas de hombres se hallaban agotadas.

Después de su espantoso fracaso de Verdún, los hambrientos Imperios centrales, que se habían convencido, con la batalla de Jutlandia, de la imposibilidad de forzar el bloqueo inglés, hacen, durante el mes de diciembre de 1916, insinuaciones de paz que son rechazadas por los aliados. Alemania decide entonces echar mano de un recurso que algunos jefes militares venían preconizando desde hacía tiempo: la guerra submarina llevada hasta el último extremo (enero de 1917). Hasta entonces los barcos neutrales solían ser respetados por los submarinos alemanes, lo que les permitía abastecer a los aliados corriendo pocos riesgos. Pero, de allí en adelante, fueron echados a pique sin previo aviso. Siguió a esto la declaración de guerra de Estados Unidos, dañado en sus intereses, a Alemania. Norteamérica echó en el platillo de la balanza

---

4 Véase M. Pavlovich, *El balance de la guerra mundial* (en ruso).

de los aliados sus inmensas riquezas —había logrado desviar hacia ella el oro europeo—, su poderío técnico, su admirable «material humano», fresco, bien alimentado, bien equipado, bien preparado... Entre febrero y mayo de 1917 los submarinos alemanes echaron a pique 1.374 barcos, con un tonelaje total de 2.500.000 toneladas. El tonelaje echado a pique durante el año ascendió a 6.000.000 de toneladas. Pero solo Estados Unidos construía 250.000 toneladas de barcos al mes.

Los principales acontecimientos ocurridos en diciembre de 1917-enero de 1918, son: en Francia, el ascenso al poder de Clemenceau, que a los setenta y seis años de edad va a gobernar como un dictador y a martillear, para lanzarlas a la guerra, las últimas energías de un país desangrado; las batallas de Cambrai; la terminación, el 15 de diciembre, de la segunda batalla de Verdún, que se estaba librando desde el 22 de agosto, y pocos días más tarde, el final de la duodécima batalla del Isonzo, que se estaba librando desde el 24 de octubre; las batallas de Palestina y, finalmente, el mensaje de Wilson, presidente de los Estados Unidos, dirigido al Congreso y en el que enumeraba los 14 puntos para la paz (8 de enero), a saber: nada de diplomacia secreta, libertad de los mares, libertad e igualdad comerciales, limitación de los armamentos, arreglo de las cuestiones coloniales, teniendo en cuenta los intereses de los pueblos en cuestión, evacuación y reconstrucción de las regiones ocupadas, restitución a Francia de Alsacia y Lorena, constitución de una Polonia independiente con acceso al mar, Sociedad de Naciones. Se adivina en todo esto como un eco lejano de la Revolución rusa, la transcripción, hecha por un burgués liberal, de la consigna de los Soviets: «Paz sin anexiones ni contribuciones.»

El problema de la guerra se plantea entonces en estos términos. Para los aliados: sostenerse hasta que Norteamérica pueda alinear todo su poder; prolongar con este objeto, y costase lo que costase, las operaciones en el frente ruso. Para los Imperios centrales: imponer la paz a Francia e Inglaterra antes de que entre en la liza el poderío norteamericano; terminar, cuanto antes, las operaciones en el frente ruso, y reunir todas las fuerzas vivas para aplastar a los anglo-franceses. Para la Revolución rusa: no hacer el juego a ninguno de los dos imperialismos y sostenerse hasta el momento en que se produjese la crisis revolucionaria en Europa, crisis que venía anunciada por múltiples indicios.

La fórmula imperialista de una paz sin anexiones

El armisticio que se firmó el 2 de diciembre en Brest-Litovsk preveía la apertura inmediata de negociaciones de paz. Las delegaciones se reunieron el 9 de diciembre en la fortaleza de Brest-Litovsk; la de los rusos se hallaba dirigida por Kámenev e Iofe; al frente de la de los Imperios centrales estaban los ministros de relaciones exteriores de Austria-Hungría, conde Czernin, y de Alemania, barón Von Kuhlmann, así como también el general Hoffmann, jefe del estado mayor del frente oriental. Fueron los rusos los primeros en exponer sus tesis.

El conde Czernin les contestó: «La delegación de la Cuádruple Alianza se halla dispuesta a firmar inmediatamente la paz general, sin anexiones forzadas ni indemnizaciones». En sustancia, la delegación de la Cuádruple Alianza condenaba la continuación de la guerra con fines de conquista, criterio este que «habían sostenido siempre»; juzgaba imprescindible la adhesión de todos los países beligerantes a estas condiciones de paz, y reclamaba la evacuación de las colonias alemanas ocupadas por los aliados.

Los rusos concretaron más su fórmula: «La antigüedad histórica —dijeron— no justifica la violencia hecha por un pueblo a otro».

¿Llegarían a entenderse? «Los alemanes se hallaban dispuestos a un buen número de concesiones con tal de llegar a una paz por separado», había dicho Kámenev en el Ejecutivo Panruso de los Soviets el día 27 de noviembre. Pero todo aquello no pasaba de simples tanteos. Los Imperios centrales descubrieron sus baterías el día 15 (28 de noviembre del nuevo calendario). El artículo segundo de sus condiciones de paz contenía las líneas siguientes:

> Habiendo reconocido el gobierno ruso, de acuerdo con sus principios, el derecho de todos los pueblos, sin excepción, que forman parte del Estado ruso, a disponer de sus destinos hasta el punto de separarse por completo, se da por enterado de las resoluciones que expresan la voluntad de los pueblos de Polonia, Lituania, Curlandia, una parte de Estonia y de Finlandia, de separarse del Estado ruso y de constituirse en Estados enteramente independientes.

Los rusos presentaron una contrapropuesta pidiendo la evacuación de estos países, llamados a decidir por sí mismos, libremente, su propia suerte. Las negociaciones quedaron interrumpidas y las delegaciones

se separaron durante diez días, a fin de dar a los demás beligerantes tiempo para que se decidiesen y examinasen la situación creada por las negociaciones de paz.

Esta situación no admitía lugar a dudas. A todas las insistentes invitaciones de los Soviets, que estaban dirigidas a todos los pueblos y a todos los gobiernos beligerantes, oponían los aliados un silencio hostil. Manifestaban una disposición cada vez mayor a tratar a los rusos como a enemigos. Decepcionados los austro-alemanes en sus esperanzas —que tampoco habían sido muy firmes— de llegar a una paz general, se mostraron tal como ellos eran: imperialistas sin escrúpulo alguno. Kámenev expuso al Ejecutivo Panruso de los Soviets todos los datos referentes al problema (discurso del 19 de diciembre). Los rusos ofrecían evacuar 120.000 kilómetros cuadrados de territorios austríacos y turcos. Los centrales ofrecían evacuar la región de los pantanos de Pinsk y pretendían conservar 215.000 kilómetros cuadrados de territorios poblados por cerca de 20 millones de habitantes. Su frontera tenía un carácter puramente estratégico; conservarían la línea Petrogrado-Varsovia.

«Nosotros no defendemos —declaró Kámenev— sino los límites de extensión de la Revolución rusa, y no determinadas fronteras geográficas resultantes de violencias históricas.» Y terminó: «Nos encontramos frente a una paz impuesta por la espada, que equivaldría a una negación del derecho de los pueblos interesados y que sería un obstáculo para el desarrollo de Rusia. Se trata de una paz inadmisible para el proletariado socialista y para un partido que gobierna en nombre del socialismo internacional.» ¿Se vería la revolución forzada a defender hasta el último extremo a los trabajadores de los países que se pretendía arrancarle? El Ejecutivo Panruso de los Soviets dirigió un nuevo llamamiento a los obreros de los países aliados: «Vuestros gobiernos no han hecho nada en favor de la paz, ni siquiera han hecho públicos los objetivos de guerra que persiguen. Exigidles que tomen una participación inmediata en las negociaciones de Brest-Litovsk.» La esperanza era débil.

Aquella gran voz parecía clamar en el desierto.

Según cuentan Czernin y Ludendorf

No era menos grande la ansiedad entre los austroalemanes que entre los revolucionarios. Tenían la evidente convicción de que en Brest-Litovsk estaba en juego el desenlace de la guerra y la suerte de los Imperios centrales. Las *Memorias* del conde Czernin y de Ludendorf nos dan

significativos detalles a este respecto. Austria, sin fuerzas ya, amenazaba con firmar una paz separada con Rusia, ya que no con los aliados; si no lo hacía era por el temor a una ocupación alemana y a un desmembramiento ulterior (Czernin). Era tal el agotamiento de Alemania y tan grave el descontento, que durante el verano se produjeron desórdenes en la escuadra (1917); los marinos habían tratado de exigir la paz recurriendo a la huelga. El armazón de disciplina del militarismo germánico empezaba a ceder. A retaguardia se hallaba tan debilitada la moral, que el estado mayor solicitaba —aunque en vano— que se le encargase la dirección de la prensa. Durante el invierno de 1916-1917 hubo que sustituir, en la alimentación nacional, la patata por el nabo, de un valor alimenticio muy inferior. Gracias únicamente a los cereales de la Rumanía conquistada, pudo evitarse una cruel hambruna en el país «del hambre genialmente organizada». Durante el invierno de 1917-1918 se planteó el problema del abastecimiento con caracteres mucho más desesperantes todavía. Faltaba carbón, faltaba petróleo, se carecía de caucho, y esto era grave, dada la importancia alcanzada por la tracción automóvil en las operaciones militares. El estado mayor veía con alarma cómo se deshacía su material humano. El 10 de septiembre, Ludendorf y Hindenburg lanzaban al canciller una advertencia categórica: «Si no se logra proveer de complementos al ejército, el desenlace de la guerra será incierto».

Entre los gobernantes de los Imperios centrales había dos tendencias contrarias, en pugna. Los austriacos, los turcos, los búlgaros —el hambre era mayor en Constantinopla que en Berlín— y una parte de la burguesía alemana quería una paz verdadera con Rusia y que se reanudasen inmediatamente las relaciones comerciales. Esa tendencia, que obedecía a imperiosas necesidades económicas, comprendía la imposibilidad de proseguir la guerra. Entre los negociadores, Czernin y Kuhlmann eran los representantes de esa tendencia. La otra tendencia, la del gran estado mayor (Hindenburg, Ludendorf, Hoffmann), la de Guillermo II, la de la metalurgia, de la industria química, de los agrarios, buscaba el aplastamiento de la Revolución rusa, el desmembramiento de Rusia, creyendo todavía posible conseguir, a ese precio, una rápida victoria sobre los aliados. El error de Ludendorf consistió en creer que «Norteamérica no sería capaz de compensar a los aliados por la pérdida de las fuerzas rusas». Su tesis era: imponer la paz a Rusia o rematarla con un golpe de maza «rápido y enérgico», y luego, hacia mediados de marzo, antes de la llegada de los norteamericanos al frente francés,

descargar una ofensiva irresistible.[5] Atribuía el debilitamiento de la moral del ejército a los efectos desmoralizadores de una larga ofensiva. Ludendorf no se hacía ilusiones a propósito de la paz con el bolchevismo. «Yo sabía que, aun en el caso de llegar a la paz, nos serían necesarias numerosas fuerzas contra el bolchevismo.» Pero su clarividencia de jefe militar iba acompañada de una extraña ceguera cuando se trataba de apreciar otros factores distintos del ejército y el Estado.

En ciertos momentos, en Berlín y en Viena, hubo un verdadero pánico de que los rusos no volviesen, porque, deseando que las negociaciones estuviesen sometidas al control internacional, exigían su traslado a Estocolmo. Czernin hace constar que se les esperó con ansiedad. Grande fue el alivio que se tuvo cuando aparecieron, después de haberse hecho esperar tanto. Ellos, por su parte, habían resistido con grandes esfuerzos a la tentación de no volver y de romper las negociaciones, para lo cual encontraban grandes incentivos en las dificultades cada vez mayores de los Imperios centrales.

Negociaciones

El 27 de diciembre (según el antiguo calendario) se reanudaron las negociaciones. La nueva delegación soviética se hallaba compuesta por Trotski, Iofée, Kámenev, Karajan, Pokróvski (el historiador), Bitzenko y Karelin (socialista-revolucionario de izquierda). La llegada del «mismo» Trotski, aureolado ya por una reputación universal de jefe de revolución, produjo sensación (Czernin). No seguiremos en detalle estas negociaciones absolutamente infructuosas. La delegación soviética mantuvo su punto de vista de respeto integral del derecho de las nacionalidades. Preguntado en la mesa el general Hoffmann, aquel «bandido con casco», según frase de Trotski, acerca de cuáles serían los territorios que los alemanes estarían dispuestos a evacuar, contestó: «Ni un milímetro». Hubo necesidad de separarse nuevamente para volver a ponerse en contacto diez días después.

---

5 «Los alemanes se creen capaces de apoderarse de Calais y de París, una vez que hayan firmado la paz con Rusia. Entonces, si Alemania renuncia a las anexiones, la Entente tendrá que aceptar una paz blanca.» (Czernin, *Memorias,* fecha del 17 de noviembre.) Recojamos también, en las mismas páginas del mismo autor, estas líneas, que nos recrearán con la nota cómica: «He recibido informes dignos de crédito acerca de los bolcheviques. Casi todos sus jefes son judíos de ideas descabelladas.»

Quisiéramos dar una idea de estas negociaciones como no ha habido otras en la historia. ¿Ha existido alguna vez una incompatibilidad mayor entre negociadores enemigos? Las negociaciones se llevaban a cabo detrás de las líneas del frente alemán, en la sombría fortaleza de Brest-Litovsk. El estado mayor alemán, que no desdeñaba los recursos nimios, hacía ejecutar ejercicios de tiro con granadas, a algunos centenares de metros de las habitaciones de los bolcheviques, con objeto de enervar a los plenipotenciarios...[6] Los negociadores tenían conciencia de que representaban a dos mundos incompatibles, más que a dos Estados en guerra; en aquel entonces la palabra «Estado», aplicada a la joven República de los Soviets, hacía sonreír a los diplomáticos de todos los países. Incluso dar con una lengua común resultaba difícil a los negociadores. Las viejas habilidades convencionales de la diplomacia fallaban y no surtían efecto con los rusos; el verbo revolucionario de estos producía en la otra parte desasosiego e indignación.

Del lado de la Cuádruple, dirigía los debates el secretario de Estado de asuntos exteriores, Von Kuhlmann, hidalgüelo con aires de alto funcionario, cortés, con una cortesía insolente y glacial. Trotski acertó al hacer la observación de que era un hombre de inteligencia despierta y al mismo tiempo limitada. Había venido a Brest-Litovsk como quien viene a una comedia arreglada por anticipado. Creyó al principio que los bolcheviques, con el agua al cuello, deseosos de ganarse las buenas gracias de los Hohenzollern, buscarían solo la manera de salvar las apariencias. (Por lo demás, esto mismo fue lo que pensaron casi todos los hombres de Estado europeos.) Al verse decepcionado, se aferró a la otra hipótesis accesible a su inteligencia de diplomático de carrera: que los bolcheviques obraban de acuerdo con la Entente y solo buscaban la manera de salvar las apariencias. «Teníamos —escribe Trotski— una inmensa superioridad sobre nuestros adversarios: los comprendíamos mucho mejor que lo que ellos nos comprendían a nosotros».[7] Junto a Von Kuhlmann se erguía con frecuencia la figura alta y maciza del general Hoffmann, una ancha cara impasible con gafas, típicamente alemana. Hoffmann, que era el hombre de confianza del estado mayor, afectaba una dureza que él hubiera querido que fuese bismarckiana. El conde Czernin, alto, delgado, con fama de «pacifista», en desacuerdo con sus colegas, que, por lo demás, también estaban en desacuerdo

---

6 Este hecho ha sido relatado por Prokovski, en *La política exterior de Rusia en el siglo XX* (1926).

7 L. Trotski, *Prefacio a las actas oficiales de las negociaciones de Brest-Litovsk,* edición de la Comisaría de Asuntos Exteriores, Moscú, 1920. Estas páginas y este librito son sumamente interesantes.

entre ellos, no tenía más remedio que marchar a remolque. «Durante una sesión de comisión, los delegados turcos nos invitaban abiertamente a que nos ciscásemos en los principios y fuésemos directamente al negocio. Al hablar así, adoptaban el aire socarrón de viejos monederos falsos que saben lo que se hacen.»[8] Y junto a estos hombres, que se llamaban Trotski, Iofe, Karajan, Kámenev y sus amigos, que llegaban del destierro, que acababan de salir de las cárceles, que hacía un momento andaban en las revueltas, «soldados de la revolución», como ellos mismos se llamaban, y que tanto distaban de pertenecer «a la carrera», apareció finalmente Karl Radek, en calidad de representante de los socialdemócratas polacos.

Como es natural, el tono de las discusiones fue agridulce. Hubo sobre todo un duelo continuo entre Trotski, Von Kuhlmann y Hoffmann, duelo en el que la dialéctica del primero se mostró de una superioridad exasperante. Algunos trozos de diálogo nos darán una idea de su superioridad y concretarán útilmente en el espíritu del lector el carácter de los debates:

> Von Kuhlmann: Es costumbre que a los tratados de paz preceda una especie de introducción, en la que se hace constar que ha terminado el estado de guerra y que las dos partes tienen intención de vivir de allí en adelante en paz y amistad. Supongo que toda discusión a este respecto está de más.
>
> Trotski: Me permito proponer la supresión de la segunda frase, que, por razón de su carácter decorativo, profundamente convencional, no responde, creo yo, a la finalidad escuetamente práctica del documento. (Comisión política, 29 de diciembre [11 de enero] de 1917.)

En la misma sesión ponía de relieve Trotski la importancia que tenía la evacuación de Persia por las tropas rusas.

> Von Kuhlmann: Como Persia no está representada aquí y como, de una manera general, no toma parte en estas negociaciones, creo que convendría dejar a un lado esta cuestión.
>
> Trotski: En efecto, Persia, por desgracia para ella, no es más que materia de estas negociaciones.

8 L. Trotski, *op. cit.*

A propósito del mismo asunto, y habiendo propuesto Kuhlmann que se ampliase el debate:

> Trotski: Si se plantease la cuestión con esa amplitud, me vería obligado yo a traer al debate algunos otros países neutrales. Bélgica, por ejemplo.

El general Hoffmann («¡Yo represento aquí al ejército alemán!») protestaba con regularidad contra la propaganda que realizaban los bolcheviques entre las tropas de los Imperios centrales. En la sesión del 30 de diciembre (12 de enero) le contesta Trotski desdeñosamente:

> Trotski: Lamento vivamente no llegar a comprender al general Hoffmann. Según yo creo, esto se explica porque nuestros puntos de vista son completamente divergentes. Esta diferencia de puntos de vista consta, es preciso que yo lo diga, en una sentencia que se pronunció contra mí durante la guerra. Creo que el original debe de encontrarse en los archivos del tribunal de Leipzig o en el de Stuttgart, no sé en cuál de los dos exactamente.
>
> Von Kuhlmann (al general Hoffmann): ¿Desea usted la palabra?
>
> Hoffmann: No, basta.

Otro día se trató que los rusos reconociesen a las instituciones locales burguesas de los países bálticos y de Polonia el derecho de expresar «la voluntad» del país. Kuhlmann creyó haber encontrado un argumento muy fuerte:

> Von Kuhlmann: Si se me permite, como lo ha hecho el orador que me ha precedido, parar mi atención en la India, quisiera preguntar al orador que me ha precedido si no consideraría, en caso de evacuación de la India, al Nizam de Haiderabad como el presunto representante del pueblo hindú, en el caso en que este pueblo no pudiese realizar unas amplias elecciones.
>
> Trotski: No tengo la menor garantía de que, al finalizar la dominación inglesa, no desaparecería con ella el Nizam. En todo caso, esperaría a comprobar la estabilidad de su posición.

Los bolcheviques, adversarios por principio de toda diplomacia secreta, habían exigido que se publicase la relación taquigráfica de las negociaciones. Por encima de los cascos y de las máscaras de los plenipotenciarios del imperialismo germánico hablaban a los pueblos. Y todas sus palabras daban en el blanco, como habían de demostrarlo muy pronto los acontecimientos. Kuhlmann y Hoffmann, exasperados, protestaron

en diferentes ocasiones contra los discursos agitadores de Trotski y de Kámenev. Y se decidieron muy pronto a truncar las actas, lo que dio lugar a incidentes, en los que llevaron la peor parte. Nada más curioso que aquellas imprevistas discusiones teóricas en las que el general Hoffmann, erigiéndose en campeón del derecho (burgués) ideal, echaba en cara a los bolcheviques que reinaban por la fuerza. Se trabó a este propósito todo un debate, que ha quedado sin ilación debido a algunos cortes desafortunados. «Debo indicar —dice Trotski a la comisión política (1/14 de enero)— que el general Hoffmann tiene razón al decir que nuestro gobierno se basa en la fuerza. Hasta ahora no hemos visto en la historia otra clase de gobiernos. Y así seguirá ocurriendo mientras la sociedad se encuentre dividida en clases enemigas. Lo que en realidad asombra y desconcierta en nuestro modo de actuar a los gobiernos de los demás países es que, en lugar de meter en la cárcel a los huelguistas, encarcelamos a los patronos que organizan los *lock-outs;* que en lugar de fusilar a los campesinos que exigen tierras, encarcelamos y fusilamos a los terratenientes y a los oficiales que intentan hacer fuego contra los campesinos...»

Y se llegó, hacia el 5 (18) de enero, al punto muerto: los centrales, enfurecidos por la agitación bolchevique; los bolcheviques, puestos en la alternativa de continuar una guerra que de allí en adelante era imposible, o de suscribir una paz desastrosa, ultrajante y desmoralizadora.

Lenin, en minoría

Para los bolcheviques, ajenos a los ensueños pacifistas, no se planteaba una cuestión de principio. Desde el año 1916 había previsto Lenin la victoria del socialismo en uno o varios países, y se planteaba la posibilidad de guerras ofensivas del o de los países socialistas contra los países capitalistas.[9] Ya en abril de 1917 escribía: «Si el poder perteneciese a los Soviets... consentiríamos en la guerra revolucionaria contra los capitalistas de cualquier país, porque, en realidad, haríamos la guerra a los intereses de uno u otro capital y no a los intereses de los capitalistas de un determinado país». Pero no se discutía acerca de principios. El

9 «El proletariado victorioso..., después de haber expropiado a los capitalistas y de haber organizado en su país la producción socialista, se alzaría contra el resto del mundo capitalista, llamando a su lado a las clases oprimidas de los demás países, haciendo que se levantasen contra los capitalistas, e interviniendo en caso necesario con la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados.» «Acerca de la consigna de los Estados Unidos de Europa», en el *Socialdemócrata,* Zúrich, 23 de agosto de 1916. Véase N. Lenin y G. Zinóviev, *Contra la corriente.*

ejército se desmovilizaba por sí mismo, los soldados se reintegraban a sus hogares. Las masas no querían seguir combatiendo. La insurrección de octubre se había hecho en nombre de la paz. Los transportes no podían más, la producción se hallaba profundamente desorganizada, el avituallamiento se encontraba en un estado lamentable.

El hambre era más amenazadora que nunca. Un informe del décimo ejército decía: «La infantería y la artillería han abandonado el 15 de enero sus posiciones para retirarse a retaguardia. Una parte de los cañones han sido abandonados». «No existe ya zona fortificada —escribían desde el tercer ejército—. Las trincheras se hallan llenas de nieve. Los elementos de fortificación se emplean como combustible. Los caminos han desaparecido bajo la nieve; no se ven sino senderos que van a parar a los abrigos, a las cocinas y a las tienduchas alemanas; en un sector de más de cien kilómetros han quedado como únicos ocupantes el estado mayor y el comité del regimiento.»[10] «Habían quedado abandonados en el frente más de dos mil cañones», hace notar M. N. Pokróvski. Por parte de los rusos la guerra había terminado.

Pero no por eso era menos inaceptable la paz alemana. La situación continuaba siendo confusa, se carecía de elementos informativos acerca de la desmovilización espontánea, y el entusiasmo revolucionario tomaba las ilusiones por realidades. El 8 de enero, en vísperas del III Congreso de los Soviets, se celebró en Petrogrado una importante reunión de militantes del partido que ocupaban cargos responsables. Se sostuvieron en ella tres puntos de vista distintos. El de Lenin, que era favorable a la paz; el de Trotski, que consideraba imposible la guerra revolucionaria, pero que deseaba provocar una ruptura de negociaciones, a fin de que fuese evidente que la posible capitulación había sido arrancada por la violencia de los alemanes, y el de los partidarios de la guerra revolucionaria. Sesenta y cinco militantes bolcheviques asistían a la conferencia. Después de exponer sus tesis acerca de la paz, Lenin quedó en minoría en la votación. Los partidarios de la guerra revolucionaria reunieron treinta y dos votos; la tendencia intermedia de Trotski alcanzó dieciséis, y Lenin quince. Volvieron a reunirse al día siguiente en el Comité Central del Partido. Lenin hizo hincapié en la imposibilidad de combatir, en la falta de caballos, en la imposibilidad de salvar la artillería en caso de retirada,

10 Citado por A. Anichev, *Ensayo de historia de la guerra civil,* según un curso de la Academia de Guerra.

en lo fácil que sería a los austroalemanes apoderarse de Petrogrado y de Reval. «Es una paz infame la que nos proponen —dijo—; pero si la rehusamos, seremos barridos nosotros y vendrá otro gobierno que la firmará». En Alemania se está incubando una revolución, pero la república socialista es ya un hecho en Rusia y necesita una tregua para afirmarse. Trotski preconiza una manifestación internacional, que ha de costarnos cara; vamos perdiendo ya la Polonia socialista; perdemos también Estonia. «La salvación de la república socialista bien se merece una contribución de tres mil millones.» «Si creyéramos que el movimiento revolucionario alemán es susceptible de estallar en cuanto se produzca la ruptura de las negociaciones, deberíamos sacrificarnos, porque la revolución alemana será superior a la nuestra. Pero es que no ha empezado todavía. Debemos sostenernos hasta que se produzca la revolución socialista general, y para eso no hay otro recurso que firmar la paz.»[11] Zinóviev, Stalin, Sukhanov, apoyaron a Lenin; Lómov y Kretinski votaron en favor de la guerra; la fórmula defendida por Trotski, Bujarin, Uritski —procurar ir alargando las negociaciones— obtuvo la mayoría. Esa misma solución, en forma concreta —«ni hacer la guerra ni firmar la paz»— fue adoptada una vez más unos días después, el 14 de enero, por los comités centrales de los partidos bolcheviques y socialistas-revolucionarios de izquierda, reunidos. Esta mayoría se daba perfecta cuenta de la imposibilidad de resistir, pero creía que si los alemanes desataban una ofensiva, en el caso de que pudiesen hacerlo, ello daría lugar a uno y otro lado del frente a una explosión revolucionaria. El III Congreso Panruso de los Soviets que se celebró entretanto, dio amplias facultades al Consejo de Comisarios del Pueblo.

Lenin se había quedado decididamente en minoría, y no solo en el Comité Central. Los tan influyentes comités de Petrogrado, los de la región moscovita, del Ural, de Ucrania, etc., se pronunciaban contra su tesis. Eran tan profundamente democráticas las costumbres de aquel partido disciplinado, que su jefe reconocido se inclinaba ante la mayoría, pero sin dejar por ello de defender su punto de vista. Una vez más, dentro de su propio partido, marchaba Lenin contra la corriente.

---

11 N. Lenin, *Obras completas,* t. XV. «Anexo: El CC del PCR y la paz de Brest-Litovsk», por N. Obsiannikov.

Las tesis de Lenin

En los momentos trascendentales, tenía Lenin por costumbre precisar su pensamiento de forma condensada, clara y concisa al mismo tiempo, a modo de tesis. Sus tesis no eran nunca largas y no abusaba de ellas. Sus tesis acerca de la paz, en veintiún artículos de cinco a quince líneas cada uno, nos ofrecen un modelo de este género:

1) La revolución socialista tiene asegurado su éxito en Rusia por la adhesión de las masas de obreros y campesinos. 2) Estamos todavía lejos de haber llegado al punto culminante de la guerra civil inevitable. 3) El sabotaje, la corrupción y las demás formas no activas la prolongarán durante algunos meses todavía. 4. y 5) La revolución tiene necesidad de tiempo. Necesita, por lo menos, una tregua de algunos meses para vencer a la burguesía y acometer su obra de organización. 6) Es imposible prever la fecha de la revolución europea, inevitable y próxima. 7) Las primeras conversaciones de Brest-Litovsk nos han demostrado que el partido imperialista domina todavía en Alemania, colocándonos en la alternativa de continuar la guerra o de someternos a una paz imperialista, haciéndonos pagar una contribución de guerra disfrazada de tres mil millones. 8) Se ha hecho ya hasta lo imposible para ir alargando las negociaciones. 9) Hacer la paz, cediendo a la fuerza, no es traicionar al internacionalismo proletario: «Los obreros que aceptan durante una huelga condiciones para la vuelta al trabajo, desventajosas para ellos y ventajosas para los capitalistas, no traicionan al socialismo. Los únicos traidores son aquellos que hacen un toma y daca con las ventajas de una parte de los obreros y las de los capitalistas, y solo esos regateos, son inadmisibles en principio.» 10) Al firmar nosotros la paz quedarían libres las tropas alemanas del frente oriental, y esto equivaldría, se nos dice, a hacer el juego del imperialismo germánico. Pero, miradas las cosas desde este punto de vista, la guerra revolucionaria haría el juego del imperialismo anglofrancés. «Los ingleses han propuesto sin rodeos a nuestro generalísimo Krilenko cien rublos por mes y por soldado en caso de que continuemos la guerra». «La conclusión exacta que debemos sacar de esta situación es que, desde el momento en que se implanta en un país el gobierno socialista, se deben resolver las cuestiones desde el exclusivo punto de vista de las ventajas para el desarrollo y para el afianzamiento de la revolución socialista empezada, y no desde el punto de vista de la preferencia que hay que conceder a tal o cual imperialismo». «Nosotros no hemos aceptado jamás el derrotismo sino por lo que se refiere a la burguesía imperialista del propio país de los interesados, y hemos repudiado siempre como inadmisible la victoria

sobre un imperialismo extranjero, obtenida en formal alianza o de hecho con un imperialismo «amigo». 12) En principio somos partidarios de la guerra revolucionaria; pero la cuestión está en si es realmente posible. 13) Una política de bello gesto no corresponde de ninguna manera a la proporción de las fuerzas que están frente a frente. 14) El ejército no se halla en condiciones de oponer una resistencia eficaz a los alemanes; estos pueden apoderarse de Petrogrado. 15) Las masas campesinas y las de soldados están contra la guerra; «ante la democratización completa del ejército, hacer la guerra contra la voluntad de la mayoría de los soldados, equivaldría a correrse un albur». Se necesitarán meses para que sea un hecho la creación de un ejército socialista. 16) Solo podría admitirse la guerra revolucionaria en el caso de que la revolución alemana fuese a estallar dentro de tres o cuatro meses. En caso contrario, una derrota equivaldría a la pérdida del poder socialista. 18) Jugarse el destino de la revolución a esta carta equivaldría a una aventura. 19) La revolución alemana no se debilitará porque hagamos la paz por separado; el ejemplo de los Soviets ejercerá una fuerza inmensa de propaganda. 20) La paz nos emancipará, en cuanto empiece, de la tutela imperialista. 21) La verdadera guerra revolucionaria es una guerra ofensiva, hecha por el ejército socialista, para derribar a la burguesía de los demás países. En este momento es imposible. Hemos hecho cuanto hemos podido en favor de Polonia, Lituania y Curlandia: el interés del socialismo está por encima de las nacionalidades.

La teoría de Lenin fue calificada, con justicia, como la *teoría de la tregua.*

La tesis de Trotski

Se dibujaba ya en el partido bolchevique una fuerte tendencia de izquierda que se agrupaba en torno de los militantes de extrema izquierda (Iaroslavski, Soltz, Murálov, Sapronov, Osinski, Stukov, etc.). El comité regional de la organización de Moscú exigía desde finales de diciembre la ruptura de las negociaciones de Brest-Litovsk; por lo demás, pedía que se rompiesen las relaciones «con todos los países capitalistas». Llegaba hasta el punto de juzgar inadmisibles los convenios económicos entre los Estados capitalistas y los socialistas. A sus ojos era mejor «perecer por la causa del socialismo que inclinar la cabeza ante Guillermo II». La paz democrática nacería de la rebelión de los pueblos.[12] Se ve cómo el fondo de esta doctrina viene a ser un romanticismo revolucionario lanzado hacia lo abstracto.

---

12 V. Sorin, *El Partido y la oposición,* 1ª parte, Moscú, año 1925.

La tesis de Trotski difería esencialmente. Trotski no se engañaba a sí mismo acerca de la absoluta imposibilidad de continuar la guerra. Pero dudaba de que Alemania, que se debatía en una crisis profunda, Alemania, cuyo ejército fatigado estaba sintiendo la influencia de la Revolución rusa, fuese capaz de tomar la ofensiva. Hay que poner a prueba, pensaba, a la clase obrera y al ejército alemán. A lo que replicaba Lenin: «Es tentador, pero arriesgado, demasiado arriesgado.»

La prensa de la Entente presentaba a los bolcheviques como agentes a sueldo de Alemania, y las penosas negociaciones de Brest-Litovsk como una comedia destinada, después de cerrado el trato, a salvar las apariencias. «He aquí por qué los bolcheviques disuelven la Asamblea Constituyente "democrática" con objeto de firmar con los Hohenzollern una paz humillante y que los reduce a la servidumbre, y eso mientras Bélgica y el norte de Francia están ocupados por los alemanes. Estaba claro que la burguesía de la Entente lograba sumir a las masas obreras en la mayor perplejidad, lo cual podía, por otra parte, facilitar una intervención armada contra nosotros.»[13] Las masas populares sufrían desde hacía muchos años el influjo del patrioterismo. Los internacionalistas todavía no formaban en el movimiento obrero sino débiles grupos. Si los bolcheviques no disipaban el malestar causado por la firma de la paz por separado entre Rusia y los Imperios centrales, ¿no se crearía en los países aliados un estado de espíritu favorable a la intervención en Rusia? Si, por el contrario, no firmaban los bolcheviques una paz tan desastrosa, sino con el cuchillo en la garganta, quedaría disipado todo equívoco. A lo cual respondía Lenin obstinadamente: «Es demasiado arriesgado. No hay en la actualidad nada que tenga más valor que nuestra revolución. Hay que ponerla a salvo de peligro, cueste lo que cueste.»

Trotski argumentaba también con la situación dentro del partido. La paz inmediata podría acarrear una escisión; la retirada de elementos buenos de izquierda vendría automáticamente a reforzar a los elementos de derecha. Lenin contestaba: «Estos antojos pasarán. La escisión no es absolutamente inevitable. Y si se produce, los disidentes volverán al partido. Pero si los alemanes nos aplastan, nosotros no volveremos...»

«Nosotros afirmábamos —escribe Trotski *(Acerca de Lenin)*—, aunque solo hubiese veinticinco probabilidades entre cien, de que el Hohenzollern no se resuelva, o no pueda hacernos la guerra, debemos

---

13 L. Trotski. *Acerca de Lenin,* cap. III.

arriesgarnos.» Este criterio se apoyaba en los acontecimientos de Alemania. A mediados de enero estallaron en Berlín grandes huelgas. *Pravda* apareció el 18 de enero con este titular: «¡Ya está! La cabeza del imperialismo alemán se encuentra en el banquillo. ¡La espada de la revolución proletaria se levanta! ¡La revolución en Alemania! ¡Un Soviet en Berlín!»

El movimiento huelguista se extendía a Viena, Berlín, Kiel, Hamburgo, Dusseldorf, Cassel, Leipzig, Halle, etcétera. Efectivamente, en Berlín y en Viena se habían formado Soviets que fueron rápidamente disueltos. Las fábricas de artículos de guerra no trabajaban.

«Ni paz ni guerra»

Las negociaciones de Brest-Litovsk se reanudaron el 18 de enero. Los representantes de los Imperios centrales se encontraron en mejor situación debido a la presencia de una delegación de la República de Ucrania, cuyos oradores, a los que Von Kuhlmann escuchó complacido, pronunciaron diatribas antibolcheviques. Sin embargo, la delegación de los Soviets no se opuso a la admisión de los enviados de la *Rada,* mientras la *Rada* ejerció mando sobre algún territorio; pero solo tardó unos días en quedarse sin él. Impusieron, por su parte, la condición de que se escuchase a una delegación de los socialistas polacos, compuesta por Stanislas Bobinski y Karl Radek, que no se paró en barras para censurar el régimen establecido en Polonia por la ocupación alemana.

La exasperación del estado mayor alemán subía de tono. ¿No se estaba perdiendo un tiempo precioso? ¿No estaban sirviendo de juguete de los agitadores bolcheviques? «Yo estaba como sobre ascuas», escribe Ludendorf. Sin embargo, la prensa solo tenía censuras para las brutales intervenciones del general Hoffmann. Los austríacos, alarmados por la gravedad de su situación interior, amenazaban con apartarse de sus aliados y pedían socorro a Berlín. «Nos encontramos —decía Czernin— en el momento en que se nos viene encima la catástrofe de abastecimientos».[14] Las huelgas de la segunda quincena de enero los dejaron consternados. «Si no se nos envían socorros —telegrafiaba el residente del consejo austrohúngaro— estallarán desórdenes la semana que viene». Y no se equivocaba.

---

14 Recojamos este trozo de diálogo entre el conde Czernin y el barón Kuhlmann: «Kuhlmann: A los rusos solo les queda elegir la salsa que los adobe para dejarse comer. Czernin: Lo mismo que a nosotros.» (Czernin, *Memorias*.)

Ludendorf hubiera querido romper las negociaciones, emprender resueltamente la ofensiva y provocar así la constitución de otro gobierno más contemporizador en Rusia. «¡Hay que ver de qué manera nos tratan!», decía refiriéndose a los bolcheviques. Hoffmann, rojo hasta la raíz de los cabellos, recordaba a Kámenev, Iofe y Trotski, que los vencidos no eran los Imperios centrales... Las huelgas debieron ejercer influencia en el ánimo de Guillermo II, inclinándolo a ceder a las conminaciones de su estado mayor. Un programa de radio de propaganda, dirigido por los bolcheviques a las tropas alemanas, por el cual el emperador creyó que se excitaba contra él la ira de los soldados, hizo desbordar el vaso. Guillermo II ordenó terminantemente a Kuhlmann que presentase un ultimátum a los rusos. Era precisamente lo que Hoffmann quería: «Acogotarlos con un ultimátum». Y extendió tranquilamente delante de los delegados rusos el mapa en que estaban dibujadas las nuevas fronteras. Esta vez estaban los rusos entre la espada y la pared.

La palabra de Trotski se hizo inesperadamente agresiva en la sesión del 28 de enero (10 de febrero). Pronunció un discurso lacónico, destinado exclusivamente a servir de propaganda:

> Los pueblos se preguntan cuándo acabará esta destrucción de la humanidad, provocada por el espíritu de lucro y de dominio de las clases dirigentes de todos los países. Si en algún momento pudo ser defensiva esta guerra, hace tiempo que ha dejado de serlo por parte de uno y otro bando. Gran Bretaña se apodera de las colonias de África, de Bagdad, de Jerusalén. Alemania ocupa Serbia, Bélgica, Polonia, Lituania, Rumanía y se apodera de las islas Moonsund. Esto no es una guerra defensiva. Es una guerra para repartiese el mundo. Nos negamos a seguir tomando parte en esta guerra puramente imperialista, en la que se pagan con sangre humana las ambiciones de las clases posesoras. Somos igualmente intransigentes ante los imperialismos de los dos bandos, y no consentimos en derramar la sangre de nuestros soldados en interés de un partido imperialista. En espera de que llegue la hora, que creemos está próxima, en que las clases trabajadoras oprimidas de todos los países se harán con el poder, como se ha hecho el pueblo trabajador de Rusia, retiramos de la guerra a nuestro pueblo y a nuestro ejército. Nuestro soldado-campesino retorna a sus labores para cultivar pacíficamente, a partir de esta primavera, las tierras que la revolución le ha entregado quitándoselas a los terratenientes. Nuestro soldado-obrero volverá a su taller; no para producir allí máquinas de destrucción, sino un equipo creador y para edificar en colaboración con el campesino la nueva economía socialista. Desmovilizaremos nuestro ejército. Pero nos negamos a firmar una paz de anexiones. Declaramos terminado el estado de guerra entre los Imperios centrales y Rusia.

Aquello era lo menos que podían esperar los austroalemanes. En el castillo de Homburg, se reunión un consejo extraordinario a fin de examinar la nueva situación. A él asistieron: Guillermo II, el canciller Von Hertling, el vicecanciller Hindenburg, Ludendorf, el jefe del almirantazgo Von Kuhlmann. Las opiniones se dividieron. El canciller, el vicecanciller, Von Kuhlmann y los austríacos fueron de la opinión de que la situación interior, y especialmente la de Austria-Hungría, no permitía emprender una ofensiva contra Rusia.[15] Esto demuestra que las probabilidades que Trotski vislumbraba existían efectivamente. Los generales exigieron la ofensiva, aduciendo los siguientes argumentos: 1) No era posible emprender la ofensiva contra los anglofranceses sin antes liquidar el frente ruso; 2) solo la ocupación de Ucrania, rica en cereales, podía evitar el hambre en Austria, por análogas consideraciones económicas se imponía la ocupación de una parte de Rusia; y 3) convenía infligir una seria derrota al bolchevismo, que era capaz de afirmarse militarmente. El Káiser fue de la opinión de su estado mayor.

La anulación de las deudas y los aliados

El gobierno de los Soviets consumaba en aquel mismo momento su ruptura definitiva con los aliados al anular las deudas exteriores de Rusia. Esta medida se hacía indispensable; puede decirse que era uno de los objetivos de la revolución. Hemos expuesto la dependencia profunda, casi colonial, en que se encontraba el Imperio ruso en relación con el extranjero. La revolución proletaria y campesina, que había sacudido el yugo de las clases posesoras y del nacionalismo gran ruso, no podía doblarse respetuosa bajo el yugo de las finanzas internacionales. Por lo demás, no había otro recurso, para hacer frente a la bancarrota inevitable, que la anulación de la deuda del Estado, que alcanzaba en aquel momento la fabulosa cifra de 80.000 millones de rublos. (Deudas exteriores, 16.000 millones; deudas interiores a largo plazo, 25.000 millones; deudas interiores a corto plazo, 19.000 millones; deudas interiores indirectas, 4.800 millones; diversas obligaciones indirectas, 15.000 millones aproximadamente.) El servicio de la deuda, a 1 de enero de 1918, hubiera exigido el pago de 4.000 millones de rublos de intereses anuales, cifra sensiblemente superior a los ingresos totales del Estado

15 Ludendorf, *op. cit.* El emperador Carlos de Austria se resistió durante varias semanas a la ofensiva contra Ucrania, y solo autorizó la cooperación de sus tropas ante la perspectiva del hambre. (Ibídem)

en 1913 (3.452 millones). La suma total de la deuda era igual a las dos terceras partes de la riqueza nacional. Solo recurriendo a medidas revolucionarias podía evitarse la bancarrota y la esclavitud económica. De haberse llevado a cabo arreglos con los acreedores extranjeros, la situación colonial de Rusia hubiera quedado seguramente agravada.

La anulación de las deudas del Estado fue precedida por la confiscación a beneficio del Banco del Estado de todos los capitales constituidos por acciones de los bancos particulares (decreto de los Comisarios del Pueblo, del 26 de enero).[16] El decreto del 28 de enero anuló todos los empréstitos del Estado «contraídos en el extranjero por los gobiernos de los latifundistas y de la burguesía rusa», debiendo el decreto tener efecto retroactivo a partir del mes de diciembre, quedando asimismo anulados los cupones correspondientes al mes de diciembre. «Art. 3. Quedan anulados, sin excepción y sin condiciones, todos los empréstitos realizados en el extranjero». Los títulos que estuviesen en poder de las cajas de ahorro, las cooperativas, las instituciones democráticas locales y de los pequeños portadores, dueños como máximo de diez mil rublos de títulos, debían ser convertidos en títulos de un nuevo empréstito, a emitir, de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia (este proyecto no llegó, que nosotros sepamos, a realizarse). Correspondía a los Soviets fijar cuáles eran las instituciones democráticas y los pequeños portadores que habían de beneficiarse de estas ventajas.

Era un golpe directo contra la alta banca internacional y los imperialismos aliados. Los gobiernos aliados y sus representantes en Rusia venían observando desde la insurrección de octubre una actitud expectante, netamente hostil hacia el gobierno de los Soviets —al que no reconocían—. Se habían abstenido de contestar a los reiterados llamamientos que les había hecho el gobierno de los Soviets en favor de una paz general. Por el contrario, ya hemos visto cómo las misiones militares aliadas alentaban la resistencia del general Dujonin; la participación que tomaron ciertos oficiales franceses en la guerra civil de Ucrania, en donde secundaban a la *Rada,* había provocado un incidente entre el embajador de Francia, Noulens, y la Comisaría de Asuntos Exteriores. Francia enviaba subsidios a la *Rada;* el general Berthelot fomentaba las maquinaciones de Rumanía en Besarabia. Inglaterra internaba a los emigrados revolucionarios rusos

16 «Art. 5. Los accionistas de los bancos que no presenten sus títulos o que no comuniquen sus listas de registro en un plazo de quince días, a partir de la publicación de este decreto, serán castigados con la confiscación de todos sus bienes».

Chicherin[17] y Petrov, cuya libertad solo consiguió Trotski cuando amenazó con tomar represalias contra los súbditos británicos residentes en Rusia. La prensa de la Entente arreciaba en sus campañas contra la Revolución rusa, campañas de una virulencia y de un tesón tales, que solo podía encontrarse parangón con ellas en las campañas desencadenadas en otro tiempo contra la Revolución francesa por la prensa de Inglaterra, William Pitt y los emigrados realistas. Al examinar los documentos de esta época se queda uno atónito ante un hecho que asombra: los hombres de Estado, los periodistas, los guías más despiertos de la opinión del mundo capitalista, «no comprendían en absoluto» lo que significaba la Revolución rusa. Daban crédito a los rumores más desatinados. Era creencia general que los bolcheviques, aventureros doctrinarios que habían sido empujados hasta el poder por el azar de las rebeliones, no durarían en el mismo más de seis semanas —luego se dijo que no durarían más de seis meses— y que desaparecerían tan inopinadamente como habían aparecido en el escenario. Nadie les auguraba otro porvenir que la horca. Los representantes de los aliados en Rusia compartían esta opinión, exceptuando únicamente a dos hombres cuya influencia, en lucha contra la corriente, no consiguió imponerse a sus propios gobiernos: el norteamericano Raymond Robins y el francés Jacques Sadoul.

El embajador de Inglaterra, Buchanan, declaraba el 18 de diciembre —¡en tono conciliador!— que Gran Bretaña aguardaría a que «se constituyese en Rusia un gobierno estable, reconocido por el pueblo». La prensa oficiosa de París y de Londres cifraba sus esperanzas en los generales Kaledin, Alexeiev, Kornílov. Y empezaba a agitar la idea de una intervención japonesa en Siberia. Los Estados Unidos se manifestaban reservados.

El 31 de enero,[18] dos días después del golpe teatral de Brest-Litovsk, en el momento mismo en que las tropas rumanas iniciaban una ofensiva contra Odesa, con el consentimiento tácito del mariscal de campo

---

17 Gueorgui Vasilievich Chicherin. De familia aristocrática, ingresó primero en la carrera diplomática, que abandonó en 1905 para emigrar y hacerse revolucionario profesional. Perteneció hasta el momento de la guerra a las organizaciones mencheviques. Durante la guerra se declaró internacionalista, y fue internado hasta fines de 1917 por el gobierno británico. Desde la paz de Brest-Litovsk dirigió la política extranjera de los Soviets.

18 Hasta el 31 de enero de 1917 se sirvió Rusia del calendario juliano, que va con un retraso de trece días sobre el calendario gregoriano adoptado por todos los países de Europa desde finales del siglo XVI. Hasta este momento hemos indicado las fechas en el viejo calendario juliano, poniendo a veces junto a ellas sus equivalencias según el calendario gregoriano. De ello resulta que la insurrección bolchevique tuvo lugar en Rusia el 25 de octubre, que para Europa era el 7 de noviembre. Un decreto de los Comisarios del Pueblo hace obligatorio, a partir del 31 de enero, el

alemán Von Mackensen y con el consentimiento explícito del general francés Berthelot, dirigía el cuerpo diplomático a los Comisarios del Pueblo una nota ultrajante y amenazadora, cuyo pasaje esencial damos a continuación.

> Los embajadores y los ministros plenipotenciarios aliados y neutrales acreditados en Petrogrado ponen en conocimiento de la Comisaría de Asuntos Exteriores que consideran todos los decretos del gobierno obrero y campesino acerca de la anulación de los empréstitos del Estado, las confiscaciones de bienes, etc., como inexistentes en cuanto pueden afectar a los intereses de los extranjeros.

Se había realizado el bloque de las dos coaliciones imperialistas enemigas contra la revolución obrera y campesina. Las veleidades de colaboración militar entre los aliados y los Soviets contra Alemania, que se manifestaron en los momentos más graves del periodo de Brest-Litovsk, no surtieron efecto alguno. En realidad, la política de los representantes aliados en Rusia se hallaba dominada por el espíritu de clase; no se trataba ya de diplomáticos o de militares ingleses, franceses, norteamericanos; eran, antes que nada, burgueses, y esto no lo olvidaban jamás. Los estadistas se planteaban cada vez más en serio el reparto de Rusia. Mientras el general Hoffmann desataba su ofensiva contra la Rusia revolucionaria, que acababa «de declararle la paz», el general Foch decía en una entrevista a los periódicos norteamericanos, sobre la cual creyeron oportuno guardar silencio los periódicos franceses: «Norteamérica y Japón pueden encontrarse con Alemania en Siberia» (26 de febrero.) Entre Londres, Washington, París y Tokio se negociaba activamente a propósito de una intervención japonesa en Siberia; en otros términos, sobre si Japón debía realizar la conquista del Extremo Oriente. Este designio fracasó debido a la resistencia de Estados Unidos. Trotski solicitó de una manera formal la ayuda norteamericana. Jacques Sadoul tomó la iniciativa de solicitar la ayuda de Francia en nombre de Trotski, que no le había dado semejante encargo. Todo lo que obtuvo fue que Noulens telefonease a Trotski el día 24 de febrero: «Para resistir a Alemania, puede usted contar con la ayuda militar y financiera de Francia». En la práctica, y a pesar de los esfuerzos de Sadoul, esta ayuda fue nula.

---

uso del calendario gregoriano; pero como para ello es preciso saltar trece días, el mes de febrero empieza el 14. Téngase en cuenta ese salto de fechas, que pudiera producir en el lector no avisado la impresión de un retraso en los acontecimientos.

«La patria socialista en peligro»

El frente ruso-alemán seguía una línea casi recta de Riga a Kamenietz-Podolsk, junto al río Dniester. El 18 de febrero, ocho días después de la clausura de las negociaciones, violando la cláusula del armisticio, que obligaba a anunciar con una semana de antelación la reanudación de las hostilidades, el general Hoffmann informó al gobierno de los Soviets que volvía a regir el estado de guerra. Para justificar la ofensiva, alegaba la prensa derechista alemana la necesidad de restablecer el orden en Rusia. El príncipe Leopoldo de Baviera arengó a las tropas y les anunció que no iban a combatir para realizar conquistas, sino para acabar con la epidemia del bolchevismo. «Alemania será en adelante un dique que defenderá la cultura europea contra el contagio oriental». Parece, sin embargo, que Ludendorf no tuvo el propósito de derribar al gobierno de los Soviets, cosa que hubiera sido superior con toda probabilidad a sus fuerzas (esto lo sabemos hoy, pero se ignoraba entonces). Se propuso ocupar Ucrania y asestar a los rusos un golpe «rápido y enérgico» que le permitiese apoderarse de toda su artillería y de sus provisiones, para dificultar así a los bolcheviques la reconstrucción rápida de un ejército.

La ofensiva alemana no tropezó con ninguna resistencia. Las tropas alemanas avanzaron sin disparar un tiro; sirviéndose de las líneas de ferrocarril. Ocuparon en pocos días (del 18 al 24) Reval, Rejitza, Dvinsk, Minsk; invadieron Ucrania.

Fueron aquellos unos días terribles. En cuanto se recibió el anuncio de la ofensiva, se apresuró el Consejo de Comisarios del Pueblo a notificar, por radiotelegrama, su aceptación de la paz a los austroalemanes. Se creía que los centrales no contestarían. Berlín respondió con evasivas: «Presentad por escrito vuestras proposiciones...» Se generalizó entonces la opinión de que, de ahora en adelante, los alemanes no harían la guerra a los rusos, sino a los Soviets; que se habían puesto tal vez de acuerdo con la Entente para restablecer el orden en Rusia; que ocuparían la mayor parte del territorio, y casi con seguridad Petrogrado. Las últimas tropas rusas se retiraron en desorden ante los alemanes, sin tomarse siquiera el trabajo de obedecer las órdenes del Consejo de Comisarios del Pueblo, que prescribían, en caso de retirada, la destrucción de las armas y de las municiones. Si los alemanes se negaban a firmar la paz no les quedaba a los Soviets otro recurso que el de organizar la guerra de guerrillas en el territorio ocupado. «La patria socialista, en peligro». Así se proclamó el 21 de febrero.

Se dio orden de movilizar todas las fuerzas y los recursos del país para la defensa revolucionaria; que se defendiesen todas las posiciones hasta el último extremo; que se destruyesen las líneas férreas por donde avanzaba el enemigo; que se destruyesen los almacenes de víveres, de material y de todos los objetos antes de que cayesen en poder del enemigo; que se movilizase la población de las ciudades para abrir trincheras bajo la dirección de los técnicos militares: «Todos los adultos válidos, hombres y mujeres, pertenecientes a la clase burguesa, entrarán en estos batallones; los que se resistan serán fusilados»; que se suspendiese la publicación de todos los periódicos hostiles a la defensa revolucionaria, que favoreciesen la invasión burguesa alemana o la contrarrevolución, debiendo ser movilizados para la ejecución de los trabajos de defensa los redactores y colaboradores de aquella prensa; que se «fusilase en el acto a los agentes del enemigo, a los especuladores, a los saqueadores, bandoleros y agitadores contrarrevolucionarios...». Este documento llevaba en germen el terror rojo; esta vez, al igual de lo que ocurrió durante la Revolución francesa, nacía de la invasión extranjera y del peligro.

Pero la gente de los campos no quería combatir. Lenin tenía razón cuando fundaba su teoría de la tregua en este hecho registrado por él. Los alemanes avanzaban sin encontrar resistencia y se apoderaban de un botín inmenso. En una sola semana progresaron de 200 a 300 kilómetros. A veces les ofrecían resistencia las guardias rojas. Era aquella una resistencia desesperada, condenada al fracaso. La pasividad de los soldados-campesinos contrasta con el entusiasmo de los obreros, que corrían a buscar armas al instituto Smolny, que llenaban fábricas enteras con sus mujeres y con sus hijos mayores, también estos útiles para la resistencia. En cambio, muchos de los que se decían hasta ayer patriotas ardientes esperaban a los alemanes como a libertadores. Subrayemos el hecho de que las guardias rojas, bajo el mando de Antónov-Ovséyenko, continuaban realizando brillantes operaciones en el sur de Rusia (toma de Rostov, aplastamiento de Kaledin), y que las tropas rojas del frente de Rumanía derrotaban a los rumanos y conservaban Odesa. Subrayemos también que no se recurrió, en realidad, al terror, ya que el sentimiento de las masas no era favorable a que se emplease para sostener una guerra de la que no se quería ni oír hablar.

La toma de Pskov, situada a 275 kilómetros de Petrogrado, distancia que se considera en Rusia como poco importante, llenó de consternación a la capital.

La situación no mejoró en manera alguna con la llegada a Brest-Litovsk de una nueva delegación rusa, el primero de marzo. Los alemanes se negaron a interrumpir las negociaciones hasta el momento mismo de que se firmara la paz, para lo cual habían señalado la fecha del 4 de marzo. La delegación informó al país que aquellos tenían intención de avanzar todo lo más adentro que pudiesen y que lo hacían por medio de pequeños grupos de tropas de choque, a las que se podía rechazar fácilmente.

En realidad, la ofensiva alemana tenía límites naturales. La guerra de guerrillas, la destrucción de las vías férreas, las dificultades para el abastecimiento, el estado de espíritu de las poblaciones, la formación de partidas rojas en la retaguardia del invasor, las huelgas, el hambre, el descontento en Alemania y en Austria, obligaron al mando, antes de la primera semana, a encarar la eventualidad de operaciones de gran envergadura, largas, difíciles y, en resumidas cuentas, azarosas; se combatía en país desconocido y con un enemigo diferente de todos los enemigos conocidos. Todos los proyectos que se habían hecho, calculando la firma rápida de la paz con Rusia, estaban comprometidos.

Lenin se sobrepone

Desde el momento en que se anuncia la reanudación de las hostilidades, Lenin propone al Comité Central que se firme la paz inmediatamente (17 de febrero). De nuevo queda en minoría, pero solo por un voto. Bujarin, Trotski, Iofe, Krestinski, Uritski y Lómov votan contra él; Sverdlov, Sukhanov, Smilga y Stalin están a su lado.

El Comité Central delibera dos veces al día siguiente, 18, día de la ofensiva alemana. Hablan en favor de cada tendencia, y previo planteamiento claro de los problemas, dos oradores; se les conceden cinco minutos para hablar. ¡No es momento de discursos largos! En la primera sesión vuelve a ser descartada la proposición de Lenin por siete votos contra seis (esto es, reanudación inmediata de las negociaciones). La defiende Zinóviev y la combaten Bujarin y Trotski. En la segunda sesión daba Trotski cuenta de la entrada de los alemanes en Ucrania y de la toma de Dvinsk.

> A pesar nuestro —contesta Lenin—, nos vemos arrastrados a la guerra revolucionaria. ¡Con la guerra no se juega...! ¡La historia dirá que habéis traicionado la revolución! Pudimos firmar una paz que no era en modo alguno una amenaza para esa revolución. No tenemos ningún elemento, ni siquiera nos damos maña

> para hacer volar las cosas... El campesino no quiere oír hablar de la guerra y no se batirá. La guerra permanente de los campesinos es una utopía. La guerra revolucionaria no puede quedar reducida a una frase. ¡Si no estamos preparados, firmemos la paz! No es bastante que hayamos entregado a los alemanes Finlandia, Letonia y Estonia, para considerar la revolución como fracasada.

El aplastante realismo de Lenin, terriblemente confirmado por los acontecimientos, se sobrepone esta vez por siete votos contra seis. Es el voto del propio Trotski el que decide.[19] Ni a Lenin ni al Comité Central se les ocurrió acusar de inconsecuente a Trotski, al que se dio el encargo de redactar, en unión de Lenin, el radiotelegrama a los alemanes. La demostración que él se había propuesto hacer ante los proletarios de Occidente estaba hecha; la prueba que él había querido intentar se había realizado.

La situación se hace más y más grave por horas. Los alemanes tardan en contestar y llevan adelante su avance con energía, recogiendo un enorme botín. ¡Y el partido se divide! Los militantes de la izquierda moscovita, partidarios de la guerra revolucionaria, dimiten el 20 de febrero de los cargos de responsabilidad, no sin «reservarse el derecho de propaganda en el seno del partido y fuera del mismo». (Están entre los dimisionarios: Lómov, Bobnov, Uritski, Piatakov.) Es, en efecto, un paso hacia la escisión. La prensa del partido silencia estos hechos. Al cabo de dos días los dimisionarios y toda la izquierda rectifican su actitud, pero apelando ante el Congreso.

Trotski informa el día 22 de febrero al Comité Central de una proposición de los aliados: Francia e Inglaterra estarían dispuestas a sostener a Rusia en su resistencia contra Alemania.

Juzga aceptable esta proposición, ya que queda asegurada la independencia de la política extranjera de los Soviets. Bujarin pide que sea rechazada. Lenin no está presente, pero ha garabateado a toda prisa algunas palabras en un trozo de papel: «Servíos contar mi voto *en favor* de que se acepte la ayuda y el armamento de los bandidos imperialistas anglofranceses. *Lenin.*» El Comité vota en este sentido por seis votos contra cinco.

---

19 Votos a favor de la proposición de Lenin (paz inmediata): Lenin, Smilga, Sverdlov, Sukhanov, Stalin, Trotski y Zinóviev. En contra: Uritski, Iofe, Lómov, Bujarin, Krestinski y Dzerjinski. Una abstención, Yelena Staseva. Al ser notificado este acuerdo, el Comité Central de los socialistas-revolucionarios de izquierda se negó a suscribir la paz. Véase N. Ovsiannikov, anexo al tomo XV de las *Obras completas* de Lenin.

El 23 de febrero se discute en el Comité Central la contestación de Von Kuhlmann, que agrava las condiciones de paz que impone Alemania —¡y de qué manera!—. Lenin, inquebrantable, manifiesta «que queda liquidada la política de frases revolucionarias», añadiendo que si se intentase continuarla se retiraría él en el acto del gobierno y del Comité Central. «Prepararemos —dijo— la guerra revolucionaria». Trotski opina en favor de la paz, considerando que la división del partido hace imposible la guerra revolucionaria (sin embargo, se abstiene de votar). La tesis de Lenin triunfa por siete votos contra cuatro y cuatro abstenciones.[20]

El tratado

Sukhanov, Petrovski, Chicherin, Karajan y Iofe se encuentran en Brest-Litovsk con el embajador Von Rosenberg y el general Hoffmann. Esta vez, los delegados de los Soviets se niegan a parlamentar. «Estamos aquí —declara Sukhanov— para firmar en el acto la paz que se nos impone por la violencia». «La paz que firmamos —dijo en la conferencia el día 3 de marzo— nos es dictada con las armas en la mano. La Rusia revolucionaria se ve constreñida a aceptarla, apretando los dientes...» Y denuncia, lacónicamente, sin andarse con eufemismos, el carácter expoliador y el espíritu de clase de que está animada. «Declinamos, por inútil, toda discusión».

Las cláusulas principales del tratado, que estaba redactado en trece artículos, eran: compromiso recíproco de cesar en toda clase de propaganda contra «el estatuto gubernamental o militar» de los países interesados; la desmovilización del ejército ruso, incluso la de las nuevas unidades soviéticas; renuncia, por parte de Rusia, a inmiscuirse en los asuntos de los países situados al oeste de las nuevas fronteras (todos los países bálticos, Lituania y Polonia); evacuación de las regiones de Asia Menor, ocupadas por las tropas rusas; reconocimiento, por parte de los Soviets, de la república popular de Ucrania y del tratado firmado por esta con la Cuádruple; evacuación de Finlandia y de las islas Aaland por los rusos (lo que equivalía al sacrificio de la revolución finlandesa); renuncia recíproca a toda indemnización de guerra. Sin embargo, Rusia tendría que indemnizar a los Imperios centrales por el sostenimiento de los prisioneros rusos, por los daños causados por la revolución a los súbditos austro-alemanes, etcétera (en total, un pago de más de tres mil millones de rublos oro). Se realizaría

20 Votos a favor: Lenin, Stasova, Zinóviev, Sverdlov, Sukhanov, Smilga, Stalin; en contra: Bujarin, Búbnov, Vritski, Lómov; se abstienen: Trotski, Dzerjinski, Iofe, Krestinski.

inmediatamente el intercambio de prisioneros de guerra (Alemania calculaba de esta manera recuperar material humano); se reanudarían las relaciones comerciales y consulares.

Una vez firmada la paz, y al amparo del tratado, prosiguió el avance de las tropas alemanas en Ucrania, hasta el Don, hasta Crimea, hasta el Cáucaso.

Aguantar sin frases

Vale la pena que profundicemos en la política de Lenin en esta curva de la revolución. Según tenía por costumbre, Lenin cuidó de razonarla fuertemente en sus artículos publicados en el *Pravda* y en sus intervenciones en el Comité Central. Su argumentación apuntaba siempre contra la tendencia de izquierda. En un artículo del 21 de febrero se dedica a refutar sus tesis. Fijémonos, en primer lugar, en sus definiciones:

> La fraseología revolucionaria suele ser casi siempre una enfermedad que ataca a los partidos revolucionarios cuando se produce en estos [...] el entrelazamiento de los elementos proletarios con los pequeñoburgueses y cuando el curso de los acontecimientos obliga a bruscos virajes. La fraseología revolucionaria consiste en la repetición de las consignas revolucionarias sin relación con las circunstancias objetivas del momento, en un punto dado. Consignas excelentes, que arrastran, que emborrachan, pero que carecen de base; eso es lo que esencialmente ocurre.

Las organizaciones de Moscú y Petrogrado que preconizan la guerra revolucionaria, no se oponen a la desmovilización en tiempo de guerra. El antiguo ejército ya no existe. El nuevo empieza apenas a formarse. Las frases de las que se está abusando, no pasan de ser la expresión de sentimientos. Las razones que se invocan son lamentables. Se invoca el recuerdo de la Francia revolucionaria de 1792; pero Francia no hizo la guerra sino «después» de haber hecho la revolución económica; la Revolución francesa llevó al combate «a un pueblo que no estaba agotado por ninguna guerra y que acababa de reconquistar la libertad, contra pueblos retrasados económica y políticamente. Nosotros salimos apenas de la guerra, no hemos hecho más que empezar la revolución. Nuestro campesino no tiene aún detrás de él ni un año de trabajo libre (es decir, libre de terratenientes y de las calamidades de la guerra)». «El triunfo sobre el feudalismo, el

asentamiento de la libertad burguesa, un campesino satisfecho que va al combate contra los países feudales, esa es la base económica de los milagros de 1792-1793 en los campos de batalla».

> Alemania, se nos dice, no podrá tomar la ofensiva porque la revolución es inminente dentro de ella. Pero nosotros, en plena revolución, no hemos conseguido evitar que la burguesía rusa emprendiese la ofensiva en junio de 1917. La revolución alemana está madurando; pero el afirmar que está ya madura, es caer en la fraseología.
>
> ¿Es que con hacer la guerra ayudaremos a Liebknecht? Si la hacemos sin verdaderas fuerzas, no; trabar combate cuando no se cuenta con las fuerzas necesarias, es lanzarse a la aventura.
>
> Pero se nos dice: tampoco en octubre teníamos fuerzas. Pero las masas estaban con nosotros, y lo sabíamos.
>
> ¿Caeremos aplastados por las cláusulas económicas de la paz por separado? El imperialismo alemán se debilita; nosotros nos fortalecemos cada mes que pasa. Es preferible la paz más desventajosa a la situación de Bélgica. [...]
>
> La paz es infame, deshonrosa. ¿Con ella traicionamos a Polonia, Lituania, Curlandia, Letonia, que dejamos en manos de Alemania...? No, porque los intereses del socialismo están por encima del derecho de las nacionalidades a disponer de sus destinos.
>
> ¡Guerra a la fraseología revolucionaria, para que no se pueda decir algún día esta amarga verdad: La revolución se perdió por culpa de la fraseología revolucionaria acerca de la guerra revolucionaria!

Y al día siguiente firmaba Lenin, con el seudónimo inocente de *Karpov,* otro artículo con el mismo tema, titulado «La carcoma». «La fraseología —dice— es una enfermedad tenaz, como la carcoma». El artículo está consagrado, en parte, a refutar a la izquierda, que creía que aceptando el concurso de los anglofranceses, contra los Imperios centrales, se hacía tabula rasa de los principios. «¿Es posible que no se comprendiera la diferencia que existe entre las compras de armas hechas por Kérenski a los piratas aliados para llevar adelante la guerra de conquista y las compras que pudiera hacer a esos mismos piratas la Rusia socialista, que ha declarado terminada la guerra, para defenderse de Guillermo II? La diferencia es la misma que existe entre matar para robar y matar en estado de legítima defensa». «Sépase —escribe Lenin el 3 de febrero—: quien se opone a la paz inmediata, aunque fuese la más dolorosa, trabaja para destruir el poder de los Soviets.» («¿Paz o guerra?»)

En un tercer artículo («Una lección dolorosa, pero necesaria», 25 de febrero) señala las raíces de la ideología de la guerra revolucionaria. «Los espíritus se han mareado con la facilidad de las victorias de la revolución en el interior. La semana que ha durado la ofensiva alemana nos ha proporcionado una lección dura, pero necesaria. ¡Edificante contraste el que existe entre las dos series de despachos recibidos durante estos días por el gobierno! Por un lado, un desborde de frases revolucionarias de lo más «valientes» [...] Por otro, los informes desoladores, deshonrosos, comunicando la negativa de los regimientos a defender sus posiciones [...] la no ejecución de la orden de destruirlo todo antes de retirarse; sin hablar para nada de la desbandada, de la incapacidad, de la impotencia, de las marrullerías.»

Aceptar, sin ejército, la batalla de un enemigo poderoso, es un crimen; se impone que hagamos la paz, no como una capitulación, sino para prepararnos seriamente para la guerra. Hay que saber ayudar a la revolución socialista en los países imperialistas avanzados. «Se perjudica a esa revolución entregando a los golpes del enemigo a la República Socialista de los Soviets, que no tiene ejército. No hay que hacer una frase de esta gran consigna: *Nosotros apostamos a la carta de la victoria del socialismo en el mundo entero.* Pero toda verdad abstracta queda reducida a una frase, cuando se aplica a todas las situaciones concretas.»

No podríamos comprender por completo el pensamiento de Lenin, en esta circunstancia, si prescindimos de un detalle que nos ha sido revelado por Trotski.[21] Aquel gran realista, aquel adversario irreductible de toda aventura, sondeaba todas las posibilidades sin desesperar, confiadamente, con una voluntad ardorosa, y estaba seguro de resistir, resistir, ocurriese lo que ocurriese, aguantar ¡y vencer al fin!

¿Y si los alemanes avanzan? —le preguntaba Trotski—. ¿Si se dirigen contra Moscú? Retrocederemos todavía más, hacia el oriente, hacia los Urales. La cuenca de Kuznietsk es rica en carbón. Crearemos la República del Ural y del Kuznietsk, apoyándonos en la industria del Ural y en la hulla de Kuznietsk, en el proletariado del Ural y en los obreros de Petrogrado y Moscú que hayamos conseguido llevar con nosotros.

¡Aguantaremos! Si es necesario, iremos todavía más lejos, franquearemos los Urales.

---

21 *Acerca de Lenin*, cap. III. Véase también Victor Serge, «Un portrait de Lenin par Trotski», *Clarté,* número 75, junio de 1925.

¡Iremos hasta Kamchatka, pero aguantaremos! La coyuntura internacional ha de mortificarse varias veces, y de nuestra República del Ural y de Kuznietsk regresaremos a Moscú. Mientras que, si ahora nos atascamos sin razón en una guerra revolucionaria, si consentimos en que perezca la flor de la clase obrera y del partido, no regresaremos, evidentemente, a ninguna parte...

Problemas y tácticas

La revolución de octubre sale en Brest-Litovsk a la palestra internacional, cara a cara ante el universo imperialista (porque los aliados, aunque formalmente ausentes, se jugaban también su partida). Lenin hace resaltar inmediatamente y con exactitud el objetivo esencial del momento: *salvar la Revolución, ganar tiempo* (ganar tiempo equivale a salvar la revolución, porque esta gana fuerzas en tanto se agrava la crisis en el seno de las coaliciones imperialistas). Esta preocupación es la que impera en la táctica siempre idéntica de Lenin. Se halla inspirada en un realismo brutal y clarividente que no se deja nublar por ningún entusiasmo. Ni las deslumbradoras victorias del interior, ni las grandes huelgas de Alemania y de Austria, ni siquiera la formación de los primeros Soviets, impulsores de la revolución, en los Imperios centrales no consiguen esfumar su neta visión de la realidad; y es que la revolución alemana está todavía madurando, y el imperialismo austroalemán es todavía poderoso. Conclusión que se desprende: jugar a la carta de la revolución alemana equivale a arriesgar la existencia misma de la Revolución rusa. El realismo de Lenin es formidable, tanto más cuanto que no va acompañado de ningún cálculo *profundo* de la superioridad de las fuerzas del enemigo.

Ningún cálculo *profundo,* decimos, y el rasgo de «la República de Kuznietsk y del Ural» nos confirma en esta opinión, como también viene a confirmarnos en ella la escasa resistencia opuesta por Lenin a la tesis de Trotski en comparación a la resistencia intratable, irreductible, que iba a oponer luego a defensores de la guerra revolucionaria. La conciencia neta que tiene de la fragilidad del poder de los Soviets parece imponerle en algunos momentos la idea de que la ofensiva alemana pudiera provocar su caída. Hoy sabemos cuán crítica era la situación interior de los Imperios centrales, las escasas ventajas y las inmensas desventajas que les produjo la ocupación de Ucrania, y qué asombrosa era la vitalidad de la Rusia roja. Creemos poder deducir que ni la propia

ocupación de las capitales por el invasor habría significado el fin de los Soviets, y que es verosímil que el imperialismo germánico no estuviese ya en aquel momento en condiciones de matar la Revolución rusa.

Conviene tener presente este hecho para apreciar mejor la táctica de Trotski. Ya se ha visto que el objetivo que se proponía era doble: «Agotar las posibilidades revolucionarias y convencer a los proletariados de Occidente de que los bolcheviques no transigían con el imperialismo austroalemán». Los Imperios centrales se sostuvieron todavía nueve meses, hasta noviembre de 1918, después de la paz de Brest-Litovsk, demostrando así qué error había en exagerar sus posibilidades revolucionarias en los meses de enero-febrero y confirmando a este respecto la tesis de Lenin. Pero ello no quitaba la necesidad de convencer a los proletariados de Occidente de la intransigencia que mantenían los bolcheviques frente al imperialismo austroalemán. Conviene recordar aquí qué psicosis de guerra reinaban en Europa y Estados Unidos. En todos los países aliados, el socialismo patriota y gubernamental disponía todavía de mayorías compactas en la clase obrera. La voz de las minorías que simpatizaban con la revolución bolchevique no llegaba a imponerse. Viejos socialistas como Varenne, Renaudel, Sembat, Albert Thomas, en Francia, se mostraban cada vez más partidarios de una intervención de los aliados en Rusia. El grupo parlamentario del Partido Socialista Unificado, en un mensaje en el que los reproches se mezclaban con las advertencias y los consejos, conjuraba a los bolcheviques a no hacer la paz por separado.[22]

La prensa burguesa presentaba unánimemente a los bolcheviques como agentes de Alemania y las negociaciones de Brest-Litovsk como una comedia preparada por anticipado. A los ojos de las masas de aquellos países —el autor recuerda a este propósito numerosas conversaciones sostenidas con soldados franceses—, al ceder frente al imperialismo alemán, se hacían los rusos responsables de la prolongación de una

22 Tal vez no esté de más agregar algunos datos acerca de la actitud de los socialistas extranjeros en este momento. Todavía a finales de enero de 1918, cierto número de miembros del grupo parlamentario del Partido Socialista Unificado aceptaba, con la aprobación de su grupo, cargos de ministros en el Gabinete de Clemenceau (!). (Véase P. Luis, *Histoire du socialismo en France,* cap. XI.) Dentro del movimiento obrero, solo una minoría, cada vez mayor, pero poco numerosa, defendía la Revolución rusa. En cuanto a los socialdemócratas alemanes, sabemos por sus declaraciones en el proceso de Magdeburgo, de enero de 1925, que si entraron en el Comité de huelga de 1918 lo hicieron condenando este movimiento, «perjudicial para la defensa nacional», y con el propósito de ponerle término lo antes posible, es decir, para sabotearlo. Ahora bien, su influencia era todavía grande en aquel entonces.

guerra que ya execraban todos. De haberse mantenido semejante estado de espíritu, ¿no habría permitido a los gobiernos aliados una intervención directa y en gran escala en Rusia? La táctica de Trotski contribuyó grandemente a disipar esta posibilidad. Después de la ruptura de las negociaciones, después del gesto desconcertante de Brest-Litovsk, después de la ofensiva del general Hoffmann contra una Rusia desarmada, después de la firma de un tratado impuesto con la punta de la espada en el pecho, ante todo el universo, ¿podía quedar rastro de sospecha en el espíritu del obrero inglés y francés acerca de la pretendida connivencia de los bolcheviques con el imperialismo austroalemán? «Si la firma del tratado de Brest-Litovsk, tal cual fue redactado la segunda vez, puso fin a la ofensiva alemana, la negativa anterior a firmar el tratado de acuerdo con su primera redacción, nos libró para mucho tiempo de la ofensiva de la Entente».[23]

Por las *Memorias* de Ludendorf y por ciertas declaraciones de los negociadores de Brest-Litovsk, sabemos que los alemanes vacilaron mucho antes de desatar su ofensiva contra Rusia. El canciller Von Hertling y el barón Von Kuhlmann fueron de la opinión de que la situación interior no permitía tomar esa ofensiva. El estado mayor se impuso, gracias al Káiser; pero no es menos cierto que los Imperios centrales pensaron seriamente en aceptar pura y simplemente el hecho cumplido. Parece, pues, que la táctica «ni paz ni guerra» *pudo* tener éxito.

Por el contrario, la guerra revolucionaria preconizada por los comunistas y socialistas-revolucionarios de izquierda no podía conducir en modo alguno al éxito. Lo hemos visto por la facilidad con que se realizó la invasión alemana; lo veremos más adelante, por las dificultades con que se tropezó para la creación del ejército rojo. ¿En qué ideas directivas se inspiraba aquel concepto? *Salvaguardar la pureza de los principios y apresurar, mediante la intervención activa, la revolución alemana.* La primera de estas ideas, como lo atestigua el empleo frecuente de calificativos como «deshonrosa», «infame», etcétera, procedía de una noción abstracta, dogmática, del honor, que en resumidas cuentas era extraña al realismo proletario: el honor revolucionario no queda en tela de juicio cuando no se puede evitar la derrota y se acepta esta sin renunciar a la lucha. La segunda procedía, sobre todo, de un sentimiento que nos permitiremos calificar de romántico. Desde luego, no se puede condenar en principio la intervención revolucionaria tendente a apresurar

23 Citado por Trotski *(Prefacio a las actas de las negociaciones de Brest-Litovsk)*

en un país el desenlace de la lucha de clases; pero se necesita que esta intervención sea oportuna y se base en la existencia de fuerzas reales a emplear, porque si faltan esas fuerzas los resultados no pueden menos que ser desastrosos. El rasgo más sano que descubrimos en el comunismo de izquierda durante el periodo de Brest-Litovsk, bajo la envoltura de los razonamientos abstractos, contrarios a la dialéctica marxista, y por debajo de sus exageraciones sentimentales y su doctrinarismo peligroso, es el *temor a caer en el oportunismo.* Temor no justificado; temor, sin embargo, útil, aunque en el partido comunista no se manifestaba ninguna tendencia derechista. Ya hemos visto con qué energía combatía Lenin las tesis de los izquierdistas. «Está fuera de duda —escribe Trotski a este propósito— que si el partido y la revolución no se vieron arrastrados a una guerra desesperada, que habría acabado al cabo de dos o tres meses con la derrota de la Revolución rusa, ello se debió a la energía con que Lenin planteó la cuestión de la necesidad de capitular momentáneamente, de pasar "a la ilegalidad con relación al imperialismo alemán", para emplear la frase misma de que se sirvió en las reuniones públicas.»[24]

La salud del partido proletario

Todas las responsabilidades recaen en este momento sobre el partido, o más exactamente, sobre los medios dirigentes de Petrogrado y de Moscú. ¿Cuál es el espectáculo que nos ofrecen en semejante crisis?

Este partido disciplinado, al que no embaraza ningún fetichismo de democracia abstracta, respeta sus reglas de democracia interior en aquellas horas graves. Y deja en minoría al que todos reconocen como jefe; la gran autoridad personal de Lenin no impide a los militantes del Comité Central ponerse enfrente de él y sostener enérgicamente su criterio; las cuestiones más trascendentales se deciden por votación, por votación en la que las mayorías son a veces muy débiles (un voto, siete votos de quince, etc.); las minorías saben someterse a este voto sin abdicar de sus ideas. Cuando Lenin queda en minoría, se inclina, espera que los acontecimientos le den la razón, continúa su propaganda sin por eso quebrantar la disciplina. Las discusiones, aunque apasionadas, no salen del terreno de la objetividad; ni los chismes, ni las intrigas, ni las cuestiones personales desempeñan en ellas un papel notorio. Los militantes hablan de política sin soñar en lastimar ni en desacreditar al camarada

24 Ibídem.

adversario; se trata de demostrar que está equivocado. La oposición, a la que nadie hostiga, exterioriza el mínimo de nervio compatible con los acontecimientos y vuelve con presteza sobre las declaraciones excesivas.

Cuando Lenin consigue la mayoría no canta victoria. ¡Tiene otras preocupaciones! Su actitud hacia los opositores es, a la vez, tolerante y firme; tolerante con las personas, intratable con las ideas. Aunque jamás desciende en la polémica sobre pequeños detalles, no tiene por costumbre distinguir, al modo de los parlamentarios de la burguesía liberal, entre los hombres y las ideas; pero sí establece distinción, por el contrario, entre los métodos y los procedimientos de lucha que ha de emplear contra los enemigos del partido, y los métodos y los procedimientos que ha de emplear *en el seno* del partido, entre camaradas; también la táctica que empleó a principios de 1917 estuvo fundada en la distinción entre la lucha contra los enemigos de la clase obrera y la lucha en el seno de esta. Aquí se nos manifiesta con relieve su concepto acerca de lo que debe ser el jefe del partido proletario. El jefe es aquel cuya autoridad se funda en el reconocimiento de su superioridad, que es resuelto y disciplinado, tesonero, que no teme quedarse en minoría ni nadar contra la corriente; porque su misión no es la de seguir a las masas, sino la de ilustrarlas y la de guiarlas, ya que dentro de él habla la conciencia de aquellas con la máxima claridad. Compárese este concepto proletario de lo que debe ser el jefe de un partido con el que tienen los viejos partidos oportunistas, influidos por la pequeña burguesía, partidos en los que vemos a los líderes marchar en pos de las masas, a la caza de la popularidad antimilitarista o pacifista, según lo sean aquellas, patriotas cuando aquellas aclaman la «última guerra», «revolucionarios» cuando aquellas regresan doloridas de la guerra.

Ciertamente que el partido es en aquellos días la valerosa «cohorte de hierro», como lo definirá más adelante Bujarin. Lleno de vida, prodigando la iniciativa desde la base hasta la cúspide, disciplinado hasta en la persona de su más ilustre jefe, afectuoso y respetuoso con los guías que él mismo ha formado para que lo dirijan, en largos años de lucha, pero sabiendo también contradecirles y ponerlos en minoría, dotado de una verdadera dirección colectiva (obsérvese en Lenin la preocupación por la dirección colectiva), dotado de sanas tradiciones, sabe no caer en los excesos de democracia ni en los excesos de autoridad. El ideal común, la instrucción marxista y el funcionamiento de la centralización

democrática atenúan las divergencias tácticas. El centro dirige y debe ser obedecido; pero ese mismo centro es, real y verdaderamente, la emanación del partido y, por el partido, la de las masas.

Un poco más de autoritarismo en el jefe Lenin, un poco más de nervio, un poco menos de disciplina, o de apego al partido, un poco menos de preocupación en los demás por la unidad de este, un mecanismo de dirección algo más rígido, menos colectivismo en la dirección, un poco menos de inteligencia, de firmeza, de claridad de conciencia marxista, y habría sobrevenido, en las jornadas de Brest-Litovsk o un poco más tarde, el agrietamiento, la escisión, la eliminación, temporal por lo menos,[25] de los excelentes elementos de la izquierda. Un poco más, un poco menos: todo equilibrio vital es cuestión de dosis. Y ese equilibrio de que hablamos se llama la salud del partido proletario.

Los resultados de la primera paz imperialista

La «paz infame» de Brest-Litovsk fue la primera retirada del proletariado revolucionario de Rusia, abandonado a sí mismo por la inacción del proletariado europeo frente a las potencias imperialistas. Fue el primer choque del naciente Estado de los Soviets y del imperialismo circundante. La Revolución rusa se encontró *sola.* Necesitó ganar tiempo si quería vivir. El tiempo lo era todo. Tal vez podían vencerla si no llegaba a los tres meses; ganar esos tres meses equivalía a conservar el inmenso porvenir.

Y así fue como se firmó, en Europa al menos, la primera paz imperialista (luego vendría Bucarest, y más tarde Versalles), dictada al vencido bajo las bocas de los cañones, con objetivos no disimulados de conquistas territoriales y, más aún, de esclavitud económica.

Por parte de los Imperios centrales fue aquel un error necesario, fatal, pero irreparable. El gran estado mayor alemán dirigía la guerra con una lógica rigurosa. Semejante paz viene solo a demostrar su espíritu de continuidad, la firme inteligencia que ponía en la persecución de sus propósitos. Roto el bloqueo de los Imperios centrales, asegurado su abastecimiento gracias a los cereales de Ucrania, al carbón de Donetsk, a las materias primas de Rusia, completados los efectivos de los ejércitos

25 Aunque, ¿quién sabe? El mejor militante proletario, una vez que sale del partido o cuando es echado del partido, tiene más probabilidades de extraviarse que de volver a él. Se requiere una conciencia teórica excepcionalmente desarrollada y un dominio de los nervios poco común para continuar sirviendo al partido fuera del mismo.

combatientes, gracias al retorno de los prisioneros de guerra, ¿no volvería a ser posible la victoria en el frente occidental? El alto comando alemán se abrió a la esperanza. Y con esta esperanza desató Ludendorf, en el mes de marzo, su gran ataque del Somme, en dirección a Amiens, en un intento de ruptura del frente anglofrancés. Pero lo cierto es que, a partir de Brest-Litovsk, la dialéctica de la historia había hecho imposible su victoria. Los pueblos creían ver en la primera *paz imperialista la paz alemana.* El imperialismo germánico se veía socavado en el interior por el ejemplo de la Revolución rusa y de la propaganda wilsoniana sobre el derecho de las nacionalidades. La indignante paz impuesta a Rusia hizo que las conciencias de los pueblos aliados y neutrales se movilizasen otra vez para la guerra. Nadie pensó ya en negociar; y la idea de una paz sin vencedores ni vencidos, que se mantenía hasta entonces con bastante vivacidad, se desvaneció.

Por otra parte, los cálculos hechos por los austroalemanes sobre la base de la capitulación de Rusia se iban a ver burlados. Los estrategas alemanes, maestros consumados en el arte de la guerra tal como se practica esta *entre imperialistas,* hábiles para explotar una Bélgica ocupada o una cuenca de Briey que los aviadores franceses tenían órdenes de no bombardear, eran, sin embargo, en una *guerra de clases,* netamente inferiores a su tarea. Al igual que como no comprendieron a los bolcheviques —mientras que estos sí los comprendían a ellos— durante las negociaciones, tampoco comprendieron ni previeron las consecuencias de su secuestro de Ucrania y de la Rusia del sur. Ucrania solamente les proporcionó, y esto a costa de dificultades incontables, una parte de los víveres con que habían contado. La ocupación de territorios rusos exigió más tropas de lo que se había previsto, por las dificultades que suscitaba la resistencia de una población campesina revolucionaria y armada, mucho más activa que la del norte de Francia. Las tropas de ocupación, hostigadas por las partidas de guerrilleros, afectadas frecuentemente por la propaganda, cansadas de aquella guerra a los habitantes, se desmoralizaron. Los prisioneros de guerra regresaron de Rusia «bolchevizados». La Ucrania conquistada se convirtió en el primer sepulcro del imperialismo germánico.[26]

---

[26] Lundendorf solo fue derrotado cuando sus soldados, imitando a los rusos, se negaron a combatir. El principio del fin se le apareció con toda claridad el día en que las tropas que se dirigían a la línea de fuego fueron acogidas por las que volvían de las trincheras con el grito de: «¡Esquiroles! ¡Rompehuelgas!». (Ludendorf, *Memorias.*)



> El ejército rojo de trabajadores y campesinos celebra
la victoria sobre el barón Wrangel en Crimea, 1920.

CAPÍTULO VI

La tregua y el gran repliegue

La ocupación de Ucrania

Los acontecimientos de Ucrania revisten una fisonomía muy especial. La *Rada* solicita simultáneamente la ayuda de los aliados y la de los austroalemanes contra la revolución. Los unos y los otros se la conceden. Francia despacha fondos a los patriotas ucranianos. Estos patriotas, estos defensores del orden y de la propiedad, venden en realidad su país al mejor postor, al más fuerte. Pero la prensa de la Entente, que no se cansa de denunciar con frenética rabia la «traición» de los bolcheviques, en el mismo momento en que estos luchan desesperadamente contra el imperialismo germánico, se calla la traición auténtica de la burguesía y del nacionalismo ucraniano, traición que hará que la guerra mundial se prolongue todavía unos meses. Tan cierto es, que ni los hombres de Estado, ni los jefes de los partidos, ni los embaucadores de la opinión pública se preocuparon en ningún momento de la verdad ni de la realidad histórica. Se guiaban únicamente por el interés de las clases poseedoras. Y este interés les impulsaba a deshonrar a cualquier precio a los bolcheviques, para luego asesinarles. Dejemos que hablen los hechos.

El 9 de febrero (27 de enero, calendario antiguo) penetran en Kiev los guardias rojos. Muy pronto se queda la *Rada* de Ucrania sin más que algunas poblaciones en la región de Vinnitza. Y entonces es cuando los alemanes les ofrecen sus bayonetas y se brindan a imponer a los Soviets su reconocimiento, lo que realizan en el tratado de Brest-Litovsk. El aventurero Petliura, un perdonavidas marrullero, es ya el verdadero jefe de la *Rada*. El día mismo en que los rojos entran en Kiev, firma la paz con los Imperios centrales y se compromete a entregarles, a cambio de su apoyo militar, un millón de toneladas de cereales (cifra que más adelante habría

de elevarse a 2.160.000 toneladas), 180.000 toneladas de carne, 30.000 carneros, 40.000 toneladas de azúcar, etcétera. Se compromete también a proveer las necesidades del ejército de ocupación.

Desde el frente rumano hasta los confines del Cáucaso, las guardias rojas obreras y las primeras tropas soviéticas acaban de obtener una serie de éxitos brillantes. La revolución triunfa en todas partes. La «República Soviética de Odesa» y el Ejecutivo de los Soviets del frente rumano imponen el 8 de febrero al agresor rumano el cese de hostilidades; después, apoyados por el pequeño ejército rojo de Muraviev (inferior a cuatro mil hombres), que ha hecho el viaje desde Kiev en una noche, lanzan una ofensiva en la dirección de Jassy, infligiendo a los conquistadores de Besarabia la grave derrota de Rybnitza, en la que pierden veinte cañones. El cuerpo diplomático de Jassy se alarma e interviene, y Rumanía firma, el 8 de marzo, el protocolo de liquidación del conflicto ruso-rumano, por el cual se compromete a evacuar el país, renunciando formalmente a sus pretensiones sobre Besarabia. Los blancos son derrotados en la región del Don, lo mismo que en Crimea y Kuban. Los éxitos conseguidos por los rojos, a pesar de su debilidad numérica, se explican por la ayuda espontánea de los campesinos pobres y de la población obrera. Así las cosas, entran los austroalemanes en Ucrania con veintinueve divisiones de infantería y cuatro divisiones y media de caballería, formando un total de doscientos a doscientos cincuenta mil hombres. Antónov-Ovséyenko y sus valerosos ayudantes, Piatakov, Eugenia Bosch,[1] Muraviev, Sivers, Sablin, Kikvidzé,[2] solo cuentan para oponer a tales fuerzas unos quince mil combatientes mal organizados y, además, desparramados por grupos en un territorio inmenso. Las columnas alemanas tropezaban, aquí y allá, con la resistencia desesperada de puñados de revolucionarios, costándoles poco trabajo quebrantarla. A decir verdad, no faltaban ni armas ni hombres; los campesinos habrían sostenido con mucha voluntad la resistencia al invasor; lo que faltaba era organización. No había Estado, ni organismos locales de consistencia; no había ejército, ni oficialidad, cohesión

1 El libro de Eugenia Bosch, *Un año de lucha en Ucrania,* contribuye con una notable aportación a la historia de esta época. Véanse igualmente las *Memorias* de Antónov-Ovséyenko.

2 Socialista-revolucionario maximalista, al que la revolución de febrero-marzo sacó de la cárcel. Kikvidzé, cuando solo tenía veintitrés años, fue uno de los artífices de la revolución de octubre en el frente occidental. Jefe de guerrillas, luego de una división del ejército rojo, llegó a ser uno de los generales de más talento de la revolución. Combatió contra Krasnov. Fue herido trece veces. Le mataron en la región del Don, el 11 de enero, a los veinticinco años de edad.

ni coordinación. Se habían derrumbado todas las viejas instituciones; las nuevas empezaban a nacer penosamente en medio de aquel caos. Por todas partes surgían partidas armadas.

Los aventureros de Rusia entera acuden a Ucrania, país donde el pan blanco se vende a vil precio; sus campiñas y sus pequeñas poblaciones parecen ofrecer un maravilloso campo de experiencia a todos los «realizadores» de fantasías, a los socialistas ucranianos (todos de matiz nacionalista), a los socialistas-revolucionarios de izquierda, a los anarquistas y anarquizantes... Bajo la bandera de partido se formaban pequeños ejércitos locales. Con frecuencia ocurría que la etiqueta y la bandera de una organización revolucionaria solo servía para justificar la existencia feudal de una partida armada. La misma organización e influencia del partido bolchevique dejaban mucho que desear; se producían choques dentro del partido entre ucranianos y rusos, entre militantes locales y centrales; los espíritus estaban lejos de haber arreglado la cuestión nacional. Los anarquistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda, con frecuencia unidos, desplegaban una gran actividad. El anarquista Baron ejerció durante algún tiempo la dictadura en Ekaterinoslav. Los anarquistas se sublevaron en Nikolaev; sin embargo, la evacuaron a la llegada de los alemanes, y la ciudad, abandonada a sí misma, sostuvo contra ellos una batalla de cuatro días. El destacamento de Marusia Nikiforova, que enarbolaba una bandera negra, se batió durante dos semanas en las calles de Elisabetgrado contra la población contrarrevolucionaria. Partidas de oficiales blancos, que habían salido del frente rumano, atravesaban Ucrania para dirigirse a Kuban (la tropa de Drosdowski). Las legiones checoslovacas evolucionaban en el corazón del país, y se fueron retirando frente a los alemanes, obedeciendo órdenes de los aliados, para tomar posiciones en la región del Volga. Los colonos alemanes se sublevaban. Los *haidamaks,* francotiradores nacionalistas, se lanzaban aquí y allá al campo. Había aldeas, erizadas de ametralladoras, que se defendían rabiosamente contra todo el mundo. Se formaban repúblicas locales, como la que crearon los obreros del Donetsk. Algunos destacamentos rojos desacreditaban la autoridad de los Soviets entre las poblaciones; indisciplinados, con frecuencia borrachos, eran mandados por aventureros que hubo necesidad de fusilar, andando el tiempo. Se fusilaba, se desvalijaba, se asesinaba en casi todas partes. Se daban casos de unidades fuertes que se retiraban sin combatir ante el invasor; en cambio, se daban otros casos de puñados de hombres que le resistían de una manera magnífica, como aquellos treinta y cinco rojos que detuvieron en Putivlé a dos regimientos alemanes.

En la estación de Lozavaia combatió hasta morir todo un batallón que llevaba el nombre de Lenin, cubriendo la retirada de los rojos. La lucha revolucionaria exigía, en medio de aquel caos, una fuerza de alma poco común. En esa lucha se distinguió una mujer: Eugenia Bosch,[3] antigua militante bolchevique, poco conocida por una singular injusticia de la fortuna. Allí encontró la muerte G. Chudnovski, uno de los vencedores del Palacio de Invierno.

Por regla general, se combatió a lo largo de las vías férreas; los trenes blindados desempeñaron un gran papel en aquella campaña. Limitémonos a señalar las etapas del avance alemán: Chernigov, 14 de marzo; Kiev, 16 de marzo; Poltava, 30 de marzo; Jerson, 10 de abril; Crimea, 20 de abril; Rostov, sobre el Don, 6 de mayo. Los alemanes llegaban en busca de trigo. No retrocedieron ante ningún procedimiento para obligar al cultivador a entregárselo. Conocemos historias de campesinos azotados en masa, martirizados, enterrados vivos. El régimen de ocupación, que la burguesía y la pequeña burguesía acogieron con júbilo, se convirtió muy pronto en un régimen de terror. La respuesta de los campesinos ucranianos fue una resistencia disimulada, diseminada, pero implacable, acosadora. Corrió la sangre hasta en los caseríos más pequeños.

En Finlandia los proletarios intentan llevar a cabo una revolución democrática

El tratado de Brest-Litovsk consumaba el sacrificio del proletariado finlandés, sobre el cual fundaban con razón los rusos tan grandes esperanzas.[4] Si Rusia era, en efecto, uno de los países «más atrasados del mundo», como varias veces lo hizo notar Lenin, Finlandia era, por el contrario, «uno de los más avanzados». Todo parecía concurrir a facilitar allí la victoria del socialismo: sus costumbres, su educación política

---

3 Eugenia Bosch, militante incansable, bolchevique de los primeros tiempos, desterrada a Siberia, y emigrada después. Representó un papel de primerísimo orden en la revolución de Ucrania, en donde dirigió las organizaciones de los Soviets y la resistencia a la invasión alemana. Agotada, enferma, condenada a la inacción, puso fin a sus días a comienzos de 1924. Es una figura grande, aunque poco conocida, de la Revolución rusa.

4 «No olvidemos —escribía Lenin desde Zúrich el 11 (24) de marzo de 1917— que tenemos a un paso de Petrogrado uno de los países más avanzados, país en realidad republicano, Finlandia, que de 1905 a 1917, al abrigo de las batallas revolucionarias de Rusia, en una paz relativa, ha desarrollado su democracia y conquistado para el socialismo a la *mayoría* del pueblo... Los obreros finlandeses, mejores organizadores que nosotros, nos ayudarán en esta materia; ellos llevarán a cabo, *a su modo,* el establecimiento de la república socialista.» *(Tercera carta de lejos,* escrita por Lenin antes de su regreso a Rusia.)

análoga a la de las democracias más progresistas de Occidente, las victorias obtenidas por su movimiento socialista, y hasta su misma estructuración industrial.

El pueblo finlandés no conoció ni la servidumbre ni el despotismo. Finlandia, país de pequeños propietarios, a los que el feudalismo jamás llegó a dominar, unido a Suecia desde el siglo XII, pasó en el año 1809 a manos de Rusia, gracias al tratado de alianza entre Napoleón y Alejandro I. Constituida en gran ducado, conservó dentro del Imperio una amplia autonomía, tanto más efectiva cuanto mejor había sabido defenderla contra sus grandes duques, los zares de Rusia. Finlandia conservó su dieta, su sistema monetario, sus correos, su instrucción pública, su milicia, su administración interior. Las brutales tentativas de rusificación llevadas a cabo por Nicolás I solo consiguieron enajenarse a toda la sociedad finlandesa. Dos años después de la Revolución rusa de 1905, que obligó al zar a otorgar una constitución a Finlandia, establecía esta en su legislación el sufragio universal.

Desde las elecciones de 1907 obtuvieron los socialdemócratas en el *Sejm* ochenta votos sobre un total de doscientos. Las elecciones de 1916 les dieron la mayoría absoluta: ciento tres puestos de doscientos. Entonces votaron la jornada de ocho horas y una inteligente legislación comunal. Y el parlamentarismo socialista se encontró en el punto muerto de su carrera. ¿Era posible avanzar tranquilamente hacia el socialismo con la papeleta del voto en la mano? La burguesía finlandesa se alió con Kérenski en contra de la *dieta roja,* de mayoría socialdemócrata; el gobierno provisional de Petrogrado, fiel continuador en esto de la política de la autocracia, decretó la disolución. En las puertas cerradas del parlamento de Helsinki se situaron centinelas rusos. Volvieron a celebrarse elecciones, y en ellas los socialdemócratas ganaron votos (de 375.000 votos que habían obtenido en la elección anterior pasaron a 444.000) y perdieron puestos en el *Sejm* (de 103 descendieron a 92). Este resultado fue debido a los fraudes, hábiles y cínicos, de los partidos burgueses.

Pero así como el proletariado finlandés no podía resignarse a esta derrota electoral, tampoco la burguesía podía conformarse con una «victoria» tan precaria. Se imponía un desenlace extraparlamentario. La burguesía venía pensando en ello desde hacía mucho tiempo y se preparaba a conciencia para la guerra civil. El partido socialdemócrata, educado desde hacía veinte años en la escuela de la «poderosa» socialdemocracia alemana y víctima de las ilusiones reformistas, esperaba evitar esa guerra.

La burguesía finlandesa se venía preparando desde 1914 para conquistar por medio de las armas su independencia nacional, aprovechando la guerra imperialista. Tres mil jóvenes finlandeses de las clases acomodadas o ricas formaban el 27 batallón de cazadores del ejército alemán y combatían contra Rusia, la enemiga hereditaria. En distintos lugares del país funcionaban escuelas clandestinas militares. Al caer la autocracia, se forma en el norte un cuerpo de fusileros voluntarios encargado del mantenimiento del orden. Es el *Schutzkorps* del general Henrich, la primera guardia blanca que se formó. Tenía su cuartel general en Vasa, en la costa del golfo de Botnia; recibía armas de Suecia y de Alemania. Pero, además, la burguesía exigía insistentemente la retirada de las tropas rusas encargadas, desde el principio de la guerra, de proteger al país contra un desembarco alemán.

La revolución de octubre tuvo como eco en Finlandia la gran huelga general de mediados de noviembre (14 de noviembre del calendario antiguo, 27 de noviembre del nuevo), promovida por la gran penuria de víveres, cuyas consecuencias solo alcanzaban a las clases pobres, y por la política reaccionaria del Senado, que mostraba veleidades de constituir un directorio militar con el reaccionario Swinhufwud a la cabeza. Quedaron inmovilizados los ferrocarriles. Las guardias rojas obreras, ayudadas aquí y allí por los soldados rojos, ocuparon los edificios públicos. Por todas partes se produjeron colisiones sangrientas entre los blancos y los rojos. Los diputados discutían. Asustada la burguesía, consintió en la aplicación de la ley de ocho horas y de la nueva legislación comunal, como asimismo en la democratización del poder ejecutivo, que pasó del Senado a manos del *Sejm* (Dieta). Y la huelga general, lo que había sido una victoria obrera, acabó con la constitución de un gabinete burgués, presidido por el reaccionario Swinhufwud. Aquello era el aborto de una revolución. En opinión de los mismos revolucionarios finlandeses, era posible en aquel momento adueñarse del poder; era no solo posible, sino fácil; la ayuda de los bolcheviques habría sido decisiva. Pero escribió más adelante el camarada O. W. Kuussinen,[5] que era entonces uno de los líderes del centro de la democracia social finlandesa: «Resolvimos eludir la revolución, porque no deseábamos arriesgar las conquistas democráticas que habíamos realizado y porque, además, esperábamos

---

5 El autor de estas líneas, O. W. Kuussinen, se sumó al comunismo durante la revolución finlandesa. Entresacamos estas líneas de su notable folleto titulado *La revolución finlandesa (ensayo de autocrítica),* publicado en 1919. O. W. Kuussinen pertenece en la actualidad al Ejecutivo de la Internacional Comunista (1929).

salvar aquel recodo de la historia mediante hábiles maniobras parlamentarias… No teníamos fe en la revolución; no fundábamos en ella ninguna esperanza; no aspirábamos a hacer una revolución.» Con jefes animados de semejante espíritu la causa del proletariado se hallaba en un serio compromiso.

Ahora bien, la huelga general había revelado a los proletarios su fuerza, y a la burguesía, el peligro. La burguesía finlandesa comprendió que, abandonada a sus propias fuerzas, estaba perdida. Swinhufwud solicitó la intervención de Suecia. Los blancos continuaron armándose activamente en el norte, en donde constituyeron depósitos de víveres. El gobierno mantuvo con habilidad la penuria en los centros obreros porque le convenía que no se formasen en ellos reservas de víveres. Nada cambió al proclamarse la independencia de Finlandia. Los obreros se hallaban cada vez más alarmados ante la posibilidad de una intervención de Suecia o de Alemania. El *Sejm,* para colmo, votó por 97 votos contra 87 una moción en la que se hacían claras alusiones a la necesidad de establecer una dictadura burguesa. El problema del poder se planteó de nuevo, pero en términos más graves que al declararse la huelga general de noviembre. Los socialdemócratas comprendieron esta vez que todas las probabilidades de resolver aquel problema por vías parlamentarias estaban agotadas. No había más remedio que pelear.

En la noche del 14 (27) de enero se izó el pabellón rojo en la Casa del Pueblo de Helsinki. Se apoderaron en seguida de la ciudad, mientras el Senado y el gobierno se refugiaban en Vasa. Los rojos se hicieron dueños en pocos días, casi sin combate, de las ciudades más importantes, Abo, Víborg, Tammerfors y de todo el sur del país. Esta victoria, demasiado pacífica, era como para causar inquietudes. Los líderes socialdemócratas (Manner, Sirola, Kuussinen, etcétera) formaron un gobierno obrero, el Consejo de Mandatarios del Pueblo, que funcionaba controlado por un gran consejo obrero compuesto por treinta y cinco delegados (diez de los sindicatos, diez del partido socialdemócrata, diez de las guardias rojas, cinco de las organizaciones obreras de Helsinki). ¿Qué hacer? «Avanzar cada día más hacia la revolución socialista», declararon los Mandatarios del Pueblo. Establecieron el control obrero de la producción, que resultó fácil por la gran concentración de las industrias dominantes, la de la madera, la del papel, la de tejidos; consiguieron poner coto al sabotaje de los bancos. La vida pública y la producción nacional reanudaron muy pronto su curso casi normal. ¿Era posible la dictadura del proletariado? ¿La imponían las circunstancias?

Los directores del movimiento no fueron de esta opinión, aunque se daba el caso de que la industria daba ocupación a medio millón de personas, más o menos, sobre una población total de tres millones de almas. Los proletarios y los jornaleros del campo formaban una masa de medio millón de hombres. Era además posible ganar para la revolución a los agricultores pequeños y medianos, o almenos hacer que se mantuviesen neutrales. Por desgracia, «la mayoría de los dirigentes no comprendió claramente los objetivos de la revolución hasta el momento de la derrota» (O. W. Kuussinen). *Pretendían establecer, sin expropiar a las clases ricas y sin establecer la dictadura del trabajo, una democracia parlamentaria en cuyo seno habría constituido el proletariado la clase políticamente directora.*

Las medidas principales que puso en vigor el Consejo de Mandatarios del Pueblo fueron: la jornada de ocho horas, el pago obligatorio de los salarios devengados durante las jornadas de huelga revolucionaria, la emancipación de los servidores domésticos y de los mozos de granja (que los agricultores alquilaban por años y que se hallaban sometidos a un reglamento sumamente riguroso), la abolición del viejo sistema de arrendamiento de tierras fundado en la prestación personal y en los tributos, la exoneración de todo alquiler a los pequeños arrendatarios, la reforma judicial, la abolición de la pena de muerte (que se aplicaba en muy raras ocasiones), la exoneración fiscal de los pobres (la renta mínima tributable fue en adelante de 2.400 marcos en las ciudades y de 1.400 marcos en el campo, en lugar de 800 y 400 marcos respectivamente; se creó un impuesto especial sobre las rentas que excediesen los 20.000 marcos), el impuesto sobre las casas de más de una habitación, la libertad de prensa, que se hallaba sometida todavía a los antiguos reglamentos, y el control de las fábricas por los obreros.

Algo más adelante, en el curso de la guerra civil, hubo necesidad de aplicar otras medidas: la requisa de trigo y patatas, el cierre de los periódicos burgueses, la prohibición de exportar valores, la obligación general del trabajo para todos los adultos válidos de dieciocho a cincuenta y cinco años. Esta revolución obrera se realizó en nombre de una democracia ideal, cuyo concepto quedó fijado desde finales del mes de febrero en un proyecto de constitución que había de ser sometido a referéndum durante la primavera. Echemos una ojeada a este bello proyecto.

La autoridad suprema dentro de la «República Popular de Finlandia» sería una asamblea de representantes del pueblo, elegida cada tres años por sufragio universal directo y secreto (voto para las mujeres, mayoría

electoral: veinte años) por el sistema de representación proporcional. Además de las libertades democráticas de costumbre, la constitución consagraría la inviolabilidad de las personas, el derecho de huelga y de vigilancia de las empresas por los huelguistas (para evitar el empleo de «amarillos»), la neutralidad de la fuerza armada en los conflictos del trabajo. Toda modificación de la constitución se sometería a referéndum. Las minorías de la Asamblea podrían, siempre que reuniesen un tercio del número de mandatos, ejercer el derecho de *veto* sobre cualquier ley, menos sobre las leyes fiscales, hasta la sesión ulterior. Para votar cualquier ley que estableciese impuestos indirectos o tarifas aduaneras se requería una mayoría de dos tercios (porque estas leyes venían a gravar especialmente a los pobres). La importación de artículos de primera necesidad estaría libre de derechos. En caso de guerra quedaba el gobierno autorizado a tomar medidas excepcionales contra «los enemigos de la constitución». En caso de atentar contra la constitución, la mayoría de los representantes del pueblo tenía el derecho de insurrección. El pueblo gozaría del derecho de iniciativa en materia legislativa: cualquier proyecto de ley presentado por diez mil ciudadanos se discutiría con urgencia. Los funcionarios y los magistrados serían elegidos por cinco años y podrían ser reelegidos. La quinta parte de los electores podría exigir en cualquier momento que un elegido se sometiese a reelección. El Consejo de Mandatarios del Pueblo, que había de ejercer el poder ejecutivo, sería elegido por tres años por la Asamblea. Esta le designaría, además, un presidente y un vicepresidente, que no podrían ser reelegidos dos veces seguidas y que no gozarían de derechos especiales. Para ejercer vigilancia sobre el gobierno funcionaría «una comisión de control de la administración y aplicación de las leyes». Bastaría el *veto* de dos miembros de esta comisión para suspender la aplicación de cualquier disposición legal nueva. Los jueces serían elegibles y estarían sometidos al control del gobierno. La autonomía local y la representación de los obreros en todas las administraciones venían a ser el complemento de estas disposiciones.

Al contrario de la costumbre que rige en todas las democracias burguesas, esta constitución ponía en las manos de la asamblea de representantes del pueblo los poderes legislativo, ejecutivo y (hasta cierto punto) judicial. El gobierno quedaba casi exclusivamente reducido a las funciones puramente ejecutivas. Un revolucionario finlandés ha formulado el siguiente juicio acerca de este proyecto: «Teóricamente, se llegaba con él a la cúspide del desarrollo de la democracia burguesa (hasta un grado irrealizable, prácticamente, en el seno de la sociedad capitalista). Más allá de este proyecto solo cabe la dictadura del proletariado,

si este triunfa, o de la burguesía, si esta vence al proletariado.»[6] Era un proyecto muy hermoso, con bastante de utópico. «La debilidad que demostraba la burguesía —dice Kuussinen— nos tenía bajo el encanto de la democracia, y nos resolvimos a avanzar hacia el socialismo por el camino de la acción parlamentaria y de la democratización de la representación nacional». ¡Hasta tal punto se había adueñado de los socialistas finlandeses la ilusión reformista! ¡Hasta tal punto desconocían, por desgracia, las leyes por las que se rige la lucha de clases!

El terror blanco en Finlandia

La burguesía daba pruebas de un sentido realista mucho mayor. Puso en pie rápidamente un pequeño ejército blanco; el *Schutzkorps,* el 27 batallón de cazadores del ejército alemán —formado, como ya hemos visto, por jóvenes finlandeses—, y una brigada de voluntarios suecos y de voluntarios reclutados entre la juventud burguesa y pequeñoburguesa, formó el grueso de las fuerzas (unos cinco mil hombres). Un antiguo general del ejército ruso, sueco de origen, Mannerheim, aceptó el mando de estas tropas y empezó por asegurar que «restablecería el orden en quince días». Los blancos completaron su armamento con el botín del que se apoderaron en algunos felices ataques a las guarniciones rusas del norte, ataques perpetrados con la complicidad de los jefes de las guarniciones.

Al empezar las hostilidades los guardias rojos no sumaban más de 1.500 hombres, mal armados. Correspondió la iniciativa a los blancos, que se hicieron dueños de las ciudades del golfo de Botnia, Uleaborg, Vasa, Kuopio y de la Finlandia agraria (septentrional), formando un frente continuo desde el golfo de Botnia hasta el lado Ladoga. Existían guarniciones rusas en Sveaborg, Víborg, Tammerfors, ciudad situada en el corazón del país. Una parte de la flota del Báltico se encontraba en Helsinki. Antónov-Ovséyenko, Dibenko y Smilga habían creado organizaciones bolcheviques entre estas tropas y tripulaciones. La guarnición rusa de Tammerfors, bajo el mando de un oficial revolucionario, Svechnikov, rechazó los primeros ataques de Mannerheim. Las guardias rojas finlandesas, protegidas por los rusos, pudieron armarse y consiguieron organizarse. Entretanto, la paz de Brest-Litovsk impuso a la República de los Soviets la retirada de las tropas rusas que había en Finlandia; solo quedaron un millar de voluntarios incorporados a las guardias rojas, muchos de los cuales, en su fuero interno, no querían otra cosa que regresar a su

6 Eduardo Torniainen, *La revolución obrera en Finlandia,* Moscú, 1919.

país. Dirigió las operaciones un socialista finlandés, Eero Happolainen, y Svechnikov. Los rojos lanzaron una ofensiva general a principios de marzo, y, aunque fracasaron, se afirmaron en la convicción de vencer. El esfuerzo organizador realizado por el gobierno obrero desde el 15 de enero hasta el uno de abril, dio por resultado la formación de una fuerza de 60.000 hombres (la mitad de los cuales estaba en retaguardia), con los que obtuvieron numerosos éxitos parciales en el frente de batalla.

El jefe del gobierno blanco (Swinkufwud) obtuvo el apoyo de Guillermo II. Veinte mil alemanes, bajo el mando de Von der Goltz, desembarcaron en Hangoe, Helsinki y en Loviza, cogiendo a los rojos por la espalda. La toma de Helsinki, después de una enconada batalla por las calles, en el curso de la cual los alemanes y los blancos avanzaron, poniendo por delante a mujeres y niños obreros (de los que perecieron un centenar de ellos), fue seguida de atroces represalias. La artillería bombardeó la Casa del Pueblo. Un periódico sueco publicó la siguiente noticia: «Cuarenta mujeres rojas, a las que, según se dice, se encontraron armas, han sido llevadas hasta la superficie helada y fusiladas sin formación de juicio».[7] En las calles fueron recogidos más de 300 muertos.

Era tan fuerte la tendencia moderada, representada por Tanner, dentro del gabinete, que ya fue demasiado tarde cuando se adoptaron medidas de rigor contra los blancos del interior. Con frecuencia la única pena que los tribunales imponían a los contrarrevolucionarios era una multa o arrestos poco rigurosos. Si alguna ejecución sumaria se produjo fue debida a la iniciativa de las guardias rojas. La irresolución del gobierno, las divergencias de criterio de los jefes, su negativa a llevar adelante la revolución, el carácter tímido de las reformas agrarias y la impresión producida por el tratado de Brest-Litovsk debilitaban a los rojos. El desembarco de los alemanes produjo el efecto más desmoralizador; el poderío germánico se hallaba entonces en su apogeo.

Mannerheim sitió Tammerfors, en donde 10.000 rojos, dirigidos por algunos oficiales rusos, resistieron encarnizadamente. La ciudad fue tomada casa por casa, después de una batalla en las calles que duró varios días. Allí fueron fusilados 200 rusos, entre los cuales había dos jefes distinguidos, el coronel Bulatzel y el teniente Mujanov. Varios miles de sitiados consiguieron huir, cerca de 2.000 murieron o cayeron en la masacre posterior y 5.000 fueron hechos prisioneros.[8]

---

7 C. D. Kataia, *El terror blanco en Finlandia,* Petrogrado, 1919.

8 M. S. Svechnikov, *La revolución en Finlandia...*

Pero la batalla decisiva se libró en Tavastehus, entre Tammerfors y Helsinki. En este punto se concentraron de 20.000 a 25.000 rojos, rechazados del norte hacia el sur por Mannerheim y del sur al norte por Von der Goltz, que a su vez tenían cortada la retirada hacia el este. A pesar de las órdenes de los jefes, los rojos se llevaron con ellos a sus familias y, en algunos casos, hasta sus pocos haberes; más que un ejército en movimiento era la emigración de un pueblo. Aquellas masas, que se convertían fácilmente en barahúnda, no eran capaces de maniobrar. Los blancos las regaron con *shrapnells.* Al verse cercadas, pelearon heroicamente por espacio de dos días, antes de capitular. Algunos millares de hombres se abrieron camino hacia el este. A la capitulación siguió una matanza. Era de obligación rematar a los heridos. Sobrevivieron 10.000 prisioneros que fueron internados en Rijimiaki. El 12 de mayo cayo Víborg. Algunos millares de guardias rojos se refugiaron en Rusia.

Los vencedores degollaban a los vencidos. Desde los tiempos antiguos es cosa sabida que las guerras más espantosas son las guerras de clases. No hay victorias más sangrientas, más atroces, que las que obtienen las clases reaccionarias. Desde la sangría con la que la burguesía francesa liquidó a la Comuna de París, no había presenciado el mundo nada que pudiera compararse en horror a lo que ocurrió en Finlandia. Desde los comienzos de la guerra civil «bastaba pertenecer a una organización obrera para ser encarcelado en la zona ocupada por los blancos; para ser fusilado, era suficiente haber desempeñado algún cargo en ella...»[9] La matanza de socialistas alcanzó tales proporciones, que acabó por no interesar a nadie. En Kummen, población en la que sucumbieron combatiendo 43 guardias rojos, fueron pasadas por las armas cerca de quinientas personas. En Kotka (de 13.000 habitantes) hubo fusilados «por centenares»: «Ni siquiera se les preguntaba cómo se llamaban; se les conducía en grupos...» En Raumo, según los periódicos burgueses, «quinientos prisioneros que fueron conducidos allí el 15 de mayo, recibieron aquel mismo día el castigo que merecían». El 14 de abril fueron ametrallados en Helsinki, en el barrio de Toeloe, 200 guardias rojos...; el acoso de los rojos se llevó a cabo de casa en casa. Muchas mujeres perecieron. El día de la Trinidad se realizaron en Sveaborg varias ejecuciones públicas. En los alrededores de Lajtis, donde los blancos hicieron varios millares de prisioneros, «funcionaron las ametralladoras durante varias horas al día». «Doscientas mujeres fueron fusiladas en un

9 Continuamos citando a C. D. Kataia. Por lo demás, se trata de hechos casi todos notorios, y la descripción que de ellos nos da nuestro camarada se halla seguramente por debajo de la realidad.

solo día, empleando balas explosivas; los pedazos de carne saltaban en todas direcciones...» Seiscientos guardias rojos fueron alineados, de tres en tres, al borde del foso de las fortificaciones de Víborg, y ametrallados a sangre fría. Entre los intelectuales asesinados figura un redactor del *Socialdemócrata,* «Jukho Raino», y el escritor Irmani Rantmalla, que al ser conducido en barco al lugar de la ejecución, «se arrojó por la borda con la esperanza de ahogarse pero como su pelliza lo mantuvo a flote, fue muerto a tiros por los blancos». No existe ninguna estadística acerca del número total de las víctimas de aquellas matanzas; los cálculos corrientes fijan su número entre 10 y 20.000 personas.

En cambio, la cifra «oficial» de prisioneros rojos internados en los campos de concentración es de 70.000. El hambre, la miseria y las epidemias causaron estragos en los lugares de detención. Un informe, firmado por un conocido médico finlandés, el profesor R. Tigerchtet, hace constar que «del 6 al 31 de julio de 1918, el número de detenidos en el campamento de Tammerfors y en la cárcel próxima osciló entre 6.027 y 8.597, 2.347 detenidos fallecieron en estos veintiséis días y la mortalidad media de los detenidos alcanzó el 407/1.000 por semana». El 25 de julio se hallaban todavía en las cárceles finlandesas 50.818 revolucionarios. En el mes de septiembre del mismo año esperaban todavía ser examinadas por los tribunales 25.820 causas. La burguesía tuvo por un momento el propósito de exportar a Alemania la «mano de obra» de sus cautivos. Se votó una ley autorizando el envío al extranjero a los condenados a trabajos forzados. Alemania, devastada por la guerra, entregaría a cambio de aquella mano de obra penal abonos químicos o minerales. La revolución alemana impidió la ejecución de este proyecto...

Durante algunos meses, y en todos los terrenos, se prosiguió la tarea de depuración social. El 16 de mayo se emitieron las órdenes de detención contra los antiguos diputados socialdemócratas que habían permanecido en el país. (Los revolucionarios que no habían sucumbido habían huido ya.) Tres de ellos «se suicidaron» en la cárcel la noche del 2 de julio. Diez fueron condenados a muerte. El tribunal supremo revisó esta detención en enero de 1919, y dictó una condena a la pena capital, seis a cadena perpetua, cuatro a doce años de reclusión, una a once años, cinco a diez años, cinco a nueve años, quince a ocho años y dos a siete años... «Muchos de los condenados —escribe Kataia— eran de esos socialdemócratas que se habían pasado la vida sirviendo a la sociedad burguesa con la habilidad que distingue a los traidores del

socialismo. La burguesía se vengaba ciegamente.» Es corriente, durante el terror blanco, confundir a los reformistas —de los que ya no tiene necesidad la burguesía triunfante— con los revolucionarios. Una vez restablecido el orden, la burguesía finlandesa pensó en erigir un monarca de entre la familia de los Hohenzollern. La situación cada vez más precaria de Alemania le hizo renunciar a tal proyecto.

En total, no parece exagerado admitir que los proletarios finlandeses, castigados por el terror blanco (muertos o encarcelados durante bastante tiempo), llegaron a la cifra de 100.000; o sea la cuarta parte del proletariado.[10] «Todos los obreros organizados han sido fusilados o están en la cárcel», escribían unos comunistas finlandeses a principios de 1919. Este hecho nos permite dejar sentada una importante deducción teórica acerca del terror blanco, deducción que el tiempo ha confirmado con los acontecimientos ocurridos en Hungría, Italia, Bulgaria, etcétera. El terror blanco no se explica por el frenesí de la lucha, por la violencia de los odios de clases ni por otros factores de orden psicológico. *La psicosis de guerra civil no tiene más que un papel secundario.* Es, en realidad, el resultado de un cálculo y de una necesidad histórica. Las clases posesoras victoriosas saben muy bien que no son capaces de conservar su dominio, después de una batalla social, más que derramando sangre de la clase obrera a fin de debilitarla durante décadas. Y como se trata de una clase mucho más numerosa que las clases ricas, «es forzoso» que el número de víctimas sea muy elevado.

En resumidas cuentas, el objetivo racional del terror blanco no es otro que *el exterminio* total de todos los elementos avanzados y conscientes del proletariado. Considerado así el problema, *una revolución vencida costará siempre —cualesquiera que sean sus tendencias— mucho más caro al proletariado que una revolución victoriosa, por muy grandes que sean los sacrificios y los rigores que esta exija.*

Una observación más. Las matanzas de Finlandia tuvieron lugar en abril de 1918. La Revolución rusa ha mostrado hasta ese momento y casi en todas partes una gran magnanimidad frente a sus enemigos.

10 La prensa burguesa de todos los países, que ha guardado silencio acerca de estos hechos, se ha ocupado mucho, por el contrario, de los «crímenes de los rojos». Por ello nos parece conveniente citar aquí el número de víctimas de los rojos, dato que tomamos de *un escritor blanco,* Henning Soederhjelm, en un libro traducido del sueco al inglés y destinado a la propaganda en el extranjero (*The Red Insurrection in Finland in 1918,* Londres, Harrison and Sons, 1919). Calcula Soederhjelm que tras las líneas de combate cayeron «más de mil» personas víctimas de los rojos; sin embargo, la estadística que nos da solo menciona a 624.

No ha recurrido al terror. Hemos mencionado algunos episodios sangrientos de la guerra civil en el sur, pero solo fueron una excepción. La burguesía victoriosa de una pequeña nación, que figura entre las más ilustradas de Europa,[11] ha sido la primera en recordar al proletariado ruso que la ley que rige en las guerras sociales es la de *¡Ay de los vencidos!*

La «independencia» del Cáucaso

El Cáucaso se separaba de la Rusia proletaria.

La antigua «lugartenencia imperial» del Cáucaso, admirable región montañosa, poco menos grande que Francia, poblada por cerca de diez millones de habitantes, de inagotables riquezas naturales, atravesaba una revolución nacional extremadamente compleja. Conquistada por el Imperio ruso en el transcurso de un siglo de penosas guerras —de 1760 a 1864—, dividida en sus dos vertientes, europea y asiática, en regiones con frecuencia muy distintas, pobladas por una docena de nacionalidades, ofrecería a las intrigas imperialistas, así como a las ambiciones de las clases medias, un campo de experiencias mucho más accidentado y más favorable que Ucrania. Sus riquezas habían de excitar las ambiciones: los trigos del Kuban, el petróleo del Azcerbaiyán, el manganeso y el cobre de Georgia, el algodón y el tabaco de Armenia, los aceites vegetales del norte, los vinos de Armenia y de Georgia... ¡qué botín! Se imponía un intento de dar vida en aquellos lugares a repúblicas democráticas. La tarea presentaba dificultades tanto menores cuanto que la opresión rusa había exacerbado en los pequeños pueblos belicosos y altivos de los países transcaucasianos los sentimientos nacionales. Georgianos, armenios, kirguises, osetas, abjasios, adzharos, turcos, tártaros, persas, judíos y rusos vivían desde hacía mucho tiempo entre el mar Caspio y el mar Negro, en espera de una liberación que cada cual concebía de distinta manera. La revolución de 1905, que se había señalado en el Cáucaso por gran número de atentados terroristas y por grandes victorias populares seguidas de represiones implacables, dejaba tradiciones muy vivas. Las principales fuerzas sociales eran:

- El proletariado ruso de Bakú, capital del petróleo.
- La pequeña burguesía, los artesanos, los intelectuales georgianos, sometidos desde tiempos atrás a la influencia de los socialdemócratas mencheviques.

---

11 En Finlandia casi no hay analfabetos.

- El partido revolucionario socialista nacional armenio, *Dachnaktoutzioun.*
- El partido musulmán, de tendencias más bien reaccionarias.
- El ejército del frente del Cáucaso, en el que era todavía fuerte la influencia de los socialistas-revolucionarios, si bien la de los bolcheviques crecía día a día.

Dos centros políticos: Bakú, sobre el Caspio, con un denso proletariado y sus bolcheviques; y Tiflis, la capital administrativa en Georgia, bien situada en el corazón del país, en el cruce de sus grandes caminos y vías férreas, y que se hallaba en poder de los intelectuales mencheviques.

El Cáucaso, independiente de hecho durante el año 1917, no había soñado con separarse de Rusia. Las diferentes nacionalidades se consideraban ya dueñas de una amplia autonomía en el seno de la democracia rusa. El Soviet regional de los ejércitos, el consejo regional de los Soviets obreros, los comités regionales de los grandes partidos, constituían en Tiflis un gobierno democrático que actuaba casi al unísono con el de Kérenski. Sin embargo, los mencheviques georgianos hablaban, aparentemente, de la lucha de clases con mayor desenvoltura que sus camaradas rusos. Todo aquello no pasaba, sin embargo, de ser doctrinarismo verbal, revestido de habilidad política. Tiflis acogió con incredulidad la noticia de la revolución de octubre, y condenó luego, indignada, la escandalosa usurpación del poder por los bolcheviques, declarándose altivamente contra toda dictadura, en favor de la democracia... El 11 (24) de noviembre se constituyó un gobierno regional, dirigido por mencheviques (Guguechgori Chenjeli) y por socialistas-revolucionarios (Donskoi). Bakú y el ejército quedaban fuera de su control.

La noticia de la victoria bolchevique en Petrogrado y Moscú determinó en el Soviet de Bakú un desplazamiento en masa. El grupo bolchevique, hasta entonces en minoría, se convirtió en el grupo dirigente. Tenía a su frente hombres tan notables como Stepan Chaumian y Djaparidzé. Chaumian tenía cuarenta años. De origen armenio; dotado de una sólida instrucción europea y politécnica; marxista madurado en el exilio y en la acción, lo que le había dado ocasión de conocer el movimiento obrero de Suiza, Alemania e Inglaterra; bolchevique desde la escisión de 1903; amigo de Lenin; encarcelado varias veces, desterrado, hecho prisionero; redactor incansable de hojas clandestinas del partido; organizador de huelgas memorables (1914); «derrotista» temido durante la guerra; ensayista de mérito, era, en el equipo de los

grandes bolcheviques, una figura de primera línea. Alexis Djaparidzé, descendiente de burgueses, desterrado cuatro veces, en 1907, 1910, 1913, 1915, regresando otras tantas para ocupar su puesto fuera de la ley, era también uno de los bolcheviques de primera hora, uno de los creadores del movimiento obrero de Bakú. Toda la experiencia de estos políticos era poca para dirigir el Soviet de Bakú. Los resultados de las elecciones para la asamblea constituyente, que habían tenido lugar en esta ciudad a finales de noviembre, dan una idea exacta de las dificultades de la tarea. Los 107.000 votantes se distribuyeron en la siguiente forma: bolcheviques, 22.000; musulmanes *(Mussavat,* etcétera), 29.000; armenios *dachnaks*, 20.000; cadetes, 9.000; mencheviques, 5.000; socialistas-revolucionarios, cerca de 19.000; judíos, 20.00. Los votos de los socialistas-revolucionarios de izquierda y los de los armenios *dachnaks* de izquierda se sumaban a los de los bolcheviques. Eran, pues, estos últimos más fuertes que todos sus concurrentes, tomados por separado; pero tenían que contar con la gran influencia ejercida por las tendencias nacionalistas armenia y musulmana y con la resistencia de una poderosa minoría de derecha. En estas condiciones, excepcionalmente precarias, asumieron el poder. Hay que tener muy presente estos hechos: estos explicarán lo que luego ocurrió.

Las penurias que el ejército del Cáucaso estaba atravesando sobrepasan toda descripción. Divisiones enteras se veían literalmente diezmadas por el tifus y el escorbuto, epidemias de mugre y miseria[12]. Poco tardó en apoderarse el bolchevismo de aquel ejército de desesperados. El general Prievalski ordenó su movilización, mientras el gobierno de Tiflis negociaba con los turcos; y se inició la tarea de formar pequeños ejércitos nacionales... Ocurrió entonces una tragedia sin nombre, hasta ahora no mencionada. Los campesinos rusos, que formaban el núcleo principal de las tropas, querían regresar armados a sus hogares; pero la contrarrevolución democrática no tenía intención de permitir que aquellos refuerzos se unieran a los bolcheviques, y pretendía, además, armar a sus propias tropas. Mencheviques georgianos, «federalistas» turcos del *Mussavat,* montañeses kurdos, nacionalistas armenios, se dedicaron a «desarmar» por la fuerza, en los desfiladeros de las montañas, los trenes militares que se dirigían a Rusia. Las tropas rusas se resistieron con frecuencia. Con pretexto de desarmarlas, se las desvalijaba; regimientos enteros tuvieron que hacer grandes trayectos descalzos, harapientos, abandonados

12 C. Chaumian, «La Comuna de Bakú», en *Revolución Proletaria,* Moscú, núm. 59, 1926.

al rencor de las poblaciones nacionalistas. En algunos lugares se libraron batallas en toda la regla, seguidas de matanzas. En ocasiones se provocaba el descarrilamiento de los trenes militares rusos. Por lo demás, armenios, turcos, tártaros, georginos y kurdos peleaban entre sí con frecuencia; aldeas ardían en ambas direcciones de las montañas...

A mediados de febrero (calendario antiguo) se organiza en Tiflis un parlamento: el *Sejm* transcaucásico. Mencheviques georgianos, *dachnaks* armenios y federalistas turcos (del *Mussavat*) forman la mayoría. Cheidzé, Tsereteli, Noé Zhordania, Ramichvili, Guegechgori, viejos socialdemócratas mencheviques, lo dirigen, pactan con todos los nacionalistas, con todas las tendencias reaccionarias, para hacer frente al peligro rojo. La «República Transcaucásica» se proclama independiente. «Los crímenes del bolchevismo —declara el socialista Tsereteli, ex ministro de Kérenski— le han hecho perder la Transcaucasia». Otro menchevique llega incluso a decir: «No sabemos todavía qué peligro es para nosotros peor: si el peligro turco o el peligro bolchevique».[13]

El *Sejm* adopta una reforma agraria que no pasa del papel, a causa de su impotencia se niega a tomar parte en las negociaciones de Brest-Litovsk, pero negocia en Trebisonda con el jefe del ejército turco, Vejib-bey. Un detalle: la independencia del Cáucaso se proclama en abril por exigencia expresa de los turcos, es decir, por los Imperios centrales. Vejib-bey, invocando una cláusula del tratado de Brest-Litovsk, pretende además ocupar Batumi —único puerto georgiano sobre el mar Negro—, Kars y Ardagán en Armenia. Los georgianos se aprestan a la lucha por Batumi, pero los federalistas musulmanes se niegan a sostener una guerra contra Turquía; la República Transcaucásica ha cesado de existir... Los Imperios centrales imponen entonces la formación de las repúblicas nacionales de Georgia, Armenia, Azerbaiyán, ya mutiladas y rivales. Dividir para reinar. Los partidos socialistas-nacionales se someten. Los mencheviques proclaman la independencia de Georgia a finales de mayo. A mediados de junio las tropas alemanas ocupan Tiflis. Un comunicado oficial del gobierno socialista de Noé Zhordania anuncia a la población que «el gobierno georgiano ha llamado a las tropas alemanas a fin de defender las fronteras de la República» (13 de junio). ¿Contra quién? El órgano central del partido socialdemócrata georgiano, *L'Ertoba*, lo dice sin rodeos: contra los bolcheviques. «Prefiero —dirá más tarde Noé Zhordania en la Constituyente de Georgia— a los imperialistas de Occidente que

---

13 D. Oniachvili, discurso en el *Sejm* de Tiflis, 22 de abril de 1918. *Documentos oficiales* del gobierno menchevique de Georgia.

los fanáticos de Oriente». Estos «socialistas» intelectuales, representantes de una pequeña burguesía artesana y rural, llamarán con el tiempo a los aliados como ahora habían llamado a los alemanes, apoyarán a Denikin como apoyan ahora a los reaccionarios musulmanes contra Bakú; en una palabra, no repararán en el arma a emplear cuando se trata de combatir a la revolución proletaria.[14]

La Comuna de Bakú. La matanza de los 26

El Soviet de Bakú, dirigido por Chaumian, se iba apoderando poco a poco del poder con tanta circunspección como firmeza. La sublevación musulmana del 18 de marzo le forzó a imponer la dictadura. Este movimiento, organizado por el *Mussavat*, levantó a la población tártara y turca, dirigida por la burguesía reaccionaria, contra el Soviet ruso, apoyado por los armenios. Estos y los turcotártaros se degollaron entre sí en las calles. La mayor parte de los trabajadores turcos del puerto, los *ambal*, guardaron neutralidad o apoyaron a los rojos. Estos quedaron victoriosos.

Y entonces empieza la organización de la primera república soviética del Azerbaiyán. Su Consejo de Comisarios del Pueblo está presidido por Chaumian y lleva a cabo la nacionalización de la industria y la flota petrolífera del mar Caspio. Medida de aplicación difícil; la dirección de la industria petrolífera requería técnicos de los que no disponía el proletariado. Hubo que pedir ayuda a Moscú. Además, los socialistas-revolucionarios, los mencheviques y los *dachnaks* salieron en defensa de las compañías expropiadas.

La ciudad fue pronto presa del hambre. Estaba bloqueada por un ejército de partidas contrarrevolucionarias musulmanas, al que Georgia había provisto de cuadros (el *Mussavat* había constituido un gobierno en Guiandja). Un imán predicaba en el Daguestán la guerra santa contra la ciudad bolchevique. El trigo escaseaba. Durante mayo, junio y julio los habitantes recibieron solo escasas raciones de nueces y de granos de girasol; se reservaba para las tropas la pequeña cantidad de trigo que el Soviet conseguía hacer llegar por la vía marítima. Algunas tentativas de requisa llevadas a cabo por el pequeño ejército rojo de Bakú, mal disciplinado, sin cuadros apropiados, compuesto en gran parte de armenios ajenos al

---

14 Consúltese M. Amya, *Los caminos de la Gironda georgiana*, Tiflis, 1926; Y. Chafir, *La Gironda georgiana*, etc., Moscú, 1925; L. Trotski, *Entre el imperialismo y la revolución* (traducción francesa de la *Librairie de L'Humanité*).

espíritu revolucionario del proletariado, que se entregaban a la bebida y eran propensos a exigir rescate a los campesinos musulmanes, indispusieron el ánimo de estos.

La Checa[15] de Bakú no pasó por las armas más que a dos miserables: dos miembros del gobierno proletario, reos por prevaricación. *El Mussavat* esperaba apoderarse de la ciudad con la ayuda de las tropas turcas. Algunas tropas rusas, a las que se tildaba de tener tendencias contrarrevolucionarias, traídas de Persia, los mantuvieron a distancia durante algún tiempo. Pero en el interior de la ciudad hambrienta, los partidos socialistas tramaban hacer venir a los ingleses del norte de Persia. El 25 de julio, a pesar de la oposición irreductible de los bolcheviques, el Soviet votaba el llamamiento a los ingleses. «Los ingleses —decía Chaumian— solo ambicionan nuestro petróleo; no pueden proveernos de víveres». Esto era una verdad terrible. Entre tanto, las tropas rusas sospechosas desorganizaban el frente; se vivía bajo la amenaza de una invasión de los tártaros. La verdad era que los *dachnaks* venían negociando desde el 21 de abril con el general Densterville, que mandaba las tropas británicas que operaban en Persia. «Parece —escribe este último en sus *Memorias*— que iban a estar pronto en situación de derribar a los bolcheviques y de llamarnos...» Los Comisarios del Pueblo dimitieron y fueron remplazados por un directorio democrático que se tituló, no se sabe por qué razón, «dictadura popular», estaba formado por socialistas-revolucionarios, *dachnaks* y mencheviques. Los bolcheviques, después de haber intentado en vano llegar al puerto de Astrakán por mar, formaron en el centro del puerto, a bordo de los barcos en que se habían embarcado un gran número de familias de obreros, un campo fortificado, defendido por artillería. Un grupo de camaradas que se había reunido alrededor de Mikoyan,[16] semiclandestinamente, se movía aún activamente en los barrios obreros y hacía frente a la «democracia». Por fin, desembarcaron algunos centenares de ingleses.

Los bolcheviques levantaron una vez más el ancla el 14 de agosto por la noche. Sus pesados barcos petroleros, cargados de cañones, caballos y personas —huían familias enteras—, no consiguieron alejarse de la costa a causa de la tormenta. Fueron alcanzados por cañoneros. La escuadra del mar Caspio había conservado sus antiguos oficiales, y el Soviet había

---

15 A fin de no tener que interrumpir el relato de los acontecimientos de Bakú, adelantaremos en estas páginas algo de los temas que corresponden a capítulos ulteriores.

16 Hoy Comisario de Comercio del Pueblo de la URSS (verano de 1927).

cometido el grave error de descuidar la propaganda política. Esta vez el gobierno local exigía la entrega de Chaumian y de los principales líderes proletarios, amenazando con abrir el fuego en caso de negativa. Los rojos se entregaron, después de haber aguantado en plena mar y sin poder contestarlo, un bombardeo que duró más de una hora. Confiaban en conseguir que Chaumian se fugase, pero no lo consiguieron. Se detuvo a unos cuarenta militantes bolcheviques que permanecieron en la cárcel hasta la huida de los ingleses y del Directorio, cuando se acercaron los turcotártaros (a mediados de septiembre); habían pensado dejarlos encerrados, condenados a una matanza segura; Mikoyan los libertó. Djaparidzé, Chaumian y sus amigos, veintiséis en total, se embarcaron con otros fugitivos hacia el Transcaspio, región aparentemente gobernada entonces por una especie de gobierno socialista-revolucionario, aunque los verdaderos gobernantes eran media docena de oficiales británicos. Fueron detenidos en Krasnovodsk. El capitán Reginald Teeg-Johns[17] exigió, en nombre del general Thomson y de la misión británica de Asjabad, la ejecución de los veintiséis comisarios; los prisioneros, que se dijo «eran enviados a la India» para ser internados allí, iban a ser fusilados por el camino. El 20 de septiembre, «tres días después» de su detención, los veintiséis bolcheviques fueron fusilados en un lugar desierto, en la ruta de Asjabad. «Hacia las seis de la mañana —declara un testigo— se informó a los veintiséis comisarios, dentro del vagón, del destino que les aguardaba. Los hicieron salir en grupos de ocho y nueve. Ya en el suelo, guardaron un silencio reconcentrado. Un marino exclamó: «Estoy tranquilo. Muero por la libertad». «También nosotros moriremos, tarde o temprano, por la libertad —replicó uno de los ejecutores—; pero la entendemos de otra manera que vosotros». El primer grupo de comisarios, llevado desde el vagón hasta la semipenumbra, fue rematado de una salva. El segundo grupo intentó fugarse, pero cayó bajo el fuego de salvas repetidas. El tercero se resignó a su suerte...»[18] Así murió Chaumian, al que se llamaba «el Lenin del Cáucaso»; así es cómo sucumbieron los héroes de la Comuna de Bakú. «El capitán Teeg-Johns me expresó su satisfacción porque la ejecución había tenido lugar de conformidad con los deseos de la misión británica», escribió más tarde el socialista-revolucionario Funtikov, miembro del gobierno transcaspiano.[19]

---

17 Tal vez este nombre no esté correctamente escrito, por no corresponder su ortografía a la pronunciación rusa.

18 Vadim Chaikin, *La ejecución de los 26 comisarios,* Moscú, 1926.

19 Funtikov fue juzgado y fusilado en Bakú el año 1926.

Entre tanto, los turcotártaros se habían precipitado sobre Bakú. Durante tres días enteros se dedicaron a degollar armenios, rusos, obreros, rojos... Lo que no fue obstáculo para que el ministro de guerra georgiano —miembro del gobierno socialista de Tiflis—, Gueorguadzé, se expresase poco después de estos acontecimientos, en un banquete en honor del general turco Nury-pachá: «Os felicito por haber arrojado de Bakú a los usurpadores bolcheviques, y por haber instaurado allí vuestra gloriosa democracia...» La Georgia socialista había dejado pasar por su territorio a las tropas turcas.

Lenin en el III Congreso de los Soviets

El III Congreso de los Soviets se reunió en Petrogrado, del 10 al 18 (23-31) de enero. Se comprenderá cómo estaba constituido, por haber designado a un Comité Ejecutivo Panruso, integrado por 160 comunistas, 125 socialistas-revolucionarios de izquierda, siete socialistas-revolucionarios de derecha, siete socialistas-revolucionarios maximalistas, tres anarco-comunistas, dos mencheviques y dos mencheviques internacionalistas. Trotski y Kámenev relataron las negociaciones de Brest-Litovsk. Las discusiones más importantes habían sido las referentes a la organización del poder de los Soviets. Nos detendremos únicamente en reseñar las intervenciones de Lenin, que fueron por lo demás fundamentales.

Empezó felicitándose, en su informe acerca de la actuación del Consejo de Comisarios del Pueblo, de que el poder de los Soviets hubiera durado ya, con aquel día, *cinco días más* que la Comuna de París (que solo duró dos meses y diez días). Subrayó la importancia de la colaboración del proletariado con los campesinos más pobres, prueba de lo cual era el bloque de los partidos bolchevique y socialista-revolucionario de izquierda; hizo resaltar una vez más que no se trataba de imponer a los campesinos el socialismo. Afirmó la necesidad de la violencia:

> Jamás en la historia se ha decidido ninguna cuestión relativa a la lucha de clases sin la violencia. Nosotros somos partidarios de la violencia a condición de que emane de las clases trabajadoras y vaya dirigida contra los explotadores...

A los que le conjuraban a que pusiese término a la guerra civil, les replicó: «¿Y qué me decís del ejemplo de las clases posesoras y de sus represiones implacables? Estamos lejos todavía de llegar al verdadero terror, porque somos fuertes.» «Para tener a los capitalistas a merced bastaría

con confiscarles sus bienes»- «El pueblo no teme ya al soldado —dijo, repitiendo una frase que había oído casualmente en una estación a una anciana—. Después de esto, importa muy poco que nos traten de "dictadores" y de "usurpadores".» Y anunció entonces la creación del ejército rojo, equivalente a la nación armada.

Denunció dos calamidades: el sabotaje de los intelectuales y los instintos egoístas de las masas retrasadas. «Los profesores, los educadores, los ingenieros, hacen de su ciencia un instrumento de explotación del trabajador; quieren, vienen a decir, que sea la burguesía la que utilice sus conocimientos, o no trabajarán».

Pero los peores elementos sociales que nos ha legado el Antiguo Régimen son los vagabundos, que no tienen más que un solo deseo: arramblar con lo que pueden y escabullirse. Tienen todas las taras del pasado, hay que arrojarlos de las fábricas. No olvidemos esta alusión de Lenin al bajo individualismo de los retrasados, que se ha desarrollado y ha sido fomentado por la competencia capitalista, tan poderosa en la pequeña burguesía. Lenin insistirá una y otra vez en vilipendiar ese individualismo, para combatirlo y denunciar el peligro inmenso que supone. Dirigirá constantes llamamientos a la iniciativa de las masas contra los ladrones, los aventureros, los que se aprovechan de la revolución. Dice, dirigiéndose a los campesinos: «Disponed de las tierras a vuestra conveniencia. Con seguridad que cometeréis equivocaciones, pero esa es la única manera de aprender». Puso en conocimiento del Congreso que «había lugares en los que el proletariado se ponía en contacto con las asociaciones patronales a fin de asegurar la dirección de ramas enteras de la producción». Y terminó haciendo consideraciones generales acerca del lugar que ocupaba la Revolución rusa en la revolución mundial:

> [Marx y Engels solían decir:] el francés será el que empezará, pero el alemán la terminará [...]; el francés empezará —decían—, porque en el transcurso de sus revoluciones, que han durado decenas de años, ha adquirido la abnegación y la iniciativa revolucionaria por las que se ha colocado en la vanguardia de la revolución socialista... Nosotros, en cambio, decimos que el movimiento empezará con mayor facilidad en los países que no pertenecen al grupo de los explotadores; estos disfrutan de la posibilidad de saquear (a las colonias) para corromper luego a las capas superiores de la clase obrera... Rusia es la que ha empezado; los alemanes, franceses e ingleses acabarán, y el socialismo habrá vencido.

Lenin aludió varias veces claramente a la supresión del Estado. «Las ideas anarquistas —dijo— adoptan formas plenas de vida en esta época nuestra de demolición radical de la sociedad burguesa. Aunque para derribar esta sociedad es antes que nada necesaria la enérgica potencia revolucionaria de las clases trabajadoras, el poder del Estado revolucionario [...] Las nuevas tendencias del anarquismo se colocan decididamente del lado de los Soviets.»

Días después, hablando a los agitadores enviados a provincias, les decía (y aquí nos encontramos con otra idea que Lenin no pierde ocasión de poner de relieve): «Todo obrero, todo campesino, todo ciudadano, debe comprender que solo él mismo se puede ayudar; que nada puede esperar sino de sí mismo».

El problema

¿Podría la República de los Soviets vivir bajo el peso del tratado de Brest-Litovsk? Ese era el gran problema. Por este tratado perdía el 40 % de su proletariado industrial (los austroalemanes ocupaban la cuenca carbonífera del Donetz), el 90 % de su producción de combustible, el 90 % de su industria azucarera, del 65 al 70 % de su metalurgia, el 45 % de su trigo candeal, en una palabra, casi todo su trigo exportable.[20] Rusia, cuyo comercio exterior descansa desde tiempo inmemorial sobre la exportación de cereales, iba a encontrarse abandonada a sí misma, condenada a una perpetua indigencia. «La paz de Brest-Litovsk —solía decirse con frecuencia— es la muerte lenta de la revolución» (Lozovski). La idea de la guerra revolucionaria nacía de este convencimiento. Los debates del primer Congreso Panruso de los Consejos de la Economía Popular (26 de mayo-4 de junio) nos ilustran acerca de las ideas que reinaban entre la mayoría del partido. Radek, encargado de dictaminar acerca de las consecuencias económicas del tratado, puso de relieve el hecho de que la revolución iba a encontrarse, de allí en adelante, en estrecha dependencia del extranjero y el mercado mundial. Propugnó una política con base en concesiones y en empréstitos, que hoy nos parece bastante utópica. Las concesiones serían únicamente para implantar empresas nuevas, situadas

---

20 Estas cifras, aportadas por Karl Radek al I Congreso Panruso de los Consejos de la Economía Popular, fueron discutidas por Miliutin, quien demostró que una parte de la producción hullera e industrial de Ucrania se consumía en el mismo lugar de producción, de manera que la pérdida de las *disponibilidades* era muy inferior. En realidad, este razonamiento sofístico solo subrayaba la gravedad de las amputaciones económicas sufridas por la república.

fuera del radio de las principales regiones industriales del país (el Ural, el Donetsk, Kuznietsk, Bakú); el Estado tendría una participación en los beneficios y se reservaría el derecho de recompra al cabo de cierto tiempo. No había lugar a elección y no quedaba otro recurso que contentarse con esta solución hipotética. Se resolvió asimismo intensificar las industrias del Ural y la producción algodonera del Turquestán. El viejo Kalinin declaraba: «Echaremos los cimientos de nuestra futura potencia económica en el Ural, en el norte, en Siberia».[21] Soluciones desesperadas de revolucionarios resueltos a no caer en la desesperación. ¿Era viable una Rusia así, mutilada y bajo la amenaza permanente de un imperialismo omnipotente, víctima de conflictos internos cada vez más extendidos entre la ciudad y el campo? Aun los más optimistas solo contestaban afirmativamente porque no tenían otra alternativa. El partido se dividió. Los comunistas de izquierda, aproximándose a los socialistas-revolucionarios de izquierda, se fortificaron cada vez más en su opinión de que aquella paz era mucho peor que la peor de las guerras. Lenin, seguido por la mayoría, oía crujir la armadura del edificio europeo y aguardaba a que se derrumbase Alemania.

El conflicto creciente entre la ciudad y el campo se exteriorizaba en la inflación, en el hambre, en el estancamiento. El rublo descendía vertiginosamente. No se recaudaban impuestos —cosa nada extraña— y el gobierno no disponía de otros recursos que los de la máquina de imprimir billetes. La producción industrial había disminuido de una manera terrible, y de ahí el encarecimiento de los artículos manufacturados. El campesino, que recibía en pago de su trigo rublos de papel, con los que a duras penas conseguía comprar una cantidad cada vez más reducida de artículos manufacturados, recurría al trueque de víveres por objetos. Entre él y la ciudad se interponía una muchedumbre de pequeños especuladores. Desde antes de la revolución reinaba la penuria en las ciudades; no se disponía, por consiguiente, de reservas. Los instintos individualistas tenían ocasión de afirmarse en medio de aquel derrumbamiento; en resumidas cuentas, era más fácil en tales circunstancias desenvolverse solo que buscar pan para todo el mundo; únicamente la disciplina y el espíritu de solidaridad del proletariado eran capaces de combatir esos instintos con éxito relativo. He aquí algunos datos concretos acerca de la inflación en 1917-1918. El primero de enero

21 Acta taquigráfica de los debates del I Congreso Panruso de los Consejos de la Economía Popular (26 de mayo-4 de junio de 1918). Moscú, 1918.

de 1917 las emisiones del Banco del Imperio ascendían a poco más de 9.000 millones de rublos-papel. En 1917 se emitieron 14.000.721 millones, y en los cinco primeros meses de 1918, 12.000 millones.[22]

Se precisa tener presente esta situación interior para comprender las disensiones del partido bolchevique.

«Sucumbiremos si...» (Lenin al IV Congreso del PCR)

El Comité Regional de Moscú votó el 24 de febrero una moción de desconfianza al Comité Central y se negó a someterse «a las medidas que pudieran referirse a la aplicación del tratado de paz». Esta moción iba seguida de un comentario explicativo en el que se decía:

> El Comité Regional de Moscú, juzgando bastante probable, en un futuro próximo, la escisión del partido, se ha propuesto agrupar a todos los revolucionarios consecuentes, a todos los elementos comunistas en lucha contra los partidarios de una paz separada y contra los elementos moderados del movimiento comunista. Creemos que sería conforme a los intereses de la revolución internacional estar dispuestos al sacrificio del poder de los Soviets, que está en camino de convertirse en un poder puramente formal. Continuamos creyendo, como hemos creído siempre, que nuestra tarea fundamental consiste en extender a todos los países las ideas de la revolución socialista y, dentro de Rusia, en la aplicación enérgica de la dictadura y en la represión implacable de la contrarrevolución burguesa.

«Fantástico y monstruoso» —replica Lenin—. El sacrificio de los Soviets —objeta su buen criterio—, lejos de facilitar la revolución alemana, la perjudicaría. ¿No quedaron los obreros ingleses aterrorizados en 1871 por la derrota de la Comuna? ¿No nos proporcionan ejemplos de lo que puede una voluntad tenaz la Francia de 1793 y la Prusia pisoteada por los ejércitos de Napoleón? «¿Por qué no habrían de repetirse en nuestra historia hechos semejantes? ¿Por qué nos hemos de dejar arrastrar a la desesperación y redactar mociones que son más deshonrosas —¡es la mismísima verdad!— que la paz más deshonrosa, en las que se habla del *poder de los Soviets, que está en camino de convertirse en un poder puramente formal*? No habrá jamás invasión extranjera que convierta en "puramente formal" a una institución política popular (y el poder de los Soviets no es tan solo una institución política popular: es una institución muy superior a todas aquellas que ha conocido la historia)».

---

22 Informe de Sukhanov al I Congreso Panruso de los Consejos de la Economía Popular.

Todo lo contrario, la invasión extranjera no haría sino acrecentar las simpatías del pueblo hacia el poder de los Soviets... a condición de que este no se embarcase en ninguna aventura. Rusia —volvía a escribir Lenin— se dirige a una nueva guerra nacional, a una guerra en defensa y para el mantenimiento del poder de los Soviets. Puede ser que nuestra época sea, como la de las guerras napoleónicas, una época de guerras libertadoras (digo guerras y no una guerra sola), impuestas por los invasores de la Rusia soviética. Es posible. Y por esto es la desesperación, la desesperación deshonrosa, mucho más deshonrosa que cualquier paz superagobiante a que pudiera condenarnos no contar con un ejército. Ni decenas de tratados superagobiantes traerían como consecuencia nuestra pérdida si sabemos encarar *seriamente* el problema de la guerra y de la insurrección. No nos matarán los invasores si nosotros mismos no nos dejamos matar por la desesperación y la fraseología.

Los comunistas de izquierda —«comunistas de desgracia», decía Lenin— publicaron un periódico que primero fue diario (del 5 al 19 de marzo); este periódico se tituló *El Comunista,* órgano del Comité petersburgués del partido, y aparecían como redactores suyos Bujarin, Radek y Uritski. Trasladado al poco tiempo a Moscú, *El Comunista* apareció semanalmente desde del 20 de abril hasta junio. Obolenski (Osinski) y V.-M. Smirnov entraron durante esta época en su redacción. Citaremos entre los colaboradores de este órgano de la izquierda a los siguientes: Budnov, Bronski, Antónov (Lukin), Lómov (Opókov), M. Pokróvski, E. Preobrajenski, I. Piatakov, Soltz, Unschlicht, Kollontái, V. Kuybichev, E. Yaroslavski, Sapronov y Safarov. Estos nombres bastan para dar una idea de la fuerza y calidad del movimiento de izquierda.

Las dos tendencias trabaron batalla en el VII Congreso del partido, que se celebró en Petrogrado del 6 al 8 de marzo, algunos días antes de transferirse la capital a Moscú (10 de marzo; Petrogrado se encontraba amenazado por la ocupación alemana). El congreso no se ocupó de otra cosa que de la paz. Lenin (apoyado por Zinóviev, Smilga, Sverdlov, Sukhanov) combatió en él las tesis de las izquierdas. Trotski, aunque partidario de la guerra, se adhirió a la tesis de Lenin, alegando la imposibilidad de sostener una guerra revolucionaria con un partido dividido. La amenaza de una escisión, temida por todos, se cernió sobre el congreso hasta que finalizó sus trabajos. El apego a la unidad se impuso. Los opositores estuvieron representados lo mismo en el Comité Central que en la comisión de revisión del programa.

Citaremos de entre las declaraciones de Lenin aquellas que presentan mayor interés histórico y doctrinal. Lenin empezó poniendo de relieve el hecho de que los primeros meses del régimen de los Soviets habían sido una marcha triunfal. Pero luego se presentaron las dificultades inevitables de la revolución socialista. Porque:

> Una de las diferencias esenciales entre la revolución burguesa y la revolución socialista estriba en que la primera, que nace siempre del orden feudal, crea paulatinamente sus nuevos organismos económicos en el seno del Antiguo Régimen, aunque solo sea por medio del desarrollo del comercio, que modifica poco a poco todos los aspectos de la sociedad feudal. La revolución burguesa no tiene más que un objetivo: apartar, eliminar, destruir todos los fundamentos del Antiguo Régimen. Si cumple esta tarea, la revolución burguesa colma su misión, porque acaba por crear el régimen de producción de mercancías y alienta el crecimiento del capitalismo. Pero la situación de la revolución socialista es otra. Cuanto más retrasado se encuentre el país en que los ires y venires de la historia le han hecho empezar, tanto más dificultosa es la transición de las antiguas relaciones capitalistas al nuevo estado de cosas socialista. A la tarea de destruir se agregan aquí otras tareas más molestas: las de organizar.
>
> El nacimiento de la República Socialista de los Soviets ha sido tan fácil porque las masas crearon los Soviets en febrero de 1917, antes de que ningún partido tuviese tiempo de lanzar esta consigna.
>
> Así, pues, la diferencia entre las revoluciones burguesas y proletarias consiste en que la primera se beneficia de las formas de organización capitalistas ya existentes, en tanto que la segunda tiene que crearlo todo. Y no es posible aplicar los «métodos de asalto» a la obra económica y administrativa. La revolución socialista será infinitamente más difícil de iniciar en Europa que entre nosotros; a nosotros nos ha sido infinitamente más fácil iniciarla, pero nos resultará más difícil llevarla adelante; en Europa, por el contrario, será más fácil de continuar una vez comenzada. Nos encontramos desarmados en presencia de la fiera imperialista.
>
> Nuestra única salvación, lo repito, está en la revolución europea... y si afirmáis que la hidra de la revolución se esconde en cada huelga, y que no es socialista el que no lo comprende, tenéis razón. Sí, la revolución se esconde en cada huelga; pero si afirmáis que cada huelga es un paso hacia la revolución socialista, no hacéis sino decir la más hueca de las estupideces.
>
> La verdad absoluta es que, si no se produce la revolución en Alemania, sucumbiremos. No sucumbiremos tal vez en Petrogrado, ni en Moscú, pero sí en Vladivostok... Sucumbiremos, de una u otra manera, si no se produce la revolución en Alemania. Pero esto no nos excusa en modo alguno para saber

> afrontar sin fanfarronadas las situaciones más críticas. La revolución (alemana) no llegará tan pronto como nosotros la esperábamos. La historia nos lo ha demostrado. Hay que saber afrontarlo como una realidad.
>
> Nos hemos desmovilizado porque el ejército era el miembro enfermo del organismo social; cuanto más rápidamente se disuelva, más pronto se curará el organismo. *Hay que saber batirse en retirada.*

«¿La escisión del partido? Ya sanaremos —dice Lenin— de nuestras crisis, gracias a la experiencia histórica y a la ayuda de la revolución mundial». Lenin se enzarzó en polémicas contra las fantasías de *El Comunista*, refutadas por los hechos, y contra la absurda tentativa de transportar a un plano internacional los métodos de la insurrección de octubre. *La tregua es un hecho,* dijo. Narró la historia desconsoladora de los once días de guerra revolucionaria; se había dado por perdido a Petrogrado; de tal manera se despoblaba todo ante los alemanes, que hubo poblaciones como Yamburg[23] que fueron «reconquistadas» por telegrafistas que comprobaban, estupefactos, que no había ningún alemán. «Es una verdad terriblemente amarga, ultrajante, dolorosa, humillante, pero cien veces más útil que vuestro *Comunista.* ¿Qué hacer ahora? Proceder con orden. Que aprenda el obrero el manejo de las armas, aunque solo sea durante una hora diaria. Esto es más difícil que escribir los más bellos cuentos. "Nuestra paz es una paz de Tilsitt"; aprovechémosla para preparar la guerra». «La historia nos demuestra que la paz es una tregua para la guerra y la guerra un medio de conseguir una paz quizá algo mejor.» Todo el discurso estuvo impregnado de esta nota de realismo y de tenacidad. «¡Retrocedamos todo lo que sea preciso! Quién sabe si mañana nos veremos en la necesidad de entregar Moscú. Sabremos aceptar esta prueba. Y cuando sea necesario, volveremos a empezar la lucha.» Y después de haber refutado a Bujarin, que censuraba al Comité Central por su «táctica desmoralizadora», y a Trotski, partidario de la lucha contra Ucrania, dijo nuevamente, para terminar: «Quiero ceder espacio para ganar tiempo».

La tesis del sacrificio heroico

La argumentación de los comunistas de izquierda ha sido objeto de un análisis concienzudo, cuya exactitud se ha complacido en reconocer Bujarin en un prefacio fechado en 1925. Lo mismo en este

---

23 Hoy Kinguisep, en la frontera estoniana.

momento que antes de la firma de la paz, la tesis de los comunistas se basa en sentimientos profundos: indignación, dolor, ira, y también sobre una duda trágica sobre los destinos de la revolución, duda tanto más trágica cuanto que un entusiasmo revolucionario que va hasta la ceguera, hasta el deseo de sacrificarse por completo, la compensa. Este sentimiento se traduce en sorprendentes afirmaciones: «Si la Revolución rusa no flaquea ella misma, no habrá nadie capaz de dominarla ni de quebrantarla».[24] «Mientras la revolución… no capitule, no debe temer ninguna derrota parcial, por grave que sea. La gran República de los Soviets puede perder Petersburgo, Kiev, Moscú, *pero no puede sucumbir*.»[25] Uno se queda boquiabierto ante semejantes afirmaciones. Pero, volviendo al terreno de la realidad, ¿cómo hacer para sostenerse? Es necesaria una «movilización de los espíritus». Bujarin decía: «Cuando las masas hayan visto la ofensiva alemana tal como es… empezará una verdadera guerra santa».[26] ¿Que no tenemos ejército? Haremos la guerra de guerrillas. Mientras duró la revolución, la guerra de guerrillas fue una de las esperanzas de los revolucionarios románticos. En cuanto a la fuerza de los guerrilleros, nacerá, sobre todo, de sus convicciones socialistas, así como también «del carácter social del nuevo ejército que se halla en vías de formación». Aquí vemos mezclada una idea muy justa con un falso idealismo. Podía y debía surgir un ejército nuevo, fundado en los intereses de clase, manantial de entusiasmo revolucionario; pero no era por eso menos pueril pretender oponer a la técnica alemana convicciones socialistas.

Estas teorías se justificaban por una afirmación doctrinaria y por una deformación de los hechos. La afirmación doctrinaria era esta: ¡Nada de transacciones! La revolución no debe maniobrar, ni batirse en retirada, ni tolerar transacciones, solo puede aplicar una táctica: la de la intransigencia máxima. ¡Sucumbir antes que vivir gracias a una transacción! Tal es, en el fondo, toda la doctrina del comunismo de izquierda, y debemos discernir en ella una sana reacción contra las tendencias oportunistas. (Ya hemos visto que los comunistas de izquierda se oponían a toda relación con los países capitalistas.) La deformación de los hechos, claro está que inconsciente, consistía en negar la tregua obtenida del imperialismo alemán y, mejor dicho, en negar hasta la posibilidad de esa tregua. La perspectiva de paz era, según decía Bujarin, «ilusoria,

---

24 V. Sorin, *El partido y la oposición,* vol. I, prefacio de Bujarin, Moscú, 1925.

25 K. Radek, en el *Soc. Dem. Brest-Litovsk.*

26 *El Comunista*, núm. 1, editorial.

irreal». «La paz —escribía Kollontái— se ha convertido en "una imposibilidad".» «No es una paz —escribía Radek después de haberse firmado la paz—, es una nueva guerra». La realidad aparecía ante los ojos de aquellos revolucionarios apasionados deformada por sentimientos absorbentes; la lucha continuaba, pero la paz, por muy mediocre y restringida que fuese, era un hecho. «¡Cómo negáis la paz —les contestaba Lenin, con su buen sentido común—, si hemos tenido ya cinco días para proceder tranquilamente a la evacuación de Petrogrado!»

Las conclusiones de los comunistas de izquierda funden perfectamente en una clara visión teórica su exaltación y aquella curiosa mezcla de optimismo —frente a la historia— y de pesimismo —frente a la realidad presente— que caracterizaba a aquella tendencia:

> No se nos oculta que la aplicación inflexible, tanto interior como exterior, de una política proletaria cargada de riesgos puede acarrear momentáneamente nuestra pérdida; pero creemos que es mejor para nosotros, en interés del movimiento proletario internacional, sucumbir aplastados por las fuerzas exteriores, pero sucumbir como verdadero poder proletario, que vivir adaptándonos a las circunstancias.[27]

Es costumbre en Rusia considerar esta ideología como una desviación pequeñoburguesa, según la expresión consagrada. La mayor parte de las desviaciones de la ideología proletaria, por muy variadas que sean, son, sin duda y por lo general, obra de intelectuales que reflejan más o menos estados de espíritu propio de las clases medias intermediarias entre el proletariado y la burguesía. Es indudable que los sentimientos de honor herido, de patriotismo ultrajado, de sacrificio heroico —antes la muerte que el deshonor— tienen mayor influencia en la mentalidad de las clases medias, sobre todo con la mentalidad de los intelectuales, que con la del proletariado, mentalidad mucho más realista, utilitaria, dialéctica y profundamente revolucionada. Pero yo creo que no hay que disimular tampoco el hecho de que esta tendencia de izquierda representaba algo más: una reacción contra el peligro oportunista. Lenin no pertenecía ni a una tendencia derechista ni a una tendencia izquierdista: era un revolucionario inflexible, pero utilitario —y sin fraseología—. Pero es que, antes de Lenin, siempre que en la historia de la clase obrera se había querido «maniobrar» en nombre de la revolución, había sido para caer inmediatamente en el oportunismo. No olvidemos tampoco otro hecho capital. Hasta entonces no se había dado nunca el

27 *El Comunista,* núm. 4.

caso de una revolución victoriosa. Era fatal que algunos de los mejores revolucionarios se sintiesen inclinados a continuar, por medio de un sacrificio de cuya fecundidad no podían dudar, la tradición de las derrotas heroicas del proletariado. Uno de los grandes méritos de Lenin fue también el de haber logrado romper aquella tradición.

La doctrina y la acción en el VII Congreso del Partido Bolchevique

Aun en aquellas difíciles horas se ocupó el VII Congreso del Partido de cuestiones de doctrina. Lenin consiguió finalmente que el Partido adoptase un nuevo nombre (el *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* se transformó en el *Partido Comunista [bolchevique] de Rusia),* cambio que venía propugnando desde los comienzos del año 1917. Aquí tuvo ocasión, una vez más, de poner de relieve hasta qué punto había sido superada la noción de democracia por el Estado de los Soviets, concebido según el modelo de la Comuna de París, y de recordar que el socialismo aspira a suprimir toda imposición gubernamental y a que rija en la sociedad esta regla: «De cada uno según sus fuerzas; a cada cual según sus necesidades». Refutando la teoría defendida en aquel entonces por todos los adversarios de la revolución: «No se socializa la miseria», citó algunas líneas proféticas, escritas por Friedrich Engels en el año 1887. Engels vislumbraba ya la conflagración mundial, preveía derrumbes de coronas, inmensas devastaciones, entre todo ello, «la victoria de la clase obrera o la creación de una situación que haría posible esa victoria». Lenin afirmó la indestructibilidad de la cultura, aunque dijo que tal vez costase trabajo provocar un renacimiento.

Bujarin, Sukhanov y Vladímir Smirnov proponían que fuese suprimida la antigua parte teórica del programa del partido, inocua ya, según ellos, que estaba consagrada a exponer el desarrollo de la producción de mercancías; creían que bastaba con definir en el programa el imperialismo y la era de la revolución socialista. Esta opinión era errónea en muchos aspectos: la producción de mercancías y el capitalismo en sus formas más rudimentarias subsisten en la época misma del imperialismo y prosiguen su desarrollo en los países retrasados. Pero Lenin, al contestarles, abarcó el problema desde un punto de vista más elevado. Es necesario reproducir íntegra esta página:

> […] La producción de mercancías ha engendrado el capitalismo y este ha llegado hasta el imperialismo. No se debe olvidar esta perspectiva histórica universal, base del socialismo. Cualesquiera que sean las peripecias ulteriores de la lucha,

por intrincado que sea el camino que habremos de recorrer (y lo será mucho: la experiencia nos demuestra qué amplios rodeos describe entre nosotros la historia de la revolución; llegará un momento en que las cosas serán mucho más complejas y más vertiginosas, en que el desarrollo marcará un ritmo desenfrenado, en que los recodos serán de una dificultad incomparablemente superior, cuando la revolución abarque a Europa entera), por muchos zig-zags que tenga, digo, debemos conservar la antigua parte teórica del programa, a fin de no extraviarnos en esos rodeos, en esas sinuosidades de la historia, a fin de conservar una perspectiva general, un hilo conductor que dé unidad a todo el desarrollo capitalista y a todo el camino que hemos de atravesar hasta llegar al socialismo, camino que nos representamos, naturalmente, como una línea recta —debemos representárnoslo de esta manera para poder ver el comienzo, la continuación y el final—, pero que, muy lejos de ser en la realidad una línea recta, resultará, por el contrario, infinitamente accidentada. Debemos conservar la antigua parte teórica del programa a fin de no extraviarnos en esos rodeos cuando la historia, a menos que sea el enemigo, nos arrastre hacia atrás, porque en Rusia nos encontramos todavía en la primera fase de la transición del capitalismo al socialismo. La historia no nos ha concedido la paz que nosotros, en el terreno teórico, suponíamos poder tener durante cierto tiempo, la paz que nosotros habríamos deseado y que nos hubiera permitido salvar rápidamente las etapas de la transición. Hemos visto inmediatamente que la guerra civil se alzaba como un obstáculo y se confundía con otras guerras. Los marxistas no han olvidado jamás que la violencia, que ha de acompañar irremediablemente al derrumbe del capitalismo, en toda su amplitud, será la partera de la sociedad socialista. Habrá un periodo de la historia universal, una época entera de toda clase de guerras: guerras imperialistas, guerras civiles en el interior del país, confusión de unas y de otras, guerras nacionales, guerras de liberación de las naciones pisoteadas por los imperialistas [...]

Hasta ahora no hemos hecho más que los primeros gestos para sacudir el yugo del capitalismo y empezar la transición al socialismo. ¿Cuántas etapas de transición hacia el socialismo nos esperan todavía? Lo ignoramos, no podemos menos que ignorarlo. Eso dependerá del momento en que empiece de veras la revolución socialista europea y de que acabe con sus enemigos, lenta o rápidamente, para entrar por la ruta del desarrollo social.

Ignoramos todo; ahora bien, el programa del partido marxista debe arrancar de hechos establecidos con una precisión absoluta. Ahí es donde reside toda su fuerza.

Aquellos mismos militantes propugnaban la supresión del programa mínimo. Lenin había combatido esta proposición antes de la revolución de octubre, pero no vio ya inconveniente en aceptarla. Pero, agregó, «sería utópico pensar que no nos veremos forzados a retroceder». Insistió todavía en la deformación socialdemócrata de la República de los Soviets.

> Nuevo tipo de Estado, sin burocracia, sin policía, sin ejército permanente, que sustituye a la democracia burguesa con una democracia nueva, hace actuar a las masas trabajadoras como vanguardia, les confiere el poder legislativo, ejecutivo y militar, creando así un mecanismo destinado a la reeducación de las masas mismas. En Rusia no hacemos más que empezar nuestra obra, y, de momento, la empezamos de mala manera.
>
> Tal vez no esté bien lo que hacemos, pero empujamos a las masas a hacer lo que deben hacer. Y que los obreros de Europa se digan a sí mismos: Lo que los rusos hacen mal, nosotros lo haremos mejor.

Resumiré solo muy brevemente el proyecto de programa sometido por Lenin al VII Congreso. Define en diez tesis el poder de los Soviets. Indudablemente constituyen la exposición más detenida de su concepción:

> 1) Unión de todas las masas pobres y explotadas; 2) unión de la minoría consciente y activa para la reeducación de toda la población trabajadora; 3) abolición del parlamentarismo que separa el poder legislativo del poder ejecutivo; 4) unión de las masas y del Estado de una manera más estrecha que en las antiguas formas de democracia; 5) armar a los obreros y a los campesinos; 6) más democracia, menos formalismo, más libertad para elegir y para destituir a los elegidos; 7) relación estrecha del poder con la producción; 8) posibilidad de eliminar la burocracia; 9) transición de la democracia formal de los ricos y de los pobres a la democracia real de los trabajadores; y 10) participación de todos los miembros de los Soviets en la gestión y administración del Estado.

Expone a continuación cierto número de medidas políticas (que tienden a la «supresión completa y progresiva del Estado») y económicas, tales como «la socialización de la producción, administrada por las organizaciones obreras (sindicatos, comités de fábrica, etcétera)»; afiliación obligatoria de la población entera a las cooperativas de consumo; registro de todas las operaciones comerciales —ya que el dinero *no ha sido suprimido todavía*— por las comunidades de producción y de consumo; obligación general de trabajar, «que se extenderá de una manera prudente a los labradores que viven de su propio trabajo»; creación de cartillas de trabajo y de consumo para todas las personas que tengan ingresos superiores a 500 rublos por mes o que empleen personas asalariadas o servidumbre; concentración de todas las operaciones financieras en el Banco del Estado; control e inventario de toda la producción y de todo el consumo por las organizaciones obreras, en primer término, y luego por toda la población; organización de certámenes entre las comunidades de productores y de consumidores, con objeto de

aumentar el rendimiento del trabajo y de disminuir su duración, etc...; establecimiento de medidas sistemáticas que tiendan a organizar la alimentación colectiva por grupos de familias; supresión de los impuestos indirectos que serán remplazados por un impuesto progresivo sobre los ingresos y por el cobro de una participación en las ganancias de los monopolios del Estado.

Nacimiento del Ejército Rojo

Finlandia, los países bálticos y Ucrania se hallan ocupados por los austroalemanes. Los turcos penetran en el Cáucaso, que, por lo demás, se ha declarado «independiente». Los ingleses ocupan Bakú. Los rumanos se apoderan de Besarabia.[28] Los japoneses desembarcan en Vladivostok (el 6 de abril). La revolución se encuentra en medio de un círculo de hierro y de fuego. Necesita un ejército, y ese ejército hay que sacarlo de la nada.

Ya el 2 (15) de enero, durante las negociaciones de Brest-Litovsk, se había promulgado un decreto ordenando la constitución de un ejército rojo de voluntarios.[29] El estado mayor rojo —lo que quedaba del

---

28 «La tragedia del frente rumano», cap. IV, en *Sobre los acontecimientos de Besarabia.* Los rumanos, rechazados anteriormente varias veces por las tropas revolucionarias, acabaron por apoderarse de Kichinev el 26 (13) de enero. El general ruso Chtcherbachev anunció que esta ciudad había sido, por fin, limpiada de bolcheviques. Pocos días más tarde, mientras se acosaba y se fusilaba a los descontentos, el *Sfatul Tserii,* representación nacional que comulgaba con el invasor, proclamaba la independencia de la república moldava. Era el primer paso hacia una anexión velada. Los Comisarios del Pueblo respondieron a ella ordenando el arresto del embajador de Rumanía en Petrogrado, Diamandi. Pero pronto le pusieron en libertad, accediendo a las instancias del cuerpo diplomático. En revancha se guardaron el fondo de oro que Rumanía tenía depositado en el Banco del Estado ruso. Se declaró a este fondo «inaccesible a la oligarquía rumana», y «que solo sería devuelto al pueblo rumano». El 21 (8) de febrero, Francia, Italia e Inglaterra, proponían un arreglo amistoso del conflicto ruso-rumano. Se iniciaron negociaciones en Odesa, entre Rakovski y el general Averesco, y se llegó a concertar la paz el 5 de marzo. Rumanía se comprometió a evacuar Besarabia en el término de dos meses. Pero los alemanes invadieron Ucrania. El *Sfatul Tserii* proclamaba el 27 de marzo la unión de la Besarabia autónoma con Rumanía. El tratado que acababan de firmar la víspera no era ya para los rumanos —aconsejados por Francia, dicho sea de paso—, más que un pedazo de papel. Un estadista rumano lo declaraba así en el mes de abril: «Besarabia ha sido ocupada por nuestras tropas [...] como consecuencia de un convenio que ha sido concertado entre Bratiano y el general francés Berthelot. El general francés Guillemin se encontraba al frente de las tropas que se apoderaron de Kichinev...» (Declaraciones de Antonesco a *La Victoire,* 14 de abril de 1918.) La República de los Soviets no ha reconocido nunca este secuestro de un país.

29 Decreto del 15 (2) de enero de 1918. Preámbulo: «El antiguo ejército era, entre las manos de la burguesía, un instrumento de opresión de las clases trabajadoras. Al pasar el poder a las clases trabajadoras y explotadas, se hace necesario crear un nuevo ejército, que será la muralla del poder de

antiguo estado mayor— hacía un llamamiento a los Soviets locales para que diesen pruebas de su iniciativa organizando nuevas tropas, adoptando como unidad el batallón de 150 hombres. Este llamamiento no cayó en el vacío; el verdadero ejército rojo había de nacer más tarde, al abrigo de estas primeras unidades improvisadas. El primero de marzo se formó un Consejo Superior del Ejército. Desde los primeros días apareció Trotski como el vitalizador infatigable de aquella creación del ejército. «Necesitamos un ejército bien organizado, un ejército nuevo —clamaba el 19 de marzo en el Soviet de Moscú—. Trabajaremos doce horas al día si es necesario...; pero iremos adelante por el camino de la disciplina, del trabajo y de la acción creadora.» *«Trabajo obstinado, disciplina revolucionaria»*. Repetía como consigna estas palabras, las imponía, las metía dentro de los cerebros. El 22 de abril, por iniciativa suya, se promulga el decreto sobre instrucción militar general y obligatoria. Se trata de una medida preparatoria; una gran parte de la población seguía siendo hostil al régimen. El ejército que se estaba organizando había de estar formado por voluntarios; lo primero que se tenía en cuenta era su origen social y sus opiniones políticas. Pero un ejército moderno es una máquina complicada. Sin conocimientos especiales no es posible montar sus diferentes piezas ni asegurar su funcionamiento. ¿De dónde sacar técnicos de guerra? Los que había eran los del Antiguo Régimen, que pertenecían a las clases enemigas. Trotski preconizó desde el primer momento el empleo de estos especialistas. Para imponer este criterio tuvo que sobreponerse a muchas resistencias y recelos muy legítimos. Lenin mismo le hizo al principio algunas objeciones, pero luego se rindió:

> — Sin militares serios y experimentados —decía yo a Vladímir-Ilich —no saldremos jamás de este caos.

---

los Soviets y que preparará, en un porvenir próximo, la sustitución de la nación armada por el ejército permanente, sirviendo de apoyo a la revolución socialista inminente en Europa. Título I. 1. El Ejército Rojo de Obreros y Campesinos está formado por los elementos más conscientes y más organizados de las masas trabajadoras; 2. Tienen acceso a él cuantos se hallen dispuestos a dar su vida por las conquistas de la revolución de octubre, por los Soviets y el socialismo. Es indispensable estar recomendado por los comités militares o por organizaciones democráticas constituidas sobre una plataforma soviética, de partido o de sindicato, o por lo menos por dos miembros de estas organizaciones. En caso de alistamiento colectivo se procede a una votación nominal, y cada uno responde de todos, como todos de cada uno.» La creación de comisarías militares locales, que se hizo por decreto del 8 de abril fue el comienzo de una acción sistemática. La organización de las fuerzas de la República había estado dirigida hasta aquel momento por Bonch-Bruyévich, cuyo plan de levas sucesivas en el frente occidental, luego en Rusia central, y finalmente en la región del Volga, había fracasado completamente.

> — Eso parece cierto. Pero, ¿y si nos traicionan?
>
> — Pondremos junto a cada militar un comisario.
>
> — Mejor será que pongamos dos —exclamó Lenin—; y que sean de buenos puños. Con seguridad que no han de faltarnos comunistas de empuje. (Trotski, *Sobre Lenin*)

El tipo de organismos directores del ejército se ideó de esta manera: un especialista oficial de carrera y dos comisarios bolcheviques. Según parece, los militares aceptaron esta situación, este control, sin poner excesivos reparos. Acostumbrados a la obediencia pasiva y a estar al servicio del Estado, se sometían en cuanto tropezaban con una autoridad que se imponía sobre ellos. Los generales blancos se lamentan en sus memorias de la facilidad con que los bolcheviques reclutaron personal técnico para el ejército rojo. ¡Había que vivir! Y, además de esto, también obraban a impulsos del sentimiento patriótico. Por lo demás, fueron muchos los oficiales que, aun dentro del ejército rojo, continuaban siendo enemigos de la revolución. Las conjuraciones se produjeron de manera permanente dentro del ejército. Trotski tuvo que refutar los argumentos de aquellas personas que temían que el ejército —en cuya dirección participaban antiguos generales— se convirtiese en un instrumento contrarrevolucionario. Trotski les contestaba que, como el ejército estaría formado por obreros y campesinos pobres, y encuadrado por comisarios comunistas, solo eran de temer las traiciones individuales. Tuvo también que luchar contra las costumbres creadas por la propia revolución. Hacía muchos meses ya que los jefes militares se nombraban por elección. La necesidad de democratizar el antiguo ejército había llevado a nombrar a los jefes electivamente. «Mientras el poder estuvo en manos de la clase enemiga, mientras los cuadros del ejército fueron un instrumento de esta clase, teníamos que vencer la resistencia del mando eligiendo a los jefes. Pero el poder está hoy en manos de la clase obrera, en cuyo seno se recluta el ejército. En estas condiciones —os lo digo con entera franqueza— la electividad de los jefes no tiene ya utilidad política, es técnicamente inadecuada; en realidad ha sido ya anulada por un decreto.» Por muy exactas que fuesen estas razones, no se impusieron sino con dificultad. ¡Cómo! ¡Revolucionarios excelentes, proletarios, iban a ser colocados de nuevo bajo el mando de generales que hasta hacía poco habían ordenado fusilamientos, que en su fuero interno eran contrarrevolucionarios, aunque estuviesen sometidos al control

de comisarios (...¡incompetentes!)! No había más remedio. «Crear el ejército —decía Trotski— es para nosotros una cuestión de vida o muerte».

No existía ningún mecanismo administrativo capaz de movilizar las fuerzas que se necesitaban para formar el ejército. Una vez más, poniendo de manifiesto la importancia decisiva de su misión histórica, tuvo el partido que suplir al Estado. Las guardias rojas, las unidades de guerrilleros (muy numerosas en el sur, pero anárquicas, indisciplinadas, infinitamente difíciles de controlar), algunas unidades casi regulares que subsistían del antiguo ejército, ofrecían a la república el primer material de guerra, desigual y sin cohesión. La campaña de reclutamiento dio bastantes buenos resultados, aunque fueron insuficientes. Petrogrado suministró el primero de abril 25.000 voluntarios, Moscú más de 15.000. En seis semanas se inscribieron 106.000 voluntarios.

CAPÍTULO VII

La penuria y la intervención checoslovaca

La penuria

Los meses de abril y de mayo se caracterizaron por una agravación extrema de la escasez. Recordemos que la autocracia había caído en febrero de 1917 a los gritos de «¡Queremos pan, queremos pan!», lanzados en los barrios de Petrogrado. El abastecimiento, incluso el del ejército, había venido empeorando de tal manera desde 1916, que durante 1917 las tropas solo recibieron alrededor del 57 % de su ración de carne.[1] La desmovilización espontánea del ejército, seguida del avance de los alemanes y de la resistencia esporádica de los guerrilleros, habían llevado al colmo la desorganización de los transportes. Los mejores elementos del proletariado abandonaban las fábricas para pelear o para consagrarse a las necesidades de la revolución; el elemento patronal, secundado por los técnicos, saboteaba la producción. A medida que descendía el valor del papel moneda, depreciado por emisiones que iban a hacerse continuas, se elevaba el precio de los artículos manufacturados, que eran cada vez más raros. Los campesinos se mostraban reacios a entregar su trigo al Estado, que les impedía vender, y que en realidad no les ofrecía a cambio más que un precio irrisorio, ya en papel-moneda, ya en artículos varios: el trigo, artículo de especulación, valía cuatro o cinco veces más. De esta manera, en términos trágicos, se planteó el problema del abastecimiento de las grandes ciudades, de la clase obrera, fuerza viva de la revolución, y del naciente ejército.

El gobierno provisional había establecido el monopolio del comercio poco después de la caída del zarismo; pero se entregó a comités de abastecimiento formados por negociantes, industriales, propietarios y

[1] Las necesidades de la intendencia para el año 1917 se elevaban a 5.0281.000 puds de carne; solo se dispuso de 26.700.000 puds. El déficit fue del 47 %.

campesinos ricos. El gobierno de los Soviets le dio un carácter muy distinto. Los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y los campesinos requerían a los Comisarios del Pueblo para que lo abrogasen. Este monopolio era, en realidad, una necesidad vital. La libertad del comercio de trigo habría dejado al Estado en la impotencia, frente a la especulación adueñada del mercado, sin otra arma que la máquina de imprimir billetes. Las clases ricas o acomodadas de la población habrían estado mejor alimentadas que las demás, o habrían sido las únicas que tuviesen alimentos. Hubiera sido prácticamente imposible regularizar el transporte de víveres. Los campesinos enriquecidos a costa de las ciudades se habrían hecho pronto temibles. Había que defender el monopolio sin tregua, y eso es lo que se hizo.

Un decreto del 2 de abril instituyó el sistema de intercambio de mercancías con el campo, primera tentativa para regularizar las relaciones, difíciles y caóticas, con los rurales. La depreciación del papel-moneda imponía la permuta directa de mercancías por trigo; pero ocurría que las mercancías entregadas por el Estado se concentraban en las manos de los campesinos ricos, los *kulaks*.[2] El nuevo decreto estableció que la permuta se realizaría de allí en adelante por intermedio de las asociaciones de campesinos pobres. Así se iniciaba la lucha entre campesinos pobres y ricos, que en el transcurso de algunos meses había de convertirse en una enconada guerra civil. Por fin, el 13 de mayo, hubo que reclamar la «dictadura de los abastecimientos». El decreto que la estableció exigía la entrega obligatoria al Estado de todos los excedentes de trigo retenidos por los particulares, una vez deducidas las cantidades necesarias para subsistencia, la siembra, etcétera... para las que de cualquier modo se fijaron normas. Se invitaba a los campesinos pobres y a los trabajadores a unirse contra los *kulaks* en la batalla por el trigo. Se autorizó a la Comisaría de Abastecimientos para obrar con la máxima energía. En definitiva, era una declaración de guerra formal que la dictadura del proletariado hacía a los *kulaks.* El 20 de mayo se creó el «Ejército de Avituallamiento». Sus efectivos oscilarían hasta 1919 entre 40 y 45.000 hombres. Se encargó de hacer requisas en los campos.

Tan grave era la penuria que en Zarskoie-Selo (hoy Dietskoie-Selo), no lejos de Petrogrado, la población recibía como ración de pan solo cien gramos por día. Esto dio lugar a desórdenes. Se oyeron gritos de: «¡Viva la Constituyente!» y hasta de «¡Viva Nicolás II!» (6-7 de abril).

---

2 Esta palabra rusa tiene doble sentido: un *kulak* es un *puño*.

El 19 de abril se producen en Smolensk «disturbios del hambre» (es la frase consagrada) «fomentados» por anarquistas. A finales de abril se prohíbe, sin excepción, el acceso a Samara, población hambrienta y sobrepoblada. La irritabilidad, la desesperación y la ira, que la penuria hacía brotar hasta en los medios obreros, convertían las clases medias de las ciudades, arruinadas y totalmente incapaces de comprender la revolución, en terreno favorable a todas las propagandas contrarrevolucionarias. El descontento de los campesinos acomodados y ricos hacía barruntar el levantamiento de una formidable *Vendée.*

> Por aquella época —escribe un militante obrero— apenas sí se veían caballos en Petrogrado; eran despanzurrados, comidos, requisados o llevados al campo. No se tropezaba uno con gatos ni con perros...; la gente se alimentaba de té y de galleta de patata amasada en aceite de linaza. Yo, que era miembro del Ejecutivo del Soviet de Vyborg (Petrogrado), sé que hubo *semanas enteras* en las que los obreros no recibieron ni pan ni patatas: se les distribuía granos de girasol y nueces. […] Con una situación de fuerzas como esta, las ciudades hambrientas se enfrentaban a cien millones de campesinos hostiles, la situación del poder de los Soviets parecía desesperada.[3]

El desarme de los anarquistas

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar, durante la noche del 11 al 12 de agosto, el desarme de los anarquistas.

La escasa influencia que éstos ejercían sobre las masas obreras está demostrada por el pequeño número de puestos que consiguieron en los Soviets y en los congresos de los Soviets, en los que, por regla general, no pasaron nunca de media docena de un total de varios centenares de diputados (por lo demás, muchos libertarios boicoteaban a los Soviets, como órganos que eran del poder). Pero desde mayo-junio de 1917 sus pequeños grupos, más enérgicos, se distinguieron por los sangrientos incidentes de la villa Durnovo,[4] en Petrogrado, y después por su participación en las revueltas de julio, pródromo de la

3 V. Kaiurov, «Mis encuentros con Lenin», *Revolución Proletaria,* núm. 26, 1924.

4 Los anarquistas ocupaban la villa del antiguo ministro. El gobierno provisional intentó inútilmente desalojarlos. Vsevolod Volin (Eichenbaum), militante anarcosindicalista, había vivido mucho tiempo en América. Se convertiría más tarde en uno de los líderes del movimiento libertario ucraniano, llamado del *Nabat* (de *Toscin*), que apoyó a Majnó y se esforzó por tomar partido (1919-1920). Expulsado de la República de los Soviets en 1921.

insurrección de octubre: aquellas manifestaciones fueron en parte obra suya. En Kronstadt y en otros lugares habían luchado audazmente, al lado de los bolcheviques, contra el Kérenskismo. A pesar de su desconcierto ideológico,[5] la mayoría de ellos peleó en octubre. Después de la victoria proletaria, el movimiento anarquista adquirió una amplitud excepcional: no había poder que les opusiese resistencia; procedieron a la requisa de viviendas sin que nadie los controlase; el partido bolchevique trataba con sus organizaciones de igual a igual; publicaba en Moscú un gran diario, *La Anarquía.* El órgano sindicalista-libertario de Petrogrado, el *Goloss Truda (La Voz del Trabajo),* que por momentos llegó a competir en influencia con el *Pravda* de Lenin, desapareció por culpa de sus redactores, divididos por el problema de la guerra revolucionaria. Volin y sus amigos abandonaron la propaganda para formar una partida de guerrilleros y se dirigieron al frente, donde no rindieron ninguna utilidad. *La Anarquía,* dirigida por los hermanos Gordin,[6] se entregaba a una propaganda endemoniada, exclusivamente idealista y demagógica, que parecía desentenderse por completo de la realidad. Recorramos algunos números de esta hoja, fechada en abril, y no perdamos de vista que nos encontramos precisamente en vísperas del derrumbe del anarquismo dentro de la Revolución rusa: después del 12 de abril no será ya nada. «Estamos contra los Soviets por principio —escribían los hermanos Gordin el 7 de abril—, porque estamos contra todo Estado». «¡Nos atribuyen el propósito de derribar a los bolcheviques! ¡Qué cosa absurda! ¡Nosotros opinábamos que no valía la pena echar abajo ni siquiera a los mencheviques!» Los mismos, el 10 de abril: «Considerábamos y seguimos considerando la toma del poder como un error fatal... a pesar de ello, luchamos en octubre con los primeros...» «Nos amenazan, pero estamos muy tranquilos. No podemos sucumbir; lo que es grande no sucumbe». Las dos hojas del periódico aparecen cruzadas, en gruesos caracteres negros, con una frase, consigna de orden práctico, humanitaria, contra la Checa, que, dicho sea de paso, actúa con benignidad

---

5 El *Goloss Truda*, anarcosindicalista, dirigido por Volin, A. Schapiro, Grossman-Rostchin, etc., había desautorizado, en vísperas de la sublevación de octubre, una sublevación que solo podía conducir al establecimiento de un nuevo gobierno; pero añadían que ellos... seguirían a las masas. El kropotkiniano Atebekian deploraba en Moscú, hacia la misma época, «los horrores de la guerra civil». El viejo Kropotkin, fiel a los aliados y a sus ilusiones de 1914, tenía a los bolcheviques por «agentes de Alemania», y murió con esa opinión.

6 Uno de los hermanos Gordin se consagró luego a la propaganda de una lengua nacional monosilábica, escrita en cifras, la lengua *ao*, «el otro», después de haber formulado en 1921-1922 las doctrinas originales del anarquismo-universalismo, que parecía que habían de conducirlo rápidamente al comunismo; se retiró, según creo, de la política.

en aquel momento: «No fusiléis a las personas que no cojáis con las armas en la mano». Aunque violento en ocasiones, este lenguaje parece inofensivo. Pero no se trataba de palabras.

Solo en Moscú las fuerzas anarquistas se elevaban a varios miles de hombres, casi todos armados, aunque estaban divididos en una multitud de grupos, subgrupos, tendencias y subtendencias, que arrancaban del individualismo e iban hasta el sindicalismo, pasando por el comunismo y otra cantidad de *ismos* fantasiosos. En este periodo de hambre, la demagogia sincera de los propagandistas libertarios encontraba favorable acogida entre los elementos atrasados de la población. Las fuerzas anarquistas se hallaban bajo la dirección de un *estado mayor negro,* que venía a ser una especie de Estado armado —irresponsable, sin control, sin poder controlarse— dentro del Estado. Los mismos anarquistas reconocían que entre ellos pululaban elementos sospechosos, aventureros, criminales de derecho común, contrarrevolucionarios, porque los principios libertarios no permitían que se cerrase la puerta de las organizaciones a nadie, ni que se estableciese un verdadero control sobre los actos de nadie. Sentían fuertemente que era necesario depurar sus elementos, pero sin autoridad ni organización disciplinadas era imposible. La división y el respeto a los principios conducían insensiblemente al suicidio político del movimiento, cada día más comprometido. *La Anarquía* publicaba frecuentemente *avisos ignorantes* del género siguiente: «Consejo de la Federación Anarquista. Se cometen abusos lamentables. Individuos desconocidos llevan a cabo, en nombre de la Federación, arrestos de personas y extorsiones de dinero. La Federación declara que no tolerará que se haga ninguna requisa con fines de lucro personal.» (1 de abril) «El Estado Mayor de la Guardia Negra declara que no asume ninguna responsabilidad sino en aquellas operaciones llevadas a cabo con orden firmada por lo menos por tres de sus miembros y en presencia de uno de ellos» (mismo día). ¡El Estado Mayor dudaba de sus propios miembros hasta el punto de que le parecían pocas dos firmas! Precauciones inútiles contra el bandolerismo. ¿Tramaban los anarquistas el proyecto de asestar a los bolcheviques el golpe de gracia por la espalda? La fuerza tiene su propia lógica, y los anarquistas eran fuertes. Jacques Sadoul tuvo una entrevista, el 7 u 8 de abril, con Alexandr Gay, uno de los líderes de los elementos anarquistas aliados de los Soviets.[7] «Truena contra los bolcheviques —escribe Jacques

---

7 Alexandr Gay, anarquista, comunista, emigrado, había vivido durante mucho tiempo en Suiza. Fue miembro del Ejecutivo Panruso de los Soviets. Cayó enfermo y tuvo que trasladarse al Cáucaso, donde participó activamente en la guerra civil. Defendió Piatigorsk y Kislovodsk contra

Sadoul [y sin embargo, Gay se hallaba situado en la extrema derecha del anarquismo, entre los "soviéticos", aliados de los comunistas...]—. Los anarquistas son dueños ya de varias ciudades del sur. Gay cree que ahora mismo podrían disponer en Moscú de varios miles de hombres armados. Pero no ha llegado el momento de actuar. Los monárquicos se han deslizado dentro del movimiento anarquista con la intención de beneficiarse. Conviene primero desembarazarse de estos elementos impuros y peligrosos. Dentro de uno o de dos meses, los anarquistas cavarán la tumba de los bolcheviques... y el reinado de la bestia habrá terminado.» Sé que poco antes se celebró una reunión en la que los elementos de la Federación Anarquista encararon la posibilidad de un levantamiento contra los bolcheviques. Pero, ¿y luego? ¿Cómo eludir la toma del poder? Dos oradores influyentes, B... y N..., se pronunciaron contra la tesis de la sublevación, alegando que "sería una insensatez asumir las responsabilidades y el descrédito inevitable de aquella situación económica sin salida" y que "no habría modo de sostenerse mucho tiempo..."»[8]

Algunos incidentes, como la agresión contra un automóvil norteamericano, el asesinato de varios agentes de la Checa, seguido de la ejecución de varios bandidos, y la detención de varios «expropiadores» cuya libertad reclamó inmediatamente la Federación Anarquista, decidieron a Dzerjinski, presidente de la *Vecheca,* a exigir la disolución de la Guardia Negra. Esta operación se llevó a cabo durante la noche del 11 al 12 de abril, tomaron parte en ella 5.000 hombres de las tropas soviéticas. Cercaron los palacios particulares ocupados por los anarquistas y defendidos con ametralladoras, y dieron a los ocupantes veinte minutos para que se rindieran. En varios lugares corrió la sangre; la artillería hizo fuego contra el Club de la Anarquía; el sitio de uno de los baluartes de los libertarios duró diez horas. Se tomaron de esta manera veintisiete edificios y se desarmó a veinte grupos, operándose 500 detenciones; los muertos y heridos ascendieron a varias decenas. Sin embargo, no pereció en aquella pelea ningún anarquista conocido, y no fue seguida, como se ha dicho, ni de ejecuciones sumarias ni de medidas de rigor. El diario *La Anarquía* reapareció el 21 con esta nota: «¡Abajo el absolutismo!»

---

los blancos; fue uno de los organizadores del terror rojo en la región de Terek. Los blancos lo detuvieron en Kislovodsk el mes de enero de 1919, enfermo de tifus; lo mataron a sablazos en su mismo lecho. Pocos días después ahorcaron a su compañera, Xenia Gay.

8 J. Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique.* Carta a Albert Thomas, 8 de abril de 1918.

¿Hasta qué punto se aprovechan los contrarrevolucionarios de la situación privilegiada de los guardias negros? A este propósito quiero citar un testimonio, el del general Hopper,[9] que desempeñó un papel en las conspiraciones de oficiales de la Liga para la Defensa de la Patria y de la Libertad. Los directores de la Liga no sabían dónde alojar a sus efectivos en Moscú. «No se puede contar —escribe Hopper— con la capacidad de combate de una organización sino cuando sus miembros se hallan sometidos al régimen militar... y se hallan bajo el mando de un jefe. Los clubes anarquistas nos proporcionaron la posibilidad de organizarnos de esta manera... Los bolcheviques los toleraban... A principios de abril habíamos conseguido instalar en estos clubes de sesenta a setenta miembros de nuestra organización... Ya no era para nosotros un quebradero de cabeza alojar a nuestra gente que llegaba de provincia. Lo único que tenía que hacer era darles un pase y enviarlos al jefe de nuestro *servicio anarquista,* quien los instalaba en un hotel ocupado por los libertarios. Habíamos puesto al frente de nuestros anarquistas a un capitán de artillería, cuya figura y carácter recordaban punto por punto al tipo libertario del anarquista...» Los oficiales contrarrevolucionarios detenidos durante el desarme de los anarquistas solo tuvieron que insistir en su papel para ser liberados al cabo de algunas semanas. Conozco varios testimonios análogos de contrarrevolucionarios. Ellos demuestran más concretamente que había oficiales extranjeros que frecuentaban los clubes de la «tercera revolución».[10]

La revolución y sus disidentes

El desarme de los anarquistas se llevó a cabo sin dificultad en Petrogrado, Vologda y otras poblaciones. El 15 de mayo hubo en Tsaritsin (hoy Stalingrado) una sublevación de libertarios. También en Sarátov se produjo, el 17 de mayo, un levantamiento de libertarios y de maximalistas. El movimiento anarquista conservó vitalidad en Ucrania, donde la guerra de guerrillas duraría algunos años más.

Así, pues, bastó una operación de policía para poner fin al papel del anarquismo en la Revolución rusa. No hubo siquiera que recurrir a una acción política. No se llevó a cabo ninguna campaña de prensa ni de propaganda para preparar, primero, y para justificar, después, el

---

9 Hopper, *Cuatro derrotas* (en letón). El autor, antiguo oficial de carrera en el ejército rojo, prestó servicio en el ejército letón.

10 Véase Vetluguin, *Los aventureros de la guerra civil,* Berlín, 1922.

desarme de los libertarios. Todo lo que tenían de temibles sus guardias negras, tenía de inocuidad su influencia política. Toda su fuerza estribaba en algunas ametralladoras, que habían caído en manos de un pequeño número de hombres resueltos.

En realidad, sus divisiones, su espíritu utópico, su desdén por la realidad, su fraseología resonante y su carencia de organización y de disciplina hacían que el «partido» anarquista fuese incapaz de toda iniciativa útil. Todo lo que encerraba de verdaderas capacidades y de energía se malbarataba en pequeñas luchas caóticas.

Era, en efecto, un partido independiente, armado, que intentaba organizarse, como ya lo hemos visto, en una federación con un estado mayor; pero era un partido amorfo, sin contornos definidos, sin órganos directivos —es decir, sin cerebro ni sistema nervioso—; un partido sorprendente, presa de las aspiraciones más divergentes e incapaz de ejercer ningún dominio sobre sí mismo. Un partido irresponsable, en el cual se marchitaban las inteligencias individuales, impotentes, dominadas por las camarillas, por intereses extraños más que sospechosos y por los instintos colectivos. Un partido que no era viable en momentos de guerra social. Porque toda guerra exige unidades combatientes y, dadas las condiciones de la vida moderna, una centralización del servicio informativo, de la inteligencia y de la voluntad; palancas que obedezcan a la voluntad dirigente; una clara visión de la realidad y de las posibilidades, y para eso hace falta, como condición previa, un cuerpo de doctrina bien definido.

Los bolcheviques —y los socialistas-revolucionarios de izquierda, que no les obstaculizaron— obedecieron, al desarmar a los anarquistas, a la necesidad imperiosa de asegurar la retaguardia de la revolución. ¿Podía la República tolerar, a sus espaldas e independientes de su control, aquellas ciudadelas anarquistas? Por otra parte, con la creación del ejército rojo se iniciaba un largo periodo de lucha entre los partidarios y los organizadores de las fuerzas regulares. Volveremos a tocar este punto.

La defensa de Ucrania había puesto de relieve cruelmente la insuficiencia de las tropas de guerrilleros. Unas veces formadas por aventureros, otras por revolucionarios excelentes, y casi siempre abrigando las dos clases de elementos, se negaban a ejecutar las órdenes «de arriba» y pretendían hacer la guerra a su capricho. Había que quebrantar estas resistencias si se quería tener un ejército. Y para quebrantarlas era indispensable acabar con este sistema en la capital misma.

Los anarquistas fueron los primeros que pusieron a los bolcheviques en la obligación de inutilizar por la fuerza a una minoría de disidentes de la revolución. Los revolucionarios sentimentales habrían titubeado. Pero, ¿qué es lo que hubiera ocurrido? O bien las guardias negras habrían terminado por sublevarse, y Moscú habría vivido días de revuelta infinitamente peligrosos (piénsese en la escasez y en la contrarrevolución que estaba al acecho, fuertemente organizada ya), o bien habrían terminado, a la larga, por disolverse, después de dar lugar a mil incidentes difíciles de controlar. Una revolución que no inutilizase a sus disidentes cuando estos llegan a formar, en armas, un embrión de Estado dentro del Estado, se ofrecería dividida a los golpes de sus enemigos.

Es indispensable que el partido del proletariado sepa quebrantar, en los momentos decisivos, la resistencia de los elementos atrasados de las masas; que sepa en ocasiones sostenerse contra el empuje de las masas, en las que ciertos factores, como el hambre, por ejemplo, pueden crear estados de espíritu derrotistas; que sepa bogar incluso contra la corriente, haciendo prevalecer la conciencia proletaria sobre la inconsciencia y sobre las influencias ejercidas por las otras clases; con mayor razón todavía debe saber reducir las disidencias, estas son obra de minorías, a las que sería insensato castigar.

Al llegar aquí se impone que establezcamos una diferencia bien marcada entre contrarrevolucionarios y disidentes de la revolución. Estos últimos no son enemigos. Pertenecen a nuestra clase; pertenecen a la revolución. Quieren, pueden y deben servir a la revolución en una u otra forma. Tal vez no estén equivocados del todo, ni es fatal, ni es necesario que estén equivocados. Emplear contra ellos procedimientos de represión que son indispensables frente a la contrarrevolución sería, evidentemente, culpable y funesto: con ello se conseguiría únicamente trocar las disidencias en divisiones profundas y sangrientas. Los bolcheviques no cayeron en semejante error. Su prensa afirmó en todo momento que no se pondría ninguna traba a la existencia y a la propaganda de los anarquistas. Estos, después de desarmados, conservaron su prensa, sus organizaciones, sus clubes. Los pequeños grupos libertarios de tres o cuatro tendencias, integrados por hombres atraídos constantemente en direcciones contrarias, vivieron de allí en adelante vegetando y sin ejercer mucha influencia, los unos se fueron acercando al bolchevismo y se dejaron asimilar por el partido comunista; los otros fueron evolucionando hacia el más agudo antisovietismo.

Dos tesis. Bujarin: continuar la ofensiva

Hemos visto ya las tendencias arrostradas en el VII Congreso del PC, en el cual solo se evitó la escisión gracias al apego de todos a la unidad y —más aún— a la paciencia de Lenin. Los comunistas de izquierda manifestaban que no era fácil evitar la escisión. Tenían sus organismos dirigentes propios (el Comité Regional de Moscú, los Comités del Ural, etc.), su periódico, *El Comunista,* y sus núcleos casi en todas partes. Se negaron a entrar en el Comité Central del partido y fueron elegidos *a pesar suyo.* En aquella ocasión dijo Lenin claramente que la necesidad del CC de seguir una política determinada «no significaba que todos sus miembros debiesen tener la misma opinión»; no aceptar esto equivalía a «ir hacia la escisión»; «cualquier miembro del CC tiene abierto el camino para salvar su responsabilidad sin dimitir y sin escándalo». «Los camaradas —continuó diciendo Lenin— pueden muy bien defender su punto de vista sin salir del CC.... Hay que procurar que no siga la moda de salirse del CC» Los comunistas de izquierda, una vez elegidos, declararon de nuevo que se negaban a formar parte del CC. El presidente de la sesión se limitó a contestar: «Los camaradas elegidos recibirán las citaciones; tienen el derecho de no acudir».[11]

Pero muy pronto volvieron a surgir las divergencias a propósito de la tregua precaria ganada en Brest-Litovsk. ¿Qué iban a hacer con ella? ¿Adónde iban a parar? A estas preguntas contestó Lenin con una fuerza de convicción y una clarividencia verdaderamente geniales, en su informe al Ejecutivo Panruso de los Soviets del 29 de abril, que fue publicado en un opúsculo con el título: *Tareas actuales del poder de los Soviets.*[12] Trotski, plenamente de acuerdo con él, daba, como ya lo hemos visto, la consigna de una revolución victoriosa: «Trabajo, orden, disciplina». Pero sus resoluciones no podían satisfacer por completo a un partido de revolución, a un país en revolución. Los comunistas de izquierda (Bujarin, Preobrajenski, Piatakov, Iaroslavski, Radek) veían incubarse en todo aquello una peligrosa desviación de derecha. Concretaron su punto de vista en las quince tesis del 4 de abril que revisaremos.

Las primeras explican por qué la mayoría de los trabajadores han dado su aprobación a la paz de Brest-Litovsk: se han impuesto los elementos cansados y desplazados de su clase. Analizando la situación

---

11 V. Sorin, *El partido y la oposición*, 1924.

12 Lenin, *Tareas actuales del poder de los Soviets,* Librairie du travail, 1918.

creada por la paz, llegaban los autores a la conclusión de que el sistema imperialista se derrumbaría «en el transcurso de la primavera o del verano», y que la eventual victoria de Alemania no podía hacer sino retardar un poco ese derrumbe.

Las tesis censuraban al Comité Central por no querer nacionalizar todavía por completo la industria, ni socializar la producción. Denunciaban el peligro que corre el partido de meterse en el atolladero de una política pequeñoburguesa, como consecuencia «del acercamiento del proletariado y de la clase de los campesinos más pobres». «Si esta tendencia prevalece, la clase obrera perderá su papel dirigente y la hegemonía de la revolución socialista, que empuja a los campesinos más pobres a sacudir el yugo del capital financiero y de los propietarios rústicos; la clase obrera no será ya sino una fuerza encuadrada por la masa pequeñoburguesa, cuyo objetivo no es la lucha proletaria en unión del proletariado de Europa occidental contra el sistema imperialista, sino la defensa de una patria de pequeños labradores contra las cargas del imperialismo, objetivo que puede ser alcanzado mediante una transacción con el imperialismo. Las conquistas de la revolución obrera y campesina, en caso de renunciar a una política proletaria activa, empezarían a cuajarse en un sistema de capitalismo de Estado y de relaciones económicas propias de la pequeña burguesía.» La tentación de sostener a toda costa el poder de los Soviets para la revolución internacional podría comprometer al partido en este camino. En política extranjera, a la agitación revolucionaria seguirían los acuerdos concertados con los Estados capitalistas y la contemporización; en el terreno económico se llegaría a entenderse con los capitalistas, con los cooperadores y con los campesinos ricos; en lugar de una industria socializada, se crearían, de acuerdo con los capitalistas de industria, *trusts* que podrían tener la apariencia de empresas estatales; los Soviets perderían su autonomía, se pasaría del tipo de gobierno municipal al gobierno de una burocracia centralizada; la disciplina del trabajo se vendría abajo, etc. El Estado de los Soviets, divorciado de allí en adelante del movimiento obrero internacional, se convertiría en un Estado pequeñoburgués nacional.

«La política que quieren los comunistas proletarios es otra. No se trata de conservar en el norte de Rusia, a costa de concesiones que la transformarían en un Estado pequeñoburgués, un oasis soviético...» ¿Y cuáles eran las exigencias de los comunistas de izquierda? Una política internacional activa, el rechazo de todos los convenios susceptibles de transformar la República en un instrumento de los imperialistas

(alusión a la paz de Brest-Litovsk y a las negociaciones de Trotski con los aliados); nada de capitular ante la burguesía. Liquidación de la prensa contrarrevolucionaria. Obligación de trabajar para los intelectuales y los técnicos. Confiscación de bienes. Creación de comunidades de consumo. Ofensiva de los campesinos pobres contra los campesinos ricos. Amplia autonomía de los Soviets locales.

Por otra parte, Lenin y su política eran objeto de ataques de extremada violencia. Las organizaciones del Ural exigían un nuevo congreso. El «capitalismo de Estado, invención de Lenin», no quedaba bien parado. Se pasaba, de la crítica de la autoridad individual en la industria y en los transportes, a lanzar alusiones transparentes a la dictadura personal dentro del partido. «La minoría que nos dirige, y que sigue al camarada Lenin, tiene la cabeza atiborrada de palabras», se escribió en una ocasión; se daba a dicha «minoría» los calificativos de «oportunista», «capitalista», «miope». La pasión de esta oposición llegaba a tales extremos que los socialistas-revolucionarios de izquierda se enardecieron hasta el punto de considerar la posibilidad de detener a Lenin... Este episodio fue revelado en el año 1923 por Bujarin, que tenía razones para estar enterado. Se daban, pues, en el partido todos los elementos propios de una escisión.[13]

Dos tesis. Lenin: suspender la ofensiva

La respuesta de Lenin se titulaba: *Del infantilismo de izquierda y del espíritu pequeñoburgués.* «La paz ha hecho ya que se agrave el conflicto entre los bandoleros imperialistas»; las izquierdas reconocen este hecho sin caer en la cuenta de que constituye una hermosa justificación de la paz. Anuncian el derrumbe del imperialismo para la primavera o el verano próximos. Esta «fórmula de una impotencia infantil» encierra una verdad indiscutible. No hay político serio que se atreva a decir cuándo empezará el derrumbe del sistema. Las izquierdas deploran «la inactiva psicología pacifista que se afirma en las masas». Lenin ve en esto una enormidad. ¿Qué hay más natural que la necesidad de tomar aliento después de tres años de espantosas matanzas? Para deplorar ese hecho hace falta tener una psicología de intelectual pequeñoburgués desclasado.

---

13 V. Sorin, *op. cit.*

Se dice que la revolución no puede sostenerse a costa de concesiones. De lo que se trata es de no caer en un lazo. Eludimos la batalla *en el momento actual.* Si no queréis batiros en retirada, decidlo, no os andéis con frases equívocas acerca de «una política internacional enérgica». En este momento, o luchamos o no luchamos. Desde el 25 de octubre venimos siendo partidarios de la defensa nacional, ¡pero seria! «El interés del capitalismo estriba en batir por separado a los contingentes del proletariado internacional. Nuestro interés estriba en hacer lo imposible... para diferir la lucha final hasta el momento (hasta después del momento) en que se hayan fundido las formaciones revolucionarias nacionales en un gran ejército internacional.» Cuando no se dispone de fuerzas suficientes para aguantar en la posición que se ocupa, hay que saber batirse en retirada.

En el orden económico, las izquierdas exigían la más enérgica socialización. «Pero la voluntad más enérgica no basta para pasar de la confiscación a la socialización... Hace falta ser ciego para no ver en la actualidad, que ya hemos confiscado, nacionalizado, hecho pedazos y echado abajo innumerables cosas...» ¿Que estamos amenazados de una evolución hacia el capitalismo de Estado? ¡Pero esto sería ya un gran paso hacia adelante! Sería una etapa hacia el socialismo.

Lenin enumera los elementos que integran la economía rusa: «1) Economía rural de tipo patriarcal; 2) pequeña producción de mercancías (en la que se incluyen la mayor parte de los campesinos que venden trigo); 3) capitalismo privado; 4) capitalismo de Estado; 5) socialismo. Rusia es tan extensa y tan dispar, que estos diferentes tipos de organización social se entremezclan en ella, y eso es lo que caracteriza la situación.» ¿Cuáles son los elementos dominantes? «Es evidente que en un país pequeñoburgués ha de sobreponerse el elemento pequeñoburgués» (la mayor parte de los cultivadores son pequeños productores de mercancías). La prueba está en la especulación que socava nuestro monopolio del trigo. El capitalismo de Estado es en esta lucha un aliado del socialismo. Aprendamos en la escuela de Alemania, que ha establecido el capitalismo de Estado dentro de la nación, a beneficio de los hidalgüelos y de los capitalistas que se hacían la guerra. Precisamente por esta razón es posible que la revolución proletaria triunfe pronto en Alemania. Imitemos en este punto a Alemania, con mayor ímpetu del que puso Pedro el Grande en imitar a Europa, y no retrocedamos ante los métodos dictatoriales. «No se concibe el socialismo sin una gran técnica capitalista que esté a la altura de los últimos adelantos de las ciencias

modernas, y sin una organización racional que someta rigurosamente a decenas de millones de hombres a una norma única de producción y de consumo». Lenin recuerda que ya en 1917 escribía: «El socialismo es solo el siguiente paso del capitalismo de los monopolios del Estado...»

Marx admitía, hacia 1870, la hipótesis de una victoria pacífica del socialismo en Inglaterra, si los capitalistas consentían en ser expropiados con indemnización. ¿Por qué no pagar ese precio a cambio de ahorrarse una guerra civil? Esto dirigido a responder a los que censuraban que se asignasen altos salarios a los técnicos. Debemos saber combinar los métodos de represión implacable contra los capitalistas incultos, con métodos de transacción aplicables a los capitalistas de otra clase; es razonable que el proletariado remunere bien a los buenos administradores. Los comunistas de izquierda llegan, en su defensa del obrero, a repetir palabra por palabra las manifestaciones demagógicas de ciertos mencheviques.

La contestación que dio Lenin a la izquierda es a la vez seria, honrada y desprovista de exageraciones polémicas o de ataques personales; por el contrario, al lado de apreciaciones severamente fundadas, encierra diversas frases de consideración dedicadas a Bujarin. Hasta en su forma, que no carece de vehemencia, aunque es una vehemencia reflexiva, es un folleto modelo destinado a ser discutido en el seno del partido.

El folleto *Los deberes actuales del poder de los Soviets* había sido escrito poco tiempo antes. Constituye también la exposición más completa y lacónica de la política seguida por Lenin en aquella época. En las revoluciones burguesas el papel del proletariado es puramente destructor; la tarea constructora corresponde a la minoría burguesa, que, por lo demás, encuentra un apoyo en el desarrollo espontáneo del mercado, «fuerza organizadora esencial del capitalismo anárquico». Por el contrario, toda revolución socialista impone al proletariado una tarea creadora para la producción y el reparto racional. Por eso es condición indispensable para que triunfe que la mayoría de los trabajadores despliegue en ella sus iniciativas. «Para que la revolución socialista tenga asegurado el triunfo, hace falta que los proletarios y los campesinos más pobres tengan suficiente conciencia y apego a las ideas de abnegación, de terquedad». Hemos *convencido y conquistado* a Rusia, hemos conseguido la mayoría entre los trabajadores y nos hemos adueñado del poder. Nuestra gran tarea, de aquí en adelante, consiste en *organizar y administrar* el país. Cuando hayamos realizado esa tarea —y no antes— se habrá convertido el país soviético en un país socialista.

Llevar una contabilidad regular y concienzuda, ser económicos, no robar, trabajar con disciplina, tales son, de aquí en adelante, las condiciones de salvación y agregando a ellas el poder de los Soviets, tal es «la condición indispensable y suficiente de la victoria definitiva del socialismo». La burguesía vencida no quiere decir que haya sido extirpada; el problema estriba en suprimir las posibilidades de que se forme una nueva burocracia, y esto es lo más difícil. «Ciertamente que no hemos acabado todavía con el capital y todavía hará falta que llevemos contra él la ofensiva de los trabajadores, pero lo que corresponde a este momento, lo que se impone, en interés de la ofensiva *ulterior,* es "suspender" por ahora la ofensiva». «Si quisiéramos continuar al mismo ritmo que hasta ahora la expropiación del capital, sufriríamos con seguridad una derrota, porque nuestra obra proletaria de organización, de control y de inventario marcha con un retraso evidente con respecto a la expropiación inmediata de los expropiadores». No es que hayamos cometido equivocaciones; toda lucha social tiene su lógica, pero no siempre la violencia es de actualidad. «Hemos vencido gracias a la represión, sabremos vencer gracias a la buena administración».

Remunerar con salarios elevados a los especialistas equivale «a un paso hacia atrás» en relación con el socialismo —hacia atrás, pero necesario—. Hay que mejorar el funcionamiento de la banca, fusilar a los fulleros, consolidar los monopolios del trigo, de los cueros, etc.; preparar la obligación del trabajo, pero no aplicarla sino con circunspección y solo a los ricos. Socialismo quiere decir inventario y control; el anarquismo y el sindicalismo anarquista que se sublevan contra el inventario y el control del Estado descubren con ello su mentalidad burguesa. «El Estado socialista no puede nacer si no es bajo la forma de una red de comunas de producción y de consumo, economizando el trabajo, logrando inflexiblemente que rinda, para conseguir así la posibilidad de disminuir la jornada de trabajo hasta siete, seis y aún menos horas.» El decreto sobre cooperativas representa una transacción con el cooperativismo de tendencias burguesas, porque el poder renuncia a la afiliación obligatoria y gratuita a las cooperativas.

El aumento del rendimiento de trabajo y su organización superior exigen, en primer lugar, la firmeza de la gran industria, y en segundo, la disciplina de los productores. A este respecto andamos mal... «Si no triunfa la disciplina consciente sobre la anarquía pequeñoburguesa, no hay socialismo...» Implantemos el trabajo a destajo, inspirémonos en lo que tiene de bueno el sistema de Taylor. «Como todo progreso del

capitalismo, este sistema lleva consigo junto a los refinamientos de la explotación capitalista, magníficas adquisiciones científicas». El socialismo no niega, como dicen sus detractores, la emulación. Al contrario, abre a las masas posibilidades infinitas de emulación: extensa publicidad social, emulación de comunidad a comunidad.

Dedica varias páginas a justificar la dictadura del proletariado. «Se necesita un puño de hierro». «La dictadura es un poder férreo, audazmente revolucionario, implacable en la represión de los explotadores y también de los holgazanes. Nuestro poder es todavía demasiado benigno...» Se hace indispensable la violencia, lo mismo frente a la contrarrevolución que frente al individualismo pequeñoburgués. En los ferrocarriles hemos tenido que investir a algunos directivos de poderes dictatoriales. Los socialistas-revolucionarios han elevado protestas inadmisibles. Sin embargo, es indiscutible que «la dictadura personal ha representado, ha encarnado y ha sido con frecuencia en el curso de la historia una manifestación de la dictadura de las clases revolucionarias. Es indiscutiblemente compatible con la democracia burguesa... No existe contradicción alguna de principio entre la democracia soviética (socialista) y el poder dictatorial de determinadas personas». «La dictadura socialista se distingue de la otra en que despierta y estimula la organización de las masas. Pero la dirección de toda gran industria requiere una voluntad única, la subordinación de mil voluntades a una sola.» Estamos pasando del periodo de los mítines al de la «disciplina absurda». Las garantías de la democracia y la lucha contra la burocracia tienen sus fundamentos en el sistema mismo de los Soviets (nada de formalismo, los trabajadores electores únicos, libre ejercicio del derecho de revocación de los mandatarios, participación de todos en la vida del Estado, control del poder por las masas). «La energía que pongamos en defender los poderes dictatoriales conferidos a los individuos para determinadas finalidades ejecutivas, esa misma energía debemos ponerla en velar para que se multipliquen y diversifiquen las formas y los procedimientos de control por parte de las masas, a fin de evitar toda sombra de deformación del poder de los Soviets y de arrancar constantemente la cizaña burocrática.»

Como era de esperar, el folleto termina con una carga de profundidad contra el revolucionario romántico, pequeñoburgués que desde la organización practica las ocupaciones y las evoluciones. «No necesitamos arrebatos histéricos. Lo que hace falta es el paso mesurado de los batallones de hierro del proletariado.»[14]

---

14 Lenin tuvo que defender sus tesis en el Ejecutivo Panruso de los Soviets contra Bujarin y contra el anarquista Alexandr Gay, que dijo que el proletariado de Occidente se hallaba demasiado corrompido

Dialéctica de los acontecimientos

La política se verifica con la realidad. Lenin tenía razón frente a los comunistas de izquierda en dos puntos esenciales. El país no podía más, era necesario, en efecto, «suspender la ofensiva contra el capital», con objeto de fortificarse en las posiciones conquistadas, de recuperar fuerzas y de preparar la ofensiva ulterior; y la crisis revolucionaria que maduraba en Europa aseguraba a la Revolución rusa la posibilidad de reanudar muy pronto su marcha hacia adelante.

Los comunistas de izquierda obedecían más a sus sentimientos, a su fe de minoría entusiasta, que a una lúcida dialéctica inspirada por el análisis de las realidades sociales. En este sentido, como en el caso de la guerra revolucionaria, caían en el revolucionarismo subjetivo al que son tan propensos los intelectuales procedentes de las clases medias; y con ello se apartaban en la misma medida del realismo proletario.

Es evidente el origen de su error. Si Europa se hubiese encontrado en vías de la estabilización capitalista, habrían estado justificados todos sus temores de que el poder proletario manifestase tendencias hacia la degeneración. Pero ellos mismos anunciaban (con razón) la caída próxima del sistema imperialista, es decir, un nuevo brote de la revolución, esta vez internacional. Esta perspectiva dejaba de ser un peligro, dada la calma del momento; se convertía en un periodo de acumulación indispensable de fuerzas.

Por otra parte, no reparaba en el contraste existente entre los deberes revolucionarios antes y después de la toma del poder. Antes, hay que destruir. Después, hay que construir. No es fácil que los demoledores se transformen en constructores; y por eso mismo les son más necesarias la buena voluntad y la comprensión marxista de las tareas a las que hay que entregarse inmediatamente después de la revolución.

Lenin dio, no obstante, pruebas de gran moderación frente a los comunistas de izquierda, más todavía en la práctica que en la polémica. La moderación de su mayoría contrasta aún con la vehemencia y la intransigencia de esta minoría. Si la escisión se evitó, fue porque Lenin no la quería. Conocía demasiado el valor de aquellos auténticos comunistas y todo lo que había de saludable en sus errores. Un partido capaz de

---

para pensar en la revolución... Justifica también una frase que se le atribuía y que la prensa mundial aireaba por aquel entonces: «Roba lo que ha sido robado». «Pero si es muy justo», dijo.

firmar la «paz infame» de Brest-Litovsk sin reaccionar dolorosamente; un partido capaz de aceptar luego unánimemente sin reacciones interiores, la suspensión de la ofensiva revolucionaria; un partido que, en tan graves circunstancias, no hubiese sido testigo de apasionamiento, de luchas de tendencias que fuesen una demostración de un entendimiento crítico siempre despierto, un partido que buscaba siempre nuevos caminos; un partido así, ¿hubiera tenido vitalidad y salud, hubiera sido capaz de hacer frente a sus inmensas responsabilidades? ¿No había también entre la mayoría que se conformaba con la tregua y que suspendía la ofensiva, elementos de derecha que opinaban que se había ido ya demasiado lejos y con excesiva premura? Ya lo hemos dicho al hablar de las discusiones acerca del tratado de paz: la historia de los trabajadores no nos ofrece, hasta el año I de la revolución proletaria y campesina de Rusia, ejemplos de un movimiento revolucionario que no hubiese acabado dejándose dominar, corromper y traicionar por el oportunismo. La idea en sí, de que la revolución obrera tenía que maniobrar, parecía justificada; pero toda maniobra hacía temer desviaciones de derecha, y este temor era legítimo, saludable. Los comunistas de izquierda que manifestaron vigorosamente ese recelo no hicieron obra inútil, con toda seguridad. Se alzaban contra un peligro de derecha, que existía, pero que indudablemente se contuvo por la guerra civil.

La tregua fue mucho más breve y precaria de lo que Lenin parece haber esperado. En sus *Deberes actuales* esbozaba el plan de una gran obra de organización a la que habría de darse principio inmediatamente, pero que iba a verse coartada en seguida por la guerra civil. *Era imprescindible* suspender la ofensiva contra el capital y pasar de la compulsión a la buena administración. Pero no fue posible. La guerra civil, atizada por los aliados (intervención checoslovaca), iba, por el contrario, a obligar a llevar a cabo una agravación de los métodos de violencia. A partir del mes de junio, no hubo más remedio que recurrir a las medidas preconizadas por los comunistas de izquierda, que pusieron en práctica su programa... bajo la dirección de Lenin. Pero lo que a sus ojos era la continuación normal de una revolución socialista, no fue en realidad sino un recrudecimiento de la guerra civil, una guerra civil cuyas consecuencias, en lugar de facilitar el avance hacia el socialismo, solo constituyeron un obstáculo. Sin la intervención armada de los aliados, la República de los Soviets penetraba, en la primavera de 1918, por los caminos de la organización socialista de la producción y de la administración, algo que le estuvo vedado, como consecuencia

de aquella intervención, hasta 1921.[15] En ese año tuvo que hacer una considerable cantidad de concesiones a la pequeña burguesía rural, que no hubiera hecho en 1918. Obsérvese aquí la admirable continuidad de las ideas de Lenin; una vez acabada la guerra, en 1921, no tiene que hacer otra cosa que reanudar, adaptándolo a las circunstancias, su plan de abril de 1918.

De todas maneras, a partir de junio hizo falta recurrir al racionamiento, a la creación de comunidades de consumo, a las confiscaciones, a las nacionalizaciones, a la creación de comités de campesinos pobres, a imponer la obligación del trabajo, todo lo que en abril exigían los comunistas de izquierda. A partir de junio la revolución tiene que poner, cada día más, en tensión todas sus energías. Pero la salvación se vislumbra precisamente en el orden, en la disciplina, en el trabajo, en los caminos indicados por Lenin y Trotski, en los caminos de la organización metódica de la producción. Las dudas se disipan, la izquierda ya no tiene razón de ser, se ha rehecho la unidad profunda del partido...

La reacción en Ucrania. El hambre

En Ucrania fue donde se cumplió en primer lugar el clásico ciclo de la contrarrevolución, que habría de repetirse varias veces en el transcurso de la guerra civil. He aquí sus fases regulares: las clases medias, después de haber apoyado al proletariado, se arman contra él y forman un bloque con la reacción que habían combatido la víspera. Al asociarse con el proletariado, las clases medias lo hacían con el único propósito de explotarlo, así también la reacción no se asocia a ellas sino con el propósito de explotarlas. Este bloque triunfa. Se constituye un régimen de «democracia» antiobrera; la pequeña burguesía parece triunfar... hasta el momento, que no se hace esperar, en el que un golpe de Estado reaccionario la deje impotente...

La República popular de Ucrania, que había «apelado» a los alemanes, se encontró en seguida a merced de sus «protectores». La *Rada* resultaba demasiado radical para las conveniencias de estos; decretaron, lisa y llanamente, su disolución (Kiev, 26 de abril), metieron en la cárcel a sus ministros y establecieron la censura previa de la prensa. Entre tanto, un «congreso de agricultores» otorgaba el título de *hetman* soberano al general ruso Skoropadski, al que la *Kommandantur* veía

15 Con ocasión de implantarse la NEP.

con buenos ojos. Skoropadski asumía el poder personal, a fin de dar al país «la paz, la ley, el trabajo fecundo», anunciaba la convocatoria de un *sejm,* el restablecimiento de la propiedad privada, «base de la cultura y de la civilización», la reforma agraria, la legislación obrera... Entre tanto, una «Constitución provisional» erigía en dictador al *hetman;* se prescribía la restitución de todas las tierras a sus propietarios y la requisa de los cereales por el Estado. Los obreros quedaban privados del derecho de huelga y de reunión... Los nacionalistas pequeñoburgueses se agazapaban en el campo.

El verdadero amo del país era el mariscal de campo Eichorn. Sus órdenes eran ley. Skoropadski solicitó muy pronto que las tropas alemanas ocupasen todo el país, a fin de asegurar el orden. Estas tropas, cuyo único interés era la requisa del trigo, última esperanza de Alemania, llegaron al extremo de emplear contra los campesinos los gases asfixiantes. ¡El orden! Skoropadski tuvo que decretar, a finales de mayo, el estado de sitio. Duró lo que duraron los alemanes.

El golpe de Estado de Skoropadski restituye a la contrarrevolución un vasto territorio, rico y fértil. Rusia, vecina débil de una Ucrania germanizada, parece condenada. Ya sabemos que la penuria siembra en ella los desórdenes. Parece que ha llegado el momento de acabar con la usurpación bolchevique. De ahí que los acontecimientos de Ucrania tengan por consecuencia inmediata un recrudecimiento de la actividad contrarrevolucionaria en toda Rusia. Hasta finales de abril, los partidos pequeñoburgueses, socialistas-revolucionarios y mencheviques se declaran adversarios de la guerra civil. En aquella fecha afirman ser partidarios de recurrir a la fuerza de las armas contra el bolchevismo.

La Finlandia blanca reclama el fuerte Ino, en la frontera rusofinlandesa (los bolcheviques, antes que rendirlo, lo volaron el 14 de mayo); Mannerheim parece dispuesto a la guerra. Los alemanes acaban de ocupar Crimea y se espera que se apoderen de Voronezh, al sudeste de la Gran Rusia. En aquellos momentos reina el hambre en toda Europa: en Londres y en París la población está sometida a un riguroso racionamiento, en Viena y en Berlín se carece de todo. Pero es fácil, dentro de Rusia, achacar todas las calamidades a los Soviets. La prensa burguesa se encarga de sembrar el pánico. El 9 de mayo publica la noticia de que los alemanes exigen el derecho de hacer entrar sus tropas en Moscú y en Petrogrado, y que los bolcheviques están estudiando la manera de formar un gabinete de coalición. «No juguéis con fuego —les grita desde las columnas de la *Krassnaia Gazeta (La Gaceta Roja),* de Petrogrado,

el tribuno Volodarski—; si hace falta, os aplastaremos para siempre». Se da orden de procesar a los periódicos: una docena de periódicos burgueses (*Vechernia Viesti, Jizn, Rodina, Narodnoe Stovo, Drug Naroda, Zemlia y Volia*)[16] y socialistas-revolucionarios. Se suspenden varios de estos periódicos. Ello equivale, por la fuerza de las cosas, a la desaparición de la libertad de prensa. «¡Vosotros lo habéis querido, señores!», escribe Volodarski. Pero el 15 de mayo concreta más: «La libertad de criticar los actos del poder de los Soviets, la libertad de propaganda en favor de otro poder, la daremos nosotros a todos nuestros adversarios. Si así la entendéis os garantizamos la libertad de prensa, pero renunciad a las noticias falsas... a la mentira y a la calumnia.» ¡Qué fuerte se sentía el partido del proletariado en medio de aquel inmenso peligro!

Los disturbios del hambre se multiplican. El antisemitismo alza de nuevo la cabeza. En la misma fábrica Putilov, vocifera el día 8 de mayo un orador del partido socialista-revolucionario que hay que «tirar al Neva a los judíos, constituir un comité de huelga y dejar el trabajo».

La agitación de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques anuncia manifestaciones callejeras, prepara una huelga general. ¿Qué es lo que reclama? La libertad de comercio, el aumento de salarios, el pago anticipado de estos por un plazo de uno, dos o tres meses, «la democracia». Se trata de poner a los propios obreros frente a la revolución. Los electricistas de Putilov se declaran en huelga... Los mejores elementos obreros se hallan en los frentes de combate; en las fábricas quedan los menos enérgicos, los menos revolucionarios y las gentes apocadas, tenderos y artesanos de ayer, que se habían refugiado en ellas. Este proletariado de la segunda zona se dejaba seducir con frecuencia por la propaganda de los mencheviques. Durante el mes de abril, el partido comunista tuvo que movilizar sus fuerzas de Moscú para defender, contra los mencheviques, las posiciones que ocupaba en el Soviet y que estaban amenazadas. Grandes fábricas del Ural caen bajo la influencia de los mencheviques. En los primeros días de mayo, en varios sitios, se sublevan los obreros contra los bolcheviques. Los socialistas-revolucionarios intentan en Sarátov un sangriento golpe de mano.

En este momento de crisis es cuando se lanza la consigna «el que no trabaja, no come». Si durante aquellas jornadas de guerra social no hay pan para todos, serán los trabajadores quienes lo reciban en primer

16 *Las Noticias de la Tarde, La Vida, La Patria, La Palabra del Pueblo, El Amigo del Pueblo, Tierra y Libertad.*

lugar. ¡Es posible que sean los únicos que lo reciban! Recibirán 100 ó 200 gramos de pan por día y, dos o tres veces por semana, arenques, pescado y demás artículos alimenticios de que se disponga.[17] Zinóviev, presidente del Soviet de Petrogrado, organiza los primeros destacamentos obreros de avituallamiento que habían de salir a los campos para requisar el trigo de los campesinos ricos.

Los alemanes han arrebatado los trigos de Ucrania a la revolución. Los aliados dan la señal de rebelión a las tropas checoslovacas, que en aquel momento están acantonadas en las regiones del este. Y ahí tenemos a las capitales privadas de los trigos que les suministraban el Volga y Siberia.

Complots y preparativos para una intervención de los aliados

Los aliados permanecían hostiles, aunque desorientados.[18] En una declaración del 19 de marzo, concebida en términos moderados, habían hecho constar que no reconocían la paz de Brest-Litovsk. Entre Trotski, los norteamericanos (coronel Robins) y los franceses (capitán Sadoul) se proseguían las negociaciones relativas a la colaboración de las misiones aliadas en la organización del ejército rojo y en el mejoramiento de los transportes. Japón se preparaba para ocupar los ferrocarriles de Siberia, alegando la presencia allí «de prisioneros alemanes de guerra, armados por los bolcheviques» y el «peligro de que los alemanes ocupasen el Transiberiano». Los reaccionarios ingleses alentaban estos propósitos, que el presidente Wilson contrarrestaba sin cesar. Los norteamericanos no podían conformarse con nada que significase el acrecentamiento de la influencia nipona en el Extremo Oriente. El almirante Kato llevaba a cabo, el 4 de abril, un desembarco en Vladivostok, a consecuencia del asesinato de un comerciante japonés. El descontento de Estados Unidos impidió que los acontecimientos siguiesen su desarrollo; pero los Soviets comprendieron aquel aviso. Ya se verán las consecuencias.

En Murmansk, las autoridades soviéticas colaboraban con el almirante británico Kemp; querían impedir que los finoalemanes se apoderasen de este puerto. Las legaciones aliadas se habían retirado a Vologdá, no sintiéndose seguras en las capitales. Noulens, embajador

---

17 Las raciones de pan fijadas por el Soviet de Petrogrado eran, el 29 de mayo: 1) trabajadores que realizan un trabajo físico penoso, 200 gramos; 2) trabajadores que realizan un trabajo físico sostenido, 100 gramos; 3) empleados, 50 gramos y 4) capitalistas y rentistas, 25 gramos. Los desocupados se clasifican, según sus profesiones, en las categorías anteriores.

18 Véase más arriba, en el capítulo V, «La anulación de las deudas y los aliados».

de Francia, burgués reaccionario, enérgico y testarudo, se mostraba resueltamente hostil a todo arreglo con los bolcheviques, cuya caída por lo demás esperaba (y preparaba). Partidario de una intervención militar de los aliados en Rusia (con el pretexto formal de reconstruir un frente oriental contra los Imperios centrales), tenía el propósito de imponerla. Solía emplear, en los medios diplomáticos, fórmulas bellas y terminantes: «No permitiremos jamás nuevos experimentos socialistas en Rusia...» «Nosotros pagamos, por tanto nosotros mandamos...» «Hay que hacer aprender a hablar a los rusos...» «Lo que ellos opinan no tiene ninguna importancia...»[19] La política francesa estaba dirigida en aquel momento por la gran burguesía imperialista. Clemenceau notificaba, el 14 de abril, que Francia no reconocía a los Soviets ni el tratado de Brest-Litovsk. Quince días después, Francis, embajador de Estados Unidos en Rusia, se declaraba a su vez resueltamente por la intervención contra los bolcheviques. En el informe secreto que dirigía al gobierno de Washington, exponía que el conde Mirbach, representante de Alemania, se había convertido en el «verdadero dictador de Rusia», y que, además, los aliados no podían permanecer indiferentes en presencia del bolchevismo.[20] La razón falsa encubría a la razón verdadera.

No hay que perder de vista estos hechos. A partir de aquel momento la presión exterior de las bayonetas alemanas se conjuga, contra la revolución, con la presión interior de amplios complots fomentados por los representantes diplomáticos y militares de las potencias aliadas.

Los dirigentes de los partidos contrarrevolucionarios —socialistas-revolucionarios, mencheviques y cadetes— acababan de constituir, en marzo, una organización común, la *Liga del Renacimiento (Soyouz Vozrojdenia).* «La Liga —escribe uno de los jefes del partido socialista-revolucionario— entabló relaciones regulares con los representantes de las misiones aliadas en Moscú y en Vologdá, especialmente por los órganos de Noulens».[21] Reserva hipócrita; se huía de una cooperación directa de los comités centrales con los aliados, y se buscaba una cooperación de los militantes que no comprometiese oficialmente a los partidos.[22] La

19 Testimonio de René Marchand *(Por qué me he adherido a la fórmula de la revolución social).* Acerca de la actitud de los aliados, en esta época, véase *Notes sur la révolution bolchévique,* de Jacques Sadoul, cuya compilación constituye un documento de primera importancia.

20 D. Francis, *Russia from the American Embassy.*

21 L. Argunov, *Entre dos bolchevismos* (1922).

22 La duplicidad del partido socialista-revolucionario quedó puesta de manifiesto en la moción acerca de la intervención de los aliados aceptada en un consejo nacional que se reunió del 7 al 14

Liga del Renacimiento fue la gran organización clandestina de la pequeña burguesía «socialista» y de los liberales, decididos a derribar por la fuerza el poder de los Soviets. Los octubristas, representantes de la alta burguesía, participaron en ella en Moscú y la enlazaron con el *Centro-Derecha,* bloque de tendencias reaccionarias, cuyos vitalizadores eran los generales Alexeiev y Kornílov. El partido octubrista se situaba a la derecha de los constitucionalistas-demócratas o cadetes. Protestaba por el rescripto imperial del 17 de octubre de 1905, que confería a Rusia una aparente constitución.

La cadena de las organizaciones contrarrevolucionarias empezaba en los socialistas más «avanzados» y se enlazaba sin interrupción hasta los más sombríos reaccionarios. La comisión militar del partido socialista-revolucionario formó, para la *Liga,* «grupos de combate», cuyo mando fue confiado a un general. La plataforma política de la *Liga* tenía tres puntos de apoyo: 1) imposibilidad de un gobierno puramente socialista; 2) asamblea constituyente; 3) (a título provisional) directorio investido de poderes dictatoriales. Dos socialistas populares, un socialista-revolucionario (el líder del partido, A. R. Gotz), un cadete, futuro ministro de Kolchak (Pepeliaev) y dos mencheviques (Potrésov y Rozanov) formaban el comité local de Petrogrado. Noulens comunicó en junio a la *Liga* una nota oficiosa de los aliados en la que se aprobaba su plataforma política y en la que le prometía su concurso militar contra los germano-bolcheviques.

El ex terrorista socialista-revolucionario Borís Sávinkov[23] había formado otra organización análoga, la *Liga para la Defensa de la Patria y de la Libertad* que se proponía agrupar a los elementos más avanzados,

---

de mayo de 1918. «La democracia no puede en ningún caso apoyarse en una fuerza extranjera ni siquiera aliada, para restablecer el gobierno del pueblo...»; pero no hay modo de salvar la independencia de Rusia si no es «por la liquidación inmediata del poder bolchevique y por el advenimiento de un gobierno legitimado por el sufragio universal [...] Este gobierno podría admitir la entrada de las tropas aliadas en territorio ruso con fines puramente estratégicos y con la condición de que las potencias no intervengan en los asuntos interiores de Rusia...» (!!!).

23 Borís Sávinkov era uno de los hombres más enérgicos del partido socialista-revolucionario. Nacido en 1879, militante desde su juventud, adherido a los primeros grupos marxistas de Petersburgo, en los que también figuraban Lenin y Mártov; desterrado; miembro del partido socialista-revolucionario; jefe, a partir de 1903, de la organización terrorista de este partido, cuya dirección comparte con el provocador Azef; organizador y participante en casi todos los atentados socialistas-revolucionarios de 1904 a 1906 (ejecución del ministro Plehve y del gran duque Serguéi, especialmente); sentenciado a muerte y evadido; novelista de talento, poeta a ratos, autor de memorias notables; diletante; espíritu completo, audaz, positivo; asaltado por dudas místicas; creyente solo en la fuerza individual y en la bravura. Patriota durante la guerra, se convirtió durante

más combativos de la contrarrevolución, dándoles una plataforma bastante vaga, para satisfacer lo mismo a los oficiales monárquicos que a los radicales y a los intelectuales socialistas-revolucionarios. La *Liga* de Sávinkov estaba organizada en grupos clandestinos de cuatro o cinco personas como mucho, que venían a ser los cuadros de un pequeño ejército jerarquizado y centralizado de manera que ofreciese el menor blanco posible a la represión y, al mismo tiempo, permitiese iniciar una acción decidida cuando llegase el momento. Esta liga se esforzaba por colocar a sus hombres en los organismos soviéticos de avituallamiento, en la milicia y en el naciente ejército. Informada por una delegación y ayudada por el azar, la *Comisión Extraordinaria de Lucha contra el Sabotaje y la Represión (Vecheca),* que disponía de personal poco numeroso —menos de 150 personas—, inexperimentado y constituido casi exclusivamente por obreros, descubrió, sin embargo, aquella trama. En Moscú se realizaron encarcelamientos en masa; se declaró el estado de sitio en la ciudad (finales de mayo). Pero se trató con clemencia a los conspiradores detenidos. La *Vecheca* recurría muy rara vez a las ejecuciones, en casos verdaderamente excepcionales. Los socialistas-revolucionarios de izquierda se opusieron a que se aplicase la ley marcial a los cómplices de Sávinkov, como lo hubieran deseado Dzerjinski y sus camaradas bolcheviques. Como no hubo manera de echar mano a Sávinkov, la *Liga*, aunque diezmada en Moscú y Kazán, continuó en otros sitios sus preparativos de levantamiento. Volveremos a tropezar con ella. Estas organizaciones no eran las únicas. El suelo de la joven república se hallaba profundamente minado en todos sentidos. Los aliados alentaban con eclecticismo todas estas sociedades clandestinas.

La sublevación de los checoslovacos

Los representantes de los aliados habían concebido un vasto plan de operaciones, cuyo éxito equivaldría a la desaparición del régimen de los Soviets. La sublevación de las tropas checoslovacas en el Ural, en la región del Volga y en Siberia, debía coincidir con una serie de golpes de mano contrarrevolucionarios en las ciudades próximas a Moscú, con el

---

el mando de Kérenski en uno de los partidarios más decididos de un poder fuerte, dictatorial, para cuyo ejercicio se sentía dispuesto. Tomó parte en el fallido golpe de fuerza de Kornílov. De allí en adelante se convirtió en uno de los más incansables *condottieri* de la contrarrevolución. Detenido en 1924 dentro de la Rusia soviética, confesó ante el Tribunal Revolucionario de Moscú el error y el crimen de haber desconocido y combatido a la revolución. Condenado a diez años de prisión, se suicidó (1879-1925).

desembarco de los japoneses en Vladivostok y con el de los ingleses en Arkangelsk. Hambrientas, sitiadas, desmoralizadas por una serie rápida de reveses, las dos capitales obreras caerían. «El orden» quedaría restablecido...

Pierre Pascal, antiguo oficial de la misión militar francesa en Rusia, convertido después en revolucionario probo y consecuente, expone el plan en estos términos: «La insurrección de Yaroslav y la sublevación de los checoslovacos fueron organizadas con el concurso inmediato de los agentes de la misión francesa y de Noulens. La misión estuvo constantemente en relaciones con los checoslovacos, a los que envió oficiales y dinero... Los contrarrevolucionarios debían apoderarse de Yaroslav, Nijni-Novgorod, Tambov, Murom, Voronedz, con objeto de aislar y hacer que reinase el hambre en Moscú. Las insurrecciones de Yaroslav, Murom, Tambov, etc., fueron el principio de la ejecución de este plan. Me parece estar viendo todavía al general Lavergne trazando con el dedo en el mapa un amplio círculo alrededor de Moscú, mientras decía: "Esto es lo que quiere Noulens. Pero yo tendré siempre un remordimiento de conciencia si la cosa tiene éxito, porque el hambre será terrible en Rusia..."».[24] Conocemos diversos testimonios análogos. El plan definitivo de acción de los checoslovacos quedó decidido el 14 de abril en Moscú, en una conferencia de las organizaciones contrarrevolucionarias, a la que asistieron como personalidades destacadas el general Lavergne, jefe de la misión militar francesa; uno de sus colaboradores, el coronel Corbeil, y el jefe de la misión inglesa, Lockhart.[25] El ejército checoslovaco de Rusia se había ido formando poco a poco durante la guerra, con prisioneros checos y eslovacos del frente austriaco, organizados por iniciativa de un comité nacional, cuyos jefes recibían sus instrucciones de M. Masaryk y de los dirigentes del movimiento nacional, instalado en París. Estas tropas habían asistido a las peripecias de la Revolución rusa sin tomar parte en ella. Habían sido destinadas al frente francés, al que habían de llegar por la ruta de Murmansk o de Vladivostok... Pero cuando la intervención norteamericana hubo puesto remedio, desde el Somme hasta Alsacia, a la falta de material humano, a los hombres de Estado de la Entente se les ocurrió la idea de poner a los checoslovacos al servicio de la contrarrevolución rusa. Los

24 Declaración del ex teniente P. Pascal en el proceso de los socialistas-revolucionarios de derecha (Moscú, junio de 1922). Esta declaración no concuerda en absoluto con los escritos de los socialistas-revolucionarios Lebedev y Sávinkov.

25 P. S. Parfenov, *La guerra civil en Siberia...*

checoslovacos, dirigidos por oficiales aliados, se negaron a reconocer el tratado de Brest-Litovsk, pero se fueron retirando ante los alemanes desde Ucrania hacia el este. El Consejo de Comisarios del Pueblo, procurando evitar un conflicto, autorizó que fuesen evacuados —con sus armas— vía Siberia. El desembarco de los japoneses en Vladivostok, mientras los checoslovacos, en número de unos 30.000, se escalonaban a lo largo del Transiberiano hasta Irkutsk, colocó bruscamente a la revolución frente a una amenaza de ocupación de toda Siberia. Trotski, comisario del pueblo en la guerra, exigió inmediatamente el desarme de los checoslovacos y que fuesen enviados, para su evacuación, no hacia el este siberiano, sino hacia Arkangelsk. El plan de la ofensiva checoslovaca había sido estudiado con todo detalle en una conferencia que se celebró en Cheliabinsk, a la cual asistieron oficiales ingleses, franceses y rusos, así como algunos miembros socialistas-revolucionarios de la Asamblea Constituyente. Los días 25 y 26, los checoslovacos se apoderaron bruscamente de Cheliabinsk (Ural), de Penza, de Sizran (Volga), de Novo-Nikolaevsk (Siberia). Contaban en estas tres regiones, con unos 20.000 hombres, con tropas bien equipadas bajo el mando de Gaida, Voitsejovski y Czeczeka. Una orden de Trotski, fechada el 25 de mayo, hizo que fuesen pasados por las armas todos los checoslovacos cogidos con las armas en la mano. Por el contrario, se daban toda clase de facilidades a todos aquellos que, desarmados, aceptasen ser evacuados por el norte, o se naturalizasen como rusos. La mayoría prefirió resistir.

Con la sublevación de los checoslovacos quedaba completado el cerco a la República de los Soviets, aislada de allí en adelante de las regiones industriales del Ural, de las tierras fértiles del Volga, de los graneros de Siberia. Los cosacos de Oremburgo volvieron a tomar las armas.

Estos checoslovacos, a los que se pedía que diesen el golpe de gracia a los bolcheviques, eran en su gran mayoría republicanos-radicales, adeptos de Masaryk, y socialdemócratas. Su apego a la democracia se convertía, frente a los rigores de la dictadura del proletariado, en una fuente de incomprensión, de indignación, de rebelión. Los partidos socialistas rusos hacían correr entre ellos el rumor de que los bolcheviques, vendidos a los alemanes, se preparaban a entregarlos a estos. Los checoslovacos, apoyados por los socialistas de contrarrevolución, por los campesinos ricos y por las organizaciones de oficiales, se apoderaron, gracias a una serie de operaciones afortunadas, de Samara (8 de junio), de la que hicieron su base de operaciones, de Sizran (el 19), de Ufá (13-23), ganando así un territorio para la contrarrevolución. Era esto,

como veremos, la señal para una acción general contra los Soviets. En el campo estallaban movimientos contrarrevolucionarios. Los socialistas-revolucionarios de derecha asesinaron en Petrogrado al tribuno Volodarski (20 de junio); los socialistas-revolucionarios de izquierda, aliados de los bolcheviques, miembros del gobierno, preparaban un golpe de fuerza para gobernar solos y rasgar el tratado de Brest-Litovsk; los anglofranceses desembarcaban en Murmansk (2 de julio)...

Nacionalización de la gran industria

Bajo el imperio de estas circunstancias es cuando termina de realizarse la expropiación de los capitalistas. No podemos hacer nada mejor que citar aquí algunas líneas del economista Kritzman:[26] «Después de que la revolución proletaria hubo pasado por un periodo de preparación de ocho meses, que en el orden económico estuvo marcado por titubeos e indecisiones, el gobierno proletario, bajo la presión de una guerra civil cada vez más encarnizada y de la intervención de la Alemania del Káiser, que se hacía fuerte en la paz de Brest-Litovsk, en favor de la propiedad capitalista, decretó la expropiación de los expropiadores nacionalizando la gran industria por decreto del 26 de junio de 1918».

Las etapas principales de la expropiación de los poseedores fueron las siguientes:

«La expropiación del capital del Estado[27] al formarse el Consejo de Comisarios del Pueblo el 8 de noviembre (26 de octubre) de 1917; la expropiación de la agricultura (decreto de nacionalización del suelo, adoptado el mismo día); la expropiación del capital financiero (decreto sobre la nacionalización de la banca del uno [14] de diciembre de 1917); la expropiación del capital de los transportes (decreto sobre la nacionalización de los transportes por agua, del 12 [25] de enero de 1918); la expropiación de los créditos y, en primer lugar, de los extranjeros (decreto sobre la anulación de empréstitos del 14 [27] de enero de 1918); la expropiación del capital comercial (decreto estableciendo el monopolio del comercio exterior, el 23 de abril de 1918); la expropiación del capital de los campesinos ricos (decreto estableciendo los comités de campesinos

26 L. Kritzman, *El periodo heroico de la gran Revolución rusa,* segunda edición, Moscú, 1926. Hay que deplorar que este notable análisis económico de la Revolución rusa no haya sido traducido en Occidente.

27 El Estado ruso era propietario de los ferrocarriles, etc.

pobres, *Kombedy*, el 11 de junio de 1918); expropiación del gran capital industrial (decreto de nacionalización de la gran industria, promulgado el 28 de junio de 1918)»[28] (Kritzman). El decreto aboliendo el derecho de herencia, promulgado el primero de mayo, venía a completar estas medidas. Toda herencia superior a 10.000 rublos revertía al Estado; los parientes del difunto incapaces de trabajar solo tenían derecho a una pensión fijada por las instituciones locales.

Pongamos de relieve el fracaso del control obrero de la producción. El control se organiza, entre noviembre y mayo, obedeciendo a iniciativas locales de los obreros, ayudados por el Consejo Superior de Economía. Pero cada día es más evidente que no es posible detenerse allí. Los industriales, privados del poder político, sometidos al control de los proletarios, se sentían a merced de sus asalariados, amenazados en sus mismos derechos de propiedad, luchan, resisten, sabotean la producción. El control ofrece el aspecto de una medida transitoria, es una expresión de los titubeos de la revolución, y aparece como una medida que tiene que ser abrogada o conducir a la expropiación. Se dan casos en que industriales astutos se ganan la confianza de los comités de fábrica y sacan partido de la inexperiencia de los obreros en la gestión de las empresas, para hacerse abastecer por el Consejo Superior de Economía. Hacen buenos negocios, y esa táctica viene a constituir una nueva manera de robar al Estado...

Otros capitalistas, más numerosos, liquidan de cualquier modo sus empresas, ocultan sus abastecimientos, roban o venden las herramientas, y desaparecen llevándose las sumas que han hecho efectivas... Los comités de fábricas se esfuerzan desde entonces por organizar las empresas abandonadas y expropiadas de súbito. Interviene entonces el sabotaje del personal técnico, que hace indispensable establecer una verdadera dictadura obrera en las fábricas. «Más que una medida económica, la nacionalización era una represalia».[29] Que los comités de industria y de fábrica se apoderaran de las empresas no estaba desprovisto de peligros. Cada comité pensaba, antes que nada, en los intereses de su empresa (es decir, en los de los trabajadores que representaba); de esto a defenderla

---

28 A estos iban a seguir, el 21 de noviembre de 1918, la expropiación del capital comercial (decreto sobre la nacionalización del comercio interior), de la pequeña industria (nacionalizada el 29 de noviembre de 1918) y de las cooperativas (nacionalizadas en noviembre-diciembre del mismo año).

29 Discurso de A. Rikov, en el Primer Congreso de los Consejos de Economía (26 de mayo-4 de junio de 1918).

por todos los medios, sin preocuparse de los intereses económicos generales del país, no había más que un paso. Cualquier empresa, aunque fuese atrasada, mal equipada, dedicada a una industria de importancia secundaria, reivindicaba su derecho a la vida, es decir, al abastecimiento, al crédito, al trabajo... De ahí que el resultado fue un perfecto lío, porque las fábricas vivían por cuenta propia, anárquicamente. «Veníamos a parar —escribe un camarada— no a la República de los Soviets, sino a una república de comunidades obreras que se forman al calor de las fábricas y de los establecimientos industriales del capitalismo. En vez de una regularización estricta de la producción y de la distribución social, en lugar de medidas que tendiesen a la organización socialista de la sociedad, los hechos hacían pensar en las comunas autónomas de productores, soñadas por los anarquistas.»[30]

Para el 15 de mayo de 1918, habían sido nacionalizadas oficialmente 234 empresas y otras 70 habían sido puestas bajo secuestro. La industria pesada —establecimientos y metalurgia— fue la más afectada. La generalización y sistematización de estas medidas se imponían en un país destrozado, devastado, al que la clase patronal, vencida, se obstinaba en imponer condiciones draconianas. Miliutin, al anunciar al Congreso de Consejos de Economía la inminente nacionalización de la gran industria, exponía el conflicto entre los propietarios de los pozos de petróleo y el Estado. Los grandes petroleros exigían, como condición para reanudar la explotación, que se les garantizasen los mismos beneficios que antes de la revolución, y para ello pretendían restablecer las condiciones de trabajo que regían en 1916. Fortalecidos con el convencimiento de que los obreros serían incapaces de dirigir la producción del petróleo, amenazaban con suspender la explotación de las empresas deficitarias, si se les obligaba a sujetarse a las leyes soviéticas.

El decreto del 28 de junio de 1918 nacionalizó todas las empresas mineras, metalúrgicas, textiles, electrotécnicas, madereras, tabaqueras, vidrieras, de cerámica, de curtidos, cemento, caucho, transpones, etc., cuyo capital fuese de más de 500.000 rublos. Algunos detalles referentes a la aplicación vienen a demostrarnos cuán prematura parecía esta medida a los ojos mismos de sus autores. El Consejo Superior de Economía estaba encargado de organizar la administración de las empresas nacionalizadas, que se declaraban en adelante como «otorgadas

---

30 Citado por A. Pankratova, *Los comités de fábrica de Rusia en la lucha por la fábrica socialista,* Moscú, 1923.

en concesión gratuita a sus antiguos propietarios», que quedaban obligados a continuar en su gestión y autorizados para «quedarse con los beneficios» (que eran problemáticos...). El personal técnico y los directores seguían en sus funciones, nombrados por el Estado y responsables ante el Estado. Los tribunales revolucionarios castigarían a todo el que hiciese abandono de su cargo...

El Congreso de los Consejos de Economía resolvió pronto que se constituyesen las direcciones de las empresas en forma de colegios; las dos terceras partes de los miembros serían nombrados por los consejos regionales o por el consejo superior, autorizados a permitir que los sindicatos designasen a la mitad de los representantes. El tercio restante del colegio era elegido por los propios obreros de la empresa.

Ante el hambre

Hablando en Moscú ante una asamblea popular, Trotski blandió un puñado de telegramas: «Viski, gobierno de Nijni-Novgorod: "Los almacenes están vacíos, el trabajo se hace con dificultad, falta el 30 % de los obreros, víctimas del hambre. Hay quienes han caído de agotamiento en el trabajo". Han telegrafiado de Seriev-Posada: "¡Enviadnos pan, o pereceremos!" De Briansk, el 30 de mayo: "Mortalidad terrible, sobre todo infantil, en las fábricas de Maltsov y de Briansk; el tifus hace estragos". De Klin (cerca de Moscú): "La ciudad entera se encuentra sin pan desde hace dos semanas". De Pavlov-Posada: "La población está hambrienta, no hay posibilidad de procurarse trigo". De Dorogobuj: "Hambre, epidemias..."». Ahora bien, y Trotski lo demostraba, en el país había trigo. Tan solo las reservas del Cáucaso septentrional estaban calculadas en 140 millones de puds (el pud equivale a 16.380 kg.), cuando bastaban 15 millones de puds mensuales para asegurar el abastecimiento de las grandes ciudades. El hambre era una consecuencia de la guerra de clases. Los campesinos acaudalados negaban el trigo a las ciudades, que solo podían ofrecerles a cambio un papel-moneda depreciado. En la Rusia Blanca, enterraban sus existencias de trigo y para eludir las investigaciones plantaban cruces sobre los túmulos…

Los descontentos exigían la abolición del monopolio de los trigos y de las tasas. Defendían de esta manera, contra toda evidencia, su fe en los métodos capitalistas y los intereses de la pequeña burguesía enriquecida del campo. Sabemos ya que el agotamiento de las existencias industriales, la inflación, el desgaste del material de los transportes

habrían inaugurado, en cuanto se hubiese restablecido la libertad de comercio de cereales, una era de especulación desenfrenada que se habría trocado en un hambre irremediable para la población más pobre. Se resolvió implantar tres grandes medidas revolucionarias, encaminadas a llevar resueltamente al campo la guerra de clases: formación de comités de campesinos pobres, requisa del excedente de trigo, envío de destacamentos obreros de avituallamiento. Lenin hizo un comentario sobre esas medidas en una *Carta a los obreros de Petrogrado* y en un discurso acerca de la lucha por el trigo, pronunciado en el Ejecutivo Panruso de los Soviets. La causa del hambre era la rebelión de la burguesía contra la nueva ley: ¡El que no trabaja, no come! El hambre demostraba «hasta qué abismo de estupidez llegaban los embrollones del anarquismo que negaban la necesidad de un gobierno —de firmeza implacable para con la burguesía y los desorganizadores— durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo». No habría pan para todos si no se realizaba un inventario riguroso y un reparto igualitario. O triunfaba la conciencia obrera quebrantando la resistencia del *kulak* (campesino acaudalado), o se sobrepondría la reacción. Con decisiones a medias no se conseguiría nada. «Procurarse pan o combustible al detalle, para una fábrica, solo conduciría a aumentar la desorganización y facilitar la especulación.» A la minoría revolucionaria correspondía arrastrar a las masas «a una cruzada contra los especuladores, los *kulaks,* los parásitos y los desorganizadores». La salvación estaba en esa acción.

> Uno de los resultados más grandes que ha conseguido la revolución de octubre es que el obrero avanzado se ha *acercado al pueblo* como conductor de los pobres, como dirigente de los trabajadores del campo, como constructor del trabajo del Estado... Pero por el solo hecho de convertirse en conductor de los campesinos pobres, no se ha convertido en santo. Se ha dejado con frecuencia contaminar, mientras dirigía al pueblo, por las taras de la pequeña burguesía en decadencia... La clase obrera, que ha comenzado la revolución comunista, no puede desembarazarse de golpe de las debilidades y de las taras heredadas de la sociedad de los capitalistas y terratenientes, de los explotadores y de los parásitos, del lucro malhallado y del enriquecimiento de una minoría merced a la miseria de los más. Pero la clase obrera puede vencer —y acabará por vencer infaliblemente, al fin de los fines— al viejo mundo, a sus debilidades y a sus taras, si lanza sin cesar nuevas fuerzas contra el enemigo, fuerzas cada vez más numerosas, experimentadas y templadas para la lucha...

El 11 de junio, en el Ejecutivo Panruso de los Soviets, y el 27, en el Congreso de los Comités de Fábrica, recordando que Alemania era el país del hambre genialmente organizada, que la causa primera del hambre era la guerra, que el proletariado ruso debía a la voluntad de la historia y no a sus propios méritos el ser la vanguardia de la revolución mundial, encontró una frase de gran fuerza: «Henos aquí vueltos a la tarea primordial de toda sociedad humana: combatir el hambre...»

Lenin rechazó la tesis preconizada por los mencheviques de una transacción con los capitalistas. «Las dificultades de la lucha contra el hambre —dijo— provienen de las cuestiones de organización que se nos plantean. Es cosa infinitamente más sencilla vencer en una insurrección.» El proletariado podía contar con el apoyo de una parte de las clases medias en su lucha contra la reacción; el hambre le obligaba a afrontar solo una tarea de organización auténticamente comunista. Tres ideas maestras dominan los nuevos decretos: centralización (evitar desparramar esfuerzos, no caer en los lazos del egoísmo individual), unión de los trabajadores (la cruzada contra los *kulaks),* unión de los campesinos pobres y de los obreros (lucha de clases en el campo). Fijémonos en algunas frases:

> Se dice que nuestros destacamentos de avituallamiento degeneran en partidas de bandoleros. Es posible.
>
> Cuando muere una vieja sociedad, no se puede meter su cuerpo en un ataúd y enterrarlo; su cadáver se descompone en medio de nosotros y nos contamina.
>
> No tenemos policía, no queremos tener una casta militar, carecemos de aparato: contamos solo con la unión consciente de todos los obreros.
>
> Los obreros se han organizado en el mundo entero. Pero nadie ha trabajado todavía, en ninguna parte, con abnegación y perseverancia para unir a todos aquellos que viven abrumados por todas las tiranías de la vida en el campo, en la pequeña producción agrícola, en los rincones perdidos, en las tinieblas…
>
> Hemos dicho siempre que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; no es posible libertarlos desde fuera; tienen que aprender a resolver ellos mismos sus problemas históricos [...] tanto más difíciles cuanto que tienen que participar en su solución millones de hombres.
>
> Vosotros, los delegados de los comités de fábrica, tenéis que meteros muy bien en la cabeza que nadie os ayudará; que las otras clases no os enviarán más que enemigos y no ayuda, que el poder de los Soviets no tiene a su servicio intelectuales consagrados.

> Recordad que si solo os ocupáis, en vuestros comités, de los intereses puramente técnicos o financieros de la clase obrera, la revolución no podrá conservar ninguna de sus conquistas [...] Vuestros comités de fábrica deben convertirse en las células esenciales, gubernamentales, de la clase dominante.

Lenin citó como ejemplo a los obreros de la pequeña población de Eletz, que habían tomado, contra la burguesía, la iniciativa de las visitas domiciliarias y de las requisas.

Guerra a los campesinos ricos

La causa del hambre no eran solo las consecuencias irremediables de la guerra. Era también la señal del comienzo de la larga guerra de los campesinos contra las ciudades obreras, guerra que no había de cesar hasta 1921, con la Nueva Política Económica —la NEP—, *cuya característica esencial fue el restablecimiento de la libertad de comercio de los trigos.* En los momentos de la revolución de octubre, el movimiento campesino, que se hallaba en todo su apogeo, se confunde con el movimiento obrero; le presta a este el apoyo de sus inmensas fuerzas elementales, le asegura el concurso del ejército, integrado casi en su totalidad por campesinos. Los proletarios, por el contrario, le dan una organización, objetivos, consignas, una dirección política. Pero los campesinos se dan por satisfechos con haberse apoderado de la tierra; su victoria es total, definitiva, mientras que la lucha del proletariado apenas si está empezando. A partir de la victoria común de octubre-noviembre se va acentuando el desacuerdo entre los obreros y los campesinos. Se plantea en primer término la cuestión de las grandes explotaciones agrícolas que la gente del campo, profundamente apegada a la propiedad individual y deseosa, por encima de todo, de enriquecerse, quisiera repartirse, en tanto que el gobierno soviético busca convertirlas en comunidades agrícolas. Viene luego el problema, que ya hemos recordado en estas páginas, de la escasez de mercancías, de la inflación y del avituallamiento de las ciudades. Los campesinos han acumulado durante la guerra rublos-moneda por miles de millones; el Estado soviético les impone, y no puede hacer menos, una tasa máxima para el trigo y les prohíbe, además, venderlo a su gusto en el mercado; con el papel-moneda que les ofrecen a cambio de sus cereales no pueden comprar casi nada... ¿Por qué iban a vender a crédito a la revolución proletaria? Cuando un agitador les explica que las únicas consecuencias de la abolición de la tasa máxima y la libertad de comercio sería una inflación desmesurada, seguida de un alza fantástica del precio de los artículos manufacturados,

le contestan fríamente: «Pues bien, ¡no os venderemos trigo a ningún precio!» (textual). Por todo el país, se preveía un terrible levantamiento de masas de los campesinos acaudalados (de los *kulaks).*

Es necesario mencionar la actitud de Lenin frente a este peligro. Los militantes de todos los puntos del país venían a visitarlo. Un obrero de Petrogrado, que había conseguido escapar, no sin trabajo, de entre las garras de los campesinos del Volga, entre los que se había iniciado en la propaganda, fue a visitar al «viejo Ilich» para comunicarle sus inquietudes al respecto a comienzos de julio.

Lenin le escuchó con la risa maliciosa que iluminaba sus ojos cuando los hechos venían a darle la razón: «Al asegurarle yo que los campesinos nos iban a zurrar, Vladímir Ilich rompió a reír: "Claro que sí, camarada, que os zurrarán, y no será la primera vez si no dejáis molidos a los *kulaks* antes de que ellos os muelan a golpes a vosotros"». Y Lenin, tomando una hoja de papel, trazó algunas frases urgentes, dirigidas a los obreros de Petrogrado, rogando a su interlocutor que se encargase él mismo de trasmitírselas. He aquí los principales párrafos de este breve mensaje:

> El camarada K... ha estado en el gobierno de Simbirsk; ha podido ver la actitud de los *kulaks* frente a los pobres y frente a nuestro poder. Y ha comprendido lo que ningún marxista, ningún obrero consciente debe poner en duda: que los *kulaks* execran el poder de los Soviets, el poder de los obreros, y que lo *derribarán infaliblemente* si los obreros no reúnen *en el acto* todas sus fuerzas para prevenir su ataque contra los Soviets y no los reducen a la impotencia antes de que hayan tenido tiempo de reunirse.
>
> En este momento, los obreros conscientes lo pueden hacer; pueden reunir a su alrededor a los campesinos pobres, pueden infligir a los *kulaks* una derrota completa si los elementos avanzados comprenden su deber, ponen en tensión todas sus fuerzas, organizan una marcha en masa sobre los campos.

En una palabra, había que llevar al campo la guerra civil, hacer un llamamiento a los campesinos pobres contra los ricos, librar la batalla con energía inflexible. Y para esto había que recurrir, una vez más, a la iniciativa de los obreros.

> Organizaos —decía Lenin a K...— y marchad. Pondremos en vuestras manos todo lo que hay en los depósitos del país. El gobierno de los Soviets tiene ya en su poder cantidades enormes de mercancías confiscadas... Hemos intentado dar nuestras reservas, pero se roba todo, se dilapida todo. Vosotros emplearéis todo eso en interés de la revolución para atraeros a los campesinos pobres.

Los dos telegramas siguientes, dirigidos en los primeros días de agosto a la militante Eugenia Bosch, enviada a la región de Penza para combatir allí la contrarrevolución rural, dan una idea exacta del rigor con que se proponía Lenin llevar adelante aquella lucha:

> 9 de julio de 1918. Urgente. Penza. Ejecutivo, copia a Eugenia Bogdanovna Bosch: Recibido telegrama, es necesario organizar una guardia seleccionada. Ejercer contra los *kulaks,* los popes y los blancos un terror implacable por medio de las masas, encerrad a los sospechosos en los campos de concentración, fuera de las poblaciones. Telegrafiad ejecución. Presidente del Consejo Com. del pueblo, LENIN.
>
> 11 de agosto de 1918: Al reprimir rebelión cinco distritos, tomad todas las medidas para requisar todos los excedentes de trigo. Designad con este objeto (designad, no toméis) entre los *kulaks,* los ricos y los parásitos, rehenes que se obliguen a entregar y transportar el trigo... Los rehenes responderán con su vida de la entrega rápida y puntual de las contribuciones exigidas.[31]

La «cruzada» obrera se dirigía hacia el campo. En todos los centros industriales se formaron destacamentos de avituallamiento que marcharon a buscar el trigo hasta los más apartados rincones del país, no sin tener que sostener luchas sangrientas. Varias veces fueron víctimas de una masacre. Más de un comisario bolchevique fue encontrado por sus camaradas en una granja perdida, con el vientre abierto y atiborrado de trigo... Pero fueron varias decenas de miles de proletarios los que fueron a llevar la revolución al campo, y la cantidad de trigo que enviaron a las ciudades, aunque insuficiente, no resultó despreciable.[32]

Anarquía y democracia soviética

Detengámonos un instante a estudiar el estado del país y del régimen en aquel momento. La clase obrera muestra numerosos síntomas de agotamiento y desmoralización. Sus mejores hijos la han abandonado

---

31 Pongamos aquí de relieve, citando algunos aspectos, la traza de Lenin como conductor de revolución. Telegrafiaba a los destinatarios: «Sois personalmente responsables de la aplicación inmediata y rigurosa de estas medidas... Explicad su alcance en un llamamiento a la población... Tenedme al corriente de las operaciones, telegrafiándome por lo menos cada dos días; repito que por lo menos cada dos días». Véase *Revolución Proletaria,* núm. 3 (26), 1924.

32 Algunas cifras. El centro textil de Ivanovo-Vosnesensk formó 23 destacamentos (2.243 hombres), los que recogieron, de septiembre al uno de diciembre de 1918, cerca de 2.500.000 puds de trigo. En el mismo lapso Moscú recibió de sus destacamentos 322 vagones de víveres (en el transcurso de algunas semanas se habían recibido solo pocos vagones...). En tres meses, 30.000 obreros pasaron de las provincias infértiles a las productoras de trigo. *(Informe de las actividades de la Comisaría de Abastecimientos,* 1918-1919.)

para ir al frente o a las instituciones soviéticas. Su situación de clase victoriosa le vale la adhesión de una multitud de elementos sospechosos, falsos obreros, tenderos arruinados, especuladores. La penuria la obliga a acercarse al campesino: el obrero ruso está emparentado casi siempre con campesinos. La producción es muy escasa, la fábrica vive como puede, más de la mitad del tiempo ociosa, y en ocasiones es saqueada. Se carece de materias primas y de combustibles; la disciplina es casi nula. Un informe de Shliápnikov acerca de la situación de los ferrocarriles presentado a finales de marzo al Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets, abunda en detalles significativos. Los trenes circulan a menudo sin luces ni señales. ¡Las señales de vía no funcionan! «Se dice que no hay petróleo ni bujías; la verdad es que lo roban todo». Ocurre a veces que algunos trenes no pueden ponerse en marcha por falta de personal. Todos se hacen los enfermos, nadie ejecuta las órdenes de los jefes, los merodeadores se las arreglan a espaldas de los comités... En Klin, no lejos de Moscú, en la línea de Petrogrado, han transformado en club el depósito de material y... el material está abandonado entretanto en las vías. Todo el mundo se entrega a la especulación, ofrece y recibe propinas, surte a los especuladores, saquea los ferrocarriles. Shliápnikov solo ve un remedio para estos males: interesar a los ferroviarios en el buen funcionamiento de las líneas y, lo mismo en los depósitos que en los talleres, implantar el trabajo a destajo. Un reporte de Nevski (junio) nos informa de que el rendimiento del trabajo en los transportes ha descendido en un 50 y hasta en un 70 %, en tanto que los gastos de explotación han aumentado en un 150 %. El destrozo sufrido por el material rodante es terrible, sobre todo en el campo y en las regiones próximas a los frentes: cristales rotos, puertas arrancadas, suciedad repugnante.

Los grandes establecimientos industriales se convierten en foco de desmoralización, propicios a la agitación contrarrevolucionaria. En Petrogrado, el Soviet censura a los obreros de la fábrica de Obujovo, que pasan el tiempo en mítines y recriminaciones. Los establecimientos Putilov no están mucho mejor: incidente tras incidente. Los mencheviques fomentan las huelgas en las grandes fábricas de Sormovo (que producen dos locomotoras al mes, en lugar de dieciocho); la detención de sus agitadores provoca una huelga inmediata en las fábricas de Kolomensk. Los partidos socialista-revolucionario y menchevique son los dueños de la calle en Yaroslav y en Zlatust.

Los Soviets locales, desprovistos de víveres y dinero, se encuentran acorralados. Imponen contribuciones extraordinarias a la población acomodada, confiscan los bienes, embargan las cuentas corrientes de las empresas, con lo cual ciegan de golpe la fuente de los ingresos normales del Estado. Gravan con impuestos las mercancías que atraviesan sus territorios. Los Soviets de Tsaritsin, Samara y Kazán gravan con una tasa el petróleo enviado desde Bakú a Moscú (y a veces se apoderan de él), de manera que cuando ha llegado a destino (si llega) su precio se ha quintuplicado... El Soviet de Yalta (Crimea) impone derechos prohibitivos al tabaco que se exporta, y priva así de materias primas a las fábricas de cigarrillos de Rostov, Moscú, Petrogrado. El Soviet de Nijni-Novgorod se cobra, sin control, para fines bastante oscuros, una contribución extraordinaria de 27 millones, impuesta a la población acomodada. Los comités revolucionarios militares, mandados a veces por jefes guerrilleros, cobran contribuciones y llevan a cabo requisas por cuenta propia.[33]

Por estos datos podrá juzgarse cuál era el estado de las finanzas. El presupuesto previsto para el año oscila entre 80 y 100 mil millones de rublos; los cálculos más optimistas de los ingresos estiman estos en 15.000 millones.[34]

Idéntico lío en lo relativo a abastecimientos. Cada Soviet, cada fábrica, cada familia se esfuerza por avituallarse sin preocuparse de los demás. Todas las medidas de la Comisaría de Abastecimientos se ven contrarrestadas por las más variadas y egoístas iniciativas locales. Los trenes de trigo son requisados por el camino, desviados de su verdadero destino, secuestrados en las administraciones, no sin que las autoridades locales «responsables» levanten y firmen acta, cuando no son pura y simplemente saqueados. Las poblaciones situadas a lo largo de la vía Petrogrado-Moscú se alimentan de esta manera y especulan a costa de Petrogrado, que pasa hambre. Toda la red ferroviaria está infestada de «portasacos», gente que especula al detalle o ciudadanos emprendedores, que salen a buscar víveres al campo, por su cuenta y riesgo. Viajan en partidas, forman multitudes, toman por asalto los trenes, corrompen

33 Informe de Gukovski al Ejecutivo Panruso, el 11 de abril de 1918.

34 Véase ibídem.

a los ferroviarios, lleva cada uno un saco de 20 o 50 kilos de trigo... Se calcula que son 20.000 los «portasacos» entregados a la especulación en el gobierno de Kursk; en el de Sarátov, llegan a 50.000.[35]

La desagregación social exige la inmediata aplicación de remedios enérgicos. Las fuerzas morales han dado de sí todo lo que podían dar. La centralización de poderes se hace cada vez más necesaria en presencia de la anarquía creciente. La Comisaría de Abastecimientos exige —y lo consigue— del *Vtsik* el derecho de anular los acuerdos de los Soviets locales y de revocar a sus funcionarios. Los afanes urgentes del momento, son: poner la acción del Estado allí donde reina la anarquía local, sustituir los comités por elementos directivos responsables, interesar a los trabajadores en la producción, reprimir la contrarrevolución que, ya vigorosa en el campo, se va instalando en los centros proletarios; tales son las medidas urgentes.

Se discute sobre estos extremos en el Comité Ejecutivo Panruso (el *Vtsik);* la República, aunque no tiene todavía Constitución escrita, vive ya en un régimen constitucional determinado, tiene todo un régimen interior democrático. La dictadura del proletariado no es ni la dictadura de un partido, ni la de un comité central, ni la de algunas personas. Su mecanismo es complejo. Cada Soviet, cada comité revolucionario, cada comité de partido bolchevique o socialista-revolucionario de izquierda, detenta una partícula de esa dictadura y la ejerce a su modo. El mismo Lenin está obligado al cumplimiento de ciertas leyes estrictas. Debe obtener mayoría en el Comité Central del partido, discutir en el seno de la fracción comunista del *Vtsik,* y, ya en este, afrontar los ataques de los socialistas-revolucionarios de izquierda, de los anarquistas, de los socialdemócratas internacionalistas, amigos sospechosos, de los socialistas-revolucionarios de derecha y de los mencheviques, enemigos irreductibles.[36] Todo decreto es discutido en sesiones que a veces toman grandes vuelos. Los enemigos del régimen gozan allí de una libertad de palabra más que parlamentaria. Exponen, con un fervor monótono, toda la teoría de elogios de la Asamblea Constituyente. Impotentes,

---

35 Informe de Tsuriupa al Ejecutivo Panruso, el 9 de mayo de 1918.

36 Los debates del *Vtsik* eran presididos generalmente por Sverdlov. La fracción comunista del mismo estaba dirigida por Sosnovski, su portavoz habitual. Los que con más frecuencia toman la palabra son, además de Lenin y de Trotski, que hacen con frecuencia de informantes, Bujarin (por los comunistas de izquierda), Karelin, Trutovski, Kamkov (socialistas-revolucionarios de izquierda), Alexander Gay y Apolon Karelin (anarquistas), Lozovski (socialdemócrata internacionalista), Kogan-Bernstein (socialista-revolucionario de derecha), Mártov y Dan (mencheviques).

pero llenos de bravura —hay que hacerles justicia—, no se cansan de instruir el acta de acusación de los dictadores. «La autocracia de los comisarios ha provocado en seis meses la ruina completa de Rusia, devastada por el imperialismo alemán», vocifera un socialista-revolucionario de derecha, exigiendo la reunión de la Constituyente, la anulación del tratado de Brest-Litovsk y la reanudación de la guerra al lado de los aliados. El abogado Kogan-Bernstein (socialista-revolucionario de derecha) grita a los bolcheviques: «¡Idos, antes de que os echen! ¡Solo os mantenéis por las bayonetas!» Fustiga a la «contrarrevolución de Octubre» y al «inconsciente Lenin». Y grita con Mártov: «¡Abajo la dictadura! ¡Viva la República! ¡Viva la Constituyente!» «¡Salvajes, locos, bandidos!», chilla otro, al terminar una sesión, en la misma cara del impasible Sverdlov (14 de mayo).

La argumentación de los adversarios del bolchevismo se reduce a esto: la causa de todos los males es la usurpación del país por el partido de Lenin y por la voluntad de imponer al país, por métodos dictatoriales y burocráticos, una transición prematura al socialismo. El remedio está en el retorno a la democracia (burguesa), para la cual dictaría la Constituyente leyes sabias, que conducirían al proletariado hacia el socialismo...

Estos tempestuosos debates acaban en la sesión del 14 de junio, en cuyo orden del día han inscrito los bolcheviques «la acción antisoviética de los partidos representados dentro de los Soviets». El informador L. Sosnovski concluye que es necesario excluir del Ejecutivo Panruso a los mandatarios de los partidos que fomentan la guerra civil contra los Soviets y que se alían con el enemigo. Así se acuerda, invitando a los Soviets locales a que sigan la misma norma de conducta. Los socialistas-revolucionarios de izquierda votan en contra. Es un gran paso hacia el monopolio de la vida política, en el seno de la dictadura del proletariado. Hasta aquel momento, aquella dictadura no parecía incompatible con la existencia legal de partidos, agrupaciones, periódicos enemigos, hostiles, neutrales, sospechosos, amigos (amigos condicionales...). En el *Vtsik* se iban adquiriendo costumbres hasta cierto punto parlamentarias. Ya hemos visto en qué circunstancias dio comienzo la supresión de la prensa burguesa. La evidente alianza de los socialistas-revolucionarios de derecha con los checoslovacos y la agitación huelguista de los mencheviques, que coincide con la intervención, determina que todos

estos partidos sean declarados fuera de la ley.[37] Es cierto que no se trata todavía de una medida definitiva; más adelante Lenin hará invitar a que concurran al *Vtsik* a sus viejos adversarios, Mártov, Dan Abramóvich, a los que no teme y cuya oposición juzga útil.

A finales de junio, coincidiendo con las victorias de los checoslovacos y los desórdenes en el campo, llega a su apogeo la agitación menchevique en las ciudades. Un comité de delegados obreros proclama en Petrogrado, para el día 2 de julio, la huelga general: es un fracaso, pero paran bastantes empresas. El 21 de junio, unos desconocidos matan a tiros de revólver, cuando regresaba de un mitin en la fábrica, al tribuno Volodarski, orador y publicista ardiente. Es el primer atentado político de la contrarrevolución que tiene éxito.

Estado de clase, ejército de clase

Tanto falta trigo como hacen falta armas. Pan y un ejército, o la República está perdida. «El voluntariado —dirá muy pronto Trotski— no ha justificado nuestras esperanzas sino en una tercera parte». El naciente ejército rojo atrae a demasiados elementos inestables que acuden a él para hacerse alimentar durante algún tiempo y... para procurarse armas. Por otra parte, el país socialista no puede ser defendido realmente sino por la totalidad de los ciudadanos hábiles. Las condiciones de la guerra moderna exigen la movilización de las masas. Los dirigentes de la revolución lo saben perfectamente. El voluntariado no es, a sus ojos, sino una «transacción provisional surgida de circunstancias trágicamente difíciles». El Ejecutivo Panruso de los Soviets votó el 22 de abril la instrucción militar general y obligatoria para los hombres de dieciséis a cuarenta años (la instrucción de los jóvenes de dieciséis a dieciocho se califica de preparatoria). Esta instrucción debe dárseles por lo menos durante doce horas por semana, en el transcurso de ocho semanas. Al mismo tiempo que esta medida, el Ejecutivo votó el texto del juramento

---

37 En estas circunstancias, la situación de los socialdemócratas mencheviques es de lo más falsa. Los socialistas-revolucionarios de derecha defienden arma en mano el mismo programa práctico que ellos (asamblea constituyente, retorno a la democracia); sin embargo, los mencheviques rehuyen acudir a las armas, limitándose, según afirman, a la propaganda y a la acción obrera, con la esperanza de llegar a ser, en el seno de la futura democracia, el partido de la oposición obrera. Se les acusa —con razón— de ser los cómplices de los blancos y de los checoslovacos. Ellos desmienten estas «aseveraciones calumniosas» y «ponen los puntos sobre las íes...»; por ejemplo, que los obreros mencheviques se declaran neutrales cuando los guardias rojos se baten contra los chevoslovacos o con las partidas de Sávinkov.

de los soldados rojos:[38] «Yo, hijo del pueblo trabajador, ciudadano de la República de los Soviets, acepto el título de soldado del ejército obrero campesino, y juro aprender el oficio de las armas, conservar cuidadosamente mis armas, municiones y equipo, ser disciplinado, defender mi dignidad y la de los demás, orientar todos mi pensamientos y todos mis actos hacia el magno objetivo de la emancipación de los trabajadores, y no escatimar mis fuerzas ni mi vida en favor de la República de los Soviets, del socialismo y de la fraternidad de los pueblos. ¡Que sea yo despreciado y castigado si falto a este juramento!»

Las ofensivas victoriosas, sin violencia alguna, de los checoslovacos, revelan la importancia militar de la República. Los checoslovacos, dispersos por los inmensos territorios desde el Volga a Vladivostok, no constituyen en ninguna parte una fuerza verdaderamente respetable; pero su cohesión, su disciplina, su resolución, los hacen temibles por contraste con la desagregación y la desorganización que reinan en torno suyo. A lo largo del Transiberiano y en la región de Cheliabinsk, los Soviets locales no oponen una verdadera resistencia a la intervención. Algunos Soviets intentan desviar la lucha necesaria en detrimento de las localidades próximas. No se dan cuenta de la gravedad de los acontecimientos. Creen en malas inteligencias, en motines parciales, en incidentes que acabarán por arreglarse; no ven que se trata de la guerra, de una guerra a muerte. Cuando los checos ocupan Cheliabinsk, el Soviet, que ha tolerado sin reaccionar los preparativos que ha venido haciendo el enemigo durante nueve días, se enzarza en inútiles deliberaciones que duran dos días, se niega a armar a los prisioneros húngaros que se le ofrecen y no hace caso de las fuerzas obreras que se forman espontáneamente. Otros Soviets, especialmente en Siberia, negocian con los checos, conciertan treguas, facilitan la acción del enemigo, en realidad por inconsciencia política. No se aplica en ninguna parte la orden implacable de Trotski: fusilad a todos aquellos que se niegan a entregar sus armas.

¡Transigencia que pagarán cara! Sin embargo, existen aquí y allá unidades del antiguo ejército que, aunque desorganizadas, hubieran podido utilizarse. (Las mejores guardias rojas se baten en Siberia contra el atamán Semenov, en los confines de Manchuria, y en otras partes con

38 Todos estos textos son redactados por Trotski y votados a propuesta suya. El decreto sobre instrucción militar empieza con estas palabras: «Liberar a la humanidad del militarismo y de la barbarie de los conflictos sangrientos entre los pueblos es uno de los objetivos esenciales del socialismo...»

las partidas blancas.) La iniciativa de las masas revolucionarias, la que había hecho que la revolución de octubre fuese una marcha triunfal en noviembre y diciembre, no aparece ahora por ninguna parte, y esto es debido a varias razones: la primera selección que se hizo privó a los Soviets locales de las mejores fuerzas revolucionarias; el país, además, vive bajo la sensación de que ha triunfado, y de ahí el aflojamiento de tensión; las privaciones y los peligros producen entre los trabajadores, que han quedado en la retaguardia —porque eran elementos atrasados—, cierto desfallecimiento; los campesinos vacilan. De aquí en adelante, hay que sustituir la iniciativa de las masas, que se va apagando, con la compulsión y la organización; hay que sustituir la insurrección permanente de las partidas con un ejército regular.

La energía inflexible e incansable de Trotski hace frente a todo el trabajo de organización de aquel ejército que se trata de sacar del caos. Hay que quebrantar numerosas resistencias en el seno de la revolución misma. Los socialistas-revolucionarios de izquierda y los comunistas de izquierda, que responden a un estado de espíritu muy extendido, defienden el sistema de guerrillas, combaten la teoría del ejército revolucionario, se oponen al empleo de antiguos oficiales. Los comunistas de izquierda fustigan en sus tesis «el restablecimiento en la práctica del antiguo cuerpo de oficiales y del mando de generales contrarrevolucionarios». Defienden el principio de la electividad de los jefes. Pero la realidad, que les asesta crueles desengaños, acabará en algunos meses con estos desacuerdos.

El proletariado no tiene jefes militares: «Que tome a su servicio a los que han estado también al servicio de otras clases», dice Trotski. Pero estos oficiales, estos generales, ¿no son contrarrevolucionarios? Sí. Se establece la dualidad de mando. Junto a cada oficial se coloca un «comisario», consejero y garante político. El comisario recibe los informes al mismo tiempo que el comandante, a cuyas órdenes aplica su contraseña, «atestiguando así ante los obreros y los campesinos que no constituyen maquinaciones contrarrevolucionarias». Solo al comandante incumbe la responsabilidad de las operaciones. El comisario no tiene que entrar en la apreciación del acierto militar de las órdenes dadas; en caso de no estar conforme con ellas desde este punto de vista, no tiene otro deber que manifestarlo así al Consejo Militar Revolucionario. (Orden del Comisario de Guerra, del 6 de abril de 1918.)

Se adoptan medidas para *obligar* a los oficiales a servir en el ejército rojo. «Acabemos con el parasitismo militar; con ello suprimiremos las reservas de la contrarrevolución. El pueblo es quien ha pagado los gastos de la instrucción que han recibido los oficiales. ¡Que le sirvan, pues!» (En un llamamiento dirigido a los oficiales que se han unido al atamán Krasnov y han incendiado la región del Don, se les promete el perdón del proletariado y *que se les dará colocación* si se entregan inmediatamente. Los que no lo hagan serán fusilados.) Por otra parte, es necesario obligar a que se respete a los oficiales y a los generales, «aunque sean conservadores, si se prestan a trabajar en las difíciles circunstancias presentes; tienen más mérito que los falsos socialistas intrigantes...», y «estamos encontrando entre ellos una cantidad de hombres valiosos muy superior a la que nosotros esperábamos...»[39]

Los mencheviques no pierden la oportunidad para evocar en el Ejecutivo Panruso de los Soviets la sombra del bonapartismo. «¿Un ejército? ¿Generales? ¡Cuidado con los Kornílov, acordaos de Napoleón!» El organizador del ejército les contesta con voz metálica, autoritaria y burlona: «¿Kornílov? Pero sí vosotros fuisteis los que lo alimentasteis y formasteis. Nuestro ejército será un ejército de clase, así como nuestro Estado es un Estado de clase. Afirmamos y proclamamos el monopolio proletario del ejército.» Si nuestros generales quieren imitar a los que les han precedido en la historia de las revoluciones, sabremos recordarles nuestra ley. Observamos que Dan y Mártov citan equivocadamente la historia de Francia, y pierden de vista que el bonapartismo no puede revestir, en el siglo de las grandes industrias mecánicas, del capital financiero y del proletariado, unas formas tan rudimentarias como las de finales del siglo XVIII.

No es que falte a los jefes militares el deseo de representar el papel de Pichegrú. El almirante Chastny inicia la serie de traiciones. Se había distinguido en los últimos días de abril salvando la escuadra del Báltico, que se hallaba bloqueada por los hielos en Helsinki e iba a caer en manos de los alemanes. Chatsny la condujo a Kronstadt. Las instrucciones que tenía eran: defender la escuadra y tener preparada su destrucción para el caso en que cayese en manos del enemigo. El Almirante atizó la desconfianza de las tripulaciones en contra de aquel gobierno, al que acusaba disimuladamente de querer destruir la escuadra... Algunos oficiales de la división de minadores lanzaron la consigna de la «dictadura

39 L. Trotski, *Cómo se procuró armas la revolución,* t. I. Documentos de abril-junio, 1918.

de la escuadra». Trotski hizo arrestar al Almirante. Cuando los señores almirantes y los señores generales se dedican, en tiempos de revolución, a hacer su propio juego político, deben contar con cargar con toda la responsabilidad. «El almirante Chastny ha perdido la partida», decía Trotski al Supremo Tribunal Revolucionario el 20 de junio. El Almirante fue fusilado.



> Obreros alemanes durante la revolución de los consejos en 1918.

CAPÍTULO VIII

La crisis de julio-agosto

Mapa de Rusia

Los meses de julio y agosto de 1918 son los más críticos. La propia crisis de 1919, aunque más larga, más sombría, más dolorosa, no llegará al paroxismo de esta guerra de clases. Después de haber sufrido el choque del imperialismo germánico, la República de los Soviets se ve sometida al choque de la intervención de los aliados en el mismo corazón del país. La coalición monstruosa de los aliados y de los austroalemanes contra ella, tiene una realización práctica en el momento en que Ludendorf desata en el Somme y a lo largo del Aisne sus últimas y desesperadas ofensivas en dirección a París... El atamán Krasnov, que domina la región del Don, recibe al mismo tiempo armas y municiones de los alemanes y el aliento de los aliados.

Fijémonos en el mapa. Los finoalemanes desbordan la frontera finlandesa y amenazan la línea de Murmansk. Los aliados (los británicos) ocupan Kem, Onega, Arkangelsk, Chenkursk, al norte de Murmansk. El frente norte ocupa una extensión de 1.400 kilómetros. El frente alemán se extiende en línea casi recta desde el golfo de Finlandia hasta Ucrania, en una distancia de 600 kilómetros. Los alemanes son dueños de Pskov y de Minsk. Ocupan toda Ucrania. El atamán Krasnov establece un Estado contrarrevolucionario en el territorio de los cosacos del Don (Rostov). El Kuban se halla casi enteramente ocupado por los blancos (general Alexeiev). Ya sabemos que la Georgia menchevique es «independiente». Bakú llama a los ingleses. Los frentes del sur se extienden por más de 1.500 kilómetros. Los cosacos de Dutov se han lanzado al campo en la región de Oremburgo (sur del Ural). Los checoslovacos se hacen fuertes en el Volga, en Kazán, Simbirsk (hoy Ulianovsk) y Samara; Kursk, Voroneg, Tsaritsin (hoy Stalingrado) se

encuentran amenazados. La República se reduce prácticamente al territorio del Gran Ducado de Moscovia, tal y como era en el siglo XVI. Las embajadas de los aliados se encuentran en Vologdá. Más al interior, la contrarrevolución se apodera de Yaroslav, amenaza Ribinsk, Kostroma, Murom, Nijni-Novgorod, en la vecindad inmediata de la capital. Los campesinos ricos fomentan sublevaciones en el campo. Las provincias de Tambov, Riazan, Yaroslav, Penza, son presa del insurreccionalismo rural de los *kulaks*. Ya tendremos ocasión de seguir de cerca los acontecimientos no menos graves que se desarrollan en Moscú y en Petrogrado. El peligro está en todas partes.

Los datos siguientes permitirán hacerse una idea del grado a que llegó el hambre. La población de las grandes ciudades se encuentra dividida, desde el punto de vista de racionamiento, en cuatro categorías: 1) trabajos de fuerza; 2) trabajo físico ordinario y trabajo intelectual intenso; 3) trabajo intelectual, y 4) ociosos. Veamos ahora, como ejemplo, las raciones que se entregaron en Petrogrado los días 3 y 4 de julio y los días 14 y 15 de agosto a dichas categorías:

> 3 y 4 de julio. Ración para dos días. 1ª categoría: 200 gramos de pan, dos huevos, 400 gramos de pescado, cinco arenques; 2ª categoría: 100 gramos de pan, dos huevos, 400 gramos de pescado, cinco arenques; 3ª categoría: 100 gramos de pan, 400 gramos de pescado, cinco arenques; 4ª categoría: 50 gramos de pan y cinco arenques.
>
> 14 y 15 de agosto. Ración para dos días: 1ª categoría: 200 gramos de pan; 2ª categoría: 100 gramos de pan; 3ª categoría: 50 gramos de legumbres secas y cinco arenques; 4ª categoría: cinco arenques.

El 2 de julio los aliados ocupan Murmansk. Se proponían, así lo dicen oficialmente, proteger los depósitos de armas, víveres y municiones que hay en este puerto contra las acometidas de los finoalemanes. La misión militar francesa provee de armas a los prisioneros de guerra serbios e italianos y los dirige hacia el norte. Todavía vacilan los gobiernos aliados con respecto a la intervención, pero la paz de Brest-Litovsk, calificada de «traición a la causa de los aliados», y las grandes ofensivas de los alemanes en el frente francés que han seguido a dicha paz, han creado en Europa occidental, hasta en las masas populares que aceptan en muchos sitios la leyenda que presenta a los bolcheviques como «vendidos al Káiser», un estado de espíritu relativamente favorable a la intervención. La llegada de las tropas americanas a Francia remedia la crisis de efectivos y permite pensar en operar en Rusia. Por otra parte,

los hombres de Estado empiezan a comprender la naturaleza social del bolchevismo. Como es natural, los que más clara idea tienen de esta cuestión son los embajadores aliados que se han refugiado en Vologdá. Sabemos ya que Francis, embajador de los Estados Unidos, y Noulens, embajador de Francia, son partidarios de la intervención; el encargado británico de negocios, Lockhart, comparte sin reservas su opinión. Las misiones diplomáticas y militares que tienen los aliados en Rusia desempeñan en este momento un doble papel: han de impedir que se afirme el poder de los Soviets y demostrar a los gobiernos de Londres, París y Washington, mediante los triunfos de la contrarrevolución en el interior, la oportunidad y las grandes probabilidades de éxito que tendría una intervención enérgica.

Mientras los japoneses ocupan Vladivostok, cristalizan en Siberia varios gobiernos contrarrevolucionarios y los checoslovacos se escalonan a lo largo del Transiberiano.

Es necesario tener muy presente este mapa de Rusia para seguir los acontecimientos.

Los jefes

Detengámonos un momento a estudiar a los hombres que dominan esos acontecimientos. Andando el tiempo adquirirán figura de gigantes. Se buscará con avidez, detrás de los actos, de los hechos y de las fechas históricas, sus rasgos humanos. Sin embargo, ¡cuán sencillos se nos presentan en este momento, dentro de su grandeza familiar! Ha terminado entre ellos el reparto de papeles: cada cual se halla dedicado a su tarea.

Vladímir Ilich Uliánov («N. Lenin» es el viejo seudónimo del escritor que vive fuera de la ley) tiene cuarenta y ocho años. Es un hombre de mediana estatura, bastante ancho de espaldas, más bien corpulento, de andar rápido, de ademanes vivos. Pómulos pronunciados, nariz carnosa, frente muy ancha, alargada por la calvicie. Una barbilla, tirando a roja, alarga su ancho rostro, en el que unos ojos azules brillan con malicia. La impresión que da es de salud, de equilibrio, de fuerza sin complicaciones. Tanta sencillez asombra en el hombre de genio. Ríe de buena gana, es de apariencia jovial y bonachona; cuando escucha, con la frente apoyada en la mano, toma a veces una expresión de astucia, a veces entorna los ojos, se endurecen sus facciones y adquiere, una terrible expresión de firmeza pensativa; pero una de sus expresiones habituales es abrir la boca en una sonrisa plena, divertida, aprobador como para decir: «¡Claro, eso es!» o

sarcástico. Como orador no conoce el énfasis, es extraño a toda retórica, busca encarnizadamente convencer, demostrar, mediante una dialéctica rigurosa, de sentido común fundamental, y apoyada en terquedad; de ademanes, breves, francos, que de alguna manera materializan la argumentación. Orador y publicista, está dotado de un realismo poderoso que arrebata e impone el convencimiento. De origen burgués. Su vida: a partir de los veinte años, después de salir de la universidad (San Petersburgo), se dedica a la propaganda y a la agitación. Recuerdos: el de un hermano, joven terrorista, que ha muerto en la horca. Un año de prisión, dos de destierro en Siberia, emigración a Múnich, después a Londres; fundación del partido, las polémicas, las luchas incesantes, el estudio y la elaboración de un sistema de doctrina, la acción clandestina dentro de Rusia durante la revolución de 1905, los congresos internacionales, el trabajo cotidiano en Ginebra, París, Cracovia y Zúrich durante la guerra. El mismo esfuerzo perseverante cumplido durante quince años: organizar el partido, preparar la revolución. La misma existencia de una regularidad paradójica de revolucionario profesional, en Inglaterra, en Suiza, en Francia, en Galizia; mediocres habitaciones, bibliotecas, redacciones de pequeñas hojas clandestinas, reuniones; los camaradas, el té, los grandes paseos en bicicleta... No han faltado horas negras; pero jamás ha tenido un desfallecimiento, jamás ha conocido la duda. El sabio domina cuatro lenguas (ruso, inglés, alemán y francés), la sociología marxista, la historia del capitalismo y del movimiento obrero, la política rusa a fondo. Para refutar la tendencia idealista del partido, se dedica a la filosofía. El revolucionario que tiene la experiencia de tres revoluciones. El rasgo esencial de su carácter es la unidad de la acción, del pensamiento, de la palabra, de la vida individual y de la misión política. Lenin está tallado de una sola pieza, vive todo entero en tensión perpetua hacia su objetivo, que es también su misión y que se confunde con la misión del proletariado. Su prestigio de fundador del partido y de guía de la revolución es inmenso; sin embargo, dentro del partido que él ha formado nadie teme contradecirle, y eso le satisface. Hombre utilitario, que llega a veces a la brutalidad, no ha manchado jamás sus manos. En este momento es el jefe del partido y del gobierno. Traza los caminos y apunta al objetivo final. Es el cerebro de la revolución. «Lenin es una asombrosa máquina de pensar, un mecanismo voluntario y lógico de una precisión y de una fuerza increíbles que se ha hecho carne con el gran movimiento revolucionario, que se ha adaptado maravillosamente a él, que forma parte integrante de él, que es su motor».[1]

---

1 *Cuarenta cartas de Jacques Sadoul.* Encontramos en este libro retratos magníficos de los hombres de la Revolución rusa; son de un parecido sorprendente, aunque trazados un poco a la ligera.

León Davidovich Trotski (cuyo verdadero nombre era Bronstein) se nos aparece con frecuencia como el igual de Lenin, aunque gustoso le reconozca a este la preeminencia (cosa que no tiene importancia alguna).[2] Los dos jefes fueron elegidos en el VII Congreso del Partido con el mismo número de votos para el Comité Central. Treinta y nueve años. Esbelto de talla, ancho de espaldas y de postura marcial, con una sobria elegancia natural. Rostro alargado, frente alta, cabellera abundante, que se abulta en mechones rebeldes; verdes los ojos, la mirada viva, penetrante, astuta, aguzando, tras los cristales de sus lentes, sus reflejos metálicos; el perfil bien acusado, la boca grande, acentuando la firmeza, que a veces se convierte en dureza, de sus facciones. Barbilla poco poblada, en punta, subraya la fuerza y la sagacidad de aquel rostro. Carácter a la vez reservado, distante y agradable. Gesto autoritario, como el acento. En la tribuna, una voz de timbre sorprendente, que llega lejos, que restalla frases breves, incisivas, mordaces, construidas con la seguridad de una dialéctica siempre clara. Fórmulas de precisión científica y de forma impecable. Una ironía amarga, desdeñosa y afilada que penetra en el adversario. Aquella palabra, expresión de inteligencia y de voluntad concentrada, levanta en vilo a las multitudes porque sabe expresar la grandeza, la fuerza y la necesidad en términos de claridad épica. El estilo del publicista iguala al del orador, con una notable correspondencia entre el fondo y la forma. Biografía: nació en 1879, en el gobierno de Jerson, de origen judío y burgués. Revolucionario desde los diecisiete años. Miembro a los dieciocho o diecinueve años de la Unión Obrera del Sur de Rusia (clandestina, naturalmente), en Nikolaev. Dos años de cárcel (educación marxista en la prisión). Dos años de destierro en Ust-Kut (Siberia). Evasión. Emigración. Viena, Zúrich, París, Londres, primer periodo de colaboración con Lenin en 1903 en la redacción de *Iskra.* Después de la escisión del partido socialdemócrata, en 1903, se separa de Lenin por cuestiones de organización y se une por corto tiempo a la oposición minoritaria (menchevique); pero como los mencheviques se manifiestan pronto partidarios de la colaboración con los liberales, los abandona y permanece al margen de ambas fracciones, más bien a la izquierda de los bolcheviques. Regresa clandestinamente a Rusia durante la revolución de 1905. Adversario de todo oportunismo

2 «Trotski proclama rotundamente con gran delicadeza, y lo que es todavía mejor, con una entera sinceridad, que Lenin es el jefe indiscutible de la Revolución rusa». «Lenin y Trotski dan a todos cuantos los ven de cerca el ejemplo de la unión más íntima y de la colaboración más fecunda». Jacques Sadoul, 11 de mayo de 1918, *op. cit.* Esta colaboración en una completa comunidad de pensamiento y de acción hace recordar la de Marx y Engels.

y partidario, ya entonces, de la dictadura del proletariado y de la revolución socialista, colabora con los bolcheviques. Presidente del Soviet de Petrogrado. Detenido con el resto del Soviet el 3 de diciembre. Cárcel, trabajos sobre historia y teoría, deportación a Obdorsk, junto al Obi, en las regiones árticas, evasión y fuga al extranjero. Viena, colaboración con los socialistas alemanes y austriacos, publicación de *Pravda* con Iofe. Corresponsal de guerra en los Balcanes. Expulsado de Austria en 1914; internacionalista durante la guerra, condenado en Alemania; redacta en París el *Nache Slovo* y colabora con los sindicalistas franceses de *Vie Ouvrière.* Expulsado de Francia en 1916. Expulsado de España, se dirige a Nueva York; colabora en la prensa revolucionaria de América. Salida a Rusia en los comienzos de la revolución e internamiento en Canadá. Se afirma desde entonces en un concepto de revolución análogo al de los bolcheviques. Regreso a Petrogrado; después de los disturbios de julio, estancia en las cárceles de Kérenski... El teórico ha ido adquiriendo durante estas luchas, simultáneamente al estudio, una cultura europea. Cuatro lenguas. El organizador principal de la insurrección de octubre tiene ahora a su cargo la organización de la defensa de la República de los Soviets. Hace la guerra, forja la espada, carga sobre sí la responsabilidad de todos los frentes. Encarna, en su forma más elevada, la resolución de vivir la revolución.

Lenin y Trotski tienen en común su método de trabajo, fundado en la puntualidad, la economía de tiempo y de fuerzas, la disciplina, la responsabilidad y la iniciativa de los colaboradores. Los dos han nacido para organizadores; y forman equipos enteros de organizadores.

Hace falta completar la defensa exterior con la defensa interior. El hombre al que ha confiado el partido la difícil misión de descubrir la conspiración permanente, de ser la vigilancia, la severidad y el terror al servicio del proletariado, se llama Félix Edmúndovich Dzershinski. Es alto, flaco, de rasgos angulosos de mirada penetrante. Sus enemigos mortales —y lo son todos los que tiene, porque la lucha entre ellos y él es una lucha a muerte— admiran su probidad ascética, su inquebrantable firmeza, su asombrosa capacidad de trabajo. Cuarenta y un años. Polaco, de origen burgués. Revolucionario marxista desde los dieciocho años. Cinco veces encarcelado, tres veces deportado, otras tantas evadido, condenado en 1912-1914 a diez años de trabajos forzados, presidiario durante cinco, liberado al caer el zarismo; miembro del Comité Revolucionario Militar de Petrogrado que llevó a cabo la revolución de octubre; presidente de la Comisión de Represión de la

Contrarrevolución (*Vecheca*) desde que se fundó, el 7 de diciembre de 1917. Dzerzhinski es un hombre de fe. Había consagrado su vida desde su adolescencia, con ardor de poeta, a la transformación del hombre y de la vida. Su *Diario* de prisión está empapado de un profundo idealismo. «Estaba dotado del más profundo amor por los hombres —ha escrito Karl Radek—, y lo único que le daba fuerza para bajar inflexiblemente la espada de la revolución era su convicción de que cualquier debilidad podría acarrear calamidades a las masas».

Detrás de Lenin se vislumbra la elevada estatura y el rostro de intelectual de Jacobo Mijailovich Sverdlov,[3] que nos es ya conocido. Es el organizador por excelencia del partido y de la República, cuya Constitución acaba de redactar.

Grigori Evseich Zinóviev (Radomyslski), colaborador de Lenin desde 1907, ensayista, vulgarizador y tribuno, le toca defender en Petrogrado una de las posiciones más avanzadas y más amenazadas de la República. Presidente del Comité Ejecutivo de la Comuna del Norte, es el dictador de una gran ciudad obrera, hambrienta, asolada por el cólera, que está expuesta a todos los golpes de mano. Su colaborador, Volodarski, obrero sastre que ha regresado de América, orador y publicista implacable, acaba de ser asesinado por unos desconocidos (por los socialistas-revolucionarios de derecha, como se descubrirá andando el tiempo, cuando el organizador de este atentado se afilie al bolchevismo). La cabeza de alborotada cabellera de Zinóviev, rostro lampiño, algo blanduzco, porte descuidado, gestos amplios, voz baja, a veces estridente, de dicción clara, lenguaje implacable, afronta con frecuencia y domina en los establecimientos industriales de la antigua capital el descontento y la cólera de un proletariado cuyos mejores hijos se encuentran en el frente, y que se muere de hambre.

No podemos pasar sin nombrar aquí a un hombre que está fuera de nuestra vista: el doctor Adolfo Abramóvich Iofe, embajador de la República en Berlín, acreditado cerca de su majestad imperial y real Guillermo II. Funciones delicadas, a las que conviene una penumbra discreta; funciones importantes, que requieren una capacidad fuera de lo corriente. Los cimientos del Imperio de Alemania están socavados, se oye crujir el edificio. Su derrumbe significa la salvación de la Revolución rusa, tal vez la señal de la explosión revolucionaria en Europa. El

3 Véase en el capítulo IV (La Constituyente, Derrumbe) la nota biográfica consagrada a I. M. Sverdlov.

primer embajador bolchevique que ha izado sobre su mansión de Berlín, en tiempo de guerra, la bandera roja, tiene la misión paradójica de evitar una reanudación de las hostilidades y de preparar la revolución alemana. Ningún espartaquista tiene su casa tan vigilada como Iofe su palacete; nadie le gana a practicar el culto de las apariencias... Pero lleva a cabo su misión. El doctor Iofe tiene treinta y cinco años, frente amplia, tipo semítico muy pronunciado, labios gruesos, barba asiria, el porte serio de hombre de negocios o de ciencia que se ha formado en Berlín. A los dieciséis años era ya socialdemócrata en su ciudad natal, en Crimea. Ha hecho sus estudios médicos en Alemania; expulsado, por lo demás por el canciller Von Bülov, en 1907. Ha pasado varias veces por la cárcel, ha organizado el transporte clandestino de propaganda impresa hasta el Cáucaso, la evasión de un camarada del Potemkin en Sebastopol, ha ejecutado innumerables misiones clandestinas en Rusia durante los años de reacción, ha sido condenado a trabajos forzados y deportado durante cuatro años (hasta la revolución) en el gobierno de Tobolsk. La revolución se halla dignamente representada cerca del Káiser... El primer embajador de la revolución en Alemania debía cumplir con una larga y brillante carrera diplomática revolucionaria. Dirigió las negociaciones de paz con Estonia, Lituania, Letonia y Polonia (1920-1921); representó a los Soviets en China, en donde logró conducir a Sun Yat-Sen a la orientación soviética, a Tokio, luego a Viena (1925). Atacado de un mal incurable, puso fin a sus días en 1927, en Moscú, solidarizado por vez suprema, con la oposición del PC.

Otra gran figura hay que tampoco aparece en esta obra en el primer plano, aunque se encuentre en él. Tenemos, por fuerza, que concentrar nuestra atención en el corazón mismo de los acontecimientos, descuidando deliberadamente las peripecias de la revolución en Ucrania. El bolchevismo apoyado por las sublevaciones de los campesinos disputa este género de abundancia a la dictadura de Skoropadski, que se apoya en la ocupación alemana. El hombre del bolchevismo en Kiev se llama Christian Racovski. En este momento negocia la paz entre Ucrania y la República de los Soviets. En realidad, observa, espera, lucha y prepara. Será luego, durante años, el jefe del gobierno soviético en Ucrania, el alma de la revolución proletaria en este país devastado en el transcurso de cuatro años por una quincena de invasiones y de retornos ofensivos de la contrarrevolución. Christian Racovski es, en la flor de la edad, un viejo socialista europeo, concurrente asiduo a los congresos internacionales, afrancesado por largas permanencias en París, rusificado por sus largos contactos con los rusos. Búlgaro de origen, rumano de

nacionalidad, lleva un nombre que figura en la historia de Bulgaria y que acaba de entrar en la historia de Rumanía. Internacionalista revolucionario durante la guerra, como lo había sido siempre, vinculado a la idea de una federación socialista de los Balcanes, perseguido varias veces, temido en Bucarest como el enemigo mortal del régimen, acechado por el asesinato, sale de la prisión de Jassy, el primero de mayo, aclamado por los soldados rusos que le habían abierto las puertas, y forma muy pronto, en Odesa, el primer gobierno revolucionario de la República rumana. Ágil y esbelto, latino por su aspecto y por su inteligencia, ese caballero de hermoso rostro impasible, ese tribuno de voz cimbreante, une a la firmeza revolucionaria más inquebrantable una inteligencia occidental infinitamente ágil.

El partido y los hombres

Detrás de estas grandes figuras de primer plano hay, sin duda, multitud de otras prontas a remplazarlas si llegasen a desaparecer; figuras activas, enérgicas, grandes también. La revolución tiene abundancia de hombres porque ha despertado a la actividad creadora las masas incontables de las clases sociales, rebosantes de savia joven que antes se perdía. Las figuras de segundo plano son numerosas y dignas de estudio. Entre ellas abundan también las que solo esperan la ocasión propicia para erguirse con una grandeza todavía mayor. Sin embargo, la selección de jefes que se ha realizado no tiene nada de arbitrario ni de injusto; el paso de los años nos permite juzgarla. Esa selección la han impuesto veinte años de preparación revolucionaria y dieciocho meses de tormentas; no es obra de la arbitrariedad de un congreso ni de componendas electorales.

Sin duda alguna que la grandeza y fuerza de estos hombres se debe a la grandeza y fuerza del partido, que es, a su vez, grande y fuerte cuando lo son las masas y las clases sociales.

No vamos aquí a profundizar en el problema del papel que la personalidad desempeña en la historia. Las clases, las masas, el partido, actúan a través de los individuos, demostrando precisamente su aptitud para la victoria en la elección que hacen de individuos. De haber sido asesinados Lenin y Trotski en septiembre de 1917, ¿no se habrían reducido en una proporción inconmensurable las probabilidades de victoria de la revolución? De haber desaparecido en las circunstancias actuales, en los meses de julio y agosto

de 1918, ¿no podría compararse su desaparición a la del lobo de mar experimentado que, a bordo de un navío zarandeado por la tempestad en pleno océano, resume en su cerebro el máximum de probabilidades de salvación? Lenin tenía este temor. «Dígame —preguntaba cierto día a Trotski—, si los blancos nos matan a usted y a mí, ¿serán capaces Bujarin y Sverdlov de salir adelante?» La frase inglesa, de una extraordinaria exactitud en los negocios, *the right man in the right place* (el hombre que conviene en el cargo que conviene) puede aplicarse más exactamente aún a la lucha de clases. Y es seriamente significativo que el Antiguo Régimen, primero, y la burguesía rusa luego, no hayan acertado a dar con los hombres que les hubieran hecho falta, ni hayan sabido colocarlos en el lugar que les correspondía, mientras que el proletariado dio con ellos en el acto; también es significativo que en todo el mundo, y cada vez más, la burguesía se ve en la necesidad de pedir prestados jefes políticos y estadistas, si no al proletariado, por lo menos al socialismo.

Ya hemos visto cómo Lenin, al poner de relieve la importancia de la autoridad individual como salvación, demostraba la compatibilidad de la dictadura personal con la dictadura del proletariado. En efecto, la fuerza inmensa de las clases revolucionarias se nos representa como una fuerza elemental que es necesario canalizar, encauzar, dirigir, organizar, para que sea capaz de vencer a las fuerzas ya organizadas de las clases contrarrevolucionarias. Una clase social bien organizada, bien dirigida, acabara por imponer su ley a otras clases mucho más fuertes que ella, pero desprovistas de organización y de dirección. Es una diferencia parecida a la que existe entre un pequeño ejército y una turba numerosa. El partido es, dentro de las masas obreras y campesinas, el fermento organizador. En tales momentos su función es múltiple: es la expresión de las aspiraciones más generales y más urgentes de las multitudes, las traduce en actos conscientes; atrae, moviliza, encuadra y disciplina a los elementos más activos de las clases que representa; elige entre ellos administradores, agitadores, jefes; establece entre los jefes y las masas contactos y continuos intercambios recíprocos en las grandes asambleas, en los congresos, en los mítines o en el trabajo cotidiano; asegura, en fin, en el seno de la clase obrera, el predominio del elemento consciente sobre los elementos retrasados, la victoria de la inteligencia y de los instintos superiores sobre las influencias extrañas, las taras hereditarias, los instintos inferiores.

El V Congreso de los Soviets

Los anglofranceses desembarcan el uno de julio en Murmansk; los blancos entran el dos en Oremburgo; los checos entran el tres en Ufá. El V Congreso Panruso de los Soviets se reúne el día cuatro.

Se hallan presentes 1.164 diputados, de ellos 773 son comunistas; 353, socialistas-revolucionarios de izquierda; 17, maximalistas; 10, independientes; 4, anarquistas; 4, socialdemócratas internacionalistas, 3, representantes de nacionalidades. Se abre el congreso con una declaración urgente del comisario de guerra Trotski. Se entabla inmediatamente la batalla política. En las tropas rojas, que se hallan en la región de Kursk, en las proximidades de la frontera ucraniana defendida por los alemanes, se alimenta una inquietante agitación. Se excita a las tropas a emprender la guerra contra los alemanes. Algunas unidades reclaman la ofensiva. Un comisario ha sido asesinado, un jefe de brigada, herido. Algunas partidas de guerrilleros llevan a cabo incursiones en territorio ucraniano. Unos energúmenos han amenazado con sus granadas al presidente de la delegación de paz en Ucrania, Racovski. Hay que, acabar con esa situación. «He dado la orden —dice Trotski— de fusilar a los agentes del enemigo que fomentan estos desórdenes; solicito la aprobación del congreso». Estalla en la sala una salva de alaridos. «¡Fusilador! ¡Kérenski!», gritan los socialistas-revolucionarios de izquierda. Su líder, Kamkov, aprueba abiertamente desde la tribuna «el poderoso y sano impulso que arrastra irresistiblemente a los revolucionarios rusos en ayuda de sus hermanos de Ucrania». Esta aprobación formal de las actividades de los guerrilleros que se esfuerzan por crear, de hecho, un estado de guerra, levanta protestas indignadas. La vehemencia de los socialistas-revolucionarios de izquierda sube en el acto hasta el paroxismo. «¡Dejadnos hablar —gritan— antes de fusilarnos!» Zinóviev defiende la proposición de Trotski, que es aprobada por dos tercios de mayoría. «La salvación de la República —se dice en aquella proposición— es la ley suprema. Quien a ella se oponga será suprimido.» Los socialistas-revolucionarios abandonan el salón a manera de protesta, luego vuelven y se reanuda el duelo con mayor violencia.

Maria Spiridonova[4] ataca a los bolcheviques con una vehemencia rayana en el histerismo. Habla de la Ucrania mártir y traicionada; acusa a los «usurpadores bolcheviques» de «saquear a la gente del campo»,

4 Maria Spiridonova, miembro del partido socialista-revolucionario, siendo todavía una estudiante muy joven, ejecuta en el año 1906 al gobernador de Tambov, que había reprimido con gran

de arruinar a los campesinos, de enviar secretamente a los alemanes trenes cargados de oro, de estar al servicio de Alemania... Lenin mueve la cabeza. Sus contestaciones, plagadas de interrupciones, son plenas de sentido común. «Un partido que permite que sus representantes más sinceros caigan en semejante cenagal de mentiras y de equivocaciones, está perdido». Pretender hacer pedazos el tratado de Brest-Litovsk equivale a poner alrededor del cuello de los campesinos el nudo corredizo de los terratenientes. Lo esencial es ganar tiempo: la República se afirma, mientras que los imperialismos han llegado al límite de sus fuerzas. La guerra civil es necesaria para el socialismo; los partidos no deben colocarse en el punto de vista del individuo víctima del hambre, sino en el del socialismo... Los socialistas-revolucionarios de izquierda levantan contra nosotros a los campesinos: ¡Guerra implacable, pues, a los socialistas que nos abandonan en el momento en que hay gente que se dedica a acaparar el trigo mientras otra gente se muere de hambre! No retrocederemos ante ninguna lucha. Haremos un recuento y nacionalizaremos todo, si es necesario. He aquí nuestras soluciones prácticas: monopolio y tasa del trigo; precio máximo; disminución de los precios de los artículos manufacturados en un 50 % para el campesino pobre y 25 % para el medio.

A ese punto han llegado los debates, en una atmósfera cargada de corrientes contrarias, cuando se recibe la noticia, el 6 de julio, a las cuatro, de que el embajador de Alemania en Moscú, conde Mirbach, acaba de ser asesinado, en el edificio de la Legación, por dos terroristas socialistas-revolucionarios de izquierda que pertenecían al personal de la Checa. El congreso, que celebra sus sesiones en el Gran Teatro, suspende inmediatamente sus trabajos, pero se prohíbe abandonar el local a los diputados socialistas-revolucionarios de izquierda. Éstos pasan la noche en una mortal inquietud, aguardando unas veces ser liberados por la insurrección que ellos han preparado y otras veces temiendo ser víctimas de una masacre llevada a cabo por los bolcheviques «agentes de Alemania».

---

crueldad los disturbios agrarios. Detenida y martirizada por los gendarmes, pasa luego once años en el presidio siberiano de Akatui, en el cual el régimen de vida es tan terrible que los condenados eligen el suicidio como protesta suprema. Maria Spiridonova, liberada por la revolución, llega a ser el líder del partido socialista-revolucionario de izquierda. Enemiga irreductible de los bolcheviques, fue después internada.

Asesinato del conde Mirbach. Levantamiento de los socialistasrevolucionarios de izquierda

El 6 de julio, hacia las tres de la tarde, se presentaron en la delegación de Alemania dos funcionarios de la Checa, que habían llegado en automóvil. Se decían portadores de unos documentos referentes a cierto teniente Mirbach, prisionero de guerra. El embajador, un secretario y los dos visitantes tomaron asiento en un pequeño salón tapizado de seda gris y rosa. Uno de los visitantes, Blumkin, abrió bruscamente su cartera, exclamando: «Vea usted, esta es una pieza que...», y sacó de ella una pistola browning, con la que hizo fuego a quemarropa contra el conde Mirbach. El embajador, herido, se precipitó hacia el salón de honor, que estaba al lado, y allí se desplomó. Los terroristas lo siguieron. Uno de ellos le arrojó una granada, que no explotó. El otro (Blumkin) la recogió del suelo y la arrojó de nuevo con fuerza contra aquel hombre caído a sus pies. El herido quedó despedazado. La fuerza de la explosión lanzó al terrorista por la ventana. Un centinela hizo fuego sobre él, su compañero lo llevó a rastras hasta el automóvil. Nadie los persiguió.[5]

Dzerjinski, delante del Comité Central del partido socialista-revolucionario de izquierda, supo allí que este partido asumía por completo la responsabilidad del atentado y quedó retenido como prisionero. El núcleo principal de las fuerzas socialistas-revolucionarias de izquierda, formado por un destacamento de tropas especiales de la Checa y mandado por Popov, aquella misma tarde, tomaba la ofensiva en distintos puntos de la ciudad. Se apoderaron por sorpresa del edificio central de correos y se apresuraron a telegrafiar a todas partes la orden de considerar como nulas y sin efecto las decisiones que pudiera tomar el Consejo de Comisarios del Pueblo, «puesto que el partido socialista-revolucionario sería de allí en adelante el único que gobernase». «El pueblo —declaraban los socialistas-revolucionarios de izquierda— quiere la guerra con Alemania». Sin embargo, la población asistía con una indiferencia, que tenía cierto matiz de hostilidad, a las operaciones de las tropas en las calles. Los socialistas-revolucionarios de izquierda disponían de 800 a 2.000 hombres, 60 ametralladoras, media docena de cañones y tres carros blindados. Se habían agregado a sus fuerzas algunos grupos de

5 He publicado ya en *La Vie Ouvrière* (fines de 1921), el relato minucioso de este atentado, tal cual me lo había referido uno de los terroristas, J. G. Blumkin, que acabó afiliándose al comunismo, después de haber escapado milagrosamente dos veces a la muerte en atentados cometidos contra él en Ucrania por sus hermanos socialistas-revolucionarios de izquierda, los «activistas», que le echaban en cara haberse aproximado a los bolcheviques. El compañero de Blumkin, Andreiev, luchó más adelante al lado de Majnó y murió.

anarquistas y de marinos del mar Negro. Como, según parece, habían ocultado a sus propios partidarios hasta el último momento que se trataba de arrancar por la fuerza el poder a los bolcheviques, el desconcierto moral de sus tropas los condenó muy pronto a la inacción. Su estrategia se limitó a hacer algunos disparos de cañón sobre el Kremlin.

Los bolcheviques contaban con los fusileros letones, hermosos restos del antiguo ejército, mandados por un oficial sin partido, pero leal, Vatsetis, y con un destacamento internacional, compuesto en su mayor parte de prisioneros de guerra húngaros, a cuyo frente se encontraba un comunista llamado Bela-Kun. El comandante de la plaza de Murálov contaba también con algunos destacamentos del ejército rojo, que se estaba formando. Estas fuerzas se hallaban colocadas bajo la dirección de dos de los hombres que habían tomado el Palacio de Invierno, Antónov-Ovséyenko y Podvoiski.

Desde el mediodía del día siguiente, la sublevación estaba vencida. Bastaron algunos obuses lanzados contra la sede del Comité Central del partido socialista-revolucionario de izquierda para poner en fuga a los insurrectos. Fueron detenidos cerca de 300. Se fusiló a unos cuantos: entre ellos a Alexandrovich, joven militante de mérito, que había tomado parte en todos los combates de Petrogrado durante el año 1917 y que gozaba del aprecio general. Suplente de Dzerjinski al frente de la Checa, había engañado a su jefe y a sus camaradas por disciplina hacia su partido y para preparar la insurrección. Murió valerosamente. Más que castigo a su crimen, su muerte fue tal vez el precio pagado por sostener la paz con Alemania.

El fin del bloqueo soviético

El partido socialista-revolucionario de izquierda se había suicidado. ¿Cuáles habían sido sus propósitos? Sus oradores lo habían dicho en el V Congreso: «Rasgar revolucionariamente el tratado de Brest-Litovsk, funesto para la Revolución rusa y para la revolución internacional; hacer un llamamiento a la solidaridad de los obreros alemanes...» y modificar la política del poder de los Soviets en relación con los campesinos. Este partido pretendía representar los intereses de los «campesinos trabajadores».

Este último punto es de gran importancia. Durante los debates que tuvieron lugar en el *Vtsik,* a mediados de junio, a propósito de los comités de campesinos pobres, preconizados por Lenin y amargamente combatidos por Mártov, los socialistas-revolucionarios de izquierda se

habían expresado en términos inequívocos. «Opinamos —decían— que se debe llevar la guerra civil al campo, contra los *kulaks;* pero nos parece una insensatez pretender establecer una distinción entre campesinos pobres y medios (para buscar apoyo en los pobres, en los proletarios o casi proletarios); no hay que contar solo con el campesino pobre, sino con el campesino de posición media, que será "el sostén más seguro de la revolución socialista en el campo"».[6] Los socialistas-revolucionarios de izquierda pretendían sustituir la fórmula de Lenin que hablaba de «los campesinos más pobres» por la de «campesinos trabajadores». En otros términos: mientras que los bolcheviques fundaban su política en el campo, en los intereses y en la energía del proletariado rural, los socialistas-revolucionarios de izquierda defendían los intereses de la pequeña burguesía rural —la masa de los campesinos medios—, con los que creían poder contar en la lucha contra los *kulaks.* De ahí arrancaban sus divergencias con los bolcheviques acerca de los problemas de avituallamiento. Mientras que los primeros contaban con la centralización para combatir la anarquía y el desbordamiento de los egoísmos individuales y locales, los socialistas-revolucionarios de izquierda hubieran querido dejar el máximum de autoridad y de iniciativa a los Soviets campesinos, que en la mayoría de los casos se hallaban, evidentemente, en manos de los campesinos medios.[7]

Estas divergencias se definieron y agravaron durante las discusiones suscitadas por el decreto sobre el suministro de artículos manufacturados a los comités de campesinos pobres. «Este decreto —declaró Karelin— lesiona los intereses de los campesinos trabajadores (medios); opone a las poblaciones de las regiones fértiles contra las de las regiones infértiles; forma parte del sistema de dictadura burocrática que ha dejado anulados a los Soviets locales. Es un crimen oponer comités de campesinos pobres a los Soviets de los campesinos trabajadores.»[8]

Estos datos nos permiten definir el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda como el partido de los campesinos medios. Inmediatamente se aclaran ante nuestros ojos sus vacilaciones,[9] sus

---

6 Véase acerca del levantamiento de los socialistas-revolucionarios de izquierda, «Recuerdos» de Peters, en el nún. 10 (33) de *Revolución Proletaria; Obras,* de Trotski, t. XII, vol. I, y el alegato de Dzerjinski.

7 Discurso de Trutovski en el *Vtsik,* el 20 de mayo.

8 Discurso de Karelin en la misma sesión.

9 Los socialistas-revolucionarios de izquierda combaten el año 1917 a Kérenski y a Chernov, sin llegar, sin embargo, hasta la escisión de su propio partido. En octubre, cuando se prepara la

tendencias anarquizantes, su hábito de oponer la espontaneidad a la organización, su aversión al Estado centralizado y al ejército regular, su apego a la guerra de guerrillas, su espíritu democrático en constante oposición al espíritu dictatorial de los bolcheviques. Pero, ¿querían, en efecto, la guerra los campesinos medios? Ciertamente no, puesto que, en suma, eran ellos los que habían impuesto la paz. Si su partido se suicidaba, en el sentido político de la palabra, para provocar la guerra, es que se había convertido, debido a la falta de independencia política que caracteriza a la pequeña burguesía, a la exaltación de sus sentimientos y al poco relieve de sus doctrinas, en juguete de las fuerzas que vamos a ver en acción.

La clase campesina, que desde julio de 1917 a enero-febrero de 1918, había apoyado a los bolcheviques para conseguir expropiar, gracias a ellos, a los terratenientes, había llegado en julio de ese año a serles hostil, en su conjunto. Los intereses del campesino medio y los del *kulak* se aproximaban en la cuestión capital del comercio de trigo. El partido socialista-revolucionario de izquierda, cuyos medios dirigentes se hallaban formados por intelectuales sinceramente socialistas, carecía, desde entonces, de base social. El desacuerdo entre los propósitos de los jefes y las aspiraciones de la clase social que había dado la fuerza a su partido se estaba agravando. Esto no podía acabar sino en una aventura. En casos como este no queda a los revolucionarios idealistas otro recurso que el de intentar fortuna por última vez o romperse la crisma.

La derrota de los socialistas-revolucionarios, que venía después del desarme de los anarquistas, marcó, para emplear una expresión de Trotski, el fin del bloqueo soviético formado en noviembre por la conjunción de los esfuerzos de las masas campesinas y del proletariado. Se han alcanzado los objetivos de la revolución burguesa, que perseguían los elementos campesinos y, de día en día, se hace sentir con mayor crueldad la contradicción entre esos elementos y los objetivos de la revolución socialista. Los ideólogos de la pequeña burguesía, atraídos por intereses y sentimientos contrarios y después de grandes luchas interiores, se separan del partido del proletariado. Y ese es el momento que las influencias extranjeras eligen para intensificar su presión.

---

insurrección, se niegan formalmente a apoyarla. Una vez que ha tenido lugar, la aplauden. Se niegan, sin embargo, a participar en el primer gobierno soviético y preconizan una gran coalición socialista; acaban por entrar en el gobierno; pronto salen de él para tener completa libertad de criticarlo, al mismo tiempo que siguen una política que lo apoya; terminan con una tentativa de gobernar solos.

El fin del bloque soviético trae como consecuencia una formidable concentración de poderes. Hasta aquel momento la dictadura había sido, en cierto sentido, democrática; se precisaban en ella formas constitucionales. La multiplicidad de actividades locales, la existencia de partidos y de grupos, las exigencias de la opinión pública, las tradiciones democráticas de los revolucionarios formados en la escuela de las democracias occidentales, la debilidad del poder central, obraban en tal sentido. Las discusiones en el seno del partido bolchevique nos han demostrado, por otra parte, la vitalidad de su democracia interna. Pero en este momento cambia todo. La intervención de los aliados, que coincide con las sublevaciones de los *kulaks* y con la disgregación del bloque soviético, suspende sobre la República una amenaza de muerte inminente. La dictadura del proletariado se ve en la obligación de despojarse de sus apariencias democráticas. El hambre y la anarquía local imponen una rígida concentración de poderes en manos de cada una de las comisarías competentes. El desastre de los transportes hace indispensable recurrir draconianamente a métodos autoritarios en los ferrocarriles. La guerra, el sitio total de la revolución y la insuficiencia de las resistencias espontáneas al enemigo, obligan a la formación de un ejército regular, en el lugar y para sustituir a los cuerpos de guerrilleros. Los complots obligan a que se forme un potente aparato de defensa interior. Los atentados, las insurrecciones rurales, el peligro mortal, exigen el terror. Declarar fuera de la ley a los socialistas de contrarrevolución y romper con los anarquistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda trae como consecuencia el monopolio político del partido comunista y hace que caduque, de hecho, la constitución. Al no existir ya debates políticos entre los partidos que representan en sus variados matices de opinión a los diferentes intereses sociales, las instituciones soviéticas, empezando por los Soviets y acabando con el *Vtsik* y el Consejo de Comisarios del Pueblo, en el que están solos los comunistas, funcionan en el vacío, sin resistencia; es el partido quien toma todas las resoluciones; esos organismos no hacen sino ponerles la estampilla oficial.

La derrota del partido socialista-revolucionario de izquierda es definitiva. Sus organizaciones y sus militantes, en gran número, lo desautorizan. Hasta el año 1923 continuará teniendo una sombra de existencia legal, una pequeña revista, algunos diputados en los Soviets. Después de las sangrientas jornadas de julio se escinde en tres tendencias. Algunos de sus militantes fundan el «partido comunista popular», que acabará muy pronto siendo absorbido por el partido bolchevique. Otros perseverarán en la lucha contra los bolcheviques, soñarán con otra

revolución, colaborarán con los anarquistas ucranianos y con Majnó, tomarán parte en 1919 en el atentado anarquista contra el comité de Moscú.[10] Spiridonova y Kamkov adoptarán una actitud política que se aproxima mucho a la de los «activistas» y serán internados. Un tercer grupo, dirigido por el ex comisario de justicia Steinberg, se esforzará por dar al partido la existencia legal de una oposición franca y se aproximará a los socialistas de Europa occidental, que hacen esfuerzos inútiles para fundar, entre la Internacional Socialista y la Internacional Comunista, una internacional socialista de izquierda, a la que algunos han llamado la II 1/2.

Yaroslav

Mientras se combatía en las calles de Moscú, los contrarrevolucionarios se apoderaban de Yaroslav.

Esta vieja ciudad, asentada a orillas del Volga, en la línea de Arkangelsk, entre Moscú y Vologdá, es un centro industrial (16.000 obreros más o menos, sobre una población total de 100.000 habitantes), además de religioso, célebre por sus hermosas iglesias de los siglos XVI y XVII. Las influencias reaccionarias se dejaban sentir con tanta fuerza en aquel medio provincial, que se dio el caso, durante la primavera de 1917, de oficiales que dejaron tendidos en el suelo a golpes a los soldados judíos, y de impíos que fueron linchados por la multitud. Los mencheviques conseguían provocar movimientos huelguísticos. Era tal el odio que inspiraban los bolcheviques que la gente los trataba como apestados. Hubo necesidad de imponerse enérgicamente a los empleados de correos y telégrafos y a los de abastecimientos. La población se hallaba sometida a racionamiento; el Soviet imponía contribuciones a la burguesía. El clero organizaba procesiones: el Soviet hacía a los sacerdotes personalmente responsables en caso de disturbios. En realidad, los que tenían dominada la ciudad eran dos o trescientos comunistas resueltos, dirigidos por un joven doctor en filosofía de la Universidad de Berna, que había combatido también durante la revolución de 1905, Najimson, y por el relojero Zajeim, judíos ambos; entretanto, la *Liga para la defensa de la Patria y de la Libertad* concentraba clandestinamente sus fuerzas en la ciudad. La *Liga,* que contaba con varios miles

10 Una docena de muertos. El socialista-revolucionario de izquierda Cherepanov, que llevaba hasta entonces una brillante carrera revolucionaria, fue uno de los autores de este atentado. La Checa lo fusiló.

de afiliados seguros, había pensado al principio en organizar levantamientos simultáneos en Moscú, Ribinsk, Murom, Kostroma, Yaroslav y Kazán. Las medidas preventivas tomadas por la Checa en Moscú y en Kazán obligaron a renunciar a este vasto plan de operaciones.

El jefe de la *Liga,* Borís Sávinkov, llegó a Yaroslav a principios de julio, acompañado por ayudantes, entre los cuales se encontraba el coronel Perjurov, que había sido nombrado para ejercer el mando de las fuerzas locales. Este oficial superior había servido en varias ocasiones en el ejército rojo; no hacía todavía mucho que desempeñaba las funciones de inspector de artillería de un cuerpo de guerrilleros. Disponía de 200 a 300 antiguos oficiales organizados.

Durante la noche del 6 al 7 de julio se reunieron en los alrededores de la ciudad 108 o 110 de sus hombres. Su armamento se reducía a una docena de revólveres. Empezaron por apoderarse del depósito de artillería y armarse. La caballería se rindió sin combatir. Un regimiento rojo se declaró neutral y se dejó desarmar. Se había prometido a los blancos la cooperación de varios centenares de obreros; apenas si acudieron algunas decenas. Se inició la detención de los comunistas. Najimson y Zajeim, sorprendidos en ropa de dormir, fueron fusilados en el acto. La ciudad se despertó en estado de sitio, en manos del «ejército voluntario del norte», mandado por el «antiguo revolucionario» Borís Sávinkov y por el coronel Perjurov, en nombre del general Alexeiev (que se hallaba en aquel entonces organizando con Denikin el ejército de voluntarios en el sur). Varios comisarios, y entre ellos un bolchevique, se pasaron a los blancos. Intelectuales, estudiantes del liceo y jóvenes de las clases medias acudieron por centenares a alistarse bajo el pabellón del «orden». Los comunicados anunciaban brillantes victorias de los checoslovacos.

Los blancos detuvieron a unos doscientos comunistas o sospechosos, y no sabiendo qué hacer con ellos, los internaron a bordo de un gabarrón amarrado en medio del río Volga. Estos doscientos cautivos, hombres, mujeres, niños, enfermos, heridos, moribundos, hacinados en confuso montón en su prisión flotante, pasaron en ella trece días, expuestos al fuego de los beligerantes, sin recibir ninguna clase de víveres...

Los mencheviques, enterados del desatinado golpe de mano que se preparaba, habían resuelto observar una completa neutralidad.

Los comunistas, sorprendidos por aquella agresión en un momento en que toda su atención estaba absorbida por el conflicto político con la organización local de los socialistas-revolucionarios de izquierda, se

rehicieron pronto y concentraron todas las unidades rojas disponibles alrededor de la ciudad. Como disponían de una fuerte artillería, dieron comienzo inmediatamente a un bombardeo que había de durar doce días. La batalla fue encarnizada. No habiéndose realizado la promesa de los aliados de desembarcar en Arjangelsk, los blancos se vieron perdidos. En vano intentaron sublevar las regiones agrícolas circunvecinas. Los campesinos pedían armas, pero las querían únicamente para defender sus aldeas contra los bolcheviques; no querían combatir fuera de ellas. Perjurov, al frente de unos cincuenta oficiales, logró huir de la ciudad en un barco, gracias a la niebla.[11] La mayor parte de los blancos se había negado a intentar abrirse camino por la fuerza. Con la esperanza de escapar, gracias a un subterfugio, al castigo de la revolución, se entregaron el día 21 a un teniente alemán que estaba al frente de una comisión de prisioneros de guerra, y se declararon prisioneros de Alemania. La ciudad, sembrada de cadáveres y de ruinas todavía humeantes, ya no tenía pan.

El estado mayor extraordinario del frente de Yaroslav publicó una orden a la población, en la que se instaba «a cuantos estimen en algo su vida, a que abandonen la ciudad en el transcurso de veinticuatro horas y se dirijan al puente norteamericano. Todos aquellos que permanezcan dentro de la ciudad una vez que haya expirado este plazo, serán considerados rebeldes. Pasadas veinticuatro horas no se dará cuartel a nadie, la ciudad será bombardeada implacablemente por la artillería pesada, que se valdrá de obuses asfixiantes. Todos aquellos que hayan quedado en la ciudad perecerán bajo las ruinas junto con los rebeldes, los traidores y los enemigos de la revolución de los obreros y de los campesinos pobres» (20 de julio). La población, aterrorizada, se dirigió en masa al campo, al lugar que se le designaba, y una vez allí desfiló toda ella delante de las mesas de la Checa, instaladas al aire libre. Fueron detenidos en el curso de está investigación sumaria 350 blancos, que fueron fusilados inmediatamente. En el momento mismo de hacer su entrada los rojos en la ciudad, habían sido pasados por las armas 57 oficiales. Este fue el primer episodio del terror.

La inútil batalla de Yaroslav dejó sin trabajo a 4.000 obreros y sin albergue a 40.000 personas. Habían quedado destruidas 14 fábricas, 2147 casas, en un total de 7.618, nueve escuelas de las diez que había, y 20 edificios públicos de 47.[12]

11 Perjurov se unió al frente checoslovaco. Más tarde fue hecho prisionero por los rojos, volvió a alistarse en el ejército rojo y fue finalmente arrestado en Ekaterimburgo, el año de 1921, cuando estaba preparando un nuevo golpe de mano. Lo juzgó el Tribunal Revolucionario y fue fusilado en 1922.

12 *Dieciséis días*, datos sobre la sublevación blanca de Yaroslav.

La política de Noulens

La batalla de Yaroslav no era, a decir verdad, sino un episodio de la intervención de los aliados en Rusia. Hemos hablado ya en el capítulo precedente del plan de sitiar Moscú ideado por el general Lavergne. Las declaraciones que hizo Borís Sávinkov el año 1924 ante el tribunal revolucionario de Moscú, y que concuerdan plenamente con *todos* los testimonios escritos que poseemos acerca de este asunto —y que son muy abundantes—, son de una precisión absoluta.

> Pensé al principio —dice Sávinkov— actuar en Moscú, pero los franceses —el cónsul Grenard y el general Lavergne, este último en representación de Noulens— me manifestaron que los aliados creían factible la continuación de las operaciones contra los alemanes en el frente ruso... Me dijeron que se realizaría con este objeto un desembarco de importantes fuerzas anglofrancesas en Arkangelsk, y que era necesario apoyarlo en el interior. El plan era ocupar el norte de la cuenca del Volga; los anglofranceses apoyarían la insurrección. El norte del Volga habría de servir como base del ataque contra Moscú. Nosotros tendríamos que apoderarnos de Yaroslav, Ribinsk, Kostroma y Murom. Los franceses se reservaban Vologdá. Pero nos engañaron. No se realizó el desembarco de los aliados, y nos encontramos abandonados a nuestras propias fuerzas en Yaroslav…
>
> Los franceses conocían todos los recursos con que contábamos. Me entrevisté varias veces con Grenard y con Lavergne... Los franceses ponían fondos a mi disposición. Nuestros fondos (los de la *Liga para la defensa de la Patria y de la Libertad),* relativamente poco importantes, procedían de tres fuentes. Contábamos con donativos, aunque eran insignificantes; recibí 200.000 rublos (emisiones de Kérenski) por intermedio de un checo llamado Klepando. Los franceses nos entregaron cerca de 2.500.000 rublos-Kérenski. Me traía dinero un empleado, al principio en sumas pequeñas; cuando se trató ya de la insurrección, entregaron de una sola vez una fuerte suma, creo que dos millones...[13]
>
> Los franceses me aconsejaron que me apoderase de Yaroslav, Ribinsk y Kostroma. Yo titubeé. Me parecían insuficientes nuestras fuerzas. Hubo momentos en que pensé transferirlas todas adonde se hallaban los checos, y llegué a dar la orden de evacuar una parte sobre Kazán, que estaba todavía en poder de los rojos, para provocar una sublevación cuando se acercasen los checos. Pero recibí de Vologdá, por intermedio de Grenard, una comunicación en la que Noulens me confirmaba, de manera categórica, que el desembarco tendría lugar en Arjangelsk entre el 5 y el 10 (o entre el 3 y el 8 de julio, no lo recuerdo exactamente), y me rogaba imperiosamente que iniciase la acción en el alto Volga, precisamente por aquella fecha.

---

13 El órgano comunista checo *Prokopnik Svobody* hizo público el año 1918 que el Consejo Nacional que se encontraba al frente de las tropas checoslovacas de Rusia había recibido, entre el 7 de marzo y el comienzo de la campaña contra los bolcheviques, 11.188.000 rublos de un cónsul francés y 70.000 libras esterlinas de un cónsul inglés. El *Prokopnik Svobody* daba todos los datos necesarios.

Los británicos no desembarcaron en Arjangelsk sino un mes más tarde, el 3 de agosto. No se trató de un desembarco francés. Todo hace creer que Noulens buscaba la sublevación de aquellas poblaciones contra los bolcheviques para basar en ella, de cara a su gobierno, su propia política de intervención.[14] La obra de Sávinkov en el alto Volga estaba destinada a ser el complemento de la de los checoslovacos y de los socialistas-revolucionarios de derecha en el bajo Volga. En Samara existía desde hacía un mes una especie de gobierno socialista-revolucionario que también recibía sus directivas de Noulens. Uno de los jefes del partido socialista-revolucionario en aquel momento y del movimiento llamado de los Constituyentes —que habremos de estudiar más adelante—, escribe: «Hemos recibido en junio una nota oficiosa de Noulens... confirmándonos categóricamente la decisión de los gobiernos aliados de suministrar fuerzas para la acción común contra los germano-bolcheviques, fuerzas que serán lo suficientemente numerosas para soportar en el primer momento el peso de la lucha, permitiendo así a los contingentes antibolcheviques rusos que se transformen en un gran ejército regular. Los aliados, rechazando toda posibilidad de acuerdo con los bolcheviques, proponían la formación de un gobierno único de coalición que hubiera revestido la forma de un directorio de tres personas, armado de poderes dictatoriales hasta la reunión de la Asamblea Constituyente actual... a la cual los aliados solo querían reconocer el derecho de sancionar con su autoridad el poder así constituido y el de preparar las elecciones de una nueva Constituyente».[15] Encontramos una nota idéntica en una carta de Stépren Pichon, entonces ministro de relaciones exteriores del gabinete Clemenceau, dirigida al ministro de asuntos exteriores de Samara, Vedeniapin (socialista-revolucionario de derecha), escrita en la misma época, o un poco más tarde.[16]

---

14 «La intervención, que Noulens había dado siempre como *formalmente resuelta* por los gobiernos de la Entente, tropezaba en realidad con las más graves objeciones. Por eso mismo se empeñó nuestro embajador, para vencer las resistencias que encontraba —y que irritaban su amor propio— y para dar más fuerza a sus argumentos, en demostrar con hechos que él había preparado por completo el terreno y que bastaba con un esfuerzo mínimo para derribar la tiranía bolchevique y obtener la constitución de un gobierno nacional ruso.» (René Marchand, *Pourquoi je me suis rallié à la formule de la révolution sociale,* Petrogrado, 1919, p. 84). Jacques Sadoul emplea más de una vez en sus *Lettres* de julio de 1918, expresiones como estas: «Noulens, que es quien ha desatado la actual insurrección de Yaroslav...» *(Quarante lettres,* p. 99).

15 Argunov, *Entre dos bolchevismos.*

16 Citada por Maiski, en *Contrarrevolución democrática.*

El centro derecha (príncipe E. N. Trubetskoi, P. B. Struvé, Gurko) y la *Liga del Renacimiento,* en la que prevalecía la burguesía liberal, colaboraban asimismo con los franceses. Los socialistas-revolucionarios de izquierda, enemigos sinceros y resueltos de todas estas organizaciones contrarrevolucionarias, parecen haber mantenido también relaciones con la misión militar francesa. Me han afirmado varias veces que esta fue la que entregó las granadas que se emplearon en el atentado cometido en la delegación de Alemania. Sávinkov declara: «Recuerdo una conversación que tuve, creo que con Grenard. Me dijo que los franceses habían ayudado al asesinato de Mirbach por los socialistas-revolucionarios de izquierda».

Es indiscutible que el partido soviético partidario de la guerra con Alemania se encontraba en contacto con los aliados. Ello nos induce a sacar la conclusión de que los franceses, informados de los proyectos de los socialistas-revolucionarios de izquierda, como lo estaban de las actividades de Sávinkov y de los checoslovacos, consiguieron establecer entre los unos y los otros, y sin que ellos mismos lo supiesen, cierta división del trabajo. Se trataba de ejercer, en cierto modo, el mando único sobre dos fuerzas enemigas. La traición de Muraviev viene a confirmarnos en esta convicción.

Amenazas y traición

Durante unos días, se vivió bajo la amenaza de una guerra con Alemania. El 14 de julio, a pesar de las declaraciones tranquilizadoras hechas en el Reichstag por el canciller, Alemania dirigía a la República de los Soviets una nota exigiendo a Moscú la admisión de un batallón de tropas uniformadas que se encargaría de la seguridad de la delegación imperial... Eso hubiera equivalido a la ocupación de Moscú. La contestación rusa, redactada por Lenin, fue una negativa categórica. «Nos vemos forzados —decía Lenin en el *Vtsik*— a contestar a esta acción de la misma manera que hemos contestado a la sublevación de los checoslovacos y a las operaciones de los ingleses en el norte, movilizando enérgicamente, haciendo un llamamiento a todos los campesinos y a todos los obreros adultos para que acudan a resistir, y, en caso de necesidad momentánea, a que destruyan con fuego todos los depósitos, sin excepción, para evitar que caigan entre las manos del enemigo. Tendríamos que recurrir fatal, pero incondicional y absolutamente, a la guerra; los obreros y los campesinos de Rusia llevarían adelante esta guerra revolucionaria hasta el último extremo, unidos al gobierno de

los Soviets.» Alemania, que tenía que concentrar toda su atención en el fracaso sufrido por sus supremas ofensivas en el frente francés, no se encontraba ya en situación de invadir Rusia. Se limitó a trasladar la sede de su delegación a Pskov, en territorio ocupado.

La tentativa de insurrección de los socialistas-revolucionarios de izquierda sufrió un desagradable rechazo en el frente del este. Las tropas rojas que operaban contra los checoslovacos y contra las partidas contrarrevolucionarias se hallaban bajo el mando en jefe del coronel Muraviev; ya conocemos el papel desempeñado por este militar en la defensa de Petrogrado, después de la victoria de octubre, y algo más adelante en la toma de Kiev. «Era un aventurero nato. Se consideraba socialista-revolucionario de izquierda (resultaba cómodo adherirse a este partido a todos aquellos que deseaban ser adoptados por el régimen bolchevique). Creo que había estudiado táctica en una escuela militar. Hablador y fanfarrón, Muraviev no carecía de ciertas cualidades militares: comprensión rápida, audacia, arte de hablar al soldado y de darle ánimos» (Trotski). Era un organizador lleno de brío. Habiendo recibido las instrucciones generales de su partido, y desconociendo todavía el resultado del golpe de mano de Moscú, declaró repentinamente que se consideraba en guerra con Alemania, ordenó a sus tropas dar media vuelta para dirigirse hacia el oeste, hizo rodear por sus soldados el Soviet de Simbirsk y entró a solicitar su apoyo;[17] fue recibido con clamores de indignación, insultado y amenazado; Muraviev, que estaba solo, fue asesinado allí mismo (12 de julio). Un joven oficial, llamado Tujachevski, prosiguió por propia iniciativa las operaciones contra los checoslovacos. El letón Vatsetis fue nombrado comandante en jefe del frente.

La Constitución soviética

El V Congreso de los Soviets, al reanudar sus trabajos el día 10 de julio, adoptó el proyecto de constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia, redactado por Sverdlov. La *Declaración de los derechos del pueblo explotado y trabajador* forma el título I. Siguen

---

[17] Un mensaje «¡a todos, a todos, a todos!», firmado por el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, N. Lenin, y por el comisario de guerra, L. Trotski, publicado el 11 de julio, decía: «El ex comandante en jefe del frente checoslovaco, el socialista-revolucionario de izquierda, Muraviev, ha sido declarado traidor y enemigo del pueblo. Cualquier ciudadano honrado que lo encuentre está obligado a matarlo en el acto».

(título II) los principios generales: dictadura del proletariado y de los campesinos más pobres, «a fin de abolir la explotación del hombre por el hombre y de establecer el socialismo, en el que no existirán ni clases sociales ni Estado». «La República rusa es una asociación libre de trabajadores...» El poder supremo pertenece al Congreso de los Soviets, y, en el intervalo, entre uno y otro congreso, al Comité Ejecutivo Panruso *(Vtsik).* La Iglesia queda separada del Estado y la escuela de la Iglesia, «a fin de asegurar a los trabajadores la libertad de pensamiento». «Con objeto de asegurar a los trabajadores una verdadera libertad de expresión de sus opiniones, la República... suprime la dependencia de la prensa del capital y ofrece a la clase trabajadora y a los campesinos pobres todos los medios técnicos y materiales de editar periódicos... etc., y de distribuirlos libremente en todo el país». Las libertades de reunión, de asociación y de enseñanza se aseguran de manera análoga. «La República [...] considera el trabajo como obligación de todos los ciudadanos y adopta la divisa: ¡El que no trabaja no come!» Servicio militar obligatorio, pero estando reservado el honor de llevar armas únicamente a los trabajadores. Los trabajadores extranjeros que habitan en la República gozan de todos los derechos políticos. La República ofrece asilo a todos los extranjeros perseguidos por crímenes políticos o religiosos. Todas las nacionalidades son iguales. Las personas o los grupos que hagan uso de sus derechos contra la República pueden ser privadas de los mismos.

El título III se refiere a la *estructura de poder.* El Congreso Panruso de los Soviets se halla formado por representantes de los Soviets, locales, estando representadas las ciudades a razón de un diputado por cada 25.000 habitantes, y el campo a razón de un diputado por cada 125.000. Este artículo consagra la hegemonía del proletariado sobre los elementos rurales. Los congresos se reúnen por lo menos dos veces al año. El *Vtsik* puede convocar congresos extraordinarios, así como los Soviets que representen una tercera parte del país. El congreso elige un Comité Ejecutivo Panruso (el *Vtsik*), compuesto por 200 miembros como máximo, responsables ante él. Este Comité nombra el Consejo de Comisarios del Pueblo y goza de poderes legislativos. Sus miembros cumplen misiones o trabajan en las comisarías. El Ejecutivo puede revocar o suspender las disposiciones dictadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo, que somete a su aprobación las medidas más importantes. Los comisarios del pueblo son 17 (asuntos exteriores, guerra, marina, interior, justicia, trabajo, previsión social, instrucción pública, correos y telégrafos, nacionalidades, finanzas, comunicaciones, agricultura, comercio e industria, control del Estado, consejo superior

de economía, sanidad pública). Al frente de cada comisaría hay un colegio cuyos miembros son nombrados previa aprobación del Consejo de Comisarios. El comisario del pueblo tiene el derecho de decisión; los miembros del colegio pueden recurrir al Consejo y a la Mesa del *Vtsik.* El Congreso de Comisarios del Pueblo es responsable ante el Congreso de los Soviets y ante el *Vtsik.*

El Congreso Panruso de los Soviets sanciona, modifica y completa la constitución, dirige la política general, hace la paz y la guerra, decide el plan a que ha de ajustarse la vida económica, vota el presupuesto, concierta los convenios financieros, etc... legisla y concede amnistías. Durante el intervalo entre los dos congresos, el *Vtsik* está investido de todos estos derechos, exceptuando el de modificar la constitución y el de ratificar los tratados de paz. Aun así, están previstos a favor suyo los casos de fuerza mayor.

Los congresos de los Soviets se constituyen como sigue: congresos regionales: un delegado de los Soviets de ciudad o de distrito por cada 25.000 habitantes; un delegado por cada 5.000 electores urbanos, 500 delegados como máximo (el congreso regional puede constituirse dentro de estas normas por diputados elegidos por los congresos provinciales); congresos provinciales: un delegado de los Soviets de distrito o de barrio por cada 10.000 habitantes; un delegado por cada 1.000 electores urbanos (300 delegados como máximo por gobierno [provincial]); congreso de barrio: un delegado por cada 1.000 habitantes (300 diputados como máximo); congresos cantonales (en el campo): un diputado por cada 10 miembros de los Soviets locales. Estos congresos constituyen la más alta autoridad local; ellos eligen a los comités ejecutivos.

Los Soviets (consejos) se constituyen en las ciudades a razón de un diputado por cada 1.000 habitantes; no pueden estar constituidos por menos de 50 ni por más de 1.000 miembros. En el campo y en las poblaciones de menos de 10.000 habitantes se elige un diputado por cada 100 habitantes, tres como mínimo y 50 como máximo para cada pueblo; la duración del mandato es de tres meses. Los Soviets eligen a los comités ejecutivos. Sus atribuciones locales son muy extensas.

Gozan del derecho de voto todos los trabajadores de ambos sexos, los soldados y los marinos; no son ni electores ni elegibles las personas que exploten el trabajo ajeno, las que vivan de rentas que no procedan de su propio trabajo y los comerciantes; los sacerdotes, los frailes, los ex policías, los miembros de la antigua casa reinante, los locos, los

condenados que hayan sido privados de sus derechos civiles. Las elecciones se realizan «como es tradicional» (lo que equivale prácticamente a decir que se vota a mano alzada), en presencia de una comisión electoral y de un representante del Soviet. Los elegidos son declarados válidos por una comisión de mandatos nombrada por el Soviet; los electores pueden revocar en cualquier momento a sus diputados y proceder a una nueva elección.

El título V de la Constitución trata del presupuesto. El artículo 79 declara explícitamente que la política financiera de la República «contribuye a la expropiación de la burguesía y prepara la igualdad general de los ciudadanos», sin temor de atentar, para llegar a este fin, contra la propiedad privada. El congreso delimita los ingresos que corresponden al Estado y los que corresponden a las localidades. El poder central controla todos los gastos del Tesoro. El título VI se refiere al emblema de la RSFSR: hoz y martillo sobre fondo rojo, dentro de los rayos del sol naciente, rodeados de una corona de espigas. Divisa: *Proletarios de todas partes, uníos.* La bandera roja debe llevar las iniciales de la República.

Esta Constitución no fue discutida. Se limitaba a sancionar, a codificar la organización de un nuevo Estado que se había creado, en cierto sentido, espontáneamente, desde la base hasta el pináculo. Concentración de poderes legislativos y ejecutivos, monopolio político de los trabajadores, hegemonía del proletariado sobre los elementos rurales, participación de las masas en la vida popular y dictadura de clase; tales son sus aspectos principales. La cantidad —y derechos— de los electores, de los elegidos, de los Soviets, de los congresos, parece ofrecer a la democracia de los trabajadores las más serias garantías; la elección en varios grados y la centralización de poderes dan seguridad a la dictadura. Pero ya sabemos que el bloque soviético acababa de deshacerse. Por virtud de necesidades históricas ineludibles, la democracia soviética cedía el paso a la dictadura del partido bolchevique; la Constitución se convertiría cada día más en el proyecto de una democracia proletaria ideal, que ni las circunstancias ni los medios con que se contaba en aquel momento iban a permitir poner en práctica. El normal funcionamiento de este conjunto de instituciones, sencillas en cuanto a su esencia social, pero de una amplitud y de una complejidad práctica muy grandes —puesto que con ellas se trata de facilitar la actividad política de millones de trabajadores—, acarrearía, de no producirse un despertar revolucionario de mayor amplitud todavía, la paz, la tranquilidad, un nivel determinado de bienestar que permitiría que floreciese en el interior una vida política libre, variada, rica,

constante, que se plasmaría en innumerables iniciativas. Pero la inminencia del peligro mortal imponía precisamente a la República, en aquel momento, un régimen de campo atrincherado, defendido —en primera línea— por una falange de revolucionarios conscientes y resueltos, en cuyas manos la dictadura iba a ser el arma decisiva. Observemos que nadie ha formulado hasta aquel momento la teoría, que se robustecerá andando el tiempo, que sostiene que el ejercicio de la dictadura del proletariado corresponde por ley natural al partido comunista. Será la vida quien imponga esta teoría.[18]

El rechazo de las victorias checoslovacas

La situación se agravaba cada dia que pasaba en el frente. Los checoslovacos entraban el 5 de julio en Ufá, el 7 en Verjneuralsk, el 8 en Zlatust, el 10 en Sizran, el 22 en Simbirsk, el 25 en Ekaterimburgo, y el 6 de agosto coronaban esta serie de éxitos con la toma de Kazán. (Entretanto se realizaban algunas tentativas contrarrevolucionarias, concebidas a la manera de la de Yaroslav, en Muron, Ribinsk, Arzamas, el 11 de julio, y en Nijni-Novgorod, el 14; los ingleses ocupaban Onega el 31, y luego, con el apoyo de los blancos, Arkangelsk, el 2 de agosto.)

Los checoslovacos ocupaban el curso medio del Volga y el macizo del Ural. Dominaban la más grande arteria fluvial del país, el granero de trigo de la Rusia europea propiamente dicha, la región minera e industrial del Ural y las rutas de Siberia. Más hacia el sur, los cosacos del general Dutov ocupaban Uralsk y Buzuluk, con lo que dejaban casi cortadas las comunicaciones con el Turquestán. La finalidad estratégica de los checoslovacos era extender la mano a los aliados que desembarcaban en el litoral del mar Blanco y secundar la intervención japonesa que, tal se creía, podría muy bien extenderse por el Transiberiano hasta el Ural.

Las unidades regulares y bien dirigidas de los checoslovacos, apoyadas en todas partes por los elementos contrarrevolucionarios de la población, solo tropezaban con formaciones improvisadas, indisciplinadas, anárquicas, útiles todo lo más para la guerra de guerrillas contra un adversario que concitase el odio de las masas. Por ejemplo, el frente próximo a Mias, no lejos de Cheliabinsk, estaba defendido por un destacamento de 1.105 bayonetas, integrado por 13 destacamentos locales; el menor de estos estaba formado por 9 hombres y el más

18 La Constitución actual de la URSS reproduce a grandes rasgos la de 1918; determina además los derechos de las repúblicas federadas y de las instituciones centrales de la Unión.

numeroso, el de Perm, por 570. Contaba con 24 jinetes y 9 ametralladoras. Pero las cuatro compañías procedentes de Perm no disponían de un solo caballo, en tanto que los 39 voluntarios de Katai tenían 12. Cada uno de los destacamentos tenía un jefe propio y quería obrar a su capricho... La base de su organización era la fábrica.

¿Cuál era su preparación militar? He aquí los datos que tenemos referentes a cierto cuerpo de Simonov: «Había en él un centenar de soldados veteranos, un centenar de hombres que había hecho ejercicio militar menos de cinco veces y 600 hombres que desconocían el manejo de las armas». Armados hasta los dientes, como mejor habían podido, no sabían qué hacer con sus armas. Estas tropas combatían a veces muy bien, pero otras veces muy mal; casi desconocían el arte de los reconocimientos, de las grandes guardias, las precauciones elementales del avance a campo traviesa. Se daban casos en que abandonaban una posición para poder deliberar tranquilamente algo más a retaguardia; y ocurrió alguna vez que se retiraron al avanzar el enemigo, sin tomarse el trabajo de avisar a sus camaradas, sin otra idea que la de tomarse algún descanso («¡No nos importa nada!»). Copiemos algunas líneas de un informe relativo a las operaciones sobre el río Kichtima: «El fuego se hizo menos intenso a eso de las once. El jefe de los destacamentos de Rojdestvenskoe telefonea que su gente se ha enterado de que el enemigo se ha apoderado de algunas aldeas cercanas a la suya y que, en vista de esto, han decidido no dirigirse a la línea de fuego, sino dedicarse a defender su propio pueblo; los obreros han sido de la misma opinión y por ese motivo no han podido ser ejecutadas las órdenes... El 7º regimiento del Ural se ha retirado de sus posiciones para ponerse a descansar, sin avisar a nadie una palabra. Interrogado el jefe, nos ha dado la siguiente contestación: «Mi gente quería secarse el sudor y dormir; resolvieron tomarse una media hora, pero siguen durmiendo todavía; yo no puedo hacer ya nada». Al finalizar un combate, en el que nadie se entiende, se observa que de los 2.200 combatientes solo quedan 900, muchos de ellos descalzos y sin fusiles; de cuatro cañones quedan tres; de cincuenta ametralladoras restan doce en buen estado y cinco averiadas; se ignora el paradero de dos destacamentos. El destacamento «T ha colocado ametralladoras alrededor de su aldea y ha decidido no moverse más de allí».[19] Poco trabajo cuesta a los checoslovacos derrotar a estos guerrilleros. La necesidad imperiosa de organización es así general: batallones,

19 Citado por A. Anichev, *Ensayo de historia de la guerra civil.*

regimientos, divisiones se forman casi espontáneamente, por iniciativa de una multitud de militantes; movilizan a los oficiales, crean estados mayores y órganos de avituallamiento. El ejército rojo nace de esas innumerables iniciativas, tanto como del esfuerzo organizador dirigido por Trotski. Este concreta ante el Soviet de Moscú y ante el *Vtsik*, el día 29 de julio, las obligaciones que impone la hora. «Nuestras tropas —dice— carecen de cohesión. El adiestramiento del antiguo ejército debe suplirse en el actual con la conciencia neta y clara de la necesidad absoluta de combatir». Es la gran idea, la idea revolucionaria del creador del ejército rojo. Todos los ejércitos regulares de los tiempos modernos están estructurados sobre un triple armazón: el Estado, el consejo de guerra (la pena de muerte), el culto a la patria (a título de elemento complementario: se moviliza al antimilitarista como a cualquier otro ciudadano). El ejército rojo ha de ser ante todo una organización de la conciencia colectiva de los trabajadores; su disciplina debe descansar en el convencimiento del soldado. «Lo que los antiguos ejércitos conseguían mediante largos meses de instrucción, de aprendizaje, de manejo de armas, cosas todas que venían a dar una consistencia mecánica a las unidades, debemos nosotros conseguirlo en el orden espiritual introduciendo en nuestro ejército a los mejores elementos de la clase obrera, y esto nos asegurará el triunfo, a pesar de la debilidad del comando». Hay que introducir en cada unidad un núcleo de revolucionarios comunistas que será su alma; bastan con cinco a diez hombres. Moscú ha dado ya al ejército de dos a trescientos agitadores, comisarios, organizadores. Pero Moscú tiene todavía que dar dos veces esa cifra. El Soviet de Petrogrado ha resuelto enviar al frente checoslovaco 200 hombres, o sea la cuarta parte de sus miembros. A este precio se contrarrestarán las traiciones de los oficiales, cada día más frecuentes. Serán encerrados en los campos de concentración del frente, «serán encuadrados por comisarios que tendrán siempre el revólver en la mano. En cuanto a los comisarios, serán la encarnación del ejército, la fuerza que desarrolle el poder: "¡Quien no tenga el temple necesario, que se marche! Quien se quede, que haga el sacrificio de su vida"».

El armazón comunista del ejército rojo se subdividirá en un vasto servicio de agitación, de propaganda, de instrucción y de acción política, como no lo ha tenido jamás ningún ejército. El principio de la obediencia pasiva será sustituido por la revolución proletaria con el de la disciplina fundada en la conciencia política.

Se moviliza a la juventud obrera de Petrogrado, Moscú y las regiones industriales. «La victoria o la muerte» es la consigna que se da a todos. «Hijos de la clase obrera, hemos pactado con la muerte, una vez desasidos con la victoria» (Trotski). No son solo palabras. La muerte acecha en todas partes.

El fin de los Románov

La intervención checoslovaca fue la sentencia de los Románov. Los miembros de la dinastía eran, desde los primeros días de la revolución, la prenda que se disputaban tenazmente quienes querían salvarlos y quienes querían aniquilarlos. Esta lucha había dado comienzo el 16 de marzo de 1917, día en que el Soviet exigió al gobierno provisional del príncipe Lvov la detención de Nicolás II. Poco tiempo después iniciaba el embajador de Inglaterra en Petrogrado negociaciones con el gobierno a fin de conseguir que la familia imperial fuese enviada a Inglaterra. Estas negociaciones duraron mientras los Románov estuvieron internados en su residencia habitual de Tsarkoié-Seló (hoy Dietskoie-Selo), en las proximidades de la capital. Los obreros y los soldados exigían cada vez con más frecuencia el enjuiciamiento del autócrata. Después de las graves algaradas de julio (1917), tuvo el gabinete Kérenski que desterrar a la familia imperial a Tobolsk, más que para dar satisfacción a las masas revolucionarias, para poner a salvo de ellas a los «augustos cautivos». Nicolás II, sus parientes, su séquito —cinco personas— y 35 sirvientes, salieron el 14 de agosto de Tsarkoié-Selo en un tren especial que enarbolaba el pabellón de la cruz roja japonesa. En Tobolsk fueron alojados en el antiguo palacio del gobernador general, en la «calle de la Libertad». Las instrucciones del gobierno provisional colocaban a los miembros de la dinastía «bajo la protección» de su escolta; los soldados que constituían esta escolta resolvieron por sí mismos tomar todas las medidas conducentes a impedir una evasión. El ex emperador vivió en la gran ciudad siberiana una apacible existencia, propia de un pequeño rentista sometido a vigilancia. Mientras la guerra civil ardía en el país, él pasaba las tranquilas veladas de invierno como un buen burgués, junto al fuego. Nicolás II hojeaba revistas extranjeras; Alejandra Feodorovna jugaba su partida de naipes con el anciano general Tatischev; las cuatro grandes duquesas se entretenían haciendo labores. Soldados revolucionarios montaban guardia de puertas afuera, en medio de la noche y de la nieve. Un comisario del gobierno provisional, antiguo desterrado a Siberia, socialista-revolucionario, atendía con gran

solicitud a los deseos de la Majestad caída... El arzobispo de Tobolsk, Hermógenes, viejo amigo de Rasputín, y su clerecía rodeaban al «emperador mártir» de infinitas atenciones. Algunos oficiales monárquicos se preparaban a libertarlos. Así siguieron las cosas hasta después de la revolución de octubre. Pero en el seno del cuerpo de guardia se formó un grupo de soldados que se juramentaron para no dejar escapar vivos a los Románov; el comisario del gobierno provisional recibía desde todas partes de Rusia cartas amenazadoras; los soldados de la escolta realizaban pesquisas en el domicilio del ex emperador, le quitaron su puñal kirguis, le obligaron a despojarse de sus insignias, lo sometieron a racionamiento; el Soviet regional del Ural exigió imperiosamente al *Vtsik* el traslado de los cautivos a Ekaterimburgo y envió guardias rojos para establecer vigilancia en aquellos puntos por donde tendrían que pasar, en caso de evasión; algunos bolcheviques del Ural llegaron a Tobolsk para preparar, por su cuenta y riesgo, la ejecución de los Románov. Y así iban urdiéndose alrededor de los prisioneros dos tramas contrarias: de salvación y de muerte.

A los oficiales y popes monárquicos les faltó la energía, la inteligencia y más aún, la lealtad. Parece ser que dispusieron en un momento dado de fuerzas que podían llegar a varios centenares de hombres y de una cantidad considerable de fondos. Ciertas disputas, a propósito de dinero e influencia, entre un teniente, Soloviev, y un pope, Vasiliev, les hicieron perder la ocasión de poner en obra sus proyectos. El Soviet del Ural obtuvo al fin que el *Vtsik* ordenase el traslado de los Románov a Ekaterimburgo. El *Vtsik* encargó a un aventurero llamado Jakovliev que llevase a cabo aquel traslado al frente de un destacamento de obreros a caballo. Pero, al mismo tiempo, el comité ejecutivo del Ural enviaba otro destacamento, más seguro, para que trajese a Nicolás II «vivo o muerto» (finales de abril). La conducta de Jakovliev excitó desde el primer momento tales sospechas que el ejecutivo del Ural resolvió arrancarle a los Románov, recurriendo a la fuerza, si fuese necesario. Los soldados de la escolta personal del zar, temerosos también de que se preparase su fuga, hicieron que fuera acompañado por ocho de ellos. Jakovliev condujo al zar, a la zarina, a su hija María y a otras cinco personas en trineos, por el cauce helado del Irtisch, hacia Tiumen. La extraña caravana atravesó la aldea natal de Rasputín, Pokrovskoe. Nicolás II y Alejandra Feodorovna recibieron el último homenaje de sus últimos fieles en el dintel de la casa del «santo», que tan bien supo preparar su caída. Se jugaba su última carta. Jakovliev intentó modificar el itinerario que le imponían las instrucciones que llevaba, e intentó conducir

a los Romános, no en dirección a Ekaterimburgo, sino hacia Moscú, por Omsk, Cheliabinsk y Samara. Su propósito era ofrecerles, durante el camino, un refugio en las montañas y esperar los acontecimientos. El Soviet de Omsk se negó a dejar pasar su tren y les obligó a retroceder. Amenazado con ser puesto fuera de la ley, se sometió.[20] Entretanto, se reunía en Ekaterimburgo la conferencia regional del partido comunista y exigía la muerte del zar. Nicolás II fue recibido en la capital obrera del Ural por un joven y enérgico bolchevique, el presidente del Ejecutivo del Soviet regional, quien había dirigido todo aquel asunto. Se le alojó en la magnífica casa del ingeniero Ipatiev, al que se le habían dado veinticuatro horas de plazo para desalojarla. Los restantes miembros de la familia imperial llegaron a fines de mayo con un séquito de 23 personas. Pero de allí en adelante, no se dejó más que el doctor Botkin, que tenía que velar constantemente por el zarévich Alexis, siempre enfermo; a un cocinero, a un ayudante de cocina, a un lacayo y a una doncella. Desde entonces los obreros montaron la guardia. Tres centinelas velaban noche y día en los corredores, cerca de sus habitaciones. Los cautivos solo salían al jardín media hora al día.

El Soviet del Ural exigía la muerte del zar. La exigían los socialistas-revolucionarios de izquierda. Algunos anarquistas y socialistas-revolucionarios de izquierda, recelosos de los bolcheviques, preparaban un golpe de mano contra la casa Ipatiev. Los proyectos que tenía en la mesa el *Vtsik* eran otros; hubieran querido que el proceso del zar se llevase a cabo por los proletarios del Ural. Este proceso había de abrirse a finales de julio. Trotski habría actuado de acusador público. La aproximación de los checoslovacos apresuró el desenlace. La Checa de Ekaterimburgo acababa de descubrir un complot de oficiales y de detener a varios enviados del embajador de Serbia, Spalaikovich. El día 12 de julio el Soviet levantó acta de la imposibilidad de realizar un proceso: los checoslovacos se acercaban por dos lados; podían apoderarse de la ciudad antes del fin de la semana. Se decidió proceder a la ejecución de los Románov sin tardanza y a la destrucción completa de sus despojos, a fin de no dejar reliquias para el futuro.

Se dio el encargo de proceder a la ejecución a un obrero de la fábrica de Verj-Isetks, Piotr Zajarovich Ermakov, con un grupo de hombres de confianza. En la noche del 15 al 16 de julio, hacia las doce, se invitó a Nicolás II, a la zarina, al zarevich Alexis, a las cuatro jóvenes grandes

20 Jakovliev se pasó en octubre de 1918 a Kolchak.

duquesas, al doctor Botkin, al aya y al preceptor del ex heredero del trono (en total 11 personas), a que se congregasen en una habitación de la planta baja. Aguardaban un nuevo traslado. Se alinearon frente a hombres armados. Alguien les leyó, en nombre del Soviet regional, la sentencia de muerte, que ni siquiera tuvieron tiempo de comprender bien. «¿No nos trasladan entonces?», se limitó a decir Nicolás II, sorprendido. No tuvo tiempo de volver de su sorpresa. Al cabo de unos momentos los Románov eran ya solo un montón de cadáveres caídos contra una pared agujereada por las balas. Un camión llevó sus despojos, envueltos en mantas, hacia una mina abandonada, situada a ocho verstas de la ciudad. Una vez allí, se les registró cuidadosamente las ropas; en los vestidos de las grandes duquesas se encontraron gran número de brillantes; una vez quemados los cadáveres, se enterraron las cenizas en un pantano próximo. La destrucción fue tan completa que, a pesar de dos años de investigaciones obstinadas, los blancos no consiguieron encontrar nada.

El gran duque Mijail Alexandróvich, hermano del zar, en favor del cual había abdicado este último, había desaparecido desde hacía algunos días. Residía libremente en Perm; la noche del 12 al 13 de julio, un grupo de obreros, a la cabeza del cual se encontraba un viejo y enérgico bolchevique, Miasnikov, lo secuestró, simulando un arresto. Las autoridades locales creyeron que había huido, pero había sido fusilado.

Los grandes duques Serguéi Mijailóvich, Igor, Konstantín e Iván Constantinovich, un príncipe Palei, la viuda del gran duque Serguéi, asesinado en 1905, Elisabeth Feodorovna y una princesa, Yelena de Serbia, se hallaban internados en una escuela abandonada de la pequeña población fabril de Alapaevsk, a unas cien leguas al nordeste de Ekaterimburgo. Fueron fusilados durante la noche del 17 al 18 y sus cadáveres arrojados a un pozo de mina.

La mesa del Ejecutivo Panruso de los Soviets recibió la noticia de la ejecución de los Románov durante la sesión del 18. Se discutía un proyecto de decreto relativo a servicios sanitarios; el informante era Semachko; Sverdlov entró y tomó asiento en su sitio, detrás de Lenin. Cuando Semachko terminó, Sverdlov, inclinándose a Lenin, le dijo al oído unas palabras.

> El camarada Sverdlov solicita la palabra para hacer una comunicación —dijo Sverdlov con voz monótona—. Recibo la noticia de que Nicolás ha sido fusilado en Ekaterimburgo, por orden del Soviet regional. Nicolás quería huir. Los checoslovacos se acercaban. La mesa del *Vtsik* aprueba.
>
> [Silencio]
>
> Pasemos —dijo entonces Lenin— a examinar en detalle el proyecto.

El día 19 se dictó un decreto confiscando los bienes de los Románov.[21]

21 Miliutin, *Páginas de diario,* El Proyector, 1924. Véase también P. M. Bikov, *Los últimos días de los Románov,* Sverdlovsk, 1926 y las publicaciones del Ural.



> Guardias rojas en un tren armado avanzando por las estepas rusas, 1917.

CAPÍTULO IX

El terror y la voluntad de vencer

El comité de los constituyentes de Samara

En la región del Volga, al abrigo de las bayonetas checoslovacas, se formaba un gobierno democrático. Había nacido en Samara el 8 de junio: al amanecer, los checoslovacos se apoderaban de la ciudad; aquella misma tarde se hacía cargo del poder un comité de cuatro miembros socialistas-revolucionarios de la Asamblea Constituyente (I. Bruchvit, B. Fortunatov, V. Volski, I. Nesterov). En nombre de la Constituyente, proclamaba la disolución de los Soviets y el restablecimiento de las libertades democráticas. Entretanto, se degollaba a los bolcheviques en las calles. El Comité de los Constituyentes entregaría al Congreso de Guerra a cuantos se resistieran a las autoridades. Se había declarado a la ciudad en estado de sitio. El día 9 se creaba un Departamento de Seguridad del Estado, provisto de poderes extraordinarios.

El Comité de los Constituyentes socialistas-revolucionarios se iba instalando en las ciudades del Volga, siguiendo la marcha de los checoslovacos. Toda ciudad conquistada era escenario de una gran matanza de comunistas y de sospechosos. «En Simbirsk fueron fusilados casi todos los soldados rojos que fueron cogidos dentro de la ciudad. Hubo una verdadera epidemia de linchamientos», relata el *Monitor (Viestnik) del Comité de la Asamblea Constituyente,* el 28 de julio. En el mismo Samara, el Comité tuvo que dar orden de que cesasen las ejecuciones sumarias, «so pena de tener que responder de ellas» *(sic).* Aquel gobierno democrático se vio obligado a pedir al mando checo de la ciudad que protegiese a los obreros de los arrabales contra las violencias de la reacción. En Kazán, mientras los checos perseguían a los rojos en retirada, hombres armados, que llevaban brazaletes blancos, se echaron a la calle, se dedicaron a revisar las casas y a detener a los sospechosos;

provistos de listas preparadas de antemano, guiados por delatores, degollaron al «bolchevique» allí donde lo encontraron... Durante varios días se amontonan en las calles los cadáveres desfigurados y desnudos. Se remata a los heridos rojos. Se ven cadáveres que tienen extendidos sus documentos sobre el pecho. Un título de comisario explica por qué le han saltado los ojos al muerto. Pasado el primer momento de furor continúan las represalias, algo menos sumarias, pero no menos implacables. El odio de clase se desencadena. Todo prisionero rojo que pasa por la calle entre guardias es entregado a los furores de una muchedumbre bien vestida. «Las mujeres jóvenes los abofeteaban y les escupían a los ojos...; los cadáveres eran pisoteados. Se sacaba los ojos a los muertos», escribe un testigo. El proceso de un bolchevique se reducía a la formalidad de un breve interrogatorio antes de ser ejecutado.

Renacían las antiguas instituciones municipales, los periódicos burgueses reaparecían anunciando la fuga de Trotski, la intervención irresistible de los aliados, las atrocidades cometidas por los chinos, letones y alemanes que formaban el ejército rojo. El metropolitano de Kazán hacía un llamamiento a los fieles para que acudiesen en defensa de la Iglesia. La Universidad se ponía patrióticamente a disposición del gobierno. «Los profesores, los generales, los estudiantes, los ancianos de todas las clases, forman una milicia a fin de que los jóvenes queden libres para ir al frente» *(Monitor del Comité).* Era el principio de la organización del ejército nacional.

La reserva de oro de Rusia, depositada en Kazán, había caído en manos de la contrarrevolución, a la cual proveería de una base financiera durante mucho tiempo. Esta reserva ascendía a 657 millones de rublos oro (6,5 miles de millones, según el curso de entonces), 100 millones en billetes de banco, «una suma enorme de diversos valores, depósitos de oro y de platino».[1]

El Comité de los Constituyentes publicó decretos confirmando la nacionalización de la tierra y la expropiación de los terratenientes, pero restituyó a sus propietarios las empresas industriales que habían sido

---

1 El almirante Kolchak dispuso de esta reserva de oro robada a Rusia de la siguiente manera: entregado a los franceses, 876 puds (1 pud = 16380 kg); a los ingleses, 516; a los anglofranceses unidos, 698; a los japoneses, 1.142. (Total: 3.232 puds.) Depositado en Japón a título de garantía de un empréstito, 1.500; ibídem en un sindicato financiero angloamericano, 3.977; compra de fusiles norteamericanos, 100; compra de fusiles Remington, 50; depositado en Shanghai, 372. (Total: 9.244 2/3 puds.) (S. Piontkovski, en *Revolución Proletaria,* 1921.)

nacionalizadas, municipalizadas o embargadas; se esforzó por organizar a la burguesía y abolió el control obrero de la producción. Su programa se resumía, en pocas palabras: ni reacción monárquica ni experimentos socialistas; restablecimiento de la democracia burguesa.

La política extranjera de los Constituyentes la conocemos por una carta de Stépben Pichon al ministro de asuntos exteriores de Samara, Vedeniapin; también se llevaban adelante negociaciones a este respecto entre un miembro del Comité Central del partido socialista-revolucionario, Timofeev, y los agentes franceses Charles Dumas y Ehrlich. Las operaciones militares eran lo que importaba. El comandante Alphonse Guinet, de la misión militar francesa, era el inspirador del Consejo Nacional Checo; fue él quien aconsejó que se activase la ofensiva contra Simbirsk, Kazán y Sarátov, con objeto de apoyar a los aliados. Otro oficial francés, el capitán Condot,[2] se dirigió a Simbirsk para activar la toma de Kazán. A los ojos de los aliados, el Comité de los Constituyentes era el embrión del futuro gobierno nacional de Rusia.

¿Sobre qué fuerzas sociales se apoyaba el Comité? El menchevique Maiski, miembro de este gobierno de contrarrevolución democrática, ha trazado un cuadro bien elocuente. Era tal la hostilidad de los obreros hacia los Constituyentes, que la tentativa de estos de constituir un «Soviet» dócil fracasó lamentablemente; este «Soviet» votó en el acto una resolución bolchevique... La movilización fracasó en el campo. A duras penas se reunieron menos de 15.000 hombres, que hubo que encerrar en los cuarteles bajo la vigilancia de los oficiales blancos, en vez de los 50.000 que hubieran debido responder al llamamiento. Las tropas así formadas, con jóvenes campesinos arrancados por la fuerza de sus aldeas, no eran muy seguras. Se daban casos en los que se rindieron a los rojos, después de haber amarrado a sus oficiales. Únicamente la pequeña burguesía acogió con júbilo al nuevo gobierno; pero sus veleidades democráticas, su apego a la república y a la bandera roja, que los «socialistas-revolucionarios» izaban todavía sobre los edificios públicos, indispusieron muy pronto contra ellos a los oficiales, monárquicos en su mayoría, a los industriales liberales y al clero. La burguesía, que aspiraba a una dictadura militar, estaba cada día más convencida de que las ilusiones democráticas eran una variedad atenuada del bolchevismo. Y esperó su hora.[3]

---

2 ¿O Condeau? Traducimos este nombre del ruso.

3 Véase I. Maiski, *La contrarrevolución democrática,* Moscú, 1923.

Hacia el terror

Poco a poco, de una a otra población, se propaga la guerra de clases a todo el campo. Los *kulaks* esconden su trigo, tocan a rebato cuando se acercan los destacamentos de avituallamiento, libran algunas veces batallas en regla y más a menudo degüellan durante la noche a los obreros que han venido en busca de trigo. Los campesinos pobres forman comités que se hacen cargo de los servicios de avituallamiento y proceden a las requisas. Se entabla una lucha a muerte alrededor del trigo, hasta en las más pequeñas aldeas. Las tropas rojas intervienen. En los periódicos abundan relatos como el siguiente: «Distrito de Smirnovo, gobierno de Orel. Habiendo llegado un destacamento de soldados rojos para apoderarse del trigo, los *kulaks* empezaron a vociferar: «¿Con qué derecho venís a llevaros lo que no habéis sembrado?» No ha habido manera de convencerlos. Han hecho fuego sobre la tropa, matando al comisario y a varios soldados. El ejecutivo provincial ha enviado contra el lugar un fuerte destacamento, del que formaban parte varios carros blindados. Se ha dado a los *kulaks* una buena lección» (21 de agosto). Se dio el caso de popes que se negaban a enterrar a los que atentaban contra los bienes de la Iglesia. En Livny, no lejos de Orel, se sublevó toda una región (20-23 de agosto); en el curso de la lucha y de la represión fueron muertos más de 300 contrarrevolucionarios.

El hambre es terrible en las ciudades. Los servicios de avituallamiento se ven a veces en la necesidad de distribuir grano en vez de pan. El pan, cuando lo hay, está mezclado con paja y grano. Se cierran las panaderías particulares y se pone tasa a casi todos los víveres y productos. A pesar de todo, la población no tiene más remedio que recurrir pagando precios exorbitantes a la especulación ilegal, pero que opera en las plazas formando grandes mercados permanentes, cercados a veces por la tropa, que procede a realizar confiscaciones sumarias. El trueque sustituye cada día más al comercio propiamente dicho; los intercambios de productos eliminan el papel-moneda. La *Krassnaia Gazetta,* de Petrogrado, al plantear la cuestión de los combustibles que la ciudad necesita y que no está en condiciones de pagar, escribe: «Disponemos de depósitos de cobre, que podemos entregar a los extranjeros a cambio de carbón» (primero de agosto). Las ciudades continúan despoblándose. Los ricos transforman sus bienes en piedras preciosas o en billetes extranjeros, comprados en la «bolsa negra» clandestina y cruzan la frontera, no sin correr riesgos. Todos cuantos pueden refugiarse en el campo lo hacen, atraídos por el trigo. La población de Petrogrado ha

caído de 2.319.000 habitantes que tenía el primero de noviembre de 1917, a 1.480.000 habitantes el primero de julio de 1918 y continúa descendiendo rápidamente.[4]

Los rencores maduran y están al acecho. El Consejo de Comisarios del Pueblo declara el antisemitismo fuera de la ley. Se fusila cada vez con mayor frecuencia, en grupos enteros de cinco, diez, quince, a los contrarrevolucionarios (casi todos oficiales), a los funcionarios ladrones y a los bandidos. No es todavía el terror, pero es un preludio bien marcado. Las ciudades cierran los ojos al anochecer en medio de tinieblas angustiosas, plagadas de acechanzas y de complots. Los jefes de la guarnición de Petrogrado tienen que publicar un mandato especial a la guarnición, ordenándole que «economice las municiones», porque las patrullas hacen fuego desordenadamente durante la noche en la oscuridad impenetrable de las calles (17 de agosto).

Se moviliza a la población de las fábricas y talleres para formar filas en los destacamentos de avituallamiento y en el ejército rojo. Los Soviets constriñen con frecuencia a la burguesía a realizar trabajos de utilidad pública... El comisario encargado de la prensa de la Comuna del Norte (Petrogrado), Kuzmin, suprime, el 3 de agosto, con una orden de tres líneas, todas las publicaciones burguesas: todavía quedaban algunas. La Checa anuncia que los saboteadores del avituallamiento serán «aniquilados sin piedad». El 24 de agosto se publica un decreto aboliendo la propiedad privada de los inmuebles en las ciudades.

No es tarea fácil enumerar las organizaciones contrarrevolucionarias que la Checa descubre y aniquila en el acto, sin preocuparse demasiado de profundizar en la naturaleza de las mismas. El asunto de los legionarios polacos acaba con el encarcelamiento de cerca de 600 personas en Vologdá. La misión militar francesa enviada a esta ciudad provee de documentos franceses a los contrarrevolucionarios de origen polaco, al socaire de que pertenecían a un cuerpo polaco en formación. Se descubren dos grandes organizaciones, integradas principalmente por oficiales; una de ellas se dedicaba a la desorganización de los transportes, bastante similar a la de Sávinkov, con la que sin duda se hallaba emparentada; la otra estaba formada por constitucionalistas-demócratas, es decir, miembros de la burguesía liberal: 150 detenidos en Moscú. La Checa funciona sin ruido. Estos asuntos, apenas mencionados en los periódicos —y no siempre—, son ahogados en la sombra. Por lo demás, solo excepcionalmente había ejecuciones.

4 En 1919-1920 llegará a descender a menos de 750.000 habitantes.

Zinóviev, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Comuna del Norte, publica finalmente un aviso anunciando que los enemigos de la República serán, de allí en adelante, pasados por las armas. La agitación contrarrevolucionaria, la excitación de los soldados rojos a la desobediencia, la ayuda prestada a los blancos o a los extranjeros, el espionaje, la corrupción, los *pogroms,* los robos, el bandidaje, el sabotaje y «demás crímenes», serán castigados «con la ejecución inmediata». La Checa fusila; son comunicados a la prensa los nombres de los culpables (18 de agosto). No está prevista la celebración de ningún juicio previo; la lista de los crímenes es tan larga y tan vaga que la terrible Comisión disfruta, en realidad, de poderes ilimitados. El arma del terror está amartillada; pero la revolución no se servirá de ella sino después de los atentados que se preparan.

Con el regreso de L. Kámenev a Rusia se disiparon, si aun subsistían, las últimas ilusiones acerca de la actitud de las potencias hacia la revolución. Kámenev había marchado a Europa occidental en abril, encargado por el Comité Central del Partido Comunista de informar a los socialistas y a la opinión pública acerca de los Soviets y, de ello no cabe duda, de entablar negociaciones oficiosas con los gobiernos. Rodeado siempre de espías, injuriado a caño libre por la prensa europea, no había conseguido que se le autorizase a entrar en Francia. Inglaterra lo había expulsado. Ya de regreso, los blancos de Finlandia lo habían tenido encarcelado durante varios meses. Regresaba para decir a los proletarios de Rusia: «Camaradas, estamos solos». (Discurso pronunciado en el Soviet de Petrogrado el 7 de agosto.)

La República cambió así de tono frente a las potencias. Un llamamiento, firmado por Lenin, Chicherin y Trotski, dirigido a los trabajadores franceses, ingleses, norteamericanos, italianos y japoneses, les exhortaba a que impidiesen la intervención:

> Si los aliados quieren ayudarnos en nuestra obra santa de resistencia, que nos ayuden a rehacer nuestros ferrocarriles y nuestra vida económica, porque una Rusia económicamente débil no se encuentra en condiciones de defenderse. Pero los aliados no han respondido a nuestros requerimientos.
>
> Solo piensan en hacernos pagar los intereses de los empréstitos, concedidos en otro tiempo por el capital francés al zarismo para arrastrarlo a la guerra; el pueblo ruso los ha pagado ya con ríos de sangre y con montones de cadáveres.

> Hemos tolerado demasiado tiempo las insultantes burlas de los representantes del imperialismo aliado, permitiendo a los que antes lamían las botas del zarismo que continúen en Rusia [...] No hemos echado mano de represalias contra ellos, aunque su mano era visible en todos los complots.

Ucrania, ocupada por los alemanes, se convierte por aquel entonces en una hoguera. Un terrorista socialista-revolucionario de izquierda, Borís Donskoi, ha dado muerte, el 30 de julio, en Kiev, al mariscal de campo Eichorn. Los ferroviarios han luchado contra el invasor, desde mediados de julio hasta mediados de agosto, por medio de huelgas y de actos de sabotaje. Ha sido necesario llamar a ferroviarios alemanes con objeto de que aseguren el funcionamiento de los ramales más importantes. El 7 de agosto, el Comité Militar Revolucionario de Ucrania, clandestino como es natural, declara la guerra al hetman Skoropadski y a la ocupación. Estallan por todas partes y a la vez sublevaciones campesinas. Las regiones de Poltava, Kiev, Chernigov y Ekaterinoslav, son una hoguera. Un instructor, maestro anarquista, antiguo forzado, Néstor Majnó inicia en Gulai-Polie (Ekaterinislav), con una quincena de hombres, la guerra de guerrillas; para procurarse armas asaltan a los centinelas alemanes. Majnó llegará a formar ejércitos. Los alemanes reprimen estos movimientos con el máximo rigor, ejecutando en masa a los prisioneros, incendiando las aldeas; pero son invadidos.

Los atentados contrarrevolucionarios

A la República sitiada, hambrienta y socavada por las conjuraciones, quedaba por asestarle un golpe decisivo. El papel de los auténticos jefes proletarios es precisamente grande porque son irreemplazables. Valor personal, autoridad, influencia, son productos de la historia formados por la clase obrera con ayuda del tiempo y de los acontecimientos, cosa que nada puede suplir. Las clases dominantes, que han llegado a un alto grado de cultura, están en condiciones, durante los periodos de prosperidad, de formar en gran número los jefes que necesitan. A la clase obrera en su estado actual de opresión y de incultura, solo le queda el recurso de suplir por medio de la organización política, la falta o la muerte de sus jefes. Este es uno de los graves problemas que se plantean en las épocas de crisis. El movimiento obrero alemán no ha podido, al cabo de diez años, suplir la falta de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo. Quedaba, pues, todavía el recurso de herir a la revolución en la persona de sus jefes. En este sentido, las tradiciones terroristas

de los socialistas-revolucionarios de derecha suscitaban perseverantes iniciativas. Es cierto que el Comité Central socialista-revolucionario había declarado inadmisibles los atentados después de la caída de la autocracia; pero se había realizado un cambio profundo en la política y en la mentalidad del partido, a consecuencia de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la paz de Brest-Litovsk y de la presión ejercida por los aliados. El VIII Consejo Nacional del partido socialista-revolucionario, que celebró sus sesiones del 7 al 14 de mayo, había aprobado solemnemente, en términos apenas matizados de hipocresía, el principio de la intervención extranjera en Rusia. «Considerando que la política del poder bolchevique amenaza la independencia misma de Rusia, el VIII Consejo Nacional del partido socialista-revolucionario es de la opinión de que este peligro solo puede desaparecer mediante la liquidación inmediata del gobierno bolchevique y la trasmisión del poder a un gobierno legitimado por el sufragio universal... Este gobierno podría admitir, con fines puramente estratégicos, la entrada de tropas aliadas en territorio ruso, con la condición de que quedase garantizada la no intervención de las potencias extranjeras en los asuntos interiores de Rusia y la integridad territorial del país.» Esto equivalía a decir con bastante claridad, una vez más, que todos los medios eran buenos contra los bolcheviques. La browning del terrorista no se diferencia tanto como parece del avión checoslovaco.

En Petrogrado existía una «organización de combate» socialista-revolucionaria, pequeño grupo terrorista sólidamente organizado. Obraba con bastante independencia del Comité Central, que se reservaba el derecho de desautorizarlo en caso necesario. Vigilaba muy de cerca a Uritski y a Zinóviev, con el fin de suprimirlos, y había asesinado ya al tribuno Volodarski. Estaba dirigido por C. I. Semenov, quien, en 1921, se pasó al bolchevismo y puso en claro la actividad terrorista de su antiguo partido. Los terroristas —una docena— se reunieron en Moscú para preparar simultáneamente el asesinato de Lenin y Trotski. Dividieron Moscú en cuatro sectores; en cada uno situaron a un observador y a un ejecutante, asiduos concurrentes a los mítines en que Lenin tomaba la palabra los viernes, acecharon la ocasión de hacer fuego sobre él. Esta vigilancia duró unas cinco semanas. Los ejecutores eran dos mujeres, Konopleva y Kaplan, y dos obreros: Usov y Kozlov. Estos dos últimos tuvieron sendas oportunidades de atacar a Lenin, pero desfallecieron. «Estaba indeciso —contó más adelante Usov—; había perdido la fe, tuve que abandonar la organización».

El 30 de agosto, al igual que los viernes precedentes, los terroristas esperaban a Lenin en todos los grandes mítines obreros. Un anciano obrero socialista-revolucionario, Novikov, apostado en los alrededores del establecimiento industrial Michelson, lo vio llegar; la terrorista Fanny Kaplan, antigua anarquista, estaba en la sala, armada con una pistola cuyas balas creyó haber envenenado el jefe del grupo, Semenov. Lenin llegó solo; no lo escoltaba nadie; nadie lo recibió. Al retirarse, lo rodearon algunos obreros un momento, a pocos pasos de su automóvil. En aquel momento Fanny Kaplan hizo tres disparos contra él, hiriéndole gravemente en la espalda y en el cuello. Conducido por su chofer al Kremlin, Lenin tuvo todavía fuerzas suficientes para subir en silencio las escaleras del segundo piso; luego el dolor lo abatió. Fue muy grande la ansiedad: era posible que la herida del cuello fuese de suma gravedad; se le creyó moribundo. Pero la fortaleza física del herido se sobrepuso. Lenin se levantó al cabo de unos diez días.

El Comité Central del partido socialista-revolucionario se declaraba, cinco días después, ajeno al atentado. (Con ocasión del asesinato de Volodarski había hecho una declaración análoga.) Esta desautorización, arrancada evidentemente por el temor de terribles represalias y por el sentimiento de la impopularidad —la tradición del partido consistía en reivindicar y en jactarse de los atentados cometidos por su organización de combate—, produjo en los terroristas una impresión de abatimiento abrumador. «¡Íbamos a la muerte —dice uno de ellos— en nombre del Comité Central, y el Comité Central nos desautorizaba!» La duplicidad de los dirigentes de los socialistas-revolucionarios (Gotz y Donskoi) era tan grande, que en el momento mismo en que redactaban esta desautorización, en la noche del 6 de septiembre, sus hombres preparaban el descarrilamiento del tren de Trotski. Se creía que la desaparición del jefe del ejército rojo podría acarrear el desmoronamiento del frente. Habían establecido vigilancia sobre Trotski en los alrededores del Kremlin, de la Comisaría de Guerra y de las administraciones militares. Cinco ejecutores, encargados de volar el tren, seguían un curso técnico hecho por un terrorista experimentado. Trotski debía salir el día 6 hacia el frente. Dos ejecutores, uno de los cuales era una mujer, le esperaban en la estación; si escapaba a las balas, Yelena Ivanova se encargaría de hacer volar su vagón. Pero le esperó inútilmente toda la noche en un punto de la línea de Kazán. Trotski había marchado por la línea de Nijni-Novgorod.

Se actuó en las dos capitales a la vez. El mismo día en que caía Lenin, en Moscú, era asesinado el presidente de la Checa de Petrogrado, Moiséi Salomonovich Uritski,[5] por Kaneguiser, un estudiante socialista-revolucionario que intentó refugiarse en el club inglés.

¿Guardaban estos atentados relación directa con la intervención extranjera? Pierre Pascal, que estaba encargado del servicio de claves en la misión militar francesa, ha dicho: «Yo mismo he descifrado un telegrama en el cual se trataba del empleo del terrorismo. Afirmo categóricamente que la misión militar francesa ha alentado los atentados que se han cometido en Rusia...»[6] Pronto veremos cómo los agentes ingleses preparaban, por su parte, la desaparición de Lenin y de Trotski. Finalmente, Sávinkov afirma que los agentes del Consejo Nacional checo, que le entregaron fondos, deseaban que los emplease en la organización de atentados terroristas.

Las jornadas de septiembre

Estos atentados simultáneos llevados a cabo en un momento semejante, no podían menos que provocar un terrible acceso de ira en el seno del partido y del proletariado. Todos tuvieron la sensación de que había sonado una hora suprema; a la revolución no le quedaba otra alternativa que matar o dejarse matar. Para vencer a los enemigos del exterior había que vencer a los enemigos del interior. La *Krassnaia Gazetta* de Petrogrado escribía:

---

5 M. S. Uritski era hijo de unos pequeños comerciantes judíos de la provincia de Kiev; había hecho sus estudios de derecho y sufrido tres veces el destierro entre los yakutos y en el norte de Rusia; fue expulsado del país y encarcelado varias veces. Este revolucionario profesional, minado por la tuberculosis, no tenía vida privada. Había entrado en el partido bolchevique al mismo tiempo que Trotski. Pertenecía al Comité Central. Fanny Kaplan y Kaneguisen fueron fusilados. Los acuerdos de estos distintos atentados iban a ser revelados más adelante, en el proceso del Comité Central del partido socialista-revolucionario, instituido en junio-julio de 1922, en Moscú. Los miembros del Comité Central insistieron en declinar toda responsabilidad en estos atentados, pero quedó demostrado que estaban al corriente de su preparación, que uno de ellos, Donskoi, se había entrevistado con Fanny Kaplan, que el grupo terrorista les remitía los fondos procedentes de las «expropiaciones», y que le habían dado el encargo de hacer volar un tren que conducía oro hacia Alemania. El partido socialista-revolucionario quería sacar ventaja de los atentados pero no quería cargar con su excesiva responsabilidad mientras la lucha permaneciese indecisa. Donskoi recomendó al terrorista Semenov que formase, al modo de los anarquistas, un grupo de «antifaces negros»... Fanny Kaplan, anarcoterrorista, detenida en Kiev el año 1906, condenada a cadena perpetua, se había convertido al socialismo-revolucionario en el penal de Akatui, donde había pasado diez años. «Hice fuego contra Lenin —declaró— porque lo considero un traidor al socialismo y porque su existencia desacredita al socialismo. Me adhiero sin reservas al gobierno de Samara y soy partidaria de la lucha contra Alemania, al lado de los aliados.»

6 Declaración en el proceso de Moscú, audiencia del 28 de junio de 1922.

> *Ya es hora de que también nosotros empecemos...* Decíamos en otra ocasión que a la muerte de uno contestaríamos con la muerte de un millar; henos aquí forzados a llevarlo a efecto.
>
> ¡Que dejen libre el camino aquellos sentimentales que tienen miedo de derramar sangre inocente! ¿Cuántas vidas de mujeres y niños pesan en la conciencia de cada burgués? Cada gota de sangre de Lenin debe costar a los burgueses y a los blancos centenares de muertos... El interés de la revolución exige el exterminio físico de la clase burguesa. Ellos no tienen compasión, no la tengamos nosotros tampoco. (31 de agosto.)

El mismo artículo concretaba su pensamiento diciendo que únicamente eran dignos de indulgencia los representantes de la clase burguesa que habían demostrado su lealtad al régimen.

Aquella misma tarde y en otro editorial, explicaba aquel diario: «*¡Sangre por sangre!* Pero no nos entregaremos a matanzas, eso no. Habría el peligro de que cayesen personas extrañas a la burguesía y de que se nos escapasen enemigos auténticos del pueblo. Será organizados como iremos a buscar a los burgueses de vientre orondo y a sus colaboradores...» Organizar el terror es limitarlo. El 2 de septiembre, mientras las Checas procedían a las ejecuciones sumarias, el gobierno, resolviéndose a dar un golpe decisivo a la conspiración extranjera, lleva a cabo registros en las misiones británicas y detiene al encargado británico de negocios, Lockhart. Se divulga brutalmente el complot anglofrancés. Una proclama del *Vtsik* erige al país en campo atrincherado, confiando su defensa a un Consejo Revolucionario de Guerra, presidido por Trotski. (Emplearemos indistintamente los términos «Consejo Revolucionario del Ejército» y «Consejo Revolucionario de Guerra», ya que las dos traducciones son correctas.) Al día siguiente, una orden del comisario del Pueblo del interior, Petrovski, decreta el terror rojo. Los Soviets —se dice en ella— no han contestado hasta ahora sino con débiles represalias a las matanzas de proletarios en Ucrania, Finlandia y en las regiones ocupadas por los checoslovacos. «Basta ya de indulgencia y de negligencia. Los Soviets locales deben detener en el acto a todos los socialistas-revolucionarios de derecha que conozcan. Tómense rehenes en gran número entre la clase burguesa y los oficiales. A la menor resistencia o a la menor actividad de los blancos, se contestará, sin discusiones, por medio de fusilamientos en masa. Corresponde a los comités ejecutivos de provincia tomar la iniciativa en este sentido...

Estas medidas serán tomadas en el acto; infórmese inmediatamente a esta comisaría de todos los casos en que las autoridades locales muestren indecisión.»

La Checa de Petrogrado hacía público el día 7 que habían sido pasados por las armas 512 contrarrevolucionarios, de los cuales diez eran socialistas-revolucionarios de derecha. Además, los periódicos de Petrogrado publicaron, durante varios días seguidos, listas interminables de rehenes: grandes duques, miembros de la aristocracia, oficiales de todos los grados, periodistas reaccionarios, financieros, industriales, negociantes; en total unas quinientas o seiscientas personas detenidas. En Kronstadt fueron pasados por las armas 500 contrarrevolucionarios, según un informe oral pronunciado a mediados de septiembre en la conferencia de comisiones extraordinarias de la Comuna del norte. Las ejecuciones fueron en número mucho menor en Moscú, en donde las listas de fusilados fueron publicadas. Durante los diez primeros días lo fueron unos sesenta: varios grandes duques, los antiguos ministros Jvostov, Protopopov, Chtcheglovitov, N. A. Maklakov, algunos oficiales y ex policías, un chantajista, un abogado acusado de tenencia de armas.

Es difícil hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de lo que fue el terror en las provincias. Los periódicos solo daban informaciones fragmentarias y en cierto sentido ocasionales. En Perm se fusiló la primera vez a 50 rehenes, luego a 36; en Tver se limitaron a encarcelar a 150 rehenes; de Penza, donde primero se fusiló a un noble y algunos oficiales, telegrafían el 25 de septiembre: «El asesinato del obrero Egorov ha sido pagado con 152 vidas». De Kostroma escriben: «Han sido ejecutados siete blancos; la alta burguesía se encuentra en nuestras manos y la empleamos en la limpieza de los cuarteles». En Nijni-Novgorod cayeron 41 popes, oficiales, policías y capitalistas; en Orlov, cerca de Viatka, 23; en Chui, 8; en Kursk, 9; la Checa de una pequeña localidad llamada Kirma envía a Moscú una lista de «12 contrarrevolucionarios, bandidos, ladrones y charlatanes que han sido ejecutados»; en Ivanovo-Vosnesensk, gran centro textil, han sido detenidos 184 rehenes; se ha creado un campo de concentración, pero solo se ha procedido a un corto número de ejecuciones.

Desde el 5 de septiembre, el partido se esfuerza visiblemente por moderar el terror. La *Krassnaia Gazetta* de Petrogrado escribe: «La burguesía ha recibido una cruel lección... Que nuestros enemigos nos dejen construir en paz la nueva vida. Entonces dejaremos de acosarlos, desentendiéndonos del odio que llevan dentro. Ha terminado por

ahora el terror rojo, hasta la próxima reanudación del terror blanco. Los destinos de la burguesía están entre sus propias manos.» Y al día siguiente: «¿Se jugarán los guardias blancos la cabeza de los rehenes? Se ha asegurado la retaguardia, la burguesía está aterrorizada, sus organizaciones de combate destruidas, los complots puestos al descubierto, los conspiradores castigados... Ocupémonos en adelante del frente.» En realidad, estas jornadas de septiembre, tan parecidas a las de la Revolución francesa, constituyen, como ellas, y por análogas razones, el principio de la era del terror.

El asundo Lockhart

Hacía bastante tiempo que la *Vecheca* sabía que los hilos de todas las conspiraciones contrarrevolucionarias iban a parar a las misiones extranjeras. Un registro que se hizo en el Consulado británico de Petrogrado, el día mismo en que fue asesinado Uritski, daba como fruto, después de sangrientos incidentes (el teniente Cromie se resistió y fue muerto; un agente de la Checa cayó muerto y dos resultaron heridos), la detención de varios contrarrevolucionarios refugiados en el consulado por retención de armas y documentos.

Desde hacía varias semanas se vigilaba estrechamente a Lockhart, encargado inglés de negocios en Moscú, y se le seguía hasta en sus más secretas actividades. Como casi todos los extranjeros, tomaba un gran interés en todo lo que se relacionase con las tropas rojas en vías de formación, y especialmente en todo lo referente a los letones, cuyas condiciones de disciplina y de organización eran excepcionales. Lockhart se puso en contacto con un oficial letón y lo presentó al cónsul francés, Grenard, y al teniente Sidney Riley, sin sospechar que estaba tratando con un agente del contraespionaje de los rojos. Desde aquel momento la *Vecheca* estuvo perfectamente informada. Existían en las dos capitales organizaciones de espionaje y de contrarrevolución. Dos oficiales, el inglés Riley, el francés Vertamond y un individuo llamado Calmatiano quedarían encargados de dirigir las operaciones en Rusia después de la marcha en las misiones extranjeras. Se preparaba la ocupación de Vologdá y se proyectaba un golpe de mano sobre Moscú para mediados de septiembre. Los comisarios del pueblo serían apresados en el Kremlin durante una sesión del Consejo. Riley, que se hallaba bien informado acerca de la manera de trabajar del Consejo, daba una importancia capital a la detención simultánea de Lenin y de Trotski. Esperaba poder sobornar a la guardia del Kremlin. (El teniente Sidney

Riley del *Intelligence Service,* fue pasado por las armas en la URSS en 1928.) Una vez apresados los dos jefes de la revolución serían enviados inmediatamente a Arkangelsk. «Pero lo más seguro resultaría —agregaba Riley— fusilarlos inmediatamente». Lockhart entregó a los oficiales rojos, en distintas ocasiones, cantidades que ascendieron en total a 1.200.000 rublos; los proveía, además, de documentos falsos con el membrete y el sello de la misión británica.

En el registro se encontraron explosivos, listas de comprometidos, documentos militares; se averiguó que los anglofranceses preparaban la destrucción de dos puentes, a fin de que quedase interrumpido el abastecimiento de Petrogrado. La *Vecheca* sorprendió, durante la noche del 31 de agosto al uno de septiembre, una reunión clandestina. Tomaba parte en ella un inglés que se negó al principio a dar su nombre: era Lockhart. Se le dejó en libertad inmediatamente, pero al cabo de algunos días fue encarcelado en el Kremlin, donde fue, por lo demás, tratado con tantos miramientos que no pudo menos que hacer constar su gratitud a uno de los miembros de la Comisión Extraordinaria, Peters. El general Lavergne y el cónsul Grenard se salvaron de ser detenidos refugiándose en la delegación de Noruega, alrededor de la cual los rojos establecieron una estrecha vigilancia. Litvinov y otros bolcheviques se hallaban por aquel entonces detenidos en Inglaterra y Francia; la Comisión de Asuntos Exteriores propuso y obtuvo el intercambio de prisioneros.

La prensa del mundo entero comentó con indignación los criminales atentados de los bolcheviques a las reglas sacrosantas de la extraterritorialidad y de la inmunidad diplomática. Los bolcheviques se colocaban «al margen de la civilización». Los gobiernos de Londres y de París amenazaron con recurrir a represalias contra los bolcheviques que se encontraban en su poder. Pero dentro del territorio de los Soviets la conspiración extranjera había quedado vencida.[7]

Sviajsk

En aquel mismo momento se jugaba la suerte de la revolución en una pequeña estación ferroviaria, casi desconocida, a unos 70 kilómetros de Kazán, en la línea de Moscú. El avance victorioso de los checoslovacos

---

7 Se han publicado muy pocas cosas acerca del asunto Lockhart. Al referirnos a él nos guiamos por los comunicados de la *Vecheca,* publicados en los periódicos de aquel tiempo, y por las memorias de Peters, aparecidas en el núm. 33 de *Revolución Proletaria.*

y de los blancos se estrellaba allí contra pobres trincheras cavadas a toda prisa, detrás de las cuales no había más que una voluntad de hierro. El 8 de agosto, en pleno desastre del frente este, salía para Kazán el tren de Trotski, cargado con unos doscientos comunistas seleccionados entre los más resueltos. Se hizo el viaje lentamente para romper, de paso, la resistencia de los ferroviarios de aquella red. Era tan poco seguro el camino que hubo que dar la alerta varias veces a los ocupantes del tren, que se habían sometido a disciplina militar. Los blancos acababan de apoderarse de Kazán: algunos regimientos rojos, de reciente formación, traicionados por sus oficiales, se habían desbandado ante ellos. Tan completa había sido la derrota de los rojos que Vatsetis, comandante en jefe del frente, había estado a punto de ser capturado por el enemigo. Rodeado de un puñado de hombres, se abrió dificultosamente camino entre los fugitivos y los perseguidores. Todo lo que quedaba de las fuerzas soviéticas se aferró a la pequeña estación de Sviajsk, en la orilla del Volga. Y allí se detuvo el tren de Trotski. La locomotora se marchó por donde había venido. Solo quedó en aquella sombría estación una hilera de vagones, dentro de los cuales estaban instalados el Estado Mayor, el tribunal revolucionario y los servicios de un ejército que estaba por crearse. (Este tren de Trotski pasaría a la historia. Fue visto durante cuatro años en todos los frentes. El Consejo Revolucionario del Ejército celebraba sesión permanente dentro de sus vagones blindados o protegidos por sacos de tierra; estaba armado de ametralladoras y de un cañón. El tren que había llegado a Sviajsk estaba todavía lejos de tener esta organización y fuerzas.) Le seguía otro tren, «en el que iban 300 soldados con un aeroplano, vagón-cochera para cinco automóviles, telegrafía sin hilos, imprenta, tribunal; en una palabra, una pequeña población militar».[8]

Sviajsk cerraba a los checoslovacos la vía fluvial de Nijni-Novgorod y la línea del ferrocarril Kazán-Moscú. Era, en la imaginación de sus defensores, la llave de la Rusia central, el último baluarte en el que era necesario dejarse matar hasta el último hombre. «Los que dormían sobre la tarima de la estación, entre paja mezclada con restos de cristalería, no temían nada, ni confiaban ya casi en el éxito. Nadie se preguntaba cuándo acabaría todo aquello... Toda hora que se vivía estaba impregnada de una plenitud y novedad que parecía de milagro. Se acercaba un avión y lanzaba sus bombas sobre la estación: el ladrido agotador de

---

8 A. Morizet, *Chez Lenine et Trotski,* París, Renaissance du Livre, 1921. Este libro contiene una interesante entrevista del jefe del ejército rojo.

las ametralladoras se acercaba y se alejaba igual que la voz tranquila de los cajones; el soldado de capote en jirones, de sombrero deforme y botas desvaídas —en una palabra, el defensor de Sviajsk—, contemplaba sonriente su reloj y pensaba:

> Estoy, pues, con vida a las doce y media de la noche, a las cuatro de la madrugada, a las seis y veinte... Sviajsk resiste. Ahí al lado está el tren de Trotski; en la ventanilla del servicio político se enciende una lámpara. Terminó la jornada.
>
> Se carecía casi por completo de medicamentos. Dios sabe con qué y cómo vendaban las heridas los médicos. Pero nadie se avergonzaba, ni se asustaba de semejante miseria. Los soldados tenían que pasar, para ir por su sopa, delante de los moribundos y de los heridos que estaban acostados en sus parihuelas. Llegaron los días lluviosos de agosto. Nuestras líneas, diseminadas y mal armadas, no cedieron; continuamos dueños del puente y empezaban a llegar refuerzos desde la retaguardia».

Se organizaban los servicios de enlace.

> Aquí fue donde se reveló el genio organizador de Trotski; supo traer a Sviajsk, por ferrocarriles donde imperaba el sabotaje descarado, toda una nueva artillería y cuanto hacía falta para la resistencia y la ofensiva. Recordemos que esto ocurría en 1918, en una época en la que la desmovilización no se había apagado aún, cuando causaba sensación ver pasar por las calles de Moscú un destacamento de soldados rojos bien vestidos. Aquello era ir contra la corriente, luchar contra la fatiga de cuatro años de guerra, contra la riada impetuosa de la revolución que arrastraba por todo el país los despojos de la antigua disciplina tan odiada... A pesar de todos los pesares, llegaron los víveres, los periódicos, las botas y los capotes.

¿Qué clase de hombres eran los defensores de Sviajsk?

> Como por ensalmo surgieron alrededor de Rosengoltz, dentro de su vagón, los mapas y las máquinas de escribir, sacadas Dios sabe de dónde; en una palabra, surgieron las oficinas del Consejo Revolucionario de Guerra. Rosengoltz se había puesto a levantar un poderoso mecanismo de organización, con líneas de una exactitud geométrica, con engranajes matemáticos. Sin embargo, Rosengoltz, sencillo e infatigable, no tenía nada de guerrero, a pesar del gran pistolón que llevaba colgado de la cintura, ni en su apostura, ni en su rostro blanco de expresión más bien dulce. Su gran fuerza residía en la capacidad orgánica de regenerar, de reorganizar, de intensificar febrilmente la circulación de la sangre espesada…

> Ivan Nkitich Smirnov (viejo bolchevique de Siberia, antiguo obrero) era la conciencia comunista de Sviajsk. Hasta los mismos soldados sin partido y los comunistas que no lo conocían de antes se rindieron en seguida a su corrección y a su honradez absoluta. Con seguridad que él ignoraba el temor que inspiraba, cuán grande era el miedo de aparecer cobarde y débil, precisamente estando él delante, él que era un hombre que no alzaba nunca la voz, que se limitaba a ser siempre igual a sí mismo sereno y valiente... Infundía la sensación de que, aun en los peores momentos, sería el más valiente y el más intrépido. Al lado de Trotski lucharía uno hasta sucumbir, después de quemar el último cartucho, sin hacer caso de las heridas; Trotski encarnaba la santa demagogia del combate, las palabras y los gestos evocadores de las más bellas páginas de la Revolución francesa. Al lado de Smirnov se sentiría cualquiera tranquilo y con el espíritu lúcido al pie del muro, sometido en el calabozo de una sórdida prisión a los interrogatorios de los blancos. Todo esto decíamos en voz baja, tumbados y en confuso hacinamiento sobre la tarima de la estación, durante aquellas noches de otoño que ya refrescaban.[9]

Hemos creído útil reproducir estos bocetos de una mujer que combatió en Sviajsk; nos descubren un estado de espíritu. Semejante temple y elevación moral hacen invencibles a los hombres; y es un privilegio exclusivo de las grandes causas el dar a los hombres ese temple y esa elevación moral.

Poco a poco iba cristalizando la fe en la victoria sobre un enemigo que había sido muy superior en número, armamento y organización: ¡Se reconquistará Kazán! Llegaban tropas frescas. Se creaba un pequeño parque de aviación, cuyas fuerzas no pasaban de una escuadrilla. El enemigo empezaba a comprender que allí brotaba una fuerza capaz de llegar a ser temible. Sus ataques eran rechazados con regularidad. Dos de los jefes más notables de la contrarrevolución, Sávinkov y un joven estratega de talento, Kappel, que andando el tiempo había de ser muerto en Siberia después de luchas encarnizadas, concibieron el propósito audaz de sorprender Sviajsk. Los blancos desarrollaron un gran movimiento envolvente, cortaron la línea de Moscú y avanzaron sobre Sviajsk por la retaguardia. Un tren blindado, provisto de cañones de Marina, que había sido enviado a su encuentro y que no estuvo bien dirigido por los jefes, fue capturado e incendiado. El enemigo se encontró a menos de dos leguas de Sviajsk, cortando la retirada del lado de tierra.

---

9 Larissa Reissner, *En el frente rojo,* 1918. La autora, hija de un profesor socialista, combatió en Sviajsk y en la flotilla del Volga. Su pequeño libro, del cual existe una traducción al alemán, constituye un documento psicológico y un testimonio de primer orden.

Cundió el pánico entre los rojos; el servicio político del ejército no pensó en otra cosa que en retirarse a toda prisa por el Volga. Un regimiento que defendía el frente del lado del río se desbandó y se declaró en franca huida con sus jefes y comisarios a la cabeza. Estos fugitivos, en revuelta confusión, invadieron los barcos de la flotilla del Volga. La derrota parecía completa. Solo quedaron en Sviajsk las oficinas del Estado Mayor del 5º ejército, el tren de Trotski y el personal de transportes. «León Davidovich movilizó a todo el personal del tren, a los escribanos de oficina, a los telegrafistas, a los enfermeros; en una palabra, a todo aquel que podía sostener un fusil: unos 500 hombres; los blancos eran el doble. Las oficinas quedaron vacías; ya no hubo retaguardia. Todo fue lanzado contra los blancos que avanzaban. Toda la línea férrea, hasta las primeras casas de Sviajsk, se hallaba removida por el fuego de los obuses. La batalla duró varias horas. Los blancos creyeron encontrarse en presencia de tropas frescas, bien organizadas, de las que no tenían noticias sus servicios de información.» Agotados por un *raid* de cuarenta y ocho horas, creyeron que la fuerza del adversario era mayor, ignorando que no tenían delante sino a un puñado de soldados improvisados, detrás de los cuales no había más que dos personas, Trotski y Slavin (un antiguo oficial que mandaba el 5º ejército), y cedieron. Para dar a entender con toda claridad que se resistiría en aquel lugar, Trotski no había querido enganchar una máquina a su tren. El grueso del 5º ejército, fuerte, de unos 10.000 hombres, se preparaba más allá de Sviajsk, al otro lado del río Volga, a iniciar la ofensiva contra Kazán. El abandono de Sviajsk hubiera acarreado tal vez la destrucción de aquel ejército.

El efecto decisivo de la victoria de Sviajsk quedó completado al día siguiente por otra hazaña. Desde Kronstadt, y por distintos canales, habían sido traídos varios pequeños torpederos. Los mandaba un joven bolchevique oficial de Marina, Raskolnikov, y el marino Markin, que sucumbió heroicamente; se formó con ellos la flotilla roja del Volga. Trotski y Raskolnikov habían concebido el proyecto temerario de incendiar la flotilla enemiga, anclada en Kazán. La flotilla roja descendió Volga abajo con todos los fuegos apagados, en una noche oscura. El torpedero a cuyo bordo iban Trotski y Raskolnikov fue el único que consiguió atravesar la boca del puerto de Kazán. Se rompió el timón y se encontró durante algunos momentos en el mayor peligro, al lado de un buque enemigo. Toda la flotilla blanca fue incendiada; los rojos se retiraron sin pérdidas.

Primera victoria: la toma de Kazán

Al día siguiente fueron juzgados y fusilados 27 comunistas, que, presa del pánico, habían huido. Esta medida extrema de rigor era necesaria. «Todo el ejército —escribe Larissa Reissner— murmuraba que los comunistas eran unos cobardes, que la ley no rezaba con ellos, que podían desertar impunemente... Sin la extraordinaria bravura de Trotski, del comandante en jefe y de los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra, el prestigio de los comunistas que trabajaban dentro del ejército habría desaparecido durante mucho tiempo.» Ahora bien, los comunistas eran el alma del ejército.

Semejante rigor no tenía nada de nuevo. Desde hacía veinticinco días que el tren de Trotski se hallaba en Sviajsk, se había entablado una lucha implacable contra el entusiasmo, o para hablar con más exactitud, el fanatismo revolucionario y la indisciplina y el desorden. Trotski publicó el 14 de agosto la orden siguiente:

> Me entero de que el destacamento de partidarios de Petrogrado ha abandonado sus posiciones.
>
> Doy orden al comisario Rosengoltz de comprobar el hecho. Los soldados del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos no son ni cobardes ni vagos. Quieren luchar por la libertad y el bienestar del pueblo trabajador. Si se retiran o no luchan como es debido, la culpa es de los comandantes y de los comisarios.
>
> Os advierto: si una unidad se retira, será fusilado primero el comisario, luego el comandante.
>
> Los soldados que den pruebas de valor serán recompensados de acuerdo con sus méritos y recibirán cargos de mando.
>
> Los cobardes, los ventajistas y los traidores no se salvarán de las balas. «Yo respondo de ello ante todo el Ejército Rojo».

Los de la partida de Petrogrado, que creían posiblemente merecer indulgencia en su calidad de voluntarios de la capital, fueron tratados sin miramientos por un consejo de guerra que envió a la muerte a varias decenas de ellos.

No ha existido jamás un ejército en campaña que haya prescindido de estas medidas de rigor; la guerra coloca siempre al hombre entre la bala del enemigo y la bala de los suyos cuando se convierte en colaborador del enemigo por su pusilanimidad; el instinto de conservación de la colectividad necesita esta ley de hierro para dominar el instinto de

conservación del individuo. Por ese motivo, no necesitan comentario estos hechos. Convendrá todo lo más que recordemos otra vez las condiciones en que se estaba forjando la disciplina del ejército rojo. En los comienzos del periodo de Sviajsk, Trotski tuvo que redactar un largo escrito para conseguir que enviasen al Estado Mayor algunas máquinas de escribir. El 19 de agosto dirigía una larga reconvención a los marinos de la flotilla roja: «Habiendo ido ayer a visitar el Estado Mayor de la flotilla, me he quedado estupefacto ante el cuadro que he presenciado. El barco estaba lleno de gente extraña, pero nadie comprobaba los permisos, que por lo demás no existían. Que entre el que quiera... Nadie sabe quién es el que manda el barco. Imposible descubrir a cargo de quién está el servicio de enlaces. Se ha enviado gente a distintos sitios, sin que nadie sepa quién la ha enviado... Y al desembarcar han dejado, los que marchaban, su lancha abandonada, calculando que la llevarían otros hasta el barco. Ninguna organización, ningún sentimiento de responsabilidad. Abundan a bordo mujeres y niños. En estas condiciones no es posible llevar a cabo ningún trabajo práctico. No puede guardarse ningún secreto militar. Yo he visto al comisario Markin traer un mecánico que no sabía cómo hacer andar un motor. "Ocurre siempre lo mismo —decía Markin—; pero cuando se trata de marchar a retaguardia, los motores funcionan admirablemente; cuando hay que ir a la línea de fuego, los motores se declaran en huelga". ¡Camaradas marinos! Esto no puede continuar... reflexionad sobre la situación del país. Si nos apoderamos de Kazán habremos roto el frente enemigo; Simbirsk y Samara caerán por sí mismas...». Esta argumentación persuasiva termina con estas palabras: «Hay que llevarlo todo militarmente. No hay que ceder un palmo de terreno. Hay que tomar al enemigo todo lo que se pueda, hay que tomar audazmente, animosamente la ofensiva. El que nada arriesga, nunca nada tiene. ¡Os estrecho fraternalmente la mano, camaradas marinos!» El jefe que empleaba este lenguaje y firmaba unas órdenes tan inflexibles, *tenía el deber* de exponerse en ocasiones con sus hombres, en la primera fila. Este constructor de ejércitos empleaba la persuasión, el ejemplo y el rigor.

Su certidumbre interior de vencer imponía también una confianza terrible. Hacía arrojar en las ciudades ocupadas por el enemigo *Avisos* redactados así:

> Los ciudadanos de las poblaciones que se hallan momentáneamente en poder de los checos blancos, continúan sometidos a las leyes de la República de los Soviets.

> Nadie tiene el derecho de invocar la violencia de los invasores para justificar actos de traición al poder de los obreros y campesinos.
>
> *Todo aquel que haya prestado ayuda al enemigo durante la dominación de los checos blancos será fusilado.*
>
> Serán confiscados los bienes muebles e inmuebles de cuantos participen en la sedición burguesa y de todos sus cómplices.
>
> Estos bienes servirán para recompensar a las familias de los obreros y de los campesinos que han caído víctimas de los contrarrevolucionarios y, de una manera general, a los trabajadores víctimas de la sublevación burguesa. (15 de agosto de 1918.)

Ordenaba, bajo pena de muerte, a los trabajadores movilizados por los blancos que desertasen y se pasasen a los rojos. (Orden del 27 de agosto sobre la movilización.)

La persuasión, el ejemplo, el rigor, la confianza, la actividad organizadora de los jefes comunistas realizaron en cuatro semanas un milagro. Según testimonio de un miembro competente del Consejo Revolucionario, S. I. Gusev, cuando llegó el tren de Trotski solo había en Sviajsk una masa informe de 10.000 a 15.000 hombres, dividida en varias decenas de regimientos, unos de formación antigua, otros constituidos por pequeños grupos de partidarios. Algunos de estos regimientos se hallaban tan desmoralizados que se negaban a combatir, como ocurrió con el 4º de letones, cuyos jefes —dos comunistas— fueron sometidos al tribunal revolucionario. «Las demás unidades luchaban, pero retrocedían frecuentemente ante un enemigo menos numeroso, pero activo y mejor organizado... Los servicios políticos, el tribunal, el servicio de informes, se hallaban en manos de hombres sin experiencia. En resumen: falta de confianza en sí mismos, falta de iniciativa, pasividad; falta de disciplina desde los más altos a los más bajos... El tren de Trotski llevó a la estación perdida de Sviajsk la firme voluntad de vencer, la iniciativa, un impulso enérgico sobre todos los rodajes del ejército. Desde los primeros días se tuvo la sensación de que acababa de realizarse un cambio brusco. Empezó por dejarse sentir en materia de disciplina. Los métodos severos de Trotski eran, ante todo, adecuados y necesarios en aquella época de guerra de partidos, de indisciplina y de amor propio mezquino.»[10] De aquella muchedumbre fugitiva de los vencidos de Kazán surge un ejército poderoso y seguro de sí mismo, que va a reconquistar esa ciudad.

---

10 S. I. Gusev, «Las jornadas de Sviajsk», en *Revolución Proletaria,* núm. 2 (25), 1924.

Trotski, que había regresado unos pocos días a Moscú, al tener noticia del atentado de Fanny Kaplan, se hallaba en condiciones de asegurar al *Vtsik* que la situación era firme, estable, y que estaban preparados contra sorpresas desagradables. Los rojos empezaban ya a aguerrirse gracias a los primeros éxitos que obtenían sobre los checoslovacos. El 9 de septiembre, en Kazán, el marino Markin había inutilizado una batería enemiga. Los rojos reconquistaron la ciudad el día 10.

Los obreros de la fábrica de pólvora de Kazán se habían declarado en huelga algunos días antes: se hizo una matanza entre ellos. Toda la juventud masculina, movilizada por el Comité de los Constituyentes, había sido llevada a viva fuerza. La población burguesa había huido durante cuatro días enteros, formando convoyes interminables y llevando cuanto podían acarrear consigo. En el patio de la cárcel se alineaban los cadáveres todavía calientes, cuando llegó la caballería roja del legendario Azin a interrumpir las ejecuciones. La voz de Trotski retumbaba en el Soviet:

> Ahora que se acusa a los obreros de dar muestras de crueldad en la guerra civil, decimos nosotros, instruidos por la experiencia: la única falta imperdonable que puede cometer en estos momentos la clase obrera rusa, sería la de mostrarse indulgente con las clases enemigas. Nos batimos por el más grande beneficio de la humanidad, en nombre de la regeneración de la humanidad, para sacarla de las tinieblas y de la esclavitud...[11]

El Volga, el Ural, el Kuban...

Dos días después, el 12, el primer ejército se apoderaba de Simbirsk, comandado por Tujachevski. Al día siguiente por la noche, ese mismo ejército forzaba el paso del Volga. Para ello era necesario apoderarse de un puente metálico de un kilómetro de largo, que estaba dominado por el fuego del enemigo. Se lanzó una locomotora sin maquinista. Tras ella un tren blindado y una brigada de infantería. La artillería tronaba en ambas orillas. Algunas gabarras incendiadas por los blancos servían de luminarias de la batalla. Desconcertado el enemigo por aquel ataque de frente, retrocedió en desorden. El ejército que realizaba aquella hazaña era bisoño. Tujachevski, que se había hecho cargo del mando a primeros de junio, encontró a las tropas alojadas en trenes de los que no se apartaban, contentándose con guerrear a lo largo de las líneas férreas. «El Estado Mayor estaba formado por cinco camaradas... No existía servicio alguno de administración, nadie conocía con exactitud

---

11 Discurso en el Teatro de Kazán, el 11 de septiembre.

los efectivos; el abastecimiento se realizaba gracias al ingenio y a la energía extraordinaria de un camarada que interceptaba todos los trenes que pasaban por la región...»[12]

El plan del Consejo Revolucionario de Guerra se llevaba a efecto. Desde el mar Blanco hasta el mar Negro estaban acabando de constituirse doce ejércitos. Su distribución era la siguiente: en el norte, obstaculizando el avance de los ingleses más allá de Chenbursk, en la región del Dvina, el 6º; entre Perm y Kazán, el 2º; entre Perm y Ekaterimburgo, el 4º; en Kazán, el 5º; más al sur, amenazando Samara, el 1º (Tujachevski); en Sarátov, el 6º; en Tsaritsin, el 10º (Vorochilov); en el norte del Cáucaso, el 11º y el 12º. Estos ejércitos contaban cada uno con entre 8.000 y 15.000 hombres, excepto el 10º, que representaba una fuerza imponente (40.000 hombres, 240 cañones, 13 trenes blindados) y que hacía frente al ejército cosaco del Don (atamán Krasnov), cuya fuerza era más o menos igual, y de los dos ejércitos del Cáucaso septentrional, en donde más de 100.000 rojos sostenían, contra un número igual de blancos, una guerra de movimientos, pródiga en exterminios, en saqueos de poblaciones, en represalias atroces y en proezas...

El ejército rojo se forma en la guerra de clases que el terror ha convertido en una forma elemental, aunque organizada, de la lucha por la vida. Detengámonos un instante en algunas páginas brillantes de esta epopeya, que no son lo bastante conocidas. Ellas, mejor que cualquier larga exposición, nos harán comprender lo que fue esta guerra y por qué los rojos tenían que salir vencedores.

Los obreros de Ekaterimburgo y los mineros de Chelinbinsk habían formado, en el mes de mayo, los primeros contingentes para combatir a los cosacos de Dutov, bajo Oremburgo. Cuando los checoslovacos avanzaron sobre el Ural se levantaron todas las fábricas, formando destacamentos nuevos que se agruparon alrededor de los núcleos antiguos. También los habitantes de Ekaterimburgo, de Verkneuralsk, de Troitsk, constituyeron un pequeño ejército de unos 10.000 hombres (60 ametralladoras, 12 cañones); tan escasos eran los oficiales, que hubo que dar grados a los comunistas, a los miembros de los Soviets, a los antiguos oficiales. El mando supremo recayó en un obrero bolchevique, que había sido suboficial: Blücher. Los checos se apoderaron de Verkneuralsk, y el pequeño ejército de Blücher se acrecentó con 2.000 fugitivos. Los

12 Tujachevski, «El primer ejército en 1918», en *La Revolución y la Guerra*, núms. 4 y 5, 1921.

proletarios de la ciudad caída llevaban a sus familias en carricoches y todo lo que tenían de valioso en sus hogares: el samovar, las camas, las ropas... Se llevaban también una reserva de 130 kilos de oro. Estaban casi rodeados. ¿Adónde irían? ¿Ganarían el Turquestán? ¿Se replegarían sobre la base del Volga? Resolvieron pasar a la otra vertiente del Ural para reunirse, al norte, con el ejército rojo. Aquello fue al mismo tiempo una guerra de guerrillas y una emigración de un pueblo. En cada gran fábrica que encontraban el ejército se engrosaba con nuevos partidarios y con nuevos convoyes de fugitivos. A la vista misma de Verkneuralsk, y para abrirse paso, las partidas, faltas de municiones, tuvieron que atacar con bayoneta y con picas una altura defendida por los cosacos, los oficiales y la juventud de las escuelas intermedias. Cara a cara, los enemigos se reconocían unos a otros: vivían en la misma calle, eran vecinos, primos, obreros y patronos, padres e hijos algunos de ellos. Vacilaban un momento antes de lanzarse al cuerpo a cuerpo. Luego se tiraban a matarse en un forcejeo frenético. Los rojos pasaron. En uno y otro bando el armamento era defectuoso. Se descolgaban los viejos fusiles de las panoplias, se echaba mano de las escopetas de caza, se confeccionaban picas y mazas al estilo de las de los *jacques* de la Edad Media; se fundían balas por los procedimientos que se tenían a mano; se empleaban carracas de madera para simular el crepitar de las ametralladoras. A retaguardia, las mujeres y los heridos acostados en sus carricoches, que conducían niños de diez años, echaban también su cuarto a espadas en el combate. Ni blancos ni rojos hacían prisioneros. Se estableció una disciplina perfecta y una buena organización en este ejército, cuyos soldados y jefes cobraban el mismo sueldo mensual (150 rublos), en el que los jefes combatían como todo el mundo y en el que los cartuchos escaseaban tanto que constituían un objeto precioso con el que se traficaba. Al cabo de un mes de privaciones y de combates, salvado el Ural, llegados a los establecimientos industriales de Bogoiavlensk y de Arkangelsk, cerca de Ufá, fue necesario exigir un nuevo heroísmo, porque se preveía que iba a resultar infinitamente difícil abrirse paso: hubo que abandonar a las familias. El inmenso sacrificio fue votado a mano alzada, en medio de un silencio desolador. El 2 de septiembre se encontraba el ejército de Blücher en Krassny-Iar, ametrallado sin descanso por los blancos y empujado contra un río profundo, el Ufá. con troncos de árbol burdamente arreglados se construyó un puente en una sola noche. ¡Y los rojos pasaron! Habían creído que iban a perecer allí hasta el último. El estado mayor, resuelto a luchar hasta quemar el último cartucho, había tomado las últimas disposiciones: cada cual

reservaba su última bala para un camarada; únicamente al jefe del ejército le correspondía suicidarse cuando todos hubiesen caído... Franqueado el río se hicieron doscientos prisioneros: no quedó uno solo con vida. Por fin las partidas del Ural pudieron operar su unión con el 3º ejército rojo (13 de septiembre) al sur de Perm, cerca de Kungur. Habían hecho cerca de 16.00 kilómetros en cincuenta días de combate por las crestas del Ural.[13]

Por aquellas mismas fechas, a unos 2.000 kilómetros de distancia, otro ejército rojo llevaba a cabo una hazaña parecida: 16.000 partidarios, seguidos por todo un pueblo de fugitivos (varias decenas de miles de hombres), separados a consecuencia de la derrota del grueso de las fuerzas rojas del Kuban, se batieron en retirada sobre la península de Taman, que prolonga las montañas del Cáucaso en dirección a Crimea. Una vez allí, se encontraron bloqueados y en situación desesperada. Una sola ruta se abría ante ellos: la calzada que bordea al sur la inmensa superficie azúrea del mar Negro. Montaban guardia en este mar cruceros alemanes; las montañas que se elevaban a pico sobre la calzada estaban vigiladas por el enemigo. En el litoral solo había pequeñas poblaciones arruinadas y hambrientas; no había ninguna posibilidad de abastecerse. Un sol tórrido. Aquella ola humana siguió por la calzada. Había que caminar sin detenerse para no morir de hambre. La necesidad hizo surgir la disciplina, el orden, los jefes. Un antiguo capitán, hijo de campesinos, Epifani Kovtiuj, impuso a sus partidarios la ley de la salvación común. A fuerza de embestir contra toda clase de obstáculos como un ariete, la columna se sintió irresistible. Ejército y fugitivos se alimentaban de maíz, de nueces, de frutos silvestres. Iban semidesnudos, harapientos, dejando a los rezagados morir al borde del camino, en medio del polvo abrasador. El 16 de agosto, al cabo de quince días de marcha y de implacables combates, les cortó el paso la posición inexpugnable de Tuapsé, defendida por una guarnición georgiana. El enemigo se juzgaba seguro en aquel nido de águilas, erizado de cañones. Algunos partidarios treparon por las rocas de una manera inverosímil, apoyándose en bayonetas clavadas en las infructuosidades del terreno. Al amanecer los rojos se precipitaron sobre la fortaleza. No tuvieron compasión. Luego avanzaron sobre Maikop, donde el general Pokróvski se entregaba a una orgía de sangre; ahorcamientos, decapitaciones, fusilamientos en masa; se dice que exterminó a 4.000 personas (en una

---

13 «El obrero Blücher se ha convertido en uno de los mejores estrategas del ejército rojo.» M. Golubij, *Nuestros guerrilleros del Ural,* Ekaterimburgo, 1924.

población de 45.000 habitantes). Los rojos encontraron en su camino, en los claros del bosque, mujeres crucificadas. Se volvieron sobre la caballería de Pokróvski, se apoderaron de Maikop y se hicieron dueños de Armavir (25 de septiembre). (La retirada de Taman, al mando de Epifani Kovtiuj, ha sido descrita por Serafinovich en una novela que se acerca mucho a la verdad histórica y reconstruye muy bien la atmósfera reinante: *El torrente férreo.* Hay traducción francesa.)

Ni el heroísmo de aquellas gentes del Ural, ni el de las del Kuban podía tener una importancia decisiva; pero es necesario conocer estos hechos para comprender la victoria de los rojos. Sviajsk, el Ural, Tuapsé, estas tres hazañas simultáneas, atestiguan, en virtud de las mismas necesidades sociales, la misma voluntad de vencer, es decir, de vivir.

Apogeo de la contrarrevolución democrática. El directorio de Ufá

A medida que los rojos se iban afirmando, la revolución democrática, por un proceso inverso, se encontraba envuelta en dificultades cada vez mayores. El Comité de los Constituyentes de Samara no había tenido nunca una buena acogida entre las clases ricas. Ahora se veía obligado a reprimir las sublevaciones en las fábricas y los disturbios en el campo, cuyos habitantes se hallaban exasperados por la movilización y por las requisas. La burguesía misma se apartaba de él y dirigía la vista hacia Siberia, en donde la reacción parecía llamada a desempeñar un papel dominante. El gobierno «socialista-revolucionario» solo contaba con dos verdaderos apoyos: las bayonetas checoslovacas y el terror blanco. Los episodios más significativos de la lucha que se libra en estos momentos son: la matanza de los trabajadores amotinados de la fábrica de pólvora de Kazán, algunos días antes de la toma de esta ciudad por los rojos; la matanza de obreros, también amotinados, de la fábrica de municiones de Ivaschenkovo (cerca de Samara), en donde fueron sableadas 1.500 personas, hombres, mujeres y niños,[14] y la masacre de 306 prisioneros políticos, evacuados hacia Ufá en vísperas de la caída de Samara.

Los oficiales blancos enviados al campo para realizar allí la movilización, se conducían con los elementos rurales según las prácticas del Antiguo Régimen. Arrestaban a los sospechosos. Obligaban a veces a restituir sus bienes a los propietarios expropiados. Hacían azotar a los

---

14 Los 6.000 obreros de Ivaschenkovo se amotinaron al acercarse el ejército rojo, pero prematuramente; los rojos no entraron en Samara hasta siete días después.

reclutas, a los notables, a los sospechosos, a los descontentos. Citemos, a título de ilustración, uno de los muchos despachos publicados en los propios diarios de los Constituyentes: «Distrito de Kliuchevski. Un destacamento cosaco de 200 hombres rodeó la aldea y no permitió que saliese nadie de ella hasta que regresasen los trabajadores del campo. Por la noche fueron detenidas 18 personas. Los reclutas se habían ocultado: se azotó a sus padres y a sus madres. Los detenidos fueron llevados a la plaza al amanecer, se les obligó a desvestirse y a tumbarse sobre sus ropas. Todos fueron azotados. Dos campesinos fueron conducidos a un patio y fusilados». El coronel Galkin, organizador del ejército nacional, hacía juzgar a los padres de los campesinos desertores y a las autoridades locales que daban muestras de falta de energía en la lucha contra la deserción. La acción de los rojos se veía facilitada, de una manera apreciable, por la creciente impopularidad de los Constituyentes.

En ese momento existen, entre el Ural y Vladivostok, una veintena de gobiernos contrarrevolucionarios. El Comité de los Constituyentes parece ser el que tiene más autoridad; es el único democrático, el que encuentra mayor apoyo en los checoslovacos, el más influyente en la Rusia europea. Su principal competidor es el gobierno regional de Siberia, cuya sede se encuentra en Omsk. El territorio de este gobierno se extiende hasta Cheliabinsk; el gobierno del Ural, dirigido por un industrial liberal, L. A. Krol, simpatiza con los reaccionarios declarados de Omsk, burgueses-cadetes y generales cosacos; estos últimos disponen de fuerzas auténticas, que se cuentan por sables y por caballos. Si los checoslovacos mantenían el frente era solo para que los rusos pudiesen constituir un ejército nacional; presionaban a los rusos para que constituyesen un poder central. Así fue como nació la idea de una conferencia de los distintos gobiernos antibolcheviques.

En la Conferencia de Ufá se reunieron, del 8 al 25 de septiembre, los representantes de la Asamblea Constituyente, del Comité de Constituyentes de Samara, del gobierno regional de Siberia (Omsk), del gobierno provisional regional del Ural, de los cosacos del Ural, de Siberia, del Turquestán oriental, del Yenisei, de Astrakan, de Irkutsk, del gobierno Bachkir, del gobierno Kirguiz *Alach-Orla,* del consejo nacional turco-tártaro, de un gobierno provisional estoniano, del congreso de las ciudades y de los zemstvos del Volga, del Ural y de Siberia, de los comités centrales de los partidos socialista-revolucionario, socialdemócrata menchevique, socialista popular, socialdemócrata de la Unidad (Edinstvo, el grupo de Plejánov), de la *Libertad del Pueblo* (partido cadete) y de

la *Liga del Renacimiento.* No estaban representados los distintos gobiernos del Extremo Oriente. Los demócratas socialistas-revolucionarios de Samara (N. Avkséntiev, Hendelman, Argunov, Zenzinov, Ekaterina Brechko-Brechkovskaia, Volski, Vedeniapin) dieron el primer tono a esta asamblea desigual, en el seno de la cual se codeaban socialistas sinceros, antiguos terroristas, generales monárquicos, atamanes cosacos, hombres de negocios, industriales, profesores liberales, líderes burgueses de minorías nacionales, agentes extranjeros y aventureros.

La Conferencia, bendecida por el arzobispo Andréi, se abrió con un servicio religioso celebrado en la plaza de la catedral. Dos tendencias en pugna se manifestaron desde el primer momento: la de los socialistas-revolucionarios, que querían una contrarrevolución democrática, parlamentaria, republicana, presidida por un gobierno responsable ante la Constituyente, y la de los generales de la burguesía y de los hombres de acción más clarividentes, que querían empezar por una dictadura militar para pasar luego a un régimen apoyado en las fuerzas reaccionarias. Cada una de estas dos tendencias se apoyaba en un gobierno. Omsk frente a Samara. El orador cadete L. A. Krol preconizó «un poder fuerte, supremo, personal, sin control e irresponsable».

La reconquista de Kazán por los rojos amenguó el prestigio de los socialistas-revolucionarios; pero los checoslovacos eran hostiles a la reacción monárquica. La Conferencia adoptó una solución intermedia, constituyendo un directorio de cinco miembros, revestido de los más amplios poderes hasta la reunión de la Asamblea Constituyente. Los cinco eran: el más derechista de los socialistas-revolucionarios de derecha, N. Avkséntiev, gran orador del partido; un burgués cadete, N. I. Astrov; un general liberal, Boldirev; un representante liberal del gobierno siberiano, Vologodski, y el viejo socialista-populista Chaikovski (ausente, iba a ser llamado a presidir en Arkangelsk, bajo ocupación británica, el gobierno nacional del norte). Los socialistas-revolucionarios Argunov y Zenzinov figuraban entre los miembros suplentes, así como también el viejo general monárquico Alexeiev.

El directorio se asignaba como objetivos: la abolición del régimen de los Soviets, reincorporación a Rusia de los territorios perdidos, anulación de todos los tratados concertados por los bolcheviques, ejecución de los tratados que unían a Rusia con las potencias aliadas, continuación de la guerra contra la coalición germánica, creación de un poderoso ejército nacional, establecimiento de un régimen democrático. Los representantes checoslovacos y franceses (Jeannot) dieron

su aprobación a este programa. El encargado británico de negocios en Siberia, Olston, trasmitió a la Conferencia los mejores votos de su gobierno. «El pueblo británico ve con alivio que Rusia vuelve al campo de batalla, justificando de este modo la confianza que a los aliados no ha dejado nunca de merecer. Que la Conferencia de Ufá pueda echar las bases de la nueva Rusia, libre y fuerte...»

La retaguardia, en plena desmoralización, fermentaba; el frente se derrumbaba ante las acometidas del ariete del ejército rojo; los checoslovacos, cansados de ser ellos solos quienes cargasen con todo el peso de la resistencia a los rojos, retrocedían; los japoneses iniciaban sistemáticamente la conquista del Extremo Oriente;[15] la reacción alentada por los aliados preparaba la dictadura militar en Siberia. El partido de las clases medias, completamente incapaz de sacar provecho de su propia experiencia, completamente cegado por sus ilusiones democráticas, continuaba edificando sobre arena en medio de la tormenta.

El terror permanente

Después de las jornadas de septiembre el terror no cesa, su ritmo se hace más lento, se convierte en sistema. Los periódicos publican desde entonces, varias veces por semana, los comunicados de las comisiones

---

15 No nos es posible seguir en esta obra, paso a paso, los acontecimientos del Extremo Oriente. Desde principios de año se había formado en Jarbin (Manchuria), un «gobierno ruso» bajo la presidencia del «general» Horvat, administrador del ferrocarril de la China oriental. Putilov tenía un papel importante. Este gobierno fue el que propuso al almirante Kolchak la formación de un ejército nacional; el almirante tuvo que ir a Tokio para solicitar el consentimiento del gobierno japonés. El verdadero amo del Extremo Oriente era el general Nakasima. El atamán Semenov luchaba contra los rojos al frente de partidas que llegaron a 1.800 hombres: chinos, mongoles, buriatos, japoneses, serbios y cosacos de Transbaikalia; un capitán, Kuroki, hijo del mariscal que se distinguió en la guerra ruso-japonesa, desempeñaba a su lado las funciones de jefe de estado mayor. En Vladivostok intentaba funcionar un gobierno siberiano, presidido por el socialista-revolucionario Derber. Los obreros bolcheviques disputaban esta ciudad a los checos y a los rusos blancos. Los norteamericanos desembarcaron allí en el mes de septiembre; un mariscal japonés, Otani, tomó el mando de todas las fuerzas aliadas. Los aliados formaron un consejo de altos comisarios, en el cual estaba representada Gran Bretaña por su antiguo consejero de embajada en Petrogrado, sir Elliot, y Francia por el ex embajador francés en Tokio, Regnault; este consejo hizo desarmar brutalmente a los oficiales rusos sospechosos de ser revolucionarios. Entre tanto, el general checo Gaida se apoderó de Chita, hizo fusilar y azotar en masa a los campesinos a todo lo largo del Transiberiano y se proclamó a sí mismo generalísimo de los ejércitos ruso y checoslovaco (septiembre). El general Stepanov escribió al general Alexeiev: «Parece ser que Japón, que no dispone de hierro, se quedará con: 1º, nuestro litoral, rico en minerales de hierro; 2º, nuestra parte de ferrocarril de la China oriental; 3º, el puerto de Vladivostok y la región del Usuri». Pero los designios de los japoneses continuaban chocando con la oposición de Estados Unidos. (Denikin, *Memorias*, t. III.)

extraordinarias, que proceden a ejecutar sumariamente, en todos los rincones del país, a los criminales y a los contrarrevolucionarios. Un número del *Izvestia* (del 24 de octubre de 1918), que solo citamos a título de ejemplo, da dos columnas de informaciones de esta clase. Examinémoslas. La Checa del distrito de Egorievsk hace internar por tres años a un pope contrarrevolucionario en un monasterio. La de Ivanovo-Vosnesensk condena a cinco semanas de cárcel y a 30.000 rublos de multa a un especulador que ha insultado a un comisario durante un registro... La del barrio de Meschovsk fusila a un ex policía «diligente cien-negro», y añade: «La población está tranquila». La de Kozel anuncia simplemente que se ocupa en reprimir la agitación de los popes y de los *kulaks*. En Mineevsk un socialista-revolucionario es pasado por las armas. En Perm se recurre sobre todo a la aplicación de multas; la comisión publica un boletín a fin de tener a la población al corriente de sus actividades... Sigue la nueva rúbrica: «Guerra a la corrupción». Han sido fusilados un juez de instrucción de la Comisión Central Panrusa y su escribiente, convictos de haber aceptado dádivas. Sigue una lista de 16 criminales que han sido pasados por las armas por orden de la Comisión Central: se trata de monederos falsos, de bandidos, de un soldado rojo de la Checa que había confeccionado una estampilla falsa de una cooperativa, de un comisario de la *Vecheca* que había intentado vender un revólver. La Comisión de Kotlas fusila a un ciudadano culpable de haberse entregado a manejos contrarrevolucionarios. La Comisión de Chui anuncia la ejecución de siete «ladrones, asesinos y provocadores».

Este recorte del *Izvestia* da una idea bastante aproximada de lo que fue el terror rojo; no solo este es un arma necesaria y decisiva en la guerra de clases, sino que también es un terrible instrumento de depuración interior de la dictadura del proletariado.

«La Comisión Extraordinaria —escribe uno de los hombres que dirigen el terror[16]— no es ni una comisión de instrucción ni un tribunal. Es un órgano de combate que actúa en el frente interior de la guerra civil por medio de la instrucción, de los tribunales y de las fuerzas armadas. No juzga al enemigo, descarga sobre él sus golpes.» No se preocupa de fijar y dosificar las culpas; se pregunta a qué clase social, a qué medio pertenece el adversario, si es peligroso y hasta qué punto. Las comisiones procedían a realizar instrucciones a veces sumarias, a veces largas y complicadas, en un secreto casi absoluto, sin admitir defensa. El juez

---

16 Latsis, *Las comisiones extraordinarias (Checa),* Moscú, Librería del Estado, 1921.

instructor formulaba sus conclusiones bajo su propia responsabilidad; la comisión sentenciaba sin oír al acusado. Tratándose de la pena capital, debía tomarse el veredicto por unanimidad (las comisiones se hallaban integradas al principio por doce miembros, bastando un solo voto para que no se condenase a muerte al acusado). Las ejecuciones se realizaban por lo regular en el mayor secreto, a fin de evitar a la población emociones malsanas. En las grandes ciudades se empleaba a veces el revólver, y la ejecución tenía lugar en sótanos.

Poco a poco, aunque no sin roces, las comisiones locales se fueron subordinando a la Comisión Central.[17]

Se creó una sección especial para combatir el espionaje y la contrarrevolución en el ejército y en la armada, y otra para la vigilancia de los transportes.

Las comisiones acometieron la tarea de levantar un censo de toda la población burguesa, con objeto de elegir rehenes. Dzerjinski y los dirigentes de la *Vecheca* les dieron orden terminante, en diversas ocasiones, de no proceder a encarcelar a la gente más que en caso de verdadera necesidad. La orden número 83, fechada en noviembre de 1918, prescribe incluso que se ponga en libertad a todos aquellos miembros del partido KD (constitucional demócrata), partido de la gran burguesía, que no hubiesen tenido una actividad política importante.

Las comisiones celebraron conferencias locales y regionales. Una de estas conferencias hizo que se reuniesen en Petrogrado, a mediados de octubre, los jefes de las checas del noroeste. En ella se puso de manifiesto el hecho de que las comisiones se mantenían aún con recursos eventuales, como las multas y las contribuciones. Zinóviev, informante, hablando de los socialistas-revolucionarios de izquierda que acababan de fomentar una revuelta en la ciudad, hizo notar que de ahí en adelante «solo el partido comunista podía existir libremente». Por otra parte, denunció los defectos y las peligrosas pretensiones de ciertas comisiones que mostraban propensión a desplazar a las

---

17 Un decreto del 2 de noviembre regularizó la composición de las comisiones extraordinarias. Se facultó a la Comisión Central Panrusa *(Volcheca)* para unificar y controlar todas las comisiones locales, teniendo derecho a anular sus decisiones. El Consejo de Comisarios del Pueblo designaría a sus miembros; su presidente pertenecía al Colegio del Interior; las Comisarías del Interior y de Justicia delegaban representantes en la Comisión Central. Sus miembros principales fueron, además de Dzerjinski, presidente: Latsis, Peters, Xenofontov. Las Checas locales eran nombradas por los ejecutivos de los Soviets y estaban subordinadas a estos. Los nombramientos de jefes de las mismas eran sometidos a la aprobación del centro.

autoridades locales. Se esbozaba una tendencia a la dictadura de las comisiones. Hizo hincapié en la necesidad de castigar con el máximo rigor a los comisarios corruptos.

Peters, uno de los jefes de la *Vecheca,* protestaba por la misma época contra «las formas indeseables de que se había revestido el terror en las provincias.» *(Izvestia,* 29 de octubre). Se entabló una discusión a propósito de las competencias respectivas de la Comisaria del Interior y de las checas. No cabe duda de que se cometía un gran número de abusos. El régimen de prisiones en aquella época de hambre, de epidemias y de máximo encallecimiento de las costumbres era detestable (suscitó la intervención de varios comunistas influyentes en la prensa); había muchos procesos que se eternizaban, mientras que otros se despachaban en un santiamén. Karl Radek fue uno de los primeros en proponer nuevas formas de terror, más lógicas que las ejecuciones sumarias. «Hay que herir a la burguesía —decía— en sus privilegios económicos. Ahora que nos encontramos en vísperas del invierno, procedamos a requisar las ropas de abrigo, las habitaciones confortables, todo el sobrante del bienestar individual; demos todo al ejército, a los obreros. Establezcamos una legislación draconiana contra la conspiración.» «Es inadmisible que existan en Moscú restaurantes lujosos como el *Praga;* es inadmisible que el burgués se arrope en ricas pieles mientras que allá, en el frente, pasa frío el soldado rojo...» Todavía estaban así las cosas *(Izvestia,* 6 de octubre).

¿Qué amplitud alcanzó el terror rojo? Solo disponemos de datos incompletos para responder a esta cuestión. Durante los primeros meses no se llevó ninguna estadística regular; las cifras oficiales publicadas por Latsis[18] han sido calculadas partiendo frecuentemente de informes fortuitos. Hechas estas reservas, examinémoslas. Sabemos ya que las comisiones extraordinarias se fundaron en diciembre de 1917. Durante los seis primeros meses de su actividad solo ejecutan a 22 personas. En el transcurso de la segunda mitad de 1918 se llevan a cabo 6.000 ejecuciones. El promedio mensual de ejecuciones durante todo el año 1918 es de: 380 contrarrevolucionarios, 14 funcionarios prevaricadores y criminales, 3 especuladores.[19] Probablemente la cantidad de sangre vertida por el terror rojo en cuatro años de revolución es menor que la que corrió en algunas de las jornadas de la batalla de Verdún...

---

18 Latsis, *Las comisiones… op. cit.*

19 Fueron ejecutadas en total 12.733 personas de 1918 a 1920 en toda Rusia. Estas cifras oficiales de la *Vecheca* que han sido reconocidas como incompletas, solo pueden servir de indicación. Es evidente que solo resumen la actividad organizada, controlada y sistematizada de las comisiones. Téngase también en cuenta que los tribunales revolucionarios civiles aplicaban igualmente la pena capital.

Esbozo de un paralelo: 1793 y 1918

Se pueden descubrir sorprendentes paralelos entre la Revolución francesa y la Revolución rusa, hasta en detalles de sucesos y acciones. Las fechas mismas ofrecen coincidencias impresionantes. Vemos así que las jornadas del 2, 3, 4, 5 y 6 de septiembre de 1792 y de 1918 se señalan, en una y otra, por el exterminio del enemigo interno en las cárceles. El París de 1792 se alza, implacable, al conocerse la entrada de los prusianos en Verdún. Los proletarios de Petrogrado y de Moscú cogen la espada cuando los checos se han apoderado de todas las grandes ciudades del Volga, cuando los británicos ocupan Arkangelsk y Murmansk. Las crisis decisivas se producen en las dos revoluciones durante los meses de verano: julio, agosto, septiembre. Francia, 1792 y 1793, Rusia, 1917, 1918 y 1919. Esos meses son, sin duda alguna, por razones climáticas, biológicas —la energía humana alcanza en ellos su más alto grado de desarrollo— y sociales —proximidad de las cosechas—, los más propicios para la guerra. La crisis de julio, agosto y septiembre de 1918, cuya consecuencia directa y fatal fue el terror, recuerda sobre todo la que atravesó la Revolución francesa en julio, agosto y septiembre de 1793, después de la traición de Dumouriez y de la revuelta de la Vendée, coincidiendo con la sublevación de Normandía, Burdeos y Lyon. Charlotte Corday asesinaba a Marat; los coaligados entraban en Francia; los ingleses se apoderaban de Tolón; la revolución se encontraba minada en el interior por la conspiración, la traición y el hambre; William Pitt organizaba, para defender la civilización contra *les sans-culotte,* la coalición europea; la prensa londinense publicaba relatos llenos de detalles aterradores acerca de las «atrocidades de los jacobinos»... La Comuna de París y el Comité de Salvación Pública contestaron a los enemigos de la revolución con las leyes en masa, con el terror, con el máximum. Los tribunales revolucionarios no fueron menos expeditivos que las comisiones extraordinarias de la Revolución rusa. En Francia, como en Rusia, hubo necesidad de galvanizar el ejército, de inmovilizar a los generales que pagaron los fracasos con su cabeza, de enviar miembros de la Convención a los ejércitos. Carnot desempeñó el papel de Trotski.

Creemos que el terror de los jacobinos fue mucho más sanguinario que el de los bolcheviques. En todo caso, sí fue más cruel. «En Angers, los condenados eran llevados al lugar de la ejecución [...] con música, las autoridades vestidas de gran gala y los soldados haciendo de valla».[20]

---

20 A. Mathiez, *La Révolution Française,* t. III, «La Terreur», p. 88, Ed. Armand Colin.

La revolución cortó cabezas por millares en Nantes, en Lyon, en la Vendée; solo en París rodaron 1.376 en nueve días, después del decreto del 22 pradial.[21] Hagamos notar que Francia contaba entonces con una población que oscilaba entre 25 y 30 millones de habitantes.

Pero no necesita justificación todo aquello que constituye una necesidad histórica. No ha habido jamás guerra ni revolución sin terror. El terror ha sido siempre el arma predilecta de las clases posesoras, en todas las guerras de clases. Reléase la historia de la Reforma y de las guerras religiosas, la historia de las Santiagadas, la de la Revolución inglesa del siglo XVII, la de la guerra de secesión de Estados Unidos.[22]

Y hágase memoria, sobre todo, de lo que hemos presenciado en los últimos diez años. La disciplina de todos los ejércitos que durante la gran guerra fueron tan pródigos de heroísmo, se apoyaba, en resumidas cuentas, sobre el terror. ¿Se sabe cuántos hombres fueron fusilados por los consejos de guerra? El capitalismo ha recurrido, en cuanto se ha visto en peligro, al terror blanco erigido en sistema permanente por la dictadura fascista en Europa central, en Finlandia, en España, en Italia...

Por lo demás, el terror rojo nació del terror blanco. Los proletarios y los campesinos, poco inclinados a servirse de la espada, por su idealismo generoso y su inexperiencia en el poder, aprendieron en la escuela del Antiguo Régimen y del capitalismo. Tiene algo de desconcertante la indulgencia de los vencedores para con los vencidos después de la caída de la autocracia, así como después de la insurrección de octubre. El líder ultrarreaccionario Purichkevich recobra tranquilamente la libertad después del octubre rojo. El atamán cosaco Krasnov, al que se ha cogido con las armas en la mano, recobra la libertad bajo palabra. Lo único que

---

21 Cifra citada por Aulard. Un historiador reaccionario, Jacques Bainville, saca, sin embargo, esta conclusión: «A pesar de sus atroces locuras, a pesar de sus agentes innobles, el terror fue nacional. Puso en tensión los resortes de Francia durante uno de los mayores peligros que ha conocido». *(Historia de Francia,* A. Fayard, editor.)

22 A decir verdad, el terror ha existido durante siglos enteros. Desde la Edad Media hasta la revolución burguesa ha sido el régimen normal impuesto por las clases posesoras a las clases pobres, Según Tomás Mero, «durante el reinado de Enrique VIII fueron ejecutados (en Inglaterra) 70.000 ladrones, chicos y grandes». Durante el reinado de Isabel I se ahorcaba a los vagabundos a razón de 300 o 400 al año. En Francia, «bajo Luis XVI (ordenanza del 13 de julio de 1777), todo hombre válido de diez y seis a sesenta años que careciese de un medio de existencia y no ejerciese una profesión debía ser enviado a galeras». (Véase C. Marx, *El capital,* «La acumulación primitiva», cap. XXIV.) La ley francesa en vigor considera el vagabundeo (es vagabundo todo aquel que no tiene domicilio ni trabajo, ni medios de existencia) como un delito castigado en caso de reincidencia con la relegación, es decir, con una pena perpetua que se diferencia poco de los trabajos forzados. Véase Victor Serge, «Le problème de la répression révolutionnaire», en *Les coulisses d'une sûreté générale, París,* Librairie du Travial.

se hace con los *junkers* moscovitas, autores de la masacre de los obreros del arsenal del Kremlin, es desarmarlos... ¡solo al cabo de diez meses de luchas cada vez más encarnizadas, de complots, de sabotajes, de hambre, de atentados de intervención extranjera, del terror blanco en Helsinki, en Samara, en Bakú, en Ucrania, del atentado contra Lenin, la revolución se decide a descargar su hacha! ¡Y esto en un país en el que la autocracia había formado a las masas en la escuela de las persecuciones, de los latigazos, de la horca y de los fusilamientos en masa!

Era infinitamente mayor el número de las víctimas que por la misma época hacía el terror blanco en los territorios ocupados por la contrarrevolución. Sobre este punto no hay estadística alguna que nos ilustre. Pero los actos que los combatientes rojos y blancos mencionan en sus memorias son espantosos. Hemos ya indicado algunos: el general Pokróvski ordena la matanza de 4.000 personas en Maikop (Cáucaso septentrional); 1.500 obreros sucumben bajo las acometidas de los checos blancos en la fábrica de Ivaschenkovo, cerca de Samara. Los checos blancos degüellan en la pequeña población de Troitsk (Ural) a varios centenares de rojos. Las partidas de oficiales de Kornílov pasan por la población de Lejanka (región del Don): acaba de hacérseles tres muertos y diecisiete heridos; al retirarse de la población dejan tras ellas 507 cadáveres.[23] Cuando los checoslovacos dominaban en el Volga, las aguas del río arrastraban constantemente cadáveres (Larissa Reissner). Pero el «mundo civilizado», es decir, el mundo capitalista, no se preocupó nunca de estas innumerables víctimas del terror blanco, si no es para aumentar su número. No quería ver el terror blanco, obra de sus soldados. Pero el terror rojo despertaba en él un furor sagrado.

Teoría del terror

Las obras de Lenin no contienen más que algunas alusiones incidentales —pero categóricas— acerca del terror. La imperiosa necesidad de quebrantar implacablemente la resistencia de las clases desposeídas era a los ojos de Lenin una cosa tan evidente que no creyeron, precisamente por esto, que fuera precisa una demostración teórica. Lenin había preconizado, desde los primeros días del gobierno revolucionario, las medidas de rigor y había combatido las «ilusiones pacifistas», «las debilidades inadmisibles» de los que le rodeaban.

---

23 Roman Goul, *La campagne des glaces* (Memorias), Berlín, 1922.

«Tonterías, tonterías —repetía—. ¿Creen que es posible hacer una revolución sin fusilamientos? ¿Creéis poder acabar con vuestros enemigos desarmándolos? ¿A qué otras medidas de represión pensáis recurrir? ¿Al encarcelamiento? ¿Creéis que se asustarán con eso durante una guerra civil en la que los dos adversarios confían igualmente en el triunfo?»[24]

Al pie de una página del folleto *El infantilismo de izquierda y el espíritu pequeñoburgués,* escrito el mes de mayo, ponía esta nota: «Miremos también aquí la verdad de frente: nos falta todavía la implacable dureza que es necesaria para la victoria del socialismo, y no es porque carezcamos de resolución. Como resueltos, lo somos. Pero no nos damos maña para *echar el guante* con bastante rapidez a un número suficiente de especuladores, merodeadores y capitalistas, que burlan las medidas soviéticas... En segundo lugar, nuestros tribunales carecen de energía; en vez de fusilar a los prevaricadores, los condenan a seis meses de cárcel. Ambos defectos tienen la misma raíz social: la influencia del elemento pequeñoburgués, su debilidad».

Era demasiado realista para no estar convencido de que «durante una revolución, la máxima energía equivale a la máxima humanidad» (Trotski). Las vacilaciones y las debilidades se pagan caras. Cuanto con más resolución se lleva adelante una lucha, más corta es su duración, mayores probabilidades de victoria ofrece y menos costosa resulta. «Frente a una tiranía la clemencia es barbarie», decía Robespierre en la Convención.

La teoría del terror fue expuesta por Trotski en el año de 1920, en un libro consagrado a refutar el de Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo,* y que lleva el mismo título. «El terror rojo —leemos en él— en principio no se distingue de la insurrección armada, de la cual es continuación. Solo aquel que condena (verbalmente) por principio toda violencia, puede condenar desde un "punto de vista moral" el terror gubernamental de la clase revolucionaria.» «El terror ejercido por la reacción contra una clase que se subleva en virtud de las leyes de su desarrollo histórico, es impotente —pero solo a fin de cuentas—. Por el contrario, tiene que resultar eficaz contra la clase reaccionaria que se niega a darse por vencida.»

Esta es la razón por la que el terror rojo es siempre menos sangriento que el terror blanco. Las masas de trabajadores ejercen aquel contra clases que se encuentran en minoría dentro de la sociedad. No hacen

24 L. Trotski, *Acerca de Lenin.* Véase «El trabajo gubernamental», Librairie du Travail, París.

sino completar la acción de los nuevos factores económicos y políticos. Cuando las medidas sociales han hecho que millones de trabajadores se unan a la revolución no es difícil quebrantar la resistencia de las minorías privilegiadas. Por el contrario, el terror blanco se ejerce por las minorías privilegiadas contra las masas trabajadoras, a las que debe sangrar y diezmar. ¡En una sola semana los versalleses hacen más víctimas en las calles de París que las que la Checa manda a la muerte en el transcurso de tres años y en todos los ámbitos de la inmensa Rusia!

En resumidas cuentas, el problema que se plantea para vencer en la guerra civil es el mismo que se plantea para vencer en una guerra entre Estados. Se trata de aniquilar a una parte —la mejor— de las fuerzas vivas del adversario y de desmoralizar y desarmar a las restantes. Las guerras modernas tienden a borrar cada vez más la línea que separa a los beligerantes de los no beligerantes. Tan importante es la destrucción de los entronques de vías férreas y de los centros industriales del enemigo, como la destrucción de sus ejércitos; la destrucción del proletariado que trabaja en retaguardia para proveer al frente de máquinas y de municiones será en las guerras del porvenir un objetivo tan importante como la destrucción de las tropas de primera línea... Sobre todos estos puntos, la guerra civil ha avanzado más que las guerras interestatales. No reconoce la existencia de no beligerantes, busca por todas partes, sin compasión, la fuerza viva de las clases enemigas. Para que una clase social afectada en sus intereses vitales se dé por vencida, es necesario infligirle pérdidas terribles. No lo hará antes de que sus hijos más vigorosos, más inteligentes, más valerosos, hayan sido segados. Es preciso que corra lo mejor de su sangre. (Así también cae en el holocausto, mucho más absurdo, en las guerras interestatales, el ejército activo, la flor de la juventud de las naciones...) Así ha ocurrido siempre en el pasado. ¿Ocurrirá también en el futuro? Los regímenes de terror blanco que imperan en la actualidad en algunos países de Europa hacen, a no dudarlo, todo cuanto está en su mano para preparar a las clases que hoy se encuentran en el poder para un horrible despertar. Confiemos, sin embargo, en la fuerza del proletariado, que tal vez sepa ahorrar a la humanidad sangrías demasiado fuertes en las guerras sociales del porvenir. El terror rojo, lo mismo que el terror jacobino, fue provocado directamente por la intervención extranjera.

Esto ocurrió porque en 1918 la solidaridad proletaria internacional no era bastante fuerte para impedir toda intervención extranjera contra la revolución; de haber ocurrido esto, la Rusia revolucionaria se habría

salvado fácilmente de cuatro años de guerra civil. Un proletariado victorioso, protegido contra la intervención extranjera por la solidaridad internacional de los trabajadores, no necesitará recurrir al terror, o solo durante un breve periodo. Serán las clases ricas las que deberán demostrar una clarividencia suficiente para calcular la relación que existe entre las fuerzas que se hallan frente a frente, y no entablar luchas, que han de acabar en desastre, contra un proletariado que está seguro de vencer. Organización proletaria, conciencia de clase, voluntad revolucionaria intrépida e implacable, solidaridad internacional activa, tales son, a nuestro juicio, los factores que pueden hacer inútil el terror rojo en el porvenir, cuando hayan alcanzado alguna fuerza.

CAPÍTULO X

La Revolución alemana

Hundimiento de los Imperios centrales

Los meses de julio y agosto no habían sido menos decisivos en Occidente que en Rusia. Las grandes ofensivas alemanas de la primavera, llevadas a cabo en momentos en que todavía no habían entrado en juego las fuerzas norteamericanas, y Rusia se declaraba fuera de combate, no habían conseguido quebrar la voluntad de resistir de los aliados. La tenaza alemana solo había conseguido acercarse a París. Las tropas de Hindenburg y de Ludendorf salían a fines de abril de sus posiciones de Cambrai, Saint-Quentin y La Fère y avanzaban hasta Albert, Montdidier, Noyon (batalla del Somme), llevando a cabo en algunos puntos un avance de cincuenta kilómetros y amenazando a la vez Amiens y la conexión de los ejércitos ingleses y franceses, Compiegne y el camino de París. Otro nuevo esfuerzo les había llevado a finales de mayo desde el Ailette hasta el Marne, otro avance de cuarenta kilómetros, ilustrado por la conquista de Soissons y de Château-Thierry.

Pero desde que entró en la guerra la más grande potencia industrial y financiera del universo —Estados Unidos—, la victoria de los Imperios centrales era imposible, a menos que los aliados desfalleciesen. La guerra submarina sin limitaciones, que tal vez hubiera podido vencer a Inglaterra antes de la intervención norteamericana, no era ya sino un absurdo malbaratar de esfuerzos y de riquezas: los astilleros ingleses y británicos construían por mes más barcos que los que los submarinos alemanes podían hundir... El desgaste de los ejércitos aliados se veía cada día mejor compensado con la llegada del magnífico material humano enviado por Norteamérica desde finales de abril, a razón de 300.000 hombres por mes.

Alemania y Austria habían llegado al límite de sus fuerzas cuando Estados Unidos apenas si había empezado a dar de sí, con un entusiasmo calculado. La ocupación de Ucrania había procurado a los Imperios centrales muy poco trigo; en cambio obligó a tener inmovilizadas fuerzas considerables en el frente de Rusia: 22 divisiones, muy propensas, como pronto iba a verse, a sufrir el «contagio del bolchevismo», porque estaban formadas por reservistas. Hacia mediados de julio el canciller von Hinze interrogó a Ludendorf acerca de la posibilidad de obtener una victoria definitiva, y recibió, a pesar de todo, esta asombrosa contestación: «Contesto categóricamente: sí». A esta palabra, demasiado categórica, siguió el desastre del 15 de julio. Se lanzó una cuña entre Reims y Château-Thierry, en dirección a Epernay. Una vez pasado el Marne, el agresor fue a chocar contra nuevas líneas inexpugnables. El esfuerzo alemán quedó quebrantado en veinticuatro horas. Dos días más tarde pasaba Foch a la ofensiva contra «la bolsa de Château-Thierry». Empezó la acción en Villers-Cotterets con un formidable ataque de carros de asalto. Era el principio del fin. En los últimos días de julio los alemanes se retiraban sobre el río Vesle...

«El 8 de agosto fue la más negra jornada del ejército alemán en la historia de la guerra mundial» (Ludendorf). Este día empieza la tercera batalla de Picardía, entre Albert y Moreuil. El carro de asalto afirma finalmente la victoria de la técnica de los aliados en los campos de batalla. El 2º ejército alemán cede. Sus pérdidas son tan grandes que hay necesidad de rehacer varias divisiones.

El nuevo gran hecho, el que lleva a los jefes el sentimiento del próximo fin, es que *los soldados no quieren pelear más.* «Se producen hechos que jamás se habrían creído posibles en el frente alemán: nuestros soldados se rendían a los jinetes enemigos; unidades enteras rendían las armas ante un tanque. Una división de refresco que subía a la línea de fuego valerosamente, fue acogida por las tropas que se retiraban con gritos de: "¡Esquiroles!" "¡No estáis todavía bastante hartos de guerra...!" Los oficiales llegaban a perder toda influencia en ocasiones, y se plegaban al movimiento [...] Había que poner fin a la guerra.»[1]

---

1 Ludendorf, *Memorias*, t. II. *La lucha final.*

Los alemanes retroceden ya en todo el frente, bajo los golpes precipitados y matemáticos del enemigo que los domina cada día más. De una semana a otra su resistencia puede trocarse en desastre. El Estado Mayor exige que se hagan los ofrecimientos de paz sin perder un momento...[2]

El 15 de septiembre, los aliados atacan en Macedonia, entre el Vardar y el Czerna. Están enterados, por los diplomáticos norteamericanos, que se han quedado sabiamente en Sofía, que Bulgaria no puede más. El campesino búlgaro no quiere seguir peleando. Las divisiones II y III abandonan sus posiciones sin combate. El ejército búlgaro se disgrega en pocos días. El zar Ferdinand, enloquecido, envía al frente al jefe de la oposición campesina, Stamboliski, al que han sacado de la cárcel el día anterior. Un ejército republicano avanza sobre Sofía. No se conocen bien aún estos acontecimientos. Lo cierto es que, en primer término, fue necesaria la intervención enérgica de las tropas alemanas para contener la revolución, que impidieron que el ejército insurreccionado se apoderase de la capital, y luego la intervención de las tropas aliadas... El zar Ferdinand abdicó en favor de su hijo Borís. Tomó el poder el partido que había estado en la oposición hasta el día anterior. La revolución campesina continuó retumbando amenazadora bajo los cañones del extranjero. La capitulación oficial de Bulgaria, recibida por Franchet d'Espérey, data del 27 de septiembre.

Austria, a punto ya de derrumbarse, solicita la paz (nota del 14 de septiembre, a los Estados Unidos). El 4 de octubre, Alemania y Austria proponen un armisticio conjuntamente al presidente Wilson. Se forma en Berlín un nuevo gobierno: el príncipe Max de Baden ocupa el cargo de canciller, el socialdemócrata Scheidemann el de vicecanciller... Transcurren largas semanas en difíciles negociaciones con el presidente Wilson. Los Imperios centrales suscriben sus catorce puntos de enero (diplomacia abierta, libertad de los mares, igualdad comercial,

---

2 Extractos de los telegramas del GCG al gobierno. Primero de octubre, una de la tarde: «... ruego insistente de que se proponga inmediatamente la paz. Las tropas aguantan todavía, pero es imposible prever lo que puede ocurrir mañana...». (Firmado: Lersner.) Primero de octubre, una y treinta de la tarde: «Consiento en esperar hasta mañana a condición de que el príncipe Max de Baden quede encargado esta tarde, hacia las siete o las ocho, de formar el gobierno. En caso contrario, creo conveniente hacer esta misma noche una declaración a los gobiernos extranjeros». (Firmado: Hindenburg.) Primero de octubre (trasmitido el 2, a las doce y diez de la noche): «El general Ludendorf ha declarado que nuestra proposición de paz debe ser trasmitida inmediatamente de Berna a Washington. El ejército no puede esperar cuarenta y ocho horas más». (Firmado: Grunau.) ¡Tan grande era el terror que el ejército inspiraba al Estado Mayor! Paul Froelich, *La révolution allemande,* cap. XIII, 1926.

derechos de los pueblos a disponer de sí mismos, independencia de Polonia, Sociedad de Naciones). Wilson declara que no consiente en tratar sino con una Alemania democrática. La propaganda de la democracia y del derecho de las nacionalidades acaba la obra del bloqueo y de los carros de asalto. Y aquí se pone de manifiesto la superioridad de los países capitalistas más avanzados desde el punto de vista social, sobre los imperios entorpecidos por las supervivencias de un régimen antiguo. Alemania, sobre la cual se ciernen los espectros de la invasión y de la revolución, acepta todo. El emperador Carlos de Austria se ve de pronto con un alma de innovador y proclama (16 de octubre) el «Estado federativo». Demasiado tarde. Los checos, sin esperar ya a sus rescriptos, se organizan por sí mismos en Estado independiente. El día 31 de octubre la revolución se echa a las calles en Viena y en Budapest.

En Sofía, en Budapest, en Viena, en Berlín, los ojos se vuelven a Rusia: ejemplo, esperanza, fe. Se forman Soviets clandestinos o legales en todas partes. En Berlín, el grupo Espartaco resuelve el 7 de octubre, en una conferencia clandestina, formar Soviets; Liebknecht, amnistiado, sale de la cárcel mientras el Estado Mayor prepara minuciosamente la represión de los desórdenes. Una venada de locura por parte de los jefes del almirantazgo da la señal para la revolución. La escuadra recibe orden de salir y presentar a los aliados una última batalla, evidentemente desesperada, para salvar el honor. Los almirantes del Káiser quieren caer en bella postura. Pero los marinos no tienen iguales razones para morir; por el contrario, se convencen con razones nuevas de que deben vivir. Las tripulaciones, organizadas alrededor de Soviets clandestinos, se sublevan; los obreros de Kiel apoyan este movimiento con una huelga general (28 de octubre / 4 de noviembre). Es en vano que el socialdemócrata Noske arengue a los marinos insurreccionados. La llama se extiende. Todavía el 6 de noviembre conferencian los hombres de Estado socialdemócratas, bajo la presidencia del príncipe Max de Baden, con el general Groener, «acerca de los medios de mantener la monarquía». La obstinación de Guillermo II, que se niega a abdicar, compromete la dinastía a ojos mismos de sus últimos defensores. Max de Baden asume la regencia (9 de noviembre); Fritz Ebert, diputado socialdemócrata y antiguo obrero guarnicionero, sube a regente del Imperio; el Káiser desaparece de improviso, en coche, del cuartel general de Spa, y se dirige a Holanda, mientras Karl Liebknecht proclama, desde lo alto de un balcón del Palacio Imperial de Berlín, la República y el advenimiento del socialismo...

Los verdaderos amos de Alemania son, desde el Escalda hasta el Volga, los consejos de diputados obreros y soldados, los Soviets. Alemania tiene por gobierno legal un Consejo de Mandatarios del Pueblo, integrado por seis socialistas.

Todos los acontecimientos de Rusia, desde finales de septiembre hasta enero de 1919, se desarrollan sobre este fondo en llamas. Este periodo se caracteriza por la ofensiva victoriosa de la Revolución rusa en todos los frentes y por la inmensa victoria que constituye, para los marxistas revolucionarios que la han previsto, anunciado y descontado, la revolución alemana, realización de esperanzas más vastas, principio de la revolución occidental.

Todo para la Revolución alemana

El *Vtsik* y el Soviet de Moscú se reúnen en sesión plenaria el 3 de octubre, día de la constitución del nuevo gabinete alemán, formado por el príncipe Max de Baden y Scheidemann. Lenin, convaleciente aún, no puede asistir. Se lee una breve carta suya:

> La crisis alemana demuestra que ha empezado la revolución, o que es inminente e inevitable. El gobierno titubea entre la dictadura militar que en realidad existe desde el 2 de agosto de 1914, y que es ya insuficiente, porque las tropas no son ya seguras, y la coalición con los socialistas. La entrada de Scheidemann en el gabinete no hará más que activar la explosión porque se pondrá pronto de manifiesto la impotencia de esos miserables lacayos de la burguesía. La crisis no hace más que empezar y acabará infaliblemente con la toma del poder por el proletariado.
>
> El proletariado de Rusia debe poner en tensión todas sus fuerzas para acudir en ayuda de los obreros alemanes [...] llamados a sostener la lucha más obstinada contra el imperialismo inglés y contra el suyo propio. La derrota del imperialismo alemán provocará durante algún tiempo en el imperialismo francés un recrudecimiento de arrogancia, de crueldad, de espíritu reaccionario y conquistador [...]
>
> El proletariado ruso debe comprender que pronto le serán pedidos los más grandes sacrificios en favor del internacionalismo. Se acerca la hora en que las circunstancias pueden exigir que ayudemos contra el imperialismo anglosajón a los obreros alemanes, que habrán sacudido el yugo de su propio imperialismo.
>
> Hay que crear una reserva de trigo para la revolución alemana, hay que activar la formación de un poderoso ejército rojo.
>
> Habíamos resuelto contar con un ejército de un millón de hombres para la primavera; ahora nos hace falta un ejército de tres millones de hombres. Podemos tenerlo. Lo tendremos.

> Son posibles los cambios de situación más bruscos; es todavía posible que los imperialismos alemán y anglofrancés se unan contra el gobierno de los Soviets.

Trotski trazó un amplio cuadro de los acontecimientos:

> Se puede afirmar que, como materialistas que somos, habíamos comprendido la naturaleza de los acontecimientos y que preveíamos su desenlace. La historia se cumple, tal vez contra nuestro gusto, pero siguiendo la curva que habíamos trazado. Y aunque sean precisos grandes sacrificios, el final será el que hemos previsto: la caída de los dioses del capitalismo y del imperialismo. Parece que la historia haya querido dar a la humanidad una última y asombrosa lección. Los trabajadores eran demasiado perezosos, apáticos e indecisos. Ciertamente que no habríamos sido testigos de esta guerra si, en 1914, hubiese tenido la clase obrera suficiente resolución para oponerse a los designios imperialistas. Pero no sucedió nada de esto, la clase obrera necesitaba que la historia le diese una nueva y cruel lección. La historia permitió que el país más poderoso, el mejor organizado, se elevase a una altura inconcebible. Los cañones de 420 dictaron al universo la voluntad de Alemania. Pareció que Alemania había esclavizado a Europa para siempre... Y he aquí que la historia, después de haber elevado el imperialismo alemán hasta semejante altura, después de haber hipnotizado a las masas, lo hunde vertiginosamente en un abismo de impotencia y de humillación, como para decir: «¡Ahí tenéis! Está destruido, barred, pues, sus restos de Europa, del universo...»

Trotski se dedicó a demostrar que la salvación de Alemania estribaba en la toma del poder por el proletariado:

> Alemania se atraería con ello, poderosamente, la simpatía de las masas oprimidas del universo —y ante todo de las de Francia—. La clase obrera francesa, más desangrada que ninguna otra, solo espera, en el fondo de su corazón revolucionario, la primera señal de Alemania...

Y concluye:

> Si el proletariado de Alemania intenta tomar la ofensiva, el deber esencial de la Rusia de los Soviets consistirá en pasar por alto, en la lucha revolucionaria, las fronteras nacionales. La Rusia de los Soviets no es más que la vanguardia de la revolución alemana y europea... Por una parte, el proletariado alemán y su técnica y, por otra, nuestra Rusia desorganizada, pero rebosante de riquezas naturales y tan poblada, constituirán en bloque formidable contra el cual vendrán a estrellarse todos los embates del imperialismo... Liebknecht no tiene que preocuparse de firmar un tratado con nosotros. Le ayudaremos, aun sin tratado, con todas nuestras fuerzas. Lo consagramos todo a la lucha proletaria mundial. Lenin nos recomienda en su carta que creemos un ejército de un millón de

> hombres para la defensa de la República de los Soviets. Este programa es demasiado estrecho.[3] La historia nos dice: «Tal vez os pida socorro mañana la clase obrera de Alemania; cread un ejército de dos millones de hombres...»

Tales eran, en efecto, los sentimientos y también la doctrina, no solo del partido, sino de todos los revolucionarios rusos, fuesen socialistas-revolucionarios de izquierda, anarquistas o mencheviques internacionalistas. Lenin había llegado a escribir durante las discusiones sobre la paz de Brest-Litovsk que, si se presentase el caso de una revolución alemana amenazada en su lucha decisiva, «podría ser conforme con el objetivo perseguido, más aún, *obligatorio* arriesgar una derrota y la pérdida misma del poder de los Soviets».[4] La República socialista en un país atrasado puede estar llamada a sacrificarse por la revolución socialista, mucho más importante para el proletariado internacional de un país avanzado, es decir, provisto de una base industrial mucho más poderosa y de un proletariado más numeroso. Desde el punto de vista del internacionalismo proletario, este es un principio que se impone con la sencillez de un axioma. El 20 de agosto escribía Lenin en su *Carta a los obreros americanos:* «No es socialista aquel que no acierta a comprender que no se puede ni se debe retroceder ante ningún sacrificio, aunque fuese territorial, aunque implicase pesadas derrotas a manos del imperialismo, cuando se trata de contribuir a la iniciación de la revolución proletaria internacional. No es socialista aquel que no ha demostrado *con sus actos* que está dispuesto a aceptar para su patria los más grandes sacrificios, con tal de que progrese realmente la causa y la revolución socialista».[5]

---

3 Al correr de los años (en 1924) se ha querido ver en estas palabras el indicio de un desacuerdo entre los dos jefes. Basta fijarse en el texto de Lenin para darse cuenta de que los dos exponían las mismas ideas. Trotski hablaba, además, en nombre del Comité Central del Partido. Nosotros no vemos aquí sino una expresión inexacta que se le ha escapado al orador, o un error del taquígrafo; las actas de aquella época abundan en esta clase de errores. No hay en este momento sino un pensamiento, que es el del partido. Sobre este fondo común solo se percibe un ligero matiz: Lenin pone de relieve en sus discursos el peligro de una guerra con la Entente imperialista. Trotski opina (discurso del 30 de octubre en el *Vtsik)* que la República goza hasta la primavera próxima de una nueva tregua, porque este año es ya demasiado tarde para emprender contra ella operaciones a gran escala (los acontecimientos iban a confirmar sus puntos de vista); y todos sus pensamientos están orientados hacia la ofensiva de la revolución en Occidente. Es posible que esto sea una consecuencia de la división del trabajo entre el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y el Presidente del Consejo Revolucionario del Ejército, o bien la manifestación de dos temperamentos: el uno, inclinado a la circunspección; el otro, más propenso a la ofensiva.

4 *Extraño y monstruoso,* réplica a los comunistas de izquierda, 28 de febrero de 1918. *Obras,* t. XV, p. 113.

5 La República de los Soviets se inspiraba, un año más tarde, en estos principios cuando Lenin y Trotski recomendaron, en un telegrama común del 18 de abril de 1919, al gobierno de los

La resolución adoptada por el *Vtsik* promete al proletariado de Alemania y de Austria el concurso sin reservas de los trabajadores de Rusia; se encargó al Consejo Revolucionario de Guerra «trazar un programa amplificado de la formación del ejército rojo»; y a la Comisaría de Abastecimiento que procediese a crear inmediatamente un fondo de avituallamiento para la clase obrera de Alemania y de Austria.

Nuevos peligros

Lenin, repuesto de sus heridas, tomó la palabra el 22 de octubre en sesión plenaria del *Vtsik,* del Soviet y del Consejo de Sindicatos de Moscú. Y desarrolló el tema siguiente: «Nunca hemos estado tan cerca de la revolución mundial y tampoco nos hemos encontrado nunca en un peligro tan grande, porque nunca hasta ahora se había considerado el bolchevismo como un peligro mundial». Antes del desmoronamiento de los Imperios centrales podía creerse que la Revolución rusa era un fenómeno específicamente ruso. Ahora se cae en la cuenta de que es todo lo contrario. «El bolchevismo se ha convertido en una teoría mundial; es la táctica del proletariado mundial».

Fijémonos en la prudencia calculada de ciertas frases: «En Alemania es inevitable una revolución popular, y es posible que proletaria... Tengamos cuidado de no causar daños a la revolución en Ucrania. Es necesario comprender las variantes que se dan en el crecimiento de cada revolución. La revolución sigue un camino distinto en cada país; nosotros, que la hemos visto y vivido, lo sabemos mejor que nadie... La intervención de aquellos que no conocen el ritmo de crecimiento de la revolución puede perjudicar a los comunistas conscientes que dicen: "Esforcémonos primero por elevar este proceso hasta la conciencia..." Una revolución no tiene valor sino cuando sabe defenderse, pero esto no lo aprende en seguida».[6]

La desintegración del imperialismo alemán suscitaba un peligro inmenso para la Revolución rusa. De allí en adelante tenían los aliados las manos más libres para actuar frente a la República de los Soviets. Por otro lado se veían amenazados por el bolchevismo, no ya sobre el Rin,

---

Soviets de Ucrania, que emprendiese la ofensiva hacia Czernovitz (Bukovina), con objeto de establecer un enlace con la Hungría soviética.

6 Estas observaciones iban dirigidas ostensiblemente a algunos comunistas que hubieran querido forzar los acontecimientos de Ucrania mediante una intervención armada.

sino sobre el Vístula. Era muy posible que las burguesías germánicas y las aliadas se reconciliasen, dada la novedad de las circunstancias, en contra de los Soviets. Entre Alemania y los aliados parecía haberse realizado un acuerdo tácito en lo referente a la ocupación de Ucrania. Había que esperar un ataque de los aliados por el sur, por los Dardanelos y el mar Negro o por Rumanía. Lenin no se equivocaba. Los aliados soñaban con ocupar Ucrania. El general Franchet d'Espérey encaraba la posibilidad de grandes operaciones en el sur de Rusia. Ya veremos cómo esta campaña tuvo unos principios de ejecución graves y sangrientos.

No hay en el discurso de Lenin una sola alusión a las disensiones que suscitó en otro tiempo la paz de Brest-Litovsk. Es un jefe modesto en el triunfo, más aún, lo ignora. Se ha visto de una manera elocuente la exactitud de las ideas que exponía en febrero, en su polémica contra los comunistas de izquierda, partidarios de la guerra revolucionaria. Las grandes ofensivas que Hindenburg y Ludendorf desencadenaron en la primavera habían demostrado cuánta fuerza tenía todavía el imperialismo alemán, que iba a resistir otros nueve meses. Hoy sabemos que el general Hoffmann preconizaba, en el Gran Cuartel General alemán, una ofensiva decisiva contra la República de los Soviets. La tregua precaria y dolorosa que se consiguió gracias al tratado de Brest-Litovsk había permitido a la revolución asentarse, vencer a los enemigos del interior y dar comienzo a la formación del ejército rojo; y los males que corroían el imperialismo alemán habían alcanzado en este lapso una gravedad extrema.

Dos problemas complejos se planteaban a los jefes de la Revolución rusa: a) asegurar la victoria del proletariado en Alemania; b) sostenerse contra la Entente victoriosa.

Cuanto más amenazada se vea la Entente por el proletariado alemán, más enérgicamente combatirá el bolchevismo. La victoria del proletariado de Alemania vendría a realizar el bloque de los obreros de Europa contra los capitalistas del universo. El destino del mundo está en juego.

Antecedentes de la Revolución alemana

Uno de los escritores más renombrados de la socialdemocracia alemana se esforzaba en el año 1908 por demostrar que Alemania se hallaba madura para la revolución socialista.[7] Ningún otro país cumplía entonces todas las condiciones previas de la transformación social: elevada

[7] K. Kautsky, *El camino del poder.*

concentración industrial, técnica maravillosamente desarrollada, poderosa industrialización, predominio social del proletariado, organización proletaria en vías de rápido crecimiento. La población total de Alemania era de 61,7 millones de habitantes, de los cuales 27,4 millones se hallaban en edad de trabajar. Esta población activa se descomponía como sigue: 6.049.135 propietarios (22,9 %), 1.588.168 empleados (5,8 %) y 19.782.595 proletarios (72,3 %). Estas cifras, tomadas de un censo oficial, han sido discutidas. En la clasificación de «propietarios» se cuentan, junto a los representantes de las clases medias y ricas, un buen número de pequeños agricultores que están muy cerca de los proletarios por su situación social. Pero lo que no puede discutirse es el predominio de la población industrial en Alemania. Un ensayo de distribución de la población activa por clases (año 1925) nos da el siguiente resultado: proletarios 16 millones; elementos semiproletarios (empleados subalternos, campesinos pobres), 5,7 millones; pequeñoburgueses (artesanos, campesinos acomodados, empleados y funcionarios medios y superiores), 10,1 millones; capitalistas y personal dirigente de la sociedad capitalista, dos millones. En total, 33,8 millones de habitantes, de los cuales asalariados 20,6 millones.[8]

Datos sobre la revolución alemana. La estadística social suscita grandes controversias sin que por ello sus datos generales se hayan modificado. A los 27,4 millones de adultos hábiles del censo de 1907 hay que agregar 4,6 millones de adultos «sin profesión»: el ejército, las tripulaciones de la armada, los rentistas, los pensionistas. *El Anuario de la Internacional Comunista para 1923* (edición rusa) da, antes de la movilización revolucionaria de 1923, las siguientes cifras: independientes, 4,43 millones; semiproletarios, 3,475 millones; empleados, 3,216; obreros, 22,7 millones. Las cifras sensiblemente más bajas que reproducimos del año 1925, provienen de la misma fuente, pero fueron publicadas en 1925 después del fracaso del PCA en *Los partidos socialdemócratas* (prefacio de E. Varga). Las aceptamos con todas las reservas, deseando a nuestros estadísticos más prudencia en el manejo de cifras y un poco menos de preocupación por el oportunismo.

El partido socialista, apoyado en las ricas cooperativas y en los sindicatos más poderosos del mundo, había obtenido en las elecciones generales de 1912 4.250.000 sufragios; el año 1914 contaba con 1.086.000

8 Véase *Los partidos socialdemócratas* (monografías), París, Bureau d'Edition et de Diffusion; G.-I. Jakovin, *El desarrollo político de Alemania contemporánea,* Leningrado, 1927 (en ruso).

miembros. Si durante la guerra habían descendido sus efectivos hasta 243.000 (1917), hay que atribuirlo, sobre todo, a la suspensión de la vida política. Pero el 2 de agosto de 1914 solo había dos héroes, entre los cien diputados de este partido que votaron *contra* la guerra; habían votado a favor todos los demás, todos los cuadros, todos los jefes del proletariado socialista. Aquello había sido el brusco remate de una larga evolución. El auge económico del capitalismo, la prosperidad del país, fundada en parte en los beneficios de la explotación de las colonias y en la exportación, la existencia de una aristocracia obrera bien retribuida, satisfecha, emparentada por sus costumbres y sus aspiraciones a las clases medias influyentes, habían permitido al oportunismo pequeñoburgués socavar al gran partido obrero. Sus medios dirigentes se fueron habituando, cada vez más, a considerar suya la suerte del Imperio.

En este terreno tan movedizo se habían librado luchas complicadas entre las diversas tendencias del socialismo; en las que siempre acabó triunfando el oportunismo, apoyado por todas las fuerzas de la sociedad capitalista. En estas batallas de ideas, renovadas sin cesar entre las pequeñas minorías revolucionarias y los grandes jefes realistas del partido, amos de un ejército de funcionarios disciplinados, se trataba de despistar la conciencia del proletariado, de engañar a las masas con otras palabras, continuando con el uso de un vocabulario de revolución vaciado de su contenido primitivo. A la lucha de clases sucedía paulatinamente la colaboración de clases; la teoría de la conquista pacífica del socialismo por la democracia parlamentaria hacía olvidar la necesidad de la dictadura del proletariado afirmada por Marx; un patriotismo ampuloso y embaucador izaba en los congresos, a la par de las banderas rojas de la Internacional Obrera, los colores nacionales. Incluso hubo ensayistas eruditos que acometieron la empresa de revisar los principios del socialismo a la luz de los progresos del capitalismo alemán. Y mientras que el Imperio fundía sus cañones, ellos se obstinaron en demostrar que Alemania se encaminaba hacia la ciudad socialista por el camino de las reformas pacíficas.

La aristocracia obrera, en la cual se reclutaban los dirigentes de la socialdemocracia, había ido identificando, durante más de un cuarto de siglo, sus intereses con los del régimen cuya prosperidad le aseguraba el bienestar. La votación del 2 de agosto de 1914 no hizo sino poner brutalmente de manifiesto lo que ya había ocurrido hacía tiempo, es decir, el paso de los cuadros del socialismo a la burguesía.

En el año 1917, a consecuencia de una escisión, se había formado un partido socialdemócrata independiente, descontento de aquella adhesión incondicional de los Scheidemann y de los Ebert al imperialismo; representaba a la vez una protesta de las masas obreras contra la unión sagrada y contra el viejo centrismo habituado a disfrazar con una fraseología revolucionaria su política de atenuaciones, de transacciones, de contemporización y del justo medio... Pero ocurrió que sus ideólogos fueron precisamente aquellos mismos que más venían trabajando, desde hacía diez años, por corromper la idea socialista: el creador del revisionismo, Eduardo Bernstein y el pacifista Kautsky, dispuesto a hacerse apóstol del wilsonismo. Sin embargo, a falta de una organización revolucionaria de las masas, fue con la izquierda de este partido (Haase, Däumig, Crispien) con la que tuvo que colaborar Iofe en vísperas de la revolución alemana.

El único grupo proletario auténticamente revolucionario, que desde el punto de vista de la conciencia de clase podía compararse con el partido bolchevique ruso, era la *Spartakusbund* (Liga Espartaco), formada en enero de 1916 por los más grandes veteranos de las luchas contra el oportunismo. Contaba con un puñado de jefes capaces de un gran destino: Leo Tyscho, el viejo conspirador polaco, maestro consumado en todo lo referente a la agitación clandestina; el historiador Franz Mehring, autor de algunas de las mejores aplicaciones de los métodos del materialismo histórico; Rosa Luxemburgo, único cerebro del socialismo occidental digno de compararse con Lenin y Trotski; el intrépido Liebknecht. Pero estos jefes, habituados a bregar contra la corriente, no tenían tropas, aunque eran muy populares. La *Spartakusbund* era «una tendencia ideológica antes que un partido», según frase de Karl Radek. Por eso tuvo que sumarse, en abril de 1917, al partido socialdemócrata independiente.

Frente al proletariado alemán, que no disponía, como hemos visto, del arma esencial para la lucha de clases —el partido revolucionario, consciente de sus objetivos—, se alzaba la burguesía más culta, la mejor organizada, la más consciente, una burguesía que había sabido formar para la guerra a hombres como Hindenburg, Ludendorf, Mackensen, Von der Goltz, Von Kluck; una burguesía de la que habían salido los Krupp, los Albert Ballin, los Hugo Stinnes, los Walter Rathenau, los Hugenberg, los Kloechner, los Thyssen y tantos otros...

Los socialistas de la contrarrevolución suben al poder

Esta burguesía no cometió la locura de resistir a las tropas cuando estas, fatigadas, desanimadas, perdida toda esperanza de ganar la guerra, retrocedieron. Ya hemos visto cómo Ludendorf comprendió en seguida que la guerra había terminado y que no se podía perder ni una sola hora para hacer la paz. Disipado el sueño —de ninguna manera idealista— de una Alemania más grande, quedaba por salvar el orden imperialista. Y ya no era posible salvarlo sino mediante hábiles transacciones con las masas. Lo que en Rusia no habían sido capaces de comprender, frente a la marea creciente del bolchevismo, los Savinov, los Kornílov, los Kérenski, los Chernov (y con ellos los Buchanan, los Paléoloque, los Albert Thomas), lo entendieron inmediatamente los dirigentes de la Alemania imperialista en septiembre-noviembre de 1918. Tuvieron la idea magistral de dejarse llevar por la revolución, en lugar de oponerse a ella y ser arrastrados. Hay una frase alemana que expresa esta idea con toda exactitud: «Colocarse en la punta del movimiento para quebrarla...» *Sich an der Spitze stellen, um die Spitze abzubrechen.*

Los jefes no ofrecieron resistencia a las tropas en ninguna parte. Cuando se formaron los consejos (Soviets) de soldados, los jefes tuvieron la habilidad de hacer en muchos casos que fuesen elegidos soldados que eran hechura suya. Los mismos mariscales de campo del Káiser y los grandes financieros, fueron los que llamaron al gobierno a Ebert y Scheidemann, socialistas con los que nada había que temer, pero que tenían figura. El gabinete del príncipe Max de Baden preparó el camino al Consejo de Delegados del Pueblo de la República Socialista que se formó el 12 de noviembre cuando Alemania entera se encontraba ya en poder de los Soviets. Consejo de Delegados, *Arbeiterräte* (consejos obreros); se encuentra en estos títulos un eco de la Revolución rusa. Pero estos Soviets estaban oprimidos por abrumadoras mayorías socialdemócratas. El Consejo de Delegados del Pueblo no era, en realidad, más que un gabinete de coalición demagógicamente camuflado. Tres socialdemócratas mayoritarios, conocidos por su devoción a la burguesía, Fritz Ebert, Landsberg y Scheidemann formaban parte del mismo, junto a tres independientes indecisos: Hugo Haase, Dittmann, Barth.

Este gobierno asumió la misión de establecer en Alemania una república socialista democrática. Y empezó por recomendar a los ciudadanos orden y calma, en espera de las elecciones. Vaciló en suscribir las duras condiciones del armisticio dictadas por los aliados, y solo lo hizo ante los

urgentes apremios del Gran Cuartel General. Desde el primer momento tuvo que elegir entre dos orientaciones: paz social y paz con los aliados, lo que sobreentendía la defensa del capitalismo, la represión del movimiento revolucionario y el bloque con los aliados contra la República de los Soviets; o bien la guerra civil, alianza con los Soviets de Rusia, defensa revolucionaria de Alemania... La victoria del proletariado en la guerra civil era segura en aquel momento; pero ni Wilson ni Foch habrían consentido —esa era al menos la creencia— en tratar con el bolchevismo;[9] por consiguiente, el interés nacional superior imponía la continuación de la lucha en un plano diferente: el de la revolución proletaria; pero para ello hubiera sido preciso ser audaz, y para ser audaz, desear la victoria del proletariado, desearla y creer en ella. A ello se oponía todo el pasado de la socialdemocracia. En cuanto a la burguesía y a la pequeña burguesía, preferían una Alemania capitalista pisoteada por los aliados, que respirase gracias a la misericordia del presidente Wilson, a una Alemania proletaria, fuerte y altiva, que surgiría de entre las ruinas del imperialismo.

Los delegados del pueblo se abstuvieron de llamar a Iofe. Rechazaron el trigo ruso ofrecido por el *Vtsik.* Se guardaron mucho de tocar para nada a la vieja burocracia. Conservaron en los puestos de mando a los generales reaccionarios.[10]

Los socialistas de contrarrevolución estaban en el poder.

Iba a entablarse la lucha entre ellos y la minoría revolucionaria del proletariado que se había agrupado en torno a la Liga Espartaco y a la izquierda del partido socialdemócrata independiente, exigiendo la dictadura del proletariado.

---

9 Seguramente que no habrían consentido de buena gana. La experiencia de lo ocurrido con las tropas aliadas enviadas a Rusia demostró que la Entente no se hallaba en condiciones de emprender una ofensiva victoriosa contra los países revolucionarios. Sus tropas se desintegraban rápidamente al contacto con la revolución proletaria. La revolución no se hubiera detenido en el Rin. Foch y Wilson habrían tenido que mostrarse más conciliadores con la revolución rusoalemana, que Kühlmann y Hoffmann en Brest-Litovsk con la Revolución rusa.

10 El general Groener, sucesor de Ludendorf en el GCG, declaró (proceso de Munich, 1925): «Concertamos (el alto mando y los jefes socialdemócratas) una alianza contra el bolchevismo... Conferencié todos los días con Ebert. Mi objetivo era arrancar el poder a los Soviets de los obreros y de los soldados. Proyectábamos hacer entrar en Berlín diez divisiones. Ebert estaba de acuerdo con nosotros [...] Los independientes y los Soviets exigieron que las tropas entrasen sin armas. Ebert consentía en que entrasen bien armadas. Trazamos un plan detallado de acción en Berlín: la capital había sido desarmada y limpiada de espartaquistas. Todo había sido concertado con Ebert [...] En seguida se habría constituido un gobierno poderoso. Las tropas llegaron en diciembre, pero lo único que querían era regresar a sus hogares, y no pudo llevarse a cabo el plan...».

Iofe, embajador de los Soviets, es expulsado de Berlín

Los acontecimientos de Rusia se desarrollan obedeciendo a la velocidad adquirida. El ejército rojo se organiza, combate, triunfa, conquista ciudades. Las comisiones extraordinarias fusilan. Las fábricas, los transportes, las ciudades sostienen una lucha desesperada contra el hambre. El curso normal de las cosas se halla enteramente dominado por la espera de la revolución europea. El país tiene literalmente clavados los ojos en Occidente. ¡Qué importan el hambre, el tifus, los muertos, una ciudad que se gana, una ciudad que se pierde! El porvenir del mundo se decide en Berlín, en París, en Roma, en Londres. Es tan grande y tan sincero el internacionalismo de los Soviets, que nada le hace mella.

Asombra la lectura de los periódicos de esta época. Todos los días dan, en gruesos caracteres, en entrefiletes, el telegrama de última hora, vago rumor recogido en Estocolmo por oídos ansiosos: disturbios en París, disturbios en Lyon, revolución en Bélgica, revolución en Constantinopla, victoria de los Soviets en Bulgaria, desórdenes en Copenhague... La verdad es que Europa entera se estremece, que existen Soviets, clandestinos al menos, por todas partes —hasta en los propios ejércitos aliados—, que todo es posible, todo... Vorovski telegrafía el 15 de octubre desde Estocolmo a Zinóviev: «*La revolución madura en Francia* (encabezado del telegrama en los periódicos). Hace dos días se ha iniciado en París un movimiento obrero y popular que va tomando fuerza... Los obreros exigen que se ponga inmediatamente en libertad a los presos políticos... Un Soviet de soldados aliados se ha puesto en contacto con un Soviet de los soldados alemanes en el frente...».

El canciller Max de Baden se decide, al fin, el 5 de noviembre, cuando ya en Kiel ondean las banderas rojas, a tomar una medida que el Estado Mayor venía preconizando desde hacía tiempo. Rompe las relaciones con la República de los Soviets. Se invita a Iofe a salir de Berlín en el término de veinticuatro horas. Se han abierto «por accidente» valijas diplomáticas rusas y se han encontrado en ellas folletos revolucionarios en lengua alemana. A este motivo, que resulta más bien comprometedor ante las masas alemanas, se agrega otro: el gobierno soviético se ha mostrado reacio a castigar a los asesinos del conde Mirbach.

Un curioso intercambio de radiotelegramas que tuvo lugar un poco más tarde (10 de diciembre), nos proporciona algunas luces acerca de la actividad de Iofe en Berlín. En efecto, el embajador de los Soviets declaró terminantemente que había provisto a los revolucionarios alemanes

de fondos, armas y municiones por intermedio de los socialdemócratas independientes Haase y Barth. Estos dos, miembros del gobierno socialista del Reich, se creyeron en el deber de desmentir esta afirmación. Iofe les contestó con una carta aplastante, cuyos párrafos principales damos a continuación:

> Es natural que yo no tuviese interés en entregar directamente al camarada Barth, recién sumado al movimiento obrero y que además no me merecía sino una confianza limitada, las cantidades de dinero destinadas a la compra de armas... Sin embargo, el señor delegado del pueblo, Barth, sabía perfectamente que los centenares de miles de marcos que recibió, según reconoce, de los camaradas alemanes, procedían, en último término, de mí. Me habló a ese respecto en la entrevista que celebramos catorce días antes de la revolución, reprochándome que no hubiese dado los dos millones que él me había pedido... Si yo le hubiese proporcionado esa suma, me decía, los obreros alemanes habrían estado hacía tiempo armados y listos para una sublevación victoriosa... El señor Haase y sus amigos recibieron de mí, en varias ocasiones, material —y no exclusivamente ruso— para los discursos que pronunciaban en el Reichstag... El partido socialdemócrata independiente recibía de nosotros una ayuda material para sus publicaciones, en las que colaboraban nuestros escritores... ¿No cree el señor Haase que si colaborábamos juntos era en interés común de la revolución alemana y mundial? Yo no habría traído jamás a colación estos recuerdos de nuestra colaboración si el señor Haase no hubiese adoptado el punto de vista de los Kühlmann [...] que miran precisamente como un crimen nuestra colaboración con el partido socialdemócrata independiente de Alemania, y por esta razón nos han expulsado de dicha nación. Una vez que el nuevo gobierno alemán, que se titula socialista y revolucionario, se ha permitido echarnos abiertamente en cara los trabajos que hemos hecho con sus miembros, cuando eran todavía revolucionarios, pierden toda fuerza los miramientos políticos que pudieran obligarme a callar, tratándose de camaradas de partido o de adversarios honrados. Aprovecho esta ocasión para informar al jurisconsulto del Consulado de Rusia en Berlín, Oscar Cohn, que la suma de 500.000 marcos y de 150.000 rublos que ha recibido de mí en su calidad de miembro del partido socialdemócrata independiente, en la noche de mi marcha de Berlín, no debe ya ser entregada a su partido. Lo mismo debe entender de los 10 millones de rublos de los que el doctor Cohn ha sido autorizado a disponer para ayudar a la revolución alemana.[11]

El gran ejército del Don. Krasnov

Los nuevos peligros denunciados por Lenin se fueron manifestando en aquellos meses en todas las regiones en las que ardía la guerra civil. Los aliados toman en todas partes el relevo de los alemanes.

---

11 *Izvestia* de Moscú, 18 o 19 de diciembre de 1918.

La atención del Consejo Revolucionario de Guerra se concentra en el Don, después de los triunfos del ejército rojo en el Volga. La región del Don, fácilmente conquistada por los rojos a comienzos del año (recuérdese el suicidio del atamán Kaledin), se sublevó durante la primavera al acercarse los alemanes. El atamán Krasnov, el mismo que al día siguiente de la revolución de octubre avanzó contra Petrogrado, siendo hecho prisionero y quedando libre bajo palabra de honor, se puso desde abril-mayo al frente de esta contrarrevolución cosaca. En julio disponía ya de 27000 infantes, 30000 caballos, 175 cañones, 610 ametralladoras, 20 aviones, 4 trenes blindados y 8 cañoneras. El territorio del «Gran Ejército del Don» forma un Estado reconocido por los Imperios centrales, dotado de una constitución bastante peculiar, limitado al oeste por la Ucrania del hetman Skoropadski, al norte por la Rusia de los Soviets, al este y al sur por el territorio cosaco del Kuban, en donde se reúne el ejército nacional de Denikin.

Este nuevo Estado viene a ser, en realidad, el feudo de un soldado aventurero bajo la soberanía del Káiser. La constitución del Don, votada por la Asamblea Cosaca (el *Krug*), convierte al atamán en un autócrata. Ejerce el mando supremo de los ejércitos, dirige por sí solo la política exterior, nombra a los ministros y a los jefes militares, decreta el estado de sitio, sanciona las leyes, ejerce el derecho de veto sobre los actos legislativos y el derecho de gracia. La propiedad privada es inviolable. El rito ortodoxo tiene la primacía en el orden religioso. Sin embargo, el atamán hace ciertas concesiones a su tiempo: habla en alguna ocasión de la guerra de los capitalistas. Se decreta una reforma agraria para mejorar a los cosacos pobres. Los terratenientes serán expropiados con indemnización, las tierras cultivadas se declaran comunales. Estas concesiones a la revolución campesina tienen como complemento algunas medidas de fingida complacencia para con los socialistas de contrarrevolución, uno de los cuales retiene en Novocherkask la cartera de instrucción pública. Un órgano socialista-revolucionario, el *Priazovski Krai (La Región de Azov)*, se publica en esta capital al lado de un órgano monárquico. ¿Cómo son tratados los obreros? Uno de los jefes militares dirige en un mismo día al comandante de la ciudad obrera de Iuzovka los dos telegramas siguientes:

> Queda prohibido detener a los obreros. Se ordena ahorcarlos o fusilarlos. 10 nov, núm 2428.
>
> Orden de ahorcar en la calle a todos los obreros detenidos. Dejarlos expuestos durante tres días. 10 nov, núm. 2431. JIROV.

Idénticos métodos se aplican en Rostov. El general Denisov advierte a la población de Taganrog que empleará gases asfixiantes en caso de ocurrir desórdenes. Sin embargo, si se ha de dar crédito a los artículos 15 y 23 de sus *Leyes fundamentales*, el Don disfrutaba de todas las libertades democráticas. «Han sido barridas todas las llamadas conquistas de la revolución», declara ingenuamente Krasnov.

Con fecha 5 de mayo, el atamán solicita la alianza y la protección del Káiser contra el bolchevismo. Solicita de Guillermo II armas y que dicte su laudo sobre el conflicto surgido entre Ucrania y el Don a propósito de la posesión de Taganrog. El general Von Arnim marcha a la región del Don, a cuyo gobierno los alemanes proveen abundantemente de armas y municiones. El 28 de junio el atamán dirige una nueva carta al Káiser, exponiéndole el proyecto de formación de un gran Estado cosaco vasallo de Alemania que se extendería desde el mar de Azov hasta el mar Caspio. Este patriota, enemigo del «bolchevismo antinacional», está pensando en realizar ventajosas amputaciones a su patria. Pide al invasor alemán que le ceda Voroneg, Tsaritsin, Astrakán, el Kuban, el Terek. Ofrece a los capitales alemanes un trato de favor y los productos de su país: cereales, cueros, vinos, aceites, tabacos, ganado. Y ataca por la espalda a su hermano de armas Denikin, cuya base de operaciones es el Kuban. «La dominación alemana será mucho más tolerable —decía en la Asamblea cosaca— que la del bandido mujik ruso».

Pero he aquí que, en el mes de noviembre, cuando la ruptura de relaciones diplomáticas entre Alemania y los Soviets hacía soñar con una intervención alemana de gran envergadura en Rusia, se desmorona el imperialismo germánico. El desastre de sus ejércitos de ocupación en Ucrania es completo. Sus soldados no tienen más que un deseo: regresar a sus hogares, sea como sea. Sin perder un momento, el patriota Krasnov dirige un llamamiento a los aliados. En sus *Memorias* deja consignadas las promesas que estos le prodigaron. En la conferencia de Jassy (Rumanía), un cónsul francés, Hainaut,[12] «insiste con mucha fuerza acerca del comandante alemán para que se encargue de mantener el orden en Ucrania hasta que lleguen los aliados». El general Berthelot promete la llegada de varias divisiones francesas antes del 15 de diciembre. Ahora ya no es al Káiser a quien el atamán Krasnov dirige sus súplicas, sino al general Franchet d'Espérey. «El Don —le escribe— es una república democrática de la que soy el jefe... El Don solo hace

12 Es probable que la ortografía del nombre Hainaut sea incorrecta, ya que está traducido del ruso.

la guerra al bolchevismo... Sin la ayuda de los aliados es imposible la liberación de Rusia... Bastarían tres o cuatro cuerpos de ejército de 90 a 120.000 hombres para libertar a Rusia en tres o cuatro meses... Se impone la ocupación de Ucrania por tropas extranjeras...» También se impone, claro está, la presencia de guarniciones aliadas en Tula, Samara, Sarátov, Tsaritsin, Penza, Moscú... El general Berthelot da seguridades formales, en Jassy, al enviado de Krasnov: «Con toda seguridad Ucrania será ocupada, ya sea por un ejército anglofrancés, ya sea por tropas que tendrá que enviar Alemania». En caso de necesidad, se enviará a Rusia «todo el ejército de Salónica».

Una misión militar británica dirigida por el general Poole se dirige a Ecaterinodar, donde tiene su sede Denikin. Oficiales ingleses y franceses visitan el Don (Dupré, Faure, Hochain,[13] Ehrlich), son acogidos con *Te Deums,* cumplimentados por viejos cosacos, condecorados, saludados por jóvenes vestidas de blanco... Poole no es menos categórico que Berthelot: «¡Llamo inmediatamente a una brigada de Batumi!», declara; pero Londres le da la orden de regresar. A fines de enero de 1919 Fouquet da finalmente a conocer, en nombre del general Franchet d'Espérey, las condiciones draconianas de los aliados. El atamán se subordinará al general Denikin, jefe supremo de los ejércitos rusos; «se somete a los puntos de vista militar, político y administrativo y a la autoridad del general Franchet d'Espérey». El capitán Fouquet rubricará todas las órdenes del atamán. El Don indemnizará a los ciudadanos franceses perjudicados por la revolución: «Les será entregado el ingreso medio producido por las empresas que se han arruinado durante los desórdenes, más un 5 % de indemnización por todas las actividades de dichas empresas a contar desde 1914...».

Krasnov hacía a los rojos una guerra de exterminio, combinando golpes de mano con grandes operaciones estratégicas. Llegó a sitiar dos veces, en octubre de 1918 y enero de 1919, Tsaritsin,[14] llave del bajo Volga, heroicamente defendida por el 10º ejército rojo (Tuliakov, Vorochilov, Stalin). Fracasó en su tentativa de movilización de los campesinos. Trotski llegó al frente del sur en los primeros días de noviembre, visitó Voroneg, Tsaritsin, Astrakán, galvanizó las energías, imprimió un impulso decisivo a la organización de un ejército regular. Esta tarea resultó particularmente difícil en aquellas regiones. La guerra civil

---

13 El mismo caso para Hochain.

14 Su nombre es hoy Stalingrado.

enzarzaba a las aldeas entre sí, y con frecuencia, dentro de una misma aldea, a los ricos con los pobres. Se formaban por todas partes grupos de guerrilleros rojos alrededor de jefes que eran los héroes del terruño. Para convertir estas partidas —valientes pero caprichosas— en un verdadero ejército, hubo que romper sus resistencias, su cohesión, sus tradiciones. Las aldeas se fortificaban a veces para defenderse sin moverse de allí, a cualquier precio. Cuando una partida tenía que salir de su región, se deshacía. Los jefes no querían depender de nadie más que de ellos mismos. Las primeras tentativas de centralización provocaron por su parte reacciones peligrosas. En el Kuban, Sorokin hizo fusilar al consejo revolucionario que quisieron imponerle. Mironov, Avtonomov, Sajarof, Potapenko y muchos otros se amotinaron contra el poder central en nombre de la revolución. Hubo que dominarlos. Algunos regimientos formados en Moscú, comisarios obreros, un consejo revolucionario del ejército presidido por el obrero metalúrgico Shliápnikov (el ejército estaba mandado por un oficial adherido, P. P. Sitin), aportaron al frente una centralización vigorosa. Los ataques de Krasnov fueron a estrellarse, de allí en adelante, contra líneas cada vez más fuertes. La formación de un importante cuerpo de caballería roja, que se llevó a cabo en los comienzos del año siguiente (1919) y que estaba mandada por un suboficial intrépido, Budienni, vino a demostrar que los cosacos de la clase media, y hasta algunos de la clase rica, se habían pasado a los rojos; la caballería es un arma de ricos.

Trotski había definido cuál había de ser el objetivo de los ejércitos rojos en el sur: «Surgiremos entre el militarismo alemán que se retira y el militarismo francés que se acerca. Debemos ocupar el Don, el Cáucaso septentrional, la región del mar Caspio, apoyar a los obreros y campesinos de Ucrania, volver a tomar posesión de nuestra casa soviética, en la que no hay lugar para los colaboradores de los ingleses ni de los alemanes... Nuestro pulso bate en el frente sur; allí se juegan los destinos de nuestro poder».

La caída de Samara

Esta fue, en efecto, la consecuencia que trajo la liberación del Volga, terminada a principios de octubre con la toma de Samara y de Stavropol. El ejército rojo, prosiguiendo sus victorias, penetra en la región del Ural (conquista de Bugulma el 16 de octubre).

Desde que cayeron Kazán y Simbirsk, la capital de los constituyentes socialistas-revolucionarios vivía presa del terror. Pánicos repentinos interrumpían la circulación. La población se ocultaba en los sótanos, se cerraban las tiendas, la burguesía local tomaba los trenes por asalto. El Comité de los Constituyentes, sintiéndose cada vez más impotente, tomó la decisión de disolverse, trasmitiendo sus poderes al Directorio de Ufá, que no le inspiraba ninguna confianza. Los checos, agotados por largos meses de lucha, no querían seguir peleando. Los voluntarios blancos eran muy poco numerosos. Los campesinos movilizados desertaban en masa o se pasaban a los rojos. Para colmo, el atamán Dutov negó a los socialistas-revolucionarios la ayuda de los cosacos de Oremburgo. El Directorio perdía su tiempo en intrigas sin esperanza.

No hubo en Samara ni siquiera un jefe militar capaz de organizar la evacuación de la ciudad. Las asociaciones liberales adoptaban mociones para resistir hasta el último extremo, los socialistas-revolucionarios formaban grupos de combate o decretaban la movilización de toda la población masculina; pero no se hacía nada serio y los rojos se acercaban inexorablemente. La orden de evacuación publicada el 4 de octubre fue la señal de la derrota.

> Aquello fue una pesadilla... El general Tregubov, gobernador militar, emprendió la fuga en el primer tren. La Comisión de Evacuación desapareció... No hubo nadie encargado de expedir los documentos y los pases. Todo el mundo se precipitó hacia la estación sin preocuparse de los demás, para hacerse un lugar en los trenes. El desconcierto fue increíble. No había vagones ni locomotoras. Los bagajes de las instituciones oficiales y particulares se amontonaron en la escalinata hasta una altura de tres pisos. Miles de personas, funcionarios del Estado, miembros de los partidos, personalidades influyentes, gentes modestas, espantadas, se apretujaban en la estación, entre los sollozos de las mujeres y de los niños. En todos los rostros se leía el pánico y el egoísmo más inexorable. Cada uno pensaba: «¡Primero yo!» y se abría brutalmente camino hacia el puesto ambicionado en un vagón de mercancías.[15]

Fijémonos en algunos detalles. El tren especial del gobierno, lleno a reventar, se encontró a última hora abandonado sobre una vía amenazada. Los checos empleaban todo el material rodante disponible para la evacuación de sus tropas. Los delegados de los Constituyentes, que fueron a ver al Estado Mayor checo para pedirle una locomotora, fueron acogidos con burlas. La escena nos ha sido referida por el menchevique

---

15 Maiski, *La contrarrevolución democrática,* Moscú, 1923.

Maiski, miembro del gabinete de Samara. Los delegados acababan de separarse del jefe del gobierno, el socialista-revolucionario Volski, ebrio y desesperado, que, en medio de los restos de una borrachera, rompía los vasos gritando: «¡Bebo por el cadáver de Samara! ¿No os llega a las narices su podredumbre?» La ciudad se hallaba sumida en un sombrío terror. Un oficial checo acogió a los visitantes con una carcajada: «¿Dónde está vuestro ejército? ¡Ja, ja, ja! Pero, vamos, ¿dónde está vuestro ejército?» Al escuchar la palabra gobierno, su hilaridad llegó al colmo. Reventaba de risa: «¿El gobierno? ¿Vosotros sois el gobierno?» Hizo una pelotilla de papel y la tiró despectivamente...

Insistimos en estos detalles del desastre de Samara porque son característicos. El contraste de este derrumbamiento con el heroísmo tenaz de los rojos en Sviajsk, en el Ural, en Tuapsé, atestigua la diferencia de calidad entre las fuerzas sociales presentes. La superioridad de las fuerzas espirituales, fe, energía, inteligencia, tenacidad de los rojos salta a la vista. Podemos observarlo durante toda la revolución. Otras derrotas más graves y más sangrientas harán que con el tiempo se olvide la de Samara. Otras hazañas harán olvidar Sviajsk. Veremos a los proletarios de Oremburgo sostener victoriosamente un largo asedio; veremos cómo resiste Petrogrado, defendido por Trotski, de una manera inverosímil; Tsaritsin cercada dos veces por los blancos y dos veces victoriosa; y veremos cómo el ejército rojo toma por asalto fortalezas inexpugnables, Kronstadt y Perekop. Por el contrario, los ocupantes franceses y rumanos conocerán el desastre de Odesa; los ocupantes británicos, el de Arjangelsk; Denikin acabará su carrera con la espantosa evacuación de Novorosisk; Kolchak con su fuga a lo largo del Transiberiano; Wrangel con el desastre de Crimea. Hemos hecho notar ya cómo se traduce esta supremacía moral en la supremacía de las fuerzas sociales. Hagamos resaltar, en los acontecimientos del Don y de Samara, otro rasgo característico que vemos reproducido en todos los episodios de la contrarrevolución: la actitud brutalmente interesada de los extranjeros, ingleses, franceses, checos. Los oficiales aliados dictan sus órdenes con arrogancia a los jefes de la contrarrevolución, los abandonan en cuanto la situación se agrava, los fustigan con su desprecio en la hora del arreglo de cuentas y se ponen a salvo con los primeros trenes de evacuación. La contrarrevolución es impotente sin las bayonetas extranjeras; por eso los aliados tratan a la Rusia «nacional» como país conquistado. Es una de las aparentes y más asombrosas paradojas de la guerra civil; vemos

cómo el patriotismo burgués se somete constantemente y sin escrúpulo al extranjero mientras que el internacionalismo proletario cumple su misión defendiendo la nación de una manera admirable.

Los aliados en Siberia. Kolchak

La caída de Samara pone de relieve la decadencia de la contrarrevolución democrática. En Siberia, llega a su término la concentración de las fuerzas reaccionarias en torno al gobierno de Omsk. El conflicto entre los constituyentes socialistas-revolucionarios y la contrarrevolución siberiana, dirigida por constitucionales-demócratas partidarios de una dictadura de derecha, se agrava de día en día. El ministerio siberiano tiene en jaque al directorio de Ufá. El cuerpo de oficiales desempeña en Omsk un papel excepcional. Sin su apoyo no habría gobierno posible. Su mismo poderío lo desmoraliza. No se habla sino de intrigas y de complots militares; los hombres de Estado que tienen fama de liberales se hallan diariamente expuestos a verse arrestados, secuestrados o asesinados. Así es como desaparece el ministro socialista-revolucionario Novoseltsov a fines de septiembre. La capital siberiana nos ofrece en este momento el espectáculo de la anarquía militar más abigarrada: el directorio, autoridad suprema, no es respetado por nadie; un consejo de ministros, purificado por el asesinato, anda a la greña con la Duma imperial, cuya mayoría está compuesta por socialistas-revolucionarios; los checos, «demócratas», pero partidarios del orden, por encima de todo, se muestran reservados; algunas camarillas de oficiales imponen la ley sin dar la cara. Industriales y generales, de acuerdo sobre el principio de la dictadura personal, acaban, sin embargo, por formar un «bloque nacional». El Directorio y ministerio de Omsk se ponen de acuerdo —una vez no es costumbre— sobre el nombramiento del almirante Kolchak para el ministerio de guerra (4 de noviembre).

A estas disensiones intestinas se agregan los manejos del extranjero. Los japoneses, secundados por el atamán Semenov, llevan adelante sus operaciones en el Extremo Oriente; los checos se conducen como conquistadores a lo largo de las vías férreas del Transiberiano; su jefe, Gaida, maltrata a los oficiales rusos, realiza requisas, fusila a los bolcheviques y a los sospechosos (el 21 de octubre son fusilados en Krasnoyarsk, sin formación de causa, cinco personas); los aliados envían a Siberia a los generales Nox y Janin, investidos oficialmente por Lloyd George y Clemenceau del mando de todas las fuerzas aliadas de Siberia.

Se repite en Siberia, punto por punto, lo ocurrido en las luchas sociales de Ucrania, donde los partidos democráticos y las clases medias no han sabido hacer otra cosa que preparar el camino a la reacción negra. Ésa es la misión de esta clase de partidos en las guerras civiles, ya que es una característica de la pequeña burguesía la de no tener política propia. Se encuentra siempre entre dos dictaduras —la del proletariado y la de la reacción— cuyo advenimiento está encargada de preparar, dentro de ciertos límites, y cuyo triunfo tiene que soportar. El Directorio socialista-revolucionario no dispone de otra fuerza que de la elocuencia huera de sus jefes. Estos una vez llegados a Omsk se sienten tan desamparados, tan impotentes bajo la amenaza de los militares, como lo estaban antes en Petrogrado, en los días de la Asamblea Constituyente, bajo la amenaza del proletariado. Y las mismas ilusiones fueron las que los tranquilizaron. Se revela en ellos la vocación de mártires parlamentarios. El menchevique Maiski se entrevista, nada más llegar de Samara, con el gran hombre del Directorio y del partido socialista-revolucionario, Avkséntiev, barba imponente, frente de idealista y retórica sobria:

> Avkséntiev me lo dice sin ambages: «Vivimos sobre un volcán, esperando todas las noches ser arrestados».
>
> […] Yo le pregunté: «¿Y cree usted que obran bien?» «Sí —me contestó—, no podíamos obrar de otra manera. Somos los mártires de la transacción. ¿Se ríe usted? Existen mártires de esta clase y es posible que sean de los que más necesidad tiene Rusia...» «Pero ¿no intentarán ustedes resistir?» —a otro de los miembros del Directorio—. «¿Y cómo?» —se le contestó con un gesto de desánimo—.

Durante la noche del 18 al 19 de noviembre fueron por fin detenidos los miembros del Directorio y sus amigos políticos por los cosacos. Las ametralladoras del coronel inglés Ward dominaban los puntos estratégicos de la ciudad. El mismo día, una resolución del ministerio siberiano otorgaba al almirante Kolchak el título de gobernante supremo. Declaró el almirante que «al aceptar la cruz del poder» no quería seguir ni el camino de la reacción ni el de las facciones, asignándose como único objetivo el de formar un ejército fuerte para combatir al bolchevismo. El pueblo ruso «organizaría luego su libertad». El golpe de mano había sido preparado con el asentimiento de los representantes aliados: el coronel Ward, el cónsul francés Regnault, el norteamericano Harris y el checo Stefanek. Pocos días después, los miembros del Directorio salían para el destierro, escoltados por soldados rusos y británicos. El general Janin llegó a Omsk el 14 de diciembre, ¡por mandato de los aliados, el «gobierno supremo» de Omsk quedaba subordinado a este general!

Los constituyentes socialistas-revolucionarios intentaron en vano luchar. Su comité de resistencia, presidido por Chernov, se dejó detener. El partido socialista-revolucionario resolvió suspender su lucha contra los bolcheviques y echar otra vez mano de los métodos insurreccionales y terroristas para combatir la reacción siberiana. Demasiado tarde. Solo consiguieron que algunos de sus militantes fuesen fusilados, y nada más.

No entra dentro del marco de esta obra el estudio de la contrarrevolución siberiana, que llegó a su apogeo el año 1919. La dictadura militar y la intervención de los aliados dieron sus frutos. Al llegar la primavera de 1919 se encontró Kolchak al frente de un ejército lo bastante fuerte como para aparecer por momentos superior al ejército rojo. Pero, como todos los ejércitos blancos, el suyo era un ejército de clase, formado principalmente por oficiales y por jóvenes pertenecientes a las clases acomodadas. El régimen que estableció el gobierno supremo fue un régimen de terror blanco. Los campesinos desertaban, se negaban a entregar víveres, se oponían a las requisas, al regreso de los terratenientes y a las arbitrariedades de las antiguas autoridades que se volvían más arrogantes que nunca. Pronto toda Siberia se vio surcada de columnas infernales. Se hacía necesario reprimir en todas partes. En las aldeas rebeldes se fusilaba a los mujiks por decenas, se azotaba a las mujeres, se violaba a las jóvenes, se robaba el ganado. Las pequeñas poblaciones bombardeadas o incendiadas se contaron por centenares. Pronto pularon entre la maleza de Siberia las guerrillas de partidarios rojos. A fines de diciembre estalló en Omsk una sublevación obrera preparada por la organización clandestina del Partido Comunista; la represión provocó 900 víctimas. Varios miembros socialistas-revolucionarios y mencheviques de la Constituyente fueron pasados por las armas. En caso de sabotaje de las vías férreas, se pegaba fuego a las poblaciones sobre las que recaían sospechas; por cada acto de bandidaje de los rojos se fusilaban desde tres hasta veinte rehenes.

El golpe de mano del almirante Kolchak respondía al criterio de los aliados que deseaban llegar al mando único de las fuerzas de la contrarrevolución. En el momento mismo en que se desarrollaban los acontecimientos de Omsk se reunía la conferencia de Jassy (Rumanía), en el domicilio del embajador de Gran Bretaña, Barclay, el embajador de Francia, M. de Saint-Aulaire, un diplomático norteamericano, un diplomático italiano, los líderes de la burguesía liberal (Miliukov) y monárquica rusa, y los líderes socialistas-revolucionarios (Fundaminski).

En esa conferencia se trató sobre todo de la dictadura militar en Rusia.[16] Puede afirmarse que los aliados impusieron a la contrarrevolución sus grandes jefes, Denikin y Kolchak, pero sus gestos más insignificantes debían ser controlados por los generales Franchet d'Espérey y Janin.[17]

El VI Congreso de los Soviets. Anulación del tratado de Brest-Litovsk

A la hora misma en que estallaba la revolución alemana, el VI congreso extraordinario de los Soviets (6-9 de noviembre) celebraba el primer aniversario de la revolución de octubre. Congreso bastante gris. Hubiérase dicho que se trataba de una reunión ampliada del *Vtsik*. No hubo ni era posible que hubiese debate alguno debido a la composición en extremo homogénea de la asamblea: sobre un total de 950 miembros con voz y voto, había 933 comunistas, 8 comunistas-revolucionarios, 4 socialistas-revolucionarios de izquierda, 2 comunistas-populares, un maximalista, un anarquista, un independiente. Los únicos que hablaron fueron Lenin, Trotski, Sverdlov, Radek, Stieklov, Kámenev, Kurski, Avanesov. En la sala no hubo otras manifestaciones que los aplausos nutridos y las votaciones unánimes.

El congreso decidió proponer una vez más la paz a Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia y Japón, países que estaban en guerra con Rusia, aunque sin habérsela declarado. Se adoptó una resolución en favor de la clemencia, ordenándose a las comisiones extraordinarias que no se privase de la libertad más que a los enemigos declarados y activos del régimen; y otra resolución acerca de la legalidad revolucionaria.

En el curso de estas deliberaciones se recibió la noticia de la toma de los establecimientos industriales de Ijevsk (Ural) por el ejército rojo. Este era un gran triunfo porque las fábricas de municiones de Ijevsk y de Votkinsk se habían unido a la contrarrevolución, influidas por los socialistas-revolucionarios y los mencheviques. Trotski dio la noticia de que en la región de Kotlas se había pasado a los rojos un grupo de 58 soldados británicos.

El congreso trató con gran circunspección los sucesos de Alemania. Se votó una moción propuesta por Lenin en su informe; en ella se afirmaba la necesidad de dar a las masas una conciencia clara de la

---

16 Acerca de la conferencia de Jassy, véase Marguliès, *Un año de intervención*.

17 El general Franchet d'Espérey no llegó a venir a Rusia. Su proyecto de intervención fue abandonado muy pronto.

inmensidad de los nuevos peligros y «la convicción de que sabremos defender y mantener la patria socialista y la victoria de la revolución internacional». Iofe acababa de ser expulsado de Alemania y se podía esperar una doble ofensiva de los Imperios centrales y de los aliados contra la Rusia comunista.

Lenin tomó dos veces la palabra para conmemorar el primer aniversario de la revolución y para exponer la situación internacional. «No hemos perdido nunca de vista el hecho de que, si hemos sido nosotros los que hemos empezado una revolución indispensable para la lucha internacional, no ha sido porque el proletariado ruso tenga más méritos, sino que ha sido precisamente su estado de debilidad y de atraso y las circunstancias militares estratégicas lo que nos han obligado a ponernos a la cabeza del movimiento, en espera de que se levantasen también otros destacamentos». Luego hace el balance de un año de luchas: se había pasado, partiendo del control obrero, a la organización obrera de la producción; de la lucha democrática de los campesinos por las tierras, a la diferenciación de clases en el campo; de la impotencia militar, a la creación del ejército rojo; del aislamiento, a la acción común con el proletariado de Europa occidental. «Hemos empezado por el control obrero, no hemos decretado la implantación del socialismo porque este no se implantará hasta que los obreros hayan aprendido a administrar». Habló de la cuestión campesina con relación a los levantamientos de julio. «Nos hemos limitado a abrir un camino al socialismo en el campo, a sabiendas de que los campesinos no pueden todavía entrar por él». Ningún país democrático ha hecho tanto como nosotros por los campesinos. Ha sido necesario que surgiese el hambre para que estallase la guerra entre los obreros y los *kulaks;* y el resultado esencial ha sido la leva en masa de los trabajadores de las ciudades y de los jornaleros del campo. De aquí en adelante «contamos con una base para la implantación verdadera del socialismo, y esa base es la alianza de los jornaleros del campo y de los obreros de la ciudad». «Ocurra lo que ocurra —dijo Lenin en su exordio—, el imperialismo sucumbirá».

«Consideramos esencial —decía en su segundo discurso— la cuestión de las relaciones internacionales, porque de aquí en adelante el imperialismo equivale a una interdependencia firme y duradera de todos los Estados del mundo en su sistema único —para no decir en un montón de cieno y de sangre— y, más aún, porque no se concibe la victoria socialista en un solo país; esta exige la colaboración más activa de varios países adelantados, por lo menos de varios países entre los

cuales no podemos contar a Rusia.» El proletario ruso, empapado desde el primer momento de esta idea, se había esforzado por abrir los ojos de las masas del extranjero, aunque sin contar con obtener resultados inmediatos. «Si tuviésemos que desaparecer súbitamente tendríamos el derecho de afirmar, sin disimular por eso nuestros errores, que hemos sabido utilizar plenamente, en beneficio de la revolución socialista mundial, el tiempo que nos fue concedido por el destino». Estas ideas generales cobraban más relieve con las repetidas afirmaciones de que «no hemos estado nunca tan cerca de la revolución mundial y, sin embargo, no hemos estado jamás en un peligro tan grande». Las últimas palabras de Lenin fueron:

> No tenemos razón alguna para dejarnos arrastrar por el pesimismo o la desesperación. Tenemos conciencia de que el peligro es grande. Tal vez nos reserva el destino pruebas todavía mayores. No cabe duda de que es posible aplastar a un país; pero no se conseguirá jamás aplastar la revolución proletaria internacional...

Trotski expuso cuál era la situación en los frentes. Había motivos para abrigar grandes esperanzas. También formuló la consigna de la liberación del sur.

En el armisticio que los aliados concedieron a Alemania el 11 de noviembre le imponían la anulación de los tratados de Brest-Litovsk y de Bucarest. El *Vtsik* proclamó dos días después la anulación del tratado de Brest-Litovsk. La República de los Soviets ofrecía a todos los pueblos liberados del imperialismo su alianza fraternal.

La reconquista de Ucrania

Ucrania, ocupada por los alemanes, no había conocido bajo el mando del hetman Skoropadski ni una hora de tranquilidad. La lucha de clases proseguía encarnizadamente. Las requisas obligaban a los campesinos a tomar las armas. Los partidos socialistas-nacionalistas de la pequeña burguesía no se resignaban a la humillación nacional y eran la expresión del descontento de las masas rurales. Las organizaciones clandestinas de los bolcheviques no cesaban en el combate por la buena causa en los centros obreros. Los socialistas-revolucionarios de izquierda cometían atentados terroristas. Pululaban en el campo los francotiradores, los *haidamaks* de la tradición nacional, y las guerrillas de rojos (sovietistas) o negros (anarquistas). Los grupos nacionales, después de

declarar oficialmente la guerra al hetman, dan principio, a mediados de septiembre, a la formación de un ejército de voluntarios. Dos viejos líderes socialistas-nacionalistas, el escritor Vinnichenko y el instructor Simeón Petliura, que ya habían estado al frente de la *Rada,* de lamentable recuerdo, dirigen este movimiento insurreccional.

Desde que el ejército de ocupación tuvo conocimiento de lo ocurrido en Viena y en Berlín, no tuvo más que un pensamiento: regresar a su país. Solo conservó, bajo la égida de sus consejos de soldados, la organización indispensable para evacuar el país en buen orden. La Ucrania de los alemanes se deshizo instantáneamente. En distintos puntos se formaron tropas rojas, mientras que las unidades regulares del ejército rojo avanzaban sobre Gomel, Járkov y Kiev. Las tropas de Vinnichenko y de Petliura, en el primer momento las más numerosas, atacaron simultáneamente en todas partes a las desconcertadas autoridades del hetman. Los alemanes se retiraban sin combatir. Hacia mediados de noviembre Petliura se siente lo suficientemente fuerte para declarar fuera de la ley al hetman. En medio de aquel caos sangriento se constituyen al mismo tiempo dos poderes rivales: el directorio nacionalista y el gobierno soviético. La pequeña burguesía, las clases medias de las ciudades, los campesinos acomodados y ricos, se lanzan a disputar el poder a los obreros y a los campesinos pobres.

El directorio adopta fórmulas que en apariencia se aproximan al bolchevismo. Expropiación de los latifundios en beneficio de los campesinos (se declara la tierra propiedad del que la trabaja), jornada de trabajo de ocho horas, legislación obrera, derecho de asociación y de huelga, reconocimiento de los comités de fábrica, «poder exclusivo de las clases laboriosas», es decir, de los obreros, campesinos e intelectuales, reunión en breve plazo de un congreso de trabajadores.[18] Se tolera la existencia de los Soviets con la condición de que limiten sus actividades en defensa de los intereses corporativos y locales. Este revolucionarismo dulzón no resiste mucho tiempo a los golpes de la realidad. La fuerza de la revolución en las ciudades está constituida por el proletariado; en el campo por el campesino pobre que, no bien desaparecen el terrateniente, los gendarmes del hetman y la *Kommandatur* alemana, lucha con los campesinos ricos y medios para los cuales ha terminado ya la

18 La primera declaración del directorio hace constar que las clases posesoras —capitalistas y latifundistas— se han deshonrado por su rapacidad, su egoísmo antipatriótico y su servilismo hacia el extranjero.

revolución, quedando solo la tarea de afirmar la pequeña propiedad amenazada por el bolchevismo... No bien izan los soldados de Petliura en una aldea la bandera nacional, amarilla y azul, se enciende la lucha entre ellos y el Soviet, el partido comunista, los obreros, los pobres. Una vez más la contrarrevolución democrática se encuentra, al día siguiente de su efímera victoria, entre dos dictaduras. Y como ha hecho siempre, se inclina en el momento decisivo por la reacción militar. El suicidio político del directorio ucraniano es lamentable. He aquí la declaración que envía al comandante francés en el mes de enero:

> El directorio se coloca bajo la protección de Francia y ruega a las autoridades francesas que sean su dirección en lo que se refiere a los asuntos diplomáticos, militares, políticos, económicos, financieros y judiciales, hasta llevar a buen término la lucha contra el bolchevismo. El directorio confía en la generosidad de Francia y de las potencias aliadas para cuando llegue el momento de... plantear los problemas de las fronteras y de las nacionalidades.

De acuerdo con el tratado que firma con Francia, representada por el general Anselme, a finales de enero de 1919, el directorio declara que Ucrania forma parte integrante de Rusia, una e indivisible (¿en qué para la independencia nacional?), entrega sus poderes a un gabinete de coalición (¿en qué queda lo del poder ejecutivo de los trabajadores?), renuncia a la reunión del congreso de trabajadores, se compromete a no tolerar la existencia de Soviets en su territorio y entrega el mando de sus tropas a un estado mayor formado por el comandante de las fuerzas aliadas, general Anselme, por un representante del ejército de voluntarios del general Denikin, otro representante de los legionarios polacos y un representante de los republicanos ucranianos. A cambio de esto los aliados se comprometen a abastecer de municiones a los ucranianos.

La base de este sorprendente tratado estaba formada por algunas cláusulas económicas más duras todavía, que fueron divulgadas más adelante en una nota dirigida por Racovski a Stéphen Pichon. Francia venía a adquirir, durante cinco años, una especie de derecho de protectorado muy amplio sobre Ucrania; recibía, además, mediante una concesión para cincuenta años, los ferrocarriles ucranianos. La seriedad de estos proyectos de secuestro de Ucrania iba a verse muy pronto confirmada con la ocupación de Odesa y de Jerson por los franceses, los griegos y los rumanos (diciembre-marzo), por las operaciones de una flota francesa en el mar Negro, los combates de Jerson y de Sebastopol.

Estos proyectos fracasaron porque las victorias de los nacionalistas que así vendían su país eran estériles. Petliura se apoderó de Járkov (23 de noviembre) y de Kiev (14 de diciembre). Pero un congreso de los Soviets que se había reunido mientras tanto en Ekaterinoslav había constituido el gobierno bolchevique de los obreros y de los campesinos, bajo la presidencia de Yuri Piatakov. Los rojos, ganándose la adhesión de los campesinos medios, iban dominando poco a poco el campo; las ciudades eran ya suyas. El ejército rojo iba absorbiendo las partidas. Los anarquistas y los anarquizantes, que cada vez iban adquiriendo mayor fuerza bajo el comando enérgico de Majnó, secundaban al gobierno de los Soviets no sin muchas vacilaciones; las fuerzas aliadas que ocupaban los puertos se dejaban ganar por el contagio revolucionario. El gobierno de los Soviets (Racovski, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo) no conseguirá, sin embargo, instalarse en los grandes centros ucranianos hasta los meses de enero y febrero, y aun entonces no definitivamente. En ninguna parte de Rusia será la guerra civil tan accidentada, tan encarnizada como en Ucrania; en cuatro años se sucedieron en ella catorce gobiernos. Pero todos los intentos que se hicieron para edificar en aquel país instituciones que se opusieran a la revolución proletaria, se edificaron sobre arena; por mucha sangre que se derrame, esa arena cede siempre cuando se pone el pie sobre ella...[19]

Los proletarios de Rusia triunfan

«El camino más corto para darnos la mano con la revolución austrohúngara pasa por Kiev, de la misma manera que los caminos de Pskov y de Vilna nos llevan hacia la revolución alemana». Estas palabras de Trotski definen el carácter de las grandes ofensivas que el ejército rojo acomete en aquel momento en los países bálticos y en Ucrania.

¿Cuáles son las fuerzas que se hallan frente a frente? El ejército rojo contaba el 15 de septiembre con 452.509 combatientes y 95.000 hombres de tropas auxiliares u ocupadas en los servicios de retaguardia. En vísperas de la primavera de 1919 alcanzará y sobrepasará la cifra de un millón de combatientes. Vamos a intentar fijar las cifras de

---

19 En el año 1919, la República de los Soviets perdió Ucrania, que fue ocupada completamente por el ejército blanco del general Denikin. La ofensiva de Denikin contra Tula y Moscú fue quebrantada en noviembre por el ejército rojo y por las insurrecciones de los campesinos que se produjeron en retaguardia. La revolución reconquistó definitivamente el país en 1920. Racovski permaneció durante todo este periodo de luchas al frente del gobierno soviético de Ucrania.

sus adversarios: aliados, de 30 a 40.000 hombres (ingleses, norteamericanos, italianos, serbios y franceses) que ocupan Arjangelsk, Onega, Kem, Murmansk; 40.000 finlandeses amenazan Petrogrado y Karelia; en Estonia, Letonia y Lituania resisten de 30 a 40.000 guardias blancos, apoyados por el cuerpo de voluntarios alemanes de Von der Goltz (30.000 hombres). El ejército polaco se halla en vías de formación: al llegar la primavera excederá los 50.000 hombres; Odesa y Jerson se hallan ocupadas por 20.000 franceses y griegos; 40.000 checoslovacos se escalonan a lo largo del Transiberiano; en el Extremo Oriente operan tres divisiones japonesas y 7.000 norteamericanos. A estas 300.000 bayonetas extranjeras hay que agregar las fuerzas de la contrarrevolución rusa: el ejército cosaco del Don, 50.000 hombres; el de Kuban, 80.000 hombres; el ejército nacional de Kolchak, 100.000 hombres (en la primavera); el ejército de voluntarios de Denikin, en el Kuban, de 10 a 15.000 hombres; las fuerzas del directorio ucraniano, de 10 a 15.000 hombres; las partidas contrarrevolucionarias de Ucrania, más de 20.000 hombres; en total, más de 250.000 hombres.

Las fuerzas son, pues, poco más o menos iguales. Las de la contrarrevolución están mucho mejor armadas, mejor abastecidas, pero dispersas, divididas, haciendo en ocasiones la guerra con desgana (tal es el caso de las tropas extranjeras). Los rojos, que defienden apasionadamente un territorio sin solución de continuidad, disponen de una gran red de ferrocarriles que convergen en Moscú. Los aliados se encuentran desunidos; los rojos tienen la formidable unidad de la dictadura del proletariado.

Las ofensivas rojas avanzan victoriosamente en todos los frentes. El 20 de noviembre, conquista de Pskov, puerta de los países bálticos. Narva, llave de Estonia, cae el 28; Minsk, capital de la Rusia Blanca, el 9 de diciembre. La derrota de los alemanes trae como consecuencia la de los inconsistentes gobiernos nacionales de los países bálticos. Se constituyen repúblicas soviéticas en Estonia, Letonia y Lituania, siendo reconocidas por un decreto del *Vtsik* de fecha 23 de diciembre. El 31 de diciembre es conquistada Ufá; el 3 de enero, Járkov y Riga; Vilna, el 8; Mittau, el 9; Chenkursk, en el río Dvina, dentro del círculo polar, y Ekaterinoslav, en el corazón de la Ucrania meridional, el día 26. Se restablece enlace con el Turquestán, donde continúa la guerra civil, por Uralsk, Oremburgo e Iletzk.

El retorno de Ucrania y de los países bálticos a la patria soviética se nos presenta como el primer golpe de la revolución alemana. Pero mientras el proletariado ruso se prepara a fuerza de victorias a darse

la mano con el proletariado alemán, este sucumbe en las barricadas de Berlín. Los asesinatos de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo marcan definitivamente el fracaso de la revolución proletaria en Europa central.

Los proletarios de Alemania son derrotados

No podemos hacer aquí otra cosa que señalar las etapas principales de la revolución alemana. La preocupación principal que tuvo a partir del armisticio el gobierno socialista de los Mandatarios del Pueblo, fue dar satisfacción a los aliados —por temor a una ocupación extranjera— y hacer frente al bolchevismo, anuncio de nuevas crisis. La socialdemocracia, una vez en el poder, demostraba ser un partido de conservación social, es decir, de defensa del capitalismo. Los consejos obreros *(Arbeiterräte)* eran la única autoridad verdadera que había en el país; pero la socialdemocracia disponía en ellos de abrumadoras mayorías. El congreso de los consejos de Alemania, que se reunió en Berlín desde el 16 hasta el 25 de diciembre, rechazó por 344 votos contra 98 una moción del socialdemócrata independiente Ernst Däumig, en la que se afirmaba el principio del poder de los Soviets, e hizo entrega del poder a los Mandatarios del Pueblo, encargados de reunir la asamblea constituyente. Después de esta abdicación formal de las organizaciones dirigentes de la clase obrera, el proletariado revolucionario ya no podía esperar una tentativa de insurrección. De haber estado organizado y dirigido por un partido comunista, hubiera sido, sin duda, lo bastante fuerte como para ganar esta batalla decisiva. El porvenir parecía reservarle una revancha ruidosa. El grupo Espartaco, que continuaba en su propaganda de la dictadura del proletariado, iba ganando en influencia. Los marinos que habían venido de Kiel y los proletarios de los barrios extremos de Berlín no soñaban con otra cosa que imitar a sus hermanos de Rusia. No podía asentarse el orden mientras no se hiciese con ellos una cruel sangría. Sobre este punto estaban de acuerdo los jefes socialdemócratas con los jefes militares. Abramos las memorias del antiguo redactor de la *Volksstimme,* periódico socialdemócrata de Chemnitz, Gustav Noske, que fue quien se encargó de sangrar, hacia enero de 1919, puesto al frente de cuerpos formados por oficiales reaccionarios, a la clase obrera que representaba en el Reichstag. Nos encontramos en la sesión del gobierno y del Comité Ejecutivo Central de los Consejos Obreros, celebrada el 6 de enero de 1919:

> Nadie hizo objeción alguna cuando manifesté mi opinión de que era necesario restablecer el orden por la fuerza de las armas. El coronel Reinhardt, ministro de guerra, redactó un proyecto de orden nombrando comandante en jefe al general Hoffmann, que se encontraba cerca del Rin al frente de algunas tropas. Alguien hizo la objeción de que este general sería demasiado impopular entre los obreros.
>
> Nos encontrábamos todos de pie y nerviosos en el despacho de Ebert. El tiempo apremiaba; nuestros partidarios, congregados en la calle, pedían armas. Yo exigí entonces que se tomase una resolución. Alguien dijo: «Tal vez pudieras tú mismo...» A lo cual contesté yo con brevedad y resolución: «¡Me da lo mismo, puesto que es necesario que alguien haga de perro de presa! ¡Ya no temo las responsabilidades!» Se tomó en el acto la resolución de que me confiase el gobierno poderes extraordinarios con el fin de restablecer el orden en Berlín. Reinhardt no hizo más que cambiar en su borrador el nombre de Hoffmann por el mío. Y así es como fui nombrado comandante en jefe.[20]

Aquel mismo día se echó fuego a la pólvora mediante una sangrienta provocación. Emilio Eichorn, valeroso revolucionario perteneciente al partido socialdemócrata independiente, desempeñaba desde los comienzos de la revolución, las funciones de presidente de la policía de Berlín. Había convertido el *Polizeipräsidium* en una ciudadela proletaria. El conflicto entre esta prefectura revolucionaria, el gobierno y el gobernador socialdemócrata de Berlín, Otto Wels, era constante. Una manifestación obrera autorizada por Eichorn fue recibida, al llegar al centro de Berlín, con descargas de fusilaría de las tropas, por orden de Wels. El nombramiento de Noske fue rubricado así sobre el pavimento de Berlín con la sangre de 16 obreros muertos. El gobierno decretó la destitución de Eichorn; este se negó a abandonar su cargo, porque lo había recibido de la revolución y no de los ministros. Estas provocaciones hicieron que el proletariado se echase a la calle en un momento en que, conforme escribía Karl Radek al comité central del Partido Comunista de Alemania, recientemente fundado, los Soviets, cuya existencia era más bien nominal, no habían sostenido todavía una lucha capaz de desencadenar las fuerzas de las masas que permanecían por este motivo sometidas a la influencia de los socialdemócratas. En estas condiciones no se podía pensar en que el proletariado se adueñase del poder.[21] Radek aconsejaba que se evitase el combate y que se

---

20 G. Noske. Von *Kiel bis Kapp* (Berlín).

21 Estas líneas están tomadas de una carta de K. Radek, dirigida al CC del PCA, fechada en Berlín el 9 de enero. Radek, que militaba clandestinamente en Berlín, veía las cosas con exactitud y claridad. Prevenía al partido contra el peligro de ceder a las vocaciones. Esta carta nos ofrece un modelo de prudencia política y de firmeza revolucionaria. Si los consejos de Radek hubiesen sido

desenmascarase al mismo tiempo la traición de los Mandatarios del Pueblo y del Ejecutivo de los Consejos Obreros por medio de una viva campaña de agitación; la finalidad de la campaña habría sido provocar una reelección de los consejos, conquista legal de los órganos de poder del proletariado revolucionario mientras preparaba la ofensiva. El Comité Central titubeaba. Liebknecht, dejándose arrastrar por las masas y sin consultarlo, firmó con los independientes Schulze y Ledebur un manifiesto destituyendo a Ebert y Scheidemann. Esto, además de una grave falta de disciplina, era caer precisamente en la falta que los bolcheviques habían tenido la firmeza de evitar en ocasión de los desórdenes de julio de 1917, resistiendo a las presiones de las masas obreras de Petrogrado que anhelaban presentar a Kérenski una batalla prematura. La inexperiencia de los mejores jefes del proletariado se convertía aquí en una de las causas esenciales de la derrota; Liebknecht desataba antes de tiempo, sin contar con un partido, una insurrección que no tenía medios de dirigir. El Comité Central, sorprendido por los acontecimientos, no daba ni consignas apropiadas a la insurrección, ni directivas estratégicas. Doscientos mil proletarios resueltos, magnífico ejército pronto a todos los sacrificios, que hubiera sido formidable de haber estado formado el partido, esperaron impacientes horas y horas, yendo y viniendo por las avenidas brumosas del Tiergarten.[22] Nadie les comunicó órdenes. No hubo comité revolucionario que acertase a emplear su energía. «Los jefes conferenciaban, conferenciaban y conferenciaban —escribió al día siguiente Rosa Luxemburgo—. No, aquellas masas no estaban maduras para hacerse cargo del poder, o habrían tenido la iniciativa de elegirse otros jefes y su primera acción revolucionaria habría consistido en obligar a los líderes a cortar sus interminables conferencias del *Polizeipräsidium*...»[23] Concuerda con este el testimonio de Noske: «Si aquellas muchedumbres hubiesen tenido jefes resueltos, conscientes de sus objetivos, en lugar de estar dirigidas por charlatanes, se habrían adueñado de Berlín antes de mediodía...»[24]

---

escuchados, el proletariado alemán habría evitado probablemente el desastre irreparable de enero, conservando a sus jefes, Karl y Rosa, puesto al descubierto los designios de los Ebert, Wels, Noske, y reservado el porvenir. Véase K. Radek, *Al servicio de la revolución alemana* (obra publicada en alemán y en ruso, 1921-1922). Es de lamentar que este libro notable, en el que se encuentra condensada la experiencia de un año de luchas decisivas en Europa central, no haya sido traducido a otros idiomas.

22 El Tiergarten es un vasto parque situado en el centro de Berlín.

23 De un artículo que apareció en el periódico *Rote Fahne.*

24 G. Noske, *Von Kiel bis Kapp*.

No hubo jefes revolucionarios dignos de este nombre. El Partido Comunista era demasiado joven, demasiado inexperto, sin cuadros, sin comité central capaz de una iniciativa audaz. Las masas obreras pedían lucha pero estaban demasiado apegadas todavía a las tradiciones de la disciplina socialdemócrata para suplir con su propia iniciativa la falta de jefes y de partido. La legítima impaciencia y el gran valor personal de Liebknecht, que temió dejar pasar la hora de la acción. Rosa, clarividente, pero impotente. Así es cómo se engranaron las causas inmediatas de la derrota. La insurrección fue puesta fuera de combate por las bandas monárquicas de Noske, compuestas principalmente de oficiales.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, denunciados por el *Vorwärts* como los autores de la guerra civil, fueron detenidos después de los desórdenes, el 15 de enero, y perecieron el mismo día. Liebknecht, conducido al anochecer al Tiergarten, fue fusilado por la espalda «al intentar escaparse». Rosa Luxemburgo, conducida en coche descubierto, murió con la cabeza deshecha de un tiro de revólver que le disparó el teniente Vogel, cuando salía del hotel en que estaba detenida; su cadáver fue arrojado a un canal cercano. Sus asesinos quedaron impunes.

Prinkipo

La derrota de la revolución proletaria en Alemania tranquilizó a los aliados. Por lo demás, ellos habían contribuido a ella poderosamente. En realidad, los espartaquistas de Berlín hacían frente al universo capitalista. Wilson, Clemenceau, Lloyd George, Orlando y Foch (es conocida la frase de este: «¡Antes Hindenburg que Liebknecht!») apoyaban, detrás del «socialista» Noske, a los Stinnes, a los Krupp, a los Groener y a los Hoffmann. La frontera del bolchevismo retrocedía desde el Rin hasta mucho más allá del Vístula, en donde se constituía rápidamente, bajo el gobierno socialista de Daczinski, la República de Polonia, otra muralla de defensa de la vieja Europa.

Sin embargo, las sangrías de Berlín no traían remedio alguno a la crisis social del continente. La situación revolucionaria continuaba en los países vencidos y mostraba tendencias a serlo en los países victoriosos. Francia, Inglaterra e Italia veían con sobresalto el momento de desmovilizar, que iba a condenar al paro a millones de trabajadores agriados, hastiados y acostumbrados a manejar granadas, a los que no era fácil contentar con promesas. El año 1919 iba a señalarse por acontecimientos de una trascendencia enorme: República de los Soviets en

Baviera, dictadura del proletariado en Hungría, agravación de la crisis en Italia, desmoralización de las tropas francesas en Odesa, motines en la escuadra francesa del mar Negro. De ahí que los aliados comprendiesen en toda su magnitud las dificultades de una intervención eficaz en Rusia; en aquel momento se hallaban reunidos en la Conferencia de París para rehacer el mapa del mundo sobre las ruinas de los Imperios centrales. Solo a costa de una nueva guerra, larga y difícil, con toda probabilidad, podía la intervención rendir todos los frutos que con ella se buscaban —concretamente, la restauración del capitalismo en Rusia—. Ahora bien, la moral de los ejércitos victoriosos y el estado de espíritu de la clase obrera de los países beligerantes, vencedores y vencidos, no daba pie para empezar las hostilidades a gran escala contra la revolución de los trabajadores. De ahí las vacilaciones de la Conferencia de París en presencia del problema ruso, aspecto mal localizado del problema internacional. Dos fueron las tendencias que se acentuaron con fuerza en ella. Clemenceau preconizaba una política de energía; creía, sin duda, que era posible obtener una rápida victoria militar sobre el bolchevismo. Lloyd George y el presidente Wilson, más circunspectos, pensaban en medidas de mayor alcance, labores de zapa diplomáticas, guerra sorda, guerra indirecta llevada a cabo por vasallos a sueldo, bloqueo; contaban tal vez con el hambre, con el desgaste natural y la degeneración del bolchevismo. A estas divergencias de criterio se agregaban los conflictos de intereses: el más grave de ellos hacía que norteamericanos y japoneses se neutralizasen los unos a los otros en el Extremo Oriente siberiano.

Tal es la explicación de las veleidades contradictorias de los aliados en el momento en que la derrota de la revolución alemana hacía eco a las victorias del ejército rojo. En una emisión de radio de la Conferencia de París, el 23 de enero de 1919, se invitó a todos los gobiernos que de hecho existían en el territorio del antiguo Imperio ruso, a hacerse representar en una conferencia de paz que se reuniría en la isla de Prinkipo, no lejos de Constantinopla, en presencia de los aliados. El gobierno de los Soviets notificó el 4 de febrero a las potencias su conformidad con que se entablasen negociaciones y se mostró dispuesto a realizar grandes sacrificios para conseguir la paz. Con esto se creía que frente a los aliados se continuaba la política de Brest-Litovsk y por idénticas razones. La nota de Chicherin decía principalmente:

> El gobierno de los Soviets se declara [...] dispuesto a acceder a las exigencias de las potencias de la Entente en la cuestión de los empréstitos. No se niega a reconocer sus obligaciones para con los acreedores que sean súbditos de las

> potencias de la Entente [...] propone garantizar el pago de los intereses de sus empréstitos mediante una cantidad determinada de materias primas [...] está dispuesto a otorgar a los súbditos de las potencias de la Entente concesiones mineras, forestales y otras, en condiciones que se estipularán previamente, siempre que el régimen interior de dichas concesiones no atente contra el orden económico y social de la Rusia soviética [...] El cuarto extremo sobre el cual podrían versar, en opinión del gobierno soviético ruso, las negociaciones propuestas, se refiere a las concesiones territoriales; el gobierno soviético ruso no piensa excluir a cualquier precio de las negociaciones la cuestión de anexión de ciertos territorios rusos por las potencias de la Entente.

Con esta oferta se viene a agravar de una manera sorprendente la política de Brest-Litovsk. Hay que buscar, evidentemente, sus causas en las derrotas de Berlín. Pero, en cambio, se trazaban claramente los límites de este repliegue; la URSS se mantiene todavía en esas posiciones, salvo en el extremo de las concesiones territoriales: reconocimiento de las deudas en ciertas condiciones, garantías económicas de los convenios financieros, concesiones industriales dentro del país, siempre que no atenten contra el régimen soviético. La apertura misma de las negociaciones de Prinkipo equivalía al reconocimiento por los Soviets de los estados contrarrevolucionarios que estaban en vías de constituirse en Siberia, en la región del Don, en el Cáucaso. Política extraordinariamente peligrosa que por suerte hicieron fracasar los jefes de la contrarrevolución —Kolchak y Denikin—, aconsejados, sin duda, por generales aliados. Confiados en las ofensivas que preparaban para la primavera, se abstuvieron de contestar a la invitación de las potencias y a la nota de Chicherin. Fue un grave error el que cometieron.

El cálculo que se hacían en aquel momento los dirigentes de la República de los Soviets era demasiado simple: ganar tiempo, afirmarse en un territorio, aunque fuese restringido y limitado, y conservar allí el hogar de la revolución proletaria; poner a salvo el porvenir, «ganar tiempo cediendo, si fuera preciso, territorio»; dejar que madurase la revolución europea, cada día más inminente. Los acontecimientos han demostrado de entonces a hoy que el proletariado de Occidente no estaba, ni con mucho, a la altura de las circunstancias. La cristalización de varios Estados contrarrevolucionarios en torno a una Rusia soviética, disminuida por una paz onerosa y humillante, no hubiera podido secundar seguramente los esfuerzos de los revolucionarios proletarios de Occidente. La Rusia roja, privada del trigo de Kuban y de Siberia, de los carbones de Donetsk, del hierro del Ural, del petróleo de Bakú y abandonada a sí misma por la inacción del proletariado de Occidente, ¿habría conseguido vencer

más adelante —o por lo menos sostenerse frente a ellos— a Siberia, el Cáucaso, el sur blanco, donde se habrían consolidado con la ayuda de los aliados, y hasta cierto punto colonizados por estos, varios Estados capitalistas? La intransigencia de los blancos desvió en provecho de los Soviets la peligrosa maniobra de Lloyd George y de Wilson. Una vez más quedó demostrado que la república proletaria no retrocedía ante ningún sacrificio para declarar la paz al mundo, al mismo tiempo que sus enemigos la obligaban a una guerra a muerte.

El fracaso de la tentativa de Prinkipo valió a la Revolución rusa otros tres años de luchas heroicas; pero en esas luchas se ha forjado para largo tiempo la grandeza histórica de la República; el territorio de la URSS se ha extendido desde el golfo de Finlandia hasta el Pacífico y desde el círculo polar hasta Asia Menor, sobre la sexta parte del globo. Prosiguieron, pues, los aliados activando en Polonia, en Siberia, en Arkangelsk, en los países bálticos, en la región del Don, en el Kuban, los preparativos para las ofensivas de primavera y la organización de un círculo de Estados contrarrevolucionarios alrededor de la comuna rusa. Esta guerra no declarada adoptó oficialmente la forma pérfida del bloqueo. Desde los primeros meses del año 1919 no entró en Rusia ni una lata de conservas, ni un fardo de mercancías, ni un periódico extranjero, como no fuese de contrabando, a través de las líneas de alambre de espino…



> Barricada en Petrogrado durante octubre de 1917.

CAPÍTULO XI

El comunismo de guerra

El bloqueo y la producción

El año 1918 es el primero del bloqueo. En el año 1914 ascendían las importaciones de Rusia a 936 millones y las exportaciones a 1.472 millones de puds; en 1917 habían descendido a 178 y 59; el año I quedaron reducidas a 11,5 (importaciones) y 1,8 millones de puds (exportaciones). En 1919 iban a descender a cero. A las consecuencias de la completa interrupción de intercambios entre Rusia y el resto del mundo había que agregar las consecuencias del desmembramiento del país, que conservaba los dos tercios de su población, pero solo el 45 % de sus trigos, el 10 % de su producción de hulla, el 8 % de la de azúcar, el 23 % de la de fundición. Los blancos tenían en su poder el 60 % de la red de ferrocarriles. La destrucción de los transportes era terrible.[1]

Hemos visto cómo el hambre despoblaba las grandes ciudades. Petrogrado y Moscú habían perdido la mitad de su población. El movimiento de emigración hacia el campo, donde era más fácil encontrar alimentos, era general.

La producción continuaba descendiendo. Pongamos de relieve el hecho de que *había ya empezado a descender* antes de la revolución. Por ejemplo, la fabricación de máquinas agrícolas había disminuido ya en el año 1916 en un 80 % con relación a la de 1913. El año 1917 se había caracterizado por una baja general, muy rápida y muy grave. Las cifras de producción de las principales industrias en 1913 y 1918, expresadas en millones de puds son las siguientes: carbón, 1.738, cae a

[1] Durante la guerra civil (1918-1921) fueron destruidos: 3.672 puentes de ferrocarril, 3.597 puentes ordinarios, 1.750 kilómetros de vías férreas, 381 depósitos y talleres de ferrocarriles, cerca de 180.000 kilómetros de hilos telegráficos y telefónicos, etc., etc. (cifras oficiales).

731 (42 %); mineral de hierro, 57.887, cae a 1.686; fundición, 256, cae a 31,5 (12,3 %); acero Martín, 259, cae a 24,5; raíles, 39,4, cae a 1,1. En porcentajes de la producción de 1913 podemos decir que la producción de tejidos de lino desciende a un 75 %, la de azúcar a un 24 % y la de tabaco a 19 %.[2]

Las grandes empresas, que son más difíciles de abastecer y que dependen más directamente del conjunto de la producción, se deterioran antes que las pequeñas. De donde resulta que estas y el artesanado van tomando cada día mayor importancia.

Los ferrocarriles, privados casi por completo de carbón y de petróleo, recurren al empleo de la leña en una proporción de 70 %.

Los salarios se han duplicado y triplicado; el precio del trigo ha aumentado siete veces en el mercado libre, clandestino, al cual el proletariado no tiene más remedio que recurrir porque en él consigue la mitad de sus víveres. Los ingresos procedentes de otras fuentes que las del salario toman en el presupuesto del obrero una importancia cada vez mayor: de 3,5 % en 1913, pasan en 1918 al 38 %. ¿De dónde provienen? Del saqueo de la fábrica y de las reservas. Las subsistencias absorben las siete décimas partes del total del jornal del obrero (en lugar de la mitad). Semejante estado de cosas determina el retorno de los obreros al campo. En diciembre de 1918 solo quedan en las fábricas de Kolomensk 7.203 obreros inscritos (¿cuántos son los que están realmente en su sitio?), en lugar de los 18.000 que antes tenían. Una mañana de abril de 1919 solo 1.978 obreros acuden al trabajo, de los 5.779 inscritos. El Estado, el ejército rojo, el partido continúan llevándose las mejores fuerzas de aquella clase obrera agotada. Las huelgas causadas por el hambre irán multiplicándose hasta formar una gran oleada en la primavera siguiente (1919).

Las finanzas

La producción arroja, naturalmente, un déficit. Las extraordinarias contribuciones que se han impuesto a la burguesía han desempeñado un papel apreciable en la guerra civil poniendo frente a frente a las

---

2 La producción continuará bajando hasta que termine la guerra civil, coincidiendo con la iniciación de la NEP. El año 1920 viene a representar, en porcentajes de la de 1913, lo siguiente: hulla, 27 %; fundición, 2,4 %; tejidos de lino, 38 %. La producción del Donetsk queda reducida en 1921 a cero.

clases sociales; pero no han proporcionado al Estado recursos apreciables. Los acontecimientos marchaban demasiado deprisa y la resistencia de los particulares era demasiado grande.

La guerra impone a la República cargas formidables. Entre el ejército, el proletariado y los funcionarios, el Estado tiene que subvenir a las necesidades de 30 a 40 millones de personas. Examinemos el presupuesto de 1918. He aquí los principales capítulos.

Ingresos: 15.580 millones (de ellos 11.834 millones corresponden a los impuestos: impuestos directos, 68,9 %; indirectos, 5,1 %; aduanas, 1,9 %). Gastos: 46.706 millones, que se distribuyen como sigue: instituciones centrales del Estado, 8 millones (0,1 %); Consejo Superior de Economía, Comisaría de Abastecimientos, de Finanzas, de Agricultura, 15.770 millones (33,8 %); transportes, 8.428 millones (18 %); Instrucción Pública, 2.994 millones (6,4 %); Guerra, 15.133 millones (32,4 %). Se observará que la guerra se lleva tanto como la industria, la agricultura y los abastecimientos juntos. El déficit es fabuloso: 31.000 millones, el doble que los ingresos.

Estas cifras revelan la desproporción entre los ingresos y las necesidades del Estado. Las emisiones y las requisas cubren mal este déficit. La inflación alcanza proporciones fantásticas, desconocidas en la historia.[3] En noviembre de 1917 había 18.917 millones de rublos-papel en circulación; el uno de enero de 1918 alcanzan a 27.313 millones, y el uno de enero de 1919 a 61.265 millones. El valor del rublo ha bajado, entretanto, 230 veces su valor nominal. El valor real de estos miles de millones disminuye a ojos vistas. Los 27.313 millones que hay en circulación el uno de enero de 1918 representan un poder de compra de 1.117 millones de rublos-oro; los 61.265 millones que hay en circulación el uno de enero de 1919 no representan a este respecto sino 266 millones.[4] Jamás llegó la circulación monetaria a un grado tal de restricción, ni fueron nunca tan difíciles los intercambios entre la producción socializada y el mercado libre abastecido por los campesinos.

Las emisiones del año 1918 ascienden a 33.952 millones de rublos, cuyo valor real se calcula en 523 millones. El valor real de las requisas en 1918-1919 se ha calculado en 127 millones de rublos-oro.[5]

---

3 Fueron sobrepasadas con mucho en Alemania, en 1923.

4 El año 1921 las cifras correspondientes eran: papel en circulación, 1.638.600 millones; disminución del valor del rublo, 26.533 veces; valor real del papel en circulación, 44 millones.

5 Y para el ejercicio 1919-1920, a 253 millones. Véase E. Preobrajenski, «Las finanzas y la circulación monetaria», en *Cinco años,* 1922.

La inflación y las requisas pesaban sobre todo en el campo, el cual tenía que suministrar los víveres y materias primas. Sin embargo, no cabe duda de que las condiciones de vida fueron en el campo relativamente mejores que en las ciudades. La producción agrícola era la que menos padeció de las calamidades del momento. De los 12 millones de rublos a que ascendía la producción global de Rusia un año antes de la guerra, correspondía el 50 % a la agricultura; esta descendió a unos 4 o 5.000 millones de los que el 80 % correspondía a la agricultura.

La depreciación del papel-moneda traía como consecuencia la generalización de los cambios de objetos por otros. Al comercio sustituía el trueque. El reparto de víveres y de artículos de primera necesidad entre los trabajadores que se llevaba a cabo por las organizaciones del Estado, a precios nominales ínfimos, permitía vislumbrar la eliminación pura y simple del dinero. La gratuidad de los servicios públicos fue el primer paso que se dio en este sentido.[6]

La agricultura

La agricultura había sufrido a consecuencia de la guerra desde antes de la revolución. Esta acarreó la ruina de las grandes explotaciones. Fueron expropiados cerca de 30.000 terratenientes; pero los campesinos no estaban en condiciones de continuar la explotación de las tierras así conquistadas. La desaparición de las grandes explotaciones fue otro motivo más de que bajase la producción agrícola.[7]

Las cifras expresaban de una manera bien elocuente los resultados de la revolución agraria. Las explotaciones de los campesinos pasaron en Rusia del 55 al 96 %. Los campesinos se convirtieron en los verdaderos posesores de casi la totalidad de la tierra. No pudieron sacar todo el partido de esta situación porque la guerra, el derrumbe del sistema de transporte y el debilitamiento de la industria se lo impidieron.

---

6 Cuando se llegó a la desaparición casi total del dinero fue el año 1920. Todos los servicios públicos eran gratuitos; quedaron abolidos los alquileres; los billetes de teatro se repartían gratis entre los trabajadores, por mediación de los sindicatos y de los comités de empresa; la correspondencia postal y, en algunas ciudades, los tranvías eran gratuitos. En el año 1919 se estableció la alimentación gratuita de los niños.

7 Hasta principios del año 1919 no se empezaron a organizar las explotaciones agrícolas soviéticas. Las grandes explotaciones agrícolas quedaron reducidas a una tercera parte: habían perdido las nueve décimas partes de sus caballos y carecían de maquinaria. Las explotaciones soviéticas y las comunidades agrícolas no han logrado reconstituir esas explotaciones sino en una débil proporción (1927).

Tenía lugar entre ellos un proceso de nivelación. El número de pobres y de ricos disminuía rápidamente. El número de agricultores que poseían un caballo iba a pasar, en 1920, de 43,8 % a 79,3 %, al mismo tiempo que disminuían los sin-caballo y los dueños de varios caballos.

Las cosechas bajaron. Los cultivos de plantas industriales estaban en peligro, porque ya no resultaban lucrativos.[8] La agricultura perdía su carácter comercial, los campesinos se inclinaban cada vez más a producir para su propio consumo y no para el mercado, porque el Estado no podía darles ningún artículo equivalente a cambio de su trigo. Lo que vendían lo enviaban preferentemente al mercado clandestino, que se lo pagaba cuatro veces más caro.

Dialéctica de la vida económica

Procuremos seguir la dialéctica de los acontecimientos en el orden económico. Sabemos ya que el decreto del 14 de mayo había de hecho sustituido el intercambio por las requisas. La pequeña cantidad de objetos manufacturados de que se disponía para poder entregar a los habitantes del campo fue entregada a los campesinos pobres, a fin de que ayudasen al proletariado a confiscar el trigo de los ricos. Fue una de las medidas decisivas de la guerra de clases en las aldeas. La revolución proletaria se asentó en ellas de golpe: veinte millones de almas; de allí en adelante toda la población rural se interesó en la revolución, con excepción de los *kulaks.* Ciento treinta millones de almas. Las luchas confusas que sostuvieron constantemente los aldeanos no pueden quitar importancia al hecho de que habían sido ellos los que, en todas partes y en distintas ocasiones, aseguraron la victoria a los Soviets. El proceso de nivelación económica que se realiza entre ellos concuerda con este hecho político y contribuye a explicarlo. La victoria del proletariado sobre los *kulaks* quitó a la contrarrevolución, por otra parte, su última base económica.

Pero la guerra civil que se había encendido en los pueblos y en los villorrios fue una nueva causa del descenso de la producción agrícola; la nivelación económica vino acompañada de un proceso de atomización de los cultivos.

La crisis agravada de la agricultura, que afectó en primer término a los cultivos industriales menos necesarios para los propios campesinos, y que debían forzosamente llevarse al mercado de la ciudad, redujo a su vez la base de la industria, por la disminución de las primeras materias que trajo consigo.

---

8 A fines de 1920 habían disminuido en un 40 %.

Continúan aplicándose a la industria las medidas de nacionalización. Es significativa la curva que siguen. En abril se había nacionalizado una empresa; en mayo, 7; de julio a octubre, se calcula una cifra media de 170 por mes; en junio, 357 en total; en septiembre, 860 (y algunas industrias enteras: minas, transportes, electricidad, petróleo, caucho, azúcar, etc.). Esta expropiación cada vez más completa de la industria trae como consecuencia que el Estado socialista queda a cargo de una población obrera cada vez más numerosa, y le obliga a formar a toda prisa un cuerpo de funcionarios, de gestores, de administradores que no es posible encontrar inmediatamente entre la clase obrera. Nace la burocracia y pronto llega a constituir una amenaza.

Recordemos los zigzags de la política del partido. Lenin, que tenía conciencia de los peligros de una socialización demasiado apresurada de toda la producción, decía en el mes de abril: «Si continuamos expropiando al capital a este paso, seremos vencidos infaliblemente». Y combatía a los comunistas de izquierda, partidarios de las más radicales medidas económicas. Pero en el mes de junio la expropiación de todas las grandes industrias respondía a la intervención extranjera. En el mes de marzo se había dictado un decreto estableciendo el impuesto en especie. Hubiera bastado, como bastó en el año 1921, para pacificar a la gente del campo; pero no fue aplicado. En mayo, la dictadura de abastecimientos, medida obligada por la carestía, llevaba la guerra social a las aldeas.

La ruina del sistema de transportes, el hambre, las cargas económicas del Estado, la necesidad absoluta de alimentar al proletariado en primer lugar, fuerza viva de la revolución, y de sostener el esfuerzo de las industrias de guerra, exigían un racionamiento riguroso —fuente de burocracia y de papeleo— y no permitía tocar nada al monopolio de trigos. Se imponía desde entonces la supresión del mercado. Pero no se consiguió. La vida económica se desdobló: hubo un sector organizado, socializado, que abarcaba toda la gran industria, y otro sector mucho más vasto, que abarcaba la mayor parte de la agricultura y del artesanado: el sector anárquico, clandestino. Todos los días y en todas las poblaciones se reunían grandes muchedumbres en las plazas públicas, donde se instalaban los mercados prohibidos. La nacionalización de la producción y del consumo provocaba como rechazo la creación de una economía ilegal.

La especulación imponía la represión. Se intentó recurrir a la fuerza para combatir la actividad económica clandestina. Esta se defendió echando mano de la corrupción. A la corrupción se contestó con el terror. La realidad, sin embargo, fue que el abastecimiento de las ciudades

continuó dependiendo, en unas dos terceras partes, del mercado clandestino. No hubo más remedio que hacer concesiones a la pequeña iniciativa privada; los particulares fueron autorizados a proveerse ellos mismos en el campo hasta la cantidad de 25 kilos. Este alivio a la miseria general resultó costoso porque acrecentó la desorganización del trabajo y de los transportes.

En febrero de 1919 se tomaron importantes medidas encaminadas a la creación de una agricultura socialista (organización de las explotaciones soviéticas y de las comunas agrícolas); pocos días más tarde, el VIII Congreso del Partido Comunista, considerando que la pequeña producción campesina estaba llamada a subsistir todavía mucho tiempo, adoptó diversas medidas encaminadas a sostenerla y a mejorarla. (Ya en el VI Congreso de los Soviets se había tomado la resolución de volver a la implantación de las formas normales de las instituciones soviéticas rurales, dejando a un lado los comités de campesinos pobres.) Sin embargo, el problema rural no iba a quedar resuelto hasta mucho más adelante, en 1921, mediante el establecimiento del impuesto en especie y el retorno a la libertad de comercio.

El esfuerzo del proletariado y la burocracia

Tal es la situación cuando el proletariado intenta organizar la producción y la distribución socializadas; en otras palabras, cuando se adueña del poder económico. Los comités obreros de dirección remplazan al capitalista y su personal técnico directivo en las empresas. La expropiación del capital —industrial, comercial, inmobiliario,[9] rural— es tan completa que la burguesía queda transformada, según la frase de un economista ruso, en una especie de ex burguesía harapienta *(lumpen ex-bourgeoisie).* Por el contrario, solo gracias a laboriosos esfuerzos se consigue desalojar a la pequeña burguesía de uno de sus últimos reductos económicos en las cooperativas. El decreto del 7 de diciembre nacionaliza el Banco Popular de Moscú (cooperativa); se retira a la burguesía el derecho de voto y de elegibilidad en las cooperativas. Se da un último golpe a la libertad del pequeño comercio con el decreto del 21 de noviembre, que encarga a la Comisaría de Abastecimientos el «abastecimiento a la población de toda clase de productos, sustituyendo al comercio privado». Son muchas las voces que se elevan dentro

9 En la Rusia europea fueron expropiados el 64 % de los inmuebles; en Moscú, el 95 %; en Petrogrado, el 98,3 %.

del partido pidiendo la liquidación pura y simple de las cooperativas, «cuyo tiempo ha pasado con el capitalismo», y la nacionalización completa de la distribución. Pronto se entrará por este camino mediante la cooperación obligatoria.

La industria está regida por 52 centros de producción (*Glavki*), dirigidos por colegios obreros en los que los sindicatos tienen una influencia predominante; a pesar de que tropiezan con dificultades inauditas, logran que las industrias de guerra funcionen sin interrupción, cada vez mejor. Entre los intelectuales y los técnicos se observa, hacia finales del año I, cierto cambio de actitud; una minoría importante entra en los consejos de dirección del Estado socialista. Las dificultades con que se realiza el reparto de materias primas y de combustible hacen necesaria la centralización; pero esta no se impone sino gracias a una lucha obstinada contra las tendencias separatistas y los poderes locales. Hablando de manera más general, la centralización en el ejército, en los transportes, en el abastecimiento, en la marcha misma del mecanismo del partido, nace de la guerra. La consigna inicial había sido: «El poder en toda su integridad a los Soviets locales». Los egoísmos locales, agravados por la falta de hombres capaces y por la actividad de los pescadores de agua turbia, determinaban, en nombre de los intereses superiores de la revolución, una tendencia inversa: la tendencia hacia la dictadura del centro.

Se dio el caso de Soviets locales que exigieron la liquidación de las filiales de las direcciones industriales centrales y que pretendieron manejarlo todo a su capricho dentro de sus territorios (Tambov). Las tendencias separatistas eran tan fuertes en la periferia, que las repúblicas soviéticas de Estonia y Letonia propusieron al Consejo de Comisarios del Pueblo de Moscú abrir negociaciones sobre intercambios comerciales y firmar tratados de comercio en toda la regla. Uno de los jefes del gobierno soviético letón, Stuchka, exigió que la RSFSR restituyese el equipo industrial que había evacuado de Riga.

Era tan grande todavía la debilidad del Estado, que sus órganos normales no podían hacer frente aún a sus tareas y tenían que recurrir con frecuencia al sistema de comisiones extraordinarias provistas de poderes dictatoriales. Una comisión extraordinaria de este género fue la encargada de organizar el abastecimiento del ejército. Estas comisiones tenían, por fuerza, que perjudicar el progreso de la centralización.

El proletariado revolucionario recurría en todas las administraciones al concurso de un cuadro numeroso de empleados y funcionarios pertenecientes a la antigua pequeña burguesía de las ciudades. En un año, desde el primer semestre de 1918 hasta el primer semestre de 1919, los efectivos del único sindicato de funcionarios soviéticos se cuadruplicaron, pasando de 114.539 a 529.841 personas. La carestía obligaba por una parte a levantar el censo de los consumidores y por otra a inventariar los productos disponibles.

¿Qué métodos aplicar, qué personal emplear? Era necesario improvisarlo todo con un personal con frecuencia poco honrado y, en todo caso, que no estaba preparado, por su origen social, para comprender los principios socialistas y las necesidades implacables de la lucha de clases.

La muchedumbre se ingeniaba para procurarse los artículos de los que no había suficiente cantidad; el partido se esforzaba por repartirlos en primer lugar al ejército, a los obreros, a los niños, a las madres; pero confiaba la ejecución de sus directivas a oficinas que las falseaban, mientras los elementos desaventajados de la población se entregaban al fraude. Los documentos, las minutas, los bonos, las tarjetas de alimentos, papeleo fenomenal, servían al mismo tiempo para hacer el censo, el reparto, la clasificación de la población por categorías, y servían también para el fraude y para hacer vivir el cuerpo de funcionarios, hostil al régimen en su inmensa mayoría. Llegó en ocasiones a tal punto la exasperación contra esta burocracia, que hemos encontrado esta consigna en un periódico: «¡Fusilad a los burócratas!» *(Krassnaia Gazeta*, Petrogrado, 21 de octubre). El artículo denunciaba la actitud con frecuencia criminal del personal de los hospicios para con la población proletaria.

Las fuerzas organizadas del proletariado se elevan a principios de 1918, a 115.000 comunistas y 1.946.000 sindicados; un año más tarde, a 251.000 comunistas y 3.707.000 sindicados. Por consiguiente, los funcionarios eran mucho más numerosos que los miembros del partido; y además, se infiltraban en el partido mismo.

El primer intento de organización de una sociedad socialista

No hay lugar en esta obra para la descripción y el análisis de un régimen al que con posterioridad se ha aplicado impropiamente el nombre de «comunismo de guerra». Este régimen no llegó a su pleno desarrollo hasta el año 1919-1920, o sea a partir del año II. Pero merece que fijemos en él nuestra atención, tal cual se nos presenta ya en el invierno

de 1918-1919. Podemos hacernos una idea general. Han pasado los años, el proletariado ruso ha tenido que batirse en retirada en algunos aspectos frente a las masas campesinas, apegadas a la propiedad privada y a la libertad de comercio;[10] la nueva política económica (la NEP) que se inició en 1921 ha modificado profundamente las ideas que nos hacíamos del régimen anterior. Le ha quedado el título erróneo de comunismo de guerra; algunos teóricos lo han definido como comunismo de consumo.[11] A decir verdad, fue también una tentativa grandiosa de organizar la producción socialista; los comunistas rusos, tan clarividentes, sin embargo, tan hábiles en la maniobra política, no pensaron jamás en recurrir a expedientes obligados en tiempos de guerra y válidos únicamente mientras esta durase; creían estar construyendo para el porvenir, creían que abordaban en grande la aplicación del programa socialista. Si la guerra civil, atizada por la intervención extranjera, les obligaba a marchar en su trabajo más aprisa que lo que hubiesen querido, no los forzaba a recurrir a expedientes contrarios a sus designios, o a que se apartasen mucho de estos; a lo que sí los obligaba, como medida de salvación, era a que aplicasen íntegramente el programa de la clase obrera. La intransigencia y la audacia de las realizaciones eran las únicas que podían asegurar la victoria de la revolución proletaria.

El pretendido «comunismo de guerra» era *un intento de organización de la sociedad socialista* que se llevaba a cabo en las condiciones más difíciles. En este punto hacemos nuestras las conclusiones del economista L. Kritzman,[12] quien propone que se la defina como «la organización de la economía natural proletaria».

Todo el edificio social se hallaba fundado sobre la producción; en la base, la empresa industrial; las relaciones de trabajo pasaban a ser las relaciones esenciales, primordiales, entre los hombres (en lugar de las relaciones de propiedad o de posesores y no posesores); los sindicatos, cuyas verdaderas células básicas eran los comités de fábrica, desempeñaban en la producción cada vez más funciones directivas, tendiendo así a realizar la gestión directa de la producción por los productores y a confundir la organización de la producción con la de la clase obrera; de

---

10 Producen trigo para venderlo en el mercado y viven, por consiguiente, en un régimen de producción de mercancías.

11 Debates del V Congreso del IC (1924), acerca de la cuestión del programa, interviniendo Bujarin, Thalheimer y otros.

12 Kritzmann, *El periodo heroico de la gran Revolución rusa.* Esta obra notable es la única consagrada al estudio profundo del comunismo de guerra.

arriba abajo de la escala social reinaba un espíritu de clase exclusivista e imperioso. «Aborrecido, despreciado, desposeído de bienes y de honores, había llegado el burgués a ser un paria» (Kritzmann). La regla: «El que no trabaja no come», que dicho sea de paso está tomada de una epístola de San Pablo, aparecía en todos los muros. Negación del parasitismo, negación del individualismo en el trabajo, métodos colectivos de trabajo y de gestión.

Este régimen nacía de la guerra, pero esta guerra era la de clases; viene a demostrar que para que una revolución proletaria triunfe no debe quedar en palabras. Cuanto más completamente pase a ser realidad, más duradera es su victoria; nada hay como la moderación para perderla... A este régimen se recurrió durante la guerra; se vio andando el tiempo que aquel intento de organización rigurosamente socialista de la producción era prematuro, a causa del aislamiento de la revolución proletaria entre fronteras nacionales, de las pérdidas infligidas al proletariado y de la inmensa superioridad numérica de los pequeños productores de mercancías —los campesinos— sobre la población industrial. Es tan poco razonable cargar a cuenta de ese régimen la baja general de la producción como imputar al capitalismo de guerra, gracias al cual pudo Alemania sostenerse durante años, el hambre y la ruina económica causas del desastre final de los Imperios centrales. La conquista de la producción por el proletariado fue en sí misma una inmensa victoria y salvó la vida de la revolución. Es evidente que no se puede concebir una refundición tan completa de todos los órganos de la producción sin una base importante; indudablemente que el proletariado no puede trabajar y combatir al mismo tiempo; pero la rapidez con que se ha rehecho, a partir del fin de la guerra civil, la industria socialista de la URSS, demuestra que la causa de su decaimiento anterior no fueron los métodos socialistas. Algo han podido influir los errores y las exageraciones; por grande que haya sido esa influencia, no puede modificar nuestras conclusiones generales.

El proletariado ruso consiguió organizar un poderoso ejército, desarrollar las industrias de guerra, dar forma a un Estado. Estos resultados inapreciables dan pie para creer que, de haber sido las circunstancias internacionales algo más favorables, habría con toda seguridad alcanzado triunfos no menos grandes en el dominio de la producción socializada.

Los mencheviques modifican su actitud. El proletariado y las clases medias

Las lecciones de un año de lucha dan sus frutos. Entre las clases medias de las ciudades, que se han mantenido hostiles al proletariado durante tanto tiempo y con tanta tenacidad, se precisaba una evolución. Algunos intelectuales se declaraban finalmente neutrales. Los más valerosos, los más avanzados, hacían acto de adhesión al régimen. El Comité Central del partido socialdemócrata (menchevique) reconoció en octubre, mediante una moción explícita, que «la revolución de octubre de 1917 había sido históricamente necesaria» y que constituía «un factor de la revolución proletaria internacional». Una conferencia del partido menchevique, celebrada en el mes de diciembre, revisó oficialmente su política y condenó como contrarrevolucionaria la reivindicación de la Asamblea Constituyente. Esto equivalía al abandono de las posiciones democráticas. El Comité Central menchevique anunció la movilización de las fuerzas del partido en defensa de la República y propuso al partido comunista concertar un acuerdo. Los bolcheviques se limitaron a exigir, por lo demás en vano, que el partido menchevique condenase formalmente a los grupos o miembros de su partido que se hubiesen dejado ganar por la contrarrevolución. Los mencheviques reintegrados al Ejecutivo Panruso de los Soviets iban a intentar constituir, durante algún tiempo, una oposición leal. Quedaron autorizados a publicar un órgano periodístico en Moscú. «Nosotros os aceptaremos dentro de la ley —les decía Lenin—, pero retendremos el poder *para nosotros solos.*»

Análogo movimiento se produjo entre los socialistas-revolucionarios. Varios miembros del gobierno de Samara se separaron de su partido para acercarse a los bolcheviques. Pitirim Sorokin, profesor de la universidad de Petrogrado, antiguo diputado socialista-revolucionario en la Asamblea Constituyente, declaró en una breve carta que tuvo gran resonancia, que renunciaba a la política porque en ella se cometen demasiados errores.

Lenin vio en esta declaración «el signo de una evolución de toda la democracia pequeñoburguesa en bloque. La pequeña burguesía está llamada a sufrir una escisión inevitable: una parte vendrá a nosotros, otra parte permanecerá neutral, otra parte se unirá conscientemente a los monárquicos-cadetes». Era necesario alentar esta evolución: «El proletariado revolucionario debe saber contra quién ha de emplear la represión, con quién y cuándo ha de entenderse. Sería absurdo y

ridículo insistir en aplicar exclusivamente la táctica de la represión y del terror a la democracia pequeñoburguesa, siendo que el curso de las cosas la obliga a volverse de nuestro lado». Preocupado en fomentar esta evolución, Lenin recomendaba que fuesen arrojados del partido los falsos comunistas, que habían venido a él desde los medios intelectuales burgueses con la esperanza de compartir los beneficios del poder, remplazándolos con hombres de otro temple que habían combatido hasta ayer de una manera consciente al proletariado. Fijémonos en esta valiente distinción que establece entre el adherido mediocre de los primeros momentos y el adversario convencido que depone las armas. Lenin advertía también al partido que bastarían algunos reveses para provocar en la pequeña burguesía, condenada a vivir entre perpetuas vacilaciones, cambios de opinión en sentido contrario.[13]

Con este motivo dedicó una larga exposición a las relaciones entre la revolución proletaria y la pequeña burguesía: «Nos hemos visto obligados a aplicar la dictadura del proletariado en su forma más rigurosa. Estuvimos viviendo durante varios meses en plena ilusión. Fijaos en la historia de los países de Europa occidental: estos países no han sido capaces de llegar al fondo de esas ilusiones en el transcurso de décadas. Hemos tenido que hacer pedazos la ilusión pequeñoburguesa de la unidad del pueblo y de la expresión de la voluntad del pueblo por otras vías distintas de la lucha de clases. Si hubiésemos hecho concesiones a las ilusiones pequeñoburguesas, a las ilusiones de la Constituyente, habríamos hecho que se perdiese la revolución proletaria en Rusia. Habríamos sacrificado los intereses de la revolución internacional a los intereses de un nacionalismo estrecho».[14]

El terror nació del conflicto entre el internacionalismo proletario y el patriotismo de las clases medias. Pero ahora hay que asirse a la ocasión de pasar a otros métodos. De lo contrario, «la inflexibilidad se transformará en estupidez». «Los intelectuales llevaban una vida burguesa... Cuando se pusieron del lado de los checoslovacos, nuestra

---

13 «Todo marxista sabe desde hace mucho tiempo que las únicas fuerzas decisivas dentro de toda sociedad capitalista son el proletariado y la burguesía, y que todos los elementos sociales que se sitúan entre estas clases bajo el calificativo de "pequeña burguesía" oscilan inevitablemente entre estas dos fuerzas». *Valiosas confesiones de Pitirim Sorokin,* N. Lenin, *Obras,* t. XV. La República atravesó, desde la primavera de 1919, dificultades que se acrecentaron durante los meses de septiembre y octubre; su desaparición pareció inminente. Las clases medias volvieron a desplazar sus esperanzas al retorno de la burguesía (excepto en aquellas regiones en las que los campesinos sentían directamente la mano de esta).

14 Discurso del 27 de noviembre acerca de los partidos políticos pequeñoburgueses.

consigna fue el terror... Ahora que se ha producido en ellos un cambio de actitud, nuestra consigna debe ser *la conciliación,* el establecimiento de relaciones de buena voluntad... No podemos levantar el edificio gubernamental sin aprovechar una herencia del capitalismo tan importante como los medios intelectuales... De aquí en adelante debemos tratar a la pequeña burguesía como a un buen vecino que está colocado bajo el control riguroso del Estado... Decimos a la democracia pequeñoburguesa: no es que hayamos cedido; no hemos puesto jamás en duda vuestra debilidad. Pero tampoco negamos que nos sois necesarios porque vosotros sois el único elemento ilustrado del país.»

Frente a otra pequeña burguesía, la más numerosa, la de los campesinos de mediana posición, sienta la doctrina de que jamás serán socialistas convencidos, sino que se convertirán al socialismo cuando ya no vean otra salida. «No hay decreto que pueda convertir la pequeña producción en producción grande: en este caso necesitamos actuar poco a poco, aprovechando el curso mismo de las cosas, la fuerza irresistible del socialismo».

La vida literaria

Este cambio de estado de espíritu de la pequeña burguesía ilustrada se exterioriza vigorosamente en los medios literarios. Se puede afirmar que los escritores rusos fueron unánime e inequívocamente hostiles al bolchevismo. Conocemos ya la actitud de Maxim Gorki, a pesar de que estaba unido a Lenin por una amistad de largos años. Ya hemos visto cómo censuraba el «cruel experimento socialista de Lenin y de Trotski», que, en opinión suya, no podía conducir más que «a la anarquía, al desencadenamiento de los instintos...». Gorki es ahora uno de los primeros en adherirse, en reconocer la grandeza de la revolución y la necesidad de defenderla y de ponerse a su servicio. Lanza este llamamiento a todos: «Lo que han realizado la clase obrera rusa y los intelectuales fundidos a ella espiritualmente, experimento trágico que tal vez obligue a Rusia a dar hasta la última gota de su sangre, es grande, aleccionador para el universo. Casi todos los pueblos tienen su hora en que se sienten llamados a una misión mesiánica, en que se sienten llamados a salvar el mundo, a resucitar sus mejores fuerzas... Venid con nosotros hacia la vida nueva, por la que trabajamos, a la que nos damos enteros, sin consideraciones a nada ni a nadie, entre sufrimientos y errores...». Leonid Andreiev, Iván Bunin, D. Merejkovski, A. Kuprin, los escritores rusos más influyentes, todos los cuales habían figurado como revolucionarios

bajo el Antiguo Régimen, continuaron irreductibles en su hostilidad; pero los poetas, y este fenómeno es digno de notarse, penetran con sorprendente intuición en el profundo sentido de la revolución. Los más grandes poetas rusos se adhieren en el espacio de pocos meses y dan a la revolución toda una literatura de una fuerza extraordinaria. Valerio Briusov, nutrido de cultura clásica, saluda el advenimiento de los bárbaros justicieros llamados a renovar la civilización. Alexandr Blok, discípulo del místico Soloviev, escribe la más popular y la más pura de las obras maestras de los años heroicos, *Los doce:* doce guardias rojos caminan por entre la noche y la nieve, empuñando sus armas, y delante de ellos —sin saberlo— el Cristo invisible, coronado de rosas...[15] Este concepto cristiano de la revolución vuelve a encontrarse en la poesía *Cristo ha resucitado* del simbolista Andréi Biely, y en los poemas empapados de mística ortodoxa de Nikolai Kliuev y de Serguéi Esenin. En 1919 vemos que todos los grandes prosistas rusos, con excepción de Gorki, son contrarrevolucionarios o muy hostiles; pero casi todos los grandes poetas se han pasado a la revolución.

Salvando estas grandes excepciones, la producción literaria se interrumpe. Los escritores, aun los que continúan escribiendo, se consagran a la política.[16]

Dentro de la clase obrera y del partido comunista toma gran extensión el movimiento de los *Proletcults* (círculos de cultura proletaria). La ambición de estos círculos es renovar toda la cultura de acuerdo con las aspiraciones del proletariado. Plantean grandes problemas y forman en las grandes ciudades pequeños grupos, llenos de vida, que se ocupan de poesía, teatro y crítica literaria. De este movimiento no saldrá otra cosa que unos cuantos poetas que caerán frecuentemente en la trivialidad de la fábrica, del trabajo victorioso, del heroísmo proletario.

---

15 Alexandr Blok formuló también la idea de una renovación del mundo por los bárbaros de Asia —los escitas—, portadores de una cultura nueva, más profunda, más humana, que la que se había fundado en el Occidente sobre el progreso de la técnica. Pertenecía, lo mismo que Biely, a medios literarios emparentados con el partido socialista-revolucionario de izquierda.

16 Los escritos de los grandes escritores «revolucionarios» de ayer y que se habían convertido en contrarrevolucionarios después de que el proletariado subió al poder, respiran tal execración, tal horror por la *Sovdepie,* que había que buscar la explicación en la patología social. Andreiev, emigrado a Finlandia, publica su soflama *SOS,* llamamiento a todas las intervenciones contra los «asesinos de la patria». Zinaida Hippius, poetisa de talento, que tuvo, durante mucho tiempo en Petrogrado el salón literario de mayor influencia, en el que daba el tono al «anarquismo místico», vislumbra, con el deseo en sus versos, el día en que «nosotros *los* ahorcaremos en silencio».

En cuanto a los mismos teóricos del comunismo, viven tan absortos por la acción que solo producen durante el año 1918, fuera de los artículos entregados a la prensa y de los discursos pronunciados en las grandes asambleas, algunas plaquetas. Los más notables son: N. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky;* L. Trotski, *La revolución de octubre,* boceto histórico escrito por encargo del Comité Central, y los folletos de K. Radek acerca de *La revolución alemana.*

La enseñanza, las artes, las ciencias

También arde la guerra civil en el orden intelectual. Los literatos retiran el saludo a Alexandr Blok después de que escribiera su poema *Los doce.* A los ojos de un gran número de intelectuales es todavía una infamia pactar con los bolcheviques. La Academia de Ciencias adopta casi unánimemente una terca hostilidad frente al poder central. Se necesitarán años de lucha obstinada para romper la resistencia pasiva del cuerpo docente de las universidades. La inmensa mayoría de los maestros es hostil; habrá necesidad de depurar y reorganizar paulatinamente su sindicato; hay que conquistar palmo a palmo la influencia dentro de las escuelas.

La Comisaría de Instrucción Pública acomete, dirigida por Lunacharski, una transformación radical de la enseñanza. En lugar del Antiguo Régimen escolar que reservaba al pueblo las escuelas inferiores, mientras los gimnasios quedaban prácticamente reservados a la burguesía, se implanta ahora la escuela única; a los antiguos programas que impartían asignaturas versando sobre el zar y los creyentes de la iglesia ortodoxa, sigue un programa forzosamente improvisado, antirreligioso, socialista, basado en la enseñanza del trabajo; se trata de preparar productores conscientes de su papel social. Se proyecta la combinación de la escuela y el taller. Para mejor aplicar la igualdad de los sexos desde la infancia, se llega con frecuencia a la escuela mixta, en la cual niñas y niños se reúnen en las mismas clases. Pero hay que improvisarlo todo. Los antiguos textos solo sirven para echarlos al fuego. Una gran parte del personal antiguo de enseñanza se resiste, sabotea, no acierta a comprender, espera el fin del bolchevismo. La miseria de la escuela es trágica. Se carece de papel, de cuadernos, de lápices, de plumas. En el invierno se reúnen los pequeños con el estómago vacío y cubiertos de harapos alrededor de la pequeña estufa instalada en mitad de la clase; a veces, para atenuar un poco el sufrimiento producido por el frío, hay que quemar en ella el mobiliario; tienen un lápiz para cada cuatro niños; y la maestra pasa hambre.

A pesar de aquella inmensa miseria, la instrucción pública recibe un impulso prodigioso. Es tal el hambre de ilustrarse que se manifiesta en el país que se crean por todas partes escuelas nuevas, cursos para adultos, universidades y facultades obreras.[17] Surgen innumerables iniciativas que descubren a la pedagogía nuevos campos, enteramente inexplorados. Se fundan guarderías para retardados; se crea una red de instituciones encargadas de cuidar de la infancia preescolar; las universidades obreras y los cursos abreviados ponen las materias de la enseñanza media al alcance de los obreros. La conquista de las universidades empezará algo más adelante. Hacia la misma época se enriquecen los museos mediante la confiscación de las colecciones particulares; esta expropiación de riquezas artísticas se lleva a cabo con una probidad y cuidado extraordinarios. No se ha perdido ni una sola obra notable. Ocurrió el caso de tener que trasladar en momentos de desorden algunas colecciones preciosas (tal ocurrió especialmente con algunas colecciones del museo del Hermitage); todas ellas vuelven intactas. La vida de los laboratorios prosigue heroicamente. Los eruditos, cargando con su parte en las privaciones de la comunidad, sometidos a un racionamiento riguroso, sin luz, sin fuego y sin agua durante el invierno, continúan en general sus trabajos de costumbre, sea la que sea la actitud política que adopten en su fuero interno.

Los teatros nacionalizados representan todas las noches su repertorio habitual, pero el público que asiste es nuevo. Los cuerpos de baile, formados para el placer de una aristocracia fusilada, dan todavía exhibiciones durante el terror; pero los que llenan las salas con artesonados de oro son obreras y obreros, jóvenes comunistas con los cabellos cortados al rape como precaución contra los piojos portadores del tifus, soldados rojos que han regresado del frente. Y Chaliapin canta ante los miembros de los sindicatos el *Canto de la estaca* con la misma voz que entonaba en otro tiempo el *Dios proteja al zar*...

Algunos pintores expresionistas decoran las plazas públicas para las fiestas. Se levantan monumentos de madera o de yeso a los héroes de la Revolución francesa, a los fundadores del socialismo. La mayor parte de estas obras, que eran mediocres, ha desaparecido.

---

17 No daremos cifras porque las estadísticas solo nos las proporcionan a partir de 1919. Después del advenimiento de la nueva política económica, en 1921-1923, desaparecieron un gran número de estos establecimientos de enseñanza que se habían creado apresuradamente.

La prensa acaba de perder la abundancia y la variedad que tenía en los tiempos de la democracia. Poco a poco queda reducida a tres clases de órganos que obedecen a una inspiración única: los de los Soviets (en las capitales llevan el título de *Izvestia, Monitor),* los del partido comunista (los dos *Pravda, La Verdad)* y los de los sindicatos.

La vida, las costumbres

El invierno de 1918-1919 fue terrible en las grandes ciudades, en las que el hambre y el tifus hicieron estragos, y que carecían de combustibles, de agua y de luz. Las cañerías de agua y de desagüe se habían helado dentro de las casas. Las familias se congregaban alrededor de pequeñas estufas, a las que se daba irónicamente el nombre de *burjuiki,* palabra derivada de «burgués». Los libros viejos, el mobiliario, las puertas y los entarimados de las habitaciones deshabitadas sustituían la leña de calefacción. En Petrogrado y en Moscú se aprovecharon para el fuego casi todas las casas de madera. Y durante las interminables noches del invierno ruso se alumbraban con veladoras. Las cloacas no funcionaban; en los patios de las casas se juntaban los montones de basura que la nieve tapaba pero que iban a convertirse, al llegar la primavera, en foco de nuevas epidemias.

Ante la puerta de las cooperativas la gente estacionaba indefinidamente formando cola; en las plazas públicas se celebraban grandes mercados ilegales en medio del sobresalto por posibles rapiñas. Los supervivientes de la antigua burguesía acudían a ese mercado para vender los últimos restos de su fortuna. Las visitas domiciliarias y las requisas combatían la especulación inevitable.

El bloqueo asesinaba lentamente a los más débiles. La dictadura hacía lo imposible para acudir en primer lugar a hacer frente a las necesidades de la clase obrera, del ejército, de la armada y de los niños. Las antiguas clases acomodadas o ricas eran las más cruelmente azotadas por el hambre. No era raro ver a personas ancianas que caían de inanición en mitad de la calle. Subió muchísimo la mortalidad, sobre todo la de los niños y de los ancianos; el número de suicidios, por el contrario, disminuyó de una manera sensible.

Los obreros se instalaban en las casas modernas de los que otrora fueron barrios de ricos, arrojando de sus casas a la burguesía. «Cada inmueble, poblado de proletarios armados —escribió Bujarin— debe convertirse en una fortaleza de la revolución». Desgraciadamente en la

práctica se veía que la disposición más cómoda de las habitaciones de la burguesía no podía adaptarse bien a las necesidades de los nuevos inquilinos. Por el mismo motivo, no se disponía, en las ciudades despobladas, de casas para guarderías, escuelas y albergues de comunidad; los arquitectos del Antiguo Régimen se habían propuesto satisfacer necesidades muy distintas.

Los Soviets establecían el trabajo obligatorio para la burguesía en servicios de utilidad pública, aunque hay que decir que los burgueses se las ingeniaron para eludir tales obligaciones. A fines de septiembre no hubo manera de encontrar en Petrogrado, para realizar «trabajos de retaguardia», más de 400 ex burgueses sanos. Se llevaron a cabo requisas de ropas de abrigo: cada burgués tuvo que entregar un traje completo de invierno.

El reconocimiento legal de la unión libre, la facilidad del divorcio, la legalización del aborto, la emancipación completa de la mujer, el fin de la autoridad del jefe de familia y de la autoridad religiosa, no produjeron en la práctica ningún verdadero debilitamiento de los lazos familiares. Aquella destrucción de toda clase de trabas vino a sanear y a simplificar la vida casi sin provocar crisis. La criminalidad propiamente dicha no era en Petrogrado y en Moscú superior a la de tiempos de paz. No desapareció del todo la prostitución, pero al desaparecer las clases ricas, que eran las que la sostenían, quedó reducida a proporciones relativamente insignificantes.

Aunque la Checa hubiese castigado a muchos sacerdotes contrarrevolucionarios, la vida religiosa continuaba desarrollándose casi normalmente. El clero no estaba dividido aún más que en partidarios de la resistencia activa, cuyo jefe era el patriarca Tijon, y en partidarios de la resistencia pasiva. El partido comunista y el Consejo de Comisarios del Pueblo afirmaron en varias ocasiones que no se atentaría en modo alguno a la libertad de los creyentes.

Las condiciones de vida variaban sensiblemente de una región a otra. Todas las ciudades se sumergían en las tinieblas al caer la noche. Petrogrado, que era la ciudad más hambrienta, la más amenazada, vivía una vida de austeridad y de calma. Moscú, capital ya de la burocracia, en donde no se respiraba el aire tonificador del frente, parecía soportar las mismas privaciones con más nerviosismo. Las ciudades eran colmenas hambrientas. Los pueblos de Ucrania, presa de las partidas, saqueados continuamente, desolados, devastados por nuevos dominadores,

vivían en medio del terror: por encima de Kiev parecía oírse durante la noche un clamoreo de pánico. Hubo momentos en que los bandidos parecían ser los verdaderos dueños de Odesa.

Pero en cambio, el hambre se dejaba sentir menos en Ucrania. Los pueblos del campo no la sentían tan intensamente, pero, enteramente abandonados a sí mismos, tenían que suplir todas sus necesidades.

Nuevas relaciones entre las masas y el partido

El observador que recorriese Rusia en este momento se llevaría una impresión falsa y extraña de la existencia de una hostilidad general de las poblaciones hacia el gobierno de los Soviets. Esta hostilidad era real y verdadera entre las clases desposeídas y entre la mayoría de las clases medias. La evolución de la que anteriormente nos hemos ocupado, por muy importante que fuese, no se manifestaba todavía sino en los elementos más avanzados, más conscientes de la pequeña burguesía. Las masas de esta, que vivían en el campo, tenían una mentalidad muy semejante a la del *kulak,* y por eso sentían como propios los agravios hechos a este; las que vivían en las ciudades en donde otrora se dedicaban al comercio y a las distintas profesiones para servir a la burguesía, no encontraban salida a su situación. Ahora bien, lo mismo en el campo que en la ciudad, eran más numerosas que el proletariado desgastado por la guerra civil. Ya sabemos, por lo demás, de qué manera se modificaba la calidad social de la población proletaria.

Pero esta población era la única con cuya fidelidad podía contar la revolución. Sus sufrimientos eran, no obstante, grandes. El individuo solo ve el estrecho horizonte de su vida. Con frecuencia echa de menos la instrucción y la información que le permitirían descubrir el encadenamiento necesario de los hechos, las perspectivas, las consecuencias; su instinto de conservación ofrece resistencias al interés superior de la colectividad cuando esta demanda sacrificios. Los obreros sufrían demasiado para no quejarse, recriminar, desesperarse en ocasiones. Los encargos de la agitación de los partidos antisoviéticos se daban maña para explotar estos estados de espíritu. Y si la clase obrera rusa se sostenía, si sabía triunfar, el mérito correspondía antes que nada al partido comunista.

Este partido solo contaba con 250.000 miembros; pero los que se inscribían en él, durante aquellos tiempos, eran individuos seleccionados por la historia misma. Es cierto que también acudían a colocarse

bajo sus banderas algunos aventureros, esperanzados de compartir los beneficios aleatorios del poder. Esta minoría de falsos comunistas, insignificante desde el punto de vista de la estadística, ocasionó un gran mal porque contribuyó a desacreditar a los poderes locales con sus abusos; de esta manera facilitó, en apreciable medida, la conquista de Ucrania por Denikin (como es natural, esos elementos acudían adonde había trigo). Pero no es menos cierto que, a pesar de todo, la inmensa mayoría de los trabajadores que acudía a inscribirse en el partido iba a la movilización voluntaria para la guerra civil. Inscribirse equivalía a aceptar todos los peligros.

Con frecuencia la clase obrera refunfuñaba; algunas veces prestaba oídos a los agitadores mencheviques, como ocurrió en Petrogrado cuando las grandes huelgas de la primavera de 1919; pero en cuanto tenía que optar entre la dictadura de los generales blancos y la de su propio partido —y en resumidas cuentas no se le ofrecía ni se le podía ofrecer otra alternativa—, acudían todos sus hombres válidos a empuñar el fusil y se alineaban en silencio debajo de las ventanas donde estaban instalados los comités del partido.

El partido desempeña en este momento, dentro de la clase obrera, las funciones de cerebro y de sistema nervioso; ve, siente, sabe, piensa, quiere para y por las masas; su conciencia y su organización suplen la debilidad de los individuos dentro de la masa. Sin él, no sería esta más que un polvillo de hombres con aspiraciones confusas, surcadas por destellos de inteligencia —que se perderían por falta de un mecanismo conductor y que no podrían llegar a realizar acciones en gran escala—, pero de sufrimientos imperiosos... Por su agitación y su propaganda incesantes, porque decía siempre la verdad desnuda, el partido eleva a los trabajadores por encima de su estrecho horizonte individual y les descubre las vastas perspectivas de la historia. En él se concentran todas las cargas, en él se concentran todas las fuerzas.

A partir del invierno de 1918-1919, la revolución se convierte en obra del partido comunista. No queremos decir con ello que el papel de las masas sea menos importante pero se hace muy diferente de lo que fue a principios de año; queremos decir que estas se desempeñan, de allí en adelante, a través del partido, de la misma manera que un organismo viviente, de funciones bien diferenciadas, no toma contacto con el exterior y no actúa sino por medio de su sistema nervioso.

De aquí resulta que el partido sufre en cierto sentido una transformación: se adapta rigurosamente a sus funciones y a las necesidades del momento. La disciplina se hace cada vez más rigurosa; lo exige la acción, la depuración interior, la necesidad de paralizar las influencias extrañas que de otra manera podrían manifestarse. El partido es, en efecto, la «cohorte de hierro», como se le ha llamado más tarde. Pero su pensamiento continúa vigoroso y libre. Acoge a los que hasta el día anterior habían sido anarquistas y socialistas-revolucionarios de izquierda. El prestigio de Lenin ha crecido todavía más desde que ha vertido su sangre y desde que la revolución alemana ha venido a corroborar la exactitud de sus previsiones; pero es tal su sencillez, que nadie se recata de contradecirle y de criticarle. Su autoridad personal es tan solo la de una superioridad intelectual y moral universalmente reconocida.

Era tan poco forzada la autoridad de Lenin, y las costumbres democráticas eran tan vigorosas dentro de la revolución, que nadie discutía el derecho de cualquier revolucionario recién llegado a manifestar rotundamente su pensamiento frente al jefe del partido. Lenin fue criticado más de una vez sin compasión por desconocidos en las fábricas o en conferencias. Escuchaba a sus contradictores con sangre fría y les contestaba con su buen juicio. En el año 1920 (15 de octubre) es objeto de duros ataques en una conferencia de los comités ejecutivos del gobierno de Moscú, en el que eran muy numerosos los campesinos; y Lenin da principio de esta manera a su réplica: «Me he dado cuenta desde el principio de que veníais con muchas ganas de "zurrar bien" al gobierno central. Esto ofrecía sus ventajas y me ha parecido que estaba en la obligación de escuchar todo lo que se ha hablado contra el gobierno y su política. Y opino que sería un error cerrar los debates...».

A las antiguas costumbres democráticas del partido sucede una centralización más autoritaria. La imponen las necesidades de la lucha y la afluencia de nuevos miembros, que no tienen ni la formación marxista ni el temple de los militantes de antes de 1917; la «vieja guardia» del bolchevismo quiere, y con razón, conservar la hegemonía política.

Dentro del partido se va elaborando un derecho nuevo que, por irradiación, se convierte en el derecho de la naciente sociedad. Es un derecho de trabajadores y de combatientes fundado sobre la idea de la misión revolucionaria del proletariado. Sus primeros principios son: la necesidad, la utilidad, la conformidad con el objetivo perseguido, la solidaridad; no hay para él una justificación mejor que el éxito, la victoria; exige la subordinación constante de los intereses individuales al interés general.

Todo comunista, todo el que participa en la revolución, se siente servidor ínfimo de una causa inmensa. El más grande elogio que se puede hacer de un comunista es decir de él «que no tiene vida privada», que su vida se confunde enteramente con la historia. Ayer era, a capricho del partido, comisario en el ejército, entrenador de hombres en el frente; hoy es chequista que aplica implacable las directivas que recibe de su comité; mañana será enviado a dirigir la palabra a los campesinos con peligro de que lo asesinen al llegar la noche, a dirigir una fábrica, a desempeñar en territorio enemigo alguna misión secreta... No hay militante que no esté encargado a la vez de dos, tres, cinco, seis funciones diferentes que se le conceden o se le retiran un gran número de veces, de la mañana a la noche, según el partido lo ordene. El partido lo hace todo. Sus órdenes no se discuten. «Conformidad con el objetivo que se persigue».

La salud moral del partido se demuestra con absoluta honradez. No conoce la mentira convencional, los equívocos, el viejo juego de engañar con dos ideologías —una para la élite, otra para la «masa»— ni las diferencias entre el pensamiento y la palabra, entre la palabra y la acción. A cada cosa se le llama por su nombre. Se vive de ideas claras, de un simplismo grandioso. Las ideas, las consignas, los actos, son una misma cosa, formidable unidad que es causa y consecuencia de una política netamente proletaria; porque la mentira social nace del deseo de satisfacer, o de aparentar que se satisfacen, intereses que son incompatibles con la realidad.

Lenin contra Kautsky

El principal escrito de Lenin en esta época *(La revolución proletaria y el renegado Kautski)* está dedicada, como lo indica su título, a polemizar contra el viejo teórico de la socialdemocracia alemana, que acaba de publicar en Viena un librito acerca de *La dictadura del proletariado.*

Lenin estudia las deformaciones que sufre la doctrina marxista del Estado y de la dictadura del proletariado en Kautski. Kautski se esfuerza por eliminar la violencia revolucionaria, discurriendo en el terreno de la teoría pura y refiriéndose a una dictadura ideal de la mayoría, opuesta a la de los partidos y a la de las personas, y hace notar que Marx sentaba, en el caso de Inglaterra, la hipótesis de una revolución pacífica. Lenin le sigue paso a paso en su argumentación sin cansarse de recordarle las verdades fundamentales acerca de la lucha de clases, del papel del Estado, instrumento de dominio de una clase, sobre la necesidad de quebrantar la resistencia de los capitalistas desposeídos, de la

mentira de la democracia burguesa, que no es otra que una máscara de la dictadura del capital y del carácter auténticamente democrático de la dictadura del proletariado. Ya hemos visto cómo estas ideas han cobrado vida en el transcurso de un año de revolución. Nos limitaremos a reproducir aquí el juicio que a Lenin le merece la revolución que está en marcha.

¿Se trata, como afirma Kautsky, de una revolución burguesa, destinada en última instancia a abrir el camino al desarrollo capitalista de Rusia?

> Ya en *abril*[18] de 1917... decíamos abiertamente al pueblo que la revolución no podría detenerse «ahí» [en los objetivos de la revolución burguesa] porque el país había progresado, porque el capitalismo había seguido su desarrollo, porque las devastaciones alcanzaban proporciones tan inauditas que hacían necesario (se quisiese o no) avanzar hasta el socialismo. Porque no *había otro recurso* ni para seguir adelante, ni para salvar al país destrozado por la guerra, ni para aliviar los sufrimientos de los trabajadores y de los explotados.

Era la primera vez que un marxista revolucionario sacaba a relucir la miseria, producto de la guerra imperialista, como una de las causas que imponían el socialismo. Lenin volvió sobre este tema, hablando en el primer congreso de los comités de campesinos pobres, celebrado en diciembre, para demostrar que era imposible que la agricultura volviese a los antiguos métodos individualistas del trabajo: «La guerra solo nos ha dejado privaciones y ruinas. No es posible continuar viviendo como en otros tiempos; no se puede seguir con el derroche de vidas humanas y de trabajo en las pequeñas explotaciones campesinas... El trabajo colectivo triplicará el rendimiento del esfuerzo humano». Estas ideas, inspiradas en el realismo proletario menos complicado, iban en contra de las tradiciones de la Segunda Internacional, según las cuales la revolución socialista había de cumplirse en el apogeo del desarrollo capitalista, en una sociedad llegada a un alto grado de opulencia... La realidad demostraba el utopismo del punto de vista tradicional del socialismo científico, pero se necesitaba el audaz sentido de la realidad que poseía Lenin para atreverse a justificar el socialismo con la herencia de miseria dejada por la quiebra del capitalismo.[19]

---

18 Lenin subraya la palabra *abril*, sin duda para recordar por medio de una alusión velada, el hecho de que el partido bolchevique permanecía, antes de sus memorables tesis de abril, sobre sus posiciones de 1905, y consideraba la Revolución rusa como una revolución burguesa.

19 «¡No se socializa la miseria!», escribía Charles Rappoport a fines de 1917, expresando en un periódico obrero francés la opinión de toda la pequeña burguesía socialista de Occidente. El socialismo de la miseria era imposible, y por ello había que dejar que la burguesía... organizase

Lenin contestaba a Kautsky:

> Nuestra revolución es socialista. Empezamos aliándonos a *todos* los campesinos para combatir la monarquía, los terratenientes, el feudalismo (y aquello fue una revolución democrática burguesa). Luego, unidos a los campesinos más pobres, a los semiproletarios, a todos los explotados, hemos atacado al capitalismo, comprendiendo en este a los campesinos enriquecidos, a los *kulaks,* a los especuladores, y a medida que hacíamos esto se convertía la revolución en socialista.

Copiemos el juicio que merece a Lenin la paz de Brest-Litovsk y la revolución alemana:

> Si no hubiésemos concertado la paz de Brest-Litovsk, habríamos tenido que entregar el poder a la burguesía rusa, y con ello habríamos causado un profundo daño a la revolución socialista mundial. A costa de sacrificios personales hemos conseguido conservar una influencia internacional tan grande [...] que los dos imperialismos se encuentran debilitados, mientras que nosotros, robustecidos, hemos dado comienzo a la creación de un verdadero ejército proletario [...] Los obreros alemanes habrían obtenido éxitos todavía mayores si hubiesen hecho la revolución *sin detenerse* ante los sacrificios nacionales (en esto, únicamente en esto consiste el internacionalismo), si hubiesen afirmado (y demostrado *con hechos)* que el interés de la revolución internacional está para ellos por encima de la integridad, de la seguridad, de la tranquilidad de su propio Estado nacional. La mayor desgracia y el mayor peligro para Europa estriban en que *no tienen* partido revolucionario. Tienen partidos de traidores, como los Scheidemann, los Renaudel, los Henderson, los Webb, y almas serviles como los Kautsky. Pero no tienen partido revolucionario.

La doctrina. En el umbral del Año II

Resumamos las ideas del momento.

La gran guerra de 1914-1918 ha inaugurado la era de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria; no es ya posible el retorno a la estabilidad capitalista en aquellos países en que el desarrollo del capital financiero los ha conducido al abismo; es misión del proletariado revolucionario recoger, en una Europa devastada, la herencia de una civilización en peligro. La lucha entre la revolución obrera y el capitalismo moribundo será larga e interrumpida con derrotas; a las victorias del proletariado podrán seguir derrotas y retrocesos hacia el

---

en provecho suyo la miseria de los trabajadores sobre los escombros acumulados por la guerra. Esa era la pobre lógica del reformismo. Rappoport, que soñaba para Rusia con una democracia parlamentaria, conjuraba a los bolcheviques a que «¡salvasen la revolución convocando la Asamblea Constituyente!» (*Journal du Peuple).*

capitalismo; sus derrotas prepararán su victoria definitiva. Ya la revolución retumba en los países vencidos. Los países vencedores se han ganado algún respiro; pero no conseguirán ni restablecer su producción, gravemente afectada, ni asegurar a sus clases laboriosas el mínimo de bienestar de que depende la estabilidad social. El viejo mundo está condenado. El sistema capitalista-imperialista ha cedido, bajo los golpes bien dirigidos del proletariado, en su punto más débil, en un país de industrialización reciente y todavía atrasado; ha cedido porque era la clase más débil y porque la lucha contra el despotismo, la intransigencia marxista y la experiencia de 1905 habían contribuido a formar un partido proletario; porque la revolución socialista se aprovechaba de una revolución burguesa necesaria, pero débil y tardía, incapaz de rematar su propia obra; porque entre las ruinas del Antiguo Régimen solo se alzó frente al proletariado ruso una burguesía inexperta y desarmada, que no había tenido tiempo de constituir su Estado de clase; porque la guerra no permitía a los Estados capitalistas de Occidente intervenir eficazmente y a tiempo en favor de la burguesía rusa. La victoria de los proletarios de Rusia se debió a este concurso de circunstancias.

La República de los Soviets es de aquí en adelante el primer hogar de la revolución proletaria; si sucumbe, quedarán disminuidas las probabilidades de victoria del proletariado de Occidente, y se retrasará la derrota del capitalismo; si, por el contrario, es ahogada y vencida la revolución proletaria en Occidente, la República de los Soviets correrá peligro de sucumbir. Su suerte es inseparable de la del proletariado internacional. «Sucumbiremos —decía Lenin el 23 de abril de 1918, en el Soviet de Moscú—, si no sabemos resistir hasta el momento en que los obreros de los demás países nos presten su poderosa ayuda». Y después: «Ya sabéis que es más difícil iniciar la revolución en los países de Occidente de lo que lo fue entre nosotros, porque en esos países se encuentran los trabajadores frente a la clase capitalista más unida y más ilustrada, y no frente a una autocracia podrida; pero sabéis también que la revolución ha empezado ya en ellos, que esta ha traspasado ya los límites de Rusia, que nuestra base principal, nuestra mayor esperanza está en el proletariado de la Europa occidental, y que la revolución mundial, con nuestro apoyo esencial, se ha aproximado...»[20] «Quiero deciros —agregaba unos días más tarde— que con un buen reparto del trigo y de los demás productos, nuestra República de los Soviets puede resistir por mucho tiempo, por muchísimo tiempo».[21]

20 Discurso del 11 de diciembre en el primer congreso de los comités de campesinos.

21 Discurso del 19 de diciembre en el segundo congreso de economía.

Se trataba de resistir, convirtiendo en *realidad* el socialismo. Todas las grandes medidas del régimen —las mismas a las que se dio algunos años más tarde, después del repliegue efectuado por el proletariado ante la gran burguesía rural, o sea de la NEP (1921), el nombre poco adecuado de «comunismo de guerra»— se consideraban como la iniciación del orden socialista, que sería llevado a su término con la ayuda de la revolución internacional. Dos años después, en 1920, publicaba Bujarin un voluminoso tratado acerca de la organización de la producción socialista dentro de los métodos y sistemas seguidos hasta entonces *(La economía del período de transición),* y en ese tratado no se preveía la posibilidad de la NEP. Lenin, hablando de la fiesta del 19 de mayo (1920), consagrada al trabajo colectivo, decía: «Trabajaremos durante décadas, sin descanso, para hacer entrar en las costumbres el trabajo colectivo voluntario [el trabajo *sin salario* de los sábados comunistas]. Haremos que entre en las conciencias de las masas la norma de cada cual según sus fuerzas, a cada cual según su necesidad...»

Estas ideas, que, durante la primavera de 1919, presidieron la fundación de la Tercera Internacional, eran en conjunto justas y poderosas. Y continúan siéndolo. No hay victorias irreparables en la lucha de clases. Al día siguiente de la guerra, la victoria del proletariado en Europa occidental era tan posible, y hasta más probable, que la de la burguesía. El hecho de que ni la burguesía ni el proletariado internacional obtuviesen una victoria completa, no da pie para explicarlo como algo fatal. La clase obrera fue dominada en Europa central y meridional (Alemania, Austria, Hungría, Italia, Bulgaria), pero no hay nada que permita afirmar que su derrota en estos países era segura; la inexistencia o la inexperiencia de partidos comunistas y el papel nefasto del socialismo reformista que, en la hora crítica, acudió en ayuda del régimen capitalista, demuestran, por el contrario, que una de las principales causas de esta derrota fue el débil grado de desarrollo que había alcanzado la conciencia de clase del proletariado; la esperanza de que la conciencia de clase del proletariado se desarrollase rápidamente en aquella época de guerra social no era solo legítima, sino que también era justa y necesaria. La burguesía mundial ha sido, en cambio, vencida en el territorio del antiguo Imperio ruso. Pero la victoria de los proletarios rusos, debida, a fin de cuentas, a la resistencia opuesta por los proletarios de Occidente a la intervención contra los Soviets, no era tampoco fatal. Hubieran bastado para comprometerla gravemente algunos errores políticos, algunas vacilaciones, la desaparición de

algunos hombres... La lucha de clases lanza a las masas humanas unas contra otras; siendo iguales todos los demás factores, la victoria será de los más enérgicos, de los más conscientes, de los más tenaces.

Al cerrarse el año I, la guerra de clases arde en toda Europa; en el frente del sector ruso llevan ventaja los trabajadores; la lucha está indecisa todavía en la Europa central y en los Balcanes; madura en Italia la ofensiva proletaria; en Francia y en Inglaterra, sectores en calma, la burguesía prepara la intervención en Rusia y, si llega el caso, en Alemania también. *La revolución proletaria es internacional. Arranca de Petrogrado y de Moscú, sacude a toda Europa, siembra la inquietud en América y va a despertar a Asia.*

Los gobiernos aliados llevan adelante, en la sombra, sin atreverse a confesarlo por temor a sus propios pueblos, los preparativos de las grandes ofensivas de primavera contra la República de los Soviets. Se organizan dos estados contrarrevolucionarios, bajo la égida de los aliados, en Siberia y en el sur de Rusia. Kolchak avanzará pronto sobre el Ural, el Volga, sobre Moscú tal vez; Denikin invadirá Ucrania y avanzará contra Moscú; Rodzianko y Yudenich, apoyándose en Estonia y secundados por una escuadra británica, atacarán Petrogrado, quedando reservado para Finlandia, si se consigue que se decida, darle el golpe de gracia. Los británicos descenderán desde Arkangelsk siguiendo el río Dviná. Franceses, rumanos y griegos ocuparán los puertos del mar Negro... Tales son los vastos proyectos que se ponen a punto en los ministerios de París y de Londres, en los que dan por segura la derrota del bolchevismo. Y ahí es donde más completamente se equivocan, porque no aciertan a comprender que ha empezado una nueva era.

Viena, Leningrado, Dietskoe-Seló, 1925-1928

APÉNDICE

Treinta años después

I

¡Qué espantoso camino hemos recorrido en estos últimos treinta años! El acontecimiento que más esperanzas traía consigo, el más grandioso de nuestros tiempos, parece haberse volteado enteramente contra nosotros.

¿Qué nos queda de aquellos entusiasmos inolvidables de 1917? Muchos hombres de mi generación que fueron comunistas en los inicios, ahora sólo conservan sentimientos de rencor hacia la Revolución rusa. Quedan ya muy pocos testigos o participantes. El partido de Lenin y de Trotski ha sido fusilado. Los documentos destruidos, falsificados o escondidos. Los únicos que sobreviven en número importante son los emigrados. Adversarios de la revolución, escriben o enseñan apoyados por el conservadurismo aún poderoso que, en nuestra época de desorden mundial, no es capaz ni de ceder, ni de ser objetivo... Una lógica miserable afirma la derrota del bolchevismo, del marxismo y del socialismo, señalándonos el negro espectáculo de la URSS estaliniana. Manera fácil de escamotear los problemas que aquejan al mundo y que no lo dejarán durante mucho tiempo. ¿Pueden olvidarse los otros fracasos? ¿Qué ha hecho el cristianismo durante las catástrofes sociales? ¿Qué ha sido del liberalismo? ¿Qué ha producido el conservadurismo ilustrado o reaccionario? ¿No es lo que engendró a Mussolini, a Hitler, a Salazar y a Franco? Si se tratara de sopesar honestamente los fracasos de la ideología, tendríamos trabajo para rato. Y nada ha terminado...

Todo acontecimiento es a la vez definitivo y transitorio. Se prolonga en el tiempo bajo aspectos frecuentemente imprevisibles. Antes de esbozar un juicio acerca de la Revolución rusa, recordemos los cambios de rostro y de perspectiva que sufrió la Revolución francesa. El entusiasmo

de Kant cuando se enteró de la toma de la Bastilla... El Terror, Termidor, el Directorio, Napoleón. Entre 1789 y 1802, pareció como si se negara la república libertaria, igualitaria y fraternal. Las conquistas napoleónicas creadoras de un nuevo orden llaman la atención por su similitud con las de Hitler, al ser comparadas sobre el mapa. El emperador se convirtió en el «Ogro», el mundo civilizado se unió contra él. La Santa Alianza pretendió restablecer y estabilizar el Antiguo Régimen en toda Europa... Vemos, sin embargo, que la Revolución francesa, por la aparición de la burguesía, del pensamiento científico y de la industria, fecundó al siglo XIX. Pero, treinta años después, en 1819, en tiempos de Luis XVIII y del zar Alejandro I, ¿no apareció como la más cara de las derrotas históricas? Cuántas cabezas cortadas, cuántas guerras, para llegar a una ridícula restauración monárquica.

II

Es natural que hoy en día la falsificación de la historia sea cosa común. De las ciencias inexactas, la historia es la que más daña los intereses económicos y psicológicos. Las leyendas, los errores, las interpretaciones tendenciosas pululan alrededor de la Revolución rusa, aunque sea fácil informarse acerca de los hechos... Pero, claro está, es más cómodo escribir o hablar sin informarse.

Se afirma con frecuencia que el «golpe bolchevique de octubre-noviembre de 1917 derribó a una democracia naciente...» No hay nada más falso. La república aún no se había proclamado en Rusia, no existía ninguna institución democrática seria fuera de los Soviets o Consejos de obreros, de campesinos y de soldados... El Gobierno Provisional presidido por Kérenski se había negado a cumplir con la reforma agraria, a iniciar negociaciones de paz reclamadas por la voluntad popular, a tomar medidas efectivas contra la reacción. Vivía en un estado transitorio entre dos vastos complots permanentes: el de los generales y el de las masas revolucionarias. Nada permitía prever el establecimiento pacífico de una democracia socializante, la única que hubiese sido hipotéticamente viable. A partir de septiembre de 1917, la dictadura es la única alternativa, la de los generales reaccionarios o la de los Soviets. Dos historiadores opuestos están de acuerdo en este punto: Trotski y el hombre de Estado liberal de derecha Miliukov. La revolución soviética o bolchevique fue el resultado de la incapacidad de la revolución democrática, moderada, inestable e inoperante que dirigían, desde la caída de la autocracia, la burguesía liberal y los partidos socialistas transigentes.

También se afirma que la insurrección del 7 de noviembre (25 de octubre en viejo estilo) de 1917 fue obra de una minoría de conspiradores, el partido bolchevique. Todo lo contrario de lo que pueden verificar los hechos. 1917 fue un año de acción de masas sorprendente por su multiplicidad, su variedad, su potencia, la perseverancia de las iniciativas populares cuya fuerza levantaba al bolchevismo. Los disturbios agrarios se extendían por toda Rusia. La insubordinación aniquilaba toda la antigua disciplina del ejército. Kronstadt y la marina del Báltico se habían negado categóricamente a obedecer al Gobierno Provisional y fue la intervención de Trotski ante el Soviet de la base naval la que evitó un conflicto armado. El Soviet de Tashkent en el Turkestán, había tomado el poder por su propia iniciativa... Kérenski amenazaba al Soviet de Kaluga con su artillería... Sobre el Volga, un ejército de 40.000 hombres se negaba a obedecer. En los suburbios de Petrogrado y de Moscú se formaban guardias rojas y obreras. La guarnición de Petrogrado se ponía a las órdenes del Soviet. Dentro de los Soviets, la mayoría pasaban pacíficamente y sin fraude de los socialistas moderados a los bolcheviques, quienes, por cierto reaccionaban con extrañeza a ese cambio. Los socialistas moderados abandonaban a Kérenski. Éste ya sólo podía contar con los militares totalmente impopulares. Por eso la insurrección venció en Petrogrado casi sin derramamiento de sangre, en medio del entusiasmo. Recomiendo leer acerca de esto las páginas magistrales de John Reed y de Jacques Sadoul, testigos oculares. El complot bolchevique fue arrastrado literalmente por una ola creciente.

Es conveniente recordar que el Imperio se había derrumbado en febrero-marzo de 1917 bajo la fuerza del pueblo desarmado de los suburbios de Petrogrado. La fraternización espontánea de la guarnición con las manifestaciones obreras decidió la suerte de la autocracia. Más tarde se buscó a los desconocidos que habían tomado la iniciativa de esa fraternización; se reconocieron varios pero la mayoría quedó en el anonimato... Los líderes y los militantes más calificados de todos los partidos revolucionarios se encontraban en ese entonces en el extranjero o en prisión. Los pequeños grupos existentes en Petrogrado estaban tan sorprendidos por los acontecimientos que el grupo bolchevique pensó incluso en publicar un llamamiento para que se reanudara el trabajo en las fábricas. Cuatro meses más tarde, la experiencia del gobierno de coalición de los socialistas moderados y de la burguesía liberal suscitaba una ira tan grande que a principios de julio la guarnición, junto con los suburbios, organizan una manifestación armada bajo la consigna del poder de los Soviets. Los bolcheviques reprueban esta iniciativa tomada

por desconocidos, se unen al movimiento a disgusto para conducirlo a una liquidación dolorosa y peligrosa. Pensaban, probablemente con razón, que el resto del país no seguiría a la capital. Naturalmente se convierten en víctimas. Persecución y calumnias («agentes de Alemania») caen sobre ellos. A partir de ese momento saben que si no se colocan a la cabeza del movimiento de masas, caerán en el desprestigio y los generales lograrán su cometido.

El general Kornílov se lanza a la aventura en septiembre de 1917 con la complicidad manifiesta de una parte del gobierno de Kérenski. Lenin y Zinoviev se esconden, Trotski está en prisión, los bolcheviques son acosados. Las tropas de Kornílov se disgregan por sí solas al contacto con los trabajadores de los ferrocarriles y con los agitadores obreros.

Los funcionarios de la autocracia vieron venir perfectamente la revolución; no supieron impedirla. Los partidos revolucionarios la esperaban; no supieron, no podían provocarla. Una vez lanzado el movimiento no les quedaba más remedio que participar con más o menos clarividencia y voluntad.

III

Los bolcheviques asumieron el poder porque, en la selección natural que se había efectuado entre los partidos revolucionarios, ellos se mostraron más aptos para expresar de manera coherente, perspicaz y voluntaria, las aspiraciones de las masas activas. Conservaron el poder, vencieron en la guerra civil porque las masas populares al final los apoyaron a pesar de las dudas y de los conflictos, desde el Báltico hasta el Pacífico. Este gran hecho histórico ha sido reconocido por la mayor parte de los enemigos rusos del bolchevismo. La señora Yelena Kusskova, publicista liberal de la emigración, escribía recientemente que «es indiscutible que el pueblo no sostuvo ni el movimiento de los Blancos... ni la lucha por la Asamblea Constituyente...» Los Blancos representaban a la contrarrevolución monárquica, los Constituyentes al antibolchevismo democrático. Así pues, hasta el final de la guerra civil, en 1920-1921, la Revolución rusa nos parece un inmenso movimiento popular al que el partido bolchevique proporciona un cerebro, un sistema nervioso, líderes y cuadros ejecutivos.

Se afirma que los bolcheviques quisieron enseguida el monopolio del poder. Otra leyenda. Temían el aislamiento en el poder. Muchos de ellos, al principio, fueron partidarios de un gobierno de coalición

socialista. Lenin y Trotski rehusaban en principio la coalición con los partidos socialistas moderados que habían llevado al fracaso la revolución de marzo y se negaban a reconocer el régimen de los Soviets. Pero el partido bolchevique solicitó y obtuvo la colaboración del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, partido campesino dirigido por intelectuales idealistas más bien enemigos del marxismo. A partir de noviembre de 1917 y hasta julio de 1918, los socialistas revolucionarios de izquierda formaron parte del gobierno. Se negaron, lo mismo que una buena tercera parte de los bolcheviques conocidos, a admitir la paz de Brest-Litovsk y el 6 de julio de 1918 se sublevaron en Moscú proclamando su intención de «gobernar solos» y de «reanudar la guerra contra el imperialismo alemán». Su mensaje difundido por radio ese día, fue la primera proclamación de un gobierno de partido único. Fueron vencidos y los bolcheviques tuvieron que gobernar solos. A partir de ese momento, su responsabilidad se sobrecarga, su mentalidad cambia.

¿Acaso formaban anteriormente, desde la escisión del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en mayoritarios (bolcheviques) y minoritarios (mencheviques), un partido profundamente diferente de los otros partidos revolucionarios rusos? Se les imputa fácilmente un carácter autoritario, intolerante, amoral en la elección de los medios; una organización centralizada y disciplinada que contenía un germen de estatismo burocrático; un carácter dictatorial e inhumano. Autores eruditos y autores ignorantes citan con respecto a esto la «amoralidad» de Lenin, su «jacobinismo proletario», su «revolucionarismo profesional». Una mención de la novela panfleto de Dostoievski, *Los poseídos,* y el ensayista cree haber aclarado los problemas que acaba de oscurecer.

Todos los partidos revolucionarios rusos, desde los años 1870-1880, fueron efectivamente autoritarios, muy centralizados y disciplinados en la ilegalidad, por la ilegalidad; todos formaron «revolucionarios profesionales», es decir hombres que sólo vivían para combatir; todos podrían ser ocasionalmente acusados de un cierto amoralismo práctico, aunque sea justo reconocer en todos ellos un idealismo ardiente y desinteresado. Casi todos fueron penetrados por una mentalidad jacobina, proletaria o no. Todos produjeron héroes y fanáticos. Todos, excepto los mencheviques, aspiraban a la dictadura, y los mencheviques georgianos recurrieron a procedimientos dictatoriales. Todos los grandes partidos eran estatales por su estructura Y por las metas que se fijaban. En realidad, más allá de las divergencias doctrinales importantes, existía una mentalidad revolucionaria única.

Recordemos el temperamento autoritario del anarquista Bakunin y sus procedimientos de organización clandestina en el seno de la Primera Internacional. En su *Confesión,* Bakunin defiende una dictadura ilustrada, y sin piedad ejercida para el pueblo... El Partido Socialista Revolucionario, penetrado por un ideal republicano, más radical que socialista, constituyó un «aparato» rigurosamente centralizado, disciplinado, autoritario, para combatir la autocracia por el terrorismo, y que se convirtió en un terreno propicio para la provocación policíaca. La Socialdemocracia rusa, en su conjunto, tenía en mente conquistar el Estado. Nadie habló de la futura Revolución rusa con un lenguaje más jacobino que su líder Plejánov. El gobierno de Kérenski, cuya fuerza eran los socialistas revolucionarios y los mencheviques, empleó siempre un lenguaje dictatorial, puramente veleidoso, es cierto. Incluso los anarquistas, en las regiones ocupadas por el ejército negro de Néstor Majnó, ejercieron una dictadura auténtica, acompañada de confiscaciones, de requisas, de arrestos y de ejecuciones. Y Majnó fue «batko», padrecito, jefe …

Los socialdemócratas mencheviques de derecha, como Dan y Tsereteli, deseaban un poder fuerte. Tsereteli recomendó la represión del bolchevismo antes de que fuera demasiado tarde... Los mencheviques de izquierda, de la tendencia Mártov, parecen haber sido el único grupo político tan profundamente ligado a una concepción democrática de la revolución que constituye, desde un punto de vista filosófico, una feliz excepción.

Las características propias del bolchevismo que le confieren una superioridad innegable sobre los partidos rivales cuya mentalidad comparte ampliamente son: a) su convicción marxista; b) su doctrina de la hegemonía del proletariado en la revolución; c) su unidad de pensamiento y de acción; d) su internacionalismo intransigente. En muchos hombres, la unidad de pensamiento y de acción desemboca en la fe hacia su propia voluntad.

El realismo marxista nos parece hoy un tanto esquemático. El mundo ha cambiado, las luchas sociales se han vuelto mucho más complejas que antes. Durante la Revolución rusa, ese realismo centrado en firmes conocimientos históricos y económicos estuvo a la altura de las circunstancias. Contenía antídotos eficaces contra la fraseología liberal, el doble juego, la prórroga interesada, la abdicación honorable e hipócrita.

Los socialistas moderados consideraban que Rusia estaba llevando a cabo una «revolución burguesa» destinada a abrir al capitalismo una era de desarrollo; y que por lo tanto el país debía darse el estatuto político de una democracia burguesa... Los bolcheviques consideraban que únicamente el proletariado podía llevar a cabo la revolución «burguesa» y por lo tanto no podían no rebasarla; que el socialismo no podía triunfar en un país tan atrasado, pero que correspondía a una Rusia socializante dar impulso al movimiento obrero europeo. Lenin no pretendía, en 1917, nacionalizar completamente la producción, sino controlar la parte obrera de la misma; posteriormente pensó en un régimen mixto de capitalismo y estatización; fue en julio de 1918 cuando una guerra civil desencadenada impuso nacionalizaciones completas como medidas de defensa inmediatas... La intransigencia internacionalista de los bolcheviques confiaba en la próxima revolución europea, más madura y más fecunda que la Revolución rusa... No eran los únicos que tenían esta visión del futuro. Era el fondo común de la ideología socialista europea, aunque en realidad los grandes partidos ya no creyeran en la revolución. El continuador alemán de Marx, Karl Kautsky había sido, hasta 1918, un teórico de la próxima revolución socialista; Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Karl Liebknecht, profesaban la misma convicción. La diferencia esencial entre los bolcheviques y los otros socialistas parece haber sido de naturaleza psicológica, debida a la particular formación de la *intelligentsia* revolucionaria y del proletariado rusos. En el Imperio del zar no cabían ni el oportunismo parlamentario ni los compromisos cotidianos; una realidad social simple y brutal engendraba una fe activa e íntegra... En este sentido, los bolcheviques fueron más rusos, y se mantuvieron más al unísono de las masas rusas que los socialistas revolucionarios y los mencheviques, cuyos dirigentes se habían contagiado de una mentalidad occidental, evolucionista, democrática, según las tradiciones de los países capitalistas avanzados.

IV

Abramos el difícil capítulo de los errores y las faltas. Es de lamentar que no podamos considerar, en un estudio tan breve, los errores, las faltas y los crímenes de las potencias y de los partidos que combatieron a la revolución soviético-bolchevique. Sin ese contexto decisivo, nos vemos obligados a conformarnos con una visión unilateral.

Escribía en 1939, en mi *Retrato de Stalin*, publicado en París (Grasset): «...el error más incomprensible, puesto que fue deliberado, que cometieron esos socialistas (los bolcheviques) tan conocedores de la historia, fue crear la Comisión Extraordinaria de Represión de la Contra Revolución, de la Especulación, del Espionaje, de la Deserción, cuya abreviatura es la Checa, que juzgaba a los sospechosos sin siquiera verlos u oírlos, es decir sin concederles la más mínima oportunidad de defenderse...; pronunciaba su fallo en secreto y de igual manera lo ejecutaba. ¿Qué era sino una Inquisición? Es evidente que un estado de sitio demanda rigor, que una guerra civil demanda medidas extraordinarias; pero, ¿podían esos socialistas olvidar que la publicidad de los procesos es la única verdadera garantía contra la arbitrariedad y la corrupción, y podían retroceder de esa manera más allá de los procesos expeditivos de Fouquier-Tinville? El error y la falta son patentes, las consecuencias fueron espantosas puesto que la GPU, es decir la Checa amplificada bajo un nuevo nombre, acabó por exterminar a toda la generación revolucionaria bolchevique…»

No nos queda más que subrayar en favor del Comité Central de Lenin algunas circunstancias atenuantes serias desde el punto de vista de los sociólogos. La joven república vivía en peligro de muerte. Su indulgencia hacia generales como Krasnov y Kornílov iba a costarle mucha sangre. El Antiguo Régimen había utilizado el terror muchas veces. La iniciativa del terror había sido adoptada por los Blancos desde noviembre de 1917, con la masacre de los obreros del arsenal del Kremlin; y continuada en mayor escala por los reaccionarios finlandeses en los primeros meses de 1918, antes de que «el terror rojo» hubiera sido proclamado en Rusia. Las guerras sociales del siglo XIX, desde los días de junio de 1848 en París y la Comuna de París en 1871, se habían caracterizado por el exterminio en masa de los proletarios vencidos. Los revolucionarios rusos sabían lo que les esperaba en caso de derrota. Sin embargo, la Checa fue benigna en sus inicios, hasta el verano de 1918. El «terror rojo» fue proclamado después de levantamientos contrarrevolucionarios, después de los asesinatos de los bolcheviques Volodarski y Uritski, después de dos atentados contra Lenin; y la Checa se puso a fusilar a rehenes, a sospechosos y a enemigos, y además quería refrenar, canalizar y controlar la furia popular... Dzerzhinski temía a los excesos de las checas locales; estadísticas de chequistas fusilados son edificantes en este sentido. Al repasar recientemente un librito deplorablemente mal traducido, *Recuerdos de un comisario del pueblo,* del socialista revolucionario de izquierda Steinberg, encontré estos dos episodios significativos. A fines de 1917

le fueron disparados a Lenin dos tiros y una delegación obrera fue a decir a Vladímir Illich que si la contrarrevolución le hacía perder una sola gota de sangre, el proletariado de Petrogrado lo vengaría al céntuple. Steinberg, colaborador en ese entonces de Lenin, se percató de la confusión de este último. No se divulgó el asunto, precisamente para evitar consecuencias trágicas. Se sabe por otra parte que los dos socialistas revolucionarios que habían disparado fueron arrestados, absueltos y que más tarde se adhirieron al partido bolchevique. Dos ex ministros liberales, Shingariov y Kokosbkin, se encontraban en prisión, enfermos; se ordenó su traslado al hospital. Fueron asesinados en sus respectivas camas. Lenin se conmovió con ese crimen. El gobierno abrió una investigación y descubrió que los autores del crimen eran marinos revolucionarios apoyados y protegidos por sus compañeros. Puesto que reprobaban la «mansedumbre» de los hombres en el poder, los marinos la habían suplantado por una iniciativa terrorista. Las tripulaciones de la marina se negaron a entregar a los culpables. Los comisarios del pueblo se vieron obligados a abandonar el asunto. ¿Podían iniciar un conflicto con el terrorismo espontáneo, en el momento en que la fidelidad de los marinos resultaba necesaria cada día para salvar la revolución?

En 1920 se abolió la pena de muerte en Rusia. Se pensaba que la guerra civil se acabaría pronto. Yo mismo tenía la impresión de que dentro del partido todos deseábamos una normalización del régimen, el fin del estado de sitio, el retorno a la democracia soviética, la limitación de los poderes de la Checa o la supresión de la misma... Todo eso era posible, tanto como salvar la revolución. El país agotado quería empezar la reconstrucción. Aún tenía reservas de entusiasmo y de fe. El verano de 1920 marca una fecha fatal. Se necesita muy mala fe por parte de los historiadores para no reconocerlo.

Toda Rusia vivía con la esperanza de una pacificación cuando Pilsudski lanzó los ejércitos polacos sobre Ucrania. Esta agresión, claramente inspirada en un objetivo de conquista, coincidió con el reconocimiento, por parte de Francia e Inglaterra, hacia el general Wrangler quien ocupaba Crimea en ese momento. La tirantez de la revolución fue instantánea. El Comité Central pensó provocar en la Polonia derrotada una revolución soviética. El fracaso del ejército rojo frente a Varsovia acabó con el deseo de Lenin, pero lo peor fue que después de esa penosa guerra, en un país desangrado y además empobrecido, no se intentó abolir la pena de muerte, ni empezar la reconstrucción sobre

las bases de una democracia soviética... La miseria y el peligro esclerotizaban al Estado-partido en ese régimen económico, intolerable para la población y poco viable, que se ha llamado «comunismo de guerra».

A principios de 1921, el levantamiento de los marinos de Kronstadt fue precisamente una protesta contra ese régimen económico y contra la dictadura del partido. Cualesquiera que sean sus intenciones y su honestidad, un partido que gobierna un país con hambre no puede conservar su popularidad. La espontaneidad de las masas se había apagado; los sacrificios y privaciones acabaron con la minoría activa de la revolución. Los inviernos glaciales, las raciones insuficientes, las epidemias, las requisas en el campo propagaban el rencor, una especie de desesperación, la ideología confusa de la contrarrevolución en favor del pan blanco. Si el partido bolchevique llegaba a soltar las riendas del poder, ¿quién iba a tomar la sucesión, en tal situación? ¿No era su deber resistir? Tuvo razón para resistir. No la tuvo al inquietarse por la insurrección de Kronstadt, puesto que podía controlarla de varias maneras y nosotros, los que estábamos ahí, en Petrogrado, lo sabíamos.

Los errores y las culpas del poder se reúnen alrededor de Kronstadt-1921. Los marinos se sublevaron sólo porque Kalinin se negó brutalmente a escucharlos. El presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets empleó amenazas e insultos donde debió utilizar la persuasión y la comprensión. En lugar de recibir fraternalmente a la delegación de Kronstadt ante el Soviet de Petrogrado, para las negociaciones, la delegación fue arrestada por la Checa. La verdad acerca del conflicto fue encubierta por la prensa que, por primera vez, mintió al país y al partido publicando que un general blanco, Kozlovski, ejercía la autoridad en Kronstadt. Los anarquistas norteamericanos, influyentes y bien intencionados, Emma Goldmann y Alexander Berkman, propusieron una mediación que fue rechazada. Los cañones rugieron en una batalla fratricida y, enseguida, la Cheka fusiló a sus prisioneros. Si, como lo indica Trotski, los marinos habían cambiado desde 1918, y sólo expresaban las aspiraciones de los campesinos atrasados, debemos reconocer que también el poder había cambiado.

Lenin pudo satisfacer las reivindicaciones económicas de Kronstadt, después de la batalla y la masacre, al proclamar el fin del «comunismo de guerra» y la «Nueva Política Económica». Reconoció, de este modo, que el partido y él mismo, se habían aferrado en mantener un régimen incontrolable y del cual Trotski había denunciado ya los peligros y había propuesto el cambio, un año antes.

La Nueva Política Económica abolía las requisas en el campo al reemplazarlas por un impuesto en especie, restablecía la libertad de comercio y de la pequeña propiedad, aflojaba la dureza del gobierno mediante una política de tolerancia y de reconciliación hacia los elementos socialistas y libertarios, dispuestos a colocarse sobre el terreno de la constitución soviética. Raphael Abramóvich reprocha a los bolcheviques, y con razón, el no haber tomado ese camino en 1921. Por su lado, el Comité Central declaró ilegales a los mencheviques y a los anarquistas. Un gobierno de coalición socialista, en caso de haberse formado en esa época, hubiese implicado seguros peligros internos, aunque menores que los del monopolio del poder, y de eso tenemos la prueba... En efecto, el descontento del partido y de la clase obrera obligó al Comité Central a establecer, a partir de ese momento, el estado de sitio dentro del partido; un estado de sitio clemente, eso sí. La oposición obrera fue condenada, la depuración ocasionó algunas expulsiones.

V

¿Cuáles fueron las razones profundas que motivaron al Comité Central a mantener y fortificar el monopolio del poder? En primer lugar, en ese tipo de crisis, los bolcheviques no confiaban más que en ellos mismos. Cargando solos con grandes responsabilidades, singularmente agravadas por el drama de Kronstadt, temían iniciar la competencia política con los socialdemócratas mencheviques y el partido «campesino» de los socialistas revolucionarios de izquierda. Finalmente, y sobre todo, creían en la revolución mundial, es decir, la revolución europea inminente, inminente en Europa central. Un gobierno de coalición socialista y democrática hubiese debilitado la Internacional Comunista, llamada a dirigir las revoluciones posteriores...

Llegamos quizá al mayor y más grave error del partido Lenin-Trotski. Como siempre, cuando se habla de pensamiento creador, el error se mezcla aquí con la verdad, con el sentimiento voluntario, con la intuición subjetiva. No se emprende nada sin creer en tal empresa, sin medir los datos tangibles, sin desear el éxito, sin tropezar con la problemática y la incertidumbre. Toda acción se proyecta del presente-real al futuro-inseguro. La acción justificada a los ojos de la inteligencia, es aquella que se proyecta hacia adelante... ¿Se justifica desde este ángulo la doctrina de la revolución europea? No creo que estemos capacitados para responder a esta pregunta de manera satisfactoria. Solo pretendo delimitarla.

Ya no cabe duda, en el presente, de que el régimen capitalista estable, creciente, relativamente pacífico del siglo XIX terminó con la Primera Guerra Mundial. Tuvieron razón los marxistas revolucionarios que anunciaron entonces una era de revoluciones que cubriría todo el planeta, y, si el socialismo no lograba imponerse en los principales países de Europa, una era de barbarie y otro «ciclo de guerras y de revoluciones», según la palabra de Lenin, quien por cierto citaba a Engels. Los conservadores, los evolucionistas y los reformistas que creyeron en el futuro de la Europa burguesa sabiamente fraccionada por el tratado de Versalles, reconstruida en Locarno, inundada de frases huecas por la Sociedad de Naciones, nos parecen hoy políticos ciegos. ¿Qué estamos viviendo si no una transformación mundial de las relaciones sociales, de los regímenes de producción, de las relaciones intercontinentales, de los equilibrios de fuerzas, de las ideas y las costumbres, es decir, una revolución mundial, tan viva en Indonesia, como insegura y titubeante en Europa? Estados Unidos ocupa un lugar privilegiado, como lo merece el país industrializado más rico y mejor organizado, con sus prodigiosos progresos técnicos, sus arrolladoras responsabilidades mundiales y sus impulsos sociales contradictorios; pero, nada de lo que sucede en Grecia, en Japón, nada de lo que se construye en el absoluto secreto de las zonas árticas de la URSS, nada de lo que se hace o se trama en Trieste o en Madrid le es desconocido... Los marxistas revolucionarios de la escuela bolchevique deseaban, querían, la transformación social de Europa y del mundo por medio de la toma de conciencia de las masas trabajadoras, por medio de la organización racional y equitativa de una sociedad nueva; pretendían trabajar para que el hombre dominara por fin su propio destino. En esto se equivocaron, puesto que fueron vencidos. La transformación del mundo se llevó a cabo en medio de la confusión de las instituciones, de los movimientos y de las creencias, sin que llegara nunca la conciencia clara, sin la llegada de un humanismo renovado, e incluso, poniendo en peligro todos los valores, todas las esperanzas de los hombres. Las tendencias generales son, sin embargo, las que el socialismo de acción indicaba desde 1917-1920: tendencia hacia la colectivización y la planificación de la economía, hacia la internacionalización del mundo, hacia la emancipación de los pueblos colonizados, hacia la formación de un nuevo tipo de democracias de masas.

V

La alternativa sigue siendo la que el socialismo preveía: la barbarie y la guerra, la guerra y la barbarie, un monstruo de dos cabezas.

Los bolcheviques veían, parece ser que con razón, la salvación de la Revolución rusa en la posible victoria de una revolución alemana. La Rusia agrícola y la Alemania industrial, bajo regímenes socialistas, habrían tenido un desarrollo pacífico y fecundo asegurado. Según esta hipótesis, la República de los Soviets no habría conocido la asfixia burocrática en el interior. Alemania habría escapado de las tinieblas del nazismo y de la catástrofe. El mundo habría conocido seguramente otras luchas, pero nada nos permite pensar que esas luchas pudieran haber producido las máquinas infernales del hitlerismo y del estalinismo. Todo nos lleva a creer, al contrario, que una revolución alemana que triunfara inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, hubiese sido infinitamente fecunda para el desarrollo social de la humanidad. Tales especulaciones sobre las posibles variantes de la historia son legítimas e incluso necesarias, si queremos entender el pasado y orientarnos en el presente; para condenarlas, deberíamos considerar la historia como una cadena de fatalidades mecánicas y no como el desarrollo, en el tiempo, de la vida humana.

Al luchar por la revolución, los espartaquistas alemanes, los bolcheviques rusos y sus camaradas de todos los países luchaban para evitar el cataclismo mundial al que hemos sobrevivido. Ellos lo sabían. Eran impulsados por una generosa voluntad de liberación. Todos los que estuvieron a su lado no los olvidarán jamás. Pocos hombres se han dedicado tanto a la causa de los hombres. Se ha vuelto moda, ahora, imputar a los revolucionarios de los años 1917-1927, una intención de hegemonía y de conquista mundial, pero vemos muy bien el rencor y los intereses que tienen como objeto desvirtuar de esta manera la verdad histórica.

En lo inmediato, el error del bolchevismo fue no menos patente. Europa estaba inestable, la revolución socialista parecía teóricamente posible y racionalmente necesaria, pero no se llevó a cabo. La inmensa mayoría de la clase obrera de los países de Occidente se negó a emprender o continuar la lucha, creía en el retorno al progreso social de la época anterior a la guerra, encontró suficiente bienestar como para temer a los peligros, se dejó alimentar de ilusiones. La socialdemocracia alemana, dirigida por líderes mediocres o moderados temió los costos generales de una revolución fácilmente iniciada en noviembre de 1918

y siguió por las vías democráticas de la República de Weimar. Cuando se reprocha al bolchevismo haber logrado una revolución por medio de la violencia y de la dictadura del proletariado, sólo sería justo considerar que la experiencia contraria, la del socialismo moderado, reformista, que intentó agotar las posibilidades de la democracia burguesa, continuó en Alemania hasta la llegada de Hitler.

Los bolcheviques se equivocaron acerca de la capacidad política y de la energía de las clases obreras de Occidente y ante todo de la clase obrera alemana. Este error de su idealismo militante trajo consigo las consecuencias más graves. Perdieron el contacto con las masas de Occidente. La Internacional Comunista se convirtió en un anexo del Estado-partido soviético. La doctrina del «socialismo en un solo país» nació finalmente de la decepción. Por su parte, las tácticas estúpidas e incluso criminales de la Internacional estalinizada facilitaron en Alemania el triunfo del nazismo...

VI

Primer balance de la Revolución rusa: hacia 1927. Diez años han pasado. La dictadura del proletariado se ha convertido, desde 1920-1921 (fechas aproximativas y discutibles), en la dictadura del partido comunista, a su vez sometida a la dictadura de la «vieja guardia bolchevique». Esa «vieja guardia» constituye en general una élite notable, inteligente, desinteresada, activa, tenaz. Los resultados obtenidos son grandiosos. En el extranjero, la URSS es respetada, reconocida y con frecuencia admirada. En el interior, la reconstrucción económica se concluye, sobre las minas dejadas por las guerras, sólo con los recursos del país y la energía popular. Un nuevo sistema de producción colectivista ha sustituido al capitalismo y funciona bastante bien. Las masas trabajadoras de las Rusias han demostrado su capacidad de vencer, de organizar y de producir. Nuevas costumbres, un nuevo sentimiento de la dignidad del trabajador se han estabilizado. El sentimiento de la propiedad privada, que los filósofos de la burguesía consideraban innato, se encuentra en vías de extinción natural. La agricultura se ha reconstituido en un nivel que alcanza y empieza a rebasar el de 1913. El salario real de los trabajadores sobrepasa sensiblemente el nivel de 1913, es decir, el de antes de la guerra. Ha surgido una nueva literatura llena de vigor. El saldo de la revolución del proletariado es netamente positivo.

Pero ya no se trata de reconstruir, se trata de construir: de ampliar la producción, de crear nuevas industrias (automóviles, aviación, química, aluminio...); se trata de poner remedio a la desproporción entre una agricultura restablecida y una industria débil. La URSS se encuentra aislada y amenazada. Se trata de pensar en su defensa. Los marxistas no se hacen ilusiones con el pacto Briand-Kellog que declara a la guerra, «ilegal»... El régimen se encuentra en la encrucijada, el partido desgarrado lucha por el poder y por el programa del poder que enfrenta a los viejos bolcheviques los unos contra los otros. Los continuadores más lúcidos de los tiempos heroicos se encuentran agrupados alrededor de Trotski. Su mérito y su valentía no pueden negarse, a pesar de los errores cometidos, de las tesis insuficientes y de los titubeos. Pregonan la industrialización planificada, la lucha contra las fuerzas reaccionarias, y ante todo contra la burocracia, el internacionalismo militante y la democratización del régimen empezando por la del partido. Son vencidos por la jerarquía de los secretarios que se confunde con la jerarquía de los comisarios del GPU, bajo la égida del secretario general, ese oscuro georgiano de antaño, Stalin.

Miles de fundadores de la URSS pasan del poder a la prisión o a la deportación, como ejemplo de fidelidad a la idea socialista. Las tesis que se les oponen son contradictorias. Y no importa. El hecho esencial es que en 1927-1928, un golpe dentro del partido convirtió al Estado-partido revolucionario en un Estado-policiaco-burocrático reaccionario, dentro del campo social creado por la revolución. El cambio en la ideología se acentúa brutalmente. El marxismo de fórmulas elaboradas por las juntas sustituye al marxismo crítico de los hombres pensantes. Se establece el culto al jefe. El «socialismo en un solo país» se convierte en el cliché de aquellos advenedizos que sólo pretenden conservar sus privilegios. Las oposiciones ven con angustia que un nuevo régimen se acerca, el régimen totalitario. La gran mayoría de los viejos bolcheviques triunfantes de la oposición trotskista, Bujarin, Rýkov, Tomski, Riutin, se dan cuenta de ello y atemorizados pasan a la resistencia. Demasiado tarde.

La lucha de la generación revolucionaria contra el totalitarismo durará diez años, de 1927 a 1937. Las peripecias confusas y a veces desorientadoras de esa lucha no deben velar su significado. Las personalidades se enfrentaron, se combatieron, se reconciliaron e incluso se traicionaron. Se perdieron, se humillaron frente a la tiranía, provocaron al verdugo, se desgastaron, se sublevaron desesperadamente. El Estado

totalitario jugaba con unos y con otros, y eficazmente, puesto que tenía ganados los sentimientos. El patriotismo del partido y de la revolución, cimentado por los sacrificios, los servicios, los resultados obtenidos, la confianza en prodigiosas visiones sobre el porvenir, el sentimiento del peligro común, obliteraba el sentido de la realidad en los cerebros más claros. Además, la resistencia de la generación revolucionaria, a la cabeza de la cual se encontraban gran parte de los viejos socialistas bolcheviques, fue tan tenaz, que en 1936-1938, época de los procesos de Moscú, esta generación tuvo que ser exterminada por completo para que el nuevo régimen pudiera establecerse. Decenas de miles de bolcheviques, centenares de miles de combatientes de la guerra civil, millones de ciudadanos soviéticos penetrados de idealismo, murieron. Algunos compañeros de Lenin y Trotski aceptaron el deshonor por un acto supremo de dedicación al partido, antes de ser fusilados. Algunos otros miles fueron fusilados en los sótanos. Los mayores campos de concentración del mundo se encargaron del aniquilamiento físico de las masas de condenados.

Así se completó la sangrienta ruptura: por una parte el bolchevismo, forma rusa ardiente y creadora del socialismo, por otra, el estalinismo, forma igualmente rusa (es decir, condicionada por todo el presente y el pasado de Rusia) del totalitarismo. Definamos este término para darle su sentido preciso: el totalitarismo, tal y como se estableció en la URSS, en el III Reich, y débilmente esbozado en la Italia fascista y en otras partes, es un régimen caracterizado por la explotación despótica del trabajo, la colectivización de la producción, el monopolio burocrático y policíaco (sería mejor decir terrorista) del poder, el pensamiento dominado, el mito del jefe-símbolo. Un régimen de esta naturaleza tiende forzosamente a la expansión, es decir a la guerra de conquista, puesto que es incompatible con la existencia de vecinos diferentes y más humanos; puesto que sufre inevitablemente sus propias psicosis de inquietud; puesto que vive en la constante represión de las fuerzas explosivas del interior...

Un autor norteamericano, James Burnham, sostuvo que Stalin era el verdadero continuador de Lenin. La paradoja llevada hasta este grado hiperbólico no deja de tener un atractivo estimulante en las mentes perezosas e ignorantes... Es evidente que un parricida sigue siendo continuador biológico de su padre. Sin embargo, también es evidente que no se continúa un movimiento masacrándolo, una ideología renegándola, una revolución de trabajadores con la más negra explotación de los mismos, la obra de Trotski mandándolo asesinar y quemando

sus libros. En ese caso, los términos continuación, ruptura, negación, destrucción ya no tendrían un sentido inteligible; esto convendría a los intelectuales brillantemente oscurantistas. No es que quiera clasificar a James Burnham en esta categoría... La paradoja que desarrolló, sin duda por amor a la teoría irritante, es tan falsa como peligrosa. La encontramos, bajo mil formas, en la prensa y en los libros de esa época de preparación de la tercera guerra mundial. Los reaccionarios tienen gran interés en confundir el totalitarismo estaliniano, exterminador de los bolcheviques, con el bolchevismo, para llegar a la clase obrera, al socialismo, al marxismo e incluso al liberalismo.

El caso personal de Stalin, ex viejo bolchevique, también como Mussolini fue un ex socialista del Avanti, es totalmente secundario en la escala del problema sociológico. ¿Quién podría negar que el autoritarismo, la intolerancia y ciertos errores del bolchevismo ofrecieron un terreno favorable al totalitarismo estaliniano? Una sociedad, al igual que un organismo, contiene siempre gérmenes de muerte. Pero es necesario que las circunstancias históricas faciliten su desarrollo. Ni la intolerancia ni el autoritarismo de los bolcheviques (y de la mayoría de sus adversarios) permiten cuestionar su mentalidad socialista o los logros de los primeros diez años de la revolución. Tan real, este logro, que dos sabios norteamericanos señalan, al estudiar el desarrollo cíclico de los organismos y las sociedades, que «en 1917-1918, Rusia entró en un nuevo ciclo de crecimiento, de tal manera que hoy aparece como la más joven de las grandes naciones...» (*Cycles,* por Edward R. Dewcy y Edwin F. Dakin, Nueva York, 1947). Nos gustaría saber en qué medida el totalitarismo estaliniano es contrario al nuevo brío vital de Rusia. David J. Dallin nos da al respecto una indicación. Durante la Primera Guerra Mundial, las pérdidas de Rusia se elevaron al 30 % de las de los aliados; durante la Segunda Guerra Mundial, las pérdidas de Rusia, estimadas entre 12 y 16 millones de vidas humanas, se elevaron al 80 % de la ·de las Naciones Unidas. En los campos de batalla, las pérdidas de los ejércitos rojos fueron aproximadamente cuatro veces mayores que las del invasor.

En el momento en que estalla la Revolución rusa, la población organizada por todos los partidos revolucionarios es inferior al 1 % de la población del Imperio. Los bolcheviques sólo constituyen una fracción de ese menos de uno por ciento. Levadura insuficiente que sirvió y se agotó. La revolución de octubre-noviembre de 1917 fue dirigida por un partido de hombres jóvenes. El mayor de ellos, Lenin, tenía 47 años,

Trotski 38, Bujarin 29, Kámenev y Zinoviev 34. Diez o veinte años más tarde, la resistencia al totalitarismo estuvo a cargo de una generación que envejecía. Y esa generación no sólo sucumbió bajo el peso de una joven burocracia policíaca fuertemente aferrada a los privilegios del poder, sino también bajo la pasividad política de las masas manipuladas, subalimentadas, paralizadas por el sistema terrorista y la intoxicación de propaganda. Además, no contó con ningún apoyo eficaz del exterior. Mientras en la URSS resistía, en el resto del mundo la subida de las fuerzas reaccionarias fue casi ininterrumpida. Las potencias democráticas manipulaban o animaban a Mussolini y a Hitler. El brío de los Frentes populares, ese combate de retaguardia de las masas laboriosas de Occidente, fue roto en España por la coalición del nazismo, del fascismo y de Franco, en el preciso momento en que los verdugos de Stalin procedían en Rusia a la liquidación del bolchevismo.

VII

¿Después de esos primeros diez años exultantes y de los veinte negros años que les siguieron, nos deja la Revolución rusa algo que defender? Una inmensa experiencia histórica, los recuerdos más orgullosos, ejemplos inapreciables, serían más que suficientes. La doctrina y las tácticas del bolchevismo demandan, sin embargo, un estudio crítico. Se han producido tantos cambios en este mundo caótico, que ninguna concepción marxista —o de otra índole socialista— válida en 1920, encontraría ahora una aplicación práctica sin una actualización esencial. No creo que la hegemonía del proletariado pueda imponerse en un sistema de producción en el que el laboratorio adquiere una preponderancia creciente en relación con el taller; sólo bajo formas morales y políticas que en realidad implican renunciar a la hegemonía. No creo que la «dictadura del proletariado» pueda revivir en las luchas futuras. Habrá sin duda dictaduras más o menos revolucionarias; la tarea del movimiento obrero será siempre, y de eso estoy convencido, la de mantener un carácter democrático, y no en beneficio único del proletariado, sino en beneficio del conjunto de trabajadores e incluso de las naciones. En este sentido, la revolución del proletariado ya no es, a mi modo de ver nuestra meta; la revolución a la que pretendemos servir no puede ser sino socialista, en el sentido humanista de la palabra, y más exactamente socializante, llevada a cabo democráticamente, libertariamente… Fuera de Rusia, la teoría bolchevique del partido fracasó rotundamente. Distintos intereses y formaciones psicológicas no permitieron constituir la cohorte homogénea

de militantes dedicados a una obra común tan noblemente alabada por el pobre Bujarin. La centralización, la disciplina, la ideología gobernada, ya no pueden más que inspiramos desconfianza, por más que necesitemos de organizaciones serias...

¿Y qué le queda al pueblo ruso por defender? La apabullante ironía de la historia hace de él, el pueblo que no tiene otra cosa que perder más que sus cadenas. Espero que el libro objetivamente implacable de David J. Dallin y Boris l. Nicolaevski acerca del trabajo forzado en la Rusia soviética sea traducido pronto. Nos muestra que en 1928, en la época del Termidor soviético, los campos de concentración del GPU solo contenían alrededor de treinta mil condenados. Sin embargo, ahora es imposible saber la cantidad de millones de esclavos encerrados en los campos de Stalin. Las estimaciones más modestas la evalúan en diez o doce (millones), esto es, según esos autores, por lo menos el 16 % de la población adulta masculina y un porcentaje de mujeres ligeramente menor. Subrayaba recientemente en *Masas* la importancia decisiva de esos datos. Admitiendo la cifra de 15 % para los privilegiados del régimen, que gozaban en la URSS de una posición media de europeos privilegiados, cifra probablemente optimista en este momento, y que deberíamos partir por dos para obtener el porcentaje de los trabajadores adultos privilegiados, escribía: «Por lo tanto, 7 % de trabajadores adultos privilegiados, 15 % de parias, 78 % de explotados viviendo pobre o miserablemente». ¿Cómo calificar esa estructura social?

¿Puede defenderse? En el exterior, la influencia de ese «universo concentracionario» se mostró capaz de impedir el avance del socialismo y la reorganización de Europa. La tragedia ya no es específicamente rusa, es universal. El desenlace lógico parecería ser la tercera guerra mundial. Pero no nos resignemos a las soluciones catastróficas mientras existan otras perspectivas. La agresividad del régimen estaliniano hacia el exterior está condicionada por la gravedad de la situación en el interior. La rebelión latente de las masas rusas y no rusas contra ese régimen fue probada por el derrotismo de las poblaciones, quienes al principio de la invasión recibieron al invasor como libertador; por los levantamientos después de la victoria; por el movimiento, mucho más complejo de lo que se cree, del ejército Vlassov que combatió primero con los nazis y luego contra ellos; por los dos o trescientos mil refugiados rusos en Alemania; por lo poblado de los campos de concentración. Insisto en que los regímenes totalitarios no son otra cosa que colosales fábricas de sublevados. En este caso con mayor razón, dada su tradición revolucionaria.

La documentación acerca del estado de ánimo de las masas rusas aumenta cada día. Todo aquel que conoce Rusia sabe que debajo del caparazón de hierro del régimen se mantiene una profunda vitalidad. Nueve de cada diez hombres que construyen, trabajan, inventan, administran, podrían transformarse si sus cadenas se rompieran; serían ciudadanos activos de una democracia del trabajo. ¿Podrán liberarse a tiempo de esas cadenas para que una Rusia socialista impida el estallido de la guerra?

Lo que ha hecho el estalinismo para inculcar a sus oprimidos el horror y el asco hacia el socialismo es inimaginable; deben preverse corrientes de reacción en Rusia y más aún en los pueblos no rusos, sobre todo musulmanes, de Asia central, ocupados desde hace tiempo en aspiraciones panislámicas. Sin embargo, basándome en observaciones hechas en la URSS, incluso durante los años crueles, considero que la gran mayoría del pueblo ruso se da perfecta cuenta de la impostura del socialismo oficial. No es posible volver al Antiguo Régimen, ni aun al gran capitalismo, en vista del alto grado de desarrollo alcanzado por la producción estatizada. La democracia rusa no tiene otra alternativa que sanearse, limpiarse, reorganizar la producción socializada en el interés de los productores, en el momento en que Europa entera se encamina hacia las nacionalizaciones y la planificación. El interés técnico de la producción, el sentido de la justicia social, la libertad reencontrada se conjugarían por fuerza para volver a poner la economía al servicio de la comunidad. No todo está perdido puesto que nos queda la esperanza racional, fuertemente motivada.

México, julio-agosto de 1947



> Mujeres del Batallón Udarnitsky asignadas al
área del palacio de invierno, Petersburgo, 1917.



> Marinos en una manifestación en Petersburgo, 1917.